CHRÉTIEN DE TROYES

Obras completas

Edición y prólogo de Carlos Alvar

Traducciones de
Carlos Alvar, Elisa Borsari, Luis Alberto de Cuenca,
Carlos García Gual, Marie-José Lemarchand,
Isabel de Riquer Permanyer y Joaquín Rubio Tovar

edhasa

BLU

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la colección: Gonzalo Armero

Primera edición: noviembre de 2013

© De la traducción de *Guillermo de Inglaterra*: Marie-Jose Lemarchand, 1997, 2013
© De la traducción de *Cligés*: Joaquín Rubio Tovar, 1993, 2013
© De la traducción de *Erec y Enide*: Carlos Alvar Ezquerra, 2011, cedida por Alianza Editorial, S.A. Madrid.
© De la traducción de *El Caballero de la Carreta*: Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual, 2012, cedida por Alianza Editorial, S.A. Madrid.
© De la traducción de *El Caballero del León*: Isabel de Riquer Permanyer, 2011, cedida por Alianza Editorial, S.A. Madrid.
© De la traducción de *El Cuento del Grial*: Carlos Alvar Ezquerra, 2012, cedida por Alianza Editorial, S.A. Madrid.
© De la traducción de la *Poesía Lírica*: Carlos Alvar Ezquerra, 2013
© De la traducción de la *Filomena*: Elena Borsari, 2013
© Fundación Biblioteca de Literatura Universal, 2013
© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2°, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-7000-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 24080-2013

Impreso en España

Biblioteca de Literatura Universal

PATRONATO

PRESIDENTE
Rafael Escuredo
VICEPRESIDENTE
Juan Manuel de Mingo †
SECRETARIO
Gonzalo de Luis Otero

PATRONOS
Fundación Banco Santander
Fundación BBVA
Fundación Ramón Areces

Biblioteca de Literatura Universal

DIRECTOR LITERARIO
Luis Alberto de Cuenca

CONSEJO ASESOR
Carlos Alvar
Carlos García Gual
Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona
Fernando Savater

ÍNDICE

Presentación
Carlos Alvar XI
Chrétien de Troyes XI
El arte de narrar XVI
Erec y Enide XVI
Cligés XX
El Caballero del León (Yvain) XXIV
El Caballero de la Carreta (Lanzarote) XXVIII
El Cuento del Grial (Perceval) XXXIV
El proceso creador XLVI
La poesía lírica LII
Las obras atribuidas LVI
Filomena LVI
Guillermo de Inglaterra LVIII
Conclusiones LXI
Bibliografía selecta LXIII

Erec y Enide
Traducción de Carlos Alvar 3

Cligés
Traducción de Joaquín Rubio Tovar 115

El Caballero del león (Yvain)
Traducción de Isabel de Riquer Permanyer 223

El Caballero de la Carreta (Lanzarote)
Traducción de Luis Alberto de Cuenca
y Carlos García Gual 335

El Cuento del Grial (Perceval)
Traducción de Carlos Alvar 457

Poesías líricas
Edición y traducción de Carlos Alvar. 605

Obras atribuidas. 615
Filomena
Traducción de Elisa Borsari. 617
Guillermo de Inglaterra
Traducción de Marie-José Lemarchand 641

PRESENTACIÓN

Durante el último tercio del siglo XII escribe en el norte de Francia el primer gran narrador de las literaturas románicas: Chrétien de Troyes. Es un autor originalísimo en muchos aspectos, entre los que destaca la consciente ruptura con las trabas pseudohistóricas características de la narrativa, con lo que consigue una libertad que nadie hasta entonces había logrado. Además, se enfrenta a sus creaciones con una notable carga de ironía, de forma que sus obras resultan vivas y frescas aún hoy, tras el paso de los siglos.

Pero como es de suponer, Chrétien de Troyes es tributario también de la tradición literaria de su época: ha heredado de la Materia clásica (*Roman de Thèbes*, *de Troie, d'Énéas*) una técnica depurada para estudiar las alteraciones del espíritu. De la literatura trovadoresca –que él mismo cultivó– ha recibido un alto concepto de la cortesía. La tradición bretona le ha suministrado temas que reelabora por completo, o que rechaza (como el de Tristán), creando personajes que en todo momento luchan por afianzar su libertad total a la hora de escoger un destino. En el fondo, resulta clara la sombra de Tristán, arrastrado por una pasión fatal causada por el filtro que no debió ser bebido. En las obras de Chrétien no existe la equivocación, ni el engaño interior: la esposa, en contra de las normas corteses, está enamorada de su marido, y quien disfruta del cuerpo disfruta también del espíritu de su dama.

CHRÉTIEN DE TROYES

Lo poco que sabemos de Chrétien se deduce de su propia obra: dedica el *Chevalier de la Charrette* (*Lanzarote* o *Caballero de*

la Carreta) a María de Champaña, hija de Luis VII de Francia y de Leonor de Aquitania. María fue condesa de Champaña desde que se casó con el conde Enrique I (1164). La dedicatoria del *Conte du Graal* (*Perceval* o *Cuento del grial*) va dirigida a Felipe de Alsacia, conde de Flandes, que murió antes de 1191. Así pues, se pueden establecer como límites fiables de la actividad literaria de Chrétien las fechas de 1164 y 1191, lo cual situaría al escritor en la segunda mitad del siglo XII.

El hecho de que no conozcamos casi ningún detalle acerca de la figura histórica de Chrétien ha favorecido todo tipo de especulaciones para intentar identificarlo, pero la frecuencia con la que aparece el nombre de *Christianus* en el siglo XII invita a mantener cierto escepticismo y a conformarse con lo poco que se sabe del escritor, resultado de las referencias contenidas en las propias obras. Y así, lo único que parece seguro es que nuestro autor estuvo vinculado a la corte de Champaña, establecida en Troyes, a la que acudió en varias ocasiones Felipe de Alsacia. La posibilidad de que Chrétien visitara la corte inglesa de Enrique II –aunque verosímil– no pasa de ser una hipótesis.

La Edad Media francesa nos ha transmitido cinco novelas de tema artúrico en las que se cita a Chrétien de Troyes como autor: *Erec y Enide*, *Cligés*, *El Caballero del León*, *El Caballero de la Carreta* y *El cuento del Grial*. La unidad temática de todas ellas, los rasgos estilísticos y otros elementos no menos relevantes no dejan lugar acerca de la autoría.

Otras dos narraciones se atribuyen, ya desde el siglo XIII, a un Chrétien que se ha querido identificar con el escritor de Troyes, pero la crítica dista mucho de estar de acuerdo al respecto. Se trata, por una parte, de la versión de la historia de Tereo, Procne y Filomena a partir del relato contenido en el libro VI de las *Metamorfosis* de Ovidio: recibe el título de la desdichada protagonista, *Philomena*. El otro texto atribuido a Chrétien es una narración de carácter hagiográfico basada en la vida de san Eustaquio; se conoce como *Guillermo de Inglaterra*. Ninguna de estas dos historias se ha conservado con el resto de las obras de Chrétien y tanto los temas como la limitada habilidad literaria de su autor o de sus autores hacen desconfiar de la atribución al novelista de Troyes: si los dos textos fueran suyos añadirían cantidad, pero no calidad a su producción.

Dos composiciones líricas aparecen bajo el nombre de nuestro autor en varios cancioneros de los siglos XIII y XIV. Es verosímil que Chrétien hubiera intentado imitar los modelos provenzales, dada su vinculación con la corte de Champaña, cuya condesa era María, nieta de Guillermo de Poitiers, el primer trovador de nombre conocido. Nada impide aceptar como válidas las atribuciones de las rúbricas cancioneriles, lo que convierte a Chrétien de Troyes en uno de los *trouvères* más antiguos, si no en el primero, introductor en el norte de Francia de la lírica cortés trovadoresca.

Terreno más firme pisamos al intentar fijar la cronología relativa de la obra de nuestro autor, pues el mismo Chrétien hace un catálogo de sus escritos al comenzar el *roman* titulado *Cligés*:

> Cil qui fist d'*Erec et d'Enide*,
> et les *comandemanz d'Ovide*
> et *l'art d'amors* an romans mist,
> et *le mors de l'espaule fist*,
> del *roi Marc et d'Ysalt la blonde*,
> et *de la hupe et de l'aronde*
> *et del rossignol la muance*,
> un novel conte rancomance.

[El que compuso sobre *Erec y Enide*, que narró las *enseñanzas de Ovidio* y *el arte del amor*, que compuso sobre *el mordisco del hombro*, sobre *el rey Marco e Iseo la Rubia* y *la metamorfosis de la abubilla, de la golondrina y del ruiseñor*, ahora empieza un nuevo cuento...]

El texto, no por conocido es menos importante y nos muestra de forma clara la cultura de Chrétien: en la lista citada hay dos temas de origen bretón (Erec y la historia del rey Marco e Iseo, es decir, *Tristán*), pero los de origen clásico son cuatro: las «enseñanzas de Ovidio» son, sin duda, una traducción de los *Remedia Amoris*, igual que el «arte del amor» era una versión del *Ars Amandi* ovidiano; el «mordisco del hombro» alude a la fábula clásica según la cual Tántalo ofreció a los dioses como manjar a Pélope: sólo Démeter –preocupada por otros asuntos– probó la comida, dando un mordisco en el hombro de la desdichada víctima; y, finalmente, la «metamorfosis de la abubilla, la golondrina y el ruiseñor» es una adaptación de la historia de Procne, Tereo y Filomela, como ya he dicho. De esta lista sólo se han conservado *Erec* y una historia de Filomela que una parte de la crítica piensa que es la versión de nuestro autor. Es lamentable la pérdida de las demás obras, en especial la del Tristán, pues, sin duda, ofrecía una versión distinta de las conservadas, si juzgamos por las ideas que acerca del amor expone Chrétien en sus novelas.

Es evidente la preparación ovidiana de Chrétien; el mundo clásico ocupa la mayor parte de la producción de nuestro escritor antes del *Cligés*: sin embargo, el mundo bretón gana terreno con el paso del tiempo y, después del *roman* citado, sólo realiza obras de carácter artúrico (*El Caballero del León*, *El Caballero de la Carreta* y *El cuento del Grial*). Parece claro que en el conjunto encaja mal la historia de *Guillermo de Inglaterra*, que más parece obra de un escritor con poca experiencia.

La cronología relativa de las obras de Chrétien se puede establecer con cierta facilidad a partir de los elementos de juicio que poseemos: es posible que las narraciones de tema clásico sean obras juveniles, o por lo menos que sean de las primeras que escribió, a pesar de las reticencias mostradas por autores como R. R. Bezzola; así lo atestiguan algunos rasgos como la abundancia de recursos retóricos, que hacen pensar que se trata de trabajos escolares: Chrétien debió iniciarse en las letras en

pleno siglo XII, época conocida como de renacimiento cultural, en que se produjo un importante desarrollo literario y el apogeo de la materia clásica. Así, estas obras encajarían perfectamente en un momento muy concreto de la historia literaria del siglo XII. Los tanteos y esbozos no se limitaron a las obras ovidianas, sino que también alcanzaron a la poesía lírica con las canciones de amor cortés.

Entre sus novelas extensas, *Erec y Enide* es la más antigua, a pesar de que se muestre como obra de un escritor familiarizado ya con la técnica y los recursos narrativos. Los críticos se han dividido a la hora de fecharla, de tal modo que las propuestas oscilan entre unos márgenes de una veintena de años (1150–1170): tales son las propuestas de Foerster que piensa que es de hacia 1150; Höfe que la fecha en 1164; G. Paris, en 1168 y Fourrier en 1170. La obra siguiente fue, sin duda, *Cligés* (entre 1170 y 1176). El *Caballero del León* (*Yvain*) y el *Caballero de la Carreta* (*Lanzarote*) parece que fueron compuestas a la vez: esta conjetura se basa en que las intrigas de las dos obras se cruzan y complementan; así, por ejemplo, Galván toma parte en el *Yvain* hasta el verso 2.800, aproximadamente; después no vuelve a ser nombrado hasta casi dos mil versos más adelante: el mismo personaje justifica su ausencia porque ha estado buscando a la reina Ginebra, secuestrada por Meleagante (episodio motor del *Caballero de la Carreta*); estas obras se pueden fechar entre 1177 y 1181. Finalmente, el *Cuento del Grial* (*Perceval*), inacabado, debe ser el último libro de nuestro autor y hay que situarlo entre 1181 y 1190.

Una treintena de manuscritos recoge alguna de las obras de Chrétien; en general, cada texto está representado por más de seis copias medievales, siendo el *Cuento del Grial* el de mayor éxito. Las versiones tempranas a otras lenguas, las adaptaciones y las continuaciones dan una idea del prestigio alcanzado durante la Edad Media por las narraciones de Chrétien.

EL ARTE DE NARRAR

Erec y Enide

Erec y Enide es la obra más antigua de Chrétien de Troyes y, por lo tanto, es la primera dedicada a la materia de Bretaña; es también, sin duda, una de las novelas mejor construidas del autor.

Todos los críticos coinciden en alabar la perfección de la estructura de esta primera obra, pues refleja el esfuerzo del autor para armonizar hasta los más pequeños detalles:

Tras una breve introducción en la que Chrétien se presenta y da a conocer los móviles que le impulsan a escribir su obra, comienza la historia con la recuperación de la aventura de la caza del Ciervo Blanco: todos los caballeros salen en busca del animal menos Erec, que se queda para acompañar a la reina, sin armas. El protagonista y Ginebra se encuentran en el bosque con un enano felón, que maltrata a la doncella de la reina, sin que el caballero que lo acompaña se atreva a impedirlo. Las reprensiones de Erec sólo sirven para que sea humillado por el enano, cuyos insultos quedan impunes al ir desarmado Erec.

Erec sigue al enano felón y al caballero descortés, dispuesto a vengarse de la afrenta en cuanto encuentre armas. Llega así a un castillo en el que le da alojamiento un valvasor –caballero pobre– que le presta las armas para que intente conquistar un gavilán combatiendo con el caballero descortés.

Erec se enamora de la hija del valvasor, que se la concede como esposa. Vuelven a la corte del rey Arturo, cumplida la venganza. Finaliza la aventura del Ciervo Blanco con el beso a la más hermosa de la corte, que es la hija del valvasor; después se celebran las bodas de Erec y Enide con gran magnificencia.

Los jóvenes recién casados vuelven a la corte del rey Lac, padre de Erec, donde el protagonista se entrega al amor, abandonando todo hecho de armas, por lo que es censurado por sus compañeros. Al enterarse Erec, decide salir a la aventura acompañado sólo por Enide, para demostrarle su amor, su valentía y su caballerosidad, y ella, a su vez, le manifiesta de forma continua un amor a toda prueba; se suceden así la aventura de los tres caballeros ladrones, la de los cinco caballeros, la del conde Galoaín y el enfrentamiento con el rey Guivrete el Pequeño, leal adversario de Erec; el héroe combate después con los gigantes felones y, tras vencerlos, cae extenuado ante Enide, que lo considera muerto.

Al oír los llantos de Enide, acude el desaprensivo conde de Limors, que se enamora de la dama y decide casarse con ella: el banquete de bodas se celebra junto al supuesto cadáver de Erec, que vuelve en sí con el tumulto, salva a su amada, mata al perverso conde y huyen juntos.

Encuentran a Guivrete el Pequeño y, con él, van a descansar a un castillo donde Erec es curado de sus heridas. La «Alegría de la Corte» es la última aventura de la obra: Erec consigue liberar al caballero prisionero de su propia dama, volviendo con ello la alegría a toda la región.

Después, Erec es coronado rey con gran honor por el propio Arturo.

Chrétien construye la evolución biográfica y social de Erec a partir de dos espacios de referencia fundamentales, la corte y el bosque, entre los que se desarrolla la trayectoria del personaje. En efecto, las apariciones de la corte artúrica que jalonan el relato de las aventuras de Erec marcan precisamente la progresión del caballero dentro de la sociedad ideal cortesana, a la vez que se muestra el sentido y la función de la caballería dentro de ella. Así, tras la formación inicial del joven en la Mesa Redonda, la corte es el escenario en el que se sanciona su primer triunfo (la conquista del gavilán) y la boda consiguiente. Caído luego en la ociosidad, Erec debe recuperar su buen nombre en el bosque, el lugar de la aventura y del peligro. El episodio de la «Alegría de la Corte» confirma que el caballero ha cumplido satisfactoriamente el itinerario de

prueba y ha triunfado, por lo que la corte se alegra y lo acoge nuevamente para coronarlo rey de su tierra.

Erec representa la figura ideal del caballero, es joven y posee todo tipo de cualidades: con su mesura, evita cualquier exceso y no cesa de formarse como caballero y como futuro rey; es valiente y generoso, y sobre todo, tiene un gran sentido del honor. Parece que Chrétien ha querido subrayar las cualidades del héroe con el ejemplo de Galoaín o el de los dos gigantes: son derrotados por no haber sabido conservar las dos virtudes esenciales, lealtad y mesura.

Enide encarna la gracia y la ternura. A lo largo de toda la obra aparece siempre como *sage* ('discreta'), cúmulo de virtudes femeninas, y también como hermosa sin igual. Es, en definitiva, un ideal femenino en armonía con el ideal masculino encarnado por Erec.

Pero Enide no sólo simboliza un ideal: es una heroína profundamente humana, que reacciona con auténtico miedo cuando ve a su amado en peligro, tanto en el campo de batalla como en lo referente al prestigio personal, a la honra: teme que Erec pierda el *los*, el buen nombre, la fama, y eso la impulsa al sacrificio de la prueba.

Con el personaje de la hermosa, gentil y fiel Enide, Chrétien traza un acabado modelo de mujer y esposa ideal, según la convención cortesano-caballeresca. Su amor, que resiste cualquier prueba, mueve a Erec a cumplir las mayores hazañas guerreras haciendo acopio de toda su valentía, de forma que amor y caballería se revelan como valores indisociables. Enide significa, en fin, el triunfo de la cortesía, ya que su natural noble y gentil no puede conducirle sino al éxito en la sociedad ideal descrita por Chrétien. Así, pues, pese a su origen modesto (relativamente, ya que si su padre es un valvasor venido a menos, su tío es un poderoso conde, miembro de la alta nobleza), sus virtudes y la educación cortés que le procuraron la hacen merecedora de este matrimonio feliz que le reporta el reconocimiento social, simbolizado en las ricas ropas que le da la reina Ginebra y en la revelación a Erec de su nombre

poco antes de la boda, ya que hasta ese momento el caballero no ha sabido cómo se llamaba su dama.

Tal como señala Foerster, Erec y Enide unen el amor, el matrimonio y la caballería: este amor se opone, por una parte, al de los personajes de la «Alegría de la Corte», y por otra, a Tristán e Iseo. Chrétien, a la vez, proyecta los ideales humanos y caballerescos en Erec y Enide, en quienes la duda, producto de elementos externos a la pareja de recién casados, sirve para reafirmar el leal amor mutuo, primero en el matrimonio, luego en la caballería y más tarde en la coronación; sólo llegarán al perfecto amor tras duras pruebas: Erec, en el mundo de las armas; Enide, mediante su fidelidad y discreción.

Erec se ha formado gracias a la suma de diversos elementos que quedan unidos a través del deseo del héroe de recobrar la honra aparentemente perdida en varias ocasiones: en los versos 244-245, Erec exclama:

> se ge puis, je vangerai
> ma honte, ou je la crestrai
> [Si puedo, vengaré mi deshonra o la acrecentaré],

expresión que deja claro el motivo que impulsa al héroe y que, en definitiva, no es otro que la venganza para recuperar la honra. Y la venganza, la cólera y la irritación son las causas que mueven a los héroes épicos en los cantares de gesta; pero Chrétien ha sabido ir más lejos y ha conseguido que Erec y Enide actúen según un ideal: ha hecho de los protagonistas esposos y amantes, enamorados y valientes; y, por encima de todo ello, son hermosos y corteses... Sería un poco arriesgado hablar de apología del matrimonio, pero no nos cabe ninguna duda de que Chrétien propone un modelo para una moral práctica, que no coincide exactamente con las ideas del *amour courtois*.

Ya desde época muy temprana comienzan las adaptaciones del tema de *Erec y Enide*. Posiblemente, el más antiguo de los adapta-

dores fue Hartmann von Aue, caballero alemán que escribió a finales del siglo XII una versión de esta obra, aunque es probable que utilizara alguna copia diferente de las que se nos han conservado, pues hay importantes divergencias entre el relato de Chrétien y el de Hartmann. Éste se preocupa más que su predecesor en profundizar en los sentimientos de los personajes, en detrimento de la agilidad y el dinamismo tan característicos de la obra del francés.

Casi un siglo posterior es la versión en prosa noruega, titulada *Erexaga*, más directamente relacionada con el *Erec* de Chrétien que la versión de Hartmann von Aue.

Mayores problemas plantea el *mabinogi* galés titulado *Gereint ab Erbin*, pues narra la misma historia del *Erec* con notables similitudes: la crítica ha discutido si era éste el «cuento de aventuras» al que se refería Chrétien al comienzo de la obra o, si por el contrario, fue el narrador galés el que se inspiró en el escritor de Troyes; la hipótesis más aceptada en la actualidad sostiene que, posiblemente, tanto Chrétien como el anónimo autor del *Gereint* utilizaron una fuente común y que además éste último conoció, sin duda, el *Erec* y algún otro texto oral utilizado por Chrétien.

Por último, debemos señalar la existencia de una versión de *Erec* en prosa francesa del siglo XV, realizada en la corte de Borgoña.

A pesar de esta repercusión durante la Edad Media, la obra de Chrétien no llegó a la imprenta hasta 1856 (por Bekker) y fue juzgada con inusitado rigor por la crítica romántica; un siglo y medio más tarde, se puede afirmar que el *Erec y Enide* merece un puesto destacado en la historia de la literatura medieval.

Cligés

La segunda novela de Chrétien debió ser escrita en torno a 1176, y constituye un curioso experimento literario, pues une la materia de Bretaña con un tema de origen griego: la acción se desarrolla en Constantinopla y en Inglaterra, y de la isla pasa a

Alemania y a Grecia. No se trata de recuperar la tradición de las novelas bizantinas, llenas de peripecias, viajes y separaciones de los protagonistas, con el inevitable reencuentro final, sino que Chrétien se hace eco del interés y de las preocupaciones que había en Occidente por las noticias que llegaban del Imperio bizantino: bastará recordar que en 1176 los turcos aplastaron a los bizantinos en Myrienkefalón; toda Asia Menor quedó en manos turcas...

Alejandro, hijo mayor del emperador de Constantinopla, acude a la corte del rey Arturo para ser armado caballero. En la nave que lleva al rey a Armórica (Bretaña continental), Alejandro se enamora de Soredamors, hermana de Galván, y en la dama brotan los mismos sentimientos, pero ninguno de los dos jóvenes se atreve a descubrir su amor por vergüenza y por timidez, lo que da lugar a largos monólogos interiores. De regreso a Inglaterra, donde el conde Angrés de Guinesores (Windsor), regente durante la ausencia de Arturo, se ha rebelado contra su señor. Alejandro apresa al traidor, lo que acrecienta su prestigio como caballero a los ojos de Soredamors; a pesar de todo, su timidez le impide declarar sus sentimientos a la dama, pero la reina Ginebra, que se ha dado cuenta de la situación, consigue la declaración mutua y, finalmente, los enamorados se casan gracias a la reina: catorce meses más tarde nace Cligés, en quien se unen la sangre bizantina y la sangre bretona.

Al morir el emperador griego, y dada la prolongada ausencia de Alejandro, será su hermano Alis quien herede el trono. Cuando regresan de Inglaterra el legítimo heredero, su mujer y su hijo Cligés, los dos hermanos llegan a un acuerdo: Alis mantendrá el poder, pero no podrá casarse, y a su muerte, Cligés sera coronado emperador. Poco tiempo más tarde mueren Alejandro y Soredamors, de forma que Cligés queda huérfano.

No tarda Alis en romper su promesa, impulsado por malos consejeros; consigue la mano de Fenice, hija del emperador de Alemania, a pesar de que había sido prometida al duque de Sajonia. Las

bodas se celebran en Colonia. Cligés y Fenice se enamoran profundamente, pero la joven novia no quiere seguir el ejemplo de Iseo, compartiendo su cuerpo con dos hombres, por lo que revela sus sentimientos a su criada Tesala, que es una experta conocedora de todo tipo de pócimas. Prepara una poción mágica para engañar a Alis, que creerá que está cumpliendo sus deseos y sus obligaciones con su esposa, pero todo estará ocurriendo en sueños.

De regreso a Grecia, a orillas del Danubio, cerca de Ratisbona, el duque de Sajonia intenta raptar a Fenice, pero Cligés desbarata sus planes y la rescata. Luego, vencerá en combate singular al frustrado duque. A pesar de todo, Cligés no se atreve a confesar su amor, ignorando que Fenice participa de los mismos sentimientos. Así, decide ir a la corte del rey Arturo a realizar grandes hechos de armas. Pero el recuerdo de la dama está siempre presente, a la vez que ella se debate en continuos monólogos ante la incertidumbre de si el caballero la ama.

De regreso en Grecia, y tras largos titubeos llenos de palabras veladas y de metáforas encubiertas, se confiesan los sentimientos. Cligés se entera entonces de que el matrimonio de Alis y Fenice no se ha consumado debido al bebedizo que preparó Tesala. El joven caballero planea escapar con ella a Inglaterra, pero la dama no quiere repetir la historia de Tristán e Iseo y propone, en cambio, hacerse la muerta con la colaboración de las artes mágicas de Tesala: así podrán verse todas las noches. Dicho y hecho. Ni los más sabios médicos de Salerno consiguen descubrir el secreto, a pesar de algunas sospechas. Por fin, Cligés consigue llevar el cuerpo de la falsa muerta a una torre debidamente preparada, donde son felices durante más de un año, sin que nadie imagine nada de lo que está ocurriendo.

Con la llegada de la primavera, Fenice añora el aire libre, y un día que sale al jardín a solazarse es descubierta por un cazador que seguía a su halcón. La noticia de que la emperatriz está viva no tarda en extenderse, aunque los amantes tienen el tiempo suficiente para escapar e ir a Bretaña, gracias, una vez más, a las artes mágicas de Tesala. El emperador Alis muere de rabia. Cligés y Fenice se casan finalmente y reinan felices en Constantinopla.

Basta la lectura de este breve resumen para que surjan los aspectos fundamentales: el tema es, básicamente, un problema sucesorio del Imperio de Oriente, de forma que la presencia del rey Arturo y su mundo resulta, si no ajena, sí complementaria a la acción de la novela. Por otra parte, la protagonista tampoco tiene su origen en las tierras de Bretaña. Y todo parece indicar que hay continuas referencias a la situación política contemporánea, y no sólo un vago recuerdo de unas hipotéticas maravillas de un pasado difícil de situar...

Por lo que respecta a los componentes esenciales, destacan dos núcleos manejados con maestría y elaborados con gran habilidad gracias a distintos recursos literarios y poéticos. En efecto, la base está formada por la historia de Tristán e Iseo y por el cuento de la «falsa muerta» o de la «muerta viva». Ovidio y la materia clásica, en especial el *Roman d'Énéas*, suministran los materiales necesarios para la creación de la novela. En muchos aspectos se dudaría de que se trate de una narración artúrica, pero las dudas se disipan si se tienen en cuenta las continuas referencias a *Tristán* y el planteamiento amoroso que une los destinos de Soredamors y Alejandro, durante una travesía marítima, como en el caso de Tristán e Iseo, y el planteamiento amoroso, más obvio aún, que marcará las relaciones de Cligés y Fenice, y en especial la reticencia mostrada por la dama que no quiere ser otra Iseo, dividida entre dos hombres: quien tenga el corazón tendrá también el cuerpo. Las artes mágicas de Tesala se convierten no sólo en el contrapunto del filtro amoroso que causó las desdichas de Tristán e Iseo, sino, sobre todo, en la causa necesaria para que la acción no se convierta en un disparate lleno de absurdos: el público que había aceptado el poder de la pócima de los amantes de Cornualles aceptaría también la capacidad de Tesala como maga y hechicera, es decir, los papeles de Morgana y de Brengaín, la fiel criada de Iseo.

La estructura de *Cligés* queda clara, debido a la distribución de las aventuras de Alejandro y Soredamors, por una parte, y de Cligés y Fenice, por otra. En cada uno de esos dos núcleos se reparten viajes y hazañas caballerescas, pero sobre todo son los sentimientos amorosos los que ocupan un espacio más amplio: los monólogos y los diálogos son excelentes ejemplos de la utilización de recursos aprendidos en Ovidio y recreados con habilidad, pero son también modelo de finura en el análisis de los sentimientos.

El Caballero del León

A pesar de los esfuerzos creativos realizados por Chrétien para dar coherencia al relato de *Cligés*, el autor no continuó por el camino iniciado, sino que regresó a los temas bretones, sin excursos que pudieran distraer de la acción principal. En *El Caballero del León*, Chrétien construye la novela con meticulosidad: las hazañas del protagonista lo llevan al amor, y el deseo de nuevas hazañas a la crisis matrimonial, a la locura y, por fin, a la reconciliación. El planteamiento se acerca, en muchos aspectos, al del *Erec y Enide*, y la proximidad queda más de relieve aún si se considera la insistencia que pone el autor en establecer las obligaciones del caballero más allá del propio éxito personal: al episodio de la Alegría de la Corte de la primera novela corresponde ahora la liberación de las mujeres explotadas en el Castillo de la Pésima Aventura. Resulta evidente el interés de Chrétien en mantener y reforzar un paralelismo de gran rendimiento narrativo; y es más significativo ese interés porque el autor ha gozado de plena libertad a la hora de escoger el tema y su desarrollo, cosa que no ocurrirá en otras novelas, como *El Caballero de la Carreta* o *El Cuento del Grial*, en las que parte con un pie forzado que le obliga a aplicarse a unas pautas impuestas por sus protectores.

Es posible que *El Caballero del León* fuera escrita entre 1177 y 1181, a la vez que *El Caballero de la Carreta*, ya que algunos episodios se entrecuzan en ambas novelas, en un hábil juego de intertextualidad.

Tras un nostálgico recuerdo de la corte del rey Arturo como lugar en el que se reunían todos las virtudes caballerescas y los más refinados comportamientos, el autor pasa a contar la celebración de la fiesta de Pentecostés en Carduel; el desorden reinante contrasta con los recuerdos expresados poco antes: el rey llega tarde porque la reina lo ha entretenido en la cama; Keu se burla de Calogrenant, que se ve forzado a contar una aventura en la que había fracasado: mientras cabalgaba en el bosque de Brocelianda, un espantoso boyero le indica el camino de la Fuente Peligrosa: su agua hierve aunque está más fría que el hielo, a la sombra del árbol más bello del mundo; el agua cae en un pilón de esmeralda sostenido por cuatro rubíes. Al verter el agua en el pilón, se desencadena una tremenda tormenta y, a continuación, aparece un caballero muy grande que derriba al atrevido que ha alterado la tranquilidad.

Con el propósito de vengar la afrenta de su primo Calogrenant, Yvain abandona la corte del rey Arturo, llega a la fuente, provoca la tormenta y combate con el caballero. Éste, herido mortalmente, busca refugio en el castillo vecino; Yvain lo persigue y a la entrada del castillo cae en una trampa, pues queda atrapado entre las dos puertas que dan acceso al lugar. El caballero, llamado Escladós el Rojo, muere, y sus hombres van en busca de Yvain, al que creen tener bien cogido, con la intención de hacerle pagar su crimen. Pero cuando llegan, no lo encuentran, porque Lunete, una muchacha que habita en el castillo como doncella al servicio de la esposa de Escladós, ha reconocido al caballero de Arturo y en agradecimiento por un antiguo favor le ayuda a salir del atolladero dándole un anillo que lo hace invisible. En estas condiciones, Yvain se convierte en testigo de excepción de los funerales de Escladós, sin que nadie advierta su presencia. Es entonces cuando el caballero ve por primera vez a Lau-

dine, la viuda, de la que se enamora apasionadamente. Con la ayuda de Lunete, que intercede por él ante su señora y la convence de la necesidad de tomar un nuevo esposo, para que la fuente no esté sin defensor, Yvain llega a ganarse el favor de Laudine y, algunos días después, se casa con ella.

Poco tiempo más tarde, Arturo y su mesnada llegan a la fuente y Keu intenta la aventura descrita por Calogrenant. Es Yvain quien acude a defender el lugar, como le corresponde, y vence a Keu. Después Yvain revela su identidad y acoge a los compañeros de la Mesa Redonda en su castillo. Presionado por Galván, Yvain siente el deseo de reincorporarse a la vida errante, con el fin de buscar aventuras que le permitan demostrar su proeza y mantener su reputación caballeresca. Pide permiso a Laudine para marchar; ésta se lo concede, aunque no de muy buen grado, imponiéndole el plazo de un año para su regreso. Pero dicho plazo expira e Yvain no regresa junto a su mujer, absorbido como está por la vida caballeresca. Laudine monta en cólera contra su marido y, al verse rechazado por ella y tratado de traidor y mentiroso, Yvain se vuelve loco y pasa una temporada en el bosque, como hombre salvaje. Una doncella le proporciona la curación a su mal y ya recuperado salva a un león que es atacado por una serpiente. El noble animal se convierte en su más fiel compañero y, a partir de ese momento, Yvain será conocido como «el Caballero del León». Empieza así para el protagonista una carrera ascendente a lo largo de la cual va acometiendo diversas y peligrosas aventuras que le permiten demostrar su valor y recuperar la identidad caballeresca que había perdido durante el tiempo de su locura; en todas ellas alcanza la victoria gracias a la colaboración del león: libera a Lunete de la hoguera, acusada de haber traicionado a su señora por Yvain; mata al gigante Harpin de la Montaña; acaba con dos monstruos; defiende con éxito a la hija pequeña del señor del Castillo de la Espina Negra, enfrentándose en combate singular con Galván, al que no reconoce; y, por último, liberará a trescientas damas que era explotadas por un señor despiadado en el Castillo de la Pésima Aventura. A la vez, irá haciéndose, de nuevo, merecedor del amor de Laudine, aunque, en realidad, es Lunete quien, con su habilidad y astucia, consigue la reconciliación definitiva entre el caballero y su esposa.

Dos núcleos sirven para organizar toda la acción: la corte del rey Arturo y la Fuente Peligrosa. La relación entre ambos espacios es evidente, pues lo que ocurre en la fuente da lugar al inicio del relato de Calogrenant en la corte, a las hazañas de Yvain y al perdón final; la corte sirve de contrapeso y los nobles que forman parte de ella serán testigos directos o indirectos de cada uno de los episodios principales.

En la lectura del texto llaman la atención dos temas, que son fundamentales para el desarrollo del relato: el de la fuente maravillosa y el del león «agradecido». Acabo de aludir a la importancia de la Fuente Peligrosa como núcleo en torno al que se organiza parte de la acción; como tema narrativo, además, lleva asociados todos los acontecimientos que tienen lugar en el castillo: el vertido del agua en el pilón provoca una tormenta y la inmediata intervención del señor del castillo; la muerte de Escladós el Rojo en combate tiene como consecuencia que su vencedor, Yvain, se convierta en nuevo señor del castillo, tras casarse con Laudine en un plazo de apenas tres días; Yvain tendrá que defender la fuente frente a nuevas tormentas, como la provocada por Keu. Otras circunstancias, como el anillo que hace invisible al protagonista o el huésped hospitalario, hacen pensar que nos encontramos ante un antiguo mito en el que se mezclaban ideas vinculadas con la magia simpatética, la sustitución violenta y la jerogamia, como ocurría, por ejemplo, en la sucesión del cargo de sumo sacerdote de Diana; pero estamos en el mundo celta y es muy posible que Laudine fuera la diosa o el hada de la fuente y que el castillo tenga mucho que ver con el Más Allá. Así, Yvain, como tantos otros caballeros de la materia de Bretaña, se ha convertido en el amante de un hada y su señorío se encontrará en el Otro Mundo.

Por lo que respecta al león agradecido, se trata de un tema literario frecuente. Chrétien pudo conocer la historia de Androcles, narrada por Aulo Gelio (*Noches Áticas*, 5, 14), el esclavo cristiano condenado a morir en el circo y a quien el león no devora, como agradecimiento porque en tiempos mejores le había quitado una espina.

La tradición literaria, oral o escrita, ha suministrado a Chrétien la base del relato. Se ha señalado el paralelismo parcial de *Yvain* y un *mabinogi* galés, *Owain* o *Dama de la Fuente*, lo que hace pensar en la existencia de un modelo común, quizás representado por esas historias que el autor francés dice al final de la novela que ha oído contar. Habrá que considerar que la locura de Yvain también procede de la tradición literaria de la materia de Bretaña, pues Tristán y Lanzarote también enloquecen al sentirse alejados sentimentalmente de Iseo y de Ginebra. De las vidas de santos y mártires derivará el recuerdo del león, a través de relatos en latín o de homilías en francés. Pero no todo es literatura, algunos aspectos de la novela remiten a la realidad o a la vida cotidiana: el pleito de las dos hermanas, o la joven de diecisiete años que lee una novela a sus padres, o la explotación laboral de las trescientas damas del Castillo de la Pésima Aventura...

Chrétien observa la realidad que le rodea y la incorpora al relato con habilidad, como esos diálogos llenos de buen sentido, y de humor, entre Laudine y su doncella Lunete. Una vez más, ejemplo de maestría de novelista.

El Caballero de la Carreta

A la vez que escribía *El Caballero del León* (h. 1177-1181), Chrétien debió redactar su novela protagonizada por Lanzarote, *El Caballero de la Carreta*. En el prólogo el autor alude a «mi señora de Champaña», es decir, a María de Champaña, que le había suministrado el tema y le había encargado su elaboración literaria de acuerdo con unos planteamientos concretos; y es posible pensar que una parte del encargo consistiría en convertir a Lanzarote en el héroe que rescataría a la reina de manos de su secuestrador Meleagante, pero a la vez Chrétien debía conseguir que el mejor de los caballeros se convirtiera en amante de Ginebra, de acuerdo con los paradigmas del amor cortés, tan de moda entre los trovadores del sur de Francia: no hay que olvidar que María de Champaña era nieta de Guillermo de Aquitania, el primer trovador de nombre conocido.

La concepción del amor cortés hacía de la relación amorosa una relación adúltera, en contra de las ideas que expresa el propio Chrétien en sus novelas anteriores (*Erec* y *Cligés*) y en la contemporánea (*Yvain*); por eso se ha pensado que fue la propia María de Champaña la que sugirió este planteamiento, y quizás por eso, sintiéndose a disgusto, Chrétien encargó el final del texto a un colaborador, Godefroi de Leigni, de cuya existencia no sabemos nada.

El rey Arturo reúne a la corte en Camelot un día de Ascensión. Después de la comida llega un caballero que hace saber que tiene prisioneros a muchos súbditos del rey; a cambio de su liberación se lleva como rehén a la reina Ginebra y exige que un caballero se la dispute en el bosque cercano: si el caballero de Arturo vence, dejará libres a todos. Sólo Keu se atreve a aceptar el reto, y es derrotado, por lo que se ve arrastrado a la misma suerte que la reina. Galván sale en persecución del secuestrador. No tarda en encontrarse con un caballero que monta un caballo agotado y que le pide que le preste uno de los corceles frescos que lleva; Galván se porta con generosidad y le presta uno de los caballos. No tarda en reencontrar al caballero que va a pie tras una carreta, pues todo indica que ha librado un duro combate en el que ha causado la muerte a numerosos enemigos, pero ha perdido el caballo de Galván.

El caballero pregunta al enano que guía la carreta si ha visto a la reina y éste le contesta que si quiere saberlo debe subir al carromato. En aquel tiempo –explica Chrétien– las carretas eran signo de

ignominia, comparables a los cadalsos, y de ahí que el caballero vacile brevemente, apenas el tiempo de dar dos pasos. Galván no acepta el trato del enano y sigue en su montura. Al llegar al castillo el caballero de la carreta, todos los habitantes salen a abuchearlo y a gritarle a la cara la ignominia, pero él no hace caso y vence las aventuras del Lecho Peligroso y de la Lanza en Llamas. Por la mañana contempla desde las ventanas del castillo un séquito que se aleja, en el que hay un caballero llevado en parihuelas, un caballero de gran tamaño, y la reina con su acompañamiento. El caballero de la carreta quiere caer desde la ventana, pero Galván se lo impide y ambos juntos emprenden la persecución del séquito que se había alejado. En un cruce de caminos, una doncella les dice que el secuestrador es Meleagante, hijo de Baudemagus de Gorre, reino del que nadie regresa; para llegar allí, sin permiso del rey, hay que atravesar un profundo río ya sea por un puente sumergido, ya sea por un puente que es el cortante filo de una espada. Galván se dirige al puente sumergido, mientras que su compañero va al Puente de la Espada.

Los pensamientos del caballero de la carreta se centran sólo en la dama amada, en la reina; en este ensimismamiento cabalga hasta que un caballero lo derriba de su montura, pues no ha oído los gritos de su oponente. A pesar de todo, vence al desaprensivo atacante. Luego, caerá en el mismo estado al ver los cabellos rubios en un peine que Ginebra había olvidado junto a una fuente, y que guardará entre su carne y su camisa como la más preciada de las reliquias. Más adelante llegará a un cementerio y levantará la losa de la tumba que le estaba reservada y en la que se anuncia que allí será enterrado el liberador de los que están en el reino del que nadie sale. La cercanía del reino de Gorre es evidente y cada vez son más los que aclaman su paso hacia el Puente de la Espada, que por fin pasa a pesar de todas las dificultades y riesgos que supone, venciendo los peligros reales e imaginarios que va encontrando. Baudemagus y su hijo Meleagante contemplan la hazaña desde una ventana del castillo cercano.

Baudemagus aconseja a su hijo que le entregue la reina al caballero, pero Meleagante prefiere combatir con el recién llegado, que

acepta el combate singular, a pesar de las numerosas heridas que le ha producido el paso del puente. Ginebra los ve combatir sin que el caballero de la carreta se haya dado cuenta de su presencia; es entonces cuando una doncella pregunta a la reina el nombre del caballero y ésta le contesta que se llama Lanzarote del Lago (v. 3.676): la doncella llama al héroe para que fije su atención en la presencia de la reina. A partir de ese momento, Lanzarote se ve movido por la fuerza que le produce la vista de la dama amada. El combate se interrumpe a petición de Baudemagus, que ve a su hijo ya vencido, pero Meleagante no acepta el resultado e aunque entrega a la reina, emplaza a Lanzarote para un nuevo enfrentamiento ante la corte del rey Arturo, que tendrá lugar un año después de que lo pida el traidor. Los prisioneros quedan en libertad y Lanzarote, por fin, se reúne con su amada.

En este primer encuentro Ginebra se comporta con gran frialdad y despide a su caballero, que va en busca de Galván, sin explicarse el comportamiento de la reina. Lanzarote es apresado por los habitantes de Gorre y se extiende la noticia de su muerte, que no tarda en llegar a oídos de Ginebra, que sufre por su anterior dureza. Unos días más tarde, Lanzarote es llevado a la corte de Baudemagus, queda libre y vuelve a reunirse con la reina, a la que le pregunta la causa de su actitud: fue la duda, el tiempo que tardó en subir a la carreta lo que hizo que le mostrara tanta frialdad, pero, con el arrepentimiento de Lanzarote, la concordia vuelve a establecerse entre los enamorados, y Ginebra fija una cita para esa misma noche. Las rejas de la ventana no podrán evitar que el fogoso caballero las abra, hiriéndose en las manos, y que entre en la habitación de Ginebra, en la que también está alojado Keu, convaleciente de sus heridas. Con la llegada del alba, y después de haber gozado de los placeres del amor, Lanzarote se marcha, coloca los barrotes de la reja en su lugar y vuelve a su alojamiento.

Meleagante ve la sangre de las heridas de Lanzarote en las sábanas de Ginebra, pero cree que se trata del rastro dejado por Keu, cuyas heridas se han reabierto por la noche. Así, acusa al senescal y

a la reina de haber mantenido una relación prohibida (y que él mismo había intentado en varias ocasiones). Reta a juicio de Dios a Keu, que será defendido por Lanzarote: el hijo de Baudemagus es derrotado otra vez más y salva la vida gracias a la intervención de su padre y de la reina. A pesar de todo, Meleagante, traidor por naturaleza, tiende una emboscada a Lanzarote cuando va en busca de Galván y, de nuevo, lo apresa dejándolo en manos de su senescal. Entretanto, Galván llega a la corte de Baudemagus y, ante la ausencia de Lanzarote, lleva a Ginebra y a los demás prisioneros liberados al reino de Logres. Gracias a la mujer del senescal, Lanzarote sale de la prisión para ir al torneo de Noauz, bajo promesa de regresar en cuanto acabe. Ginebra adivina quién se oculta bajo las armas rojas, y para confirmar su sospecha le pide que combata lo peor posible, lo que le hace víctima de todo tipo de burlas; ya segura de que se trata de Lanzarote, el día siguiente le pide que se comporte lo mejor posible, lo que le hace merecedor de la victoria en el torneo, pero de inmediato y sin que lo sepa nadie regresa a su prisión. Meleagante, que se ha enterado de la breve salida de su víctima, hacen que lo recluyan en una torre cercana a Gorre, rodeada por el mar.

Aquí termina la parte escrita por Chrétien y comienza la de su colaborador, Godefroi de Leigny.

Meleagante va a la corte de Arturo a pedir que en el plazo de un año se celebre el combate singular entre él y Lanzarote. El prisionero logra escapar gracias a la ayuda de una hermana de su secuestrador y llega a la corte el día fijado para el combate con Meleagante, que es vencido y decapitado para general alegría.

Unas palabras de justificación de Godeffroi de Lagny, a modo de éxplicit, cierran la novela.

El tema principal de esta novela de Chrétien no es otro que el rapto de Ginebra por Meleagante. Según Frappier, este rapto reproduce un antiguo mito céltico, con la diferencia de que, si habitualmente es el marido de la mujer raptada el que sale en su busca, aquí es el amante de la dama el que asume esa responsabilidad. Debieron de existir muchas versiones diferentes del rapto de Ginebra, anteriores incluso a Chrétien, como demuestra el famoso bajorrelieve de la arquivolta de la catedral de Módena, donde, hacia 1106, un escultor lombardo dejó una variante de la historia. También la *Vita Gildae*, de Caradoc de Llancarvan, fechada hacia 1136, recoge esta tradición. Los rasgos que constituyen este mito lo vinculan al Más Allá, y de ahí que en varias ocasiones se aluda al reino del que nadie regresa o al país del que no se puede escapar. La presencia de la carreta y del enano no hacen sino corroborar la misma idea, ya que la carreta se identificaría con la carreta de la muerte (así en los vv. 343-346) y el enano –menos activo que el que aparece al comienzo de *Erec y Enide*, pero igualmente malvado– sería un mensajero del reino de los muertos, como ocurre con frecuencia en la materia de Bretaña. Pero el mito llegó a Chrétien ya muy alterado y vacío casi por completo de sentido, o bien el novelista quiso utilizar solamente algunos aspectos, y de ahí las incoherencias que se encuentran; no obstante, nuestro autor volverá sobre el asunto en el largo episodio final del *Cuento del Grial*, con la aventura de Calogrenant y el Castillo de las Reinas.

Chrétien ha unido el rapto de Ginebra al tema del adulterio. Quizá la relación de la reina y Lanzarote se encontraba ya en la historia que le sirvió de base, o quizá fue la propia María de Champaña quien se la sugirió. Lo que sí que es cierto es que Ginebra es adúltera ya en la obra de Geoffrey de Monmouth (h. 1136), aunque en esa ocasión es Mordret, el sobrino traidor de Arturo, el amante de la reina. El triángulo Arturo-Ginebra-Mordret reaparece en el *Brut* de Wace (h. 1155) y en el *Brut* de Layamon (h. 1200), pero Chrétien introduce una modificación fundamental al sustituir a Mordret por Lanzarote, emparejando de este modo a la más alta de las damas con el mejor de los caballeros, de acuerdo con las normas del amor cortés. La tradición del adulterio de Ginebra tomará un nuevo sentido cuya fortuna será tal que todo el ciclo de la *Vulgata* (*Lanzarote en prosa*, con *La*

búsqueda del santo Grial y *La muerte del rey Arturo*, h. 1220) asumirá los amores de los dos personajes como uno de los principales hilos argumentales del relato. Mordret no reaparecerá hasta el final de *La muerte del rey Arturo*, para justificar el final catastrófico del reino de Logres, pero Ginebra en esa ocasión no accede a satisfacer la pasión del impulsivo regente. Ginebra será pues, desde Chrétien, la esposa de Arturo y la amante de Lanzarote.

El rapto de Ginebra provoca la salida de Lanzarote y Galván en su búsqueda. Los dos puentes, el Sumergido y el de la Espada, suponen la separación de los amigos, cuyas aventuras se contarán alternativamente. Son dos procedimientos literarios, la búsqueda y el entrelazado de las aventuras, que alcanzarán su máxima expresión en la extensa versión en prosa conocida como *Vulgata* artúrica, redactada hacia 1220. Por otra parte, el episodio de la llegada de Lanzarote al cementerio y la aventura de la lápida de su propia tumba hacen presagiar otro de los rasgos fundamentales: la predestinación de los héroes para cumplir las aventuras que les están reservadas y el carácter mesiánico, redentor, de los caballeros del rey Arturo.

Así, *El Caballero de la Carreta* se convierte en la base de las narraciones posteriores, y en especial, de la versión en prosa. Lanzarote aparecerá a partir de ahora como el enamorado perfecto y el mejor de los caballeros. Los autores posteriores siguieron el modelo con fidelidad, tanto en la caracterización de los personajes como en las técnicas literarias.

El Cuento del Grial

El *Cuento del Grial* es la última novela escrita por Chrétien de Troyes, que debió comenzarla en torno al año 1180, pero que dejó sin acabar cuando llevaba escritos 9234 versos octosílabos, sorprendido, quizá, por la muerte en fecha desconocida, pero no muy posterior a la del inicio del relato.

En parte debido a que la obra está inconclusa, y en parte debido al carácter de la misma, son muchos los enigmas que ha suscitado esta novela, incluso para los lectores de los últimos años del siglo XII y principios del XIII. Los enigmas van unidos a la fascinación; y en el centro de todo, el grial.

En efecto, la acción de esta obra gira en torno a una serie de episodios que a primera vista parecen disparatados, pero que van adquiriendo pleno significado a medida que avanza la narración y son aclarados por los acontecimientos.

En la dedicatoria a Felipe de Flandes, Chrétien reconoce que escribe la obra por encargo del propio conde, que además fue quien le dio el libro para que lo hiciera.

El protagonista, que desconocerá su nombre hasta el verso 3575, vive al margen del mundo caballeresco en la Yerma Floresta, junto a su madre (la Dama Viuda), que de este modo pretende evitar el destino que había costado la vida a su marido y a los dos hijos mayores. El encuentro del muchacho con cinco caballeros armados acaba con las pretensiones maternas, y el joven decide ir a la corte del rey Arturo para ser armado caballero: la separación resulta tan dolorosa a la madre que cae desvanecida, sin que por ello el hijo regrese a auxiliarla. A partir de este momento comienzan las aventuras y la formación del protagonista: primero encontrará a la Doncella de la Tienda, a la que besará a la fuerza, interpretando erróneamente las recomendaciones de la Dama Viuda. Su falta de formación y la rudeza de sus modales resultan evidentes a cuantos lo ven y han quedado de manifiesto en esta primera aventura. La llegada a la corte confirma lo que era obvio, y el joven provoca las burlas y la estupefacción por parte de todos, salvo de una joven doncella y de un loco que predicen el brillante futuro que le espera, lo que irrita profundamente a Keu.

En el primer encuentro armado, acaba con el Caballero Rojo de forma muy poco acorde con las normas caballerescas, y viste su arnés: con el aspecto externo de un caballero llega al Castillo de

Gornemans de Goort, que de inmediato se da cuenta de la tosquedad y de la falta de formación del recién llegado; este anciano se esforzará en transformarlo en un auténtico caballero, adoctrinándolo en los principios fundamentales de la orden y enseñándole el correcto manejo de las armas y el comportamiento adecuado en las cortes y en el campo de batalla. Sólo después de instruirlo, cuando ya lo considera suficientemente preparado, lo arma caballero. El muchacho piensa que ya ha logrado el propósito que le empujó a abandonar a su madre y siente deseos –si no remordimientos– de volver a su lado.

De regreso a la Yerma Floresta, llega al Castillo de Belrepeire, que se encuentra asediado y combatido por las fuerzas de Aguignerón y de Clamadeu de la Islas: derrota a los atacantes, a quienes envía a la corte del rey Arturo como prisioneros; a la vez se enamora de la joven Blancaflor, señora del castillo, sobrina de Gornemans, y motivo del asedio. Pero de nuevo surge el recuerdo materno, y abandona su dulce situación con el propósito de ir en busca de su madre y regresar ambos a Belrepeire, donde piensa establecerse de forma definitiva.

En su camino se tropieza con un río caudaloso que le impide el paso; en medio del agua hay una barca con dos hombres, uno de los cuales se dedica a pescar y le invita a pasar la noche en un castillo cercano. En la sala es recibido por un caballero anciano que no puede valerse por sí mismo: lo acoge con grandes muestras de afecto y le regala una espada. Mientras ambos hablan cortésmente, atraviesa la sala un séquito formado por un joven que sujeta una lanza cuya punta sangra sin cesar y una doncella de gran hermosura que lleva en sus manos un grial, seguida por otra doncella con un plato de plata; completaban el cortejo varios criados con ricos candelabros. La presencia del grial en la sala no sólo la ilumina de forma admirable, sino que además llena la mesa de los más variados manjares. El muchacho no se atreve a preguntar por qué sangra continuamente la lanza y a quién se sirve con el grial, para no parecer descortés, y de acuerdo con los consejos que le había dado Gornemans.

Por la mañana, impulsado por la curiosidad, se dispone a hacer las preguntas que la víspera no se había atrevido a formular, pero no encuentra a nadie en el castillo ni en sus alrededores. Su búsqueda lo aleja del lugar y lo lleva al bosque, donde se tropieza con una doncella, que tiene entre los brazos a su amigo, al que acaban de matar. Hablando con ella, el muchacho adivina su propio nombre, que desconocía hasta ese momento: se llama Perceval el Galés. A la vez, la joven, prima suya, le hace saber que, si hubiera planteado las preguntas adecuadas, el Rey Pescador habría recuperado la salud, y su reino, la prosperidad, y que no lo hizo por el pecado que cometió al dejar a su madre, que murió de dolor.

Poco después se encuentra con la Doncella de la Tienda, que monta un mal jamelgo y lleva el vestido hecho jirones; su amigo, el Orgulloso de la Landa, la maltrata por la supuesta infidelidad que cometió con Perceval (cuando éste acababa de abandonar la casa de su madre). Perceval vence al caballero, acaba con el trato vejatorio y obliga al vencido a ir como prisionero a la corte del rey Arturo, que ya no puede soportar más tiempo la ausencia del muchacho al que no hizo caso cuando fue a pedirle que lo armara caballero y que está demostrando ser uno de los mejores caballeros de su reino. La corte se pone en marcha en busca de Perceval.

Mientras, Perceval, que no está lejos de donde ha acampado el séquito del rey, contempla una mañana tres gotas de sangre en la nieve, resultado del ataque de un halcón a un ganso: la mezcla del rojo y el blanco le recuerdan el rostro de su amiga, la bella Blancaflor. Tras sendos fracasos de Saigremor y Keu, Galván consigue llevarlo a presencia del rey, quien lo recibe como al mejor de los caballeros, confirmando de este modo las palabras que dijeron la doncella y el loco la primera vez que Perceval estuvo en la corte.

La alegría dura poco, pues no tarda en llegar una doncella fea y odiosa que recrimina a Perceval su silencio en el Castillo del Rey Pescador e incita a los caballeros a que salgan en busca de las más diversas aventuras; el propio Perceval se compromete a obtener la respuesta de las preguntas sobre la lanza y el grial.

En esto, llega a la corte Guiganbresil, que acusa a Galván de haber matado a traición al rey de Escavalón y lo reta a un combate singular, que deberá dirimirse ante el sucesor de la víctima.

Galván se pone en marcha con el propósito de demostrar la falsedad de las acusaciones ante el rey de Escavalón, pero antes de llegar participa en un torneo en defensa de la Doncella de las Mangas Pequeñas: de nada servirá la insistencia de la joven muchacha y de su padre para que se quede, pues Galván no quiere retrasar su compromiso.

Por fin, llega a un castillo en el que es acogido con la mayor hospitalidad y cortesía; cuando está disfrutando de los dulces besos de la hermana del señor del castillo, es sorprendido por un caballero que lo reconoce como el asesino del anterior rey: la noticia corre con rapidez, de forma que los habitantes de Escavalón acuden en masa dispuestos a acabar con Galván, pero la intervención de Guiganbresil le salva la vida. El combate singular se aplaza para un año más tarde; mientras tanto, Galván se compromete a buscar la lanza que sangra sin cesar.

Cinco años lleva Perceval realizando hazañas, y cada vez más alejado de Dios y de la Iglesia. El encuentro fortuito con una comitiva de penitentes un Viernes Santo le lleva a una ermita en la que mora un santo varón. Allí confiesa el pecado cometido con su silencio en el Castillo del Grial, pero el ermitaño le hace saber que éste fue consecuencia de haber causado la muerte de su madre, y le revela, además, que el grial lleva la comunión diariamente al padre del Rey Pescador, que no recibe otro alimento desde hace quince años; el ermitaño le hace saber, también, que aquel rey, la madre de Perceval y él mismo son hermanos. Perceval es absuelto de sus pecados y comulga el Domingo de Pascua. (El proceso de purificación espiritual del héroe ha llegado a la cima, justamente en una fecha que coincide con la Resurrección. Es la última vez que Perceval aparece en la novela.)

Galván ayuda a un caballero herido, que no sólo no le agradece el auxilio, sino que además le roba el caballo. La humillación de Galván va en aumento debido a las intervenciones caprichosas y crueles de la Orgullosa de Logres.

Esta perversa doncella le lleva hasta el Castillo de las Reinas, donde es recibido con los mayores honores, como quien está llamado a acabar con alguna mala costumbre del lugar. En efecto, supera la prueba del Lecho de las Maravillas, y a partir de ese momento es considerado señor del castillo, del que, sin embargo, no podrá volver a salir. La Reina de las Blancas Trenzas (que no es otra que Ygerne, madre del rey Arturo) le permite una ausencia breve, hasta la noche, para que pueda ir a hablar con la Mala Doncella. Ésta, que no ceja en su perversidad, le hace cruzar un río peligroso, y en la otra orilla se encuentra con Giromelant, caballero que le revela quiénes son las damas que viven en el castillo: la madre del rey Arturo, la del propio Galván y una hermana de éste, nacida ya en aquel lugar hacía unos veinte años; Giromelant le descubre asimismo su amor por esta joven y el odio por Galván, que mató a un primo suyo. Al saber quién es su interlocutor, lo reta a combate singular, que queda fijado para unos días más tarde.

Galván envía un mensajero a la corte del rey Arturo, para que todos acudan a presenciar el combate. Cuando el enviado llega, el ambiente es desolador por la ausencia de Galván...

Y aquí se interrumpe el relato. Así, la novela plantea varios problemas desde la dedicatoria misma, escrita antes de que la obra fuera concluida, hasta el desenlace, pasando por el núcleo central, formado por un objeto de carácter espiritual (el grial) y no por la búsqueda del amor, como ocurría en las novelas anteriores de Chrétien.

Es posible que el libro que suministró Felipe de Flandes a nuestro autor fuera una obra en la que se hablara de un palacio o castillo maravilloso, de un «caldero» de la abundancia o de un objeto similar y de un personaje, tal vez un ser divino, que habría recibido una herida que provocaría a la vez su esterilidad y la de

su reino. Son todos ellos temas que aparecen en otras narraciones bretonas, del mismo modo que también aparece Perceval, sin que su figura se asocie necesariamente ni al grial ni a ninguna otra aventura especialmente destacable. A partir de estos materiales, Chrétien construyó su novela añadiendo elementos de procedencias variadas y estableciendo posibles paralelismos con la situación del reino de Jerusalén –con un rey leproso, Balduino IV, equivalente al Rey Pescador– que tenía un sobrino en el que habría depositado las esperanzas de la salvación de Tierra Santa: justamente, Felipe de Flandes, que quedaría asimilado de este modo a Perceval. Y en efecto, Felipe de Flandes emprenderá la cruzada en septiembre de 1190 (III Cruzada), pero, a diferencia de Perceval, morirá ante Acre el 1 de junio de 1191, sin alcanzar el éxito: no sólo la muerte de Chrétien pudo interrumpir la redacción de la novela, como indica uno de los continuadores, sino que también es posible que la desaparición del modelo –y del protector– supusiera una interrupción indefinida del relato.

El texto, tal como ha llegado hasta nosotros, presenta dos protagonistas, Perceval y Galván; cada uno de ellos lleva a cabo sus aventuras más señaladas en sendos castillos, el del Grial y el de las Reinas, aunque no parece existir mayor relación entre esos dos mundos, a no ser que se considere que Perceval lleva a cabo una aventura de carácter espiritual, mientras que las hazañas de Galván están marcadas por su relación con este mundo y que, por tanto, se podrían considerar el contrapunto de las proezas de Perceval; por otra parte, ese contraste queda claro en ambos personajes, pues si el caballero galés es un joven simple que se va formando a lo largo de la novela, el sobrino del rey Arturo es el ejemplo más evidente del noble cortés, refinado en sus palabras y actuaciones, dispuesto a seducir a cuantas doncellas le dirijan la palabra, incluida su propia hermana, bien es cierto que sin que él conociera el parentesco existente.

El camino de las especulaciones está expedito, ya que la obra no fue concluida por su autor.

Se puede hablar, pues, de dos partes en *El Cuento del Grial:* una, dedicada a Perceval; la otra, a Galván. Sólo la primera parte está resuelta de forma casi completa, mientras que las aventuras del sobrino del rey Arturo apenas están esbozadas. Así, asistimos a la infancia, adolescencia y madurez de Perceval o, si se prefiere, al pecado, arrepentimiento y gloria del héroe. La figura de Galván aparece ya en plena madurez y, por tanto, no exige ese proceso de formación o de catarsis. Considerado así, *El Cuento del Grial* es algo más que la simple yuxtaposición de aventuras: como suele ocurrir en los textos de carácter didáctico o moralizante, se pueden ir distinguiendo distintos niveles de interpretación o de significación.

El más elemental de estos grados, la interpretación literal, es la formación de Perceval como caballero. El segundo nivel quedaría representado por la paulatina adquisición que tiene el héroe de una conciencia moral de su libertad y de su responsabilidad. Aún se puede distinguir otro nivel, de carácter religioso, apenas esbozado al comienzo y que adquiere una importancia desbordante después: el pecado de Perceval como clave interpretativa de varios episodios (el grial, la prima, el ermitaño y la doncella odiosa) y motor de gran parte de los acontecimientos, hasta el punto de que se puede dividir la obra en esas tres partes citadas más arriba (el pecado, el arrepentimiento y la gloria), sin olvidar el simbolismo o la clave que se oculta tras la confesión del Viernes Santo y la comunión del Domingo de Resurrección.

Los varios sentidos de esta escritura caballeresca nos orientan para que podamos alcanzar plenamente la intencionalidad de la obra. Galván es el héroe perfecto del universo cortés: es valiente, decidido, buen vasallo, bien educado, galante... En definitiva, reúne todas las virtudes que se pueden relacionar con la cortesía, y su comportamiento al respecto es intachable, no comete ningún error, no se le halla falta alguna; es perfecto, demasiado perfecto. Era el mismo camino que había emprendido, desde más lejos, Perceval: su ignorancia inicial ha sido superada gracias a las enseñanzas y a

la experiencia, de tal forma que ha llegado a convertirse en el mejor de los caballeros; pero su itinerario no se queda ahí.

Es cierto que en el encuentro con Galván (en el episodio de las gotas de sangre en la nieve) reconoce su admiración por el sobrino del rey Arturo, cuya fama le ha llegado en reiteradas ocasiones, y al que sin duda intenta imitar. Pero en la vida de Perceval se produce un hecho significativo, la visita al ermitaño el Viernes Santo, que transforma al mejor de los caballeros en un caballero de Cristo, enriqueciendo su perfil con nuevas perspectivas, antes no imaginadas: el ermitaño añade mandamientos religiosos y morales a las reglas de la caballería. El carácter místico de textos posteriores y, más concretamente, de *La Búsqueda del Santo Grial* (la *Queste del Saint Graal,* parte central del *Lancelot* en prosa, hacia 1220) son la consecuencia lógica de la nueva andadura marcada por Chrétien a su Perceval.

Chrétien ha planteado en *El Cuento del Grial* una de las reflexiones más profundas o más ambiciosas, la del destino individual frente a las enseñanzas del mundo cortés; es decir, ha intentado comprender y hacernos comprender el sentido del mundo. Pero lo ha hecho distanciándose del asunto mediante una notable dosis de ironía, única forma posible de llevar a cabo la reflexión con ciertas garantías de éxito, aunque no se debe olvidar que la ironía es uno de los recursos que Chrétien emplea con mayor habilidad y sutileza en sus novelas.

Por otra parte, destaca en *El Cuento del Grial* un nuevo hallazgo en la técnica narrativa: la perspectiva del héroe; o, dicho de otro modo, vamos conociendo las aventuras, el desarrollo de los acontecimientos a la vez que el propio Perceval, y de ahí que el desenlace de muchos episodios quede en suspenso, pues el protagonista lo ignora. Parece claro que esta técnica, apenas en embrión ahora, dará lugar al desarrollo de uno de los recursos más fecundos en la prosa de ficción y en la historiográfica, el trenzado o entrelazado de acontecimientos, pero, a diferencia de lo que vendrá más adelante, Chrétien no necesita una abundante

presencia de personajes cuyas aventuras van quedando en suspenso; a nuestro autor le bastará ver el mundo a través de la mirada de Perceval.

Y es esa mirada la que contempla el séquito del grial, sin que el protagonista se atreva a formular ninguna de las preguntas que podrían haber disipado el sentido de lo que estaba viendo y haber desvelado el misterio que los estudiosos intentan desentrañar.

Ya he indicado que la novela se divide en dos grandes partes: una, dedicada al proceso de formación (caballeresca, moral y religiosa) de Perceval; la otra, centrada en la figura de Galván, como contrapunto mundano del protagonista inicial. Es posible que la separación entre ambas partes se pueda establecer en el episodio de la Doncella Fea, que llega a la corte del rey Arturo en plena apoteosis caballeresca de Perceval y le recrimina la falta cometida en el Castillo del Rey Pescador: a partir de ese momento, el protagonista –quizá movido por el remordimiento, o quizá ya plenamente transformado en un caballero nuevo– decide reemprender la dura búsqueda del grial para purgar las faltas cometidas y cumplir por fin «su aventura», mientras que Galván se prepara para una campana militar: los caminos de ambos héroes se bifurcan.

Casi de forma simétrica, en cada una de las partes se sitúan dos episodios que tienen lugar en sendos castillos: el del Grial, con un invitado silencioso, Perceval; y el del Castillo de las Reinas, con unos extraños personajes retirados de la corte de Arturo muchos años antes, tantos que impiden al hijo reconocer a su madre. Del primero de estos episodios ya nos hemos ocupado con cierto detenimiento (no suficiente, dada la importancia y el éxito de los motivos que en él aparecen). Voy a dedicar ahora algunas palabras al episodio del Castillo de las Reinas.

El episodio, incompleto por la interrupción de la novela, ocupa unos dos mil versos en el original, casi una cuarta parte del texto conservado: es evidente la importancia que concedía Chrétien a esta aventura.

El Castillo de las Reinas es un lugar del Otro Mundo, de delicias pleno, rico y apacible –nada que ver con el Infierno–, en el que viven con total corporeidad quienes hace tiempo que murieron: así se explica que Galván no reconozca a su madre, ni ésta a su hijo, o que aparezca una hermana casadera, que sin duda había muerto antes de nacer.

El episodio resulta inquietante, pero Chrétien lo ha presentado con la mayor delicadeza, dándole unas grandes dosis de realismo, que lo convierten en un ejemplo magnífico de pura fantasía. El Castillo del Grial planteaba abundantes incógnitas; el Castillo de las Reinas hace que aumente más aún la curiosidad del lector. Naturalmente, el final abrupto de la obra no resuelve los enigmas que atenazan al lector.

Del éxito obtenido por *El Cuento del Grial* dan una idea los quince manuscritos de los siglos XIII y XIV que nos lo han conservado en su totalidad, además de varios códices que transmiten fragmentos, todo ello a pesar del profundo cambio que se produjo en la narrativa con la llegada de los relatos en prosa, frente a la utilización del verso; pero del éxito también dan cuenta las continuaciones y adaptaciones o versiones que se hicieron de la obra, desde los últimos años del siglo XII.

En el texto de Chrétien habían quedado interrumpidas aventuras tanto de Perceval como de Galván; el primero tenía que cumplir su destino en el Castillo del Grial, debía recuperar a la bella Blancaflor (a la que le había prometido que regresaría) y, posiblemente, visitaría al herrero Trebuchet en Cothoatre para que le arreglara la espada. Por su parte, Galván tenía pendientes tres conflictos (con Giromelant, con Guiganbresil y en Monteclaro), por no contar otras aventuras apenas esbozadas, como la del Castillo Orgulloso y la del Monte Doloroso, según la promesa que hicieron Giflete y Kahedín cuando llegó la Doncella Fea a la corte.

Es cierto que no todos estos episodios tenían el mismo peso e igual importancia en la narración, y que un par de frases podrían haber sido suficientes para dar por concluidas algunas de estas aventuras; pero parece incuestionable que los planteamientos narrativos referidos al Castillo del Grial y al de las Reinas exigían un desenlace más pormenorizado.

A lo largo de varias décadas, por lo menos hasta los años veinte del siglo XIII, se sucedieron las continuaciones de *El Cuento del Grial*. La Primera se ocupaba exclusivamente de las aventuras de Galván; obra de un autor anónimo, fue objeto –a su vez– de diferentes versiones: una, «breve» (aprox. 9 500 versos), fue concluida antes de 1200; otra, «extensa» (casi 20 000 versos), es, posiblemente, la más tardía de todas las continuaciones de la obra de Chrétien; la versión «mixta» (aprox. 15 300 versos) se sitúa en los primeros años del siglo XIII. Para alcanzar tal extensión, que en la versión breve duplica la longitud del original, los autores han recurrido a todo tipo de materiales y, en especial, a relatos de la tradición oral (*lais*) que han dado lugar a nuevos episodios en los que intervienen personajes diferentes de los que habían participado en *El Cuento del Grial*, como Caradoc. En ninguna de las tres versiones se concluyen definitivamente las aventuras planteadas por Chrétien, de forma que, en cierto modo, el problema siguió abierto.

La Segunda Continuación se centra en la figura de Perceval y parece ser obra de Wauchier de Denain, escritor vinculado a la familia de los condes de Flandes a comienzos del siglo XIII. Esta continuación fue objeto de nuevas ampliaciones, pues tampoco llegaba a un final definitivo: Gerbert de Montreuil redactó entre 1226 y 1230 la suya, en la que intentaba dar fin a las aventuras pendientes, empleando para ello 17 000 versos. Mientras tanto, o quizás un poco antes, otro escritor que estaba al servicio de la casa de Flandes, llamado Manessier, elabora un final diferente (con casi 11 000 versos más), que posiblemente influyó en la versión extensa de la Primera Continuación.

Pero además de estas adiciones hubo otras dos, referidas al comienzo del texto, en las que se explicaba la historia de Blioca-

drán, padre de Perceval, a lo largo de 800 versos. Y en una *Elucidación* de casi 500 versos, que precede al texto de Chrétien en uno de los manuscritos (y que se repite en una edición del siglo XVI y en una de las traducciones alemanas, de Philipp Colin y Claus Wisse, de hacia 1335), se traza el plan general del relato, a la vez que se explican las razones de la desaparición del Castillo del Grial, que será hallado por Perceval y Galván, y en otras siete ocasiones más.

El éxito del texto fue más allá, y muy pronto empezaron también las versiones a otras lenguas: el *Peredur* galés (¿finales del s. XII?), cuya relación con el *Cuento del Grial* parece deberse más al empleo de materiales comunes a ambas que a una dependencia directa, podría ser una de las versiones más antiguas; pero a los primeros años del siglo XII pertenecen las versiones francesas en prosa, el *Perlesvaus* y la adaptación alemana de Wolfram von Eschenbach. Ligeramente posteriores, pero aún en la misma centuria, vieron la luz el *Perchevael* holandés, la *Perceval Saga* noruega o el *Lohengrin* alemán, y habrá que esperar al siglo XIV para disponer del *Sir Perceval of Galles* en inglés, por no contar las versiones de las Búsquedas del Santo Grial que constituyen un copioso capítulo de la literatura artúrica, pues no derivan directamente del relato de Chrétien y frecuentemente sustituyen al protagonista por otros héroes (Galaz, Boores) pertenecientes al linaje de Lanzarote.

El Grial se ha impuesto a Perceval, y lo ha superado.

EL PROCESO CREADOR

Las novelas de Chrétien son resultado de la unión de dos principios: por una parte, el planteamiento de temas antagónicos; por otra, la confrontación de la actividad de los juglares y el quehacer de los intelectuales.

La afición de autores y público por los debates, los juegos poéticos dialogados (*tensó*, *partiment* y *joc-partit*) y otras formas que se

pueden emparentar con la Dialéctica hace sospechar que el embrión de los relatos de Chrétien y de muchos de los episodios y aventuras contenidos en esos relatos se encuentra en la discusión de posturas éticas divergentes, comparables a los «diversos juicios de amor» contenidos en el *Tratado sobre el amor* de Andreas Capellanus, el clérigo de la corte real de Leonor de Aquitania y Luis VII, los padres de María de Champaña. En el famoso *Tratado*, la condesa protectora de Chrétien da el veredicto en siete de los juicios propuestos sobre temas como los siguientes:

- Un caballero requiere de amores a una dama, a la que no le interesan sus propuestas, pero es tal la insistencia del caballero que al final la dama aceptará si él cumple todo lo que ella le ordene. Su primera orden será que deje de hablar de ella, para bien o para mal, y él cumple el mandato, bien a su pesar, hasta el momento en que oye que están hablando mal de su amada; sin poder resistirlo, sale en su defensa. La dama considera que ha incumplido su promesa y, por tanto, no lo amará. ¿Hizo bien o mal? (I).
- ¿Qué es mejor, amar a un noble pobre y virtuoso o a uno rico y sin educación? (III).
- Dos hombres iguales en todo requieren a una dama. ¿A cuál de los dos debe escoger? (IV).
- ¿Actúa bien una dama que no ama al caballero pero quiere retenerlo a su lado sólo para recibir sus muestras de afecto? (V).
- ¿Puede una dama buscarse un nuevo amante cuando el anterior permanece en tierras lejanas durante mucho tiempo sin dar noticias? (XIV).
- ¿Qué ocurre si el confidente del caballero enamorado se convierte en amante de la dama? (XVI).
- ¿Qué objetos deben aceptar las damas de sus amantes? (XXI).

No interesan ahora las sentencias, sino el hecho de que parece que era habitual ese tipo de juegos sobre temas determinados y que en modo alguno se restringían al ámbito amoroso. Sin em-

bargo, no se puede hablar de «tribunales de amor» o de «juicios de amor», como ha sugerido una parte de la crítica posromántica. Se trata, simplemente, de juegos de corte, de pasatiempos que en las obras de Chrétien adquieren una elaboración narrativa: la proeza se opone al amor; la razón a la perfección amorosa; la figura de Iseo a la de Fenice... A cada paso se encuentra el dilema, el motivo de reflexión y de debate; y los caballeros más sobresalientes son objeto de los mismos planteamientos: Erec, Yvain, Lanzarote, Galván o Perceval se oponen en sus comportamientos, pero también encuentrar, su parte contraria en Maboagraín, Meleagante o Calogrenant; y, siempre, la sombra de Tristán.

El propio Chrétien deja de manifiesto que su arte no tiene nada que ver con el de los juglares. Se siente orgulloso del trabajo que realiza y de los resultados obtenidos: todo parece indicar que ha llevado a cabo una labor de acopio de información, oral y escrita, para la redacción de cada una de sus obras. No es un historiador, ni pretende la exhaustividad que será característica del siglo XIII, pero quiere ofrecer a su público un texto coherente y no los fragmentos dispersos de los juglares. Es una idea que tiene clara: reelabora sus fuentes (*materia*), que pueden ser «cuentos de aventuras» o textos contenidos en crónicas: oralidad y escritura, juglares y clérigos, lengua vulgar y latín. *Erec* se basa en un cuento de aventuras que llega a Chrétien de forma oral; *Cligés* y *Perceval* representan testimonios de carácter más culto.

Así, algunos críticos piensan que con «cuento de aventuras» Chrétien se refiere a un estadio intermedio entre las historias artúricas según las conocemos por los testimonios literarios y la tradición oral; en estos «cuentos» existiría ya una acción relativamente organizada pero poco coherente, por eso necesitaría de una trabazón, una estructura interna (*conjointure*) que diera unidad al conjunto. Sería el caso, tal vez, del cuento que inspiraría el *mabinogi* galés titulado *Gereint* y el *Erec*: ambos tienen un tema semejante, coincidente en algunos aspectos, pero la obra de Chrétien presenta una estructura interna mejor trabada que el relato galés.

Las interpretaciones juglarescas no siempre tenían la calidad necesaria y con frecuencia destrozaban los textos, convirtiéndolos en fábulas, en mentiras. Las crónicas solían ser áridas y carentes de brillo narrativo. En todo caso, Chrétien les da el desarrollo que considera pertinente, con las explicaciones necesarias y los comentarios adecuados para que el lector pueda seguir los detalles del texto: así sabemos cómo visten los galeses o que ir en la carreta era signo de ignominia. Ese significado (*sentido*) que adquiere cada episodio, el tono mismo, preocupa a nuestro autor, pues son detalles precisos para alcanzar el objetivo.

Entre materia y sentido, entre las fuentes utilizadas se establece una fusión (*unión, juntura*) en la que queda de manifiesto el dominio que tiene el autor de la técnica literaria, de las enseñanzas de la Retórica escolar y de los recursos poéticos: los *topoi*, los lugares comunes constituyen la sustancia que amalgama materia y sentido: corte y bosque, combates, el *locus amoenus*, el significado de los nombres. Son recursos utilizados con precisión, de gran rentabilidad narrativa, ya que son conocidos por todos y por eso ahorran explicaciones.

El hilo conductor que sirve para construir toda la trama a partir de la materia, el sentido y la juntura no es otro que las aventuras. Las aventuras se encuentran sin esperar o se buscan.

Ya desde antes de Chrétien la «aventura» constituye la razón de ser de los caballeros andantes, pues no es simple prueba de valor o de virtud, sino que se convierte ante todo en la búsqueda de la felicidad perdida. El concepto de «aventura» evoluciona con gran rapidez y, sobre todo, se carga de significados a medida que avanzan las narraciones caballerescas, especialmente las situadas durante el reinado de Arturo. Desde los primeros testimonios en lengua romance, y de acuerdo con su valor etimológico de participio futuro, «aventura» se asocia con «lo que ha de llegar», es decir, con «destino, suerte, azar» y, por tanto, pertenece al ámbito de lo imprevisible; pero, a la vez que los héroes van asumiendo su propio destino –y así ocurre ya en el *Roman de Troie*, en la pri-

mera mitad del siglo XII–, la «aventura» se transforma en algo tan previsible como el propio porvenir de los personajes, y será favorable o desfavorable según los méritos individuales, pues el destino recompensa o castiga las virtudes y las faltas.

Erich Köhler estudió en un importante libro las profundas transformaciones sociales que se reflejan en la novela cortés y que repercuten directamente en la figura de los caballeros pobres: en la segunda mitad del siglo XII, se asientan los grandes principados territoriales y la monarquía como institución suprema; los caballeros que no forman parte de las casas más poderosas y que han quedado aislados apenas tienen posibilidades de sobrevivir en tiempos de calma y carecen de funciones bien definidas, lo que les obliga a ganarse la vida yendo de un lugar a otro en busca de torneos o guerras: la aventura se convierte así en la legitimación moral de su existencia. Y la «aventura» deja de ser el destino o el azar para transformarse en simple «hecho de armas», pues sólo mediante las hazañas bélicas puede cambiar el futuro que aguarda a estos caballeros empobrecidos.

Pero es bien sabido que, sobre cualquier impulso, los caballeros andantes encuentran sus fuerzas en el amor, idea que justifica toda acción y que los mueve a las aventuras más extraordinarias. Y, de nuevo, Chrétien es el primero en decirnos que es el amor el que empuja a Erec en busca de aventuras (v. 2767) por lugares desconocidos. Como Erec, muchos miembros de la corte y, luego, de la Mesa Redonda y caballeros andantes en general se ponen en marcha por amor, buscando en las aventuras un futuro mejor: aunque la marcha carece de riesgos generalmente, la aventura en sí misma mantiene su carácter peligroso, y de ahí que muy pronto se asocie «aventura» a «peligro».

La vida en busca de aventuras es una vida llena de peligros y es la virtud suprema del valor caballeresco, donde se prueban el amor y la valentía: de Erec a don Quijote, todos los caballeros se mueven por la imagen idealizada de la dama; no hacerlo supone caer en el grave vicio de la *recréantise*, mezcla de dejadez, cobardía, abandono, desinterés por la dama, en definitiva, desamor. Reconocer la superioridad de la dama del vencedor no es sólo un acto de acatamiento; es, ante todo, la aceptación de la derrota en el amor y en las armas: no en vano se establece la equivalencia entre amar y valer más; el más enamorado es el que más vale, y el amor no es otra cosa que el resultado de la contemplación de la máxima belleza. Pero claro, no se puede amar a cualquier mujer: la condición social de la dama marca la valía del caballero: el mejor de los caballeros sólo puede enamorarse de la mejor de las damas. El amor es el impulso necesario para emprender las aventuras que harán cambiar el destino del caballero a través de los más variados peligros.

Pero el caballero andante tiene que encontrar esas aventuras en las que demostrar lo mucho que ama y, en consecuencia, su gran valor. Calogrenant en *El Caballero del León* (*Yvain*) de Chrétien se encuentra con un horrible villano, con el que entabla conversación, sorprendido de que se trate de un ser humano; en el diálogo, y ante las preguntas del monstruoso personaje, Calogrenant se identifica como caballero que busca lo que no puede encontrar, aventuras que le permitan probar su valentía, y pide, ruega, suplica a aquella criatura que le indique dónde hay «o aventuras o maravillas» (vv. 358-369). Es decir, pruebas de carácter previsible, destinadas al propio héroe, o pruebas de carácter irracional, pues «aventura» y «maravilla» no son sinónimos, sino que cada uno de estos términos tiene originariamente sus propios matices bien precisos, con unas connotaciones que sin duda compartía el público del siglo XII.

La corte del rey Arturo es el espacio del orden, de la armonía, amenazado continuamente por las fuerzas del mal, representadas generalmente por magos y hechiceras, aunque también por demonios y vicios. El caballero que sale en busca de aventuras va a luchar contra las amenazas de ese orden y tendrá que enfrentarse con los encantamientos maléficos, irracionales, es decir, con el mundo de las maravillas, que se producen siempre en el ámbito

salvaje del bosque. Al darles fin no hará sino cumplir con los designios de Dios y, por eso, a veces la «aventura» representa la voluntad divina y es sinónimo de Providencia celestial.

Una rica variedad de matices que llevan del azar a los hechos de armas, del peligro a la más alta manifestación del Todopoderoso. Las distintas acepciones de «aventura» se han ido formando desde la segunda mitad del siglo XII y a lo largo del primer cuarto del siglo XIII, de manera que la *Vulgata* artúrica y, más en concreto, el *Lanzarote* en prosa (con su *Historia de Lanzarote*, la *Búsqueda del Santo Grial* y la *Muerte del rey Arturo*) dan cumplida cuenta de esa pluralidad de significados, una polisemia que enriquece los textos y permite diferentes niveles de lectura.

Aventura y amor son dos términos que van unidos indisociablemente a la vida del caballero. La tradición literaria añade a ese conjunto las «maravillas», que pueden ir de lo inusual a lo sobrenatural. Chrétien prefiere lo raro, no lo milagroso o lo inverosímil: los gigantes son grandes, pero no desmesurados; los pocos dragones que hay pueden ser como leones, no mucho mayores. Los autómatas resultan ser fruto del ingenio, más que de encantamientos, aunque de todo hay.

Cada aventura es una unidad narrativa que puede estar formada por varios episodios, pero cerrada en sí misma, con su propia autonomía: personajes, lugar, acción difieren de una aventura a otra, con el único hilo conductor de los protagonistas, y a veces los héroes no son más que simples testigos de lo ocurrido a otros, que narran sus peripecias, generalmente en la corte. Pero, ¿en qué corte? ¿En la del rey Arturo o en la de María de Champaña?

LA POESÍA LÍRICA

Como dijimos al comienzo, se nos han conservado dos canciones de amor atribuidas a Chrétien: *Amors tençon et bataille* y *D'Amors, qui m'a tolu a moi*. Se trata de dos poemas de tipo tro-

vadoresco y, como corresponde al género, se ajustan a los requisitos propios de la poesía cortés escrita en provenzal, tanto en la forma como en el contenido.

Es en la canción (*cansó* o *chanson*) donde se expresan los conceptos amorosos de los trovadores y debe ir acompañada de su propia música. El *amor cortés* o *fin'amors* se basa en el paralelismo que se establece entre la relación amorosa y la relación feudal, de tal forma que la dama se convierte en el equivalente del señor feudal y el enamorado, en su vasallo. Para que ese paralelismo resulte más patente, se suele utilizar el mismo lenguaje en los dos ámbitos, de forma que *servir* se convierte en sinónimo de *amar*. Por otra parte, existe total incompatibilidad entre amor y matrimonio, ya que sólo la dama casada tiene entidad jurídica: la doncella no puede poseer vasallos y, por lo tanto, tampoco enamorados.

Los *trouvères* del norte de Francia (*langue d'oil*) son deudores tanto de las nuevas formas poéticas como de los conceptos del amor cortés, aunque se haya señalado que en los orígenes hubo cierta independencia. En todo caso, parece que hubo una reelaboración de las doctrinas trovadorescas, como fue la incorporación de algunos conceptos procedentes de la épica (el valor, el desprecio del sufrimiento, etc.), de manera que se unen proeza y cortesía: el *trouvère* cree poder ganar los favores de su dama mediante la fuerza de su propio brazo, como ocurre con frecuencia en las novelas de Chrétien. También hay una tendencia mayor entre los *trouvères* a analizar las características y las consecuencias del amor, siguiendo el modelo de Ovidio. Es posible que esta labor acerca de la ontología y de la fenomenología amorosas fuera facilitada por el hecho de que el sustantivo *amour* en francés medieval sea femenino, lo que allanaba la identificación del sentimiento y la amada.

En todo caso, el amor se convierte en algo obsesivo, que se alimenta con sus propios tormentos, y esos mismos tormentos son los que lo fortalecen. Esto no sería posible con una dama

complaciente: las amadas suelen ser frías y altivas, crueles y displicentes, dispuestas a prolongar el sufrimiento del enamorado manteniéndolo lejos, pues la muerte sería el final del dolor. La dama, en situación social y ética más elevada que su enamorado, sólo será asequible con el perfeccionamiento de éste: *amar* se convierte en *valer más*.

La fecha de las composiciones es imposible de fijar, pero se suele considerar que Chrétien fue el iniciador de la poesía cortés en *lengua d'oil*, afirmación difícil de probar, ya que carecemos de testimonios fidedignos. En todo caso, lo que sí es cierto es que la lírica trovadoresca llegó al norte de Francia gracias a la protección de que fue objeto por parte de Leonor de Aquitania y de sus hijas María de Champaña y Alais de Blois, nietas de Guillermo de Poitiers, el primer trovador de nombre conocido.

María de Champaña aparece como protectora de Chrétien al comienzo del *Caballero de la Carreta*, novela en la que se plantea el concepto de amor cortés con más claridad que en el resto de las obras de nuestro autor, por lo que no sería descabellado considerar que sus canciones podrían pertenecer a esa misma época y ambiente, es decir, a los años 1177-1181. Uno de los grandes *trouvères* de los inicios, Gace Brulé, estuvo al servicio de María de Champaña en esa misma época, o quizás un poco más tarde, por lo que no resultaría extraña la relación con Chrétien.

Amors tençon et bataille (*Amor tiene riña y guerra*) se recoge en dos cancioneros, ambos del siglo XIII; una vez a nombre de nuestro autor (Berna, Stadtbibliothek, ms. 389) y la otra como anónima (Paris, Bibliothèque Nationale de France, ms. fr., 20050).

La forma de esta canción se ajusta a un esquema métrico carente de dificultades: seis *coblas doblas* (estrofas emparejadas de dos en dos por la repetición de rimas) de ocho versos heptasílabos de rima femenina (es decir, con una sílaba después de la última tónica), de acuerdo con la siguiente distribución: a' b' a' b' b' a' b'a'; la canción se cierra con un envío o tornada de cuatro versos, que repiten la distribución de rimas de media estrofa, como suele ser habitual. Entre los recursos que presentan las rimas, además del juego de las *coblas doblas*, se encuentran algunas rimas homónimas y otras derivadas; es decir, no se puede hablar de dificultades formales.

Tampoco el tema plantea mayores dificultades: el poeta se queja contra Amor porque le combate sin motivo, aunque el enamorado se somete por completo a su voluntad y está dispuesto a enfrentarse por su amor con quienquiera. Se lamenta de que Amor le haya privado de Razón y Mesura, y aun así insiste en la firmeza de sus sentimientos.

D'Amors, qui m'a tolu a moi (*De Amor que me ha robado*) tuvo mucho más éxito que la anterior, a juzgar por su presencia en los cancioneros: se conserva en trece colecciones de los siglos XIII y XIV, en ocho de ellas, con música. Pero la gran difusión también conlleva mayores dificultades de identificación del autor, ya que en cuatro casos aparece como anónima, en otros cuatro casos se atribuye a Gace Brulé y en uno más, a Moniot d'Arras (primera mitad del siglo XIII). Además de su difusión en cancioneros, fue imitada por los *Minnesinger* Friedrich von Husen (*Diu süezen wort hânt mir getân*) y Bernger von Hornheim (*Nu enbeiz, ich doch des trankes nie*).

La forma se acerca bastante a la anterior, pero esta vez tenemos seis estrofas dobles de nueve versos octosílabos de rima masculina (o aguda), con el siguiente esquema métrico: a b a b b a a b a (ABAB CDEFG). Los recursos utilizados son similares a los que ya hemos visto. Tampoco se puede hablar de dificultades formales.

El tema se centra de nuevo en las quejas del enamorado, pues Amor no quiere aceptarlo, a pesar de su entrega total y sin condiciones, dispuesto a servir sin esperar nada a cambio, y se lamenta de que la dama no lo quiera como vasallo, aunque su amor sea sincero y profundo, y no resultado de una pócima, como el de Tristán por Iseo. Finalmente, el poeta concluye insistiendo en la firmeza de sus sentimientos.

Es posible que Chrétien tuviera en mente la famosa canción de la «alondra» (*Quan vey la lauzeta mover*) de Bernart de Venta-

dorn, trovador de mediados del siglo XII, a la vez que la referencia a los amores de Tristán e Iseo, provocados por la pócima tomada por error, no sólo atestigua el interés de Chrétien por el tema, en el que insiste en reiteradas ocasiones en sus novelas, sino que deja bien claro cómo los poetas de la segunda mitad del siglo XII encontraron en la historia de los amantes de Cornualles un motivo de comparación para expresar la sinceridad de los propios sentimientos: el trovador Arnaut Daniel, contemporáneo de Chrétien, alude «al firme amor que no es de redoma» (*del ferm voler que non es de retomba*) en *Si.m fos Amors de joi donar tant larga*, canción compuesta antes del verano de 1188 y recordada por numerosos trovadores, como Bertran de Born, Uc de Sant-Circ, Guilhem de Durfort y, más tarde, Dante en *De vulgari eloquentia*.

Otras ideas expresadas en la canción forman parte de la fraseología tópica en el amor cortés, como el hecho de que hayan sido los ojos los que le han llevado al amor: ya Ovidio decía que *Oculi sunt in amore duces* y Andreas Cappellanus, el máximo exponente de los tratadistas eróticos del amor cortés (*De Amore libri tres*), miembro de la corte de María de Champaña, insiste en la misma idea, que luego será repetida innumerables veces. Pero Chrétien es el primero o uno de los primeros en expresarla en francés: en esta canción, con tonos líricos; en los monólogos de Alejandro y Soredamors, a veces con tonos didácticos, en el *Cligés*, novela que fue escrita hacia 1176, lo que podría situar cronológicamente la composición de esta poesía en torno a esa fecha.

LAS OBRAS ATRIBUIDAS

Filomena

En el prólogo de *Cligés*, Chrétien enumera las obras que ha escrito hasta ese momento; entre los textos citados alude a *«de la hupe et de l'aronde / et del rossignol la muance»*, que como dijimos

al principio se refiere a la fábula de *Filomena*, en la que Ovidio narra la metamorfosis de Tereo, Progne y Philomena en abubilla, golondrina y ruiseñor respectivamente (*Metamorfosis*, libro VI, vv. 426-674).

No se ha conservado el texto traducido por Chrétien, o al menos, no ha sido transmitido en los manuscritos que copian sus novelas. Sin embargo, el *Ovide moralisé* (*Ovidio moralizado*) de principios del siglo XIV incluye, entre el conjunto de los quince libros con todas las fábulas ovidianas, una versión de la metamorfosis de la *Philomena*, y el anónimo autor señala que ha recurrido a una versión anterior, realizada por «Crestiens li Gois».

El problema se plantea a la hora de identificar a ese Crestiens li Gois, nombre en el que algunos han querido ver una deformación de «Crestien de Troyes». Los argumentos a favor y en contra son igualmente válidos, pero bastará pensar en la casualidad de que dos autores llamados del mismo modo tradujeran la misma fábula de Ovidio en la misma época: lo más simple –y quizá lo más razonable– es considerar que se trata de un solo autor y que el texto contenido en el *Ovidio moralizado* es una copia tardía de la versión realizada por nuestro autor. Pero, por otra parte, el apelativo «li Gois» resulta enigmático, y el novelista fue suficientemente conocido como para no tener que recurrir a formas extrañas para identificarlo. El debate parece difícil de dirimir.

La fábula cuenta, como es bien sabido, el matrimonio de Progne y Tereo, el nacimiento de Itis, hijo de la pareja, y el viaje de Tereo cinco años más tarde en busca de Philomena, hermana de Progne. De regreso con su cuñada, Tereo no puede resistir el apasionado amor que enciende sus deseos y, ante el rechazo de Philomena, no duda en violarla y cortarle la lengua. A Progne le dice que su hermana ha muerto, pero Philomena cuenta su triste historia mediante un bordado que envía a Progne, que no tarda en recuperar a su hermana y en vengarse de Tereo dándole como comida a su propio hijo decapitado. Cuando Tereo lo está comiendo, Progne aparece y

le arroja la cabeza del niño. En ese momento se produce la metamorfosis de los tres personajes en las aves indicadas, abubilla, golondrina y ruiseñor.

Si el texto contenido en el *Ovidio moralizado* de principios del siglo XIV fuera la versión de Chrétien, debió ser escrito antes que *Cligés* e incluso antes que *Erec y Enide*, lo que nos situaría entre 1165 y 1170. Sería, pues, un trabajo juvenil y, como tal, presenta en embrión virtudes que después serán características en la novela, junto a defectos de principiante y, sobre todo, un excesivo apego a las normas retóricas enseñadas en la Escuela, especialmente en cuanto se refiere a la técnica de la *amplificatio*, que utiliza con frecuencia, apoyándose en la *descriptio*.

Guillermo de Inglaterra

La otra obra atribuida a Chrétien es un cuento de origen hagiográfico, *Guillaume d'Angleterre* (*Guillermo de Inglaterra*). En el primer verso el autor se nombra «Chrétien» y unos versos más adelante vuelve a repetir el nombre, sin más especificaciones, aunque aludiendo a su actividad de narrador (no de escritor), lo que hace pensar que este Chrétien es posiblemente un juglar, como el Rogelio el Gracioso del éxplicit, que habría suministrado al autor el material procedente de las *Crónicas de Inglaterra* custodiadas en la abadía de San Edmundo.

Dado que Chrétien de Troyes no cita el *Guillermo de Inglaterra* entre sus obras en el prólogo al *Cligés*, hay que pensar que o no es suya o fue redactada después del citado prólogo, lo que haría que esta novelita perteneciera al mismo período que *El Caballero de la Carreta*, *El Caballero del León* y *El Cuento del Grial*: no resulta imposible, pero sin lugar a dudas se aprecia una notable inferioridad estilística y creativa en la novelita hagiográfica con respecto a las otras, y de ahí las serias reticencias de los críticos a

la hora de atribuirla definitivamente a nuestro autor. Pero uno de los dos manuscritos que conservan el *Guillermo de Inglaterra* (Bibliothèque Nationale de France, fr. 375) copia el texto junto al *Cligés* y a *Erec*, lo que podría reflejar un origen común.

La historia del rey *Guillermo de Inglaterra* no es más que una versión laica de la leyenda de san Eustaquio, enriquecida con materiales novelescos procedentes de la historia de *Apolonio rey de Tiro*, con separaciones y reencuentros de toda la familia después de haber pasado por duras pruebas, y al cabo de veinticuatro años:

El rey Guillermo y su mujer Graciana eran cristianos de corazón. Estando embarazada la reina, tras seis años de matrimonio, Guillermo oyó una voz misteriosa que le ordenaba alejarse de su tierra y abandonar sus bienes. A pesar de haber repartido sus riquezas, la voz volvió las dos noches siguientes, hasta que el rey y su esposa se marcharon de Bristol y se refugiaron en un bosque, donde vivieron como salvajes. Llegados a orillas del mar, Graciana da a luz a dos niños, a los que su marido abrigará con un trozo de su propio manto.

El hambre acucia a Guillermo y a su mujer, por lo que el marido va a pedir limosna, mientras que Graciana se queda con los niños. Unos mercaderes se llevan a Graciana en su nave, un lobo roba a uno de los niños y el otro desaparece de la barca en la que lo había dejado su padre; y, por si fuera poco, un águila se lleva la bolsa con el dinero.

Guillermo vagará por el bosque hasta que unos mercaderes lo embarcan, llevándolo a Golvoya. Allí entrará al servicio de un rico burgués.

Graciana, que fue llevada a Sorline, despierta a su pesar la pasión del señor del lugar; de nada valen todos los obstáculos que pone a la relación y tiene que aceptar el matrimonio, pero consigue que sea a condición de que se mantenga la castidad durante un año.

El gemelo que había sido robado por un lobo pasó a manos de un mercader y otro mercader se encontró en la barca al otro her-

mano. Ambos mercaderes se convierten en padres adoptivos de los niños, lo que no es suficiente para que éstos se hagan mercaderes con el paso del tiempo; al contrario, abandonan sus casas y marchan a la aventura. En el bosque cazan un venado, pero son sorprendidos por el guardabosques, que los lleva en presencia del rey. Éste los mantiene en la corte y los educa en la caza.

Guillermo se convierte en mercader y se hace rico yendo de feria en feria; en la de Bristol recupera una copa de cuando era rey. Luego, una tempestad lo lleva a los dominios de Graciana (ya viuda), que pide como peaje a Guillermo, para que pueda comerciar en su tierra, un anillo que antaño fue suyo. Durante la comida, Guillermo reconoce a su mujer. Van al bosque y cazan un ciervo de dieciséis puntas, con el que había soñado Guillermo. En la caza pasa los límites del reino y entra en territorio de un rey enemigo, y es apresado por sus propios hijos, a quienes suplica compasión contándoles su historia: cae del cielo la bolsa con el dinero, padre e hijos se reconocen y se enteran de que la señora del reino contiguo no es otra que su madre. La felicidad envuelve a todos, y la familia completa regresa a Inglaterra. Guillermo recupera sin problemas el trono que le guardaba un sobrino.

Las dudas de la atribución del texto a Chrétien son muchas y, como dije al comienzo, el *Guillermo de Inglaterra* no añade méritos a la obra conocida de nuestro autor, lo que no quiere decir que carezca de valor literario.

Este cuento mitad hagiográfico y mitad caballeresco fue vertido al castellano en el siglo XIV (Biblioteca del Monasterio del Escorial, h-I-13) Las relaciones entre el texto francés y el castellano son tan estrechas que hay que considerar que se trata de una traducción, aunque hay que suponer la existencia de algún manuscrito distinto de los conservados en el que los nombres propios ya hubieran sufrido las alteraciones que separan el *Guillaume d'Angleterre* y *El rey Guillelme*. Hay que señalar, además, que en castellano se conserva otra versión de la leyenda, con el título de

Chrónica del rey Guillermo de Inglaterra, impresa en Toledo en 1526 y Sevilla en 1553; sin embargo, el impreso deriva de un original diferente, el *Dit de Guillaume d'Engleterre*, de finales del siglo XIII o comienzos del XIV.

CONCLUSIONES

Chrétien es el padre de la novelística posterior y el creador de personajes tan importantes como Lanzarote y Perceval. Es evidente que nuestro autor no ha podido surgir de la nada, que pertenece a una tradición y sólo se le puede comprender dentro de esta tradición. Del mismo modo, no se puede pedir a Chrétien que dé un paso para el que serán necesarios casi cincuenta años: nos referimos al abandono del verso para escribir *romans* en prosa; los tanteos en este sentido son varios y no triunfan hasta el *Lanzarote en prosa* (1215-1235).

Entre las obras de Chrétien y el *Lanzarote en prosa* hay significativas diferencias –tan significativas, por lo menos, como entre épica y *roman*–, ya que nuestro autor escribe narraciones de unos siete mil versos (unas cien páginas), mientras que el *Lanzarote* citado tiene más de mil setecientas páginas: la extensión ya alude a un claro cambio de estética y de condiciones tanto para la creación como para la lectura; pero hay otra diferencia no menos importante: las obras de Chrétien y sus imitadores son de carácter episódico; en ella se narran sólo los hechos más o menos significativos; por el contrario, los nuevos *romans* en prosa serán narraciones biográficas referidas a uno o varios personajes y que remontan a varias generaciones. El hilo de la historia se interrumpe frecuentemente por la presencia de ciertas narraciones que forman un trenzado perfecto en su aparecer y desaparecer sucesivo. Por último hay que indicar que el *Lanzarote en prosa* está escrito en la época de las *Summae* y, por eso, no debe extrañar el interés del autor (o autores) en reunir un enorme ciclo de las

historias artúricas. Pero la lectura atenta de las novelas de Chrétien ya deja ver la existencia embrionaria de cada uno de esos elementos, como he ido señalando.

Acabaremos. Chrétien ha conseguido convertir el tumultuoso universo épico en el que lucha toda la colectividad en un apacible mundo idílico, donde apenas se oye algún murmullo además del canto de los pájaros y las exclamaciones de júbilo: el héroe lucha sólo, acompañado por el silencioso recuerdo de la dama amada.

Carlos Alvar
2010

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

EDICIONES

CHRÉTIEN DE TROYES, *Romans suivis des chansons avec, en appendice, Philomena*, M. Zink (ed. general), Le Livre de Poche, París, 1994.

Les romans de Chrétien de Troyes, édités d'après la copie de Guidot.

I. *Erec et Enide*, M. Roques (ed.), Champion, París, 1952.

II. *Cligés*, A. Micha (ed.), Champion, París, 1957.

III. *Le Chevalier de la Charrete*, M. Roques (ed.), Champion, París, 1958.

IV *Le Chevalier au lion (Yvain)*, M. Roques (ed.), Champion, París, 1960.

V y VI. *Le Conte du Graal (Perceval)*, F. Lecoy (ed.), Champion, París, 1973 y 1975, 2 vols.

CHRÉTIEN DE TROYES, *Le roman de Perceval ou le conte du Graal*, W. Roach (ed.), Droz, Ginebra, 1956.

CHRÉTIEN DE TROYES, *Guillaume d'Angleterre*, M. Wilmott (ed.), Champion, París, 1978.

Philomena. Conte raconté d'après Ovide, C. de Boers (ed.), Geuthner, París, 1909.

TRADUCCIONES AL ESPAÑOL

Cligés, J. Rubio Tovar (intr., trad. y notas), Alianza Editorial, Madrid, 1993.

Erec y Enid, V. Cirlot, A. Rossell y C. Alvar (trad.), Siruela, Madrid, 1987.

Yvain o El caballero del león, I. DE Riquer (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 2000.

Lanzarote o El Caballero de la Carreta, L. A. de Cuenca y C. García Gual (intr. y trad.), Alianza Editorial, Madrid, 2000.

Perceval o El cuento del Grial, C. Alvar (intr., trad. y notas), Alianza Editorial, Madrid, 1999.

Guillermo de Inglaterra, M. J. Lemarchand (intr., trad. y notas), Alianza Editorial, Madrid, 1997.

BIBLIOGRAFÍAS Y REPERTORIOS

ALVAR, C., *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Alianza Editorial, Madrid, 1991.

FOERSTER, W., *Kristian von Troyes: Wörterbuch zu seinen sämtlichen Werken*, Halle/S., 1914.

GUERREAU-JALABERT, A., *Index des motifs narratifs dans les romans arthuriens français en vers (XII-XIII siècles)*, Droz, Ginebra, 1992.

KELLY, D., *Chrétien de Troyes. An Analytic Bibliography*, Grant & Cutler, Londres, 1976. [Supplement 1, Londres, 2002].

LACY, N. J. (ed.), *The New Arthurian Encyclopedia*, Routledge, Nueva York / Londres, 1996.

NITZE, W. A. and WILLIAM, H. F., *Arthurian Names in the Perceval of Chrétien de Troyes: Analysis and Commentary*, California UP, Los Angeles, 1955.

PICKFORD C. E., LAST, R. W. y BARKER, C. R., *The Arthurian Bibliography*, Woodbridge, Suffolk, 1981-1983, 2 vols.

ESTUDIOS

ALVAR, C., *De los Caballeros del Temple al Santo Grial*, Sial, Madrid, 2010.

ASKINS, Ch. H., *The Renaissance of the Twelfth Century*, Cambridge (Mass.), Harvard, UP, 1927.

BARRON, W. R. J. (ed.), *The Arthur of the English*, Univ. of Wales Press, Cardiff, 2001.

BAUMGARTNER, E., *Romans de la Table Ronde de Chrétien de Troyes*, Champion, París, 2003.

BEZZOLA, R. R., *Le sens de l'aventure et de l'amour. Chrétien de Troyes*, Champion, París, 1947 [reed. 1968].

BEZZOLA, R. R., *Les origines et la formation de la littéraure courtoise en Occident (500-1200)*, Champion, París, 1966-1968, 5 vols..

BRUCE, J. D., *The Evolution of Arthurian Romance from the Beginnings down to the Year 1300*, Goettingen, 1928, 2 vols., (2.ª ed. con suplemento de A. Hilka) [reimpr.: Gloucester, (Mass.,) 1958 y Slatkine, Ginebra, 1974].

BURGESS, G. S. y PRATT, K. (eds.), *The Arthur of the French. The Arthurian Legend in Medieval French and Occitan Literature*, Univ. of Wales Press, Cardiff, 2006.

—, *Chrétien de Troyes: Erec et Enide*, Londres, 1984.

BUSBY, K., NIXON, T., STONES, A. y WALTERS, L. (eds.), *Les manuscrits de Chrétien de Troyes / The Manuscripts of Chrétien de Troyes*, Rodopi, Ámsterdam/Atlanta, 1993, 2 vols..

CHÊNERIE, M.-L., *Le chevalier errant dans les romans arthuriens en vers des XIIe et XIIIe siècles*, Droz, Ginebra, 1986.

DUFOURNET, J. (ed.), *Le Chevalier au lion de Chrétien de Troyes: Approches d'un chef-d'oeuvre*, Champion, París, 1988.

DUGGAN, J. J., *The Romances of Chrétien de Troyes*, Yale University Press, New Haven, 2001

FARAL, E., *La légende arthurienne. Étude et documentation*, Champion, París, 1929, 3 vols. [reed. 1969].

—, *Recherches sur les Sources Latines des Contes et Romans Courtois du Moyen Age*, Champion, París, 1967.

FOURRIER, A., «Encore la chronologie des oeuvres de Chrétien de Troyes», *Bulletin Bibliographique de la Société Internationale Arthurienne*, 2, 1950, pp. 69-88.

FRAPPIER, J., *Chrétien de Troyes, l'homme et l'oeuvre*, Hatier, París, 1957.

—, *Amour courtois et Table Ronde*, Champion, París, 1973.

—, *Autour du Graal*, Champion, París, 1977.

—, *Chrétien de Troyes et le mythe du graal: étude sur Perceval ou le Conte du Graal*, Champion, París, 1972.

—, *Étude sur Yvain ou Le Chevalier au lion de Chrétien de Troyes*, SEDES, París, 1969.

GALLAIS, P., «Bleheri, la cour de Poitiers et la diffusion des récits arthuriens sur le continent», en Société française de littérature comparée, *Moyen Age et littérature comparée: actes du septième congrès national, Poitiers 27-29 mai 1965*, Didier, París, 1967, pp. 47-79.

—, *Perceval et l'initiation*, Les éditions du Sirac, París, 1972.

GARCÍA GUAL, C., *Las primeras novelas, desde las griegas y latinas hasta la Edad Media*, Gredos, Madrid, 2008.

Grundriss der romanischen Literaturen des Mittelalters, vol. IV-1 (J. FRAPPIER Y R. R. GRIMM, dir.), *Le roman jusqu'à la fin du XIIIe siècl*, Carl Winter, Heildelberg, 1978.

GUTIÉRREZ GARCÍA, S., *Orixes da Materia de Bretaña. A Historia Regum Britanniae e o pensamento europeo do século XII*, Centro Ramón Piñeiro, Santiago de Compostela, 2002.

HUBY, M., *L'adaptation des Romans courtois en Allemagne au XIIe et au XIIe siècle*, Champion, París, 1968.

JACKSON, W. H. y RANAWAKE S. A. (eds.), *The Arthur of the Germans*, Univ. of Wales Press, Cardiff, 2000.

KENNEDY, A. J., «The Hermit's Role in French Arthurian Romance (c. 1170-1530)», en *Romania*, 95, 1974, pp. 54-83.

—, «The Portrayal of the Hermit-Saint in French Arthurian Romance: The Remoulding of a Stock-Character», en *An Arthurian Tapestry. Essays in Memory of L. Thorpe*, Glasgow, 1981, pp. 69-82.

KÖHLER, E., *L'aventure chevaleresque. Idéal et réalité dans le roman courtois*, Gallimard, París, 1974 [la 1ª ed. en alemán es de 1956; en español: B. Garí (trad)., Sirmio Barcelona, 1991].

LACY, N. J., *The Craft of Chrétien de Troyes: An Essay on Narrative Art*, Brill, Leiden, 1980.

—. y GRIMBERT, J. T. *A Companion to Chretien de Troyes*, Brewer, Cambridege, 2005.

—, KELLY, D. y BUSBY, K. (coords.), *The Legacy of Chrétien de Troyes*, Rodopi, Ámsterdam, 1987-1988, 2 vols.

LE GOFF, J., *Un autre Moyen Âge*, París, Gallimard, 1999. [Incluye: *Pour un autre Moyen Âge*, 1977; *L'Occident médiéval et le temps*, 1999; *L'imaginaire médiéval*, 1985 y 1991; *La naissance du Purgatoire*, 1981; *Les limbes*, 1986; *La bourse et la vie*, 1986; *Rire au Moyen âge*, 1999; *Le rire dans les règles monastiques du haut Moyen Âge*, 1999].

LEPRI, A., «I personaggi minori nei romanzi di Chrétien de Troyes», en *Lingua, immagini e storia*, Bologna, 7-94.

LOOMIS, R. S. (ed.), *Arthurian Literature in the Middle Ages: A Collaborative History*, Clarendon Press, Oxford, 1959.

—, *Arthurian Tradition & Chrétien de Troyes*, University Press, Nueva York, Columbia, 1949 [Octagon Books, Nueva York, 1982].

LUCÍA MEGÍAS, J. M. (intr. y trad.), Chrétien de Troyes, *El libro de Perceval*, Gredos, Madrid, 2000.

MÉLA, Ch., *La Reine et le Graal*, Le Seuil, París, 1981.

MÉNARD, Ph., *Le rire et le sourire dans le roman courtois en France au Moyen Age (1150-1250)*, Droz, Ginebra, 1969.

—, «Le chevalier errant dans la littérature arthurienne. Recherches sur les raisons du départ et de l'errance», en *Voyage, quête, pèlerinage dans la littérature et la civilisation médiévales*, Champion, Aix-en-Provence-París, *Senefiance*, 2) 1976, pp. 289-311.

MICHA, A., *De la Chanson de geste au Roman*, Droz, Ginebra, 1975.

NITZE, W. A., «How did the Fisher King Get His Name?», en *Mediaeval Studies in Honor of Jeremiah Denis Matthias Ford*, Harvard University Pres Cambridge, 1948, pp. 175-182.

—, «The Bleeding Lance and Philip of Flanders», *Speculum*, 21, 1946, pp. 303-311.

—, «The Character of Gauvain in the Romances of Chrétien de Troyes», en *Modern Philology*, 50, 1952-1953, pp. 219-225.

OWEN, D. D. R., «From the Grail to Holly Grail», en *Romania*, 89, 1968, pp. 31-53.

PATCH, O. y LIDA DE MALKIEL M.ª R., *El Otro Mundo en la literatura medieval. Seguido de un Apéndice: La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas*, Fondo de Cultura Económica, México / Madrid / Buenos Aires, 1956.

PELAN, M., *L'influence du Brut de Wace sur les romans français de son temps*, Droz, París, 1931, pp. 104-124.

PETIT, A., *Naissances du Roman. Les techniques littéraires dans les romans*

antiques du XIIe *siècle*, Champion-Slatkine, París/Ginebra, 1985, 2 vols.

REDOLI, R., GARCÍA PEINADO, M.A., MARCOS, M. y GARCÍA CALDERÓN, A. (eds. y trads.), *Érec et Énide de Chrétien de Troyes*, Universidad de Almería, Almería, 2007.

REMY, P., «Jeu parti et roman breton», en *Mélanges de linguistique romane et de philologie médiévale offerts à M. Delbouille*, Gembloux, pp. 545-561, vol. II.

RIQUER, I. de, *Continuaciones de Perceval* de Chrétien de Troyes, trad. (o resumen) de I. de Riquer, en *El Cuento del Grial de Chrétien de Troyes y sus Continuaciones*, prólogo y traducción de *El Cuento del Grial* por M. de Riquer, traducción de las *Continuaciones* e índices por I. de Riquer, Siruela, Madrid, 1989.

RIQUER, M. de (ed. y trad.), Chrétien de Troyes, *Li Contes del Graal / El Cuento del Grial*, Sirmio, Barcelona, 1985.

— de, *La leyenda del Graal y temas épicos medievales*, Prensa Española, Madrid, 1968.

ROACH, W. (ed.), *The Continuations of the Old French «Perceval» of Chrétien de Troyes*, University Press, Philadelphia, 1949-1983, 5 vols.

THOMPSON, A.W. (ed.), *The Elucidation, a Prologue to the Conte del Graal*, Nueva York, 1931.

TOPSFIELD, L.T., *Chrétien de Troyes. A Study in the Arthurian Romances*, Cambridge, 1981.

VAN GENNEP, A., *Les rites de passage*, Emile Nourry, París, 1909 [Mouton, París / La Haya, 1969].

ZADDY, Z. P., *Chrétien Studies. Problem of Form and Meaning in Erec, Yvain, Cligés and the Charrete*, Glasgow, 1973.

OBRAS COMPLETAS

Erec y Enide

Traducción de
Carlos Alvar

EREC y ENIDE

Introducción

Dice el villano en su proverbio que a veces se menosprecia algo que vale mucho más de lo que se piensa; por ello actúa adecuadamente quien teniendo conocimiento lo aplica bien, pues aquél que lo descuida podría callar algo que después sería muy agradable. Por eso dijo Chrétien de Troyes que es justo que cada uno piense y ponga siempre su empeño en hablar bien y enseñar bien: de un cuento de aventuras ha sacado un relato muy hermoso por el cual se prueba y queda de manifiesto que actúa más sabiamente aquel que no abandona su ciencia, de acuerdo con la gracia que Dios le otorga; el cuento trata de Erec, hijo de Lac. Quienes quieren vivir de contarlo ante reyes y condes suelen destrozarlo y corromperlo. Comenzaré ahora la narración que permanecerá en la memoria mientras dure la Cristiandad; por ello se siente orgulloso Chrétien.

Caza del Ciervo Blanco y encuentro con el enano felón

El día de Pascua, en primavera, el rey Arturo había convocado a la corte en su castillo de Caradigán; nunca se había visto tan rica corte, pues tenía muchos y buenos caballeros, decididos, valerosos y fieros, y también ricas damas y doncellas, hijas de reyes, hermosas y gentiles; antes de que la corte se despidiera, el rey dijo a sus caballeros que quería cazar el Ciervo Blanco a fin de restablecer la costumbre. A mi señor Galván no le gustó demasiado oír esta propuesta:

–Señor –dijo–, de esta cacería no obtendréis ni agrado ni placer. Todos sabemos, desde hace mucho tiempo, qué costumbre es

la del Ciervo Blanco: a aquel que dé muerte al ciervo blanco le corresponde, por derecho, besar a la doncella más hermosa de vuestra corte, pese a quien pese. Muy grandes males nos pueden venir, pues ahora hay quinientas doncellas de alta estirpe, hijas de reyes, gentiles y discretas; no hay ninguna que no tenga, por amigo, a un caballero valiente y atrevido, dispuesto a probar, con razón o sin ella, que la que le agrada es la más hermosa y gentil.

El rey responde:

–Bien lo sé, pero no dejaré de hacerlo, pues palabra que el rey dice no debe ser discutida. Mañana temprano todos iremos con gran placer a cazar el Ciervo Blanco al Bosque de la Aventura: esta cacería será digna de ver.

De tal modo se prepara la caza para el día siguiente, al amanecer. Al día siguiente, tan pronto como amanece, el rey se levanta y se dispone, y se viste una cota corta para ir al bosque. Hace que despierten a los caballeros y que preparen los caballos; llevan arcos y flechas y van de caza al bosque. Luego, monta la reina; junto a ella, una jovencita que era doncella, hija de rey, y montaba un buen palafrén. Tras ellas iba espoleando un caballero, que se llamaba Erec; pertenecía a la Mesa Redonda, y en la corte tenía gran fama; mientras estuvo allí no hubo caballero tan alabado; era tan hermoso que en ninguna otra tierra se podía encontrar a otro más bello que él. Era muy hermoso, valiente y gentil y aún no tenía veinticinco años; nunca ningún hombre de su edad tuvo tan nobles cualidades; ¿y para qué hablar de su bondad? Montaba un destrero y llevaba abrochada una capa de armiño; viene galopando por el camino; debajo vestía una cota de noble tejido de seda, decorada con arabescos, hecha en Constantinopla; llevaba calzas de seda, muy bien hechas y cortadas; iba bien sujeto en los estribos y calzaba espuelas de oro; no llevaba arma alguna, salvo su espada. Espolea hasta alcanzar a la reina en un recodo del camino:

–Señora –dijo–, iría con vos si os place, en esta marcha; no vengo aquí por otro asunto sino para haceros compañía.

La reina se lo agradece:

–Buen amigo, me agrada mucho vuestra compañía, sabedlo de veras, pues no podría encontrar otra mejor.

Entonces cabalgan con gran satisfacción y sin detenerse llegan al bosque. Los que habían ido delante ya habían levantado al ciervo; unos tocan el cuerno, otros gritan; los perros alborotan detrás del ciervo, corren y ladran muchas veces y lo persiguen; los arqueros tiran sin cesar. Delante de todos ellos va el rey en un corcel español de caza.

La reina Ginebra estaba en el bosque y oía los perros; a su lado, Erec y la doncella, que era muy cortés y hermosa; pero se habían alejado tanto los que habían levantado el ciervo que no se oía nada, ni cuernos, ni cazadores, ni perros. Para prestar atención y escuchar si oían hablar a alguien, o el ladrido de algún perro por alguna parte, los tres se dirigieron hacia un claro del bosque y se detuvieron ante a un camino. Llevaban muy poco tiempo allí cuando vieron a un caballero armado que venía montado en un destrero, con el escudo al cuello, empuñando la lanza. La reina lo vio a lo lejos: a su lado, a la derecha, cabalgaba una doncella de buena apariencia; delante, sobre un gran rocín, venía un enano por el camino y en la mano llevaba un látigo con un nudo en la punta. Al ver al caballero, bello y erguido, la reina Ginebra quiso saber quién era. Mandó a su doncella que fuera rápidamente a hablarles:

–Doncella –dijo la reina–, id y decid a aquel caballero que venga y que traiga a su doncella consigo.

La doncella va rápidamente, sin rodeos, hacia el caballero, pero el enano le sale al encuentro con el látigo en la mano:

–Doncella, ¡deteneos! –gritó el enano lleno de felonía–, ¿qué buscáis por aquí?; nada tenéis que hacer en este lugar.

–Enano –respondió ella–, déjame ir: quiero hablar con ese caballero, pues me envía la reina.

El enano le cerraba el paso, pues era muy felón y de bajo origen.

–No tenéis nada que hacer –le dijo–, volveos. No tenéis ningún derecho a hablar a tan buen caballero.

La doncella, que sigue avanzando y quiere pasar aunque sea a la fuerza, siente un gran desprecio por el enano, al que ve tan pequeño. Entonces éste, al ver que se le acerca, levanta el látigo e intenta golpearle en la cara, pero ella se protege con el brazo; aquél lo vuelve a intentar y la alcanza al descubierto en la mano desnuda: le da tal golpe sobre el revés de la mano que le hace un verdugón. La doncella, ya que no puede hacer nada mejor, a su pesar, tiene que volverse; regresa llorando, de los ojos le caen las lágrimas por la cara. La reina no sabe qué hacer cuando ve a su doncella herida, y lo siente mucho y se aflige:

–¡Ay! Erec, buen amigo –dice la reina–, mucho me duele que mi doncella haya sido golpeada por ese enano; muy villano es el caballero que permite que semejante aborto golpee a tan bella criatura. Erec, buen amigo, id y decidle al caballero que venga, que no se resista más: quiero conocerlo, a él y a su amiga.

Erec espolea hacia allí, pica al caballo con las espuelas y va directamente hacia el caballero. El enano perverso lo ve venir y le sale al encuentro:

–Vasallo –le dice el enano–, retroceded, no sé qué tenéis que hacer aquí, os aconsejo que os retiréis.

–¡Huye! –ordena Erec–, enano enojoso, eres demasiado felón y mezquino; déjame pasar.

–No pasaréis.

–Sí lo haré.

–No lo haréis.

Erec derriba al enano; el enano fue tan traidor como pudo: con el látigo le dio un fuerte golpe en el cuello. El cuello y la cara se le enrojecieron por el latigazo; de arriba abajo aparecen las marcas que le han hecho las correas. Bien sabía que no podría pretender herir al enano, pues había visto que el caballero estaba armado, y que era muy felón e insensato; teme que muy pronto lo mataría si golpeaba al enano delante de él. La locura no es cualidad noble; por eso, Erec actuó con mucha sensatez, y se volvió sin hacer nada.

–Señora –dijo–, ahora es peor; el enano traidor también me ha golpeado alcanzándome en la cara; no me he atrevido a devolverle el golpe, ni a tocarlo, pero nada se me debe reprochar, pues yo iba completamente desarmado, y he temido al caballero armado, que es villano y capaz de cualquier ultraje; no me lo he tomado a juego: pronto me habría matado por su orgullo. Os prometo ahora que, si puedo, vengaré mi vergüenza o la acrecentaré; pero mis armas están demasiado lejos, y no las tendré para esta ocasión, pues esta mañana las he dejado en Caradigán, al ponerme en marcha. Si fuera a buscarlas, quizá no volvería a encontrar al caballero para tal aventura, pues se aleja con rapidez: más me vale seguirlo de inmediato, esté donde esté, de cerca o de lejos, hasta que pueda encontrar armas, ya sea alquiladas o prestadas. Si hallo a alguien que me las preste, al punto el caballero me encontrará dispuesto a la batalla y habéis de saber sin duda alguna que ambos combatiremos hasta que él me venza o yo a él. Y, si puedo, en tres días, regresaré; entonces me volveréis a ver en vuestra casa, contento o dolido, no sé cómo. Señora, no puedo esperar más: es necesario que siga al caballero; me voy, a Dios os encomiendo.

La reina, por su parte, lo encomienda a Dios más de quinientas veces para que lo proteja del mal.

Erec se aleja de ella y persigue al caballero. La reina se queda en el bosque, donde el rey había cazado el ciervo, pues llegó antes que nadie; le han dado muerte y lo han cargado, y todos se ponen en camino de vuelta, llevándose al ciervo, así se marchan y regresan a Caradigán. Después de cenar, cuando los nobles estaban entretenidos en la corte, el rey, tal como era normal, ya que había cazado el ciervo, dijo que iría a dar el beso para restituir la costumbre. Por la corte se levanta un gran murmullo: todos se juran y prometen que esto no será hecho sin enfrentamientos de espada o lanza de fresno. Cada uno quiere demostrar, mediante hechos de armas, que su amiga es la más bella de la sala; muy malas han sido las palabras del rey.

Cuando mi señor Galván se enteró, sabed que no le gustó nada, y se puso a hablar con el rey:

–Señor –le dijo–, muy agitados están vuestros caballeros. Todos hablan del beso y todos dicen que no se resolverá si no es con enfrentamientos o con batalla.

Y el rey responde con buen sentido:

–Buen sobrino Galván, aconsejadme, salvad mi honor y mi rectitud, pues estoy preocupado por el enfrentamiento.

Al consejo acude gran parte de los mejores nobles de la corte: han ido el rey Idier, primero de los llamados; luego el rey Cadiolán, que era muy prudente y valeroso; Keu y Girflete se han presentado y el rey Amalguín también estuvo, y con ellos estaban reunidos bastantes otros nobles. Tan animada está la conversación que acude la reina; les cuenta su aventura, de cómo encontró en el bosque al caballero que estaba armado y al enano felón y pequeño que con su látigo golpeó en la mano desnuda a la doncella, y también les cuenta cómo hirió el enano de forma vergonzosa a Erec, y cómo éste siguió al caballero para acrecentar o vengar su deshonra, y que debía regresar al tercer día, si podía.

–Señor –dijo la reina al rey–, esperad un poco por mí. Si estos nobles aprueban mi propuesta, aplazad este beso hasta dentro de tres días, en que Erec habrá vuelto.

No hay nadie que se oponga y el mismo rey lo otorga.

El valvasor cortés

Erec va siguiendo por todo el camino al caballero armado y al enano que le había herido, hasta que llegan a un castillo bien emplazado, fuerte y hermoso; entraron directamente por medio de la puerta. En el castillo había gran alegría de caballeros y doncellas, de las que algunas eran muy hermosas. Unos paseaban por las calles con gavilanes mudados y halcones, y otros llevaban halcones machos y azores mudados y castaños; otros, por su parte, juegan a los dados o al azar, unos a las tablas y otros al ajedrez. Los muchachos limpian y cepillan los caballos delante de los establos. Las damas se adornan en sus habitaciones. En cuanto ven venir al caballero que conocen, al enano y a la doncella que van con él, salen a su encuentro de tres en tres. Todos lo abrazan y saludan, pero por Erec ni se mueven, ya que no lo conocen. Erec sigue los pasos del caballero, hasta que ve que toma alojamiento. Erec se alegra mucho entonces. Avanza un poco más y ve en unas gradas a un valvasor algo viejo, pero de pobre aspecto; era un hombre bello, canoso y blanco, de buena presencia, gentil y noble; estaba sentado allí completamente solo y parecía que estaba meditabundo. Erec pensó que era hombre cortés y que pronto le daría albergue; por la puerta pasa al patio. El valvasor corre hacia él; antes de que Erec le haya dicho una palabra el valvasor lo saluda:

–Buen señor, sed bienvenido y dignaos aceptar mi hospitalidad; ved el alojamiento aquí preparado.

–Os lo agradezco –responde Erec–, pero no he venido a eso; sin embargo, esta noche necesito un albergue.

Erec desmonta del caballo, el mismo señor se lo sujeta y se lo lleva por las riendas tras de sí. Muestra gran alegría a su huésped. El valvasor llama a su mujer y a su hija, que era muy bella, y que estaban trabajando en un taller, aunque no sé qué trabajo hacían. Salen la dama y su hija, vestida con una camisa de faldones anchos, fina, blanca y plisada; debajo llevaba una saya, no tenía más ropa, y la saya estaba tan vieja que por los lados estaba rota; encima, la ropa era pobre, pero debajo había un bello cuerpo.

La doncella era muy gentil, pues la Naturaleza, que la hizo, había puesto en ella todo su entendimiento; la misma Naturaleza se maravilló más de quinientas veces por haber podido hacer una criatura tan bella de una sola vez; pero luego no pudo evitar afligirse por no poder volver a hacer, de ningún modo, otra se-

mejante. Por eso la Naturaleza atestigua que nunca se vio tan bella criatura en todo el mundo. En verdad os digo que Iseo la rubia no tuvo el cabello tan rubio ni reluciente, de modo que no hubo nunca nadie semejante a ésta. Tenía el rostro y la frente más claros y blancos que la flor de lis; respecto a su color admirable, su cara estaba iluminada de un fresco color rojo que le había concedido Naturaleza. Sus ojos irradiaban tan gran claridad que parecían dos estrellas. Dios no sabría hacer mejor la nariz, la boca ni los ojos. ¿Y para qué hablar de su belleza? En verdad que ésta fue hecha para que fuera contemplada, para que uno pudiera mirarse en ella como en un espejo.

Salió del obrador, y cuando vio al caballero, que jamás había visto a otro semejante, retrocedió un poco, y como no lo conocía tuvo vergüenza y se sonrojó. Erec, a su vez, se asombró al ver su gran belleza. Y el valvasor le dijo:

–Bella y dulce hija, tomad el caballo y llevadlo al establo junto a los míos, cuidad que no le falte de nada: quitadle el freno y la silla, y dadle avena y heno; acomodadlo y limpiadlo para que esté como es debido.

La doncella toma el caballo, le suelta el petral y le quita el freno y la silla. El caballo tiene ahora un albergue muy bueno; ella se ocupa del caballo con esmero y con mucho cuidado: le pone un cabestro, le pasa la almohaza, lo cepilla y lo limpia, lo lleva al pesebre y le echa heno y abundante avena, fresca y reciente. Luego vuelve junto a su padre y éste le dice:

–Mi querida hija, dad la mano a este señor y honradle.

La doncella no tardó en hacerlo, lo lleva de la mano a su lado, pues en modo alguno era villana; de la mano lo lleva arriba. La dama había ido por delante a preparar la casa; colocó cojines bordados y tapices encima de los lechos en los que se sentaron los tres: Erec tenía a un lado a la doncella y al otro al señor. El fuego ardía muy brillante delante de ellos. El valvasor no tenía criados, excepto uno que le servía, ni camareras ni doncellas. El criado preparó en la cocina carne y aves para cenar. No tardó en prepararlo todo y lo dispuso rápidamente: cocinó y asó la carne. Cuando tenía la comida lista tal como se le había encomendado, les ofrece agua en dos recipientes; la mesa, el mantel, el pan y el vino y las bandejas fueron aparejados y puestos enseguida, y ellos se sentaron a comer; y tuvieron a su gusto todo cuanto necesitaron. Luego de cenar según sus deseos, y después de que quitaran la mesa, Erec preguntó a su huésped, que era el señor de la casa:

–Decidme, buen huésped –preguntó–, ¿por qué está vestida vuestra hija con ropa tan pobre y vil siendo como es bella y educada?

–Buen amigo, la pobreza alcanza a muchos y también a mí. Mucho me pesa verla tan pobremente ataviada, pero no tengo con qué vestirla: he pasado tanto tiempo en guerra, que he perdido todas mis posesiones, las he tenido que empeñar o vender. Y podría ir bien vestida, si yo le permitiera que aceptara lo que le ofrecen; el señor de este castillo la habría vestido hermosa y adecuadamente y también le habría dado todos sus bienes, pues es sobrina suya y él es conde; no hay en todo este país ningún noble, por rico o poderoso que sea, por mucho mérito que tenga, que no la hubiera tomado por esposa si yo hubiera consentido de buen grado. Pero espero una ocasión más adecuada para que Dios le dé mayor honor, y que la aventura le traiga un rey o un conde que se me la lleve. ¿Acaso puede haber bajo el cielo rey o conde que se avergüence de mi hija, que es de tan extraordinaria belleza que no se puede encontrar su semejante? Es muy bella, pero su discreción vale mucho más que su hermosura. Nunca hizo Dios un ser tan inteligente, ni de corazón tan noble. Cuando estoy cerca de mi hija, el mundo entero no me importa nada; es mi deleite, mi entretenimiento, mi solaz, mi consuelo; es mi riqueza y mi tesoro y nada amo tanto como a su persona.

Conquista del gavilán

Después de escuchar todo cuanto su huésped le dice, Erec le pregunta quiénes son todos aquellos caballeros que habían llegado al castillo, en el que no había calle, por pobre que fuera, ni hostal, por humilde o pequeño que fuese, que no estuvieran llenos de caballeros, damas y escuderos. Y el valvasor le responde:

–Buen amigo, éstos son nobles de esta tierra y de sus alrededores: todos, jóvenes y viejos, acuden por una fiesta que tendrá lugar mañana en este castillo: por eso los alojamientos están llenos. Habrá gran alboroto mañana cuando se junten todos, pues ante toda la gente, sobre una percha de plata, se colocará un gavilán de cinco o seis mudas, el mejor que se conozca. Quien quiera conseguir el gavilán tendrá que tener amiga hermosa y discreta, sin villanía; si hay un caballero tan osado que desee obtener el galardón, tendrá que hacer que su amiga coja el gavilán de la percha, si es que ningún otro se atreve a disputárselo. Por esta costumbre han venido aquí ahora y vienen todos los años.

Luego Erec le pregunta y le ruega:

–Buen huésped, no os enojéis en absoluto, pero decidme, si lo sabéis, ¿quién es un caballero armado con armas de azur y oro, que acaba de pasar por aquí delante, al lado de una elegante doncella que iba a su lado y precedidos por un enano jorobado?

Entonces el huésped le responde:

–Éste es el que conseguirá el gavilán sin que se lo dispute caballero alguno; no recibirá golpe ni herida; no pienso que nadie se atreva contra él: ya hace dos años que lo consigue y nunca se lo han disputado; si vuelve a ganarlo, lo tendrá para siempre. Nada impedirá que lo logre sin batalla ni lucha.

Erec responde de esta manera:

–Ese caballero no me gusta nada. Sabed que si tuviese armas, le disputaría el gavilán. Buen huésped, por vuestra nobleza, como

servicio y recompensa, os ruego que me aconsejéis cómo conseguir armas, viejas o nuevas, feas o bellas, no me importa.

Éste le contesta sinceramente:

–En mala hora os preocupáis. Tengo armas buenas y bellas, y con mucho gusto os las prestaré. Aquí dentro hay una loriga de anillas, que fue escogida entre quinientas, y unas calzas hermosas, [claras], y caras, buenas, frescas y ligeras; el yelmo se conserva bien y es bello, el escudo está en buen estado, nuevo. El caballo, la espada y la lanza, todo os lo prestaré, no lo dudéis, y no hay nada más que hablar.

–Os lo agradezco, dulce y amable señor, pero no quiero mejor espada que la que he traído, ni ningún otro caballo que el mío, del que bien me serviré. Si me queréis prestar lo que me falta, me parece que será gran bondad por vuestra parte; pero aún os quiero pedir un don, del que os recompensaré si Dios me otorga que alcance el honor de la batalla.

Y éste le responde francamente:

–Pedid, con seguridad, a vuestro placer, pedid lo que sea: nada que yo tenga os ha de faltar.

Entonces dice Erec que quiere conseguir el gavilán por su hija, pues verdaderamente no habrá doncella que sea ni una centésima parte de lo hermosa que ella es, y si la lleva a su lado realmente estará en condiciones de demostrar y probar que ella debe quedarse con el gavilán. Luego añadió:

–Señor, vos no sabéis qué huésped habéis albergado, de qué tradición ni de qué familia. Soy hijo de un rico y poderoso rey: mi padre se llama el rey Lac, y los bretones me llaman Erec; formo parte de la corte del rey Arturo, y he estado en ella durante tres años. No sé si a este lugar llegó alguna vez la fama de mi padre o la mía, pero os prometo y aseguro que si me proporcionáis las armas y me entregáis a vuestra hija para conseguir el gavilán mañana la llevaré a mi tierra, si Dios me da la victoria. Allí haré que la coronen y será reina de diez ciudades.

–Ah, buen señor, ¿de verdad sois Erec, hijo de Lac?

–Ése es mi nombre –dijo Erec decididamente.

El huésped se alegró mucho y dijo:

–Bien hemos oído hablar de vos en este país. Ahora os aprecio y os estimo mucho más, pues sois muy valiente y atrevido; de mí no os podréis quejar, pongo mi hija a vuestra disposición.

Entonces la tomó por la mano:

–Tened, os la concedo.

Erec la recibió gozoso; ya tiene lo que le faltaba. Gran alegría tuvieron allí dentro. El padre estaba muy contento, la madre llora de alegría y la muchacha está completamente callada, aunque está muy feliz y contenta de haber sido concedida a aquél, que era noble y cortés, y de quien no dudaba que sería rey y que ella misma sería honrada como rica reina con corona. Aquella noche estuvieron despiertos hasta muy tarde; dispusieron las camas con sábanas blancas y mullidos colchones, y cuando escasearon las palabras todos fueron a acostarse.

Erec durmió poco aquella noche. El día siguiente, tan pronto como quebró el alba, se levanta sin demora y bien temprano, y su huésped con él; ambos van a la iglesia a rezar e hicieron cantar la misa del Espíritu Santo a un ermitaño; no olvidan la ofrenda. Después de oír misa, ambos se inclinan ante el altar y regresan a la casa. Erec desea intensamente la batalla: pide las armas y se las entregan; la misma doncella lo arma; no hizo ni magia ni sortilegio, le enlaza las calzas de hierro y las sujeta con correas de piel de ciervo; le pone la loriga de buenas mallas y también le ata la ventana; le pone el yelmo bruñido y lo arma completamente de pies a cabeza. Le ciñe la espada al costado y luego pide que le traigan el caballo; se lo llevan y él salta encima, desde el suelo. La muchacha lleva el escudo y la lanza, que era fuerte; le entrega el escudo, y él lo toma, y se lo cuelga por el tiracol al cuello; le lleva la lanza sujeta con la mano: él la toma por la contera. Luego dice al gentil valvasor:

–Buen señor, si os place, haced que preparen a vuestra hija, pues la quiero llevar en busca del gavilán, tal como me habéis prometido.

Ahora el valvasor hace ensillar un palafrén bayo, no se demora. No es necesario hablar del arnés, pues no lo permite la gran pobreza del valvasor. Pusieron la silla y el freno; la doncella monta mal vestida y desabrochada, por su propia cuenta, sin hacerse rogar en nada.

Erec no quiere esperar más: ya va hacia el lugar, llevando consigo, a su lado, a la hija del huésped; tras ellos les siguen los dos, el señor y la dama.

Erec cabalga con la lanza recta, y a su lado la doncella de buena presencia. Por las calles todos los miran, grandes y pequeños. Todo el pueblo se sorprende; se dicen y preguntan:

–¿Quién es? ¿Quién es este caballero? Muy valiente y fiero debe ser, pues lleva tan hermosa doncella; bien empleará su esfuerzo, bien debe reclamar, con razón, que ésta es la más bella.

Todos se dicen:

–En verdad, ésta debe conseguir el gavilán.

Unos alaban a la doncella y otros muchos dicen:

–Dios, ¿quién será este caballero que guía a la bella doncella?

–No sé, no sé –se contestan–, pero le sienta muy bien el yelmo bruñido, la loriga, el escudo y la cortante espada; va muy apuesto sobre el caballo, bien parece un vasallo valiente; está muy bien formado y bien proporcionado de brazos, piernas y pies.

Todos desean mirarlos y ellos, caballero y doncella, no se detienen hasta que llegan al gavilán. Allí se quedaron a un lado esperando al otro caballero. He aquí que le vieron venir con el enano y la doncella a su lado. Ya había oído la noticia de que había acudido un caballero que quería conseguir el gavilán; aunque no pensaba que en el mundo hubiera caballero tan valiente que se atreviese a combatir contra él; bien pensaba que lo derribaría y vencería. Todo el mundo lo conoce, todos lo saludan y acompañan; tras él iba gran muchedumbre; caballeros, criados y damas corren detrás y las doncellas a los lados. El caballero va delante de todos, a su lado la doncella y el enano; cabalga con orgullo hacia el gavilán, con rapidez, pero alrededor había tan gran mul-

titud de gente ruda y villana que no podía acercarse a un tiro de ballesta.

El conde ha llegado a la plaza, se dirige a los villanos y los amenaza; lleva una vara en la mano: los villanos se echan hacia atrás. El caballero avanza y dice tranquilamente a su doncella:

–Doncella mía, esta ave tan bella y que ya ha mudado con justicia ha de ser vuestra, pues sois muy hermosa y gentil, y así será mientras yo viva. Avanzad, mi dulce amiga, a tomar el gavilán de la percha.

La doncella se dispone a tender la mano cuando Erec corre a impedírselo, pues no aprecia en nada su pretensión:

–Doncella –dice–, ¡marchaos!, id a por otra ave, pues no tenéis derecho a ésta, sin que haya enojo; este gavilán ya no será vuestro, pues alguien mejor, mucho más bella y más cortés que vos, os lo disputa.

Al otro caballero le pesa, pero a Erec no le importa mucho. Hace avanzar a la doncella:

–Bella –le dice–, avanzad, tomad el ave de la percha, pues es justo que la tengáis. Doncella, avanzad. Me enorgullezco mucho de hacer justicia; que nadie ose avanzar, pues nadie se os puede comparar, ni en bondad, ni en valor, ni en franqueza, ni en honor, porque sois como el sol frente a la luna.

El otro no pudo aguantar más, cuando oyó que se disponía a combatir con tanta decisión:

–¿Cómo –exclamó–, vasallo, ¿quién eres tú que me disputas el gavilán?

Erec valientemente le responde:

–Soy un caballero de otra tierra. He venido a buscar este gavilán y es justo, aunque le siente mal a quien sea, que esta doncella lo tenga.

–¡Huye! –dijo el otro–, eso no será así; la locura te ha traído aquí. Si quieres tener el gavilán lo habrás de comprar muy caro.

–¿Comprar, vasallo, y por qué?

–Tendrás que combatir conmigo si no me lo cedes.

–Ahora habéis hablado con locura –contestó Erec–, a mi parecer; eso son vanas amenazas, y os temo muy poco.

–Así, te desafío, sapo, porque esto no puede quedar sin batalla.

Erec responde:

–Que Dios me valga, pues no he deseado tanto ninguna otra cosa.

De ahora en adelante oiréis los golpes. La plaza estaba desierta y era grande, la gente había huido por todas partes. Ellos se alejan a más de un arpende, espolean para enfrentar los caballos, se buscan con las puntas de las lanzas, se golpean con tan gran fuerza que los escudos se despedazan y se rompen, y las lanzas se astillan y quiebran; destrozan el arzón por detrás, y tienen que soltar los estribos; ambos caen al suelo, los caballos huyen por el campo. Rápidamente se levantan; puestos en pie, ya no necesitaban las lanzas: sacan las espadas de las vainas, intercambian grandes tajos y se dan duros golpes; golpean los yelmos y resuenan. Terribles son los cintarazos de las espadas, sin cesar intercambian grandes tajos que no fallan; rompen todo lo que alcanzan, destrozan los escudos, falsan las lorigas; el hierro enrojece por la sangre bermeja. El combate dura bastante tiempo; tanto se golpean sin descanso que se fatigan y se desaniman mucho. Las dos doncellas lloraban: cada uno ve llorar a la suya, tender las manos a Dios y rezar para que le dé el honor de la batalla a aquel que por ella se bate.

–Vasallo –dice el caballero–, retrocedamos un poco y tomemos un poco de tiempo de reposo, pues damos golpes demasiado débiles; nos conviene atacar con mejores golpes, pues ya empieza a atardecer. Es gran vergüenza y gran afrenta que esta batalla dure tanto; y nosotros debemos esforzarnos de nuevo con las espadas de acero, por nuestras amigas.

Erec responde:

–Bien habéis hablado.

Entonces reposan un poco. Erec mira a su amiga, que ruega por él muy dulcemente: al verla le crece la fuerza; por su amor y

por su belleza recobra muy gran ánimo; se acuerda de la reina, de lo que le había dicho en el bosque: que vengaría su vergüenza o que la acrecentaría.

–¡Ay!, malvado –exclamó Erec–, ¿a qué espero? Aún no he vengado la afrenta que este vasallo permitió cuando su enano me golpeó en el bosque.

Se le renueva la cólera, con ira llama al caballero:

–Vasallo –dijo–, otra vez os llamo a la batalla: hemos descansado demasiado tiempo; comencemos de nuevo nuestro combate.

Éste le responde:

–No me pesa.

Se enfrentan de nuevo; ambos se enzarzaron en combate: en este primer encuentro, si Erec no se hubiera cubierto bien, el caballero lo hubiera herido; tanto le ha golpeado el caballero a descubierto por encima del escudo, que le rompe un trozo de yelmo rozando la cofia blanca; la espada desciende y le parte el escudo hasta el blocal y le ha abierto la loriga más de un palmo por un lado. Muy magullado debía estar Erec; el frío acero le ha llegado a la carne por encima de la cadera. Esta vez Dios lo protegió: si el hierro no se hubiera salido (y el cuerpo no lo hubiese rechazado), le habría cortado el cuerpo por la mitad. Pero Erec no se atemoriza por nada: donde las dan las toman: le ataca muy valientemente, le golpea a lo largo del hombro; le ha dado tal tajo que el escudo no ha resistido, ni la loriga puede evitar que la espada llegue hasta el hueso; ha hecho correr la sangre de arriba a abajo hasta los calzones. Ambos vasallos son muy fieros y combaten tan por igual que no pueden conquistarse un pie de tierra. Tienen las lorigas muy desmalladas y los escudos tan destrozados que, verdaderamente, no tienen de ellos una pieza entera con la que se puedan proteger; entonces se golpean al descubierto: cada uno pierde gran cantidad de sangre, ambos se debilitan mucho. Aquél golpea a Erec y éste a él: le da tales tajos a diestro y siniestro, encima del yelmo, que lo aturde por completo; le golpea y le

vuelve a golpear a voluntad, tres golpes le da con violencia, le cuartea todo el yelmo y la cofia por debajo, hasta la cabeza: la espada no se detiene y le rompe un hueso de la cabeza pero no le toca el cerebro. Aquél se inclina y se tambalea, cuando está aturdido, Erec le empuja y cae sobre su costado derecho; Erec le agarra el yelmo y con fuerza se lo arranca de la cabeza y de la cara. Cuando Erec recuerda el ultraje que su enano le había hecho en el bosque, le hubiera golpeado la cabeza a no ser porque le suplicó compasión:

–¡Ah! vasallo –dijo–, me has vencido. ¡Piedad!, no me mates. Ya que me has vencido y hecho prisionero, no obtendrás fama ni aprecio si me matas, pues cometerías una gran villanía. Toma mi espada; yo te la entrego.

Pero Erec no se la acepta, sino que dice:

–De acuerdo, no te mato.

–¡Ah! Noble caballero, ¡gracias! ¿Por qué razón o por qué falta me odias a muerte? Que yo sepa nunca antes te vi, ni nunca te he causado perjuicio, desgracia ni vergüenza.

Erec responde:

–Sí lo habéis hecho.

–¡Ay! Señor, decidlo pues, nunca jamás os he visto, que yo sepa, y si algún mal os he causado, estaré a vuestra merced.

Entonces dice Erec:

–Vasallo, yo soy el que ayer estaba en el bosque con la reina Ginebra, cuando permitiste que tu miserable enano golpeara a la doncella de mi señora; gran villanía es golpear a una mujer. Y después también me golpeó a mí. Entonces me tratasteis muy vilmente: cometisteis un ultraje demasiado grande, pues, al ver la afrenta, la permitisteis y os pareció bien que tal aborto y tal sapo nos maltratara a la doncella y a mí. Por esta mala acción os debo odiar, pues fue demasiado grande el menosprecio que me hicisteis. Tenéis que jurar que sois mi prisionero, y sin ninguna demora, ahora mismo, iréis derecho ante mi señora, pues sin duda la encontraréis en Caradigán si allí vais; llegarás esta noche: creo que no hay ni siete le-

guas. Tú, tu doncella y tu enano os pondréis a disposición de mi señora para cumplir lo que ella ordene y también le diréis que regresaré mañana con alegría, acompañado de una doncella, tan hermosa, tan discreta y tan noble que no tiene igual en ningún lugar; en verdad se lo podrás decir. Y ahora quiero saber tu nombre.

Entonces éste se lo dice, a su pesar:

–Señor, me llamo Yder, hijo de Nut; esta mañana no hubiera pensado, de ninguna forma, que un solo hombre me pudiera vencer por su valor con las armas; ahora he encontrado uno mejor que yo y lo he comprobado: sois muy valeroso, caballero. Aceptad mi promesa, os juro que ahora mismo sin más demora iré a la reina para ponerme a sus órdenes. Pero, decidme, no me lo ocultéis, ¿cómo os llamáis?, ¿quién diré que me envía? Estoy dispuesto a ponerme en marcha.

Y Erec responde:

–Te lo diré, no te voy a ocultar mi nombre: me llamo Erec; ve y dile que yo te he enviado a ella.

–Me voy, os obedezco; mi enano, mi doncella y yo mismo nos pondremos a su disposición en todo, no temáis, pues llevaré las nuevas de vos y de vuestra doncella.

Entonces Erec le acepta la promesa. Todos llegan a la despedida, el conde y la gente del séquito, las doncellas y los nobles. Hubo contentos y descontentos: a uno le pesa, a otro le agrada. La mayoría se alegra por la doncella de la saya blanca, que tenía el corazón gentil y noble, que era hija del valvasor; otros estaban dolidos por Yder y su amiga, a la que amaban.

Yder no quiere esperar más, quiere cumplir su promesa; entonces monta a caballo. ¿Y por qué habría de prolongar más este cuento? Lleva consigo al enano y a la doncella, atraviesan el bosque y la llanura, toman el camino más recto, hasta llegar a Caradigán. Fuera, en las logias de la sala estaba mi señor Galván y, con él, Keu el senescal; me parece que con ellos había también gran cantidad de nobles. Bien han visto a los que llegan; el senescal ha sido el primero en verlos, y dice a mi señor Galván:

–Señor, mi corazón adivina que aquel vasallo que va por allí es el mismo que, según la reina, le dio ayer tan gran disgusto. Me parece que son tres; veo al enano y a la doncella.

–Es verdad –contesta mi señor Galván–, son una doncella y un enano los que vienen con el caballero; y vienen directamente hacia nosotros. El caballero está completamente armado, pero su escudo no está entero; si la reina lo viera, creo que lo reconocería. ¡Eh!, senescal, ¡id a llamarla!

Mientras tanto, el senescal ha ido y la ha encontrado en una habitación:

–Señora –dice–, ¿os acordáis del enano que ayer os afligió al golpear a vuestra doncella?

–Sí, me acuerdo perfectamente, senescal, ¿sabéis algo?, ¿por qué lo habéis recordado?

–Señora, porque he visto venir a un caballero andante armado, con su destrero de color gris, y, si mis ojos no me han engañado, una doncella va con él, y me parece que los acompaña el enano del látigo, del que Erec recibió el golpe en el cuello.

Entonces la reina se levantó y dijo:

–Vamos allá, senescal, a ver si es el vasallo. Si lo es, sabed que os lo diré sin dudar tan pronto como lo vea.

Y Keu respondió:

–Os acompañaré; vamos a las logias, arriba, donde están vuestros caballeros, compañeros nuestros; desde allí mismo hemos visto que venía, y mi señor Galván os está esperando. Señora, vamos allá, que ya nos hemos demorado demasiado.

Entonces la reina se pone en marcha y llega hasta las ventanas, junto a las que estaba mi señor Galván. La reina reconoció al caballero:

–¡Ay –exclamó la reina–, es él! Ha estado en gran peligro: ha combatido, y no sé si Erec ha vengado su afrenta o si éste ha vencido a Erec, pero éste tiene muchos golpes en el escudo; su loriga está cubierta de sangre, hay más rojo que blanco.

–Es verdad –dijo mi señor Galván–, señora, estoy seguro de que no os equivocáis: la loriga está ensangrentada, y está completamente abollada y golpeada; bien parece que ha combatido; podemos saber, sin duda alguna, que la batalla ha sido fiera. Vamos a oírle contar tales cosas por las que tendremos alegría o tristeza: o Erec nos lo envía aquí como prisionero bajo vuestra merced, o viene con arrogancia a envanecerse ante nosotros de que ha vencido o ha matado a Erec. No creo que traiga otras noticias.

–Así lo creo–, dijo la reina.

–Bien puede ser –afirman todos.

Mientras tanto Yder entra por la puerta, les trae la noticia. Todos han bajado de las almenas y van a su encuentro. Yder llega al pie de la escalera. Allí descabalga de su caballo y Galván ayuda a la doncella y la baja del caballo; el enano desciende por otro lado; había allí más de cien caballeros. Cuando los tres hubieron descabalgado, los llevan ante el rey. Yder no se detiene hasta que se postra a los pies de la reina allí donde la encuentra; saluda en primer lugar al rey y a todos sus caballeros y dice:

–Señora, a vuestra prisión me envía un hombre gentil, un caballero valeroso y noble, a quien mi enano ayer hizo sentir en la cara los nudos del látigo. Me ha vencido y conquistado por las armas. Señora, aquí os traigo al enano y a mi doncella a vuestra merced, para que hagáis lo que os plazca.

La reina no puede callar por más tiempo y le pregunta por Erec:

–Ahora decidme, señor –preguntó–, ¿sabéis cuándo vendrá Erec?

–Señora, vendrá mañana y traerá consigo a una doncella tan bella como nunca se ha conocido otra.

Después de que le hiciera llegar el recado, la reina, que era discreta y noble, cortésmente le dijo:

–Amigo, ya que sois mi prisionero, muy leve ha de ser vuestro cautiverio; no tengo intención de haceros ningún mal, pero ahora decidme, así os ayude Dios, ¿cómo os llamáis?

Y él le respondió:

–Señora, me llamo Yder y soy hijo de Nut.

Ya saben la verdad. Entonces la reina se levanta, va ante el rey y le dice:

–Señor, ya habéis visto y oído noticias de Erec, el valeroso caballero. Muy buen consejo os di ayer cuando os recomendé esperarlo: por ello es necesario tomar una buena decisión.

Entonces dijo el rey:

–En modo alguno es mentira lo que habéis dicho; es verdad que quien sigue consejo no es loco; en buena hora aceptamos ayer vuestro consejo. Pero, si en algo me amáis, liberad de su prisión a este caballero, de forma que a partir de ahora permanezca en mi casa entre mi mesnada y mi corte, y si no lo hace que sea para su mal.

Una vez hubo hablado el rey, la reina libera al caballero sin más tardanza; éste accedió a residir allí, y luego formó parte de la corte y de la mesnada. No hacía mucho que estaba allí cuando los criados asignados para tal trabajo corrieron a desarmarlo.

Erec y la hija del valvasor

Ahora volvamos a hablar de Erec, que aún estaba en el lugar del combate. Nunca, creo yo, hubo alegría igual –ni siquiera cuando Tristán mató al fiero Morholt, venciéndolo en la isla de San Sansón– a la que se mostró aquí a Erec. Le alababan mucho, pequeños y grandes, gordos y delgados; todos aprecian su valor y no hay caballero que no exclame:

–Dios, ¡qué vasallo, bajo el cielo no hay otro igual!

Luego se va a su alojamiento. Mucho lo alaban y hablan de él, y el mismo conde lo abraza, agasajándolo más que los demás, mientras dice:

–Señor, si os place deberíais tomar alojamiento en mi casa, y es justo, ya que sois hijo del rey Lac; si seguís mi consejo, me ha-

réis gran honor, pues os tengo por mi señor. Buen señor, os ruego que permanezcáis conmigo por vuestra merced.

Erec responde:

–No os enojéis; no dejaré a mi huésped esta noche, ya que me ha hecho gran honor, pues me ha concedido a su hija. Y ¿qué decís, señor, acaso no es bueno y rico este don?

–Sí, buen señor –contestó el conde–, ese don es hermoso y bueno; la doncella es muy bella y discreta, y también es de alto linaje: en verdad estoy muy contento, pues os habéis dignado a tomar a mi sobrina: sabed que su madre es mi hermana. Pero una vez más os ruego que os alberguéis conmigo.

Erec responde:

–No insistáis, no lo haría de ningún modo.

Aquél ve que es inútil rogar y dice:

–Señor, como deseéis; ahora bien podemos callar, pero yo y todos mis caballeros estaremos esta noche con vosotros para entreteneros y acompañaros.

Al oírlo, Erec se lo agradeció. Luego fue a casa de su huésped, acompañado por el conde; había allí damas y caballeros. El valvasor se alegró mucho con la llegada de Erec; más de veinte sirvientes corrieron muy rápidamente a desarmarlo. Quien estuviera en aquella casa podría ver una gran alegría. Erec fue a sentarse el primero, luego se sentaron todos por las bancadas, sobre las camas, las sillas y los bancos; junto a Erec tomó asiento el conde, y colocan en medio a la hermosa doncella de clara mirada, que tenía tal alegría por su señor que nunca doncella la tuvo mayor. Erec llama al valvasor y le habla buena y llanamente, y empieza a decirle:

–Buen amigo, buen huésped, buen señor, gran honra me habéis hecho y os será bien recompensada: mañana vuestra hija vendrá conmigo a la corte del rey; allá la tomaré por mujer y, si queréis esperar un poco, enseguida os enviaré a buscar. Haré que os conduzcan a mi tierra, que es de mi padre y será mía después; está lejos de aquí, no muy cerca. Allí os daré dos castillos muy

buenos, muy ricos y bellos; seréis señor de Roadán, que existe desde tiempos de Adán, y luego otro castillo que vale mucho más que un junco; la gente lo llama Montrevel, mi padre no tiene castillo mejor. Antes de que pasen tres días os habré enviado oro y plata, veros y petigrís, y telas de seda y de elevado precio, para vestiros, a vos y a vuestra mujer, que es mi querida y dulce señora. Mañana, en cuanto salga el alba del día, me llevaré a vuestra hija a la corte, vestida tal como está; quiero que mi señora la reina la atavíe con su propia ropa, que es de seda teñida en grana.

Había allí una doncella muy noble, discreta y valerosa, sentada en un banco al lado de la doncella de la saya blanca, prima hermana suya, y sobrina del mismo conde. Al oír que Erec quería llevar a su prima a la corte de la reina vestida tan pobremente le dice al conde:

–Señor, recibiréis una gran vergüenza, más que nadie, si este señor lleva consigo a vuestra sobrina tan pobremente vestida.

Y el conde le responde:

–Os ruego, dulce sobrina, que le deis de vuestros vestidos el que os parezca mejor, de entre todos los que tenéis.

Erec ha oído la conversación:

–Señor, no habléis más. Bien habéis de saber una cosa: yo no querría por nada del mundo que tuviese ningún otro vestido, sino que el que le dé la reina.

Cuando la doncella lo oyó, le responde y dice:

–¡Ay! buen señor, ya que queréis llevar a mi prima de tal forma, con la blanca saya y en camisa, le daré otro regalo. Ya que no deseáis que tenga ninguno de mis vestidos, tengo tres palafrenes muy buenos, nunca tuvo mejores rey ni conde, uno alazán, uno gris y otro bayo. De verdad, entre cien no hay ninguno mejor que el gris: los pájaros que vuelan por el aire no van más rápidos que el palafrén; nunca hombre alguno lo vio revolverse; lo puede cabalgar un niño, es tal como debe ser para una doncella, pues no es asustadizo, ni testarudo, ni muerde, ni cocea, ni se encabrita. El que busca uno mejor no sabe lo que quiere; quien lo cabalga no

siente dolor, sino que va más cómodo y reposado que si fuera en una nave.

Entonces dice Erec:

–Mi dulce amiga, no rehúso este don si ella lo acepta; antes bien, me place, y no quiero que ella lo deje.

Mientras tanto la doncella llama a un criado y le dice:

–Buen amigo, id a ensillar mi palafrén gris y traedlo de inmediato.

Y éste cumple lo ordenado: pone la silla y el freno al caballo, y se esfuerza en aparejarlo bien; luego, monta el palafrén de larga crin. Ya está aquí el caballo. Al verlo, Erec no lo alabó poco, pues lo vio bello y noble; luego, ordena a un sirviente que vaya a atarlo al lado de su destrero, en el establo. Mientras tanto, todos se divertían con gran alegría aquella noche.

El conde se marchó a su casa, Erec durmió tranquilo en casa del valvasor, que le había dicho que le acompañará por la mañana cuando se vaya. Duermen durante toda la noche.

Por la mañana cuando el alba se muestra clara, Erec se prepara para marchar; manda que ensillen los caballos y despierta a su bella amiga: ésta se prepara y atavía. El valvasor y su mujer se levantan, no queda caballero ni dama que no se dispongan a despedir a la doncella y al caballero. Todos han montado, y el conde también monta. Erec cabalga junto a él y, a su lado, su bella amiga, que no olvidó el gavilán: con el gavilán se distrae, no lleva otra riqueza. Gran alegría muestran en la despedida. El noble conde quiere enviar una parte de su mesnada a Erec para que le honren y le acompañen, pero Erec le dice que no se llevará a nadie, ni querrá más compañía que la de su amiga. Luego, se despidió:

–A Dios os encomiendo.

Durante largo trecho los acompañaron; el conde besa a Erec y a su sobrina y los encomienda al piadoso Dios. Asimismo el padre y la madre la besan a menudo y con frecuencia; no pueden dejar de llorar al partir: al separarse lloran la madre, la doncella y el padre. Tal es el amor, tal es la naturaleza, tal es la pena de la

crianza: la gran pena, la dulzura y la amistad que le tenían a su hija les hacía llorar; pero bien sabían, a pesar de todo, que su hija iba a un lugar del que les vendría gran honor. Lloraban de amor y de pena al separarse de su hija; no lloraban por ninguna otra cosa: bien sabían que, al fin, ellos también serían honrados. En la despedida se lloró mucho; y mientras llorando se encomiendan a Dios unos a otros; ya se van, no esperan más.

En la corte de Caradigán. Final de la aventura del Ciervo Blanco

Erec se despide de su huésped, pues le tardaba regresar a la corte del rey. Se alegra de su fortuna: está muy contento, pues tenía una amiga extraordinariamente bella, discreta, cortés y de buena presencia. No puede dejar de mirarla; cuanto más la mira, más le agrada; no puede esperar a besarla. De buen grado se pone junto a ella, al mirarla se reconforta; admira mucho su cabeza rubia, sus ojos sonrientes y su frente clara, la nariz, la cara y la boca, cuya gran dulzura le llega al corazón. Le contempla la cintura, la barbilla, el blanco cuello, el torso y el talle, los brazos y las manos. Pero no menos mira la doncella al vasallo, con buen deseo y corazón leal, de modo que lo hacía con agrado. No renunciarían a mirarse ni a cambio de una recompensa. Eran muy parecidos e iguales en cortesía y belleza y también en gran bondad. Eran de tal manera de ser, de actuar y de tales costumbres que nunca, a decir verdad, se podría decidir cuál de los dos era el más bello, o el más discreto. Eran los dos de gran coraje y juntos se llevaban muy bien, el uno al otro le ha robado el corazón; nunca dos imágenes tan bellas fueron unidas ni por ley ni por matrimonio.

Cabalgan hasta que a mediodía llegan al castillo de Caradigán, donde se les esperaba a ambos. Para mirar si los veían se habían subido a las ventanas los mejores nobles de la corte. La reina Ginebra corrió hacia allí y también el mismo rey, Keu y Perceval el Galés, y mi señor Galván y Cort, el hijo del rey Arés; Lucano

el botellero también estuvo; había muy buenos caballeros. Distinguen a Erec que llegaba y a su amiga. De tan lejos como lo ven lo reconocen. La reina muestra gran alegría, toda la corte está llena de gozo por su llegada, pues todos lo estiman por igual. Cuando llega a la sala, el rey baja a su encuentro y luego la reina; todos le dicen que Dios le guarde y festejan a la doncella, apreciando y encomiando su belleza; y el rey mismo la toma de la mano y la lleva arriba, a la gran sala pavimentada. Luego, Erec y la reina suben cogidos también de la mano. Y él dice:

–Señora, os encomiendo a mi doncella y amiga; vestida de pobres ropas, tal como me fue entregada, así os la he traído. Es hija de un pobre valvasor, la pobreza envilece a muchos hombres, pero su padre es franco y cortés, aunque tiene muy poca fortuna; y su madre es una dama muy gentil, y tiene un hermano que es conde. No quiero casarme con la doncella ni por su belleza ni por su linaje. La pobreza ha hecho que se ponga esta blanca saya hasta que las mangas se han roto por los lados. Si yo lo hubiera aceptado, habría tenido buenas ropas, pues una doncella, prima suya, le habría dado ropa de armiño, de seda, de veros o petigrís; pero de ningún modo acepté que vistiera otra ropa hasta que vos la conocierais. Mi dulce señora, ocupaos de ella, pues necesita, miradla bien, un vestido hermoso y adecuado.

Entonces la reina le responde:

–Habéis hecho muy bien: es justo que se vista con mis ropas; yo le voy a dar ahora mismo ropa buena y bella, reciente y nueva.

A continuación, la reina la lleva a su cámara, y manda que se le entregue de inmediato un brial nuevo y el manto púrpura de un tejido de cruz pequeña que habían hecho a su medida. Aquel a quien ha dado la orden trae el manto y el brial, que estaba forrado de armiño blanco hasta las mangas; en los puños y en el cuello había, sin lugar a dudas, más de doscientos marcos en pan de oro, y piedras preciosas de grandes virtudes, índigas y verdes, añiles y pardas, que estaban engastadas en el oro por toda la túnica. El brial es muy rico, pero de veras que el manto no valía

menos. Aún no les habían puesto los broches, pues eran totalmente nuevos y recientes, tanto el brial como el manto. El manto era bueno y fino: en el cuello tenía dos cibelinas con cintas que tenían más de una onza de oro, por un lado un jacinto y en el otro un rubí que brillaba más que un escarbunclo ardiente. El forro era de armiño blanco, nunca se vio ni se encontró más bello ni más fino. La tela púrpura estaba muy bien trabajada, con crucecitas variadas, índigas, bermejas y añiles, blancas y verdes, azules y amarillas. La reina pide unas cintas de cinco varas, de hilo dorado de seda; le dan las cintas, bonitas y bien trabajadas: hace que un hombre que era un buen maestro en el oficio las ponga de inmediato en el manto. Cuando no hubo más que hacer, la noble dama de buen origen abraza a la doncella de la saya blanca y le dice con francas palabras:

–Doncella mía, os quiero pedir que cambiéis la saya por este brial que vale más de cien marcos de plata, y que os abrochéis este manto encima; otro día os daré más.

Ella lo acepta de buen grado, toma la ropa y le da las gracias. Dos doncellas la llevan a una habitación aparte; luego, en cuanto llegó a la habitación, le quitaron la saya, que no valía ni una brizna de hierba: ella les ruega y encomienda que den sus ropas por amor de Dios; viste el brial y se lo ajusta y ciñe con un brocado muy rico; luego, se ata el manto. Ya no tiene la cara triste, pues la ropa le sienta tan bien que parece bastante más bella que antes. Las dos doncellas le adornan el cabello por arriba con un hilo de oro, aunque brillaba mucho más el pelo que el hilo de oro, que era muy puro. Las doncellas le colocan en la cabeza una diadema de oro adornada con flores de muchos y diversos colores; se dedican a engalanarla lo mejor que pueden, hasta que no queda nada más por hacer. Una doncella le pone al cuello dos broches de oro con un topacio engastado, de forma que estaba tan bella y hermosa que no creo que en ninguna tierra, por mucho que se buscara y rebuscara, se podría encontrar a nadie comparable, tan bien la había formado Naturaleza. Luego, salió de la habitación y fue ante la reina,

que la recibe con agrado; le gustó y la apreció mucho, ya que estaba bella y bien engalanada. Las dos se toman de la mano y van ante del rey, que al verlas se levanta hacia ellas.

Había tantos caballeros cuando entraron en la sala, y que se levantaron ante ellas, que yo no sabría decir el nombre de la décima, ni de la treceava, ni de la quinceava parte; pero sí os puedo decir los nombres de todos los de la Mesa Redonda, que eran los mejores del mundo. Entre todos los buenos caballeros, el primero debe ser Galván, el segundo Erec, el hijo de Lac, y el tercero Lanzarote del Lago, el cuarto Gornemán de Gohort y el quinto el Bello Cobarde, el sexto el Feo Valiente, el séptimo Melián de Lis, el octavo Maldito el Sabio, el noveno Dodín el Salvaje y el décimo Galdeluz, en el que había muchas virtudes. No numeraré a los demás, pues la cantidad me lo impide: Ivaín el Valeroso se sentaba más allá, y el siguiente era Ivain el Bastardo y Tristán el que nunca rió se sentaba al lado de Blioberís; después estaba Caradoc Rompebrazos, caballero de agradable conversación, y Caverón de Roberdic y el hijo del rey de Quenedic y el criado de Quintarel, e Yder del Monte Doloroso, Gueheriet y Keu de Estraus, Amalguín y Galete el Calvo, Giflete, hijo de Don, y Tablante que nunca estuvo cansado para empuñar las armas, y era un vasallo de gran fuerza; Loholt, hijo del rey Arturo, y Saigremor el impetuoso, éste no debe ser olvidado, ni Beduier el condestable, que sabía mucho de ajedrez y de tablas, ni Bravaín, ni el rey Lot, ni Galegantín el Galés.

Cuando la hermosa doncella extranjera vio a todos los caballeros en círculo, que la miraban con insistencia, bajó la cabeza; tenía vergüenza y no debe extrañar que se le ruborizara el rostro, pero la vergüenza le sirvió para que resultara mucho más hermosa. Cuando el rey vio que se ruborizaba, no quiso apartarse de ella; le da la mano con delicadeza y la sienta a su derecha; a la izquierda se ha sentado la reina, que dice al rey:

–Señor, según pienso y creo, está bien que venga a la corte del rey quien por sus armas puede conquistar en otra tierra a tan bella dama. Bien hizo Erec esperando; ahora podéis recibir el beso de la más bella de la corte; creo que nadie se enfadará ni dirá que miento porque no sea ésta la más gentil de las doncellas que están aquí sentadas y entre todas las del mundo.

El rey responde:

–No es mentira: si nadie me lo discute, le concederé el honor del Ciervo Blanco.

Luego dijo a los caballeros:

–Señores, ¿qué decís?, ¿qué os parece? ¿Es ésta de cuerpo, y también de rostro, y de cuanto necesita una doncella, la más gentil y la más hermosa desde aquí hasta donde el cielo y la tierra se juntan? Digo que es justo que ahora mismo reciba el honor del Ciervo Blanco. Y vosotros, señores, ¿queréis decir algo? ¿queréis discutirlo? Si alguien quiere poner alguna objeción, que diga ahora mismo lo que piensa. Yo soy el rey, y no debo mentir, ni permitir villanía o falsedad y desmesura; debo guardar la razón y la justicia que corresponden a rey leal, que debe mantener la ley, la verdad, la fe y la justicia; no querría, en modo alguno, cometer deslealtad ni equivocarme, ni perjudicar más al débil que al fuerte; no es justo que nadie se lamente de mí. Quiero que perdure la costumbre y el uso que mantuvo mi linaje. Os debería pesar si pretendiera enseñaros costumbres y leyes distintas de las que tuvo mi padre el rey. Quiero guardar y mantener, ocurra lo que ocurra, la costumbre de Pandragón, mi padre, que era rey y emperador. Ahora decidme todos vuestro deseo, nadie deje de decir la verdad: si esta doncella es de mi casa, debe recibir el beso del Ciervo Blanco; quiero saber la verdad.

Todos exclaman a una voz:

–Por Dios y por la Cruz, señor, bien podéis sentenciar con justicia que ésta es la más bella; tiene bastante más belleza que claridad hay en el sol, la podéis besar tranquilamente, nosotros lo concedemos de común acuerdo.

Como el rey oye que a todos place, no dejará de besarla; se vuelve hacia ella y la abraza. La doncella no era loca, y aceptó con

gusto que el rey la besara. Habría sido villana si le hubiera pesado. El rey la besa con cortesía, a la vista de todos los nobles, y le dice:

–Mi dulce amiga, os doy mi amor sin vileza, sin maldad y sin locura; os amaré de buen corazón.

El rey, con esta aventura cumplió con la costumbre y el uso que su corte debía al Ciervo Blanco.

Aquí terminan los primeros versos.

Boda de Erec y Enide y torneo de Tenebroc

Después del beso del Ciervo, según la costumbre del país, Erec, como hombre noble y cortés, se ocupó de lo que había prometido a su pobre huésped, pues no quería dejar de cumplir su promesa. De muy buen grado la mantuvo y le envió entonces cinco acémilas, descansadas y fuertes, cargadas de ropas y telas, de brocados y ricos tejidos escarlata, con bandejas llenas de oro y de plata, de veros y de petigrís y de cebellinas, de telas de púrpura y alfombras orientales. Cuando las acémilas estuvieron cargadas de todo cuanto necesita un hombre noble envió, con las acémilas, diez caballeros y diez sirvientes de su mesnada y de su gente, diciéndoles y rogándoles que saluden a su huésped y le hagan gran honor, a él y a su mujer en su nombre; y una vez que les hayan ofrecido las acémilas que les llevaban el oro, la plata y los besantes y la rica vestimenta que había en las arcas, que conduzcan a la dama y al señor con gran honor a su reino de Estre-Gales; les había prometido dos castillos, los más bellos, los mejor emplazados y los que menos guerra sufrían de los que había en toda su tierra: uno se llamaba Montrevel; el otro tenía por nombre Roadán. Estos dos castillos tendrían que entregarles sus rentas y sus derechos cuando llegasen a su reino, tal como les había prometido. Ese mismo día, los mensajeros, que no tenían ninguna intención de descansar, le presentaron

al huésped el oro, la plata, las acémilas, la vestimenta y el dinero, de los que había gran cantidad. Después acompañaron al huésped y a su mujer al reino y allí les hicieron grandes honores. Llegaron al país a los tres días; les entregaron las torres de los castillos, sin que el rey Lac se opusiera, sino que les mostró gran alegría y gran honor: los ama por Erec, su hijo. Les concedió castillos libres, y también les dio todo tipo de seguridades, e hizo jurar a caballeros y burgueses que ellos les serían tan fieles como a su señor natural. Después de que esto fuera hecho y dispuesto, enseguida los mensajeros regresaron ante su señor Erec, que los recibió con buen semblante, pidiéndoles noticias del valvasor y de su mujer, de su padre y del reino, y se las han dado buenas y bellas.

Después de esto, no tardó mucho en llegar el plazo en que debía tener lugar la boda. La espera le pesaba mucho y no quiere sufrir ni esperar más. Pide permiso al rey para que, si no le parecía mal, le dejase celebrar la boda en su corte. El rey se lo concedió; convocó a reyes, duques y condes por todo su reino, y también a los que tenían la tierra a través de él, para que no hubiese ninguno tan atrevido que no estuviera allí en Pentecostés. Nadie osa quedarse en su tierra, sin acudir a la corte apenas fueron convocados por el rey.

También os diré, ahora escuchadme, quiénes eran los condes y los reyes. Con un muy rico cortejo llegó el conde Branlés de Colescestre, que lleva cien caballos a la diestra; después vino Menagormón, señor de Eglimón; y el de la Alta Montaña, con muy rica compañía; el conde de Traverán, con cien compañeros de los suyos; luego llegó el conde Godegraín que no llevaba menos. Con éstos que me oís nombrar llegó Moloás, un rico noble, señor de la Isla Negra, donde nadie oyó nunca truenos, ni cayó rayo, ni tempestad y donde no se detienen ni sapos ni serpientes y donde no hace ni demasiado calor o frío. Y Greslemuet de Estre-Posterne que fue con veinte compañeros, y su hermano Guingamor, señor de la Isla de Avalón, de quien hemos oído decir que

fue amigo del hada Morgana, y esto era verdad probada. Acudió también David de Tintagel que nunca tuvo tristeza ni aflicción. Había bastantes condes y duques pero aún hubo más reyes: Garraz, fiero rey de Corques, llegó con quinientos caballeros, vestido de seda y de cendal, con manto, calzas y brial. Sobre un caballo de Capadocia vino Aguiflet, rey de Escocia, y llevaba consigo a sus dos hijos, Cadret y Quoi, caballeros ambos muy temidos. Con éstos que os he nombrado llegó el rey Ban de Ganieret y los que le acompañaban eran jóvenes muchachos, pues no tenían ni barba ni bigote; llevaba gente muy alegre, tenía doscientos nobles en su mesnada: no había ninguno de ellos que no llevase halcón o pájaro, cernícalo o gavilán, o rico azor mudado pardo o grullero. Quirión, el viejo rey de Orcel, no se acompañaba de ningún joven, sino que llevaba doscientos compañeros de los que el más joven tenía cien años; tenían la cabeza canosa y blanca, pues habían vivido largo tiempo, y las barbas les llegaban a la cintura; a éstos los aprecia mucho el rey Arturo. El señor de los enanos vino luego, Bilis, rey de los antípodas, de quien os digo que era enano, y también estuvo Blián, hermano suyo: de todos los enanos, Bilis era el más pequeño, y Blián, su hermano, el mayor, y medía medio pie o un palmo más que cualquier caballero de su reino; como muestra de riqueza y como compañía Bilis llevaba a su lado a dos reyes que eran enanos, y que tenían tierra de él, Gribalo y Glodoalán, y todos los miraban llenos de admiración. Al llegar a la corte han sido recibidos con aprecio, fueron honrados y servidos los tres como reyes pues eran hombres muy nobles.

El rey Arturo, al final, cuando vio a su corte reunida, se alegró mucho en su corazón. Luego, para aumentar la alegría, manda que se bañen cien criados para armarlos a todos caballeros. No hay ninguno que no reciba ropa clara, de seda rica de Alejandría; cada uno la toma como quiere, según su gusto y deseo. Todos tuvieron armas parecidas y caballos veloces y ágiles: el peor valía más de cien libras.

Cuando Erec recibió a su mujer, tuvo que nombrarla por su verdadero nombre, pues ninguna mujer se ha casado sin ser llamada por su nombre. Aún no sabía su nombre, pero ahora, por primera vez, lo supo: Enide le habían puesto en el bautizo. El arzobispo de Canterbury, que había acudido a la corte, la bendijo tal como debía.

Cuando la corte se reunió, no hubo en la región ministril que supiera algún modo de deleitar que no fuera allí: en la sala hubo gran gozo; cada uno hacía lo que sabía; uno salta, otro da volteretas, otro hace encantamientos, uno cuenta historias, otro silba, otro canta, y otro tiene algo que decir; aquél toca la flauta, otro el arpa, otro el caramillo, otro el rabel y otro toca la viola; las doncellas danzan y bailan; todos disputan por tener la mayor alegría: no hay nada que produzca gozo o que pueda hacer que surja en el corazón humano que no estuviera aquel día en las bodas. Suenan panderos, suenan tambores, cornamusas, flautines, flautas, trompas y caramillos. ¿Para qué seguir hablando del resto? No se cerró ni portillo ni puerta: las salidas y las entradas estuvieron durante todo el día francas, y no se impidió el paso ni a pobre ni a rico. El rey Arturo no era avaro. Mandó a los panaderos, a los cocineros y a los botelleros que dieran en abundancia pan, vino y caza, a cada cual según su voluntad. Todo el mundo tiene lo que desea. Muy grande es la alegría en el palacio, y me callo la mayor parte; ahora oiréis la alegría y el gozo que hubo en la habitación y en la cama, por la noche, cuando se fueron a acostar; obispos y arzobispos estuvieron allí.

En aquel encuentro no estuvo Iseo, ni acudió en su lugar Brangel. La reina se ocupó del atavío y del dormitorio, pues a ambos los quería de todo corazón. Y ellos se encontraron, antes de solazarse, con mayor placer que el del ciervo perseguido, jadeante de sed, cuando llega a la fuente o que el del gavilán cuando, hambriento, se dirige hacia el señuelo. Aquella noche se resarcieron de lo que habían esperado tanto tiempo.

Cuando la habitación se quedó vacía, pagaron tributo a cada miembro: los ojos se reconfortan en la mirada haciendo nueva

alegría de amor y, enviando el mensaje al corazón, les agrada mucho más cuanto ven. Después del mensaje de los ojos llega la dulzura de los besos que llevan amor, dulzura mucho más preciada; ambos prueban esa dulzura hasta que se sacian dentro de sus cuerpos, de forma que con gran esfuerzo se separan: el primer juego fue besar. La doncella tuvo más valor gracias al amor que hay en los dos: de nada se acobardó, todo lo permitió, aunque le resultara penoso; antes de levantarse perdió el nombre de doncella: por la mañana era una dama novel.

Aquel día los juglares estuvieron felices, pues todos fueron pagados a su grado: les regalaron todo cuanto habían tomado prestado, y les fueron entregados muy hermosos dones: ropas de veros, de armiño y de conejo, violetas, escarlatas, grises o de seda; quien quiso caballo, quien quiso monedas, cada cual tuvo a su voluntad tanto como había de tener.

Así las bodas y la corte duraron más de quince días con tal alegría y tal esplendor. Como señor y para alegrar y honrar aún más a Erec, el rey Arturo hizo que todos los nobles se quedasen aún una quincena más. Cuando llegaron a la tercera semana decidieron emprender todos juntos un torneo entre Evroic y Tenebroc: Melic y Melidoc avanzaron ante mi señor Galván, que se acercó a ellos para tomar la promesa de ambas partes. Así quedó el desafío, con lo que se dispersó la corte.

Un mes después de Pentecostés, el torneo se prepara y reúne en la llanura, al pie de Tenebroc. ¡Allá hubo tanta enseña bermeja, tantos velos y tantas mangas azules y blancas que las dieron como prendas de amor! ¡Tantas lanzas se llevaron engalanadas de azur y teñidas en sinople, muchas otras de oro y plata y muchas de otra clase, muchas bandas y banderolas grises! Allí se vio aquel día atar muchos yelmos de hierro y de acero, verdes, amarillos y bermejos, y brillar al sol; tantos blasones y lorigas blancas, tantas espadas en el lado izquierdo, tan buenos escudos recientes y nuevos de azur y de bello sinople, tantos de plata con boclas de oro; tan buenos caballos, albazanos y alazanes, pardos y blancos, negros

y bayos; todos se aprietan al costado unos de otros. El campo está completamente cubierto de armas; por ambas partes se estremecen las filas, en la liza se eleva el griterío; es muy grande el ruido de las lanzas, que rompen y atraviesan los escudos, falsan y desclavan las lorigas, vacían las sillas y hacen caer a los caballeros; los caballos sudan y espumajean. Allí todos desenvainan las espadas contra quienes caen con gran ruido; unos corren para tomarles la fe y los otros para conquistar el campo de batalla.

Erec monta un caballo blanco, va delante de la fila de los suyos para justar si encuentra con quién. Por el otro lado, contra él, allí mismo, espolea el Orgulloso de la Landa, montado en un caballo de Irlanda que lo lleva con gran rapidez. Erec lo golpea con tal fuerza en el escudo, delante del pecho, que lo derriba del destrero, lo deja y sigue. Y Randurant, hijo de la Vieja de Tergalo, le viene de frente y le ataca: iba cubierto con un cendal azul y era caballero de gran proeza; uno se dirige contra el otro e intercambian grandes golpes sobre los escudos que llevan al cuello. Erec lo derriba a la distancia de una lanza. Al dar la vuelta, Erec se encuentra al rey de la Ciudad Roja, que es muy valiente y noble; sujetan las riendas por los nudos y los escudos por las abrazaderas; ambos tenían muy bellas armas y muy buenas, y caballos veloces; sobre los escudos recientes y nuevos se golpean con tan gran fuerza que ambos destrozan las lanzas; nunca antes se habían visto tales golpes. Al mismo tiempo, chocan los escudos, las armas y los caballos; cinchas, riendas y petrales no pueden aguantar al rey, que cae al suelo: en la mano se lleva ambas riendas y el freno; todos los que vieron aquella justa quedaron maravillosamente admirados y dicen que demasiado caro lo paga quien se enfrenta con tan buen caballero. Erec no quiere esperar al caballo ni al caballero, sino justar y golpear bien, por lo que se prepara para mostrar su valor; por él se estremece la lucha, su valentía hace que se anime el que se encuentra a su lado; iba contra caballos y caballeros para abatir a la mayoría.

De mi señor Galván quiero decir que lo hacía bien y bellamente. En el combate derribó a Guincel y apresó a Gaudín de

la Montaña; apresa caballeros, gana caballos: bien lo hicieron mi señor Galván, Giflete, el hijo de Don, Ivain y Saigremor el Desmesurado, que combaten hasta acorralar a los caballeros contra las puertas: apresan y derriban a bastantes. Los de dentro del castillo vuelven a salir a la puerta, para combatir contra los de fuera. Allí fue abatido Saigremor, caballero de gran valía: estaba apresado y prisionero, cuando Erec corre en su ayuda. Contra uno de los otros destroza la lanza, golpeándole bajo la tetilla, de forma que le hizo vaciar la silla; luego desenvaina la espada y los atraviesa, hunde los yelmos y los rompe; todos huyen y se dan a la fuga, pues hasta los más valientes le temen. Dio tantos golpes y empujones, que consigue rescatar a Saigremor; y luchando ha vuelto a meterlos en el castillo. Entonces tocaron a vísperas.

Tan bien lo hizo Erec que fue el mejor de la batalla; pero mucho mejor lo hizo el día siguiente: apresó con su mano a tantos caballeros valerosos y vació tantas sillas que nadie lo creería si no lo hubiera visto. Por ambas partes decían que él había vencido el torneo con su lanza y su escudo. Entonces alcanzó Erec tal fama que sólo se hablaba de él; no había ningún hombre con tanta gracia, tal que semejaba a Absalón en apariencia; a Salomón por la manera de hablar; en su fiereza se parecía a Sansón y por su generosidad y dispendio se parecía a Alejandro.

A la vuelta del torneo, Erec fue a hablar con el rey: fue a pedirle licencia, pues quería regresar a su tierra; pero antes agradeció mucho como noble, sabia y cortésmente, el honor que le había hecho y que tanto le había agradado. Después, se despide de él; quería ir a su país y llevar a su mujer consigo. El rey Arturo no se lo puede impedir, pero, por su voluntad, no se hubiera ido nunca; le da permiso, pero le ruega que regrese tan pronto como pueda, pues no hay en su corte caballero más valeroso, más decidido y más preciado, salvo Galván, su muy querido sobrino: nadie se le puede comparar; después de él, es a Erec a quien más aprecia y a quien más estima, más que a ningún otro caballero.

En la corte del rey Lac

Erec no quiere esperar más; manda a su mujer que se prepare, cuando tiene el permiso del rey: recibe en su séquito a sesenta caballeros a caballo ataviados con veros y petigrís. Una vez que estuvo dispuesto el viaje, no esperó mucho tiempo en la corte. Se despide de la reina, y encomienda los caballeros a Dios. La reina se despide de él. Cuando suena la hora de prima, salen del palacio real; a la vista de todos monta a caballo y su mujer, que la trajo de su país, ha montado después; luego montó la mesnada; eran unos ciento cuarenta los que se pusieron en marcha, entre criados y caballeros. Atraviesan colinas y precipicios, bosques, llanuras y montañas durante cuatro días enteros; al quinto llegan a Carnant, donde el rey Lac estaba descansando en un castillo muy agradable, que nunca se vio otro mejor emplazado. El castillo estaba bien provisto de bosque, prados, viñas y cultivos, damas y caballeros, riberas y vergeles, criados esforzados y vigorosos, agradables clérigos bien dispuestos, que gastaban sus rentas, damas bellas y gentiles, y burgueses bien establecidos.

Antes de que Erec llegue al castillo, envía por delante a dos mensajeros para que se lo anuncien al rey, que al oír la noticia hace montar a clérigos, caballeros y doncellas, y ordena que toquen los cuernos y que las calles sean alfombradas con tapices y telas de seda para recibir a su hijo con gran alegría. A continuación, él mismo monta.

Había allí ochenta clérigos y hombres gentiles y honorables, más de quinientos caballeros sobre caballos bayos, alazanes y píos, y tantas damas y burgueses que nadie podía contarlos.

Galoparon y se apresuraron tanto, que los dos se vieron y se reconocieron: el rey a su hijo y su hijo al rey. Ambos descabalgan, se besan y saludan. En un buen rato no se alejaron del lugar en el que se habían encontrado: ambos se saludaron. Gran alegría tuvo el rey por Erec. Por fin, le deja a un lado y se vuelve hacia

Enide. Gran dulzura hubo por ambas partes. Abraza y besa a los dos y no sabe cuál de ellos le agrada más.

Ya se dirigen al castillo. A su llegada repican las campanas, las calles están alfombradas de juncos, menta y plantas, y por encima cuelgan cortinas y tapices, telas de seda y de jamite. Allí tuvo lugar una gran alegría, todos se han reunido para ver a su nuevo señor: nadie vio nunca que jóvenes y ancianos mostraran mayor júbilo. Primero, van a la iglesia, en donde fueron recibidos devotamente en procesión. Erec se dispone a rezar ante el altar del Crucifijo: ofreció cincuenta marcos de plata, muy bien empleados, y una cruz, toda de oro puro, que había pertenecido al rey Constantino. Tenía parte de la Vera Cruz, en la que Nuestro Señor Dios fue crucificado y atormentado por nosotros, librándonos de la prisión en la que estábamos encerrados por el pecado que antaño cometiera Adán por consejo del Enemigo.

Había mucho que apreciar en la cruz: en el centro tenía piedras preciosas, que eran de gran virtud, y en cada uno de los brazos había un escarbunclo de oro, que estaban allí de forma admirable; nadie vio nunca nada semejante: por la noche lanzaban tal claridad como si fuera de día cuando brilla el sol, por la mañana. Tal claridad producía por la noche, que en la iglesia no era necesario que ardiera lámpara, cirio ni candelabro.

Dos nobles acompañaron a la mujer de Erec ante el altar de Nuestra Señora. Con gran devoción rogó a Jesús y a la Virgen María que les diese en su vida un descendiente que heredara después de ellos. Luego, puso en ofrenda sobre el altar un paño de tela de seda verde –nadie vio uno igual–, y una gran casulla bordada. Estaba trabajada toda con oro puro y era verdadera prueba de que la obra la hizo el hada Morgana en el Valle Peligroso donde habitaba; había puesto en hacerla mucho cuidado; era de seda de oro de Almería. El hada no la había hecho como casulla para cantar misa, sino que se la había dado a su amigo para que se hiciera con ella un rico vestido, pues era de mucha calidad. Ginebra, la mujer de Arturo, el poderoso rey, la consiguió con muy

gran astucia gracias al emperador Gassa, y con ella hizo una casulla y la tuvo mucho tiempo en su capilla, porque era buena y bella. Cuando Enide se marchó de la corte, la reina le dio aquella casulla. A decir verdad, valía más de cien marcos de plata.

Después de hacer su ofrenda, Enide se retiró un poco y se persignó con la diestra como mujer bien enseñada. A continuación, salen de la iglesia y regresan a la casa. Allí comenzó una gran alegría. Erec tuvo aquel día muchos regalos de caballeros y burgueses: de uno, un palafrén noruego y de otro, una copa de oro; éste le da un azor mudado, y aquél, un perro de caza; ese otro, un lebrel, y aquél, un gavilán; uno, un caballo destrero de España y otro, un escudo; aquél, una enseña, ése, una espada, y otro, un yelmo. Nunca ningún rey en su reino fue visto con más alegría ni recibido con mayor fiesta. Todos se esforzaron en servirle, pero hicieron mucha más fiesta por Enide que por él, por la gran belleza que veían en ella y más aún por su franqueza.

Enide estaba sentada en una cámara sobre una colcha de seda, llegada de Tesalia. Alrededor de ella había muchas damas, pero, igual que la clara gema reluce sobre la piedra gris y la rosa sobre la amapola, así se muestra Enide más bella que dama o doncella alguna que pudiera encontrar aquel que la buscara por todas las partes del mundo: tan gentil y honorable era, de sabias palabras y amable, de buen carácter y buena acogida. Nadie pudo nunca ver en ella locura, maldad o villanía, por muy sagaz que fuera. Se sabe comportar tan bien, que supera a todas las damas en bondad, generosidad y saber. Todos la amaban por su franqueza, y quien podía servirla más se tenía por querido y apreciado. Nadie hablaba mal de ella, pues nadie podía decir nada malo. Ni en el reino ni en el imperio hubo dama de tan buenas costumbres.

Y con tanto amor la amaba Erec, que ya no se preocupaba más de las armas, y dejó de ir a los torneos. Ya no le importaban: festejaba a su mujer y la hizo su amiga y amante, puesto todo su empeño en abrazarla y en besarla, sin buscar otro de-

leite. Sus compañeros lo lamentaban mucho; con frecuencia se quejaban unos con otros de que la amara demasiado. Muchas veces había pasado mediodía sin que él se hubiera levantado de su lado. Le agradaba, pese a quien pese. Se alejaba de ella muy poco, pero no por eso dejaba de dar a sus caballeros armas, ropa y dinero. No había torneo en ningún lugar al que no los enviara muy ricamente dispuestos y ataviados. Les daba para torneos y justas caballos muy frescos que le costaban caros. Toda la nobleza decía que era gran lástima y pena que no quisiera llevar armas, tan valeroso como era. Fue tan criticado por todas las gentes, por caballeros y servidores, que Enide oyó decir que su señor estaba hastiado de armas y caballería: mucho había cambiado su vida. A ella le pesó esto, pero no se atrevió a manifestarlo, para que su señor no lo tomara a mal tan pronto como se lo hubiera dicho. Lo ocultó hasta una mañana en que estaban en el lecho después de haberse deleitado; yacían abrazados boca con boca como quienes mucho se aman. Él dormía y ella velaba, cuando se acordó de las palabras que en el país decían de su señor la mayoría. Al venirles a la memoria no pudo contener el llanto. Sintió tal dolor y tal pesar, que tuvo la desgracia de decir una palabra por la que luego se tendría por necia, aunque lo hizo sin mala intención. Empezó a mirar a su señor de arriba a abajo, vio su cuerpo bello y el rostro claro, y lloró con tanta aflicción que, al llorar, las lágrimas cayeron sobre el pecho de Erec.

–Desdichada de mí –había dicho–, ¡en mala hora nací! ¿Qué he venido a buscar aquí desde mi país? Bien me debería tragar la tierra, pues el mejor de todos los caballeros, el más valiente, y el más fiero, el más leal y el más cortés de cuantos hubo entre condes y reyes, ha abandonado toda caballería por mi culpa. Bien cierto es que lo he deshonrado, por nada del mundo querría haberlo hecho.

Entonces le dice:

–¡Amigo, en mala hora naciste!

Luego, se calló y no dijo más. Él, que no dormía profundamente, oyó la voz entre sueños. Las palabras le despertaron y se sorprendió mucho al verla llorar tan afligida. A continuación, le pregunta y dice:

–Decidme, dulce amiga, ¿por qué lloráis de tal forma? ¿Por qué tenéis tristeza o dolor? Lo sabré porque tal es mi voluntad. Decídmelo, mi dulce amiga, no lo ocultéis, ni me escondáis nada, ¿por qué habéis dicho que en mala hora nací? Lo decíais por mí, no por otro; he comprendido bien las palabras.

Entonces Enide se turbó mucho, tuvo gran miedo y gran zozobra:

–Señor –contestó–, no sé nada de lo que me decís.

–Señora, ¿por qué lo negáis? No os valdrá de nada ocultarlo: habéis llorado, eso lo veo bien, nunca lloráis sin motivo, y cuando llorabais, he oído las palabras que decíais.

–¡Ay! buen señor, eso no lo habéis oído nunca, pues creo que ha sido un sueño.

–Lo que me decís ahora es mentira. Os oigo mentir abiertamente. Más tarde os vais a arrepentir si no me reconocéis la verdad.

–Señor, ya que tanto me apremiáis, os diré la verdad, no os la ocultaré más, pero temo que os enoje. Todos en esta tierra, rubios, morenos y pelirrojos, dicen que es gran lástima que hayáis renunciado a las armas. Vuestra fama ha caído mucho. Antes solían decir que en todo el mundo no se conocía caballero mejor, ni más valeroso; no teníais par en ningún sitio. Ahora todos se burlan de vos, jóvenes y ancianos, pequeños y grandes. Todos os llaman cobarde. ¿Pensáis que no me molesta oír de vos cosas tan despreciables? Mucho me pesa todo lo que se dice y aún me pesa más, porque me echan la culpa a mí. Soy criticada, y lo siento, y todos dicen que os tengo atado y apresado de tal modo, que habéis perdido vuestro valor y que ya no os ocupáis de otra cosa. Ahora tenéis que tomar una decisión para poder acabar con las críticas y recuperar vuestra anterior fama, pues he oído que os censuraban mucho. Nunca me he atrevido a revelároslo, pero frecuente-

mente, cuando lo recuerdo, lloro de tristeza. Y tanta pena he sentido ahora que he tenido poca precaución y he dicho que en mala hora nacisteis.

–Señora –le responde– teníais razón y los que me critican también la tienen. Disponeos ahora mismo, preparaos para cabalgar; levantaos de aquí y vestíos con vuestra ropa más bella y haced que ensillen vuestro mejor palafrén.

Enide está ahora muy turbada. Se levanta triste y pensativa, y se debate y pregunta a sí misma por la locura que ha dicho: tanto se rasca la cabra que al final se hiere.

–¡Ay! –exclama–, necia desgraciada, yo estaba ahora demasiado a gusto y no me faltaba nada. ¡Ay!, desgraciada, ¿por qué fui tan atrevida que osé decir tal insensatez? ¡Dios!, ¿acaso no me amaba bastante mi señor? A fe mía, desdichada, me amaba demasiado. Ahora me hace ir al destierro y no puedo tener mayor sufrimiento; no veré a mi señor que tanto me amaba, que a nada tenía mayor cariño. El que nunca hubo mejor nacido se había aficionado tanto a mí que nada más le importaba. Nada me faltaba, mi suerte era muy buena, pero creció mucho mi orgullo, ya que he dicho algo tan ofensivo. Gran desgracia me traerá mi orgullo y será muy justo que lo sufra: quien el mal no prueba, no sabe qué es el bien.

Mientras la dama se lamenta, se engalana con sus mejores ropas. No hay nada que le agrade, sino que todo le enoja. Luego, hace que una doncella llame a un escudero y le ordena que ensille su rico palafrén noruego. Ni conde ni rey tuvieron nunca uno mejor. En cuanto ella lo ordena, el otro no se entretiene: ensilló el palafrén roano.

Erec llamó a otro y le ordena que le traiga las armas para armarse. Luego, sube a sus estancias y hace que extiendan delante de él en el suelo una alfombra de Limoges. Aquél corrió a buscar las armas como le habían ordenado y dicho, y se las dejó sobre la alfombra. Erec se sentó delante de ellas, sobre una imagen de leopardo que estaba representada en el tapiz. Se dispone y prepara para armarse: primero se hace atar unas calzas de blanco acero, viste después una cara loriga cuyas mallas no se pueden desgarrar; muy rica era la loriga, tanto por delante como por detrás: tenía tanto hierro como una aguja y no podía coger herrumbre, pues estaba hecha toda de plata con anillos entrelazados; estaba trabajada con tanta sutileza que os puedo decir ciertamente que nadie que la hubiera vestido se habría cansado, ni le habría dolido más que si se hubiera puesto sobre la camisa una cota de seda.

Todo esto les parece raro al servidor y al caballero que le arman, pero ninguno se atreve a preguntar. Después de ponerle la loriga, un criado le enlaza en la cabeza un yelmo adornado con un cerco de oro que relucía más brillante que un cristal. Toma luego la espada y se la ciñe. Entonces ordena que le traigan ensillado el bayo de Gascuña. Después llama a un criado:

–Criado –le dice–, ve enseguida y corre a la cámara junto a la torre, donde está mi mujer. Ve y dile que me hace esperar demasiado. Mucho tarda en arreglarse, dile que venga enseguida para montar, que la estoy esperando.

Y éste va allí. La encuentra dispuesta, entregada a su llanto y a su dolor, y entonces le dice:

–Señora, ¿por qué tardáis tanto? Mi señor os espera fuera, armado con todas sus armas. Hace mucho rato que habría montado, si hubierais estado preparada.

Mucho se sorprende Enide de que su señor tenga tal propósito, pero procede como sensata y, cuando llega ante él, aparenta la mayor alegría que puede. Llegó ante él, en el centro del patio, y el rey Lac iba corriendo detrás. Los caballeros se apresuraron a cuál más: no hay joven ni viejo que no vaya a saber y a preguntar si no querría llevarse a alguno de ellos. Todos se ofrecen y presentan, pero él les jura y promete que no llevará ningún compañero, sino tan sólo a su mujer. Así dice que irán solos. Mucho se angustia el rey:

–Buen hijo, ¿qué quieres hacer? Dime de qué asunto se trata, no me debes ocultar nada. Dime a dónde quieres ir, ya que por nada que te diga aceptas que en tu compañía vaya escudero ni caballero. Aunque hayas acordado batalla singular contra un ca-

ballero, no por eso debes dejar de llevarte a una buena parte de tus caballeros para solaz y compañía. Hijo de rey no debe ir solo. Buen hijo, haz cargar las acémilas y llévate treinta o cuarenta de tus caballeros o más aún. Haz cargar oro y plata y cuanto conviene a hombre noble.

Finalmente, Erec le contesta contándole todo y explicándole cómo ha decidido emprender el viaje:

–Señor –le dice–, no puede ser de otra forma. No me llevaré por las riendas otro caballo; para nada necesito oro y plata, no deseo escudero, ni sirviente, ni compañía, salvo tan sólo a mi mujer. Pero os ruego que, si ocurre que yo muero y ella regresa, la améis y la estiméis por mi amor y por mis súplicas, y que le otorguéis libre para toda su vida, sin batalla y sin guerra, la mitad de vuestra tierra.

El rey oye lo que su hijo le ruega y dice:

–Buen hijo, yo lo otorgo, pero tengo gran dolor al ver que te vas sin compañía. Por mi voluntad, no lo haríais.

–Señor, no puede ser de otro modo. Me voy; a Dios os encomiendo, pero ocupaos de mis compañeros, dadles caballos y armas y cuanto necesita un caballero.

El rey no puede aguantar el llanto, cuando ve la marcha de su hijo. Y, a su vez, las gentes también lloran. Damas y caballeros lloraban, hacían por él gran duelo. No hay uno solo que no se aflija; muchos se desmayan allí mismo. Llorando, le besan y abrazan y por poco no enferman del dolor. No creo que hiciesen mayor duelo, si lo vieran herido de muerte. Y él les dice como consuelo:

–Señores, ¿por qué lloráis tanto? No he sido apresado ni tullido. Con este dolor nada ganaréis. Si me voy, ya regresaré cuando Dios quiera y yo pueda. A todos y a todas os encomiendo a Dios, y dadme ya licencia, porque hacéis que me entretenga mucho, y mucho mal y gran enojo me produce veros llorar.

Los encomienda a Dios y ellos a él, y se separan con gran pena.

Erec se va, lleva con él a su mujer, no sabe a dónde, sino a la aventura.

Aventura de los tres caballeros ladrones

–Marchad –dijo Erec– a paso rápido y, si veis alguna cosa, no os atreváis a decírmelo. Absteneos de hablarme, si yo no me dirijo antes a vos. Id por delante a paso rápido y cabalgad con toda seguridad.

–Señor –dijo Enide–– sea para bien.

Se pone delante y calla. No se dicen palabra uno a otro, pero Enide iba muy dolida. Se lamenta mucho en voz baja para que no la oiga:

–¡Ay, desdichada de mí!, en gran gloria me había puesto y elevado Dios y ahora me ha hecho descender. Fortuna, que me había protegido, pronto ha retirado su mano. ¡Desdichada!, poco me importaría eso, si me atreviera a hablar a mi señor, pero muerta y despreciada estoy, porque mi señor me odia. Odio me tiene, bien lo veo, puesto que no quiere hablar conmigo y no tengo valor ni para mirarle.

Mientras ella se lamenta así, un caballero que vivía del robo sale del bosque. Con él había dos compañeros, y los tres iban armados. Sintió una gran codicia por el palafrén que Enide cabalgaba...

–¿Sabéis, señores, qué os espera? –dijo a sus dos compañeros–, si no ganamos aquí, avergonzados y cobardes seremos y muy poco afortunados. Por aquí va una dama muy hermosa. No sé si es dama o doncella, pero va vestida muy ricamente. Su palafrén y la gualdrapa, el petral y cinchas valen al menos veinte marcos de plata. Para mí quiero el palafrén, que ésa será mi parte, y vosotros os podéis quedar con lo demás. Nada podrá hacer el caballero por la dama, si Dios me asiste. Pienso atacarle de tal forma, os lo digo con certeza, que lo pagará muy caro. Por eso es justo que yo vaya a hacer la primera batalla.

Ellos se lo otorgan y éste ataca derecho, cubriéndose con el escudo. Los otros dos se quedan arriba. Era costumbre y uso entonces que en un combate no debían cargar contra uno solo

dos caballeros, y si así atacaban, se entendía que habían hecho traición.

Enide vio a los ladrones. Un gran temor se apodera de ella.

–Dios –dijo–, ¿qué podría decir? Ya yace muerto o herido mi señor, pues ellos son tres y él está solo. No es justo, pues no es juego igualado el de un caballero contra tres. Éste lo herirá ahora mismo y mi señor no está prevenido. ¡Dios! ¿Seré tan cobarde que no me atreva a decírselo? No seré tan cobarde, se lo diré, no dejaré de hacerlo.

Vuelve sus pasos hacia él y dice:

–Buen señor, ¿en qué pensáis? Tres caballeros que os persiguen de cerca vienen a la carga por detrás de vos. Tengo miedo de que os hagan daño.

–¿Qué? –le pregunta Erec–, ¿qué habéis dicho? Me estimáis en muy poco y habéis tenido mucho atrevimiento al no cumplir mi orden ni mi prohibición. Por esta vez os perdono, pero si ocurre otra vez no seréis perdonada.

Entonces prepara el escudo y la lanza y se precipita contra el caballero. Éste le ve venir y grita. Cuando Erec lo oye, le desafía. Ambos cargan y se enfrentan con las lanzas extendidas. Pero éste no acierta a Erec y Erec lo deja malparado, pues bien supo golpearle. Lo alcanza de tal modo en el escudo que se lo hiende de parte a parte, y le destroza la loriga, se la rasga y rompe en medio del pecho, metiéndole en el cuerpo pie y medio de lanza. Al retirarla, hace fuerza sobre el arma hacia un lado y aquél cae: tenía que morir, pues la lanza le había alcanzado el corazón. Uno de los otros dos se precipita contra él y deja atrás a su compañero. Espolea hacia Erec y le amenaza. Erec embraza el escudo que llevaba colgado del cuello y ataca como valiente. El otro se pone el escudo ante el pecho y se golpean en los blasones. La lanza del caballero adversario vuela en trozos. Erec hizo que le entrara un cuarto de la lanza en el cuerpo. Hoy ya no habrá de cansarle más: lo derriba desvanecido bajo el caballo destrero. Luego, se dirige de lado contra el otro. Cuando éste lo vio venir hacia él, empezó

a huir. Tuvo miedo y no se atrevió a esperarle. Corre a buscar refugio en el bosque, pero de nada le vale el bosque. Erec lo persigue y grita muy alto:

–¡Vasallo, vasallo! ¡Volveos, preparaos para defenderos o yo os atacaré por la espalda! De nada vale vuestra huida!

Pero éste no piensa en regresar y se va huyendo a toda prisa. Erec lo persigue y lo alcanza. Lo golpea por la derecha sobre el escudo pintado y lo derriba por la otra parte. Ya no tiene por qué preocuparse por ninguno de los tres: ha matado a uno, ha herido a otro y se ha librado del tercero, dejándolo humillado debajo del caballo destrero. Toma los tres caballos y los ata por el freno. Se distinguen uno de otro por el pelo: el primero era blanco como la leche, el segundo, negro, no era feo, y el tercero era todo roano.

Vuelve al camino en el que le esperaba Enide. Le ordena que lleve y guíe delante de él los tres caballos y le recomienda mucho, con amenazas, que no se atreva a pronunciar una sola palabra con la boca, si él no le da permiso. Ella responde:

–No lo volveré a hacer, buen señor, si así os place.

Entonces se alejan y ella calla.

Aventura de los cinco caballeros

No habían recorrido más de una legua, cuando delante, en un valle, se dirigen hacia ellos cinco caballeros, cada uno con la lanza sobre el fieltro del arzón, con los escudos colgados del cuello y los bruñidos yelmos enlazados. Iban buscando pillaje. En esto, ven venir a la dama que llevaba los tres caballos y a Erec que iba detrás. En cuanto los vieron, se repartieron entre ellos, de palabra, todo el equipaje como si ya se hubieran apoderado de él. Mala cosa es la codicia, pero no ocurrió como pretendían, pues bien se ofreció allí resistencia. Mucho dista lo que ocurrió de lo que se había pensado: todos creen que van a conseguir lo que luego no obtendrán, y así emprendieron el asalto. Uno dice que se quedará con la don-

cella o, si no, morirá; el otro dice que suyo será el caballo destrero roano y que no quiere tener nada más de todo el botín. El tercero dice que tendrá el negro, «y yo el blanco», dice el cuarto. Nada cobarde fue el quinto, pues dice que conseguirá el destrero y las armas del caballero: sólo contra él los quiere conquistar y será el primero en atacar si le dan permiso para ello; éstos se lo conceden de buen grado. Entonces se separa de ellos y avanza. Tenía un caballo bueno y muy veloz. Erec lo vio, pero hizo como si no se pusiera en guardia. Cuando Enide los descubre, se le revuelve toda la sangre. Sintió gran miedo y gran inquietud:

–Desdichada –dijo–, ¿qué haré? No sé qué decir ni qué hacer, pues mi señor me amenaza mucho y dice que se enojará conmigo si hablo de algo con él. Pero si mi señor muere aquí, no tendré ningún consuelo, muerta estaré y seré maltratada. ¡Dios! Eso no lo quiere mi señor. ¿A qué espero, pues, desgraciada insensata? En demasiada estima tengo mis palabras, ya que no le he dicho nada. Sé bien que los que aquí llegan están llenos de malas intenciones. ¡Ay, Dios! ¿Cómo se lo diré? Me matará. ¡Que me mate! No me quedaré sin decírselo.

Entonces lo llama con dulzura:

–¡Señor!

–¿Qué? –pregunta él–, ¿qué queréis decirme?

–Gracias, señor. Quiero deciros que de ese bosque han salido cinco caballeros que me inquietan. Bien creo y veo que quieren combatiros. Detrás se han quedado cuatro y el quinto se dirige hacia vos tan rápidamente como su caballo puede llevarle. No tardará mucho en atacaros. Los otros cuatro se han quedado atrás, pero no están muy lejos de él. Todos le socorrerán en caso de necesidad.

Erec responde:

–En mala hora lo pensasteis, pues os habéis saltado lo que os había prohibido con mis palabras, y por eso sé muy bien que en muy poco me estimáis. De nada os valdrá este servicio, que en nada os puedo agradecer. Bien sabéis que os odio. Os lo he dicho ya y os lo repito. Ahora os vuelvo a perdonar, pero otra vez guardaos siquiera de dirigirme la mirada, pues os comportaríais como insensata, ya que vuestras palabras no me agradan.

Entonces Erec carga contra aquél y ambos se enfrentan. Uno se precipita contra el otro y lo ataca. Erec lo golpea con tanta fuerza que el escudo le vuela del cuello y le parte el pecho. Los estribos se rompen y aquél cae. No hay miedo de que se levante pues está muy quebrantado y herido.

Uno de los otros se lanza contra él y se enfrentan con rapidez. Erec le mete sin resistencia en la garganta por debajo del mentón la punta cortante de buena forja: le rompe todos los huesos y los nervios, de tal modo que el hierro le atraviesa de parte a parte. La sangre roja le cae a borbotones por ambas partes de la herida; el alma se va, le falla el cuerpo. Y el tercero salta del lugar donde acechaba, que se encontraba al otro lado de un vado. Se dirige recto hacia él por el vado. Erec carga y va a su encuentro, antes de que saliera del vado. Le golpea tan bien, que lo derriba a él y al caballo destrero. El caballo cae encima de éste, de tal modo que murió ahogado, mientras que el caballo se esforzó tanto, que al final pudo enderezarse. Así ha vencido a los tres. Los otros dos deciden abandonar el lugar y dejar el combate. Se van huyendo por el río. Erec los persigue y golpea al último en el espinazo, de forma que le hace inclinarse sobre el arzón delantero. Ha puesto toda su fuerza en ello y la lanza se le rompe en la espalda, y él cae con el cuello hacia delante. Erec ha vendido cara la lanza que ha roto sobre él. Enseguida desenvaina la espada. Éste se levanta y actúa como loco. Erec le dio tres golpes tales que hizo beber sangre a la espada; le separó el hombro del tronco y lo hizo caer al suelo. Ataca con la espada al otro, que huía muy rápidamente sin compañía y sin escolta. No se atreve a esperar y no puede esquivarlo; tuvo que abandonar el caballo en el que ya no confía. Tira el escudo y la lanza y se deja caer al suelo. Erec ya no piensa en perseguirlo más, cuando se deja caer al suelo, sino que recoge la lanza, no la dejó allí, pues la suya se le había roto. Se lleva la lan-

za y se va. Tampoco abandona los caballos, toma los cinco y se los lleva. Enide se encarga de conducirlos. Le entrega los cinco con los otros tres y le ordena que se ponga en marcha enseguida y se abstenga de hablarle, para que no le vengan males o enojos. Pero ella no le responde palabra, sino que calla y se ponen en marcha llevándose los ocho caballos.

Cabalgaron hasta la noche, y no vieron ni ciudad ni refugio. Para pasar la noche se resguardaron bajo un árbol en una landa. Erec ordena a la dama que duerma, que él velará. Ella le responde que no lo hará, pues no es justo y no lo quiere hacer: que duerma él, que lo necesita más. Erec acepta, y le fue bien. Se pone el escudo debajo de la cabeza y la dama toma su manto y se lo echa por encima. Él durmió y ella veló, y no concilió el sueño en toda la noche. Con su mano sujeta los caballos toda la noche, hasta el día siguiente. Y mucho se ha recriminado y censurado por las palabras que dijo.

–He actuado mal –piensa–, y no tengo ni la mitad del mal que merezco. ¡Desdichada, en mala hora he visto mi orgullo y presunción! Sin duda, podía saber que no existe ningún caballero mejor que mi señor. Bien lo sabía. Ahora lo sé mejor, pues he visto con mis propios ojos que no teme ni a tres ni a cinco armados. Maldita sea toda mi lengua, que muestra orgullo y ultraje y que arroja sobre mí tal vergüenza.

Así se lamenta por la noche hasta que llega la aurora.

Aventura del conde vanidoso

Erec se levanta al amanecer y se ponen en camino, ella delante y él detrás. Hacia mediodía por un valle se acerca a ellos un escudero; con él iban dos criados que llevaban pan, vino y cinco quesos cremosos.

El escudero se dirige a ellos con amabilidad. Cuando vio a Erec y a su amiga que venían del bosque, comprendió fácilmente que habían pasado la noche allí y que no habían comido ni bebido, pues en toda una jornada alrededor no había castillo, ni ciudad, ni torre, ni fortaleza, ni abadía, ni albergue, ni hospedaje. Luego, actuó con gran generosidad. Emprende el camino hacia ellos y los saluda como a nobles, diciéndoles:

–Señor, creo y pienso que hoy os habéis esforzado mucho y que esta dama ha estado en vela mucho tiempo al dormir en el bosque. Os ofrezco esta torta blanca de trigo, por si os apetece comer un poco. No os lo digo para halagaros. La torta es de buen trigo, y nada os pido a cambio. Tengo buen vino y queso graso, un mantel blanco y hermosas copas. Si os place almorzar, no es necesario que sigáis adelante. Desarmaos de vuestras armas y reposad un poco a la sombra de estos carpes. Desmontad, os lo aconsejo.

Erec pone pie en tierra y le responde:

–Dulce y buen amigo, comeré, os lo agradezco. No seguiré adelante antes de hacerlo.

El servidor cumplió bien su servicio. Baja a la dama del caballo y los criados que iban con el escudero sujetan los animales. Luego se van a sentar a la sombra. El escudero le quita el yelmo a Erec y le desenlaza la ventana que le cubre la cara. Luego extiende delante de ellos el mantel sobre la florida hierba, les ofrece la torta y el vino, les prepara un queso y se lo corta. Ellos comieron, pues tenían hambre, y bebieron con gusto el vino. El escudero se aplica en servirles. Después de comer y beber, Erec fue cortés y generoso:

–Amigo –dijo–, como recompensa os regalo uno de mis caballos. Tomad el que mejor os parezca y os ruego que, si no os resulta molesto, regreséis de nuevo al castillo y me preparéis un rico albergue.

Él le responde que hará con gusto cuanto le plazca. Luego, se acerca a los caballos, los desata, toma el negro y se lo agradece, pues le ha parecido que es el mejor. Monta en él por el estribo izquierdo. Deja a los dos allí, va al castillo a todo galope y escoge un albergue bien dispuesto. Regresa de nuevo junto a ellos y dice:

–Ahora señor, montad, que tenéis albergue bueno y hermoso.

Erec monta, la dama tras él. El castillo estaba cerca, enseguida llegaron al albergue. Allí fueron recibidos con alegría. El posadero los recibió muy bien e hizo preparar con gran abundancia, alegre y con buena voluntad, todo cuanto les fue necesario. Cuando el escudero les hubo hecho tanto honor como podía hacerles, va a su caballo y monta. Para guardar el caballo lo lleva por delante de las estancias del conde. Éste había ido a apoyarse allí, junto con otros tres vasallos, y al ver a su escudero que iba sobre el destrero negro le preguntó de quién era, a lo que le respondió que suyo.

Mucho se sorprendió el conde:

–¿Cómo lo has conseguido?

–Me lo ha dado un caballero, señor –le contestó–, al que estimo mucho y al que he acompañado hasta este castillo, alojándolo en casa de un burgués. El caballero es muy cortés, nunca había visto antes a un hombre tan hermoso, y aunque lo hubiera jurado y prometido no podría explicaros ni la mitad de su belleza.

El conde responde:

–Pienso y creo que no es más hermoso que yo.

A fe mía, señor –dijo el sirviente–, vos sois muy hermoso y gentil, no hay caballero en este país nacido de la tierra que sea más hermoso que vos, pero os digo con certeza que éste lo sería mucho más, si no estuviera fatigado por la loriga, ni magullado, ni golpeado. Ha combatido solo en el bosque contra ocho caballeros y se ha llevado sus caballos destreros. Con él va una dama tan bella que ninguna mujer tuvo nunca ni la mitad de su belleza.

Cuando el conde oyó aquella noticia, le entraron deseos de ir a ver si era verdad o mentira.

–Nunca oí –dijo– nada semejante. Condúceme hasta su posada, pues ciertamente quiero saber si me dices mentira o verdad.

Él le responde:

–Señor, con mucho gusto. Ése es el camino y el sendero, y hasta allí no hay mucho trecho.

–Mucho me tarda ya en verlos –dijo el conde.

Y entonces baja. El otro desmonta del caballo y hace montar al conde. Corrió delante a contar a Erec que el conde iba a verlos. Erec estaba muy ricamente alojado, pues estaba muy bien acostumbrado. Allí había muchos cirios encendidos y gran abundancia de candelas.

El conde llegó solo con tres compañeros y no llevaba a nadie más. Erec, que estaba muy bien enseñado, se levantó ante él y le dijo:

–Señor, bienvenido.

El conde lo saludó a su vez. Ambos se sentaron sobre una colcha blanca y blanda. Se dieron a conocer por palabra. El conde le propone y ruega que le consienta pagar sus gastos, pero Erec no le deja que se encargue de hacerlo, sino que dice que tiene mucho para gastar y no necesita recibir nada de sus riquezas. Hablaron de muchas cosas, pero el conde no deja ni un momento de mirar hacia otro lado. Piensa en la dama, todo su pensamiento estaba en ella por la gran belleza que tenía. La miró tanto como pudo, la deseó tanto y tanto le agradaba, que su belleza le encendió de amor. Pidió permiso a Erec con gran falsedad para hablar con ella:

–Señor –le dijo–, os pido permiso, pero que eso no os enoje: por cortesía y deleite quiero sentarme junto a esta dama. He venido a veros a los dos para bien, y nada malo debéis temer en ello. Sólo quiero presentar mis servicios a la dama. Haré todo lo que desee por amor a vos, sabedlo bien.

Erec no tuvo celos, pues no pensó en ningún engaño.

–Señor –respondió–, por nada me pesa. Os está permitido entreteneros y hablar. No temáis que eso me disguste, con agrado os doy licencia para que lo hagáis.

La dama estaba sentada tan lejos de él como dos lanzas tienen de largo, y el conde se sentó junto a ella en un escabel bajo. La dama, que era muy discreta y cortés, se volvió hacia él.

–¡Ay! –dijo el conde–, cuánto me pesa veros en medio de tanta bajeza. Siento gran dolor y gran pesadumbre, pero si quisierais creerme, tendríais honor y dignidad, y recibiríais muchos y gran-

des bienes. A vuestra belleza conviene gran honor y gran señorío. Si os agradara, haría de vos mi amiga. Vos seríais mi amiga querida y señora de toda mi tierra. Ya que me atrevo a requerir vuestros amores, no debéis rechazarme. Bien veo y sé que vuestro señor no os ama ni os estima. Con buen señor estaríais, si os quedarais conmigo.

–Señor, en vano os esforzáis –contestó Enide–, eso no puede ser. ¡Ay! Preferiría no haber nacido o arder en un fuego de espinos y que las cenizas fueran esparcidas, antes que faltar contra mi señor o pensar felonía o traición. Muy mal os habéis comportado al requerirme tal como lo habéis hecho. No lo haría de ningún modo.

El conde empieza a encolerizarse.

–¿No os dignaréis en amarme, señora? –insiste–, sois muy orgullosa. ¿Ni por alabanza ni por ruegos haríais nada de lo que yo quiero? Muy cierto es que la mujer se enorgullece cuanto más se la quiere y alaba, pero quien la humilla y la maltrata, ése la encuentra mejor con más frecuencia. Os advierto que, si no cumplís mis deseos, se desenvainarán espadas. Ahora mismo haré matar ante vos, con justicia o sin ella, a vuestro señor.

–Señor, lo podéis hacer mejor de lo que decís –contestó Enide–. Muy felón y traidor seríais si lo mataseis aquí mismo. Buen señor, apaciguaos, pues haré lo que deseéis. Podéis apoderaros de mí: soy vuestra y quiero serlo. No ha sido por orgullo por lo que no os he dicho nada antes, sino para saber y probar si podría encontrar en vos a quien me amase de buen corazón, pero de ningún modo me gustaría que cometieseis traición. Mi señor no se guarda de vos; si lo mataseis aquí, obraríais muy mal y yo sería criticada: todos dirían por la región que había sido por mi culpa. Reposad hasta mañana, que mi señor se levante. Entonces podréis atacar mejor, sin crítica ni reproche.

Él piensa para sus adentros y no dice palabra.

–Señor –continuó ella–, creedme y no os impacientéis; enviad mañana aquí a vuestros caballeros y sirvientes y haced que me

apresen por la fuerza. Mi señor querrá defenderme, pues es muy valiente y fiero. Y, ya sea por las buenas o por las malas, haced que lo prendan y encierren, o que le corten la cabeza. He llevado esta vida demasiado tiempo; para nada deseo la compañía de mi señor, no quiero mentir más. Cierto es que ya me gustaría sentiros en un lecho cuerpo desnudo junto a cuerpo desnudo. Cuando hayamos llevado a cabo esto, estad seguro de mi amor.

El conde responde:

–Buena suerte, señora, en buena hora nacisteis, con gran honor seréis guardada.

–Señor –respondió ella–, bien lo creo, pero quiero tener vuestra promesa de que me tendréis en estima. De otro modo no os creeré.

El conde responde alegre y gozoso:

–Tenéis mi promesa. Os prometo lealmente, como conde, señora, que siempre procuraré todo vuestro bien. No os aflijáis por eso, nunca querré nada que vos no queráis.

Entonces le tomó la promesa, pero en poco la apreció y poco le importó: todo fue para librar a su señor. Bien supo confundir con palabras al loco, desde que puso empeño en ello. Mejor es que le mienta a que su señor sea despedazado. El conde se levanta de su lado y la encomienda a Dios cien veces, pero de poco le valdrá la fidelidad que le había jurado.

Erec nada sabía de que estuvieran acordando su muerte, pero bien le tendrá que ayudar Dios, y yo creo que así lo hará. Ahora se encuentra Erec en un gran peligro y no está advertido. El conde está muy en contra de él, pues piensa quitarle a su mujer y matarlo sin que pueda defenderse. Se despide de él como leal:

–A Dios os encomiendo –dijo el conde.

Erec responde:

–Señor, y yo a vos.

Y así se separan. Ya había transcurrido gran parte de la noche. Se hicieron dos lechos en el suelo de una cámara retirada. Erec va a acostarse en uno, en el otro se acostó Enide muy dolida y

humillada, y en toda la noche no pudo conciliar el sueño. Estuvo en vela por su señor, pues sabía que el conde estaba lleno de felonía, pues bien lo había conocido y visto. Sabe que, si el conde puede caer sobre su señor, éste saldrá malparado; seguro puede estar de la muerte. No sabe cómo ayudarle. Le convenía estar en vela toda la noche; al amanecer, si puede y su señor la quiere escuchar, dispondrán el viaje, y el conde no podrá conseguir su propósito y ella no será suya ni él de ella.

Erec durmió mucho, y tranquilo, durante toda la noche, de tal modo que ya empezaba a amanecer. Entonces Enide pensó y comprendió que no podía esperar mucho más. Como buena y leal dama tenía el corazón tierno para con su señor. Su corazón no era ruin ni falso. Se viste y se atavía, se dirige a su señor y lo despierta.

–¡Ay! Señor –le dijo ella–, ¡albricias! Levantaos rápidamente de aquí, pues habéis sido traicionado sin motivo y sin haber hecho nada condenable. El conde es traidor probado. Si os encuentra aquí, no escaparéis, pues hará que os despedacen. Quiere tenerme, por eso os odia. Pero, si place a Dios que todo lo sabe, no seréis muerto, ni apresado. Ya ayer por la tarde os habría matado, si no le hubiera jurado que sería su amiga y su mujer. Pronto le veréis venir hacia aquí. Quiere apresarme y que me quede con él y mataros a vos si os encuentra.

Entonces vio Erec que su mujer se mostraba muy leal con él.

–Señora –le dijo–, haced que ensillen enseguida nuestros caballos y que se levante el posadero, y que venga aquí. La traición ya ha empezado.

Ensillan los caballos y la dama llama al posadero. Erec se viste con rapidez y el posadero acude con rapidez.

–Señor –le pregunta–, ¿qué prisa tenéis que os levantáis a estas horas, antes de que amanezca ni salga el sol?

Erec responde que tiene que recorrer mucho trecho y una larga jornada; por eso ha dispuesto el viaje que mucho le preocupa, y dice:

–Señor, nada habéis contado de mis gastos. Me habéis hecho honor y bondad, y a ello corresponde gran recompensa. Consideraos pagado con siete caballos destreros. Con nada más puedo aumentar mi don, ni siquiera con la montura de un cabestro.

El burgués estuvo contento con aquel don y se inclinó hasta los pies. Mucho se lo agradeció. Entonces monta Erec y se despide, se ponen en marcha y durante todo el camino va advirtiendo a Enide que, si ve algo, no se atreva a ponerlo en su conocimiento.

Mientras tanto, llegan a la casa cien caballeros equipados con armas. Muy engañados se sintieron, pues allí no encontraron a Erec. Entonces el conde comprendió bien que la dama le había engañado. Ve los clavos de los caballos y todos se ponen a seguir el rastro. El conde, amenazando a Erec, dice que, si le puede alcanzar, nada impedirá que le corte la cabeza:

–¡En mala hora habrá nacido quien deje pronto de picar espuelas! –dijo–. Bien me servirá quien me entregue la cabeza del caballero a quien tanto odio.

Lo persiguen con ímpetu, airados y encolerizados, sin volverse. Erec cabalga. Lo ven antes de que entre en el bosque. Entonces, uno se adelanta a los demás y todos se lo permiten de buen grado. Enide oyó el rumor y el ruido de sus armas y de sus caballos, y vio que el valle estaba lleno. En cuanto los vio venir, no pudo contener las palabras.

–¡Ay, señor! –dijo–, ¡ay! ¡Contra vos marcha el conde, pues por vos ha traído tal hueste! Señor, cabalgad más deprisa, hasta que estemos en ese bosque. Hay esperanza de escapar, pues están todavía muy lejos. Si vamos a este paso, no podréis escapar de aquí, pues no estáis a la par.

Erec responde:

–En poco me apreciáis, al despreciar mis palabras. Ya no sé cómo rogaros para que aceptéis mi decisión. Pero si Dios tiene misericordia de mí y puedo escapar de aquí, esto os costará muy caro, si el valor no me abandona.

Se vuelve a continuación y ve venir al senescal sobre un caballo fuerte y veloz. Se ha adelantado a los demás cuatro tiros de ballesta. No había prestado sus armas, pues iba muy bien equipado. Erec contó a los caballeros y vio que allí había unos cien. Piensa que debe detener al que lo va persiguiendo. Se enfrenta y se golpean en los escudos con las dos puntas cortantes y afiladas. Erec le introduce su fuerte lanza de acero en el cuerpo y ni el escudo ni la loriga le sirvieron más que un cendal persa.

Luego, carga contra el conde. Según cuenta la historia, era un caballero fuerte y valiente: esto hizo que sólo llevara escudo y lanza, pues confiaba tanto en su fuerza que no quiso armarse de otra forma; mostró una gran osadía, ya que se adelantó a toda su gente más de nueve arpendes. Cuando Erec lo vio fuera de la tropa, se lanzó sobre él. Éste no le teme, se enfrenta con fiereza. El conde le golpea primero con tal fuerza en el pecho que los estribos habrían cedido, si no hubiera estado bien sujeto. Hizo crujir la madera del escudo de tal modo que la punta de la lanza lo traspasó. Pero la loriga era muy rica y lo protegió de la muerte, sin que se rompiera ninguna malla. El conde resistió, su lanza se quebró. Erec lo golpea con tal ímpetu en el escudo, que estaba pintado de amarillo, que le mete la lanza por el costado más de un palmo. Lo derriba desmayado del caballo destrero. Después de esto, se vuelve, no permanece en el lugar y se va recto hacia el bosque a galope tendido.

Erec ya ha entrado en el bosque; mientras, los otros se detienen sobre los que yacían en medio del campo. Se prometen y juran que lo perseguirán dos o tres días picando espuelas hasta que lo alcancen y lo maten. El conde, malherido en el costado, oye lo que dicen; se endereza un poco y entreabre los ojos. Se da cuenta de que había empezado a hacer una mala obra. Hace retirar a los caballeros.

–Señores –dijo el conde–, a todos os mando que no haya aquí ni uno solo tan atrevido, fuerte o débil, alto o bajo, que ose dar un paso adelante. Regresad todos enseguida. Me he comportado

con villanía y me pesa. Muy virtuosa, sabia y cortés es la dama que me ha engañado; su belleza me encendió. Porque la deseaba quería matar a su señor y retenerla por la fuerza. Bien me deben acontecer males y me sobrevendrán, pues he sido felón y desleal, traidor y loco. Nunca nació de madre mejor caballero que éste. Nunca más tendrá enojos por mí, mientras se los pueda evitar. Ahora os ordeno que regreséis.

Éstos se van muy desconsolados. Se llevan al senescal y colocan al conde en su escudo, pues ha sobrevivido lo suficiente aunque estaba malherido. Así se libró Erec de ellos.

Aventura del rey Guivret el Pequeño

Erec se va muy rápidamente por un camino bordeado de setos. A la salida del cercado, encontraron un puente levadizo delante de una alta torre cerrada por un muro y rodeada por un foso ancho y profundo. Pasaron el puente velozmente, pero no habían avanzado mucho cuando, de lo alto de la torre, los vio el que era señor del lugar. De éste sabría decir que era muy pequeño de cuerpo, pero era valeroso, de gran corazón. Cuando vio pasar a Erec, bajó al pie de la torre e hizo que pusieran a su caballo destrero alazán la silla con leones de oro. Luego, manda que le traigan escudo y lanza resistente y fuerte, espada bruñida y cortante, yelmo claro y reluciente, loriga blanca y calzas de hierro, porque había visto a un caballero armado que pasaba por delante de sus lizas, y quiere cansarlo con las armas o que el otro le canse, hasta que se agote uno de los dos. Cumplen su orden: un escudero le trae el caballo ensillado y con las bridas, y otro le trae las armas.

El caballero sale por medio de la puerta tan rápido como puede, completamente solo, pues no iba con él ningún compañero. Erec va por una pendiente. El caballero acorta camino colina abajo: va sobre un caballo tan fiero y que se movía con tal ímpetu, que bajo sus pies hacía crujir las piedras con más rapidez que

la muela rompe el trigo, y por todos lados salen claras chispas ardientes, pues parece como si sus cuatro pies estuvieran prendidos de fuego.

Enide oyó el ruido y el rumor. Por poco no cayó de su palafrén desmayada y agotada. En todo su cuerpo no hubo vena en la que no se agitara la sangre; la cara se le puso pálida y blanca como si estuviera muerta. Se desespera mucho y está desconsolada, pues no se atreve a decírselo a su señor, que la ha amenazado gravemente, ordenándole que se mantuviera callada. Ambas cosas le disgustan y no sabe cuál escoger, si hablar o callar. Se pide consejo a sí misma. Se dispone a hablar en varias ocasiones, de modo que la lengua se le mueve, pero la voz no le sale, pues aprieta los dientes con miedo y se le quedan dentro las palabras. Se atormenta y se tortura, cierra la boca, aprieta los dientes para que las palabras no salgan fuera. Gran lucha hay en ella y piensa:

–Estoy segura, y lo sé con certeza, de la terrible pérdida que será si pierdo aquí a mi señor. ¿Se lo diré todo abiertamente? No. ¿Por qué? No me atreveré, pues mi señor se indignará, y si mi señor se indigna me dejará en esta maleza, sola, desgraciada y perdida. Entonces seré más desdichada. ¿Más desgraciada? ¿Y qué me importa? Ni Dios ni la pesadumbre me faltarán mientras viva, si mi señor no escapa de aquí completamente a salvo, de forma que no sea herido de muerte. Pero, si no se lo digo de inmediato, ese caballero que viene hacia aquí lo habrá matado antes de que se ponga en guardia, pues parece lleno de malas intenciones. Desdichada, ya he esperado demasiado. Me lo ha prohibido con insistencia, pero no dejaré de hacerlo por la prohibición. Bien veo que mi señor va tan pensativo que se olvida de sí mismo. Así, es muy justo que se lo diga.

Ella habla, él la amenaza, pero no tiene intención de hacerle ningún daño, pues se da cuenta y sabe que ella lo ama por encima de todo, y él la ama tanto, que más no puede.

Se dirige contra el caballero que le incita a la batalla. Se encuentran al final del puente. Se enfrentan y retan. Ambos se atacan

con las puntas de las lanzas. Los escudos que les cuelgan del cuello no les valen dos cortezas: rompen el cuero y los hienden, y rompen las mallas de la loriga, de tal modo que ambos son ensartados hasta las entrañas y caen de los caballos destreros al suelo. No estaban heridos de muerte, pues los escudos eran muy resistentes. Han tirado las lanzas en el campo, desenvainan las espadas. Se golpean con gran ímpetu. Uno arrastra y hace tambalear al otro, pues no se pueden evitar. Se dan tales golpes en los yelmos que salen ardientes chispas. Parten los escudos y los despedazan. Las espadas penetran en muchos lugares hasta la carne desnuda, de forma que se cansan y debilitan mucho. Y, si ambas espadas durasen mucho tiempo enteras, no se habrían retirado del combate y éste no habría terminado antes de que muriera uno de ellos.

Enide, que los estaba mirando, por poco no enloquece de dolor. Quien la viera hacer tan gran duelo, retorcer las manos, tirarse de los cabellos y caerle las lágrimas de los ojos, vería a una dama leal, y sería muy cruel quien la viera y no se apiadara de ella.

Grandes golpes se dan uno a otro. Desde la hora de tercia hasta cerca de nona duró la batalla, tan feroz que nadie podría haber apreciado de ninguna manera cuál de ellos era el mejor. Erec se esfuerza y se anima. Su espada penetra en el yelmo del otro hasta la capucha y hace que se tambalee, pero se sostiene bien y no cae. Y entonces ataca a Erec y le golpea en el cerco del escudo con tanta dureza que al sacar la espada rompe la hoja, que era muy buena y de gran valor. Cuando ve su espada rota, arroja al suelo con ira el trozo que le queda de empuñadura, tan lejos como puede. Tuvo miedo, retrocedió, pues caballero al que le falta la espada no puede hacer gran esfuerzo en combate ni atacando. Erec lo persigue y éste le ruega por Dios que no lo mate.

–¡Merced! –exclama–, noble caballero, no seáis cruel ni fiero conmigo. Ya que me ha fallado mi espada, tenéis la fuerza y el poder de matarme o de apresarme vivo, pues no me puedo defender.

Erec responde:

–Ya que me suplicas, quiero que reconozcas que has sido vencido y derrotado absolutamente. Luego, nada te exigiré si te pones bajo mi poder.

Éste vacila en decirlo. Cuando Erec lo ve vacilar, le ataca para inquietarlo más. Le ataca con la espada desenvainada y éste, que siente miedo, dice:

–¡Merced! Señor, me habéis vencido, ya que no puede ser de otro modo.

Y Erec responde:

–No os iréis libre de aquí, si antes no me decís quién sois y vuestro nombre, y yo por mi parte os diré el mío.

–Señor –le contesta– decís muy bien. Soy rey de esta tierra, mis hombres ligios son irlandeses y no hay nadie aquí que no me deba censo. Me llamo Guivret el Pequeño, soy muy rico y poderoso, de forma que en esta tierra no hay noble que salga de mi poder y no haga todo lo que me agrade, sea de la sangre que sea, si sus tierras limitan con las mías. No tengo vecino que no me tema, aunque se haga el orgulloso y fiero. Me gustaría mucho ser familiar vuestro y vuestro amigo de ahora en adelante.

A esto contesta Erec:

–Me siento orgulloso de ser un hombre gentil. Me llamo Erec, hijo del rey Lac. Mi padre es rey de Estre-Gales y tiene ricas ciudades, bellas casas y fuertes castillos, más que ningún rey o emperador, a excepción del rey Arturo. A éste en verdad lo exceptúo, pues no hay nadie que pueda compararse con él.

Al oírlo, Guivret se sorprende mucho, y dice:

–Señor, oigo una cosa sorprendente. Nunca me ha alegrado nada tanto como conoceros. Podéis estar seguro de que, mientras permanezcáis en mis tierras y en mis posesiones, no dejaré de honraros. En ningún momento dejaréis de ser mi señor por encima de mí mismo. Ambos necesitamos un médico. Tengo cerca de aquí un refugio; hasta allí no hay ni siquiera seis o siete leguas. Quiero llevaros conmigo y haremos que curen nuestras heridas.

Erec responde:

–Al escuchar lo que decís reconozco vuestra buena intención. Con vuestra merced no iré, pero solamente os ruego que, si en algún momento tuviera alguna necesidad y llegara a vos la noticia de que tengo menester de ayuda, que no me olvidéis.

–Señor –le contesta–, os juro que mientras viva no tendréis menester de mi socorro sin que yo, o cualquiera a quien pueda enviar, acudamos de inmediato.

–No os quiero pedir nada más –dice Erec–, mucho me habéis prometido. Sois mi señor y mi amigo, si obráis tal como decís.

Los dos se besan y se abrazan. Nunca, después de una batalla tan dura como aquélla, hubo tan dulce separación, pues por amor y con lealtad, cada uno cortó largas y anchas bandas de las faldas de sus camisas para vendarse las heridas.

A continuación, se encomiendan a Dios. De este modo se separan. Solo se marcha Guivret. Erec regresa a su camino, con gran necesidad de un ungüento para medicar sus heridas. No dejaron de caminar hasta que llegaron a una llanura junto a un alto bosque lleno de ciervos, de corzos y de gamos, de cabras y de bestias y demás animales salvajes.

Encuentro con el rey Arturo

El rey Arturo, la reina y los mejores de sus nobles habían ido allí aquel día. El rey quería quedarse en el bosque tres o cuatro días para disfrutar y distraerse. Había ordenado que llevaran tiendas y pabellones. En la tienda del rey entró mi señor Galván, muy cansado, porque había cabalgado bastante. Ante su tienda había un carpe de cuya rama colgaba por la correa un escudo con sus armas y su lanza de fresno, y allí estaba atado su caballo Gringalet, con la silla puesta y embridado.

El caballo llevaba tanto tiempo allí que el senescal Keu se dirigió hacia él; iba con mucha prisa, y por gastar una broma tomó

el caballo y se montó en él. Nadie le dijo nada. Después, cogió el escudo y la lanza que estaban en el árbol.

Keu se marchó galopando con el caballo por un valle y por casualidad se encontró con Erec. Erec reconoció al senescal, las armas y el caballo. Pero Keu no lo reconoció, pues en sus armas no aparecía ninguna señal que lo permitiera: había recibido tantos golpes de espada y lanza en su escudo, que se le había caído toda la pintura. Y la dama, por disimular, pues no quería que la conociera ni que la viera, se tapó la cara con el velo como si lo hiciera por el calor o por el polvo. Keu se adelantó rápidamente y sujetó el caballo de Erec por las bridas sin saludar. Antes de dejar que se moviera, preguntó con orgullo:

–Caballero, quiero saber quién sois y de dónde venís.

–Cometéis una locura al retenerme –respondió Erec–. Hoy no lo sabréis.

Y éste le contesta:

–No os enfadéis, pues lo pregunto por vuestro bien. Veo y sé con certeza que estáis herido y magullado. Aceptad mi hospedaje por esta noche. Si queréis venir conmigo, haré que os agasajen mucho, os honren y complazcan, pues necesitáis reposar. El rey Arturo y la reina están en el bosque cerca de aquí alojados en tiendas. De buena fe os ofrezco que vengáis conmigo a ver a la reina y al rey, que tendrán gran alegría por vos y os harán gran honor.

Erec responde:

–Decís bien, no iré por nada. Ignoráis mis necesidades, tengo que ir todavía muy lejos. Dejadme marchar, pues ya me demoro demasiado, aún queda mucho día.

Keu le contesta:

–Gran locura decís, al rehusar venir conmigo. Espero que os arrepintáis, pues pienso que vendréis los dos, vos y vuestra mujer, igual que con gusto o a la fuerza va el cura al sínodo. Esta noche seréis mejor servidos. Venid de inmediato, pues así os lo pido.

Mucho le desagradó a Erec esto.

–Vasallo –dijo–, cometéis locura al quererme arrastrar a la fuerza. Me habéis sorprendido sin desafiarme; digo que habéis procedido mal, pues pensaba ir seguro y no me he guardado de vos.

Entonces empuña la espada y añade:

–Vasallo, ¡soltad mi freno!, ¡marchaos! Os tengo por muy orgulloso y presuntuoso. Si me arrastráis detrás de vos, os heriré, bien lo sabéis. ¡Dejadme ir!

Y éste lo deja. Se aleja del campo más de un arpende, luego vuelve y le desafía como un hombre lleno de traición. Se lanzan uno contra otro, pero Erec se comporta noblemente, porque aquel va desarmado. Pone la lanza con la punta hacia atrás y la contera delante. Sin embargo, le da tal golpe en lo ancho del escudo que hace que se golpee la sien y le oprime el brazo contra el pecho. Lo derriba al suelo cuan largo era. Luego, va hacia su caballo destrero y se lo quita, dándoselo a Enide por el freno. Se lo quiere llevar, pero aquél, que mucho sabía de adulación, le ruega que se lo devuelva por su generosidad. Lo alaba y adula mucho.

–Vasallo –le dice–, así me proteja Dios, nada de este caballo destrero me pertenece, sino que es del caballero en el que abunda la mayor valentía del mundo. Es de mi señor Galván, el animoso; por eso os digo de su parte que le enviéis el caballo, y tendréis honores: os comportaréis como noble y prudente, y yo seré vuestro mensajero.

Erec responde:

–Vasallo, tomad el caballo y devolvédselo. Si es de mi señor Galván, no es justo que me lo lleve.

Keu toma el caballo y monta. Va a la tienda del rey y le cuenta la verdad, sin ocultarle nada. El rey se dirige a Galván.

–Buen sobrino Galván –le dice–, si alguna vez fuisteis noble y cortés, id rápidamente, preguntadle con amabilidad quién es y qué hace, y si podéis convencerlo de modo que podáis traéroslo con vos, procurad hacerlo.

Galván monta en su caballo y seguido por dos vasallos. Ya han alcanzado a Erec, pero no lo conocen. Galván lo saluda y Erec a

él. Ambos se han saludado. Después mi señor Galván, que estaba lleno de gran nobleza, le dice:

–Señor, el rey Arturo me envía a vos por este camino. La reina y el rey os saludan y os ruegan y ordenan que vayáis a acompañarles en su solaz. Os quieren ayudar, no intentan haceros ningún daño y no están muy lejos de aquí.

Erec le contesta:

–Se lo agradezco mucho al rey y a la reina, y a vos que sois, según me parece, de buenas maneras y bien enseñado. No me encuentro nada bien, pues estoy herido por todo el cuerpo, y a pesar de todo no voy a dejar mi camino para recibir albergue. No debéis esperar más; con vuestra merced, ya podéis regresar.

Galván era muy sensato; retrocede y ordena a uno de sus criados al oído que vaya a decir al rey de inmediato que disponga todo para que desmonten las tiendas y las vuelvan a levantar a tres o cuatro leguas delante de ellos, en medio del camino; el rey tendría que pasar la noche allí, si quería conocer y hospedar al mejor caballero que nunca habría visto en verdad, ya que éste por nada quería abandonar su camino para hospedarse.

El criado se marcha, y da su mensaje. El rey hizo desmontar las tiendas sin tardanza: las quitan, cargan las acémilas y se van. El rey montó su caballo, y la reina después sobre su blanco palafrén noruego.

Mi señor Galván no deja de entretener a Erec, y éste le dice:

–Mucho más hice ayer de lo que haré hoy. Señor, me estáis aburriendo; dejadme ir, pues me entorpecéis mucho la jornada.

Y mi señor Galván le responde:

–Quiero marchar un rato junto a vos, no os enojéis; aún queda mucho trecho hasta la noche.

Han estado hablando tanto rato, que montaron todas las tiendas delante de ellos. Erec las vio y bien se dio cuenta de que estaba hospedado.

–¡Ay! –exclamó–, ¡ay, Galván! Me ha sorprendido vuestra gran habilidad; con ella me habéis retenido. Ya que ha ocurrido así, os

diré ahora mi nombre, de nada me servirá ya intentar ocultarlo. Soy Erec, el que antaño fue vuestro compañero y amigo.

Al oír esto, Galván va a abrazarlo. Le levantó el yelmo y le desenlazó la ventana. Lo abraza de alegría y Erec a él. En esto, Galván se separa de él y le dice:

–Señor, muy bella será esta noticia para el rey. Mucho se alegrarán mi señora y mi señor, y voy a ir a decírselo antes que nada. Pero ahora quiero abrazar, saludar y recibir a mi señora Enide, vuestra mujer. Mi señora la reina tendrá grandes deseos de verla; ayer mismo oí que lo decía.

Entonces Galván se dirige hacia Enide y le pregunta qué hace, si está bien y en buen estado de salud. Ella le contesta como bien enseñada:

–Señor, no tendría ningún mal ni dolor, si no temiera mucho por mi señor, pero me inquieta que no tenga ningún miembro sin heridas.

Galván responde:

–Lo siento mucho. Se le nota en la cara, que está pálido y sin color. Habría llorado mucho al verlo tan pálido y lívido, pero la alegría apaga el dolor, pues he tenido tal alegría por él que no he pensado en ningún dolor. Venid, pues, a paso lento; yo iré por delante a toda prisa a decir a la reina y al rey que venís detrás de mí. Sé que ambos tendrán gran alegría cuando lo sepan.

Entonces se marcha y llega a la tienda del rey:

–Señor –dice–, alegraos, vos y mi señora, pues aquí viene Erec con su mujer.

El rey saltó en pie de alegría:

–Ciertamente –exclamó–, estoy muy contento. No podría oír ninguna noticia que me regocijara tanto.

A continuación, el rey sale de la tienda y encuentra muy cerca a Erec. Cuando Erec ve venir al rey, desmonta, y Enide permanece en pie. El rey los abraza y saluda, y la reina los besa con dulzura y también los abraza. No hay nadie que no muestre alegría.

Allí mismo lo desarman, y al verle las heridas, el gozo del rey y el de todo su imperio se vuelve tristeza. Luego, ordena que traigan un ungüento que había hecho su hermana Morgana; se lo había dado a Arturo, y tenía tal virtud que la herida que con él se untara, ya fuera en nervio o en articulación, se curaba totalmente en una semana, siempre que se pusiera ungüento una vez al día. Trajeron el ungüento al rey y mucho reconfortó a Erec: tras lavarle las heridas, pusieron la crema encima, y las vendaron; luego, el rey se lo lleva a él y a Enide, y los conduce a su cámara, y dice que por su amor quiere que permanezcan en el bosque quince días completos hasta que todo esté curado y haya sanado.

Erec se lo agradece, pero dice:

–Señor, no tengo ninguna herida que me duela tanto como para abandonar mi camino. Nadie podrá retenerme. Mañana, sin más tardar, quisiera irme temprano, en cuanto vea que amanece.

El rey levanta la cabeza y dice:

–Es una gran desgracia que no queráis quedaros. Sé bien que duele mucho. Os comportaríais con sensatez si os quedarais, pues será una gran pena si morís en este bosque. Buen dulce amigo, permaneced aquí hasta que os hayáis repuesto.

Erec responde:

–Ya es suficiente; he emprendido esto y de ningún modo me quedaré aquí.

El rey oye que de ninguna forma se va a quedar a pesar de sus ruegos, y entonces deja de insistirle y ordena que preparen de inmediato la cena y que pongan las mesas. Los criados se ocupan de hacerlo. Era sábado por la noche; comieron pescado y fruta, lucio y perca, salmón y trucha, y luego, peras crudas y cocidas. Después de cenar, apenas se entretienen; ordenan retirar los manteles.

El rey tenía a Erec en gran estima. Hizo que lo acostaran solo en un lecho, no quiso que nadie se acostara a su lado para que no le rozara las heridas. Aquella noche estuvo bien hospedado. En una habitación vecina, Enide y la reina durmieron con gran paz sobre una colcha de armiño hasta que amaneció.

Al día siguiente, tan pronto como hubo luz, Erec se levantó y se preparó. Ordenó ensillar los caballos y que le trajeran las armas. Los criados corren y se las traen. El rey y todos los caballeros le insisten en que se quede, pero sobran los ruegos, pues por nada quiere permanecer allí. Entonces los veríais llorar y hacer un duelo tan grande como si ya lo viesen muerto.

Erec se arma, Enide se levanta. Todos sienten gran tristeza por la separación, pues piensan que no los volverán a ver nunca más. Poco después salen de las tiendas, y mandan que vayan por los caballos para acompañarles y escoltarlos.

Erec les dice:

–No os pese, pero no daréis un paso a mi lado. Os lo agradezco, pero permaneced aquí.

Le trajeron los caballos y monta sin tardanza. Toma el escudo y la lanza. Encomienda a todos a Dios y ellos a él; Enide monta y se van.

Aventura de los dos gigantes felones

Han entrado en un bosque. No dejan de cabalgar hasta la hora de prima. Caminan tanto por el bosque que de lejos oyen gritar a una doncella que necesitaba auxilio. Erec ha oído el grito. Al oírlo, se da cuenta de que la voz es de dolor y que necesita socorro. Enseguida llama a Enide.

–Señora –le dice–, una doncella va gritando por el bosque. Creo que necesita ayuda y socorro. Voy a dirigirme hacia allí a la carrera para saber qué necesita. Desmontad; yo iré por allá; mientras tanto, esperadme aquí.

–Señor –le responde–, de buen grado.

La deja sola y marcha hasta que encuentra a la doncella que iba gritando por el bosque, porque dos gigantes habían apresado a su amigo y se lo llevaban tratándolo con villanía. La doncella iba arrastrándose y desgarrándose toda la ropa y su tierna cara

roja. Erec la ve, se sorprende, y le ruega que le diga por qué llora y grita. La doncella llora y suspira y le responde entre sollozos:

–Señor, no es extraño que haga duelo, pues si pudiera, estaría muerta. Ni amo ni aprecio mi vida, pues dos gigantes felones y crueles que son sus enemigos mortales han apresado a mi amigo. ¡Dios! ¿qué puedo hacer, desgraciada, desdichada, por el mejor caballero que existe, el más noble y más gentil?

Erec está ahora en gran peligro. De forma muy injusta le harán morir de una muerte vil.

–Noble caballero, te ruego por Dios que socorras a mi amigo, si le puedes socorrer. No tendrás que ir muy lejos, pues todavía están cerca de aquí.

–Doncella, iré tras ellos –dice Erec–, ya que me lo rogáis, y tened la completa certeza de que haré todo lo que esté en mi poder: o seré apresado con él, o bien os lo devolveré en libertad. Si los gigantes lo dejan vivir hasta que yo los encuentre, pienso poder medirme con ellos.

–Noble caballero –dice la doncella–, seré vuestra sierva para siempre, si me devolvéis a mi amigo. A Dios seáis encomendado. Apresuraos, os lo suplico.

–¿Hacia dónde se dirigen?

–Señor, hacia allí, hacia el camino y el cercado.

Entonces Erec se lanza al galope y le dice que espere allí. La doncella lo encomienda a Dios y ruega a Dios muy dulcemente que le dé fuerzas con su poder para vencer a los que odian a su amigo.

Erec sigue las huellas, espoleando persigue a los gigantes. Tanto los persigue, que los ve antes de que salgan del bosque. Ve al caballero que iba a cuerpo, descalzo y desnudo sobre un rocín, con las manos y los pies atados como si fuera un ladrón. Los gigantes no tenían lanzas, ni escudos, afiladas espadas o picas; sólo llevaban mazas, envueltas ambas con correas. Lo habían golpeado y herido tanto, que le habían desgarrado la carne de la espalda hasta los huesos; por los costados y los lados le corría la sangre abajo, de tal modo que el rocín estaba lleno de sangre hasta debajo del vientre. Y Erec

llegó detrás, completamente solo, muy dolorido, y angustiado por el caballero que era tratado con tanto despecho. Los espera entre dos bosques, en una landa, y les pregunta:

–Señores, ¿por qué delito ultrajáis así a este hombre, al que lleváis como a un ladrón? Lo tratáis con mucha crueldad, lo lleváis como si hubiera sido sorprendido robando. Gran deshonor es despojar de sus ropas a un caballero y luego atarlo y golpearlo con tanta villanía. Entregádmelo, os lo pido con franqueza y cortesía, no os lo pido por la fuerza.

–Vasallo –le contestan–, ¿qué os importa? Os habéis vuelto loco, pues nadie os ha preguntado nada. Si os pesa, socorredle.

Erec responde:

–En verdad me pesa. No os lo llevaréis hoy sin pelear. Dejadlo libre por mí, y que lo tenga quien pueda. Avanzad, os desafío. No me lo llevaré de aquí antes de que haya habido golpes.

–Vasallo, estáis loco al querer combatir con nosotros. Aunque fueseis como cuatro, no tendríais más fuerza contra nosotros que un cordero entre dos lobos.

–No sé qué ocurrirá –responde Erec–. Si el cielo cae y la tierra se hunde, se cogerán muchas alondras. Poco vale quien mucho se alaba. Poneos en guardia, pues os lo requiero.

Los gigantes eran fuertes y fieros, y mantuvieron en sus manos apretadas las mazas grandes y cuadradas. Erec se dirige hacia ellos con la lanza sobre el fieltro del arzón. No teme ni a uno ni a otro a pesar de las amenazas y del orgullo. Hiere al primero en el ojo y le atraviesa el cerebro, de tal forma que la sangre y el cerebro le saltan por el otro lado de la nuca y cae muerto, le falla el corazón. Cuando el otro lo vio muerto, no dudó un momento: fue a vengarlo con rabia; levantó la maza con ambas manos y piensa darle un golpe derecho en medio de la cabeza sin que pueda cubrirse; pero Erec vio venir el golpe y lo recibió sobre el escudo. A pesar de todo, el gigante le dio tan fuerte que lo aturdió y por poco no hizo que cayera al suelo bajo el caballo destrero. Erec se cubre con el escudo y el gigante vuelve a golpear y piensa hacerlo de nuevo en medio

de la cabeza, sin que éste pueda cubrirse; pero Erec ha desenvainado la espada, y le ataca de tal modo que el gigante queda malparado. Lo golpea en medio del cogote y lo hiende hasta el arzón: las entrañas se esparcen por el suelo y el cuerpo cae cuan largo era y partido en dos mitades.

El caballero llora de alegría, invoca y reza a Dios que le ha enviado socorro. Mientras tanto, Erec lo desata, hace que se vista y se arregle, y que monte sobre uno de los caballos, y hace que lleve el otro a la diestra. Le pregunta cómo se encuentra. Y éste le responde:

–Noble caballero, en justicia eres mi señor. Quiero hacer de ti mi señor y lo debo hacer porque me has salvado la vida. El alma habría salido de mi cuerpo con grandes tormentos y martirios. ¿Qué aventura, buen dulce señor, te ha enviado hasta mí, por Dios, que me has liberado de las manos de mis enemigos por tu nobleza? Señor, quiero rendirte homenaje. Iré para siempre con vos y os serviré como a mi señor.

Erec ve su intención de servirle a su voluntad, si puede hacerlo de alguna forma, y le dice:

–Amigo, no quiero tener de vos vuestro servicio, pero debéis saber que he venido aquí por vuestra amiga, a la que he encontrado en el bosque en un gran sufrimiento. Se quejaba y lamentaba por vos, y mucho le duele el corazón. Quiero entregaros a ella como regalo. Así que os reuniré con ella y luego seguiré mi camino solo, pues de ningún modo vendréis conmigo. No deseo vuestra compañía, pero quiero saber vuestro nombre.

–Señor –le respondió–, como deseéis. Si queréis saber mi nombre no os debe ser ocultado. Me llamo Cadoc de Tabriol. Sabed que así se me llama. Pero, ya que tengo que separarme de vos, querría saber, si fuera posible, quién sois y de qué tierra, dónde os podré encontrar o buscar cuando me vaya de aquí.

–Amigo, no os lo voy a decir –contesta Erec–, no sigáis hablando, pero si queréis honrarme, acudid sin tardanza junto a mi señor el rey Arturo, que con gran séquito está cazando en el bosque, y creo que hasta allí no hay ni siquiera cinco leguas. Id pronto y decidle que a él os envía y presenta aquel a quien ayer por la tarde volvió a ver en su tienda con gran alegría y al que hospedó, y cuidad de no ocultarle de qué pena os he sacado a vos y a vuestra amiga. Muy amado soy en la corte. Si os presentáis de mi parte, me serviréis y honraréis. Allí preguntaréis quién soy, pues de otra manera no lo podréis saber.

–Señor –dice Cadoc–, enseguida cumpliré vuestro mandato. Aunque fuerais muy temido, iría muy gustosamente. Muy bien contaré al rey la verdad de la batalla, tal como la habéis librado por mí.

Así hablan mientras siguen el camino hasta que llegan junto a la doncella, allí donde Erec la había dejado. Ésta se alegró mucho al volver a ver a su amigo, a quien no pensaba ver nunca más. Erec se lo entrega de la mano y dice:

–No sufráis más, doncella, he aquí alegre y gozoso a vuestro amigo.

Ella responde con gran saber:

–Señor, bien nos habéis conquistado a él y a mí; ambos debemos ser vuestros para serviros y honraros. Pero ¿quién podría recompensaros ni la mitad de este servicio?

Erec responde:

–Mi dulce amiga, no os pido ninguna recompensa. Os encomiendo a Dios a los dos, pues pienso que ya me he entretenido demasiado.

Luego, da media vuelta y se va lo más rápidamente que puede. Por su parte, Cadoc de Tabriol y su doncella se ponen en marcha. Cuentan la noticia al rey Arturo y a la reina.

Duelo de Enide y aventura en la corte del conde Limors

Erec no deja de cabalgar durante todo el camino a galope tendido hasta llegar a donde le esperaba Enide, pues estaba muy preocupado, por si ella pensaba que la había abandonado del

todo, y mucho temía que alguien la hubiera convencido y se la hubiera llevado. Así, se apresura mucho en regresar, pero hacía tanto calor aquel día y las armas le pesaban tanto, que sus heridas se abrieron y se rompieron todas las vendas: las heridas no dejaron de sangrar hasta que llegó al lugar en el que Enide le esperaba.

Ésta lo vio y tuvo gran alegría, pero no veía ni sabía el dolor que le aquejaba, pues todo su cuerpo estaba bañado en sangre y el corazón le iba a fallar. Cuando estaba bajando una colina, cayó de repente sobre el cuello del caballo; al intentar enderezarse, vació la silla y los arzones y cayó desmayado, como si estuviera muerto. Cuando Enide lo vio en el suelo, comenzó un duelo muy grande; le pesaba mucho al verlo: corre hacia él sin ocultar su dolor. Grita muy alto y se retuerce las manos. No le queda ropa sobre el pecho que no desgarre. Empieza a arrancarse los cabellos y a arañar su tierna cara.

¡Ay, Dios! –exclama–. Buen dulce Señor, ¿por qué me dejas vivir tanto? ¡Muerte, apresúrate en matarme!

Con estas palabras se desmaya sobre el cuerpo. Al volver en sí, se vitupera:

–¡Ay!, desgraciada Enide, soy la homicida de mi señor. Lo he matado por mi locura. Aún estaría vivo mi señor si yo, como ultrajante y loca, no hubiera dicho las palabras por las que mi señor se puso en marcha. El buen callar no perjudicó nunca a nadie, mis palabras han hecho daño muchas veces. En muchas ocasiones lo he comprobado y se me ha demostrado.

Se sienta ante su señor y pone sobre sus rodillas la cabeza. Su duelo comienza de nuevo:

–¡Ay, señor, maldita sea la hora! Nadie se te podía comparar, pues Belleza se contemplaba en ti, Valor se ejercitaba, Sabiduría te había dado su corazón, Generosidad te había coronado; sin ellas nadie vale gran cosa. Pero ¿qué he dicho? Soy despreciable por haber pronunciado las palabras por las que mi señor ha recibido la muerte, las mortales palabras envenenadas que se me deben reprochar: reconozco y admito que nadie, sino yo, tiene la culpa; yo sola debo ser afrentada.

Entonces vuelve a caer a tierra, desmayada, y cuando se incorpora exclama más y más:

–¡Dios! ¿Qué voy a hacer? ¿Por qué vivo tanto tiempo? La Muerte que tarda, ¿a qué espera para tomarme sin ninguna demora? Mucho me desprecia la Muerte que no se digna en matarme; yo misma tomaré venganza de mi mala acción: así moriré a pesar de la Muerte que no quiere ayudarme. Si no puedo morir, aun deseándolo, y de nada me vale lamentarme, la espada que mi señor lleva ceñida debe vengar su muerte, como es razonable; ya nunca más estaré en peligro, ni seré codiciada ni deseada.

Desenvaina la espada, comienza a contemplarla; Dios, lleno de misericordia, hizo que se entretuviera un poco. Mientras que recuerda su dolor y su desgracia, llega al galope un conde, con gran compañía de caballeros, que desde muy lejos había oído a la dama gritando a voces. Dios no quiso olvidarla, pues al punto se habría dado muerte si aquellos no la hubieran sorprendido: le quitan la espada y la vuelven a envainar; después descabalga el conde y comienza a preguntarle por el caballero, que le diga si ella era su mujer o su amiga.

–Ambas cosas –le contesta–, señor; tengo tal aflicción que no sé qué deciros, pero siento no estar muerta.

Y el conde la reconforta mucho:

–Señora –le dice–, por Dios os ruego que tengáis compasión de vos misma; hay motivos para que la tengáis; no desmayéis por nada, pues aún podéis alcanzar gran valer. No decaigáis; reconfortaos, eso tendrá sentido; con el tiempo Dios os dará alegría. Vuestra belleza, que es tanta, os guarda buen porvenir: yo os tomaré por mujer, de vos haré condesa y dama; eso os debe consolar mucho. Haré que se lleven el cuerpo y que lo entierren con gran honor. Abandonad la aflicción que, enloquecida, mantenéis.

Ella le responde:

–Señor, ¡marchaos, dejadme estar, por la gracia de Dios! Aquí no podéis conseguir nada; nada que se pueda decir o hacer me devolvería la felicidad.

Entonces se retira el conde y dice:

–Hagamos pronto unas parihuelas, sobre las que llevaremos el cuerpo; y con la dama nos lo llevaremos al castillo de Limors; allí será enterrado el cuerpo. Después me casaré con la dama, aunque le pese, pues nunca vi una tan bella, ni deseé tanto a ninguna otra: estoy muy contento de haberla encontrado. Hagamos de inmediato y sin tardar unas parihuelas para que las lleven los caballos; que no nos pese ni nos dé pereza.

Desenvainan las espadas, cortan dos ramas y les colocan palos atravesados; encima ponen a Erec, boca abajo, y enganchan dos caballos. A su lado cabalga Enide, que no termina de mostrar su aflicción; con frecuencia se desmaya y cae frecuentemente; los caballeros que la llevan la sujetan con los brazos, la sostienen y consuelan.

Han llevado el cuerpo a Limors, al palacio del conde. Tras ellos sube todo el pueblo, damas, caballeros y burgueses; en medio de la gran sala, sobre una mesa, colocan y extienden el cuerpo, y a su lado, la lanza y el escudo. Se llena la sala, grande es el tumulto; todos se precipitan a preguntar qué duelo es aquél, y qué cosa digna de admiración.

Mientras tanto, el conde se aconseja en secreto con sus nobles:

–Señores –les dice–, quiero casarme rápidamente con esta dama; apreciamos por lo hermosa y discreta que es que pertenece a un linaje muy noble; su belleza y su lealtad muestran que le sentaría bien el honor de un reino o de un imperio. Por ella no iré a peor; antes bien, creo que mejoraré mucho de situación. Llamad a mi capellán e id a buscar a la dama; le daré la mitad de mi tierra como dote, si quiere hacer mi voluntad.

Entonces llaman al capellán, tal como ha encargado el conde, y le traen a la dama; a la fuerza se la entregan, pues ella lo rechaza. A pesar de todo, la esposó el conde porque así quiso, y cuando la hubo esposado, el condestable hizo que pusieran las mesas en el gran salón y que prepararan la comida, pues ya era hora de cenar.

Era aquél un día de mayo después de vísperas. Enide estaba muy afligida; su duelo no cesaba y el conde le pedía, con ruegos y amenazas, que se calmara y se alegrara. Hacen que se siente en una silla, contra su voluntad. Quisiera o no, la han sentado y la han puesto ante la mesa. Al otro lado se ha sentado el conde, que a punto está de encolerizarse, ya que no puede consolarla:

–Señora –le dice–, debéis dejar y olvidar esa aflicción: podéis confiar en mí para obtener honor y riqueza. Estad segura de que ningún muerto resucita con los lamentos; nadie vio que sucediera jamás tal cosa. Recordad que de gran pobreza habéis subido a gran riqueza: érais pobre, ahora sois rica; ¿no ha sido generosa Fortuna con vos al concederos la honra de que seáis llamada condesa? Es cierto que ha muerto vuestro señor; ¿creéis que me sorprendo de que tengáis pena y tristeza? No, pero os aconsejo lo mejor que sé: deberíais estar muy contenta porque os he esposado. Guardaos de irritarme; comed cuanto os ofrezco.

–Señor –le responde ella–, no me preocupa. Señor, mientras viva no comeré ni beberé, si no veo comer antes a mi señor, que yace sobre esa mesa.

–Señora, eso no puede suceder. Os tendrán por loca, pues decís tales locuras; grandes males mereceréis si hacéis que me encolerice.

Ella no le responde una palabra, pues en nada preciaba su amenaza. El conde la golpea en la cara; ella grita y los nobles de alrededor censuran al conde:

–¡Parad!, señor –le dicen al conde–. Os debería dar vergüenza haber golpeado a esta dama porque no come: habéis cometido una gran villanía. Nadie debe decir que carece de razón, si está triste por su señor, al que ve muerto.

–¡Callaos todos! –exclama el conde–; la dama es mía y yo soy suyo, y haré de ella lo que me plazca.

Entonces ella no puede callarse y jura que no será suya; el conde levanta la mano y vuelve a golpearla; ella exclama en voz alta:

–¡Ay!, poco me importa lo que digas o hagas: no temo tus golpes ni tus amenazas. Pégame bastante, golpéame bastante; no te encontraré suficientemente cruel como para hacer por ti más o menos, aunque me sacaras con tus propias manos los ojos o me despedazaras viva.

En estos dichos y discusiones, volvió Erec del desmayo, como quien se despierta. No debe sorprender que se admirara de las gentes que vio a su alrededor, pero siente gran dolor y gran enojo al oír la voz de su mujer. Baja de la mesa al suelo y rápidamente desenvaina la espada; cólera le da atrevimiento, y el amor que le tenía a su mujer. Corre hacia donde la ve y golpea en medio de la cabeza al conde, de modo que le abre el cráneo y le parte la frente, sin haberlo desafiado, sin palabras: vuelan la sangre y los sesos.

Los caballeros se levantan de las mesas; piensan todos que es diablo que se ha metido allí, entre ellos. No se queda nadie, joven o viejo, pues todos tuvieron mucho miedo; unos ante otros huyen como pueden, muy lejos; pronto dejan vacío el gran salón, a la vez que gritaban, tanto débiles como fuertes:

–¡Huid, huid! ¡Que viene el muerto!

Mucho tumulto hay a la salida; cada cual se ocupa de huir con rapidez: se empujan y derriban unos a otros; el que estaba al final de todos quisiera estar el primero, delante; así escapan huyendo, sin que uno se atreva a esperar al otro.

Erec corrió a tomar el escudo, con la correa se lo cuelga al cuello. Enide toma la lanza y marchan por medio del patio. No hay nadie tan osado que se lo impida, pues no pensaban que fuera hombre el que les había hecho huir, sino diablo o demonio que se hubiera metido en su cuerpo. Todos escapan; Erec los persigue.

Había un muchacho en medio del lugar que llevaba su caballo a abrevar, con freno y silla. Fue buena suerte: Erec se lanza hacia el caballo y el muchacho lo abandona al punto, pues sintió

mucho miedo. Erec monta entre los arzones y después Enide se sujeta al estribo y salta sobre el cuello del animal, tal como le ordena y le dice Erec, que hace que monte.

El caballo lleva a los dos. Se encuentran la puerta abierta y marchan sin que nadie los detenga. En el castillo había gran desolación porque el conde había muerto, pero no hubo nadie, por muy importante que fuera, que los persiguiera para vengarlo. Murió el conde durante la comida. Y Erec, que lleva a su mujer, la abraza y la besa y la consuela; entre los brazos la aprieta contra el corazón y dice:

–Mi dulce hermana, mucho os he puesto a prueba. No os aflijáis más, pues ahora os amo más que antes y vuelvo a estar seguro de vuestro amor y estoy convencido de que me amáis sin tacha. A partir de ahora, quiero estar como antes, siempre a vuestro servicio; y si en algo me mentisteis, os lo perdono y os absuelvo de vuestras palabras o hechos.

Entonces la vuelve a besar y a abrazar. Ahora no está a disgusto Enide, pues su señor la abraza y besa y le confirma su amor. Rápido cabalgan durante la noche y les resulta dulce, pues clara brillaba la luna.

Reencuentro con Guivret

Pronto se ha extendido la noticia, no hay nada tan veloz. La noticia ha llegado a Guivret, a quien le contaron que había muerto un caballero, herido por arma, y que había sido hallado en el bosque, y que con él había una dama tan hermosa que sus ojos parecían chispas y que mostraba un dolor digno de admiración. A ambos los había encontrado el orgulloso Oringles, conde de Limors, que había hecho transportar el cuerpo y deseaba esposar a la dama; pero que ella se oponía.

Cuando Guivret oyó la noticia, no se alegró en absoluto, pues de inmediato se acordó de Erec. Se le puso en el corazón y en el

pensamiento ir en busca de la dama y que enterraran el cuerpo con gran honor, si podía ser. Reunió mil criados y caballeros para tomar el castillo; si el conde no les quería entregar de buen grado el cuerpo y a la dama, lo darían todo al fuego y a las llamas. A la luz de la luna, que clara brillaba, conducía a sus gentes hacia Limors, con los yelmos enlazados, las lorigas vestidas y los escudos colgados del cuello; todos iban armados.

Cerca era ya de la medianoche cuando Erec los vio. Piensa que es una traición y se da por muerto o por prisionero, sin remedio. Ha hecho que Enide descabalgue junto a un seto; no debe extrañar si se aflige:

–Quedaos aquí, señora –le dice–, en este ribazo, hasta que pasen esas gentes: temo que nos vean, pues no sé quiénes son, ni qué buscan. No podemos esperar nada bueno de ellos, pero no veo ningún lugar en el que nos podamos esconder si quieren causarnos daño. No sé si recibiré algún mal: no dejaré de ir a su encuentro por miedo, y si alguien me ataca, no se quedará sin justar. Estoy muy triste y cansado; no debe extrañar si siento dolor. Voy a ir derecho a su encuentro; quedaos aquí en silencio hasta que se hayan alejado, y procurad que no os vea ninguno de ellos.

Mientras tanto, he ahí que Guivret baja la lanza, pues lo había visto a lo lejos; no se reconocen por la sombra de una oscura nube, que ha ocultado la luna. Erec estaba débil y agotado, apenas se había repuesto de sus heridas y golpes. Con demasiada fuerza golpeará a Erec ahora si no se da a conocer de inmediato. Se pone junto al seto y Guivret espolea contra él; no le dice nada y Erec nada le responde: quería hacer más de lo que podía; debería retirarse o descansar. Justan uno contra otro, pero la justa no era igual, pues uno era débil y el otro fuerte. Guivret lo golpea con tal fuerza que lo derriba al suelo por encima de la grupa del caballo, cuesta abajo. Enide, que estaba de pie, piensa morir cuando ve a su señor en el suelo, en mala situación: sale del seto y corre en ayuda de su señor. Corre hacia Guivret, le sujeta la rienda y le dice:

–Caballero, maldito seas, pues has atacado, con tan poca razón que no puedes decir por qué lo has hecho, a un hombre que iba solo y sin fuerzas, enfermo y casi herido de muerte. Si hubieras estado sólo tú, sin ayuda, al atacarle no estarías más sano que mi señor. Sé ahora franco y noble y deja estar, por tu generosidad, esta batalla que has emprendido; poco aumentará tu mérito si matas o haces prisionero a un caballero que no se puede levantar, como puedes ver, pues ha recibido tantos golpes de armas que está lleno de heridas.

Él le responde:

–Señora, no temáis. Veo bien que amáis lealmente a vuestro señor y os lo alabo; no os preocupéis mucho ni poco por mí o por mi compañía. Decidme, no me lo ocultéis, cómo se llama vuestro señor, pues a partir de ahora sólo os beneficiará; quienquiera que sea, si me lo decís, luego podrá irse libre y a salvo; no debéis temer ni vos, ni él, que ambos estáis a salvo.

Cuando Enide oye las garantías, le responde brevemente con unas palabras:

–Se llama Erec, no debo mentir, pues os veo noble y de buen talante.

Guivret descabalga, muy contento, y cae a los pies de Erec, allí donde yacía:

–Señor, iba a buscaros –dice– derecho a Limors, pues pensaba encontraros muerto. Me habían dicho y contado como cosa cierta que el conde Oringles había llevado a Limors a un caballero muerto por las armas y que quería esposar a una dama que había encontrado con él, pero que ella no le había hecho caso. Yo iba con prisa a ayudarle y a liberarla y, si el conde no me hubiera querido entregar a la dama y a vos sin discusión, en poco me habría tenido yo mismo si le hubiera dejado un pie de tierra. Tened por seguro que si no os amara mucho, no me hubiera entrometido. Soy Guivret, vuestro amigo, pero me he portado mal con vos porque no os reconocí; debéis perdonarme.

A estas palabras se incorporó Erec hasta sentarse, que no pudo más, y dijo:

–Amigo, quedad libre de esta mala acción, pues no me reconocisteis.

Guivret se levanta y Erec le cuenta cómo había matado al conde cuando estaba sentado a la mesa, cómo ante un establo había recuperado a su caballo, cómo servidores y caballeros, huyendo, gritaban por todas partes: «¡Huid, huid!, ¡el muerto nos persigue!»; cómo cayó en una trampa y cómo escapó.

Después le dice Guivret:

–Señor, tengo un castillo cerca de aquí, que está muy bien y en hermoso lugar. Para que estéis a gusto y a vuestro placer, mañana os llevaré a él; os haremos curar las heridas: tengo dos hermanas, agradables y simpáticas, que saben mucho de sanar heridas; os curarán bien y con rapidez. Esta noche haremos que se detenga nuestra hueste aquí, en medio del campo, hasta mañana, pues creo que os sentará bien un poco de reposo. Aconsejo que nos detengamos aquí.

Erec le responde:

–Estoy de acuerdo.

Allí se quedaron y se detuvieron y no se preocuparon por el alojamiento, pues hallaron poca cosa y eran muchos: se meten por medio de los matorrales. Guivret hizo montar su pabellón y ordenó encender una antorcha para alumbrar y que diera claridad; hizo sacar cirios de los cofres y los encendieron dentro de la tienda.

Enide no sufre ya, pues han tenido suerte. Desarma y desviste a su señor; le lava las heridas, se las limpia y venda, pues no permite que otro lo toque. Erec no le puede reprochar nada, mucho la ha puesto a prueba: le tiene gran amor. Guivret los acogió muy bien; con colchas bordadas que tenía mandó que hicieran una cama alta y larga, con abundante hierba y juncos; acuestan en ella a Erec y lo arropan.

Después, abren un cofre y sacan tres pasteles:

–Amigo –le dice–, probad un poco de estos pasteles fríos; beberéis vino con agua: tengo siete barriles llenos de buen vino, pero puro no os sentaría bien, pues estáis herido y con llagas. Buen dulce amigo, intentad comer ahora, que os irá bien; mi señora también comerá, vuestra mujer, que hoy ha padecido mucho por vos, pero bien os habéis vengado. Os habéis escapado, comed ahora, y comeré yo, bello amigo.

Junto a Guivret se sientan Erec y Enide, a la que le agradaba mucho todo cuanto hacía Guivret; los dos le incitan a comer; le dan agua y vino para que beba, pues el vino puro era demasiado fuerte para él. Erec comió como enfermo y bebió poco, que no se atrevió a más; pero con mucho gusto descansó y durmió toda la noche, sin que nadie le molestara ni hiciera ruido.

Se despertaron al amanecer. Todos se preparan para montar y cabalgar. Erec quería mucho a su caballo, en ningún otro quería montar. A Enide le dan una mula, pues había perdido su palafrén; no sintió mucho miedo, ni le pasó por la mente; tenía una hermosa mula, tranquila, que la llevaba con comodidad; la consolaba mucho que Erec no se quejara por nada y que el mismo Erec dijera que se curaría bien. Antes de la hora de tercia llegaron a Pointure, fuerte castillo, bien asentado y hermoso. Allí estuvieron con las dos hermanas de Guivret, pues era muy bello el lugar. Guivret llevó a Erec a una habitación agradable, alejada del ruido, bien aireada.

Las dos hermanas, a las que les suplicó que lo hicieran, se esforzaron mucho en cuidarlo. Erec se confió a ellas, pues le tranquilizaban mucho. Primero le quitaron la carne muerta, después le pusieron ungüentos y vendas. Ponen gran atención en curarle y ellas, que sabían mucho de sanar, le lavaban a menudo las heridas y volvían a ponerle ungüento. Todos los días le hacían comer y beber cuatro veces o más, pero le evitaban el ajo y la pimienta; siempre, entrara o saliera quien fuera, siempre estaba delante Enide, que era la que más se preocupaba. Con frecuencia acudía Guivret para preguntar y saber si necesitaba algo. Erec es-

tuvo bien cuidado y bien servido, pues Guivret nunca le llevó con desagrado nada de lo que necesitaba; antes bien, lo llevaba alegre y contento.

Las doncellas se ocuparon mucho de curarlo: antes de los quince días no sentía ya ni daño ni dolor. Entonces, para que recobrara el color, empezaron a bañarlo: no tuvieron que enseñarles, pues bien sabían hacerlo. Cuando pudo ir y venir, Guivret mandó que hicieran dos mantos, uno de armiño y el otro de veros, y que le trajeran dos telas distintas de seda: una era de seda persa y la otra de seda rayada que le había enviado de Escocia, como presente, una prima suya. A Enide le dio el manto de armiño y la tela de seda persa, que era de gran valor; a Erec, el manto de veros y la seda rayada, que no valía menos.

Ya estaba Erec fuerte y sano de nuevo, ya estaba curado y repuesto; ya estaba Enide bastante alegre, ya le vuelve su gran belleza, pues estaba muy pálida y con mal color, porque la gran tristeza le había perjudicado. Ya era abrazada y besada, ya tenía todos los bienes a su gusto, ya tenía gozo y deleite. Juntos se divirtieron en la cama, se abrazaron y besaron: no hay nada que les agrade tanto. Han tenido tantos males y disgustos –él por ella y ella por él– que ya han cumplido la penitencia. El uno busca cómo darle placer al otro: del resto, me debo callar. Ya han olvidado su dolor y han reafirmado su gran amor, que poco recuerdan los males.

Ahora ya deben marchar; piden permiso a Guivret, del que se han hecho muy amigos, pues los sirvió y honró con todo lo que pudo. Erec le dijo al despedirse:

–Señor, no puedo esperar más para ir a mi tierra; haced que preparen y aparejen todo lo necesario: al amanecer quiero ponerme en marcha, en cuanto se haga de día. He estado tanto con vos, que ya me siento fuerte y sano. Que Dios, si quiere, me conceda vivir lo suficiente como para volver a veros y que pueda serviros y honraros. Espero no detenerme en ningún lugar, a no ser que me apresen o retengan, hasta llegar a la corte del rey Arturo, pues lo quiero ver, en Carroic o en Caraduel.

Guivret le responde, saliéndole al paso:

–Señor, no os iréis solo, pues me iré con vos y así estaremos juntos con nuestros compañeros, si os apetece.

Erec está de acuerdo y dice que su deseo es que emprendan la marcha. Por la noche hace que preparen todo, pues no querían entretenerse; todos se aprestan y se disponen. A la madrugada, cuando se despiertan, ya están ensillados los caballos. Erec va a la habitación a despedirse de las doncellas antes de marchar y Enide acude detrás de él, muy contenta y alegre de que la marcha estuviera lista.

Se despiden de las doncellas. Erec, que estaba bien educado, al despedirse les da las gracias por la salud y la vida, y les promete, reiteradamente, su servicio; después, le da la mano a una, a la que estaba más cerca de él; Enide ha tomado de la mano a la otra; salen de la habitación, todos ellos cogidos de la mano, y suben a la gran sala. Guivret les aconseja montar ya, sin más tardanza. A Enide ya no le preocupa ver la hora en que estén a caballo.

Junto a un escalón le llevan a Enide un palafrén muy bueno, de suave caminar, tranquilo y hermoso; el palafrén era bello y bueno y no valía menos que el suyo, que se había quedado en Limors. Aquél era negro y éste es alazán, pero la cabeza era diferente: estaba dividida de forma que una mejilla la tenía completamente blanca, mientras que la otra era negra como una chova; entre ambas mejillas, tenía una raya más verde que el pámpano, y que separaba el blanco y el negro. Os puedo decir la verdad acerca de la cincha y del petral y de la silla, cuya labor era buena y hermosa: el petral y la cincha estaban llenos de esmeraldas; la silla era distinta, estaba llena de cara púrpura; los arzones eran de marfil y en la silla estaba tallada la historia de cómo Eneas llegó de Troya; cómo Dido lo recibió en Cartago con gran alegría en su lecho; cómo Eneas la engañó y cómo ella se dio muerte por él; cómo Eneas conquistó después Laurente y toda Lombardía, de la que fue rey el resto de su vida.

Era un trabajo hábil, y estaba bien tallado, adornado por entero con oro puro. El escultor bretón que lo hizo empleó más de siete años en tallarlo, sin entretenerse con ninguna otra obra; no sé a quién se la vendió, pero debió hacerle un gran servicio. Bien ha compensado a Enide la pérdida de su palafrén, al honrarla con éste. Le entregaron el palafrén, aparejado con tal riqueza, y ella monta con alegría; después, rápidamente, montan todos los demás, señores y escuderos. Guivret hizo que llevaran para entretenerse y distraerse muchos halcones y muchos gavilanes y muchos azores mudados y grulleros, muchos perros de caza y muchos lebreles.

Aventura de la «Alegría de la Corte»

Había cabalgado desde el amanecer hasta la caída de la tarde, durante más de treinta leguas galesas, siguiendo el camino hasta llegar a la atalaya de un fuerte castillo, rico y hermoso, encerrado en una muralla nueva; alrededor, lo rodeaba un río tan profundo, agitado y bravo como una tempestad. Erec se detiene a contemplarlo, para preguntar y saber –si alguien le podía decir la verdad– quién era el señor del castillo:

–Amigo, ¿me sabríais decir –pregunta a su buen compañero– cómo se llama este castillo y de quién es? Decidme si es de conde o de rey; ya que me habéis traído aquí, decídmelo, si lo sabéis.

–Señor –le responde–, lo sé muy bien y os diré la verdad al respecto: el castillo se llama Brandigán y es tan bueno y hermoso que no puede ser dote ni de rey ni de emperador. Si Francia, Inglaterra y todo el poder real y todos los que hay hasta Lieja estuvieran alrededor asediándolo, no lo conseguirían tomar en toda su vida, pues la isla en la que se asienta tiene más de quince leguas y en su campo crece todo cuanto es necesario para un rico castillo: frutas, trigo y vino se dan allí, y no faltan ni bosque ni ribera; no temen ser asaltados por ningún sitio y

nada podría hacerles pasar hambre. Lo hizo amurallar el rey Evraín, que lo ha tenido durante toda su vida y lo tendrá el tiempo que le queda; pero no lo hizo amurallar porque temiera a nadie, sino porque el castillo sería así más bello: si no tuviera muros o torres, y sólo el río que corre alrededor, sería tan seguro que no temería a nadie.

–¡Dios! –exclama Erec– ¡qué gran riqueza! Vayamos a ver la fortaleza y haremos que nos alojen en el castillo, pues quiero descabalgar allí.

–Señor –le responde aquél, a quien mucho le pesaba–, si no os enoja, no descabalgaremos allí: pasar por el castillo es muy malo.

–¿Malo? –pregunta Erec– ¿lo sabéis? Sea lo que sea, decídnoslo, pues con mucho gusto lo sabría.

–Señor –le responde–, temo que sufrierais algún daño. Sé que tenéis en el corazón tal valentía y bondad que en cuanto yo os haya contado lo que sé de la aventura, que es muy peligrosa y arriesgada, vos querréis ir allí. He oído decir a menudo que hace por lo menos siete años que no regresa nadie del castillo que haya ido a él en busca de la aventura; a él han acudido caballeros decididos y valerosos de muchas tierras. Señor, no lo tengáis por juego; por mí no lo sabréis, y prometedme, por el amor que me habéis jurado, que no me vais a preguntar por la aventura de la que nadie vuelve sin haber recibido afrenta y muerte.

Ahora oye Erec algo que le apetece. Le ruega a Guivret que no le parezca mal y le dice:

–¡Ay!, buen dulce amigo, permitid que nos alojemos en el castillo, no os moleste: ya es hora de tomar alojamiento, por eso quiero que no os pese y que, si en algo me crece la honra, deberíais tenéroslo por muy bueno. Sólo os pido que me digáis el nombre de la aventura, del resto, quedáis libre.

–Señor –le contesta–, no puedo callar sin deciros lo que queréis. El nombre es muy hermoso de nombrar, pero difícil de llevar a cabo, pues nadie puede escapar con vida. La aventura se llama, eso os gustará, «Alegría de la Corte».

–¡Dios! En alegría sólo hay bien –exclama Erec–; eso busco. No intentéis retenerme, buen amigo, en esto ni en ninguna otra cosa; alojémosnos allí, pues podemos alcanzar con ello un gran bien. Nada me podría retener e impedir que fuera en busca de la Alegría.

Señor –le responde–, que Dios os oiga y que podáis encontrar alegría y volver sin dificultades: veo que vais a ir. Ya que no puede ser de otra manera, vayamos: nos alojaremos allí, ya que –según he oído contar y decir– no hay caballero de alto mérito que entre en el castillo, deseando albergarse en él, al que el rey Evraín no acoja: tan gentil y franco es el rey que ha hecho proclamar con bando entre sus burgueses, por lo más querido que cada uno tenga, que no alojen en sus casas a ningún noble hombre que venga de fuera, para que él mismo pueda así honrar a todos los hombres nobles que quieran alojarse allí.

Así van hacia el castillo, pasan las defensas y el puente, hasta superar los límites; las gentes que se han aglomerado por las calles en gran tropel ven a Erec, que es tan hermoso, y piensan y creen que todos los demás son parecidos a él. Admirados lo contemplan todos; la ciudad toda se estremece y tiembla de lo que murmuran y hablan; incluso las doncellas, que bailan con sus propios cantos, lo han dejado y han cesado; todas a la vez lo miran y se persignan por su gran belleza; se lamentan por él de forma digna de admirar:

–¡Ay! ¡Dios! –dice una a otra–, ¡desdichada! Este caballero que pasa por aquí va a la Alegría de la Corte. Triste estará antes de que pueda volverse: nadie vino de otra tierra en busca de la Alegría de la Corte sin que por ello recibiera afrenta y daño y sin que dejara la cabeza en prenda.

Después, para que lo oiga, dicen en voz alta:

–¡Dios te proteja de cualquier desgracia, caballero!; eres muy hermoso y tu belleza es muy de lamentar, pues mañana la veremos extinguirse: mañana te llegará la muerte; mañana morirás sin remisión, si Dios no te protege y defiende.

Erec lo oye sin dificultad y escucha lo que de él decían por medio de la ciudad: se lamentan por él más de siete mil, pero nada puede inquietarle. Sigue su camino sin entretenerse, saludando con amabilidad a todos y a todas; y todos y todas lo saludan. La mayoría sudan de miedo, pues temen que no logre sino su muerte o su deshonra. Sólo de ver su aspecto, su gran belleza y su aire, ha conseguido los corazones de todos, de forma que temen su desgracia, todos, caballeros, damas y doncellas.

El rey Evraín ha oído la noticia de que llegaban a la corte gentes con gran cortejo y que, por el arnés, parecía que su señor fuera conde o rey. El rey Evraín sale a su encuentro en medio de la calle, y los saluda:

–¡Sea bienvenido este séquito, su señor y toda su gente!; ¡sed bienvenidos –les dice–, descabalgad!

Desmontan; varios toman y cogen los caballos. El rey Evraín no se sintió molesto cuando vio avanzar a Enide; la saluda al punto y corre a ayudarla a descabalgar; de la mano, que era hermosa y tierna, la sube al gran salón, y con nobleza la invita; la honra en todo lo que puede, pues sabía hacerlo bien y con buenas formas, sin necedades y sin malos pensamientos; había hecho que perfumaran una habitación con incienso, mirra y áloe: al entrar, alaban al rey Evraín la buena acogida. Entran en la habitación juntos, tal como los llevaba el rey, que sentía gran gozo por ellos.

Pero ¿por qué contaros las pinturas, los bordados de las telas de seda, que embellecían la habitación? Neciamente perdería el tiempo y no lo quiero gastar; sin embargo, quiero detenerme un poco, porque quien siempre sigue el camino recto a veces se desvía: por eso quiero pararme. El rey mandó preparar la cena, cuando fue momento y a su hora. Aquí no quiero retrasarme, si puedo encontrar camino más recto: todo cuanto corazón y boca pueden desear, lo tuvieron en abundancia aquella noche: aves y caza, fruta y vino de varias clases; pero pronto pasó la buena cara, que es lo más dulce de todo, la buena cara y el buen deseo. Fueron

servidos con mucha alegría, hasta que Erec, de repente, dejó de comer y beber, y comenzó a acordarse de lo que más tenía en el corazón: se acordaba de la Alegría y ha puesto en marcha las palabras; el rey Evraín las ha retenido.

–Señor –le dice–, ya es tiempo de que os diga lo que pienso y por qué he venido. Me he guardado de decirlo durante mucho rato, pero ya no puedo ocultarlo: pregunto por la Alegría de la Corte, pues nada deseo tanto. Concedédmela, sea lo que sea, si podéis hacerlo.

–Ciertamente –le contesta el rey–, buen amigo, os oigo hablar de forma alocada. Es ésta una cosa muy dolorosa, pues ha hecho desgraciados a muchos nobles caballeros. Vos mismo, a fin de cuentas, seréis muerto y puesto en mala situación si no queréis creer mi consejo; pero, si queréis creerme, os aconsejaría que renunciárais a preguntar cosa tan grave, que no vais a conseguir llevar a término; no habléis más de ello, callaos; no emplearíais el buen sentido si no creéis mi consejo. No me admira que busquéis honor y mérito, pero si os viera preso o maltrecho en vuestro cuerpo el corazón se me entristecería mucho. Tened por seguro que he visto a muchos nobles caballeros, y los he recibido, que venían en busca de esta Alegría: no sacaron ningún provecho de ello, al contrario, todos murieron y perecieron antes de que el día siguiente hubiera anochecido, y así podéis esperarlo vos también, si emprendéis la aventura de la Alegría; lo mismo os ocurrirá, aunque os pese. Por eso os aconsejo que os arrepintáis y renunciéis, si es que deseáis alcanzar provecho. Os traicionaría y mentiría, ya os lo digo, si no os hubiera contado toda la verdad.

Erec escucha, y acepta que el rey le aconseja con razón, pero cuanto mayor es la maravilla y más difícil la aventura, más la desea y más dispuesto está a emprenderla, y dice:

–Señor, os digo que os encuentro noble y leal; nada os puedo reprochar con respecto a lo que quiero hacer. Dejémoslo estar desde ahora, concluyamos este asunto, pues por nada, una vez

emprendida la aventura, cometeré la cobardía de no utilizar todo mi poder antes de huir de la liza.

–Ya lo sabía –dice el rey–; os enfrentaréis, en contra de mi voluntad, con la Alegría como deseáis, mucho lo lamento y temo mucho vuestra desgracia. A partir de ahora tendréis todo lo que queráis: si lo lleváis a cabo felizmente, habréis conquistado un honor tal como nunca nadie consiguió uno mayor; que Dios, así lo deseo, os conceda salir felizmente.

Toda la noche hablaron de esto, hasta que se fueron a acostar, cuando las camas ya estaban preparadas. Por la mañana, cuando amaneció, Erec se despertó y vio el alba clara y el sol; y se levantó de inmediato y se preparó. Enide vuelve a enfadarse y está triste y afligida; con la noche le ha aumentado mucho el temor y el miedo que tenía por su señor, que quiere exponerse a tal peligro.

Mientras tanto, él se prepara, nada puede hacerle desistir. El rey, para que se proteja el cuerpo, le envía al amanecer armas que empleó muy bien; Erec no las ha rechazado, pues las suyas estaban estropeadas, gastadas y en malas condiciones: ha aceptado con gusto las armas, se hace armar en la sala. Después de armarse, desciende las escaleras abajo y encuentra su caballo ya ensillado y al rey, que estaba montado.

Todos se disponían a montar, los de la corte y los de la hueste: no queda en el castillo nadie, que pudiera andar, que no vaya. Cuando se ponen en marcha se produce mucho estruendo y ruido por las calles, porque grandes y menudos, todos, decían:

–¡Ay!, ¡ay! Caballero, Alegría te ha traicionado, la misma a la que tú pensabas conquistar, pero vas en busca de tu muerte y de tu propio daño.

Y no hay uno solo que no diga:

–¡Dios maldiga a esta Alegría por la que han muerto tantos buenos caballeros! ¡Hoy hará con éste cosas peores de las que nunca hizo, sin duda!

Erec oye y escucha la mayor parte de lo que decían las gentes, pues todos exclamaban:

–¡En mala hora naciste, hermoso caballero, gentil y diestro! En verdad no es justo que tu vida acabe tan pronto, ni que te venga ninguna desgracia por la que seáis herido o afeado.

Bien oye las palabras y lo que dicen, pero pasa de largo: no iba cabizbajo, ni tenía cara de cobarde; al parecer, mucho le tarda en ver, saber y conocer de qué tienen todos tal angustia, tal miedo y tal pena.

El rey lo acompaña fuera del castillo, a un vergel que había cerca, y todas las gentes les siguen, rogando que Dios le permita salir con alegría de este asunto.

Pero no se debe continuar, aunque la lengua se canse y se fatigue, sin que os cuente por extenso la historia verdadera de aquel vergel. El vergel no tenía alrededor ni muralla, ni empalizada, a no ser de aire; de aire está cerrado por todas partes –por nigromancia– aquel jardín, de forma que nada podía entrar en él si no era por un lugar determinado, como si todo estuviera cercado con hierro. Durante todo el verano y todo el invierno había allí flores y fruta madura; y la fruta tenía tal condición, que se dejaba comer allí dentro, pero era difícil sacarla fuera, pues cuando alguien quería llevársela, no lo podía hacer sin que a la salida la fruta volviera a su primer lugar. No hay pájaro que vuele bajo el cielo, cuyo canto agrade, entretenga y alegre al hombre, del que no se pudieran oír allí varios de cada clase. Y la tierra, en toda su extensión, no tiene especia o planta medicinal, equivalente a cualquier medicina, que allí no estuviera plantada y de la que no hubiera gran abundancia.

Allí entró la multitud por una entrada estrecha, tras el rey y todos los demás. Erec iba con la lanza en el fieltro del arzón, cabalgando por medio del vergel, y se deleitaba mucho con el canto de los pájaros que cantaban allí dentro, presentándole de este modo la Alegría, que era la cosa que él más deseaba; pero vio una gran maravilla que podría aterrorizar al más valeroso combatiente, ya fuera Tiebaut el Esclavo, o cualquiera de los que ahora conocemos, u Opinel, o Ferragut: ante ellos, sobre agudas picas, había yelmos brillantes y claros, y ve las cabezas de cada uno puestas bajo los cercos de los yelmos; pero en la última pica se ve un yelmo que aún no tenía nada, sino un cuerno de caza.

No sabe qué significa aquello, pero no se espanta por nada, sino que pregunta al rey que estaba a su lado, a la derecha, qué era aquello. El rey le responde y le cuenta:

–Amigo, ¿sabéis qué quiere decir lo que veis ahí? Mucho os vais a espantar, si amáis vuestro cuerpo, pues la única pica que hay fuera, en la que podéis ver el cuerno colgado, ha esperado durante largo tiempo a un caballero; no sabemos a quién, si os espera a vos o a algún otro. Cuida de tu cabeza, que no sea puesta en ella, pues la pica muestra esa intención: ya os advertí antes de que vinierais aquí. No creo que salgáis jamás, a no ser muerto y despedazado. A partir de ahora sabéis que la pica espera vuestra cabeza; si llega a ser colocada en ella, como cosa que le ha sido prometida desde que la clavaron y pusieron, otra pica se fijará después de ésta y esperará hasta que venga no sé quién. Del cuerno no os diré más que nunca lo pudo sonar nadie, pero quien pueda tocarlo alcanzará mérito y honor ante todos los de mi país: habrá conseguido tal honor, que todos acudirán a honrarle y lo tendrán por el mejor de ellos. No hay nada más sobre este asunto: haced que se vuelvan vuestras gentes, pues la Alegría llegará pronto, y os hará sufrir, según pienso.

Con esto lo deja el rey Evraín; Erec se vuelve hacia Enide, que mostraba un gran dolor a su lado, aunque se mantenía callada, pues dolor que se expresa por la boca de nada vale si al corazón no toca. Y él, que conoce bien su corazón, le dice:

–Bella dulce hermana, gentil dama leal y prudente, conozco bien vuestro corazón: tenéis mucho miedo, ya lo veo, y aún no sabéis por qué; pero no os aflijáis por nada, hasta que veáis que mi escudo está despedazado y yo, herido en mi cuerpo, y que veáis cubiertas de sangre las mallas de mi loriga blanca, y mi yelmo partido y roto, y yo, cansado y fatigado, sin poderme defender, y que me sea necesario esperar compasión y suplicar más allá de

mi voluntad: entonces podréis mostrar vuestra aflicción, que habéis comenzado demasiado pronto. Dulce dama, aún no sabéis qué va a pasar, y yo tampoco lo sé: sin motivo os afligís, pues podéis estar segura de que, aunque en mí no hubiera más valor que el que me da vuestro amor, yo no temería a ningún hombre vivo en combate cuerpo a cuerpo. Cometo locura, al vanagloriarme así, pero no lo digo por orgullo, sino sólo por reconfortaros: tranquilizaos, dejadlo estar. No puedo entretenerme más aquí, ni vos seguiréis más a mi lado, pues no os debo llevar más adelante, según ha ordenado el rey.

Entonces la besa y la encomienda a Dios, y ella hace lo mismo. A Erec le entristece mucho que ella no lo siga y lo acompañe hasta saber y ver qué aventura será y cómo se va a desarrollar; pero tenía que quedarse, pues no lo podía seguir más adelante: ella se queda triste y desconsolada. Avanza por una senda, solo, sin acompañamiento de gente, hasta que a la sombra de un sicomoro encuentra un lecho de plata cubierto por una sábana bordada de oro; en la cama estaba sentada una doncella gentil de cuerpo y hermosa de rostro, con todas las bellezas. No quiero contar nada más de ella, pero quien supiera explicar su elegancia y belleza podría decir en verdad que Lavinia de Laurente, que fue tan hermosa y gentil, no tuvo ni la cuarta parte de su belleza.

Erec se dirige hacia allí, pues quería verla más de cerca; fue a sentarse a su lado. En esto, ve venir por el vergel, bajo los árboles, a un caballero armado con armas bermejas, extraordinariamente grande, y que, si no fuera porque es demasiado grande, no habría bajo el cielo uno más bello que él, pero –según el testimonio de todas las gentes– era un pie mayor que cualquier caballero conocido. Antes de que Erec lo hubiera visto, él le gritó:

–¡Vasallo! ¡Vasallo! Estáis loco, así me salve yo, pues vais hacia mi doncella. A mi juicio, no valéis tanto como para acercaros a ella. Muy cara pagaréis vuestra locura, por mi cabeza. ¡Retroceded!

Se detiene, lo mira y se calla: no se movió el uno hacia el otro, hasta que Erec le contestó cuando le plugo:

–Amigo –le contesta–, lo mismo se puede decir locura que sensatez. Amenazad tanto como os plazca, que yo soy el que se callará porque no sabe nada de amenazas. ¿Sabéis por qué? Hay quien piensa tener la partida ganada y después la pierde; por eso, huye abiertamente el que pretende mucho y el que mucho amenaza. Y si hay quien huye, también hay quien persigue; no os temo tanto como para huir, pero permitidme que me defienda, si es que queréis luchar, que a la fuerza lo haría si no pudiera solucionarlo de otra forma.

–No –le responde–, así me salve Dios. No os va a faltar combate, pues yo os requiero y desafío.

Sabed aquí todo, de forma cierta: no se sujetaron más las riendas; no hubo lanzas pequeñas, sino que fueron gruesas, alisadas y bien terminadas, eran rectas y fuertes. Se golpean con tal vigor con los cortantes hierros en los brillantes escudos, que las lanzas los pasaron por medio más de una toisa; pero no se alcanzan la carne, ni han quebrado la lanza. Cada cual, lo antes que puede, saca la lanza y vuelven a chocar y retornan a la justa. Luchan el uno contra el otro y se golpean con tal ímpetu que ambos quiebran las lanzas y los caballos caen bajo ellos. Y ellos, que siguen sentados sobre las sillas, no se tienen por impedidos: rápidamente se levantan, pues eran valientes y ligeros. Están a pie en medio del vergel; se atacan de nuevo con las buenas hojas de acero de Vienne; se dan grandes y dañinos golpes sobre los escudos claros y brillantes, los hacen pedazos y les salen chispas de los ojos; y no pueden hacerlo mejor de lo que lo hacen y de como se esfuerzan para romperlos y estropearlos. Con fiereza se golpean con el filo y la hoja de las espadas. Tanto se han dado en los dientes, en las mejillas y en la nariz, los puños, los brazos, y bastante más, en las sienes y la nuca y el cuerpo, que les duelen todos los huesos. Están doloridos y muy cansados; no por eso se acobardan, antes bien, se esfuerzan cada vez más. El sudor y la sangre que gotea mezclada con él les nublan los ojos

de manera que, por poco, no ven nada y, muy a menudo, perdían los golpes, como quien no ve por dónde lleva la espada; y apenas podía dañar uno más al otro y, sin embargo, no creáis que no utilizan toda su fuerza. Por eso se les nublan los ojos, de forma que pierden la vista y dejan caer los escudos y se atacan con gran ira; se golpean y hieren hasta que se derriban de rodillas; así se combaten largo tiempo, hasta que pasa la hora de nona y el gran caballero se cansa, de tal forma que le falta el aliento.

Victoria de Erec y reconocimiento de los héroes

Erec lo lleva a su gusto, lo golpea y lo hiere, de modo que le rompe los lazos del yelmo y hace que se incline hacia delante; se cae sobre el pecho y no puede volver a levantarse; por daño que le venga, no le queda más remedio que reconocer y otorgar:

–Me habéis vencido, no lo puedo negar; y mucho me contraría. Sin embargo, alcanzaréis tal situación y fama que será bueno para mí; os ruego, si puede ser de alguna manera, que me deis a conocer vuestro verdadero nombre. Si me ha vencido uno mejor que yo, estaré contento, os lo garantizo; pero si resulta que me ha derrotado uno peor, sentiré gran aflicción.

–Amigo, quieres saber mi nombre –le contesta Erec– y yo te lo voy a decir, no me iré sin decírtelo, pero será a cambio de que tú me digas de inmediato por qué estás en este jardín: quiero saberlo todo de forma cierta, que me digas tu nombre y la Alegría, que ya me tarda mucho en oírla.

–Os contaré la verdad de todo, señor –le responde–, tanto cuanto os plazca, sin ningún temor.

Erec no le oculta más su nombre:

–¿Oíste hablar alguna vez del rey Lac y de Erec su hijo?

–Sí, señor, yo lo conocí, pues estuve en la corte del rey Lac mucho tiempo antes de ser caballero y su deseo era que no me hubiera ido de su lado, por nada.

–Entonces, me debes conocer mucho, si estuviste conmigo en la corte de mi padre el rey.

–¡A fe mía que he tenido suerte! Ahora oiréis lo que me ha retenido tanto tiempo en este vergel: aunque me pese, os diré todo lo que me habéis ordenado. Esta doncella, que ahí está sentada, me ha amado desde su infancia, y yo a ella. A ambos nos agradaba, y el amor creció y nos fue mejorando, hasta que me pidió un don, pero no me dijo qué era. ¿Quién le negaría nada a su amiga? No es buen amigo quien no hace absolutamente todo el bien a su amiga, sin dejar nada y sin mostrarse perezoso, si puede hacerlo de alguna manera. Le prometí lo que me pedía, y cuando se lo hube prometido quiso que se lo jurara. Y si hubiera querido algo más yo lo hubiera hecho, pero ella dio crédito a mi palabra. Le prometí sin saber qué, hasta que fui caballero: el rey Evraín, de quien soy sobrino, me armó ante muchos hombres, en este vergel en el que estamos. Mi doncella, que ahí está sentada, me recordó entonces la promesa y me dijo que le había jurado que nunca más saldría de aquí hasta que llegara un caballero que me venciera con las armas. Era razonable que me quedara, para no faltar a mi promesa, ya que lo había jurado. Cuando conocí mi prisión y vi a la que yo más quería, no hice semblante ni puse cara de que me desagradara nada, pues si ella se hubiera dado cuenta se habría reservado para sí misma su corazón y de ninguna forma quería yo que lo hiciera, por nada que pudiera ocurrir. Así creyó retenerme mi doncella durante mucho tiempo: no pensó que algún día podría entrar en el vergel un vasallo que me venciera; así creía que yo estaría libre el resto de los días de mi vida, siendo su prisionero. Y yo hubiera procedido mal si hubiera faltado en algo y no hubiera vencido a todos los que pudiera: tal libertad hubiera sido villana. Bien os puedo decir y contar que no tuve ningún amigo, por querido que fuera, con quien fingiera tal cosa; jamás me cansé de las armas, ni me fatigué de combatir. Ya habéis visto los yelmos de los que vencí y maté; pero no se me debe culpar, si se tienen en

cuenta las razones: no podía evitarlo si no quería ser falso, desleal, o si no quería romper la palabra.

»Ya os he contado la verdad y, sabedlo bien, no es pequeña la honra que habéis ganado. Habéis conseguido gran alegría para la corte de mi tío y de mis amigos, y ahora la manifestarán ahí fuera; y, por la alegría que tendrían todos los que fueran a la corte, los que la esperaban la llamaban Alegría de la Corte. La han esperado durante tanto tiempo que ahora, por primera vez, vos se la vais a dar, al haber vencido. Habéis acabado y terminado con mis hazañas y hechos de armas y es justo que yo os diga mi nombre, ya que lo queréis saber: me llaman Maboagraín, pero no soy conocido por ese nombre en ningún lugar donde he sido visto, a no ser en estas tierras; pues mientras fui doncel nunca dije ni di a conocer mi nombre. Señor, ya sabéis la verdad de todo lo que me habéis preguntado, pero aún tengo cosas que deciros. Hay en este vergel un cuerno de caza que, según creo, ya habéis visto: no debes salir de aquí antes de haber tocado el cuerno y entonces me habréis dado la libertad y empezará la Alegría. Quienquiera que lo oiga y escuche, no tendrá ningún obstáculo al oír la voz del cuerno para ir a la corte de inmediato. Levantaos de aquí, señor; id a tomar rápidamente el cuerno, pues ya no tenéis nada más que esperar, haced lo que debéis.

Al momento se levanta Erec y el otro caballero se pone en pie a su lado; ambos van hacia el cuerno. Erec lo toma y lo hace sonar; emplea toda la fuerza, de forma que el sonido llega muy lejos. Mucho se alegra Enide; contento está el rey y contenta su gente; no hay uno solo a quien esto no le agrade y plazca mucho: nadie cesa y descansa de mostrar alegría y de cantar. Ese día se pudo sentir orgulloso Erec porque nunca se hizo tal alegría; no se podría narrar ni contar por boca de hombre, pero yo os haré un resumen, breve, sin demasiadas palabras.

Vuela la noticia por el país de cómo ha ocurrido la cosa. No hubo obstáculo alguno para que no acudieran todos a la corte; por todas partes acude el pueblo corriendo, unos a pie, otros a

galope tendido, que unos no esperan a los otros. Y los que estaban en el vergel, se dispusieron a desarmar a Erec y todos cantaban con gusto, por la alegría, una canción y las damas trovaron un *lai* que llamaron Lai de Alegría, pero no es muy conocido.

Erec está colmado de alegría y ha cumplido su promesa. Sin embargo, esta alegría no le agrada a la que estaba sentada sobre la cama, no le causa placer: muchas gentes tienen que soportar y contemplar cosas que les pesan. Enide se portó con gran cortesía: al verla pensativa, sentada sola en el lecho, le entraron deseos de acercarse a ella y preguntarle por su condición y por su persona y le pediría –si podía ser– que le dijera algo de sí misma, pero que no le resultara demasiado desagradable. Enide pensaba ir sola, sin llevar a nadie; pero la siguieron una parte de las damas y de las doncellas, las de más valor y las más hermosas, por amor y por acompañarla y para consolar a aquella a la que le enojaba la Alegría, pues le parecía que su amigo ya no sería tan amigo suyo como antes, cuando salieran del vergel. Y, por más que se lo adorne, no podrá evitar que se vaya, pues ya ha llegado la hora y el momento: por eso le corrían las lágrimas de los ojos por todo el rostro. Estaba mucho más afligida y apenada de lo que os puedo contar y a pesar de todo, se pone de pie; pero ninguna de las que la consuelan puede convencerla para que abandone su aflicción.

Enide la saluda con aire gentil; en un buen rato no le contesta nada, pues se lo impiden los suspiros y sollozos, que la afean y empeoran. Al cabo de un buen rato, la doncella le devuelve el saludo, y al mirarla y contemplarla largamente le pareció que la había visto en otra ocasión y que la reconocía, pero no estaba muy segura, y no se atrevió a preguntarle de dónde era, o de qué país, y dónde había nacido su señor: le pregunta que quiénes son ellos dos. Enide le responde al punto y le cuenta la verdad:

–Soy sobrina –le contesta– del conde que tiene Laluth en su poder, hija de su hermana; nací y me crié en Laluth.

Entonces, no puede evitar reírse de lo mucho que se alegra antes de oírla contar nada más; ya ha abandonado su dolor. El co-

razón le falla por la alegría, y no puede ocultar el gozo; la besa y abraza y le dice:

–Soy vuestra prima, es la pura verdad, y vos sois sobrina de mi padre, pues él y vuestro padre son hermanos; pero pienso que no sabéis, ni lo habéis oído decir, cómo llegué a esta tierra: el conde vuestro tío estaba en guerra y acudieron a su hueste como mercenarios caballeros de muchos lugares. Así, bella prima, ocurrió que con uno de los soldaderos llegó el sobrino del rey de Brandigán; estuvo en casa de mi padre cerca de un año, hace, según creo, más de doce años. Yo era aún bastante niña y él era bello y atractivo; entonces hicimos nuestras promesas, tal como nos pareció. No quise nada que él no quisiera, de forma que empezó a amarme y me prometió y juró que sería siempre mi amigo y que me traería aquí; a mí me pareció bien y también a él. Se quedó y a mí ya me tardaba reunirme con él; nos vinimos ambos sin que lo supiera nadie más que nosotros dos; entonces éramos jóvenes y pequeñas vos y yo. Os he dicho la verdad. Decidme ahora, igual que yo os lo he contado, la verdad sobre vuestro amigo y de qué modo os consiguió.

–Hermana prima, me esposé de forma que mi padre lo supo y mi madre tuvo gran alegría. Todos nuestros parientes se enteraron y se pusieron contentos, como debían; también se alegró el mismo conde, porque es tan buen caballero que difícilmente se encontraría uno mejor. No es necesario que se pruebe su bondad y valor; no conozco a nadie semejante con su edad, ni pienso que ninguno sea igual a él. Me ama mucho y yo a él más aún, de modo que nuestro amor no puede ser más grande. Hasta ahora no le he faltado en el amor, ni debo hacerlo: en verdad, mi señor es hijo de rey y me tomó cuando yo era pobre y desharrapada; por él he conseguido tal honra que antes ninguna desamparada recibió una tan grande. Y si os place os contaré, sin mentiros en nada, cómo llegué a tal altura: no sentiré pereza en decirlo.

Entonces le contó y explicó cómo llegó Erec a Laluth, pues no le preocupaba ocultarlo; le contó la aventura. completa, palabra por palabra, sin omisiones; pero dejo de decíroslo porque aumenta el aburrimiento de su cuento quien cuenta dos veces una misma cosa.

Mientras ellas hablaban juntas, una dama sola va deprisa a contarlo a los nobles, para acrecentar y aumentar la Alegría. De este gozo se alegraron a la vez todos los que lo oyeron, y cuando lo supo Maboagraín tuvo alegría por encima de los demás. El que su amiga se anime y que la dama le haya llevado con rapidez la noticia le ha alegrado de inmediato; incluso el rey se alegró, y aunque ya antes tenía gran alegría, ahora la tiene mucho mayor.

Enide acude a su señor llevando consigo a su prima, más hermosa y más gentil y bella que Elena. Hacia ellas avanzan corriendo Erec y Maboagraín, Guivret y el rey Evraín y todos los demás; las saludan y les hacen honor, que nadie lo evita ni se queja. Maboagraín muestra una gran alegría a Enide y ella hace lo mismo con él; Erec y Guivret, ambos, tienen gran gozo por la doncella: todos tienen gran alegría y se besan y abrazan. Hablan de volver al castillo, pues ya han estado bastante en el vergel; todos se preparan para salir y salen con gran gozo y besándose todos. Tras el rey van los demás, y antes de que llegaran al castillo se habían reunido los nobles de toda aquella tierra; y todos los que supieron lo de la Alegría, si pudieron, acudieron allí. Fue grande la reunión y el tumulto: cada cual se apresura a ver a Erec, tanto los altos como los bajos, los pobres como los ricos; se colocan unos ante otros, lo saludan y se inclinan ante él y dicen todos, sin cesar:

–¡Dios salve a aquel por quien la alegría y el gozo han vuelto a nuestra corte! ¡Dios salve al más bienaventurado de los creados por Dios!

Así lo llevan hasta la corte y se esfuerzan en mostrar alegría, según les mueve el corazón. Allí suenan arpas, violas, gaitas, salterios y zampoñas y todo tipo de instrumentos que se podrían decir o nombrar; pero os los quiero resumir brevemente, sin una demora demasiado larga. El rey honra a Erec con todo su poder y

todos los demás sin pereza; no hay nadie que no se ponga a su servicio con mucho gusto.

Tres días completos duró la Alegría, antes de que Erec pudiera ponerse en marcha. El cuarto, no quiso quedarse más tiempo, por más que le rogaran; tuvieron gran alegría al acompañarle, y gran pesar al despedirse. No podría haber devuelto el saludo en medio día a cada uno, si hubiera contestado a todos: saluda y abraza a los nobles, y a los demás, con una palabra los encomienda a Dios y los saluda. Enide no permanece muda al despedirse de los nobles: los saluda a todos, llamándolos por sus nombres, y ellos le responden todos juntos. Al marcharse, besa y abraza con mucha dulzura a su prima. Se han ido, la Alegría cesa.

Coronación de Erec

Unos se van, otros se vuelven. Erec y Guivret no se quedan, sino que emprendieron con alegría el camino, hasta que llegaron al castillo en donde les indicaron que estaba el rey. La víspera estaba el rey rezando: con él, en privado en sus habitaciones, sólo había quinientos nobles de su casa; nunca se había encontrado el rey tan solo; estaba muy afligido porque no tenía gente en la corte. En esto llega un mensajero que habían mandado por delante para que anunciara al rey su llegada: va de inmediato ante la compañía y encuentra al rey y a toda su gente, los saluda como discreto y dice:

–Señor, soy mensajero de Erec y de Guivret el Pequeño.

Después, le cuenta y dice que venían a la corte a verlo. El rey le contesta:

–Sean bienvenidos, como nobles valientes y esforzados: no conozco en ningún lugar a nadie mejor que ellos dos; con ellos mejorará mucho mi corte.

Entonces manda a buscar a la reina y le dice las nuevas. Los demás hacen que ensillen, para ir al encuentro de los nobles; no se calzaron espuelas, tanto se apresuraron en montar.

Para ser breve, os quiero decir y contar que ya había llegado al burgo el cortejo de la gente menuda, criados, cocineros y botelleros, para preparar el alojamiento; la gran compañía venía detrás. Se han acercado tanto que ya han entrado en la ciudad; ahora se encuentran todos, se saludan y se besan. Llegan a los alojamientos, se acomodan, se desvisten, se preparan y se ponen sus hermosas vestiduras; cuando ya estuvieron dispuestos, acudieron a la corte. Llegan a la corte, el rey los ve, y también la reina, que se hace a un lado para abrazar a Erec y a Enide: de lo contenta que estaba saltaba como un pájaro. Todos se esfuerzan en regocijarse con ellos y el rey manda imponer tranquilidad; después, pregunta a Erec y le pide que cuente las nuevas de sus aventuras.

Cuando se calmó el murmullo, Erec comienza su relato: narra sus aventuras, sin olvidarse de ninguna. ¿Queréis que os diga qué acogida le depararon? No, pues bien sabéis la verdad de eso y de otras cosas, tal como yo os las he expuesto: repetirlas me sería pesado, pues el cuento no es breve y habría que volver a empezar y poner las palabras tal como él las contó y dijo: de los tres caballeros a los que venció, después de los cinco, y después, del conde que quiso hacerle tan gran deshonra; después habló de los gigantes. Todo por orden, poco a poco, les contó sus aventuras hasta que le partió la frente al conde que estaba sentado para comer y cómo recuperó su caballo destrero.

–Erec –dice el rey–, buen amigo, quedaos en esta tierra, en mi corte, tanto como deseéis.

–Señor, ya que así lo queréis, me quedaré con mucho gusto dos o tres años completos, pero rogadle también a Guivret que se quede, os lo suplico.

El rey le pide que se quede y éste se lo concede. Así se quedan ambos: el rey los retiene consigo y los trata con mucho afecto y honra.

Erec estuvo en la corte, con Guivret y Enide, hasta que murió su padre el rey, que era viejo y de mucha edad. Entonces, se pusieron en marcha los mensajeros; los nobles que fueron a buscar-

le, los más altos hombres de su tierra, tanto preguntaron por él y lo buscaron que lo encontraron en Tintangel, ocho días antes de Navidad. Le dijeron la verdad, qué le había pasado a su padre, viejo anciano, que había muerto y fallecido. A Erec le pesó mucho más de lo que con el rostro mostró a las gentes, pero el dolor de rey no es hermoso, ni conviene a rey mostrar aflicción. En Tintangel, donde estaba, hizo que cantaran vigilias y misas, prometió y cumplió promesas, tal como las había prometido, con casas de Dios y con iglesias. Muy bien hizo lo que tenía que hacer: buscó más de ciento sesenta y nueve pobres desamparados y los hizo vestir completamente con ropa nueva; a pobres clérigos y sacerdotes les dio –fue justicia– capas negras y cálidas pellizas para debajo. Por Dios, hizo gran bien a todos: a los que lo necesitaban, les dio más de un sextero de dineros.

Después de repartir sus bienes, obró con gran sabiduría, pues volvió a recibir su tierra del rey; luego, le rogó y pidió que lo coronara en su corte. El rey le respondió que se dispusiera pronto, pues serían coronados los dos, él y su mujer con él, la Navidad que llegaba, y añadió:

–Debemos ir de aquí a Nantes, en Bretaña; allí llevarán la enseña real, la corona de oro y el cetro en el puño: os otorgo este don y este honor.

Erec le dio las gracias al rey y dijo que le había dado mucho. Al llegar la Navidad, el rey reúne a todos sus nobles; ordena a uno por uno que vengan y hace que acudan las damas: a todos se lo mandó, no faltó ninguno; y Erec hizo venir a muchos: hizo venir a muchos y acudieron más de los que él pensaba, por servirle y honrarle. No sé deciros ni contaros quién era cada uno de ellos, ni sus nombres, pero, viniera quien viniera, Erec no olvidó ni al padre ni a la madre de mi señora Enide. A él lo llamó el primero y acudió a la corte con mucha riqueza, con ricos nobles y señores de castillos; no tenía acompañamiento de capellanes, ni de gente loca o necia, sino de buenos caballeros y de gente muy bien dispuesta. Cada día hicieron una gran jornada; cabalgaron tanto

cada día, que con gran gozo y con gran honor llegaron la víspera de Navidad a la ciudad de Nantes.

No se detuvieron en ningún sitio, entraron en la sala alta. Erec y Enide los ven, van a su encuentro, no esperan, los saludan y abrazan, les hablan con mucha dulzura y muestran alegría, tal como debían. Después de las muestras de alegría, se tomaron de la mano los cuatro y fueron ante el rey; lo saludan y también a la reina que estaba sentada a su lado. Erec tenía por la mano a su huésped y dijo:

–Señor, he aquí a mi buen huésped y a mi buen amigo, que me honró tanto que me hizo señor de su casa: antes de que me conociera de nada, me dio muy buen alojamiento, me entregó todo lo que tenía, incluso me dio a su propia hija, sin recompensa y sin tomar consejo de nadie.

–Y ¿quién es la dama que hay a su lado, amigo? –pregunta el rey.

Erec no le oculta nada:

–Señor, de esa dama os digo que es madre de mi mujer.

–¿Es su madre?

–Sí, señor.

–Ciertamente, puedo decir bien que debe ser muy gentil y bella la flor que sale de tan hermosa planta, y aún mejores de lo que se podría pensar sus frutos, pues lo bueno, bien huele. Enide es bella y bella debe ser, por razón y justicia, pues su madre es una dama muy hermosa y en su padre tiene buen caballero: en nada les ha mentido, pues se parece mucho a ambos en muchas cosas.

Aquí se calla el rey y descansa; les ordena que se sienten; no desoyen su orden: al punto se sientan todos. Enide tiene ahora una gran alegría, pues ve a su padre y a su madre, a quienes hacía mucho tiempo que no había visto. Mucho le ha aumentado el gozo, le resultaba agradable y le alegraba mucho y mostró cuanta felicidad pudo; pero no pudo mostrar tal alegría que aún no la tuviera mucho mayor; yo no quiero decir nada más por ahora, pues el corazón me lleva hacia la gente de muy variadas tierras que estaba allí reunida.

Había allí bastantes condes y reyes, normandos, bretones, escoceses, ingleses de Inglaterra y de Cornualles; había allí muy rica nobleza, pues de Gales hasta Anjou, en Alemania o en Poitou, no hubo caballero de gran valor ni gentil dama de buen aspecto que no estuviera en la corte de Nantes, por lo menos los mejores y más gentiles, pues el rey los ha convocado a todos.

Escuchad ahora, si así lo deseáis. Cuando toda la corte estuvo reunida, antes de que sonara la hora de tercia, el rey Arturo armó caballeros a cuatrocientos y aún a más; todos eran hijos de condes y de reyes: a cada uno le dio tres caballos, y tres pares de vestidos, para que su corte resplandeciera más. El rey fue muy liberal y generoso: no dio mantos de serga, ni de conejo, ni de ligera lana, sino de jamete y de armiño, de veros y de buena seda, con listas de orifrés, gruesas y abultadas. Alejandro, que tanto conquistó, que dominó todo el mundo, que fue tan generoso y rico, fue pobre y tacaño con respecto al rey. César, el emperador de Roma, y todos los reyes que se os nombran en los dichos y en los cantares de gesta, no dieron tanto en una fiesta como dio el rey Arturo el día que coronó a Erec.Y no se atrevieron a gastar tanto César y Alejandro como aquél gastó en la corte. Se extendieron los manteles, sin impedimentos, por todas las salas; se sacó todo de las arcas y quien quiso tomó sin límite.

En medio de la corte, había sobre un tapiz treinta modios de esterlinas blancas, pues desde tiempos de Merlín hasta entonces corrían por toda Bretaña las esterlinas. Allí tomaron recompensa todos: aquella noche se llevó cada uno a su alojamiento tanto como quiso.

El día de Navidad, a la hora de tercia, se reunieron todos allí. Erec tenía el corazón lleno por la gran alegría que se le acercaba. No podrían contar lengua ni boca de nadie –por mucho que supiera de arte– un tercio, ni un cuarto ni una quinta parte del lujo que hubo en su coronación. Gran locura voy a emprender intentando describíroslo; y ya que me es necesario hacerlo, y es cosa

que se puede hacer, no dejaré de decir al menos una parte, según mi entendimiento.

En la sala había dos tronos de marfil, blancos, hermosos y nuevos, iguales, del mismo tamaño. El que los hizo, sin duda, era diestro e ingenioso, pues los hizo tan parecidos en altura, anchura y aspecto que, por más que los mirarais por todas partes para distinguirlos, no encontraríais nada en uno que no estuviera en el otro.Y no había en ellos nada de madera, sino que todo era de oro y de puro marfil; estaban muy bien labrados, pues las dos patas de un lado parecían leopardos y las otras dos, cocodrilos. Un caballero, Bruyán de las Islas, los había regalado y ofrecido al rey Arturo y a la reina.

El rey Arturo se sentó en uno, en el otro hizo que se sentara Erec, que iba vestido con un muaré. Leyendo, hemos encontrado en la historia la descripción del vestido: se aduce como testimonio a Macrobio, que se ocupó de la historia y que la había oído, yo no miento. Macrobio me enseña a describir la labor del tejido y su aspecto, tal como la he encontrado en el libro. Lo habían hecho cuatro hadas con gran conocimiento y habilidad. La primera representó a Geometría, tal como observa y mide, con el cielo y la dura tierra, de forma que no faltaba nada; y cómo calcula después el bajo y el alto, el ancho y el largo; y luego, observa el mar, cómo era de grande y profundo, y cómo mide el resto del mundo; esta labor puso la primera de las hadas. La segunda se esforzó en representar a Aritmética y se esmeró en hacerlo muy bien: cómo numera, según el sentido, los días y las horas y las aguas del mar gota a gota y después toda la arena y las estrellas, por completo; bien sabe decir la verdad al respecto, y cuántas hojas hay en un bosque; en ningún número se equivocó, ni mentirá en nada, pues sabe mucho de ello: tal era la obra de Aritmética. La tercera labor era de Música, con la que se emparejan todos los entretenimientos: canto y discanto, y sonido de cuerda de arpa, de rota y de viola; esta labor era buena y hermosa, pues delante estaban todos los instrumentos y cosas agradables. La cuarta, que

trabajó después, llevó a cabo un trabajo muy bueno, porque representó a la mejor de las artes: se ocupó de la Astronomía, que hace tantas maravillas y que se aconseja con las estrellas, con la luna y con el sol. No toma consejo de ninguna otra cosa que haya en cualquier lugar; aquéllas le dan buen consejo de cuantas cosas les pregunta, de cuanto fue y de cuanto será, a la fuerza lo tienen que saber, sin mentir ni engañar.

Esta obra estaba representada, en la tela de la que estaba hecho el vestido de Erec, trabajada y tejida con hilo de oro. La piel que lo forraba era de unos extraños animales, de cabeza rubia y cuerpo negro como mora, de lomo rojo por encima y panza negra y cola de color índigo; tales animales nacen en India y se llaman bestezuelas, sólo comen pescado, canela y clavo fresco. ¿Qué os diré del manto? Era muy rico, bueno y hermoso; tenía cuatro piedras en el broche: en un lado, dos crisolitas, y en el otro, dos amatistas, que estaban engastadas en oro.

Enide no había llegado aún al gran salón. Cuando el rey ve que se retrasa, le ordena a Galván que vaya a buscarla y la acompañe a la gran sala. Galván corre en su busca, no fue lento, con el rey Caroduán y el generoso rey de Gavoie; Guivret el Pequeño va con él y detrás va Yder, el hijo de Nut; también acudieron allí otros nobles, escoltando a las damas, con los que se podría destruir un ejército, pues había más de un millar.

La reina se esforzó en embellecer a Enide lo más que pudo. La llevan a la gran sala, a un lado, Galván el cortés y al otro, el generoso rey de Gavoie, que la quería mucho por Erec, que era sobrino suyo. Cuando llegan a la gran sala, el rey Arturo acude corriendo a recibirlos y sienta con nobleza a Enide junto a Erec, pues quería hacerle un honor muy grande. Luego, ordenó que sacaran de su tesoro dos coronas, macizas y de oro puro. Apenas lo había ordenado y dicho, le trajeron las coronas sin más tardanza, adornadas con carbunclos, de los que había cuatro en cada una. Nada es la claridad de la luna comparada con la claridad que podía dar el más pequeño de los carbunclos: por la luz que arrojaban, todos los que había en la gran sala se asombraron mucho, pues de pronto no veían nada; incluso el rey se sorprendió y, no obstante, se alegró mucho al ver aquellas coronas tan brillantes y bellas. Hizo que entre dos doncellas tomaran una, y dos nobles, la otra. Después ordenó que avanzaran los obispos y priores y los religiosos abades, para ungir al nuevo rey, según la ley cristiana.

Ya han avanzado todos los prelados, jóvenes y viejos, porque en la corte había bastantes clérigos, obispos y abades. El propio obispo de Nantes, que era hombre muy justo y santo, consagró al rey novel, con mucha santidad y de forma muy hermosa y bella, y le puso la corona en la cabeza. El rey Arturo hizo que trajeran un cetro que era muy estimado. Escuchad cómo era el cetro: era más transparente que el cristal, hecho con una sola esmeralda, y tenía de grueso el tamaño de un puño. Me atrevo a deciros la verdad, pues en el mundo no hay ninguna clase de pez, animal salvaje, hombre o pájaro volador que no estuviera representado allí y tallado según su propia imagen.

El cetro fue entregado al rey, que lo contempló admirado y, sin tardar más, el rey Erec se lo puso en la mano derecha: ya era rey tal como debía ser. Después han coronado a Enide. Habían tocado a misa; acuden a la iglesia mayor a oír misa y el oficio religioso; después van al obispado a rezar. De gozo veríais llorar al padre y a la madre de Enide, que se llamaba Tarsenesida; tal nombre tenía, en verdad, su madre, y su padre se llamaba Licorante: ambos estaban muy contentos.

Cuando llegaron al obispado, todos los monjes del monasterio salieron a buscarlos con reliquias y tesoros, con la cruz, con las Escrituras, con incensarios y con santos cuerpos, pues en la iglesia tenían muchos: todo lo sacaron al encuentro y hubo bastantes cantos. Nunca vio nadie tantos reyes, condes, duques y nobles en una misa; la muchedumbre era grande y abundante, pues la iglesia se llenó: no pudieron entrar villanos, sólo damas y caballeros. A la puerta de la iglesia quedaron bastantes; tal cantidad se había reunido, que no pudieron entrar en el templo.

Después de oír toda la misa, regresan al castillo. Todo estaba dispuesto, colocadas las mesas y tendidos los manteles: hubo quinientas mesas, y aún más; no os quiero obligar a que lo creáis, puede parecer mentira que en una sala fueran puestas en fila todas las mesas; no digo eso. Hubo cinco salones llenos, de forma que, con dificultad, había sitio para pasar entre las mesas.

En cada mesa había, en verdad, o rey o duque, o conde, y cien caballeros contados tenían asiento en cada mesa. Mil caballeros servían el pan, mil el vino, mil la comida, todos vestidos con túnicas de armiño nuevas. De los diversos manjares que fueron servidos, aunque no os lo diga, sabría daros razón; pero tengo que comprobarlos. Para qué contar la comida; tuvieron en abundancia, sin peligro, con gran alegría y en cantidad fueron servidos según el deseo de cada uno.

Cuando terminó la fiesta, el rey clausuró la reunión de reyes, duques y condes, de los que era grande la suma, y de otras gentes y de gentes menudas que acudieron a la fiesta. Les ha dado generosamente caballos, armas y dinero, tejidos y sedas de muchas clases, porque era muy generoso y por Erec al que amaba tanto.

Aquí acaba el cuento.

Fin del roman de Erec y Enide.

Cligés

Traducción de
Joaquín Rubio Tovar

CLIGÉS

Aquel que compuso sobre Erec y Enide y romanceó las Enseñanzas de Ovidio y el *Arte de Amar*, y escribió el *Mordisco del hombro*, y sobre *El rey Marco e Iseo la Rubia* y *La metamorfosis de la abubilla, de la golondrina y del ruiseñor* empieza ahora un nuevo cuento de un joven que hubo en Grecia del linaje del rey Arturo. Pero antes de contaros nada de él sabed de la vida de su padre, de su origen y linaje. Fue tan noble y de tan valeroso corazón que por alcanzar honor y fama viajó de Grecia a Inglaterra, que entonces se llamaba Bretaña. Esta historia que os quiero relatar y contar la encontramos escrita en uno de los libros de la librería de mi señor San Pedro de Beauvais. De ahí fueron tomados los cuentos que atestiguan la veracidad de la historia: por este hecho debe ser mejor creída. Por los libros que tenemos conocemos los hechos de los antiguos y del mundo que fue antaño. Nuestros libros nos han enseñado que por primera vez se honró en Grecia la caballería y también la clerecía. Pasó luego la caballería a Roma y también lo mejor de la clerecía, que ahora han llegado a Francia. Quiera Dios que aquí se conserven y sean estimadas y que jamás salga de Francia la gloria que aquí se detuvo. Dios las había prestado a otros, pues ya no se habla ni poco ni mucho de los griegos y los romanos; ha cesado su palabra y su viva brasa se ha extinguido.

Chrétien comienza su cuento, de acuerdo con lo que relata el libro que fue escrito sobre un emperador poderoso en riquezas y honores que reinó en Grecia y en Constantinopla. La emperatriz era hermosa y noble y con ella tuvo el emperador dos hijos. Pero el primero era tan mayor que antes del nacimiento del otro habría podido, si hubiese querido, llegar a ser caballero y reinar sobre todo el imperio. El primero tuvo por nombre Alejandro, Alís fue llamado el menor. Su padre se llamó Alejan-

dro y Tantalis la madre. Pero no diré más de la emperatriz Tantalis, del emperador y de Alís. Os hablaré de Alejandro, que fue tan valeroso y noble que no se dignó llegar a ser caballero en su propio país.

Había oído hablar del rey Arturo, que reinaba por entonces, y de los nobles que le rodeaban y que siempre le acompañaban, puesto que su corte era temida y afamada en todo el mundo. Nada ni nadie podría detenerle, ni impedirle ir a Bretaña, pasara lo que pasara y sucediera lo que sucediera. Pero es justo que tome licencia de su padre antes de ir a Bretaña o a Cornualles. Para pedir y recibir su venia, acude a hablar al emperador.

Alejandro, hermoso y noble, le dirá cuál es su intención y lo que desea hacer y emprender:

–Buen padre –dijo–, para conseguir honor y conquistar gloria y renombre querría pediros una merced que deseo me concedáis y me otorguéis sin dilación, si debéis concedérmela.

Considera el emperador que ningún daño puede sobrevenirle de este ruego. Nada debe querer y desear él más que el honor de su hijo. Pensaría que estaba actuando muy bien. ¿Lo pensaría? Así lo haría si acrecentase el honor de su hijo:

–Amado hijo, os lo concedo con gusto –dijo–, pero, decidme, ¿qué queréis que os dé?

Ha logrado su propósito el joven, que era muy feliz, pues le iban a conceder el don que tanto deseaba.

–Señor –dijo–, ¿queréis saber lo que me habéis prometido? Deseo tener gran cantidad de vuestro oro y vuestra plata y deseo tener por compañeros a algunos de vuestros hombres escogidos por mí, pues deseo abandonar vuestro imperio y ofrecer mi servicio al rey que gobierna en Bretaña para que me haga caballero. Os juro que nadie verá a ninguna hora mi rostro protegido, ni yelmo en la cabeza, en tanto que el rey Arturo no me ciña la espada, si se digna hacerlo, pues no deseo recibir las armas de otra mano que no sea la suya.

Sin poder esperar más, el emperador responde:

–¡Hijo querido, por Dios no hables así! Este país os pertenece por completo, así como Constantinopla la rica. No me debéis tener por avaro, puesto que consiento en haceros tan gran don. Mañana os haré coronar y mañana seréis caballero. Toda Grecia estará en vuestra mano y recibiréis de nuestros barones los juramentos y homenajes, como es debido. Rehusar esto no es de sabios.

El joven escucha la promesa de cómo al día siguiente, después de misa, su padre le va a armar caballero, pero dice que él será villano o bueno en otro país que no sea el suyo.

–Si queréis otorgarme mi deseo y cumplir lo que os he pedido, dadme veros y petigrises, buenos caballos y telas de seda, pues antes de ser caballero querría servir al rey Arturo. No tengo aún méritos suficientes como para llevar armas. Nadie podría disuadirme, ni con ruegos ni con elogios, de ir a tierra extraña, a ver al rey y a sus nobles cuyas proezas y cortesía son tan famosas y alabadas. ¡Muchos grandes hombres pierden, por su pereza, la gloria que podrían alcanzar si erraran por el mundo! Según me parece, holganza y fama de ningún modo pueden ir juntas. Para conseguir gloria, en nada beneficia al hombre rico que esté todo el día descansando, pues son cosas contrarias y opuestas. Es esclavo de sus riquezas quien siempre las amasa y acrecienta. Buen padre, puesto que me está permitido alcanzar honor, dedicaré a este empeño esfuerzo y trabajo.

Ante ello, el emperador siente, sin duda, alegría y pesar: alegría porque su hijo desea realizar hazañas, y por otro lado pesar, puesto que le abandona. Pero por el consentimiento que ha otorgado, sea cual sea el pesar que le aflija, le conviene cumplir su compromiso, pues un emperador no debe mentir.

–Buen hijo –dice–, puesto que veo que aspiráis al honor no debo impedir nada que sea para vuestro beneficio. Puedes tomar entre mis tesoros dos barcas llenas de oro y plata, pero tenéis que ser muy generoso.

Ahora el joven está contento y feliz y se muestra atento y educado, pues su padre le promete poner sus tesoros a su disposición

y le aconseja y recomienda que gaste con generosidad y le explica el motivo por el que debe hacerlo:

–Buen hijo –dice–, según creo, la generosidad es reina y señora que todas las virtudes ilumina, esto no es difícil de probar. No hay nadie, por poderoso y rico que sea, a quien, si la generosidad le vuelve la espalda por ser avaro, no resulte afrentado. ¿Quién posee tantas otras virtudes, aparte la gracia de Dios, que no sea alabado por la generosidad? La generosidad convierte por sí misma a un hombre en noble, lo que no pueden hacer ni alto rango, ni sabiduría, cortesía, gentileza, posesiones, fuerza, caballería, hazañas, señorío, belleza ni ninguna otra cosa; del mismo modo que la rosa es más bella que ninguna otra flor cuando todavía está lozana y fresca, así, allí donde la generosidad aparece, destaca por encima de todas las virtudes y cualidades que encuentre en un noble que bien se comporte y las hace valer quinientas veces. Hay tanto que contar de la largueza que no diría ni la mitad.

El joven ha obtenido todo lo que ha solicitado y pedido, pues su padre le ha concedido todo cuanto deseaba.

La emperatriz se entristece mucho cuando oye hablar del viaje que su hijo debía emprender. Pero por más que sienta dolor o pesar, por más que se le haga entender que se trata de una chiquillada, por más que se lo censure o recrimine, el joven, tan pronto como puede, ordena que sean preparadas las naves, pues no desea permanecer más tiempo en su país. Por mandato suyo, esa misma noche las naves fueron cargadas de vino, de carne y de bizcocho en el puerto. A la mañana siguiente, con gran alegría, llega Alejandro a la playa y con él sus compañeros, que se sentían felices por el viaje. Les acompañan el emperador y la emperatriz pesarosa. En el puerto, junto a los acantilados, encuentran a los marineros en sus naves. La brisa es dulce y apacible, el aire sereno y los vientos están en calma. Alejandro, en cuanto se separa de su padre y se despide de la emperatriz, que tiene el corazón dolido en el vientre, es el primero en pasar del esquife al navío y con él sus compañeros en grupos de cuatro, tres y dos. Se atropellan por

entrar cuanto antes. Enseguida fue izada la vela y levó anclas el navío; los de tierra, pesarosos de ver partir al joven, los acompañan tanto como pueden con la vista de sus ojos; para poderlos ver mejor y durante más tiempo han subido todos juntos a una alta colina que está junto a la orilla. Desde aquí contemplan su tristeza. Tanto como pueden se esfuerzan por seguir con la mirada a su amigo pues, ciertamente, sienten mucha pena por el joven. ¡Que Dios les conduzca a puerto sin dificultades ni peligros!

Estuvieron en la mar todo el mes de abril y una parte de mayo. Sin gran peligro y sin mayores problemas llegaron al puerto de Southampton. Un día entre vísperas y nona fondearon en el puerto y echaron el ancla. Los jóvenes, que no estaban acostumbrados a sufrir penalidades ni malestar, han permanecido durante mucho tiempo en el mar, que les ha dejado agotados, de suerte que todos están descoloridos y debilitados: los más fuertes y los más sanos. Y a pesar de ello celebran con gran alegría que han escapado de la mar y que han llegado donde querían. Como habían sufrido tantas penalidades, permanecen en Southampton durante la noche y lo festejan con gran alborozo y preguntan e inquieren si el rey está en Inglaterra. Se les responde que se encuentra en Winchester y que muy pronto podrán verle si madrugan y emprenden el camino adecuado. Los jóvenes se despiertan por la mañana, se visten y se preparan. En cuanto están dispuestos se alejan de Southampton. Han seguido el camino adecuado y han llegado a Winchester, donde se encontraba el rey.

Antes de la hora de prima los griegos han llegado a la corte y desmontan al pie de la escalera. Escuderos y caballos permanecen abajo, en el patio, mientras los jóvenes van en presencia del mejor rey que fue y será jamás en el mundo. Y, cuando el rey Arturo los ve, le agradan mucho y ganan su favor. Pero antes de estar en su presencia se despojan de los mantos para no ser tenidos por necios. Así se han presentado ante el rey. Todos los varones los observaban complacidos, pues los veían bellos y gentiles. Nadie dudaba de que todos fueran hijos de reyes y de condes, pues,

en efecto, lo eran. Tienen la belleza de su edad, son gentiles y bien proporcionados, de cuerpo esbelto; la ropa que visten es de un mismo color, paño y hechura. Doce iban con su señor. Solamente os diré que no había ninguno mejor que Alejandro, quien, sin embargo, no se muestra orgulloso ni soberbio. Helos aquí, sin manto, ante el rey, tan bien parecido y bien plantado. Él, Alejandro, se arrodilla y los otros doce, por respeto, se arrodillan junto a su señor.

Alejandro, que era educado y hablaba bien y con sabiduría, saluda al rey:

–Rey –dice–, si es cierta la fama que se extiende sobre vos, desde que Dios creó al primer hombre nunca ha nacido un rey que creyera en Dios tan poderoso como vos. Señor, la fama que de vos se difunde me ha traído hasta aquí para serviros y honraros y querría permanecer en vuestra corte hasta ser armado caballero novel (si mi servicio os place) por vuestra mano y por ninguna otra: porque, si no fuera por la vuestra, jamás seré llamado caballero. Si mi servicio os complace y me queréis hacer caballero, retenedme, rey magnánimo, a mí y a mis compañeros que aquí están.

El rey enseguida le responde:

–Amigo –dice,– no os rechazo a vos ni a vuestra compañía. Sed todos bienvenidos. Me parece, y así lo creo, que sois hijos de hombres de alta cuna. ¿De dónde sois?

–Somos de Grecia.

–¿De Grecia?

–Así es.

–¿Quién es tu padre?

–El emperador, señor, por mi fe.

–¿Y cómo te llamas, bello amigo?

–Alejandro fue el nombre que me pusieron cuando recibí la sal y el crisma, cristianismo y bautizo.

–Alejandro, mi buen amigo, con sumo gusto os acojo, pues me place mucho y me alegra y me habéis hecho un gran honor al venir a mi corte. Deseo que se os honre como jóvenes gentiles y nobles. Habéis permanecido largo tiempo arrodillados: levantaos, os lo ordeno; y de ahora en adelante sed de mi séquito y de mis privados. Habéis llegado a buen puerto.

Entonces los griegos se levantan. Están contentos, ya que el rey les ha invitado cordialmente a permanecer. Alejandro es bienvenido, no le falta nada de lo que desea y en la corte no hay noble, por elevada que sea su condición, que no desee cumplimentarlo y acogerlo y él no se jacta ni enorgullece de ello. Ha trabado amistad con mi señor Galván y con cada uno de los otros. Se hace querer por todos, pero mi señor Galván le aprecia tanto que le llama amigo y compañero.

En la ciudad, los griegos se habían alojado en casa de un burgués, en el mejor sitio que encontraron. Alejandro había traído consigo gran riqueza de Constantinopla y por encima de todo desea ocuparse de lo que el emperador le había ordenado y aconsejado: que tuviera su corazón vivo a dar y gastar con largueza. Se ocupa y se esfuerza mucho en ello, lleva una vida agradable en su alojamiento, es generoso y reparte sus bienes con prodigalidad, como se corresponde a su riqueza y como le aconseja su corazón. La corte entera se pregunta admirada de dónde proviene todo lo que gasta; a todos regala caballos de mucho valor que hizo traer de su tierra. Tanto se esfuerza Alejandro y tanto se preocupa por las nobles acciones, que el rey le aprecia y estima mucho, así como la reina y los nobles.

El rey Arturo quería pasar, en esta época, a Bretaña. Hizo reunir a todos sus nobles para pedirles consejo y preguntarles a quién podría confiar Inglaterra para que la mantuviese en paz hasta su regreso. Por consejo de todos se encomendó para esta tarea, así me parece, al conde Angrés de Windsor, pues pensaban que no habría barón más leal en toda la tierra del rey.

Al día siguiente de que éste tuviera el reino en su mano partió el rey, acompañado de la reina y sus damas. Llegaron a Bretaña noticias de que venían el rey con sus nobles y los bretones se

sintieron muy felices. En la nave en la que embarcó el rey no entró más joven que Alejandro ni más doncella que aquella que acompañaba a la reina, Soredamor, que desdeñaba el amor. Jamás se había oído hablar de un hombre al que ella se dignase amar, por más que fueran grandes su belleza y valentía, su nobleza, su dignidad. La doncella era tan hermosa y elegante que bien podría saber de Amor si se hubiera ocupado de ello. Pero jamás quiso prestarle atención. Ahora Amor la hará sufrir y se encargará bien de vengarse del orgullo y del desprecio con que siempre le ha tratado. Amor ha apuntado bien hacia ella: y con su dardo la ha herido en el corazón.

A menudo palidece, a menudo suda y, aún contra su voluntad, está obligada a amar. A duras penas puede contenerse de mirar a Alejandro y tiene que evitar a su hermano, mi señor Galván. Ella expía y purga muy caro su gran orgullo y su desdén. Amor le ha preparado un baño que la escalda y causa gran daño. Ora le agrada, ora le hace sufrir; ora lo desea, ora lo rechaza. A sus ojos acusa de traidores y dice:

—¡Ojos míos, me habéis traicionado! Por vuestra culpa me odia mi corazón, que siempre me era leal. Ahora me desagrada todo lo que veo. ¿Me desagrada? No, todavía me agrada más, y si veo algo que me desagrade, ¿acaso no tengo poder sobre mis ojos? No me quedarían fuerzas, en poco me tendría yo si fuera incapaz de dominarlos y hacerlos mirar a otra parte. De ese modo podría prevenirme contra Amor, que desea dominarme, porque si los ojos no ven, el corazón no siente. Si no lo miro, nada me ocurrirá. Él no me suplica, no me ruega: ¿le amaré yo si él no me ama? Si su belleza atrae mis ojos y mis ojos atienden su llamada, ¿acaso diré por ello que le amo? Jamás, pues sería mentira. Nada le debo, nada puede reclamarme. No podemos amarnos sólo con los ojos. ¿Y qué delito han cometido mis ojos si miran lo que quiero ver? ¿Cuál es su culpa, cuál su pecado? ¿Debo, pues, censurarlos? No, en absoluto. ¿Quién pues? Yo, que los tengo en custodia. Mis ojos nada miran si al corazón no place y agrada y mi

corazón no puede desear nada que me haga daño. Su voluntad me causa dolor. ¿Dolor? A fe mía, entonces estoy loca si por él deseo algo que me daña. Debo evitar, si puedo, cualquier cosa que me haga sufrir. ¿Si puedo? Estoy loca, ¿qué he dicho? En verdad debo de tener muy pocas fuerzas si no tengo dominio sobre mí misma. ¿Se va a preocupar Amor de guiarme, él, que tiene la costumbre de extraviar a los otros? A otros tiene que guiar, pues yo no le pertenezco. Jamás he sido suya y nunca lo seré ni buscaré su amistad.

De esta manera debate consigo misma, ora ama, ora odia. Duda tanto que no sabe qué es mejor hacer. Piensa que se defiende contra Amor, pero en vano se protege. ¡Dios! ¡En qué hora desconoce lo que por su parte piensa Alejandro de ella! Amor reparte por igual los mismos dones, por igual los agasaja, pues se aman y desean uno a otro. Este amor sería justo y leal si supiera el uno la voluntad del otro. Pero él no sabe lo que ella quiere ni ella de qué se lamenta él. La reina se da cuenta, pues a menudo ve a uno y otro perder el color y palidecer. No sabe cuál es la causa, ni sabe por qué razón lo hacen, a no ser que sea debido al mar en el que están.

Quizá se habría dado cuenta ella, si el mar no la engañara; pero el mar la embauca y hace que se equivoque, y en el mar ella no descubre que la causa es el amor. Están en el mar, y a amar se debe el mal que sufren. Pero de estos tres la reina sólo acusa al mar, pues ellos dos ocultan con el tercero el dolor que les aflige. A menudo paga el pecado quien no tiene culpa ni motivo. Así la reina acusa al mar y lo censura, pero se confunde al acusarlo, pues el mar no es culpable de ningún delito.

Mucho sufre Soredamor hasta que llega la nave a puerto. En cuanto al rey, es cosa sabida que los bretones hicieron gran fiesta, que le sirvieron de buen grado como a su legítimo señor. No quiero hablar del rey Arturo en esta ocasión. Antes bien, me oiréis contar cómo Amor atormenta a los dos enamorados con quienes libra combate.

Alejandro ama y desea a aquella que por su amor suspira, pero él no lo sabe ni lo sabrá hasta que haya sufrido por ella muchas penas y muchos males. Por este amor sirve a la reina y a las camareras, pero a aquella a quien más recuerda no se atreve a hablarle, ni tan siquiera a dirigirle la palabra. Si ella se atreviera a defender el derecho que cree tener sobre él, de buen grado se lo haría saber, mas no se atreve a hacerlo ni debe. Se ven el uno al otro, no pueden decir ni hacer nada y ello les resulta cada vez más penoso y su amor aumenta y les abrasa. Pero es costumbre de todos los enamorados confiarse con gusto a sus miradas cuando no pueden hacer más, y porque les gusta lo que hace nacer y crecer su amor, creen que les resulta beneficioso, cuando les perjudica; sucede también que quien más se acerca y arrima al fuego se quema más que quien se detiene y aparta. Enseguida crece y aumenta el amor, pero uno siente vergüenza ante el otro, se esconden y evitan mutuamente, igual que no sale llama ni humo del carbón que está sobre la ceniza. No hace menos calor por eso; al contrario, más dura cuando está bajo la ceniza que sobre ella.

Ambos se sienten muy angustiados, y para que no se les conozca y descubra su turbación deben engañar a todos con falsos semblantes. Pero por la noche son grandes las quejas que cada uno se dirige a sí mismo. En primer lugar os contaré cómo se queja y lamenta Alejandro. Amor se presenta en su mente como aquel por quien se siente tan gravemente herido, que le ha robado su corazón y no le deja reposar en el lecho: tanto se recrea en recordar la belleza y la gracia de aquella de quien no espera que le llegue bien alguno.

–Por loco –dice– me puedo tener. ¿Por loco? Verdaderamente estoy fuera de mí, al no atreverme a decir lo que pienso, pues enseguida podría ir en perjuicio mío. En una locura he puesto mis pensamientos. Debería razonar con mayor sensatez para no ser tenido por loco. ¿Nunca podré expresar lo que quiero? ¿Habré de esconder tanto la razón de mi sufrimiento y no imploraré ayuda ni alivio a mis dolores? Loco es quien sintiéndose enfermo no

desea ayuda y remedio, si puede encontrarlos en alguna parte. Pero hay quien, pensando conseguir su provecho y alcanzar lo que desea, sólo consigue su propio daño. Y quien no lo pretende encontrar, ¿por qué irá a pedir consejo? Se esforzará en vano. Siento mi propio mal tan grave, que jamás seré curado por medicina ni poción alguna, ni por hierba ni por raíz. Para alguna enfermedad no hay cura y mi mal está tan arraigado que no puede extirparlo ningún remedio. ¿No puede? Creo que he mentido. Si desde el principio me hubiera atrevido a confesarlo y decirlo, habría hablado al médico que podría haberme ayudado en todo. Me resulta doloroso contarlo; quizá no se dignaría escucharme y no querría aceptar pago alguno. No es extraño, entonces, que esté atemorizado, pues estoy enfermo y no sé qué mal es el que me gobierna ni sé cuándo me ha sobrevenido el dolor. ¿No lo sé? Sí, creo saberlo. Este mal me lo produce Amor. ¿Cómo es posible? ¿Acaso puede hacer daño Amor? ¿No es dulce y gentil? Creía que no había en Amor nada que no fuera bueno, pero he descubierto que es muy traidor. Nadie que no lo haya experimentado conoce las trampas que nos tiende Amor. Loco es quien se pone a su lado, pues siempre quiere atormentar a quienes lo siguen. A fe mía, su juego no es limpio. Jugar con él es peligroso. Creo que me hará daño. ¿Qué haré entonces? ¿Debo retroceder? Sería sensato obrar así, pero no sé cómo hacerlo. Si Amor me castiga y amenaza para enseñarme e instruirme, ¿debo despreciar a mi maestro? Loco es quien desdeña a su maestro. Debo guardar y mantener aquello que Amor me enseña y hace saber: gran beneficio podría obtener con ello. Pero estoy fatigado, pues me golpea demasiado. Eso me desalienta. No se ve golpe ni herida, ¿y me quejo? ¿No estaré confundido? No, sin duda. Me ha herido tan hondo que con su dardo ha alcanzado hasta el corazón y todavía no me lo ha retirado.

»¿Cómo te ha atravesado el corazón Amor, si no se ve fuera ninguna herida? ¡Has de decírmelo! ¡Quiero saberlo! ¿Por dónde te ha herido?

»Por el ojo.

»¿Por el ojo? ¿Y no te lo ha reventado?

»En el ojo no me ha dañado en absoluto, ha sido en el corazón donde me ha herido gravemente.

»Explícame entonces cómo ha pasado el dardo por el ojo sin herirlo ni romperlo.

»Si el dardo entra por el ojo, ¿por qué sufre el corazón en el vientre? ¿Por qué no se queja también el ojo que ha recibido el primer golpe? Lo puedo explicar fácilmente: el ojo no se ocupa de entender nada, ni puede nada por sí mismo, pero es el espejo del corazón, y por este espejo atraviesa, sin herir ni lastimar, el sentimiento que incendia el corazón. El corazón en el pecho ¿no está como la candela encendida que se pone dentro del fanal? Si retiráis la candela, no saldrá de él ninguna claridad, pero mientras dura la candela no está oscuro el fanal y la llama que luce dentro no la daña ni destruye. Sucede lo mismo con la vidriera: no es ni tan fuerte ni tan espesa como para que el rayo de sol no la atraviese sin deteriorarla. Una pieza de cristal no será nunca tan brillante como para iluminar por sí misma si una luz más fuerte no hiere su superficie. Con los ojos sucede lo mismo que con el vidrio y el fanal. La luz hiere los ojos en los que el corazón se ve reflejado y mira las cosas de fuera, cualesquiera que sean; y ve muchas cosas diferentes, unas verdes, otras púrpuras, unas rojas y otras azules; unas no le gustan, otras las alaba, unas las desprecia y estima las otras. Pero hay quien mostrará un bello rostro en el espejo cuando mire, y le traicionará si no es precavido. A mí y a mis ojos nos ha engañado, pues en él mi corazón ha visto un rayo que me ha burlado, y ha penetrado dentro de él y por él me ha abandonado mi corazón. He sido maltratado por mi amigo, que me ha olvidado por mi enemigo. Debería acusarlo de felonía, pues me ha tratado muy mal. Creía tener tres amigos: mi corazón y mis dos ojos; pero me parece que me odian. ¡Oh Dios!, ¿dónde están mis amigos, cuando estos tres, que me pertenecen, son mis enemigos y me dan la muerte? Mis servidores se toman demasiada confianza, hacen lo que les place y no obedecen a mi voluntad. Ahora sé por experiencia, por aquellos que me han desheredado, que el amor de buen señor puede destruirse por criados perversos a los que sustenta. Quien por malvados servidores es atendido no tardará en lamentarlo suceda lo que suceda, más tarde o más temprano.

»Os volveré a hablar ahora de cómo está hecho y tallado el dardo del que tengo guarda y custodia. Pero temo mucho que no sepa hacerlo, pues es tan delicada su talla que no me extrañaría errar. No obstante, pondré todo mi esfuerzo para deciros lo que me parece. La flecha y las plumas están tan próximas, que al examinarlas con cuidado se verá que hay entre ellas una separación tan estrecha como una raya en el peinado; pero es tan lisa y recta que nada en ella admite perfección. Las plumas están tan coloreadas como si fueran completamente de oro, pero no hay nada dorado pues las plumas, sabedlo bien, brillan más aún. Las plumas son las rubias trenzas que vi el otro día en el mar. Ésta es la flecha que me inspiró el amor. ¡Dios, qué preciado tesoro! Quien tal tesoro pudiera poseer, ¿qué otra riqueza habría de desear en su vida? Por mi parte, podría jurar que no desearía nada más, no daría las plumas y la flecha a cambio de toda Antioquía. Y, si aprecio tanto estas dos cosas, ¿quién podría estimar el valor del resto? Es tan bello y agradable, tan bueno y querido, que deseo y ansío fervientemente mirarme en esa frente que Dios ha hecho tan clara que no necesitaría de espejo, ni esmeralda, ni topacio para ser realzada. Pero todo ello no tiene valor para quien mira la claridad de sus ojos, que a todos aquellos que los contemplan parecen dos candelas encendidas.

»¡Quién tuviera una lengua tan capaz que pudiera describir el rostro, la nariz bien hecha y el claro semblante como la rosa que oscurece al lirio! También su rostro borra el lirio para iluminarlo mejor, ¿y quién podría describir la pequeña boca sonriente? A sabiendas Dios la creó con tal perfección que nadie que la contemplase no creería que estaba sonriendo. ¿Y qué diríamos

de los dientes en la boca? Están tan cerca uno de otro, que parece que están todos unidos, y para darle mayor encanto, Naturaleza hizo un pequeño trabajo: quien la mirara con la boca abierta no diría sino que los dientes fueran de marfil o de plata. Habría que contar y decir tantas cosas si hubiera que describir cada parte, el mentón y las orejas, que no sería extraño si de alguna pequeña cosa me olvido. Comparado con su boca os digo que el cristal es turbio. El cuerpo es ocho veces más blanco y la trenza más clara que el marfil. Entre el cuello y el broche vi una parte de su pecho desnudo, más blanco que la nieve recién caída.

»Mi dolor se habría aliviado si hubiese visto la flecha completa. Describiría con mucho gusto, si lo supiera, de qué está compuesta. No la vi y no es mi culpa si no sé describir algo que no he visto. Hasta ahora Amor sólo me ha mostrado la muesca y las plumas, pues la flecha estaba metida en la aljaba: el brial y la camisa que la doncella vestía. A fe mía, la flecha es la enfermedad que me mata, es el rayo que me hace entristecer tan despreciablemente.

»Soy muy despreciable por irritarme. Ningún recelo ni guerra ha de romper el compromiso que debo buscar con Amor; que haga de mí lo que le plazca, como si yo le perteneciera, puesto que lo deseo y me agrada y no quiero que esta enfermedad me abandone, antes bien creo que mejor sería padecerla siempre. No deseo que nadie me haga recuperar la salud a no ser que la curación me llegara de donde la enfermedad me ha venido.

Grande es el lamento de Alejandro, pero no es menor el de la doncella. Durante la noche siente tal desazón que no duerme ni reposa. Amor le ha encerrado en el corazón una duda y una zozobra que turban profundamente su pecho y la angustian y oprimen. Llora durante toda la noche y se lamenta, tiembla y está tan inquieta que poco falta para que pierda el conocimiento. Y cuando tanto se ha atormentado y tanto ha sollozado y sufrido, suspirado y estremecido, entonces ha mirado en su corazón quién era aquel hombre por el que Amor la atormentaba. Y cuando se

ha recuperado tras pensar en cosas que le agradan, se detiene a reflexionar y considera que todos sus pensamientos han sido un despropósito, e inicia otro debate y dice:

–Estoy loca, qué me importa si este joven es bueno y generoso, cortés y valiente. Todo es para su beneficio y su provecho. ¿Qué me importa su belleza? ¡Qué se vaya con él! Así lo hará a pesar mío, yo nada quiero arrebatarle. ¿Arrebatarle algo? ¡En absoluto! No lo deseo. Si él posee la sabiduría de Salomón y Naturaleza le ha concedido toda la hermosura que cabe en un cuerpo de hombre, aunque Dios me hubiera puesto en la mano el poder de destruirlo, no querría causarle daño, pero si pudiera, con mucho gusto lo haría más sabio y bello. Entonces no le odio, a fe mía, pero ¿soy por eso su amiga? No, no más de él que de otro. ¿Por qué pienso en él si no me agrada más que otro hombre? No lo sé. Estoy confundida. Jamás he pensado durante tanto tiempo en un hombre vivo en el mundo. Mi deseo sería verlo todos los días, no querría apartar los ojos de él, tanto me gusta cuando lo miro.

»¿Es esto Amor? Sí, así lo creo. No me acordaría de él tan a menudo si no lo amara más que a otro. Luego lo amo, he de reconocerlo. Haré lo que deseo, sí, pero siempre que a él no le disguste. Este deseo es malvado, pero Amor me ha alcanzado tanto que estoy loca, fuera de mí, asustada. Ninguna resistencia me va a servir si he de sufrir el asalto de Amor. Durante mucho tiempo me he protegido sabiamente contra él y jamás he querido hacer nada en su favor, pero ahora me siento muy bien dispuesta hacia él. ¿Y qué me debe agradecer si por afecto no puede obtener de mí ni favor ni beneficio? Mediante la fuerza ha humillado mi orgullo y debo rendirme a sus apetencias. Ahora deseo amar, ahora tengo un dueño, ahora Amor me enseñará. Pero ¿qué me enseñará? Cómo debo servirlo. En ello estoy bien instruida, soy experta en su servicio, de suerte que nadie podría reprenderme; no necesito aprender más de ello. Amor querría, y yo así lo quiero, que sea prudente, humilde, benévola, amable con todos por uno

solo. ¿Amaré a todos por amor a uno? He de ser amable con cada uno. Pero Amor no me enseña que debo ser verdadera amiga de todos, Amor sólo me enseña buenas lecciones. No sin razón me llamo Soredamor. Amar debo si debo ser amada. Debo probarlo por mi nombre, pues en mi nombre encuentro amor. Algún significado debe tener que en la primera parte de mi nombre aparezca el color de oro: los mejores son los más rubios. Por ello estimo mi nombre como el más bello, pues es del color que se armoniza con el más puro oro. Y me recuerda el amor perfecto. Así pues, quien por mi verdadero nombre me llama, evoca siempre al Amor. Una mitad de mi nombre dora la otra de un dorado claro y rubio, y al decir Soredamor es como si se dijera «Sobredorada de Amor». El «dorado de oro» no es tan fino como éste que me ilumina: mucho me ha honrado Amor, cuando él mismo me ha dorado. Pondré en él todo mi esfuerzo, pues por él he sido dorada, y jamás me quejaré de ello. Ahora amo y siempre amaré. Pero ¿a quién? En verdad, ¡es una bella pregunta! A aquel a quien Amor me ordene, jamás ningún otro tendrá mi amor. ¿Qué importa? Él no sabrá nada a menos que yo misma se lo diga. ¿Qué debo hacer si no se lo ruego? Quien algo desea lo debe pedir y buscar. ¿Cómo? ¿He de suplicarle, pues? En absoluto. ¿Por qué? Jamás se ha visto que una mujer cometiera el error de requerir de amores a un hombre, a menos que estuviera loca. Sería loca probada si saliera de mi boca algo que pudiera reprochárseme. Por vil se me tendría si de mi boca lo supiera y se me reprocharía a menudo por habérselo pedido la primera: que Amor no sea tan vil que haya de ser yo la primera. Pienso que así le seré más querida. ¡Dios! ¿Cómo lo podrá saber si no se lo digo? Aún no he sufrido bastante como para lamentarme. Esperaré hasta que lo advierta, pues no se lo haré saber. Él sin duda se dará cuenta, si alguna vez se ha ocupado o ha oído contar algo de amores. ¿Contar sobre ellos? ¡Qué locura he dicho! Amor no otorga sus gracias de manera que sólo con la palabra nos haga sabios, si al tiempo no hay buena experiencia. Por mí misma lo sé, pues nunca pude

aprender nada por palabras ni por consejos. He acudido mucho a la escuela y he sido muchas veces aconsejada, pero siempre me he mantenido aparte y ahora me lo hace pagar tan caro que hoy no sé más que un buey de labor. Pero una cosa me desespera: que él jamás haya estado enamorado. Si él no ama y nunca ha amado, entonces he sembrado en el mar, donde la semilla no puede prender, menos incluso que si lo hiciera en la ceniza. Suframos, pues, hasta que sepa si puedo encaminarlo mediante alusiones y palabras veladas. Lo haré hasta que él esté seguro de mi amor y desee requerirme. Por ahora no hay más sino que le amo y que soy suya. Si él no me ama, yo le amaré.

Así se lamentan él y ella y se esconden uno de otro. Mal pasan el día y peor la noche. Largo tiempo, así me parece, permanecieron en Bretaña sufriendo tan gran dolor, hasta que llegó el final del verano.

En los primeros días de octubre vino por la parte de Dover un mensajero de Londres y de Canterbury para anunciar al rey noticias que turbaron hondamente su ánimo. Los mensajeros le hicieron saber que permanecía demasiado tiempo en Bretaña, pues aquel a quien confió su reino querrá oponérsele y habrá reunido ya un gran ejército con sus vasallos y amigos y se habrá establecido en Londres para defender la ciudad cuando él regrese.

Al escuchar la noticia, el rey, dolido y muy enojado, llama enseguida a sus nobles. Para que cumplan mejor su deseo de destruir al traidor les dice que ellos son culpables de su tribulación y del conflicto, pues por su culpa entregó su tierra y la puso en manos del traidor, que es peor que Ganelón. No hay uno solo que no reconozca que el rey tiene razón, puesto que ellos le aconsejaron. Pero el traidor será desterrado y ha de tener por seguro que ni en castillo ni en ciudad podrá proteger su persona sin que sea sacado a la fuerza. Así todos aseguran al rey y le prometen firmemente y juran que le entregarán al traidor o que jamás serán señores de tierra alguna. Y el rey hace proclamar por toda Bretaña que cualquiera que pueda llevar armas en hueste que venga sin tardar a su lado.

Toda Bretaña está alborotada: jamás se ha visto un ejército como el que reunió el rey Arturo. Con la partida de las naves parecía que el mundo entero se había hecho a la mar; ni siquiera era posible ver las olas, cubiertas por las naves. Sin duda habrá guerra.

Por el movimiento en el mar parece que toda Bretaña se moviliza. Ya han hecho la travesía todas las naves y los soldados reunidos se establecen junto a la orilla. Se impuso en el ánimo de Alejandro el deseo de rogar al rey que le hiciera caballero, pues si alguna vez debiera conseguir gloria, la obtendría en esta tierra. Como quiere que su deseo se cumpla, toma a sus compañeros con él y va a la tienda del rey ante la que éste estaba sentado. Cuando vio acercarse a los griegos les hizo llamar a su presencia:

–Señores –dijo–, no me ocultéis nada, ¿qué os trae aquí?

Alejandro habló en nombre de todos y le expresó su deseo:

–Vengo a pediros –dijo–, como debo pedir a mi señor, que a mis compañeros y a mí nos hagáis caballeros.

El rey responde:

–Lo haré de buen grado y sin tardanza, puesto que me lo habéis demandado.

Ordena entonces que le traigan pertrechos para trece caballeros. Sus órdenes se cumplen: cada uno pide su arnés y el rey entrega a cada uno el suyo, bellas armas y un buen caballo. Cada uno ha tomado su arnés. Los doce eran de igual valor: armas, ropas y caballo, pero el de Alejandro valía él solo, si hubiera querido valorarlo o venderlo, tanto como los otros doce juntos. A la orilla del mar se desvistieron, se lavaron y bañaron, pues no desearon ni consintieron que se calentara agua en una estufa; hicieron del mar baño y cuba.

Todo ello fue sabido por la reina, que no odia a Alejandro sino que lo ama, estima y aprecia mucho. Desea hacerle un buen servicio, que es mucho más grande de lo que ella cree. Busca en todos sus cofres y los vacía hasta que ha sacado una camisa de seda blanca, bien hecha, muy fina y delicada. En las costuras no había un hilo que no fuera de oro o al menos de plata. Soredamor había puesto la mano en ella varias veces para coserla y había hilvanado un cabello de su cabeza junto al oro en las dos mangas y en el cuello, para ver y comprobar si podría encontrar a algún hombre que, poniendo toda su atención, pudiera diferenciar uno del otro, pues el cabello era tanto o más brillante y rubio que el oro.

Soredamor tomó la camisa y la envió a Alejandro. Y ¡Dios!, ¡qué gran alegría habría sentido él si hubiera sabido que la enviaba la reina! Y ¡qué alegría habría sentido también ella, que había puesto su cabello, si hubiera sabido que su amigo había de llevarla y vestirla! Habría sentido un gran gozo, pues no apreciaría tanto el resto de sus cabellos como aquel que Alejandro tenía. Pero ni él ni ella lo sabían y es una lástima que no lo supieran.

El mensajero de la reina llegó al puerto donde los jóvenes se lavaban y los encontró en el mar. Mostró la camisa a aquel a quien ella tanto agradaba y por esta razón él la aprecia más, pues proviene de la reina. Pero si hubiera sabido el resto todavía la habría amado más, pues a cambio de ésta no habría aceptado el mundo entero, si se le hubiera ofrecido.

Alejandro no se retrasa más y se viste al momento. Una vez vestido y armado, ha ido a la tienda del rey y todos sus compañeros con él. La reina, así me parece, ha venido a sentarse a la tienda, pues deseaba ver llegar a los caballeros noveles. A todos los encontraríamos bellos, pero Alejandro, de cuerpo esbelto, era el más hermoso de todos. Son caballeros y no diré más.

En lo sucesivo hablaré del rey y del ejército que vino a Londres. La mayor parte de su gente se unió a él y a su lado había una gran multitud. El conde Angrés reunió a todos aquellos de entre sus hombres a quienes pudo atraer a su causa mediante promesas y regalos. Cuando hubo reunido a su gente, huyó por la noche a escondidas, pues muchos le odiaban y temía ser traicionado. Pero antes de huir se hizo en Londres con cuantas provisiones pudo, así como oro y plata, y lo repartió todo entre sus mesnadas.

Comunicaron al rey las noticias de que el traidor había huido y con él todo su ejército, y que había cogido tantos víveres y bienes en la ciudad que los burgueses habían quedado empobrecidos, desheredados y arruinados. Y el rey ha respondido que no aceptará ningún rescate por el traidor, sino que lo ahorcará si puede alcanzarlo y capturarlo. Enseguida todo el ejército se pone en movimiento y llega a Windsor.

En aquel tiempo, al margen de cómo sea ahora, si alguien quería defender aquel castillo no resultaba fácil tomarlo, puesto que el traidor, en cuanto tramó la traición, lo fortificó con dobles muros y fosos que había reforzado además con puntales y afiladas estacas, de suerte que no cayesen hacia atrás. Se había tomado mucho trabajo en fortificarlo. Había empleado junio, julio y agosto completos en hacer las empalizadas, los fosos y el puente levadizo, las zanjas, barreras y lizas, puertas de hierro corredizas y un gran torreón de bloques de piedra. Jamás estuvo la puerta cerrada ni por miedo ni ante un ataque. El castillo estaba construido en una elevada colina y a sus pies corría el Támesis.

La hueste se asentó en la glera del río y ese día no se ocupó de luchar sino de plantar las tiendas. La hueste había acampado a la orilla del Támesis. Todos los prados están cubiertos de pabellones verdes y rojos. El sol golpea en los colores y el río resplandece durante más de una legua. Los moradores del castillo bajaron al arenal a esparcirse, empuñando sólo las lanzas y los escudos agarrados contra sus pechos, pues no llevaban otras armas. Hacen ver a los de fuera que apenas los temen, pues habían venido desarmados. Desde el otro lado Alejandro observa a los caballeros que delante de ellos alardean y siente deseos de enfrentarse y llama por su nombre a sus compañeros uno tras otro: primero a Cormix, a quien ama mucho, después de él a Acorde el Temerario, después a Nebunal de Micenas, Acoridomés de Atenas, Ferolín de Salónica, Charquedón de la parte de África, Parménides de Franchegel, Torni el Fuerte y Pinabel, Nerius y Neriolis:

–Señores –les dice–, deseo vivamente enfrentarme con escudo y lanza a éstos que vienen a bohordar delante de mí. Bien veo que me tienen por cobarde y me parece que nos consideran poco cuando vienen aquí a justar, ante nuestros ojos, desarmados del todo. Hemos sido armados hace muy poco y todavía no nos hemos estrenado ni contra caballero ni contra quintana. Nuestras primeras lanzas las hemos guardado enteras durante mucho tiempo. ¿Para qué se han hecho nuestros escudos? Aún no han sido agujereados ni quebrantados y es una riqueza que en nada vale si no es en la batalla y el combate. Pasemos el vado, ataquémoslos.

Todos responden:

–No te abandonaremos.

Y cada uno añade:

–¡Que Dios me salve, quien esto haga no es vuestro amigo!

Ciñen enseguida sus espadas, cinchan sus caballos, montan y toman sus escudos. Cuando los han colgado de su cuello y han cogido las lanzas con las divisas pintadas de colores, todos se lanzan rápidamente al vado. Los que están enfrente bajan las lanzas y van a golpearlos con rapidez, pero éstos les responden bien, no les perdonan ni evitan y no les ceden un pie de tierra. Por el contrario, cada uno golpea tan bien a su oponente que no hay un caballero tan excelente que no sea forzado a abandonar los arzones. No los tendrán por hombres viles, ni por ruines ni cobardes. Los griegos no han desperdiciado los primeros golpes, pues han descabalgado a trece. En el campamento se ha elevado el clamor por los tajos de sus espadas. Enseguida se habría organizado una buena pelea si los otros se hubieran atrevido a esperarlos. Los griegos corren por el campo a tomar las armas y lanzando un grito se arrojan contra el enemigo: cada uno de los adversarios huye y no permanece en su puesto. Y los griegos los persiguen, hiriéndolos con lanzas y espadas. Hubo bastantes cabezas cortadas, pero Alejandro fue quien alcanzó el premio, pues gracias a su coraje llevaba cuatro caballeros cautivos y atados. Y los muertos yacían abandonados y hubo bastantes decapitados, heridos y mutilados.

Alejandro presenta y ofrece a la reina, por cortesía, su primera hazaña caballeresca, no quiere que otro se apodere de los caballeros, pues el rey les haría ahorcar enseguida. La reina les ha hecho prender y retener en prisión como acusados de traición. Pero al rey no le satisface; ordena a la reina que venga inmediatamente a hablar con él y que no retenga a los traidores, pues es necesario que los entregue o, si no, los retendrá contra la voluntad del rey. La reina se ha llegado hasta el rey y ambos han conversado sobre los traidores, tal como debían. Todos los griegos permanecieron en la tienda de la reina junto a las doncellas. Los doce conversaron largo rato con ellas, pero Alejandro no dijo palabra. Soredamor, que se había sentado cerca de él, se dio cuenta. Ella puso la mano junto al muslo del joven, que parecía pensativo. Así permanecieron sentados largo rato, hasta que vio en el brazo y en el cuello de Alejandro el cabello con el que había hecho el bordado. Se acercó un poco más a él, pues había encontrado una excusa para dirigirle la palabra, pero no sabía cómo hablar ella antes y debate consigo misma:

–¿Qué diré primero? –dice ella–. ¿Le llamaré por su nombre o le diré «amigo»? ¿Amigo? No. ¿Cómo entonces? ¡Le llamaré por su nombre! ¡Dios, es una palabra tan hermosa y tan dulce de nombrar, «amigo»! Si me atreviera a llamarle «amigo»... ¿Si me atreviese? ¿Quién me lo prohíbe? Me lo prohíbe que puedo mentir. ¿Mentir? No sé lo que será, pero si miento, me pesará. Por esto debo tolerarlo, pues no querría mentir. Dios, él no mentiría si me llamase su dulce amiga. ¿Y yo le mentiría? Ambos deberíamos decir la verdad, y si yo miento, suya será la culpa. Pero ¿por qué me resulta su nombre tan difícil de pronunciar que quiero ponerle un sobrenombre? Me parece que hay tantas letras que enseguida, en la mitad, debería detenerme. Pero si le llamara amigo lo diría fácilmente. Puesto que temo flaquear al decir el otro nombre, querría, por mi sangre, que se llamara «mi dulce amigo».

Se detiene tanto en estos pensamientos que da tiempo a que la reina regrese de hablar con el rey, que la había convocado. Alejandro la ve llegar, se presenta ante ella y le pregunta qué le ha ordenado hacer el rey con los prisioneros y qué será de ellos.

–Amigo –dijo ella–, me pide que los entregue a su criterio y que se cumpla su justicia. Por ello el rey está muy irritado por no habérselos entregado todavía; es necesario que los envíe, pues quiere tenerlos junto a sí.

Así han pasado esta jornada, y al día siguiente los buenos y leales caballeros se reúnen ante el pabellón real para dar una sentencia conforme a la ley y proclamar qué tortura y castigo se aplicará a los cuatro traidores hasta que mueran. Unos dicen que sean desollados, otros que sean colgados y quemados, y el rey mismo estima que los traidores deben ser arrastrados. Entonces manda que sean llevados a su presencia. Son conducidos ante el rey, que los hace atar y les dice que serán descuartizados alrededor del castillo, ante la mirada de quienes están dentro.

Cuando dejó de hablar, el rey, que deseaba que se les diera muerte, se volvió al gran palacio, hizo venir a Alejandro y llamándole su amigo querido le dijo:

–Amigo –dice–, ayer os vi atacar con bravura y defenderos muy bien; os debo dar la recompensa: aumento vuestra mesnada con quinientos caballeros galos y mil guerreros de mi país. Cuando haya terminado mi guerra, junto con todo esto que os he dado, os haré rey coronado del mejor reino de Gales. Hasta que llegue ese tiempo os donaré burgos y castillos, ciudades y poblados en tanto se os entrega la tierra que posee vuestro padre y de la que debéis ser emperador.

Alejandro y sus compañeros agradecen al rey este don. Todos los barones de la corte dicen que Alejandro merece el honor que el rey le manifiesta. Cuando éste ve la tropa, los compañeros y servidores con que va a obsequiarle el rey, manda que suenen trompetas y bocinas por todo el campamento. No hay ninguno, cobarde y valiente, que no tome sus armas: los de Gales y Bretaña, los de Escocia y Cornualles, pues de todas partes, sin excepción, fue el ejército reforzado.

El caudal del Támesis había disminuido, pues no había llovido en todo el verano. Era tal la sequía que los peces morían y las naves estaban varadas en seco en el puerto: se podía vadear incluso allí por donde era más profundo. El ejército cruzó el Támesis. Unos ocuparon el valle, otros escalaron la colina. Los del castillo se dieron cuenta y vieron cómo se acercaba aquel admirable ejército, que aparecía tan fuerte, para tomar y destruir la fortaleza y se dispusieron a defenderla. Antes de que ningún asalto se lleve a cabo, el rey hace que los traidores sean arrastrados por cuatro caballos alrededor del castillo, entre los vallezuelos y por las colinas y los eriales. El conde Angrés estaba muy pesaroso al ver cómo arrastraban ante él a aquellos que le eran queridos. Los otros estaban aterrados, pero, por muy espantados que estuviesen, no tenían ningún deseo de rendirse. Era obligado que se defendiesen, pues bien les había mostrado el rey a todos su irritación y su cólera y veían que si les atrapaba les haría morir de modo vergonzoso.

Cuando los traidores fueron despedazados y sus miembros yacieron esparcidos por el campo, comenzó entonces el asalto. Pero todo el trabajo fue en vano: se afanaron en lanzar dardos y lanzas a los sitiados, sin embargo no pudieron hacer nada, y no fue porque no se esforzaran: en gran cantidad lanzaron y arrojaron cuadrillos, jabalinas y dardos. En todas partes se escuchaba el intenso zumbido que formaban ballestas y hondas, flechas y piedras redondas que volaban mezcladas como la lluvia con el granizo. Durante todo el día se esforzaron unos en defender, otros en atacar, hasta que la noche los separó. El rey, por su parte, hizo saber y proclamar en el campamento qué regalo suyo recibiría aquel que tome el castillo:

–Le daré una copa de mucho valor, de quince marcos de oro, la más rica de mis bienes. La copa será primorosa y delicada y a quien plazca tener copas deberá apreciarla más por su artificio que por la materia de que está hecha: tan perfecto es el trabajo de la copa. Pero, a decir verdad, más que por la hechura o por el oro, valen las piedras de fuera. Si es un servidor el que toma el castillo, para él será la copa; si es tomado por un caballero, no deseará obtener otra recompensa, si es que se puede encontrar en el mundo.

Después de esta proclama, Alejandro no olvidó su costumbre de ir cada tarde a ver a la reina y también había ido en aquella ocasión. Alejandro y la reina estaban sentados juntos. Muy cerca delante de ellos estaba sentada, sola, Soredamor, que los miraba con tanto agrado que no querría estar en el Paraíso. La reina había tomado la mano derecha de Alejandro y de pronto reparó en el hilo de oro que había perdido su brillo; mientras el hilo de oro palidecía, el cabello continuaba brillando. Por casualidad recordó que Soredamor había hecho este bordado y sonrió. Alejandro se dio cuenta y le rogó, si es que podía revelarlo, que le dijera qué le había hecho reír. Tarda la reina en hablar y mira hacia Soredamor y la invita a que venga a su lado. Acude de buen grado y se arrodilla ante ella. Alejandro se siente feliz al verla acercarse tanto que podría tocarla, pero ni siquiera se atreve a mirarla. Se le va el sentido y casi enmudece. Y ella está tan confundida que no sabe qué hacer con sus ojos y baja su mirada a tierra y no la dirige a ninguna parte. La reina está muy asombrada al verla ora palidecer, ora ruborizarse, y medita en su corazón sobre el comportamiento y el rostro de cada uno y de ambos a la vez. La reina se da cuenta y le parece que estos cambios en el semblante son accidente del amor. Pero no desea poner a ambos en un aprieto y aparenta que no se da cuenta de lo que ve. Actuó bien, de acuerdo con lo que debía, pues nada revelaron su cara ni su semblante, sino que dijo a la joven:

–Doncella, mirad aquí y decidme, sin ocultar nada, dónde fue cosida la camisa que viste este caballero.

La joven arde de pudor y vergüenza, pero cuenta la historia de buena gana, pues desea que Alejandro escuche la verdad, y él siente tal alegría al escucharla, cuando ésta cuenta y describe cómo fue hecha la camisa, que a duras penas se contiene de in-

clinarse y adorar el fino cabello que contempla. Sus compañeros y la reina, que estaban allí delante, le molestan y le contrarían: por ellos no se atreve a llevar la camisa a los ojos y a la boca, donde la habría llevado con sumo gusto, si supiera que no le veían. Está contento por tener tanto de su amiga, pues no piensa ni espera alcanzar jamás otro bien de ella. Su deseo le hace dudar; sin embargo, cuando tiene ocasión, besa la camisa más de cien mil veces. Siente durante toda la noche una inmensa alegría, pero bien se guarda de que nadie le vea. Cuando está acostado en su lecho, encuentra gozo, deleite y placer en lo que no puede dárselo.

Durante toda la noche abraza la camisa, y cuando contempla el cabello cree ser señor del mundo entero. Amor convierte a un sabio en loco, pues encuentra la felicidad en un cabello. Pero Amor cambiará este placer. Así se deleita y goza.

Antes del alba clara y el sol, los traidores tienen consejo sobre qué pueden hacer y qué pueden llevar a cabo. Es cosa segura que podrán mantener el castillo durante largo tiempo, si se afanan en defenderlo. Pero conocen el firme ánimo del rey, que no se retirará hasta que lo haya conquistado, aunque deba emplear en ello toda su vida. Entonces tendrán que morir. Y si no entregan el castillo, no pueden esperar piedad. Cualquier decisión que tomen va en contra suya, pero se ha resuelto salir a hurtadillas, antes de que despunte el día, y sorprender al ejército desarmado y a los caballeros durmiendo, todavía en su lecho. Antes de que despierten y de que estén armados y preparados, los del castillo habrán hecho tal matanza que la mortandad de esta noche será recordada para siempre. Todos los traidores, por despecho, están de acuerdo con la iniciativa, pues no confían en salvar su vida. La desesperación, cualquiera que sea el desenlace, les llena de audacia, ya que no ven otro remedio sino la muerte o la prisión. Pero la salvación no es segura. Ningún esfuerzo les puede resultar útil para escapar y no ven cómo podrían ponerse a salvo en el caso de que huyesen, pues el mar y los enemigos están alrededor de ellos y

ellos en medio. Están de acuerdo en que no deben entretenerse; se arman y preparan enseguida y después se dirigen hacia el noroeste junto a una antigua poterna.

Salen en orden cerrado y forman cinco cuerpos con su gente: dos mil soldados pertrechados para la batalla y mil caballeros en cada uno.

Esta noche las estrellas y la luna no han mostrado sus rayos en el cielo. Pero, antes de que llegaran a las tiendas, la luna comenzó a elevarse más temprano de lo que solía hacerlo, y es que Dios, que deseaba causarles daño, iluminó la noche oscura, pues no protegía aquel ejército, sino que lo odiaba por el pecado que lo mancillaba, pues Dios odia la traición y a los traidores más que a otra fechoría. Así, pidió a la luna que luciera para que los perjudicara. La luna, que se reflejaba sobre los relucientes escudos, les estorbó mucho y también les perjudicaron los yelmos que brillaban en el claro de luna, pues los centinelas, que debían vigilar el campamento, los vieron y gritaron por todo el campamento:

—¡Arriba, caballeros, arriba, levantaos enseguida! ¡Al arma, al arma! ¡Los traidores vienen contra nosotros!

Por todo el campamento corrieron a las armas y se apresuraron y afanaron en armarse como es necesario en tal situación. Pero ni uno solo de ellos se movió antes de que todos se hubieran armado convenientemente. Todos montaron a caballo.

Mientras éstos se arman, aquéllos se apresuran, pues están deseando entrar en batalla para encontrarlos desarmados y poder sorprenderlos. Los hombres avanzan en cinco direcciones, repartidos en grupos. Unos llegan por el monte, otros se aproximan por el río, el tercer grupo entra en el bosque, el cuarto va por un valle y el quinto escuadrón ataca junto a una cortada abierta en la roca, con el propósito de lanzarse violentamente y a su aire entre las tiendas. Pero no han encontrado vía segura ni paso, pues los soldados del rey los combaten y desafían fieramente y les echan en cara la traición. Se atacan con la punta y la lanza y se funden unos con otros con la misma fiereza con que los leones se aba-

lanzan sobre su presa y devoran cualquier cosa que alcanzan. En el primer envite hubo, en verdad, gran mortandad por ambas partes. Pero la ayuda llega a los traidores, que venden caras sus vidas y se defienden desesperadamente. Cuando no pueden resistir más tiempo, ven llegar por cuatro partes sus batallones, que acuden a socorrerlos. Los soldados del rey se lanzan contra ellos tan rápidamente como pueden sus caballos al ser espoleados. Les dan tales golpes en los escudos que, además de los heridos, han abatido a más de quinientos de ellos. Los griegos no ceden y Alejandro no se olvida, sino que se afana en golpear con bravura. En lo más espeso de la batalla se enfrenta con un bellaco que no vale un botón: ni el escudo, ni la cota de malla le protegen más que un cendal azul. Cuando termina con éste, ofrece su servicio a otro y tampoco escatima, pues le hiere tan cruelmente con la lanza que le arranca el alma de su cuerpo y la casa se queda sin inquilino. Después de estos dos acomete a un tercero, un caballero muy noble y de bella traza, y lo golpea de tal forma que por los dos flancos le fluye la sangre y el alma se despide del cuerpo, pues la ha echado fuera. A muchos mata, a muchos mutila, como rayo que vuela se lanza contra quienes ataca y lo hace con tal rapidez que ni rodela ni escudo les protege. Sus compañeros son generosos en esparcir sangre y sesos, y bien saben cómo asestar sus golpes. Y los reales atacan con tal vigor que les hacen pedazos y los dispersan como a vil multitud. Tantos muertos yacen en los campos de labor y ha durado tanto la batalla que mucho antes de que fuera de día era tal la derrota de los enemigos que el cortejo de los muertos se extendía cinco leguas a lo largo del río.

El conde Angrés abandonó el estandarte durante el combate y se escabulló llevándose a siete de sus hombres. Regresó a su castillo por un camino tan escondido que no cree que nadie pueda descubrirlos. Pero Alejandro se percató y le vio escapar del campo de batalla y pensó que, si pudiera seguirlos sin que nadie se diera cuenta, iría contra ellos. Antes de llegar al valle ve llegar por un sendero que conducía hasta donde él estaba a treinta caballeros. Seis de ellos son griegos, los otros veinticuatro galos, y le siguen de lejos por si pudiera necesitarlos. Alejandro se da cuenta, y cuando los ve acercarse se detiene para esperarlos mientras se fija bien en el camino que toman los que vuelven al castillo hasta que les ve entrar dentro. Entonces comienza a planear una peligrosa hazaña, un ardid maravilloso, y cuando lo ha concebido se dirige hacia sus compañeros y les ha dicho y contado:

–Señores, si queréis tener mi afecto, sea mi conducta de loco o de sabio, concededme mi deseo.

Y ellos le han asegurado que no se opondrán a nada que él quiera hacer.

–Cambiemos –dijo– nuestros arneses, tomemos los escudos y las lanzas a los traidores que aquí vemos; así iremos al castillo. Los traidores pensarán que somos de los suyos y, cualquiera que sea la suerte que allí nos aguarde, se nos abrirán las puertas. ¿Y sabéis qué recompensa les daremos? Los cogeremos muertos o vivos si Dios nuestro Señor nos lo consiente. Y sabed que, si alguien de vosotros se arrepiente, no lo tendré en buena estima mientras viva.

Todos aceptan su voluntad. Cogen los escudos de los muertos y se revisten con sus pertrechos. Los soldados que estaban dentro del castillo subieron a las almenas de la torre y reconocieron los escudos y creyeron que eran de su gente, pues no pensaron en la trampa que se escondía bajo éstos. Y el portero abre las puertas y les deja entrar dentro. Es engañado y burlado, pues no les dice nada y ninguno de ellos le dirige la palabra, sino que entran mudos y en silencio, y muestran tal aspecto de aflicción que arrastran sus lanzas tras ellos y se inclinan bajo los escudos y tienen el aire de estar profundamente abatidos. Así se dirigen a donde quieren llegar y salvan las tres murallas. Dentro encuentran gran número de soldados y caballeros junto al conde, no sabría decir cuántos. Pero todos están desarmados excepto aquellos ocho que acaban de llegar del campo de batalla. Y estos mismos se disponen a despojarse de sus armaduras, pero se han dado demasiada prisa pues

los griegos, que se habían dispuesto para atacarlos desde un lugar alto, no van a ocultarse más y se lanzan contra ellos. Así, dejan correr sus destreros, se afirman en los estribos, les atacan y acometen tanto y tan bien que han matado a veintiuno de ellos antes de haberlos desafiado. Los traidores, espantados, exclaman «¡Traición, traición!», pero los griegos no se dejan impresionar y durante el tiempo que los encuentran desarmados ponen a buena prueba sus espadas. Han tratado tan bien a tres de aquellos ocho a quienes encontraron armados, que no han dejado más que a cinco. El conde Angrés, protegido con su escudo de oro, acomete violentamente, y delante de todos golpea a Macedor y le hace caer muerto a tierra. Alejandro siente un dolor inmenso cuando ve muerto a su compañero y casi enloquece de rabia. El sentido se le turba, pero su fuerza y valor se redoblan y va a golpear al conde con tal violencia que su lanza se rompe, pues, si pudiera, vengaría con gusto la muerte de su amigo. Pero el conde era muy fuerte y caballero bueno y atrevido, y no habría otro mejor en el mundo si no fuera traidor y felón. Éste le va a dar tal golpe que rompe su lanza en trozos y la reduce a pedazos y astillas. Sin embargo, el escudo resiste y ninguno de los dos desplaza al otro menos que a una roca, pues los dos son muy fuertes. Pero el conde no tenía la razón de su parte y eso le perjudica y le hace mal. La cólera les arrastra y ambos desenvainan su espada, pues habían quebrado su lanza. No habría ninguna salvación si aquellos dos esforzados hubiesen querido prolongar durante largo rato el combate y habría llegado a su fin, cualquiera que hubiera sido el desenlace. Pero el conde no se atreve a permanecer allí. Ve alrededor a su gente, que había sido sorprendida desarmada, muerta. Y los otros persiguen con saña y mutilan, degüellan, descuartizan y descerebran, y acusan al conde de traidor. Cuando se oye acusar de traición, corre hacia su torre para ponerse a salvo y sus hombres huyen con él. Sus enemigos les persiguen y se lanzan tras ellos ferozmente. No dejan escapar ni a uno solo de los que alcanzan. Tanto matan y masacran que no creo que pudieran

llegar más de siete a lugar seguro. En cuanto entraron en la torre se detuvieron en la puerta, pues los que les perseguían les habían seguido tan de cerca que habrían entrado dentro si hubieran tenido el paso libre. Mientras esperaban la ayuda de su gente, que se estaba armando abajo en el burgo, los traidores se defendieron bien. Por consejo de Nebunal, un griego que era muy experto, fue defendido el paso de suerte que los del castillo no pudieran llegar porque se entretuvieron demasiado por cobardía o por indolencia.

Allá arriba, en la fortaleza, no había más que una sola entrada, de manera que si tapaban este acceso no debían preocuparse de que vinieran fuerzas que les pudieran causar daño. Nebunal les propone y recomienda que vayan veinte a la puerta a atacar y combatir, pues rápidamente podría caer sobre ellos tal cantidad de gente que les causaría daño si tuviera fuerza o poder para hacerlo. Veinte debían ir a defender la puerta, otros diez a combatir ante la otra puerta para que el conde no se encerrase dentro. Se hizo lo que aconsejó Nebunal. Diez permanecieron en la entrada ante la puerta de la torre y otros veinte fueron a la puerta de la fortaleza. Por muy poco no se retrasaron, pues vieron venir una tropa de soldados ansiosa y ávida por combatir en la que había muchos ballesteros y soldados de diversos oficios con distintas armas. Unos llevaban picas, otros hachas danesas, lanzas, espadas turcas, dardos y jabalinas. Habrían tenido que pagar demasiado cara su acción, pues habrían tenido que salir si esta gente hubiera caído sobre ellos, pero aquellos no llegaron a tiempo. Gracias al consejo y sabiduría de Nebunal les adelantaron y les obligaron a permanecer fuera. Cuando vieron que se habían quedado fuera, se tomaron un descanso, porque comprendieron que no conseguirían nada mediante un asalto. Entonces comenzaron a oírse gritos y lamentos de mujeres y de niños pequeños, de ancianos y de jóvenes. Eran tan desgarradores que los del castillo no habrían oído ni un trueno en el cielo. Mucho se alegraron los griegos, pues estaban seguros de que por mucha suerte que tuviera

el conde no iba a escapárseles sin ser apresado. Cuatro de ellos subieron rápidamente hasta las almenas de los muros con idea de vigilar que los de fuera no pudieran entrar en el castillo ni caer sobre ellos mediante ningún ingenio o ardid. A los diez que combatían se unieron los otros dieciséis.

Cuando ya fue de día, los diez habían combatido tanto que habían logrado penetrar en la torre. Y el conde, con un hacha en la mano, se había colocado junto a un poste donde se defendía fieramente. A aquel a quien alcanzaba, lo hiende por la mitad y su gente se coloca a su lado y no es perezosa en vengarse en este último esfuerzo del día. Los hombres de Alejandro se lamentan, pues de los diez y dieciséis que eran sólo quedan trece. Alejandro casi enloquece de rabia cuando ve que sus hombres han sufrido tanto daño que están muertos o exhaustos. Pero no se olvida de la venganza. Había encontrado una estaca larga y pesada en una ladera y golpea a un bellaco al que no valió un botón ni el escudo ni la cota de malla, pues no impiden que caiga a tierra boca arriba. Después persigue al conde y, blandiendo la estaca, le propina tal golpe con la barra cuadrada que el hacha se le cae de las manos. Se queda tan turbado y aturdido que si no se hubiera apoyado en el muro no habría pie que lo hubiera podido sostener. Tras este golpe la batalla termina. Alejandro se abalanza sobre el conde, lo prende y él no se inmuta. De los otros no es necesario decir nada, pues fueron dominados fácilmente cuando vieron a su señor hecho prisionero. Los hacen presos junto con el conde y se los llevan para vergüenza suya, tal como lo habían merecido.

De todo esto nada sabían los griegos que estaban fuera, pero cuando terminó la batalla habían encontrado por la mañana los escudos de sus compañeros entre los cadáveres. Sin motivo alguno, los griegos hacen un duelo muy grande por su señor. Cuando reconocen su escudo se sienten abrumados por el dolor y la desesperación; desfallecen sobre él y proclaman que han vivido demasiado. Córnix y Nereus se desmayan. Corniex y Acoriundes, cuando vuelven en sí, maldicen sus vidas. En olas les caen las lágrimas

de los ojos sobre el pecho. Vida y alegría les resultan despreciables, y por encima de todos, Parménides se arranca los cabellos. Estos cinco hacen un duelo tan grande por su señor que no lo podrían hacer mayor. Pero se sienten desolados sin motivo: han tomado otro por el cuerpo de su señor y creen que lo llevan consigo. Cuando ven los otros escudos se sienten profundamente desconsolados, pues al verlos creen que son los cuerpos de sus compañeros. Sobre ellos desfallecen y se lamentan. Pero todos los escudos les engañan: no hay entre ellos más que un solo muerto que se llamaba Leriolis y es a él a quien habrían llevado si hubiesen sabido la verdad. Sienten tanto dolor por los otros como por éste. Han cargado y llevado a todos los muertos y se han confundido en todos salvo en uno. Pero, como a aquel que sueña y toma por verdadero algo que es falso, les engañan los escudos con bocla, pues convierten en verdadero lo que es mentira. Son engañados por los escudos. Una vez que están cargados los cuerpos, van hasta las tiendas, donde había muchos soldados pesarosos. Pero ante el duelo que hacían los griegos todos los demás callaban. A causa del duelo se juntó una gran multitud.

Cuando Soredamor oye los gritos y lamentos por su amigo piensa y cree que ha nacido en mala hora. A causa de las quejas y el dolor parece estar muerta por su aspecto y le causa pena y daño no atreverse a mostrar abiertamente su tristeza. En su corazón esconde su dolor, y si alguno se hubiera fijado habría visto la profunda desesperación en el semblante que mostraba. Pero cada uno estaba tan ocupado en expresar su dolor que no le importaba el ajeno. Cada cual lamenta su propia pena, que le resulta pesada y amarga. Allí llora el hijo sobre el padre, llora el padre sobre el hijo, éste se desmaya sobre el cadáver de su primo y éste otro sobre su sobrino; así, en todas partes, se lamentan padres, hermanos y parientes. Pero sobre todos destaca el duelo que hacen los griegos que, por el contrario, podían aguardar gran alegría: los grandes lamentos de todo el ejército se volverán pronto gran gozo.

Los griegos que estaban fuera se encontraban sumidos en gran dolor y los de dentro se esforzaban por hacerles saber el gran gozo que les espera. Desarman y atan a sus prisioneros y éstos les piden y suplican que les corten la cabeza de inmediato. Pero ellos ni quieren ni se dignan, y les dicen que los tendrán bajo custodia hasta ponerlos en manos del rey y éste les pagará la justa recompensa que merecen sus méritos.

Cuando están todos desarmados los hacen subir a las ventanas para que los vean las tropas que están fuera. Esta atención no les hace ninguna gracia. Al ver a su señor preso y atado, no se sienten muy felices. Alejandro, desde lo alto del muro, pone a Dios y a los santos del mundo por testigos de que no dejará vivo a uno solo y de que los matará inmediatamente si no van todos a rendirse ante el rey, antes de que éste pueda prenderlos:

–Os ordeno que vayáis ahora mismo junto a mi señor –dice–, y os pongáis a su merced. Ninguno de vosotros, salvo el conde (que aquí está) merece la muerte. No perderéis ni miembros del cuerpo ni la vida si os entregáis a él. Si no conseguís libraros de la muerte implorando piedad, poco podéis esperar de vuestras vidas y de vuestros cuerpos. Salid todos fuera desarmados, id hasta mi señor el rey y decidle de mi parte que os envía Alejandro: no malgastaréis el tiempo, pues el rey, mi señor, renunciará a toda su ira y cólera y os perdonará; así es él, bondadoso y clemente. Pero si deseáis actuar de otra manera vais a morir, pues jamás tendré piedad de vosotros.

Todos juntos aceptan este consejo, no se detienen hasta que llegan ante la tienda del rey y se postran todos a sus pies. Ya se sabe por todo el campamento lo que le han dicho y contado. El rey y todos los caballeros montan a caballo y acuden picando espuelas al castillo, sin demorarse más tiempo.

Alejandro sale para encontrarse con el rey, que se sentía feliz, y le entrega al conde. El rey no ha esperado más para hacer justicia. Alaba y aprecia mucho a Alejandro y todos le felicitan, cumplimentan, alaban y estiman. No hay ninguno que no se alegre.

La felicidad desplaza al duelo en el que todos estuvieron sumidos antes, pero ninguna alegría puede compararse con el gozo inmenso de los griegos. El rey hace que le entreguen la copa de quince marcos, que era magnífica, y le dice y asegura que no tiene ninguna cosa tan querida, excepto la corona y la reina, que si se la pide no se la entregue de inmediato. Alejandro no se atreve tras esto a expresar su deseo, aunque bien sabe él que no tendría más que pedir al rey a su amiga. Pero teme tanto que aquello que a él le haría tan feliz le desagrade a ella, que prefiere sufrir antes que conseguirla contra su voluntad. Por ello pide un plazo de tiempo y no quiere expresar su deseo hasta que no conozca los sentimientos de ella. Pero no ha pedido pausa ni ha esperado para hacerse con la copa de oro.

En cuanto Soredamor conoció las noticias ciertas sobre Alejandro sintió gran gozo y alegría. Cuando supo que estaba vivo era tan feliz que se sentía como si jamás hubiera sufrido ni una hora de tristeza. El tiempo le parece que pasa muy despacio, pues Alejandro no llega tal como suele hacerlo. Pero enseguida tendrá lo que desea, pues ambos están impacientes y ansiosos por lo mismo. Mucho tardaba Alejandro, que solamente podía sentirse a gusto con una dulce mirada. Hace mucho que habría venido a la tienda de la reina si no hubiera sido retenido en otra parte. El retraso le desagrada mucho y acude lo más rápido que puede a encontrarse con ella en su tienda. Sale a su encuentro la reina, que mucho sabía de su pensamiento sin que él le hubiera dicho nada, pues bien se había dado cuenta ella. Al entrar en la tienda le saluda y se esfuerza en mostrarle alegría: bien sabe ella qué motivos le traen. Puesto que le desea servir de buen grado, llama a Soredamor junto a ella y solos los tres, lejos de los otros, se ponen a hablar. Primero comienza a hablar la reina, que no tiene la menor duda del amor que ambos se profesan, él por ella, ella por él. Está completamente segura y bien sabe que Soredamor no puede tener mejor amigo. Sentada entre ambos comienza una razón que resulta oportuna y apropiada:

–Alejandro –dice la reina–, Amor es peor que odio, pues al que es su amigo hiere y destruye. Los enamorados no saben lo que hacen cuando uno se esconde del otro. El amor es una tarea muy difícil que frecuentemente se hunde: quien no comienza con decisión, con muchas dificultades llegará a término. Se dice que no hay nada tan penoso como atravesar ese umbral. Quisiera instruiros sobre Amor, pues bien veo que Amor os atormenta. Por eso quiero enseñaros, y guardaos bien de no esconderme nada, pues por vuestro comportamiento me he dado cuenta de que habéis hecho uno de dos corazones. ¡No disimuléis nada ante mí! Os comportaríais como necios si cada uno no dijera lo que piensa; al ocultarlo uno mata al otro y seréis homicidas por Amor. Os aconsejo que no deseéis ahora la pasión ni el deseo de Amor. Estad juntos a través del matrimonio y con todo honor. Así vuestro amor podrá durar largo tiempo, según creo. Os puedo asegurar que, si lo deseáis, yo uniré el matrimonio.

Cuando la reina ha expresado su opinión, responde Alejandro con la suya:

–Señora –dijo–, no deseo excusarme de nada de cuanto me habéis reprochado; antes otorgo lo que decís. No deseo estar libre de Amor ni negarle jamás mis cuidados. Me agrada y satisface mucho, y os agradezco, cuanto habéis dicho. Puesto que conocéis mi voluntad, no sé por qué debería ocultárosla. Hace mucho tiempo, si me hubiera atrevido, lo habría confesado, pues ocultarlo me ha hecho mucho daño. Pero es posible que esta joven no quiera de ningún modo que yo sea para ella ni ella para mí. Aunque ella no me conceda nada de sí misma, sin embargo, me entrego a ella.

Ella, que no rechaza este regalo, tiembla al escuchar estas palabras. Su voz y su aspecto traicionan el deseo de su corazón, pues se otorga a él temblando, de manera que consagra por completo su voluntad, corazón y cuerpo al deseo de la reina y no hacer sino lo que ella desea. La reina abraza a ambos y entrega uno al otro y añade:

–Te dejo, Alejandro, el cuerpo de tu amiga, puesto que el corazón ya lo posees. Aunque pongáis mala cara o mal gesto, os entrego el uno al otro. Toma tú el tuyo y tú la tuya.

Aquélla tiene el suyo, aquél la suya. Aquél la tiene toda, ella lo tiene todo.

En Windsor, sin más tardanza, con el consentimiento y los consejos de monseñor Galván y del rey se celebraron ese día los esponsales. Nadie sabría contar, creo yo, tanta riqueza, viandas, agasajo y alegría como se vio en aquellas bodas. Como podría disgustar a algunos, no quiero usar y desperdiciar palabras y prefiero dedicarme a contar algo de mayor interés.

En Windsor, en un solo día, alcanzó Alejandro tanto honor y tanta dicha como desear pudiera. Tres diferentes honores y alegrías vivió: una el castillo que él conquistó, otra fue aquello que el rey Arturo le prometió que le daría cuando hubiera terminado la guerra: el mejor reino de Gales. En ese mismo día lo coronó rey en sus salas.

La mayor alegría fue la tercera: que su amiga fuera reina del tablero en el que él era rey. Antes de que hubieran transcurrido tres meses Soredamor se encontró llena de semilla de hombre y de grano que ella llevó hasta su término. Tanto germinó la semilla que el fruto llegó a su madurez en la forma de un niño: ni cerca ni lejos podría existir una criatura más bella. Llamaron al niño Cligés. En recuerdo de Cligés ha sido traducida esta historia al romance. De él y de su bravura, cuando alcance la edad en la que deba crecer en fama, me oiréis hablar a partir de ahora.

Pero entretanto sucedió en Grecia que el emperador de Constantinopla alcanzó el fin de sus días. Murió, tal y como debía suceder, pues no podía pasar de su término. Pero antes de su muerte hizo reunir a todos los altos barones de su tierra para enviar en busca de Alejandro a Bretaña, donde estaba y permanecía muy contento. Los mensajeros salieron de Grecia y se pusieron en camino. Pero les sorprendió una tormenta que destruyó su nave y su gente. Todos se ahogaron en el mar excepto un traidor, un re-

negado que prefería a Alís el pequeño antes que a Alejandro el mayor. Cuando escapó del mar volvió a Grecia y contó que todos habían sufrido una tempestad en el mar cuando regresaban de Bretaña acompañando a su señor. Sólo él se había salvado de la tormenta y el peligro. Su embuste fue creído y sin oposición ni contestación tomaron a Alís, lo coronaron y le entregaron el imperio de Grecia. Pero Alejandro no tardó mucho tiempo en saber con certeza que Alís era emperador. Se despidió del rey Arturo, pues no quería dejar su tierra a su hermano sin luchar. El rey no se opuso a su plan y le ofreció que tomara una numerosa tropa de gentes de Gales, Escocia y Cornualles, pues su hermano no se atrevería a hacerle frente cuando viera reunido tal ejército. Alejandro habría llevado consigo, si lo hubiese querido, una poderosa armada, pero no tiene intención de perjudicar a su gente si su hermano le responde que accede a su deseo. Toma con él cuarenta caballeros y a Soredamor y a su hijo, a quienes no quiso dejar pues los amaba mucho.

Se embarcaron en Sussex tras despedirse de toda la corte. Soplaron vientos favorables y la nave corrió más veloz que el ciervo que huye. Antes de que transcurriera el mes, así creo, llegaron al puerto que está delante de Atenas, ciudad muy rica y poderosa. El emperador tenía su residencia en la ciudad y había reunido una gran asamblea de nobles barones del país.

En cuanto hubieron llegado, Alejandro envió un mensajero privado a la ciudad para saber si podría refugiarse allí o si iban a oponerse a que fuera su señor legítimo.

Un caballero cortés y prudente que se llamaba Acorionde, rico de haberes y de fácil palabra y que además era de este país, pues había nacido en Atenas, fue mensajero de esta misiva. Desde antiguo disfrutaba en la ciudad de muy gran señorío que siempre habían ejercido sus antepasados.

Cuando sabe que el emperador estaba en la ciudad, Acorionde acude en nombre de su hermano Alejandro a disputarle la corona, pues no le perdona que la haya obtenido contra derecho.

Ha venido inmediatamente a palacio y allí encuentra a muchos que le saludan, pero no responde ni dice palabra a nadie que le salude hasta que no haya escuchado qué intención y qué actitud demuestran hacia su legítimo señor. No se detiene hasta que no llega ante el emperador, no le saluda ni se inclina, ni le llama emperador:

–Alís –dice–, te traigo nuevas de parte de Alejandro, que está allí, en el puerto. Escucha lo que tu hermano te ordena: te reclama lo que es suyo y nada exige que no sea razonable. Constantinopla, que tú posees, debe ser suya y será suya. No sería bueno ni razonable que hubiera discordia entre vosotros dos. Te aconsejo que llegues a un acuerdo con él. Devuélvele la corona en paz, pues es de justicia que tú se la entregues.

Alís responde:

–Bello, gentil amigo, al traerme esta noticia has cometido una locura; no me has consolado en lo más mínimo, pues sé con toda certeza que mi hermano está muerto y no creo que esté en el puerto. Si él estuviera vivo, y me enterara, no lo creería hasta haberlo visto. Él murió hace ya tiempo y ello me apena. No creo nada de lo que dices. Si está vivo, ¿por qué no viene? No debe temer que no le vaya a entregar bastante tierra. Está loco si se aleja de mí. Y si me sirve, no le podrá ir mal. Nadie tendrá la corona y el imperio contra mi voluntad.

Acorionde entendió que la respuesta del emperador no era adecuada, pero ningún miedo le impidió expresar su pensamiento al responderle:

–Alís –dijo–, que Dios me confunda si el asunto se queda así. En nombre de tu hermano te desafío, y en su nombre, tal y como debo, exhorto a todos aquellos a quienes veo aquí a que te abandonen y vayan a su lado. Es razonable que se unan a él, deben hacer de él su señor. Quien sea leal que ahora lo demuestre.

Tras decir estas palabras abandona la corte. El emperador, por su parte, convoca a aquellos en quienes más confía, pues desea ser aconsejado sobre el desafío de su hermano, y desea saber si pue-

de confiar en ellos para que éste no reciba ni su ayuda ni su apoyo en este conflicto, con lo que quiere poner a cada uno a prueba. Pero no hay ninguno que admita la idea de desencadenar la guerra. Todos le dicen que se acuerde de la guerra que Polinices emprendió contra Eteocles, que era su hermano, y cómo se mataron entre sí: «lo mismo puede sucederos a vosotros dos: si él quiere emprender una guerra, toda la tierra será arruinada». Le aconsejan por ello alcanzar una paz que sea razonable y legítima, en la que uno no provoque al otro. Ahora comprende Alís que, si no llega a un acuerdo razonable con su hermano, le dejarán todos los de su bando y se dice que no le propondrán ningún acuerdo que él no acepte de grado, y exige que se haga constar que sea él quien conserve la corona cualquiera que sea el desenlace del acuerdo.

Para conseguir una paz firme y estable, Alís pide a Alejandro, por medio de su condestable, que venga a su lado. Él gobernará la tierra, pero a cambio le hará el honor de dejarle el título de emperador y la corona. Así puede arreglarse, si le parece bien, el acuerdo entre ambos.

Cuando la noticia fue anunciada a Alejandro, él y su gente montaron a caballo y vinieron a Atenas. Fueron recibidos con alegría. Pero Alejandro no se sintió conforme cuando escuchó que su hermano tendría la corona, a menos que no diera su palabra de que jamás se casaría y que después de él sería Cligés el emperador de Constantinopla. Así acordaron los hermanos. Alejandro hace el juramento y Alís promete y da su palabra de que jamás en su vida tomará mujer en matrimonio. Ambos están de acuerdo y quedan como amigos para gran satisfacción de los nobles. Consideran a Alís por emperador, pero tratan con Alejandro los problemas graves y los pequeños. Se hace lo que dice Alejandro y se llevan a cabo pocas cosas que él no ordene. Alís no ostenta más que el título de emperador; pero Alejandro es servido y amado, y quien no le sirve por amor debe servirle por temor. A través de uno y de otro gobierna todo el imperio a su gusto.

Pero aquella a quien llaman Muerte no perdona ni a hombre fuerte ni a débil y a todos mata y hace perecer. Alejandro tenía que morir y una enfermedad de la que no pudo sanar le metió en su prisión, de la que no pudo curarse. Pero antes de que la muerte le sorprendiese mandó venir a su hijo y le habló:

–Cligés, hijo querido, jamás podrás conocer cuál es tu arrojo y valentía si no vas a probarlos antes a la corte del rey Arturo con los bretones y los ingleses. Si la aventura te conduce allá, actúa y obra de tal manera que no seas conocido hasta que no te hayas medido con lo más elegido de la corte. Te aconsejo que me creas y, si tienes la ocasión, no tengas temor en probar tu fuerza con tu tío, mi señor Galván. Te pido que no lo olvides.

Tras esta advertencia no vivió mucho tiempo más. La aflicción de Soredamor fue tan grande que apenas pudo sobrevivirlo y murió de pena con él. Alís y Cligés les lloraron tal y como debían, pero se cansaron de hacer duelo: es malo conservar la pena, pues nada bueno puede traer. Terminó el duelo y el emperador evitó durante largo tiempo después tomar una mujer, pues quería seguir siendo leal.

Pero no hay en todo el mundo corte que esté limpia de malos consejos. Por hacer caso a los malos consejos, los barones a menudo se apartan del buen camino y no mantienen la lealtad. A menudo vienen junto al emperador sus nobles para aconsejarle y le instan a que tome esposa; le exhortan, le presionan y se hacen cada día más persuasivos, de suerte que, a fuerza de insistencia, le han hecho romper su promesa y acceder a sus deseos. Pero insiste mucho en que quien llegue a ser soberana de Constantinopla debe ser gentil, sabia, bella, graciosa y noble. Entonces sus consejeros le dicen que desean prepararse para ir a la tierra tudesca en busca de la hija del emperador. Ésta es la que ellos le proponen que escoja, pues el emperador de Alemania es muy rico y poderoso y su hija es tan encantadora que jamás ha habido en la cristiandad una joven de su belleza. En todo consiente el emperador y bien provistos se ponen en camino y cabalgan duran-

te jornadas hasta que encuentran al emperador en Ratisbona. Allí le piden que otorgue a su hija mayor al emperador Alís. El emperador está muy satisfecho con esta demanda y muy contento ha otorgado a su hija, pues él no se envilece en absoluto y su honor no disminuye nada. Pero dice que había prometido dársela al duque de Sajonia y que no podrían llevársela a menos que el emperador viniera con un gran ejército para que el duque no pudiera avergonzarlo ni injuriarlo a la vuelta.

Cuando los mensajeros han escuchado la respuesta del emperador, se despiden de él y se vuelven. Se presentan ante el emperador y le dicen la respuesta. Y el emperador ha escogido entre sus hombres a los más experimentados caballeros, los más atrevidos que ha encontrado, y lleva consigo a su sobrino, en cuyo interés había prometido que jamás en su vida tomaría esposa. Pero este juramento no lo mantendrá si puede llegar a Colonia. Un día se aleja de Grecia y se dirige a Alemania. Ni censura ni reproche impedirán que se case, pero su honor se mancillará. No se detiene hasta que llega ante Colonia, donde el emperador de Alemania ha celebrado una gran fiesta. La compañía de los griegos ha llegado a Colonia y hay tantos griegos y tudescos que fue necesario alojar a más de cuarenta mil fuera de la ciudad.

Grande fue la multitud reunida y grande la alegría de los dos emperadores, que se sentían felices de encontrarse. La reunión de los nobles tuvo lugar en el palacio de larga fachada y enseguida el emperador manda que su hija se presente. No se retrasó la joven, que era tan bella, y vino rápidamente al palacio. Era tan hermosa y tan bien formada como si Dios mismo la hubiese modelado y hubiera puesto en ella todos sus cuidados para maravillar al mundo. Dios, que fue quien le dio forma, jamás dio a nadie palabras que supieran expresar la belleza: la dama era siempre más hermosa. La joven se llamaba Fenice y no sin razón, pues si el ave fénix es la más bella de todas y no puede haber más que una, así me parece que sucede con Fenice: no había belleza similar a la suya. Sería milagro y maravilla que Naturaleza pudiera volver a

crear a alguien parecido. Para no extenderme más no quiero describir con palabras los brazos ni el cuerpo, cabeza ni manos, pues, aunque mil años viviera y mi saber se doblara todos los días, perdería el tiempo antes de dar una idea verdadera de cómo era ella. Sé que, aun si me esforzara más y empleara todo mi talento y todo mi esfuerzo, sería trabajo desperdiciado. Tanto se ha apresurado la joven que ha llegado a palacio con el rostro y la cabeza descubiertos y la claridad de su belleza ilumina el palacio con más intensidad que lo harían cuatro carbunclos.

Cligés, sin manto, estaba ante el emperador, su tío. El día estaba un poco nublado, pero los dos eran tan bellos, tanto la joven como él, que de su belleza salía un rayo que hacía resplandecer el palacio, como hace el sol cuando sale, claro y cárdeno. Para describir la belleza de Cligés quiero usar pocas palabras. Su edad estaba en la flor, pues ya tenía más de quince años; pero era tan bello y encantador como Narciso, que vio su imagen en la fuente bajo el olmo y se dice que la amó tanto que murió al contemplarla, por no poder conseguirla. Tenía una gran belleza y poca sabiduría, pero así como el oro sobrepasa al cobre, Cligés estaba mucho más dotado y en más cosas que todavía no he dicho. Sus cabellos parecían oro y su rostro rosas lozanas. Su nariz bien formada y hermosa la boca. Era de tan buena estatura que mejor no la sabría hacer Naturaleza. Había puesto en él todas las cosas que ella reparte ordinariamente entre varios. Naturaleza fue tan generosa con él que prodigó todas las cosas de una sola vez y le dio todo lo que ella tenía. Así fue Cligés, que poseía sabiduría y belleza, generosidad y fortaleza. Tenía la madera y toda la corteza. Conocía la esgrima y el arco mejor que Tristán, sobrino del rey Marco, y sabía más de pájaros y de perros: ninguna virtud faltaba en Cligés.

Así estaba ante el rey, su tío, con toda su belleza, y quienes no lo conocían se afanaban por mirarlo y aquellos otros que no conocían a la joven se esforzaban también y la contemplaban como a una maravilla. Pero Cligés, por amor, dirige discretamente sus

ojos hacia ella y los hace volver tan sabiamente que ni al ir ni al venir se le puede tener por loco: él la contempla dulcemente, y nadie se da cuenta de que la joven le devuelve algo del mismo valor. Por amor sincero, y no por adulación, ella le entrega sus ojos y toma los suyos. Este intercambio de miradas le parece delicioso y le parecería mejor si supiera algo acerca de quién era él. Lo único que ella sabe es que es bello, y que si debiera amar a algún hombre por su belleza no sería justo que dejara su corazón en otra parte. Ha puesto en él sus ojos y su corazón y él, a cambio, le ha prometido el suyo. ¿Prometido? ¡Él, que lo ha dado sin reserva! ¿Dado? No, a fe mía, miento, que nadie puede dar su corazón. He de expresarme de otra manera. No diré, como han dicho algunos, que en un solo cuerpo se juntan dos corazones. No es verdad, ni siquiera posible, que en un cuerpo puedan alojarse dos corazones. Y si pudieran juntarse, no podría parecer verdad. Pero si os agrada escucharlo os explicaré cómo dos corazones no forman más que uno sin que lleguen a juntarse en uno solo. No forman más que uno en tanto que los sentimientos de cada uno pasan de uno al otro; juntos desean lo mismo y por este deseo común hay algunos que suelen decir que cada uno tiene el corazón de los dos. Pero un corazón no está en dos lugares. Su voluntad puede ser una, pero cada uno tiene, sin embargo, su corazón, de igual modo que varios hombres pueden cantar al unísono una canción o una melodía. Mediante esta comparación os demuestro que un cuerpo no puede tener dos corazones, sabedlo bien: ni siquiera si uno sabe todo cuanto el otro desea y odia. Lo mismo que las voces que se unen hasta que parecen una sola no pueden ser de una única persona, del mismo modo un cuerpo no puede tener más que un corazón Pero no hay necesidad de detenerse más, pues otras preocupaciones me apremian.

Es necesario hablar ahora de la joven y de Cligés. Me escucharéis hablar del duque de Colonia, que ha enviado a Sajonia a su sobrino, un muchacho muy joven. Éste declara al emperador que su tío, el duque, le anuncia que no debe esperar de él paz ni

tregua si no le envía a su hija. Y aquel que intente llevársela consigo que no se ponga en camino, pues no lo encontrará expedito, sino que estará muy bien defendido si ella no ha sido entregada. El joven dice bien su mensaje, sin orgullo ni suficiencia, pero no encuentra quien le responda, ni caballero ni emperador. Y cuando ve que todos se callan y que actúan así por desprecio, entonces abandona la corte con aire ultrajado. Pero al salir, su juventud e inexperiencia le llevan a desafiar a Cligés para que luche con él.

Montan a caballo para pelear; trescientos se cuentan por cada parte, el mismo número por ambos bandos. La sala está vacía, nadie queda en ella, ni caballeros ni damas. Todos han subido a las galerías, a las almenas y ventanas para ver y contemplar a quienes van a combatir. También ha subido la joven, aquella que fue vencida por Amor y cuya voluntad fue conquistada. Se ha sentado junto a una ventana en la que se deleita mucho en permanecer, pues desde allí puede ver a aquel que ha tomado su corazón. No tiene el menor deseo de recuperarlo y no amará a otro más que a él. Pero ella no sabe su nombre, ni quién es, ni de qué familia, y no resulta elegante preguntarlo, pero está impaciente por escuchar cualquier cosa que lleve alegría a su corazón. Por la ventana mira fuera los escudos en los que reluce el oro y a aquellos que los llevan colgados de sus cuellos y se solazan con la lucha. Pero ha dirigido todos sus pensamientos y miradas a un lugar y en ningún otro piensa. Se afana por mirar a Cligés, le sigue con los ojos a cualquier parte que vaya. En el torneo él se esfuerza por ella cuanto puede, para que sólo escuche cuán diestro y valiente es, y sea justo entonces que ella le alabe por su hazaña. Él se dirige hacia el sobrino del duque, que iba rompiendo muchas lanzas y desbaratando a los griegos. Pero Cligés, a quien esto contrariaba, se apoya y afirma sobre los estribos y va a golpearlo con tal ímpetu que le ha hecho dejar vacíos los arzones de la silla a pesar suyo. Cuando aquel se incorpora, hay un gran alboroto. El joven se pone en pie, monta a caballo y se preocupa

por vengar su honor y el deseo de desquitarse, si tiene oportunidad, se acrecienta.

El joven se lanza hacia Cligés, pero éste baja su lanza contra él y le va a requerir tan duramente que de nuevo le arroja a tierra. Ahora se ha doblado su vergüenza y su gente está trastornada; ven que no saldrán de la batalla con honor, pues no hay entre ellos nadie tan valeroso que, alcanzado por Cligés, pueda mantenerse ante él en los arzones. Los de Alemania y los de Grecia se han alegrado mucho cuando ven cómo los suyos persiguen a los otros, que se retiran desordenadamente, y les persiguen entre burlas hasta que les hacen llegar a un río y allí les obligan a bañarse y zambullirse. Cligés ha arrojado a lo más profundo del vado al sobrino del duque y con él a tantos otros que para su vergüenza y daño huyen doloridos y cabizbajos.

Pero Cligés regresa feliz. Ha conseguido dos veces el premio y llega derecho a una puerta cercana al aposento donde estaba aquella que recibe a la entrada de la puerta el peaje de una dulce mirada, y éste se lo devuelve, pues los ojos se han encontrado. De este modo, cada uno ha vencido al otro. Pero no hay tudesco ni alemán que sepa hablar que no diga:

–Dios, ¿quién es aquél en quien florece tan gran belleza? Dios, ¿de dónde viene aquel que ha obtenido tan gran triunfo?

Así preguntan éste y aquel: «¿Quién es este joven, quién es?», de suerte que por toda la ciudad todos saben la verdad, así como su nombre, y el de su padre y la promesa que el emperador le había hecho y otorgado. Tanto se ha dicho y comentado que llegó a oídos de aquélla y sintió gran alegría en su corazón, pues ella no podía decir que Amor la hubiera menospreciado, y no puede quejarse de nada, pues Amor la hace amar al más bello, al más cortés y más valiente que pudiera encontrarse jamás, pero estaba obligada a tener a alguien que no podía ser de su agrado. Se siente atribulada y afligida, pues no sabe a quién pedir consejo sobre aquel a quien ella desea y no hace más que pensar en ello y velar. Estas dos preocupaciones la agobian tanto que la

abruman y agotan, de modo que debe reconocer que cuando pierde su color es debido a que no tiene lo que desea, pues juega, ríe y se divierte menos de lo que suele hacerlo, pero bien esconde y oculta lo que le sucede si alguien le pregunta.

Su nodriza se llamaba Tesala. La había alimentado cuando era niña y era experta en nigromancia. Fue llamada por ello Tesala, porque nació en Tesalia, donde se practican y enseñan los ritos diabólicos. Las mujeres de este país realizan encantamientos y sortilegios. Tesala ve cambiar de color y palidecer a aquella a quien Amor tiene en su poder, y se dirige a ella en secreto:

–Dios –dijo–, ¿estáis hechizada, mi dulce y querida señora, pues tenéis el rostro tan pálido? Me pregunto admirada qué tenéis. Decidme, vos que lo sabéis, en qué lugar os aprieta más esta enfermedad, pues si alguien os debe curar podéis confiar en mí, ya que bien sabré devolveros la salud. Sé curar la hidropesía, sé curar la gota, la esquinencia y el asma. Tengo conocimientos sobre la orina y el pulso, de manera que erraríais al escoger otro médico. Sé también, ¿me atreveré a decirlo?, de encantamientos y sortilegios bien comprobados y verdaderos, muchos más de los que pudiera saber jamás Medea. Nunca os he querido decir una palabra y así os he educado hasta ahora. No me lo reprochéis, pues jamás os habría dicho nada antes si no me pareciera evidente que estáis enferma y que tenéis necesidad de mi ayuda. Obraréis sabiamente, mi señora, al confiarme vuestro mal antes de que se agrave más. El emperador me ha encargado que me ocupe de vos y me he interesado tanto por vos que os he conservado sana. Mi esfuerzo habrá sido baldío si no puedo curaros de este mal. Así pues, no me lo escondáis, si es una enfermedad o se trata de otra cosa.

La joven no se atreve a descubrir abiertamente cuáles son todos sus sentimientos, pues teme mucho que ella la censure o la reproche. Pero al escuchar cuánto presume y se jacta de ser experta en encantamientos, sortilegios y pociones, le dirá cuál es la razón de tener el rostro tan pálido y descolorido. Sin embargo,

antes le hace prometer que ella siempre guardará el secreto y no la traicionará.

–Nodriza –le dice–, os aseguro sin mentiros que no creía que padeciera ninguna enfermedad, pero ya no lo creo más. Este solo pensamiento me hace mucho daño y me causa gran aflicción. Pero ¿cómo puedo saber, si no lo he experimentado, lo que es salud o enfermedad? De todos los males el mío es diferente, si os digo la verdad. Me satisface y me produce dolor y me deleito en mi desgracia. Y, si puede existir un mal que agrada, mi pesadumbre es mi deseo y mi dolor es mi salud. No sé de qué me lamento, pues nada siento que me cause dolor a no ser mi propia voluntad. Tal vez mi deseo es sufrir, pero encuentro tanto placer en mi deseo, que me hace sufrir dulcemente, y tanta alegría en mi pesadumbre, que estoy deliciosamente enferma. Nodriza Tesala, dime, ¿no es hipócrita este mal que me parece dulce y me angustia? No sé cómo reconocer si es una enfermedad o no. Nodriza, dime pues el nombre, el carácter y la naturaleza. Pero sabe bien que no tengo en absoluto la menor intención de curarme, pues amo mucho este dolor.

Tesala, que era muy experta en amor y en reconocer todos sus síntomas, sabe al escuchar sus palabras que es Amor lo que la atormenta, pues lo nombra y llama dulce. Es cierto que ama, pues todos los otros males son amargos excepto el de amar, pero Amor cambia su amargura en dulzura y suavidad y a menudo se transforma en lo contrario. Pero Tesala, que era experta, le responde:

–No temáis nada. Voy a deciros al tiempo la naturaleza y el nombre de vuestro mal. Vos me habéis dicho, así lo creo, que el dolor que sentís os parece alegre y saludable: de tal naturaleza es el mal de amor, que procede de la alegría y la dulzura. Así pues, vos amáis, puedo probároslo, pues en ninguna enfermedad encuentro dulzura sino solamente en el amor. Todas las otras enfermedades son generalmente crueles y horribles, pero Amor es dulce y grato. Vos amáis, estoy completamente segura, no os tengo por ruin, pero os consideraré como tal si por cobardía o locura me escondéis vuestro corazón.

–Señora, vuestras palabras eran innecesarias, pues estoy segura y convencida de que por ninguna circunstancia hablaréis a nadie. Antes hablarán los vientos que yo, si vos no me dais permiso. Y todavía he de prometeros que os haré triunfar, y sabed con certeza que cumpliré vuestros deseos.

»Nodriza, me habéis aliviado mucho, pero el emperador quiere casarse conmigo, por lo que estoy afligida y desesperada, puesto que quien me gusta es el sobrino de aquel a quien debo tomar por esposo. Y, si éste encontrara en mí la felicidad, entonces he perdido yo la mía y no tengo esperanza de recuperarla. Preferiría ser descuartizada antes de que se recordara por nosotros dos el amor de Iseo y de Tristán, de quien tantas locuras se han dicho que vergüenza me da relatarlas. Yo no podría estar de acuerdo con la vida que llevó Iseo. Amor la envileció mucho porque su corazón perteneció completamente a uno y su cuerpo estuvo repartido entre dos. Así pasó toda su vida, pues nunca rechazó a ninguno de los dos. Ese amor no fue razonable, pero el mío siempre será firme pues de ninguna manera repartiré ni mi cuerpo ni mi corazón. Jamás será prostituido mi cuerpo ni se lo repartirán entre dos. Quien sea dueño del corazón que lo sea también del cuerpo y que no haya más dueños. Pero no alcanzo a saber cómo aquel a quien se abandona mi corazón podría tener mi cuerpo cuando mi padre, a quien no me atrevo a contravenir, me entrega a otro. Cuando mi esposo sea dueño de mi cuerpo, si hace algo que no me agrada, no es legítimo que yo acuda a otro. Él tampoco podrá casarse con ninguna mujer sin romper su palabra empeñada, pero si no se comete alguna injusticia, Cligés heredará el imperio a la muerte de su tío. Si conocéis algún artificio para que aquel a quien he sido prometida y otorgada no obtenga nada de mí, me habríais prestado un gran servicio. Nodriza, poned todo vuestro cuidado para que no traicione su promesa aquel que juró no casarse al padre de Cligés, cuando él mismo lo prometió. Su promesa se romperá, pues enseguida se casará conmigo. Pero no tengo a Cligés por tan despreciable, y tanto le amo, que mejor que-

rría ser enterrada antes que por culpa mía perdiera un denario del honor que debe ser suyo. Que no pueda nacer de mí jamás un niño por el que él sea desheredado. Nodriza, ocupaos de ello para que siempre sea vuestra.

Entonces la nodriza le dice y asegura que hará tantos conjuros y pociones y encantamientos que en mala hora temerá o se inquietará por el emperador, y aunque yazgan juntos y esté muy cerca de él, estará tan segura como si entre los dos hubiese un muro. Y no le enojará porque durmiendo gozará, pues al dormir profundamente disfrutará de ella cuanto desee y estará convencido de que goza despierto del placer, de que la ha poseído despierto, y no pensará que fue un sueño, un engaño, una ilusión. Siempre le sucederá lo mismo: cuando duerma, creerá que goza.

La joven aprecia, alaba y estima esta atención y este servicio. Su nodriza le da esperanza con su promesa y le asegura que la cumplirá. Con esta esperanza cree que alcanzará su felicidad, aunque tarde en llegar. Cligés no será tan malvado, cuando sepa que ella le ama, como para no sentir una inmensa alegría por este amor (ella quiere guardar su virginidad para salvar la herencia de Cligés), de suerte que no se sienta conmovido, si es de naturaleza noble, tal y como debe ser. La joven cree a su nodriza y tiene plena confianza y seguridad en ella. Una y otra se prometen y juran que esta confidencia debe ser mantenida en secreto y que jamás será conocida.

Aquí terminó la conversación, y cuando llegó la mañana el emperador hizo venir a su hija. A su mandato, ella se presentó. ¿Os he de fatigar contándoos todos los detalles? Los dos emperadores han acordado el matrimonio, y la alegría reina en el palacio. Pero no quiero detenerme en cada cosa. Quiero volver a hablar de Tesala, que no deja de hacer y mezclar pociones. Tesala mezcla su brebaje, agrega especias en abundancia para endulzarlo y atemperarlo, lo bate y deja macerar y lo filtra tantas veces hasta que está completamente transparente y no queda nada de acidez ni amargor, pues las especias que ella pone son dulces y

de olor agradable. Cuando el brebaje está preparado, el día llega a su fin y se disponen para la cena las mesas y los manteles. Pero no me detengo en la cena. Es necesario que Tesala ingenie por qué procedimiento, por qué medio hará llegar su presente. Todos se sientan a la mesa, en la que ya aparecen servidos más de diez platos. Cligés servía a su tío.

Tesala, que le ve servir, piensa que hace fracasar sus desvelos y se afana en desheredarse a sí mismo y se siente por ello muy molesta y contrariada. Entonces imagina sutilmente cómo hacer que sea aquel a quien procurará felicidad y honor quien sirva su bebida. Tesala manda llamar a Cligés y éste acude enseguida hasta ella y le pregunta por qué le ha hecho llamar.

–Amigo –dice–, deseo obsequiar al emperador en esta comida con una bebida que le agradará mucho y os digo, por san Richier, que no quiero que esta noche beba otra. Creo que le va a agradar mucho, jamás habrá probado otra tan deliciosa ni que haya costado tanto. Y tened cuidado, os lo advierto, que nadie más la pruebe, pues hay poca cantidad. Y deseo insistiros en que nadie sepa de dónde proviene la bebida, decidle que fue por azar cómo la encontrasteis entre los regalos, y cómo vos la probasteis y sentisteis en el aire el aroma de buenas especias, y como la visteis transparente, vertisteis el vino en su copa. Si por ventura él pregunta, sabed que se sentirá satisfecho con esta respuesta. Pero no sospechéis nada malo por lo que os he contado, pues la bebida es clara y sana, llena de buenas especias y quizás algún día, según creo, os traerá la felicidad.

Cuando aquél escucha que le traería felicidad, toma la bebida, se la lleva, la escancia en la copa de cristal, pues ignora que puede producir daño. Se la ha presentado al emperador y éste, que confía plenamente en su sobrino, ha tomado la copa, bebe un gran trago de la poción y enseguida siente un vigor que desde la cabeza le baja por el cuerpo y del cuerpo sube a la cabeza y se apodera de él completamente, sin dañarlo. Y cuando levantan los manteles el emperador ha bebido tanto del brebaje que cuando

duerma por la noche estará ebrio y jamás podrá escapar a su influencia y le afectará tanto que cuando duerma le hará creer que está despierto.

El emperador ha sido engañado. Hubo muchos obispos y abades que vinieron al lecho a bendecirlo y consagrarlo con la señal de la cruz. Cuando fue la hora de ir a acostarse, el emperador, tal y como debía, yació esa noche junto a su mujer. ¿Tal y como debía? He mentido, pues él ni la besó ni la abrazó, aunque los dos se acostaron juntos en el mismo lecho. La joven tiembla de miedo, está muy apurada y temerosa de que la poción no surta efecto. Pero ésta le ha dominado de tal manera que jamás sentirá deseo de ella ni de otra, excepto en sueños, y no alcanzará más placer que el que se obtiene soñando, pero él creerá que el sueño es real. Sin embargo, ella teme a su esposo: primero se aleja de él, de suerte que él no puede acercarse, pues el sueño se apodera enseguida de él. Duerme y cree que está despierto y con mucho esfuerzo y dificultad trata de acariciar a la doncella y ella se resiste y se defiende como una doncella y él la suplica y con gran dulzura la llama amor mío. Cree que la abraza, pero no llega a tocarla. Sin embargo, con nada se contenta: abraza la nada y besa la nada, toca la nada, mira la nada, habla con la nada y agarra la nada y disputa con la nada y con la nada lucha. Bien preparada estaba sin duda esa poción que así actúa en él y lo domina. En vano se esfuerza con tanto denuedo, aunque él está seguro de que, en verdad, ha tomado la fortaleza y se cansa y está agotado. Así lo imagina, así lo cree.

De una vez por todas os lo he dicho: jamás tuvo otra satisfacción mayor. Así le sucederá siempre, si puede llevarse a su esposa consigo. Pero antes de que sea suya para siempre temo que le sobrevengan grandes obstáculos, pues cuando regrese el duque, a quien fue prometida primero, no se quedará quieto. Ha reunido a su alrededor grandes fuerzas, ha puesto guarniciones en todos los caminos y en la corte hay espías que le hacen saber diariamente todos los preparativos y las circunstancias, cuánto tiempo

permanecerán todavía y cuándo regresarán y por qué itinerario y qué caminos. El emperador no se entretuvo mucho tiempo después de las bodas. Partió de Colonia alborozado y el emperador de Alemania le escoltó con un rico séquito, pues temían y recelaban mucho de las fuerzas del duque de Sajonia.

Los dos emperadores no se detuvieron antes de llegar a Ratisbona y durante una noche acamparon en una glera junto al Danubio. Los griegos estaban en sus tiendas, en los campos cercanos al negro bosque, y en el otro lado habían acampado los sajones, que les acechaban.

El sobrino del duque subió a una colina para ver si podía conseguir alguna ventaja o causar algún daño a quienes estaban enfrente. Desde donde estaba vigilando vio a Cligés cabalgando con tres jóvenes que se entretenían. Llevaban escudos y lanzas para bohordar y solazarse. El sobrino del duque querría hacer daño y causar pérdidas, si pudiera. Parte junto a sus dos compañeros y entran en un valle cercano al bosque, de suerte que no son vistos por los griegos hasta que no salen de él. El sobrino del duque arremete contra Cligés, le golpea y le hiere ligeramente en el espinazo. Cligés se agacha, se inclina, de suerte que la lanza pasa rozándole, aunque le hiere levemente. Cuando Cligés se siente herido, arremete contra el joven y le hiere con tal fuerza que le clava brutalmente la lanza en mitad del cuerpo y le hace caer sin vida. Entonces los sajones, que mucho le temen, se ponen en fuga y se dispersan en medio del bosque y Cligés, que no sabe de la emboscada, con gran atrevimiento y como loco se separa de sus compañeros y los persigue hasta el lugar donde estaban las tropas del duque, entre las que se considera que debía atacarse a los griegos. Cligés, completamente solo, los persigue sin ayuda y los jóvenes, desesperados por haber perdido a su señor, vienen corriendo ante el duque y le cuentan, llorando, la desgracia de su sobrino. Al duque no le parece ninguna broma, y jura por Dios y por todos los santos que en toda su vida tendrá jamás alegría ni felicidad mientras sepa que aquel que ha matado a su sobrino

está vivo, y dice que quien le traiga su cabeza será su amigo y le consolará mucho. Entonces un caballero ha alardeado de que él presentará la cabeza de Cligés, si lo puede encontrar.

Cligés persigue tanto a los jóvenes que viene a dar entre los sajones, y aquel que se ha jactado de que traerá la cabeza lo ve y se dirige hacia él sin esperar más; y Cligés se ha dado la vuelta para alejarse de sus enemigos y vuelve a rienda suelta donde había dejado a sus compañeros, pero no ha encontrado a uno solo, pues habían vuelto a las tiendas para relatar su aventura. El emperador ha hecho montar a caballo a griegos y tudescos juntos. Los nobles se arman rápidamente por todo el campamento y montan. Mientras, aquel joven completamente armado y con el yelmo cerrado ha perseguido a Cligés, espoleando al caballo. Cuando Cligés, que no quiere ser tenido entre los cobardes ni los viles, lo ve venir solo, le desafía con palabras. Antes, el caballero, que no puede esconder su cólera, le llama con insolencia «muchacho»:

–Joven –dice–, vas a pagar por mi señor, a quien tú has matado. Si no vuelvo con tu cabeza, no valgo más que una falsa moneda. Quiero hacer un regalo al duque y no tomará de ti otra prenda. A cambio de su sobrino te tomará a ti; habrá sido un intercambio provechoso.

Cligés oye que aquél le insulta como un loco y un grosero:

–Vasallo –le dice–, poneos en guardia, os disputo mi cabeza y nunca la tendréis sin mi permiso.

Entonces se atacan mutuamente. Aquél ha fallado el golpe y Cligés le asesta uno tan fuerte que hace caer juntos a él y a su caballo.

El caballo le cae encima tan violentamente que le rompe una de sus piernas por varias partes. Cligés baja del caballo a la hierba que verdea y lo desarma. Cuando le ha quitado las armas, se reviste con ellas y le corta la cabeza con su misma espada. Cuando se la ha cercenado, la ha clavado en la lanza y dice que se la ofrecerá al duque, a quien el joven había prometido presentar su cabeza si pudiera encontrarlo en un duelo.

Cligés había ajustado el yelmo sobre su cabeza y tomado el escudo, no el suyo, sino el de aquel contra quien había combatido, y se había montado enseguida en el caballo de aquél y dejado el suyo errar sin dueño para inquietar a los griegos, cuando ve más de cien banderas y batallones, numerosos y apretados, de griegos y tudescos juntamente, muy aguerridos y crueles. Tan pronto como Cligés los ve venir, va derecho hacia los sajones y éstos, que por las armas no lo reconocen, se afanan en perseguirlo. Su tío está desolado al ver la cabeza que lleva en su lanza y piensa y teme que sea la cabeza de su sobrino. No es extraño que sienta temor. Todo el ejército se agrupa tras él y Cligés se deja perseguir para que comience el combate hasta que los sajones lo ven aproximarse. Pero las armas con las que está protegido y equipado desconciertan a todos. Les ha engañado y burlado, pues el duque y todos los otros, mientras él se acerca con la lanza sobre el fieltro, exclaman:

–¡Llega nuestro caballero! En la lanza que empuña lleva la cabeza de Cligés y los griegos le siguen detrás. Montemos a caballo para protegerle.

Entonces galopan a rienda suelta y Cligés espolea su caballo hacia los sajones, se agacha y agazapa bajo el escudo, con la lanza recta y la cabeza en la punta. No tiene el cuerpo de Sansón: no era más fuerte que pudiera serlo otro.

De ambas partes, sajones y griegos y alemanes, piensan que está muerto. Éstos están contentos, aquéllos apesadumbrados. Pero enseguida se sabrá la verdad, pues Cligés no está muerto: gritando se lanza contra un sajón, le golpea con su lanza de fresno, que lleva la cabeza en la punta, en mitad del pecho y le hace abandonar los estribos. Después exclama:

–Heridlos, barones. Soy Cligés, a quien estáis buscando. ¡Adelante, valientes y atrevidos caballeros!, que ninguno se acobarde, es nuestra la primera lid, un hombre cobarde no gusta de tales manjares.

El emperador está entusiasmado cuando escucha a su sobrino Cligés, que así les arenga y anima. Se alegra mucho y se regocija.

Y el duque está muy sorprendido al verse traicionado y perdido si sus ejércitos no se muestran superiores. Hace que sus hombres cierren la formación y estrechen las filas. Los griegos, en filas cerradas y compactas, no se han separado de ellos, sino que los atacan y arremeten duramente. Han empuñado las lanzas en los dos bandos, se enfrentan y chocan como deben en tal ocasión. En los primeros encuentros atraviesan los escudos y quiebran las lanzas, rompen las cinchas y cortan los estribos; muchos de aquellos que yacen en la plaza han dejado caballos vacíos. Haga lo que haga cada cual, Cligés y el duque se enfrentan. Las lanzas están extendidas, y una y otra chocan con tan gran fuerza en sus escudos que, aunque eran fuertes y bien hechas, vuelan hechas astillas. Cligés era diestro caballero y permanece bien derecho y no vacila ni se tambalea. El duque ha dejado la silla y los estribos vacíos. Cligés se esfuerza por capturarle y hacerle prisionero y lucha y lo intenta, pero su esfuerzo no es suficiente, pues los sajones se reúnen alrededor y le rescatan del tumulto. Cligés, sin embargo, abandona el combate ileso y con un precioso botín, pues se lleva el destrero del duque, que era más blanco que la lana y que para uno de sus nobles tenía más valor que la fortuna de Octavio de Roma. Era un caballo árabe. Los griegos y los tudescos se han alegrado mucho cuando han visto a Cligés en tal montura, pues han comprobado el valor y la excelencia del caballo árabe. Pero nada sabían de una emboscada de la que no se apercibieron hasta que sufrieron una gran pérdida.

Un espía ha venido junto al duque y ha hecho que renazca en él la alegría:

–Señor –dijo–, no ha quedado en las tiendas griegas uno solo que pueda defenderse. Puedes hacer que se rapte a la hija del emperador, si me crees, mientras los griegos están entregados a la lucha y la batalla. Déjame algunos de tus caballeros y te devolveré a tu amiga. Por un viejo camino retirado los conduciré con tanta precaución que ni tudescos y alemanes los verán ni descubrirán, y podrán tomar a la joven de su rienda y llevársela tan fácilmente que no les será disputada.

El duque está contento con ello. Ha enviado con el espía cien caballeros expertos y más, y aquél los ha conducido de tal manera que han capturado a la joven, sin emplear violencia alguna, pues la han podido apresar fácilmente. Cuando se hubieron alejado de las tiendas, no les acompañaron un largo camino, pues sólo doce de ellos la escoltaron. Los doce se llevan a la joven, mientras los otros cuentan al duque la noticia. El duque ha satisfecho su deseo, y enseguida pacta una tregua con los griegos hasta la mañana siguiente. La tregua fue aceptada y acordada. Los hombres del duque se volvieron y, sin esperar más, se retiraron los griegos, cada uno a su tienda.

Pero Cligés permanece solo en una pequeña colina, sin ser observado por nadie, hasta que ve a los doce que caminan ligeros y a aquella a quien llevan a toda prisa. Cligés, que está deseoso de adquirir fama, se lanza rápidamente hacia ellos, pues piensa y le dice el corazón que no huyen sin motivo. En cuanto los ve, se dirige hacia ellos, que le ven llegar y piensan y creen que es el duque quien los sigue.

–Esperémosle un poco, ha abandonado solo el campamento y viene detrás de nosotros muy deprisa.

No hay ninguno que no lo piense: todos quieren ir a su encuentro pero cada uno de ellos desea ir solo. Cligés tiene que bajar un gran valle entre dos montañas. Jamás habría reconocido sus enseñas si no hubieran venido hacia él o si no lo esperaran. Seis de entre ellos salen a su encuentro, pero los recibe uno por uno; los otros permanecen con la joven y la llevan al paso y a la ambladura. Los seis van a toda prisa picando espuelas por mitad del valle. Aquel que tenía el caballo más rápido llegó antes que todos los otros exclamando en alta voz:

–¡Duque de Sajonia, que Dios te salve! ¡Duque, hemos recuperado a tu amiga!; ¡ya no se la llevarán los griegos, ella te será entregada y devuelta!

No sonríe el corazón de Cligés al escuchar las palabras que aquél ha exclamado. Maravilla es que no le ciegue la rabia. Jamás

bestia salvaje, leopardo, serpiente o león, si ve cómo le arrebatan a sus crías, estaría tan furiosa ni encolerizada ni animosa para el combate como Cligés, pues poco le importa vivir si le falta su amiga. Mejor preferiría morir antes de no rescatarla. Siente gran ira en su congoja, que le inspira muy gran atrevimiento. Espolea y aguija el caballo árabe y va a asestar tal golpe al sajón bajo el escudo pintado que, sin exagerar, le hace sentir el hierro en el corazón. Esto ha dado confianza a Cligés. Pica espuelas y azuza el caballo árabe más de un arpende, antes de que el otro sajón se haya aproximado, pues todos venían separados. No ha temido a uno ni a otro pues lucha con cada uno, uno tras otro; uno por uno los encuentra y ninguno recibe ayuda del otro. Ataca al segundo, que tenía la misma idea que su antecesor: dar nuevas y proporcionar alegría, como había hecho el primero. Pero Cligés no está interesado en los discursos ni en escuchar sus palabras. Embute su lanza en el cuerpo y al sacarla brota la sangre que le quita el alma y la palabra. Tras estos dos hace frente al tercero, el cual pensaba encontrarlo muy triste y pensaba que iba a convertir en alegría su enojo. Cligés espolea el caballo contra él, pero antes de que le sea posible decir algo le ha hundido en medio del cuerpo una toesa de su lanza. Al cuarto le ha propinado tal golpe que lo ha dejado desvanecido en mitad del campo. Tras el cuarto se ha lanzado contra el quinto y después del quinto contra el sexto. De éstos ninguno se resiste, a todos los deja callados y mudos. Teme menos a los otros y más intrépidamente los requiere, pues no tiene nada que temer de estos seis.

Cuando se desembaraza de éstos quiere mostrar la desgracia y la vergüenza a aquellos que llevan a la joven. Los reúne y los ataca como lobo hambriento y voraz que se abalanza sobre su presa. Ahora que puede realizar una proeza ante aquella cuyo amor le enloquece, siente que su felicidad ha llegado. Si ahora no la rescata está muerto, y también ella está como muerta, muy afligida por él, aunque no sabe que está tan cerca de ella. Con la lanza sobre el arzón, Cligés ha dado un golpe de espuelas del que

se siente satisfecho; se enfrenta a un sajón y después a otro y de un solo impulso ha hecho caer a ambos a tierra y ha roto su lanza de fresno. Ambos caen en tal apuro que no tienen fuerza para levantarse, para hacerle mal ni herirlo, pues sus cuerpos fueron destrozados. Los otros cuatro, enfurecidos, van todos juntos a herir a Cligés, pero él no se acobarda ni tiembla, y no le han desalojado de sus estribos. Desenvaina la aguda espada con rapidez para agradar a aquella de quien espera su amor, se lanza contra un sajón, lo hiere con la aguda espada y le separa la cabeza del cuerpo por la mitad del cuello: ésa es la piedad que tiene. Fenice le mira y le observa y no sabe que se trata de Cligés. Ella desearía que fuera él, pero se dice a sí misma que no lo desearía por el peligro que corre. Por dos razones es buena amiga, pues teme su muerte y desea su gloria. Y Cligés, con la espada en la mano, ataca a los otros tres que le presentan fiera batalla, le agujerean y hienden el escudo, pero no consiguen hacerse con él ni desmallar su cota. Y nada de lo que alcanza Cligés puede resistir a sus golpes, que todo rompen y destruyen. Da más vueltas que una peonza, dirigida e impulsada por el zumbel. El valor y el amor que le dominan lo convierten en atrevido y valiente. Ha dejado tan maltrechos a los sajones que ha matado a todos. A unos los ha herido, a otros los ha matado, pero ha dejado escapar a uno porque quedaban igualados, y para que el duque sepa por él su vergüenza y se lamente. Cuando el duque se enteró de su desgracia sintió gran cólera y gran dolor.

Cligés trae consigo a Fenice, cuyo amor le turba y atormenta. Pero, si él no se declara ahora, durante largo tiempo el amor le resultará su enemigo, y también a ella, si guarda silencio y no le confiesa lo mucho que le agrada, pues ahora pueden decirse en secreto uno al otro sus sentimientos. Pero temen tanto ser rechazados que no osan descubrir su corazón. Aquél teme que ella no le acepte, ella teme ser rechazada. Sin embargo los ojos de uno revelan al otro su pensamiento, ¡si se hubiesen dado cuenta de ello! Los ojos hablan con prudencia, pero las bocas son tan co-

bardes que de ninguna manera osan hablar del amor que los domina. No es extraño si ella no se atreve a empezar, pues una joven debe ser simple y tímida. Pero él, ¿a qué espera? ¿por qué se detiene? Él, que por ella es atrevido en todo momento, ¿se acobarda ante ella sola? Dios, ¿de dónde proviene este temor que siente ante una joven sencilla y tímida, débil y callada? Me parece que veo a los perros huir ante la liebre y a la tórtola cazar al azor, el cordero al lobo, la paloma al águila y el campesino huir de su laya, de la que vive y con la que se afana; así el halcón huye del pato, el buitre ante la garza, el lucio ante el gobio y el ciervo caza al león: es el mundo al revés. Pero deseo exponer algunas razones que expliquen lo que sucede a los amantes corteses a quienes falta el sentido y el atrevimiento, para decir lo que piensan cuando tienen la ocasión, lugar y tiempo. Vosotros, que tenéis la sabiduría en amor y que mantenéis fielmente las costumbres y hábitos de su corte, que nunca faltasteis a su ley, sucediera lo que sucediera, decidme: ¿es posible contemplar nada que por amor os agrade y os haga temblar o empalidecer? Nadie se opondrá a mí en esto a quien yo no rebata. Pues nadie palidece, ni tiembla, ni pretende obtener por fraude lo que no le pertenece por derecho. Un sirviente que no teme a su señor no debe ir en su séquito ni consagrarse a su servicio. No teme a su señor quien no lo estima y quien no lo estima no le tiene afecto, antes intenta confundirlo y robarle sus pertenencias. De miedo debe temblar el sirviente cuando su señor le llama o le ordena, y quien a Amor se consagra hace de él su maestro y su señor: justo es que lo tenga en su memoria y que le sirva y le honre si quiere encontrarse a gusto en su corte. Amor sin temor y sin miedo es fuego ardiente y sin calor, día sin sol, cera sin miel, verano sin flor, invierno sin hielo, cielo sin luna, libro sin letras. Y si queréis refutarlo, probad que allí donde no hay temor no debe decirse que haya Amor. Quien amar quiere tiene que sentir temor, de otro modo no puede amar; pero sólo aquel que ama teme, y por ello es atrevido en todas las cosas. Así pues, Cligés no se equivoca ni confunde si teme a su amiga. Pero no habría errado si enseguida la hubiese hablado y requerido de amores, fuera cual fuera su decisión, si ella no hubiese sido la mujer de su tío. Por ello su herida se agrava y más le atormenta y hace sufrir, pues no se atreve a decir aquello que desea.

De este modo regresan ambos junto a su gente y si hablan de algo no es de cosa que les interese. Cada uno monta un buen caballo y cabalgan con rapidez hacia el campamento, donde reinaba muy gran duelo. La desesperación casi les hace enloquecer, pero nadie dice la verdad, pues dicen que Cligés ha muerto. De ello nace su pesar grande y profundo; se afligen también por Fenice, pues creen que jamás la recuperarán. Por él y por ella el campamento entero está sumido en una gran aflicción. Pero apenas tardaron en llegar y entonces todo cambió. Han regresado al campamento y han convertido la tristeza en júbilo. Vuelve la alegría y se marcha el llanto. Todos salen a su encuentro, todo el campamento se reúne cuando escuchan las noticias de Cligés y de la joven. Los dos emperadores acuden juntos y exultantes a recibirlos. A duras penas pueden esperar para escuchar cómo Cligés había encontrado y recobrado a la emperatriz. Cligés les relata y quienes le escuchan se maravillan y alaban su hazaña y valor.

En el otro bando, el duque está furioso. Jura, propone y afirma que, si Cligés se atreve, que se enfrente con él en un combate. Se acordará en los siguientes términos: si Cligés vence en la lid, el emperador se irá seguro y confiado y se llevará consigo a su joven esposa, y si Cligés, que tanto daño le ha causado, muere o es vencido, ni paz ni tregua impedirán que cada uno no haga lo que le parezca mejor. Esto es lo que el duque propone, y por medio de uno de sus intérpretes, que sabía griego y alemán, hace saber a los dos emperadores de qué manera desea concertar el combate.

El mensajero anuncia su mensaje en una y otra lengua de suerte que todos lo entienden. El campamento entero se estremece y murmura, y proclama que a Dios no le agrada que Cligés libre

el combate. Los dos emperadores están aterrados. Pero Cligés se arroja a sus pies y les ruega que no estén apesadumbrados, que si hasta ahora no ha hecho nada que no les resultara de su agrado, que le concedan sostener este combate como premio y recompensa, y si no lo consienten, jamás servirá por el provecho y honor de su tío ni un solo día. El emperador, que sentía afecto por su sobrino, como era natural, hace que se levante con la mano y dice:

–Querido sobrino, me preocupa mucho que estéis tan ansioso por combatir, pues tras la alegría viene el duelo. Me habéis hecho feliz, no puedo negarlo, pero me inquieta mucho consentir en enviaros al combate, pues os veo demasiado joven. Pero sois de corazón tan esforzado que a ningún precio me atrevería a negaros nada que os agrade pedirme, pues solamente con pedirlo os sería concedido, estad seguro de ello. Pero si mi ruego valiera algo, jamás tomaríais esta carga.

–Señor –dice Cligés–, de nada sirve seguir hablando. Que Dios me confunda si quisiera conquistar el mundo sin librar antes batalla; no sé por qué os pediría larga espera ni retraso.

El emperador llora de lástima cuando le concede ir a combatir y Cligés llora de alegría. Se derramaron abundantes lágrimas pero no hubo más dilación ni tregua. Antes de la hora de prima, fue anunciada al duque la batalla por su propio mensajero en los términos que él había propuesto.

El duque cree, hace bien en creerlo, y piensa que Cligés no puede defenderse ante él de suerte que no lo mate o derrote enseguida. Se hace armar inmediatamente. Cligés, para quien la batalla se retrasa ya demasiado, no se interesa por nada que no sea defenderse a sí mismo. Pide armas al emperador y desea que le nombre caballero. Y el emperador, por su gracia, le da armas, y éste las toma, con el corazón anhelante por el combate que ansía y desea. Se apresura a armarse, y cuando lo ha hecho de pies a cabeza el emperador, que estaba muy triste, va a ceñirle la espada en el costado. Cligés monta sobre su caballo árabe blanco, pertrechado con todas sus armas. Pende de su cuello agarrado por las bridas un escudo de hueso de elefante que no se rompe ni se resquebraja, que no tiene color ni pintura. Toda su armadura era blanca, y el caballo destrero, y el arnés eran más blancos que la nieve.

Cligés y el duque montan. Uno y otro se han emplazado a encontrarse a mitad de camino y acordado que, por ambos bandos, los soldados se comprometan por juramento y promesa a no llevar espada ni lanza. Mientras dure la batalla no habrá nadie tan osado que se atreva a moverse para hacer daño a ninguno, ni que ose traicionarlo. De acuerdo con este compromiso se han reunido. A ambos les parece que se retrasan demasiado, pues desean alcanzar el honor y la alegría de la victoria. Pero antes de propinarse golpe alguno la emperatriz, que está inquieta por Cligés, se ha hecho conducir hasta allí. Ha pensado detenidamente en esto: si él muere, ella morirá. Nadie podrá evitar que muera con él, pues sin él la vida no le agrada. Cuando todos llegan al campo, el alto y el bajo, el joven y el de cabeza cana, son dispuestos los centinelas y ambos empuñan entonces sus lanzas y se atacan sin compasión. Cada uno de ellos rompe su lanza y cae del caballo a tierra pues no pueden mantenerse en las sillas, pero se han puesto en pie rápidamente y, como no fueron heridos, se atacan sin demora. Con las espadas interpretan un *lai* sobre los yelmos que resuenan y asombran a su gente. A quienes les miran les parece que los yelmos se iluminan y arden, pues cuando las espadas rebotan, saltan chispas ardientes como del hierro candente que el herrero golpea sobre el yunque después de retirarlo de la fragua. Los dos vasallos son muy generosos en propinar abundantes golpes. Cada uno desea devolver rápidamente lo que ha recibido. Ni éste ni aquél se cansan de devolver al otro capital e interés sin cuenta y sin medida. Pero el duque siente un gran despecho y está profundamente irritado por no haber derrotado y matado a Cligés en las primeras acometidas y le asesta un golpe tan fuerte y descomunal que cae a sus pies con una rodilla en tierra. Tras

haber golpeado a Cligés de esta manera, el emperador se quedó estupefacto, y no menos aturdido que si estuviera él mismo bajo el escudo ante lo que pudiera sucederle. Quien no pudo contenerse fue Fenice, que estaba tan impresionada que gritó lo más fuerte que pudo: «¡Santa María!». Pero no gritó más que una palabra, pues le faltó la voz y cayó sin conocimiento, con los brazos en cruz, de suerte que se hirió levemente en el rostro. Los barones la levantaron y sostuvieron sobre sus pies hasta que recuperó el sentido. A pesar del aspecto que mostraba, nadie que la viera sabría por qué razón se desmayó. Ni uno solo la censuró, sino que todos la alabaron, pues no había ninguno que no creyera que ella habría hecho lo mismo por él, si él hubiera estado en vez de Cligés; pero de todo ello no fue nada. Cligés oyó muy bien cuando Fenice gritó y su voz le devolvió fuerzas y coraje; se incorporó ágilmente y se dirigió enfurecido contra el duque, y lo atacó y combatió de tal manera que éste se quedó sorprendido, pues lo encontraba, así le parecía, más belicoso, fuerte, ágil y aguerrido que antes, cuando se encontraron por primera vez. Y como teme su acometida le dice:

–Joven, que Dios me salve, os veo más combativo y valiente, y si no fuera por mi sobrino, a quien no olvidaré jamás, con gusto haría contigo la paz y abandonaría la disputa y no me ocuparía más de ella.

–Duque –dice Cligés–, ¿qué decís que os gustaría? ¿Conviene que ceda su derecho aquel que no puede recuperarlo? De dos males debemos escoger el menor cuando se nos obliga a hacerlo. Vuestro sobrino no fue sensato cuando se me acercó encendido de cólera e ira. Intentaré hacer lo mismo con vos, si puedo, si no me ofrecéis una paz favorable.

El duque, a quien parece que la fuerza de Cligés crece rápidamente, piensa que le sería más conveniente, antes de estar por completo agotado, detenerse a medio camino y no meterse del todo en un atolladero y en un camino peligroso. Sin embargo, no dice abiertamente toda la verdad:

–Joven –le dice–, te considero muy noble y franco y de gran valentía, pero eres demasiado joven, por lo que pienso y estoy seguro de que, si te venzo o te mato, no adquiriré honor ni fama y no veré a ningún noble ni a hombre alguno a quien deba confesar que he combatido contra ti; eso sería procurarte honor y a mí, vergüenza, pero si sabes de la importancia del honor, siempre será para ti una gran gloria el haber resistido dos asaltos contra mí. Mi deseo e intención son ahora abandonar este combate y no batirme más contigo.

–Duque –dijo Cligés–, no merece la pena. Delante de todos dirás estas palabras en alto, para que no sea divulgado ni contado que sois vos quien me hacéis este favor, antes bien, soy yo quien tengo piedad de vos. Es necesario que recordéis cuanto habéis dicho ante todos los que aquí están, si queréis llegar a un acuerdo conmigo.

El duque lo reconoce ante todos: han hecho la paz y se han reconciliado; se alcanzara el pacto como se alcanzara, lo cierto es que Cligés ganó honor y alabanza y los griegos tuvieron una gran alegría. Pero los sajones no podían estar satisfechos, pues todos habían visto claramente a su señor vencido y agotado. No se conseguiría nada con preguntárselo: si él hubiera podido superarse, jamás se habría llegado a este acuerdo, antes le habría arrancado el alma del cuerpo a Cligés, si hubiera podido hacerlo. El duque regresa a Sajonia triste, taciturno y avergonzado, pues no hay dos entre sus hombres que no lo tengan por miserable, frustrado y cobarde. Los sajones se han retirado con toda su vergüenza a Sajonia y los griegos no se detienen más, regresan hacia Constantinopla con gran alegría y entusiasmo, pues Cligés, gracias a su hazaña, ha dejado expedito el camino. El emperador de Alemania ya no los escolta ni acompaña. Se despide de los griegos, de su hija, de Cligés y después del emperador, y se ha quedado en Alemania. Y el emperador de los griegos se va muy contento y muy feliz. Cligés, valiente y educado, piensa en las enseñanzas de su padre. Si su tío el emperador se lo concede, acudirá a pedirle que

le deje ir a Bretaña para hablar con su tío y con el rey, pues desea verlos y conocerlos. Se presenta ante el emperador y le pide, si le place, que le permita ir a Bretaña a ver a su tío y a sus amigos. Lo ha pedido con mucha prudencia, pero su tío lo ha denegado cuando ha oído sus palabras y su petición:

–Sobrino querido –le dice–, no me agrada que deséeis partir de mi lado. Jamás os daré permiso ni beneplácito sin que me pese, pues mucho me agrada y me conviene que seáis compañero y, junto a mí, señor de todo mi imperio.

No le gusta nada a Cligés escuchar que su tío le prohíba lo que le pide y solicita.

–Señor –dijo–, no soy tan sabio ni tan prudente como para que se me confíe compartir ese cargo con vos ni con otro para gobernar el imperio. Soy demasiado joven e inexperto. Así como el oro se prueba en la piedra de toque para saber si es fino, también quiero yo, en pocas palabras, probarme allí donde considere que pueda encontrar la piedra de toque. En Bretaña, si soy valiente, podría acercarme a la piedra, fina y auténtica, donde podría probar mi valor, ya que es en Bretaña donde están los nobles famosos por su valentía y honor, y quien desee alcanzar honor debe acompañarlos: el honor está en ellos y lo consigue aquel que los acompaña. Por ello os pido permiso y estad seguro de que, si no me enviáis y no me concedéis la merced, iré sin vuestro consentimiento.

–Querido sobrino, antes os lo otorgo, pues estáis de tal manera decidido que ni por la fuerza ni con súplicas podría reteneros. Que Dios os infunda la intención y el deseo de volver pronto, puesto que súplica, prohibición o fuerza serían inútiles. Quiero que portéis con vos un sextario lleno de oro y plata y os daré para vuestro recreo caballos de vuestra elección.

En cuanto acaba de hablar, Cligés le expresa su agradecimiento. Todo aquello que el emperador le ha destinado y prometido se lo ha puesto delante. Cligés toma tantas riquezas y compañeros como desea, pero para su uso personal escoge cuatro destreros diferentes: uno alazán, uno rojizo, uno blanco, uno negro. Pero he silenciado algo que no conviene omitir.

Cligés va a pedir y suplicar licencia a Fenice, su amiga, y desea encomendarla a Dios. Viene ante ella, se arrodilla llorando, de suerte que con sus lágrimas moja toda su túnica y su armiño e inclina sus ojos a tierra y no se atreve a mirarla de frente, como si hubiese cometido un delito contra ella; se diría que tiene vergüenza. Fenice, que le contempla como criatura débil y temerosa que es, no sabe qué razones le llevan ante ella y así le dice con cierta tristeza:

–¡Amigo, bello hermano, levantaos! Sentaos cerca de mí, no lloréis y contadme qué deseáis.

–Señora, ¿qué decir?, ¿qué callar? Os quiero pedir y suplicar permiso, pues debo ir a Bretaña.

–Decidme, pues, para qué fin antes de concedéroslo.

–Señora, mi padre me pidió al morir que por nada dejase de ir a Bretaña en cuanto debiera ser caballero y por nada del mundo querría dejar de cumplir su mandato. Apenas me fatigaría en ir desde aquí hasta allá; hay, en cambio, un largo camino hasta Grecia y si fuera hasta allí me resultaría demasiado largo el viaje desde Constantinopla a Bretaña. Pero es justo que me despida de vos como de aquella a quien pertenezco por completo.

Hubo muchos sollozos y suspiros al partir, callados y en silencio, pero bastaba con tener los ojos bien abiertos y mirar con atención para saber con certeza absoluta que entre ambos existía el amor. A pesar de la pesadumbre que le abruma, Cligés parte tan pronto como tiene oportunidad. Se marcha pensativo, y pensativos permanecen el emperador y muchos otros. Pero sobre todo está pensativa Fenice: no encuentra fondo ni orilla a los pensamientos que la ocupan; mientras más profundiza en ellos, más se multiplican.

Ha llegado pensativa a Grecia y es recibida con grandes honores, como soberana y como emperatriz. Su corazón y su espíritu están con Cligés allí donde vaya y su corazón no desea

regresar a ella si no se lo devuelve Cligés, que muere del mismo mal que le hace morir a ella. Y si él se cura, ella se curará y él no dejará de pagar el mismo tributo que ella. En su rostro se dibuja su tribulación, pues está pálida y alterada. El color fresco, claro y puro que Naturaleza había puesto en su rostro es ahora muy extraño. A menudo llora, a menudo suspira, se interesa muy poco por su imperio y por los grandes honores que se le rinden desde que Cligés se ha marchado. Tiene siempre en su recuerdo la licencia que Cligés le pidió, lo mucho que se alteró y palideció, las lágrimas y expresión de su rostro, cómo vino ante ella a llorar, como si debiera adorarla, humilde y sencillo, de rodillas. Le agrada y le resulta dulce recordar y evocar todo aquello. Después, para hacerse buena boca, pone sobre su lengua un poco de especia: una palabra que, según como ella la ha entendido, no querría, ni por todas las tierras de Grecia, que aquel que la pronunció la hubiese dicho para engañarla, pues ella no puede vivir con mejor bocado ni hay otra cosa que le plazca.

Sólo esta palabra la sostiene y alimenta y todos sus males alivia; no quiere probar otro plato ni beber otro licor, pues, cuando llegó el momento de separarse, Cligés dijo que le pertenecía enteramente a ella. Esta palabra le resulta tan dulce y agradable que desde la lengua le toca el corazón, la mete en la boca y en el corazón para que esté más segura. No se atreve a guardar este tesoro bajo ninguna otra cerradura y en ningún otro lugar como en su corazón podría alojarlo tan bien. A ningún precio lo dejaría fuera, pues tanto teme a ladrones y salteadores. Pero su temor es infundado y sin motivo teme a los pájaros de presa, pues su bien no puede moverse, antes es como un edificio que no puede ser destruido por un diluvio ni por un incendio, y no cambiará de sitio. Sin embargo, no se siente segura y se preocupa y esfuerza por buscar y encontrar alguna certidumbre a la que atenerse. Ella lo expone de diversas maneras, lucha consigo misma, se interroga y se responde y se hace estas objeciones:

—¿Por qué razón me diría Cligés «soy completamente vuestro» si no se lo hizo decir Amor? ¿Qué derecho tengo sobre él? ¿Por qué debe apreciarme tanto hasta convertirme en su dama? ¿No es más bello y de más alto rango que yo? No veo nada, excepto el Amor, que pueda procurarme este don. Mediante mi ejemplo probaré, puesto que no puedo escapar de él, que si él no me amara no declararía ser todo mío; tampoco sería yo del todo suya y no debería decirlo si Amor no me hubiese entregado a él; Cligés no habría dicho de ninguna manera que era todo mío si Amor no lo tuviera en sus redes. Pues, si no me ama, no me teme. Espero que Amor, que me ha entregado a él del todo, me lo devuelva. Pero lo que me desazona es que sus palabras sean una frase hecha, y podría estar engañada, pues hay muchos que dicen en broma incluso a los extraños «soy vuestro y todo cuanto tengo». Son más embusteros que los charlatanes. No sé a qué atenerme, pues podría suceder que lo hubiera dicho para engañarme. Pero yo vi cómo cambiaba el color de su rostro y lloraba con mucha tristeza. Creo que las lágrimas y el rostro abatido y afligido no provenían del engaño, ni de la trampa o la mentira. No mintieron los ojos de los que vi caer lágrimas. Pude ver bastantes muestras de amor, si algo sé de él. En mala hora lo he aprendido y lo recuerdo, pues la experiencia ha sido bastante amarga. ¿Amarga? Sí, a fe mía. Estoy muerta, pues no veo a aquel que me ha robado el corazón y que tanto me ha adulado y embaucado. Su lisonja y su halago han hecho que mi corazón abandone su casa, no quiere permanecer conmigo: tanto nos odia a mí y a mi hogar. A fe mía, él me ha maltratado; él, que tiene en su poder mi corazón, que me roba y quita lo mío, no me ama, bien lo sé. ¿Lo sé? ¿Por qué lloraba entonces? ¿Por qué? No fue en vano, bastantes razones había para ello. No tengo ningún motivo para quejarme, pues las personas que se aman y conocen sienten gran tristeza cuando se despiden. No me causa admiración que, al dejar a sus conocidos, sintiera pesar y aflicción y llorara. Pero aquél, que le aconsejó que fuera por una temporada a Bretaña no podía haber

encontrado mejor medio para desgarrarme el corazón. Quien pierde su corazón está desolado, quien lo pierde debe sentir profundo pesar, pero yo no lo he merecido. ¡Ay, infeliz! ¿Por qué me hace morir Cligés sin haber cometido yo delito alguno? Pero de nada me vale reflexionar sobre ello, pues no tengo ninguna razón. Estoy segura de que Cligés no se habría dignado admitir en ningún momento que su corazón fuera parecido al mío. El mío no es parecido, dice, pero el mío acompaña al suyo, no lo abandona, pues el suyo no irá sin el mío, que le sigue en secreto: tal unión han formado. Pero, a decir verdad, son contrarios y muy diferentes. ¿Por qué son contrarios y diferentes? El suyo es señor y el mío siervo, y el siervo, a pesar suyo, debe satisfacer todos los deseos de su señor y abandonar todos los otros asuntos. Eso es lo que me inquieta, pero él no se preocupa apenas de mi corazón ni de mi servicio. Me aflige esta diferencia que hace que uno sea señor de los dos. ¿Por qué no puede el mío ser tanto como el suyo para él? Tendrían los dos el mismo poder. Mi corazón está preso, no puede moverse si el suyo no se mueve, y si el suyo vaga o se detiene, el mío se dispone y prepara para seguirlo e ir detrás. Dios, ¿no están los cuerpos tan cerca como para que de ninguna forma haga volver mi corazón? ¿Hacerlo volver? ¡Loca, insensata! Le arrebataría su felicidad y podría matarlo. ¡Que permanezca allí! No quiero que abandone ese lugar, deseo que permanezca junto a su amo hasta que se apiade de él. Obtendrá favores de su dueño antes allí que aquí, pues están en tierra extranjera. Si es buen adulador, tal y como se debe en la corte, será muy rico antes de que regrese. Quien quiera ser bien considerado por su amo y estar sentado junto a él a su diestra, como es uso y costumbre, debe retirar la pluma de la cabeza, incluso cuando no haya ninguna. Pero hay aquí un inconveniente: pues el adulador es educado por fuera, pero si dentro del cuerpo no hay sino villanía y bajeza no será tan sincero como para decírselo, antes bien le hará creer y pensar que nadie podría compararse con él en valor ni sabiduría. Éste cree que dice la verdad a pesar de ser felón, malvado, mezquino, cobarde como liebre, sórdido y loco y contrahecho y villano en palabras y acciones; el mismo que por la espalda le hace muecas, le aprecia por delante y le alaba. Así, lo alaba delante de él cuando está hablando con otro, y lo hace como si su amo no escuchara una sola palabra de lo que está diciendo, pero si pensara que no lo escucha no diría nada que le alegrara. Y si su señor quiere mentir, él siempre está dispuesto a aprobarlo. Quien frecuenta la corte y los señores debe consentir en la mentira. Conviene que mi corazón se comporte así si quiere obtener el favor de su señor, que sea adulador y mentiroso. Pero Cligés es tal caballero, tan bello, tan franco y leal que no será mentiroso ni falso conmigo por mucho que le alabe; no hay en él nada que criticar. Por ello deseo que mi corazón le sirva, pues, como dice el villano en su refrán: «Malvado es quien se encomienda a un noble y no se perfecciona en su compañía».

Así atormenta Amor a Fenice, pero este tormento es tan agradable que no puede sentirse fatigada.

Cligés ha atravesado el mar y ha llegado a Wallingford. Allí se ha instalado en un alojamiento bello y lujoso. Pero siempre piensa en Fenice y no la olvida ni una hora. Allí donde se ha establecido y permanece, sus hombres, instruidos por él, han indagado y averiguado y les han hecho saber que los barones del rey Arturo y el rey mismo habían organizado un torneo.

En la llanura junto a Oxford, que está cerca de Wallingford, allí fue concertado el encuentro que debía durar cuatro días. Pero Cligés puede prepararse antes durante mucho tiempo y equiparse entretanto si algo necesita, pues faltan más de quince días completos antes del torneo. Rápidamente envía a Londres a tres de sus escuderos. Les ordena que le traigan tres pares de armas distintas, unas negras, otras rojas, verdes las terceras, pero les manda que en el camino de regreso recubran cada par con una tela nueva, de manera que si alguien los encuentra por el camino no sepa de qué color son las armas que llevan. Los escuderos parten inmediatamente, llegan a Londres y encuentran dispuesto cuanto

desean. Actúan con rapidez y regresan enseguida, lo antes que pueden, y muestran a Cligés las armas que han traído, el cual las alaba mucho. Las ha hecho esconder y guardar junto a aquellas que le dio el emperador en el Danubio cuando le nombró caballero. A quien me quisiera preguntar por qué razón las hace esconder no querría responderle inmediatamente, pues bien os será contado cuando todos los nobles del reino que vienen para alcanzar honor estén montados a caballo.

Los barones de renombre se reunieron en el día fijado y señalado. El rey Arturo con los suyos, elegidos entre los mejores, tomó posiciones junto a Oxford. De la parte de Wallingford venía la mayor parte de caballeros. ¿Creéis que os voy a contar para demorar mi cuento: «fueron tales reyes y tales condes y fueron éste, y este otro, y éste y aquél?». Cuando los nobles comenzaron a reunirse, de acuerdo con la costumbre de aquellos tiempos, vino picando espuelas entre dos filas un caballero de gran valor, de la mesnada del rey Arturo, para comenzar enseguida el torneo. Pero ninguno se atreve a moverse para ir a justar contra él; todos se quedan quietos. Y hay algunos que preguntan:

–¿A qué esperan aquellos caballeros, pues ninguno sale de las filas? Alguno se decidirá enseguida.

Y la mayoría de los que están enfrente dicen:

–¿No veis qué adversario nos han enviado los de allá?

Entienda bien aquel que no lo sepa que quien está sobre el terreno es uno de los cuatro mejores que se conocen.

–¿Quién es?

–¿No lo veis? Es Sagremor, el Salvaje.

–¿Es él?

–Míralo, no hay duda.

Cligés, que lo ha oído y escuchado, monta su caballo Morel y viste una armadura más negra que mora en sazón. Toda su armadura era negra. Se separa de la fila de los otros y espolea a Morel, que se lanza con furia. No hay nadie que lo vea que no diga al otro: «Este caballero cabalga bien con la lanza sobre el fieltro del arzón, es muy diestro, lleva sus armas conforme a las reglas y el escudo se ajusta bien a su cuello, pero debe de estar loco por atreverse a entrar en combate contra uno de los mejores caballeros que se conocen en este país. ¿De dónde es? ¿Dónde ha nacido? ¿Quién le conoce? Yo no, ni yo. Pero no ha nevado sobre él».

Así están, entregados a la conversación, mientras aquellos dejan correr a los caballos y no quieren entretenerse, pues cada vez están más ávidos y anhelantes por el combate y la lid. Cligés le golpea de modo que le aplasta el escudo contra el brazo, el brazo al cuerpo. Sagremor cae todo extendido y se declara prisionero. Enseguida comienza la lid y arremeten lo más rápido posible. Cligés se lanza a la lucha y va buscando un adversario con quien combatir y no encuentra caballero al que no haga preso y derribe. De ambos bandos consigue el premio. En cuanto se pone en movimiento para combatir, hace que el torneo se detenga. Debe ser considerado héroe quien se dirija contra él para luchar, y consigue más honor con esperarlo que con apresar a otro caballero. Y si Cligés le hace prisionero, sólo por ello adquiere fama, que no se atrevería a alcanzar luchando con él. Cligés ha ganado el honor y la gloria de todo el torneo.

Cuando ha terminado, ha vuelto secretamente a su alojamiento para que nadie, ni de un bando ni de otro, pueda hablar con él. Y en el caso de que alguien buscara en su alojamiento las armas negras, las esconde en una habitación para que nadie las encuentre y las vea, y hace poner a la puerta de la calle, bien a la vista, las armas verdes para que las vean los transeúntes. Y si alguien pregunta e inquiere dónde está su hostal, no sabrán decírselo.

Así permanece Cligés en la ciudad, y se esconde mediante este ardid. Sus prisioneros recorren la ciudad de arriba abajo preguntando por el caballero negro pero nadie puede darles noticia de él. Incluso el propio rey Arturo le envía a buscar por todas partes, pero todos dicen:

–No le hemos visto; después de marcharnos del torneo no sabemos lo que ha sido de él.

Más de veinte jóvenes que ha enviado el rey le buscan. Pero Cligés está tan escondido que no encuentran ningún rastro suyo. El rey se santiguó cuando le fue referido y contado del caballero, pues no encontraron a grande ni a pequeño que supiera mostrar dónde se hallaba, como si estuviera en Cesarea, Toledo o Candie.

–A fe mía –dice–, no sé qué decir, pero me maravilla. Quizá fue un fantasma que se ha aparecido entre nosotros. Hoy ha derribado a muchos caballeros, ha recibido la palabra de los mejores, que no verán este año su casa, ni su país ni su comarca, y todos habrán faltado a su palabra.

Aún dice el rey su opinión, pero también podría haberla callado. Durante esta noche todos los barones han hablado mucho del caballero negro, pues no conversarían sobre otra cosa. A la mañana siguiente vuelven a tomar las armas sin que hubiera que aconsejarles o pedirles que lo hicieran. Para entablar el primer combate ha salido Lanzarote del Lago, que no es de corazón cobarde.

Lanzarote es el primero que espera y entonces llega Cligés, más verde que una hierba del prado, montado en su destrero rojizo de larga crin. Allí por donde Cligés llega sobre su montura leonada, no hay hombre calvo o de larga cabellera que no le mire asombrado y que diga a su vecino de una y otra parte:

–En todo es más noble y diestro que el que portaba ayer armas negras, pues el pino es más bello que el carpe, y el laurel más que el saúco. Todavía no sabemos quién era el de ayer, sin embargo sabremos quién es el de hoy. Quien lo conozca que nos lo diga.

Cada uno declara que no lo conoce y le parece que en su vida lo ha visto antes, pero es más bello que el de ayer, y más que Lanzarote del Lago. Si éste se hubiera vestido con un saco y Lanzarote de plata o de oro, aún sería aquél más bello que éste. Todos se ponen de parte de Cligés y ambos se enzarzan en el combate con toda la fuerza de sus espuelas. Cligés le propina tal golpe en el escudo de oro en el que está pintado un león, que lo arroja

fuera de la silla y va hacia él para recibir su rendición. Lanzarote no puede defenderse y se declara su prisionero. El torneo comenzó con el ruido y el golpe de las lanzas. Quienes están de parte de Cligés han puesto toda su confianza en él, pues aquel a quien golpea con ímpetu brutal, por más fuerza que tenga, debe caer de su destrero a tierra. Cligés lo hizo tan bien este día y abatió y capturó a tantos que fue apreciado dos veces más por los suyos y alcanzó dos veces más gloria que en el día anterior. Al hacerse de noche, ha vuelto a su alojamiento lo más rápido que ha podido y enseguida hace sacar fuera el escudo bermejo y la otra impedimenta. Ordena que sean escondidas las armas que llevó durante el día y su hospedero las ha escondido a conciencia. Los caballeros a quienes había hecho prisioneros las han buscado afanosamente durante la noche, pero no han tenido noticia alguna de ellas. La mayoría de los que comentan en las hospederías hablan de Cligés con admiración y alabanza.

A la mañana siguiente, los caballeros, ya descansados y recuperadas las fuerzas, vuelven a tomar las armas. De entre las filas de los de Oxford sale un vasallo de gran fama, llamado Perceval el Galés. En cuanto Cligés le ve avanzar y escucha el nombre de Perceval, se siente ansioso por combatir con él. Cligés sale rápidamente de las filas montado sobre un destrero español rubio, con una armadura bermeja. Entonces todos le miran asombrados, más que nunca lo hicieron, y dicen que jamás vieron un caballero tan apuesto. Y los contendientes avanzan ahora sin esperar más y uno y otro se dan golpes tan fuertes en los escudos que las lanzas, que eran cortas y gruesas, se curvan y doblan. A la vista de todos los espectadores, Cligés golpea a Perceval, le tira de su caballo y le hace confesar que es su prisionero, sin grandes palabras ni gran discusión.

Cuando Perceval ha empeñado su palabra, comienza entonces el torneo. Se atacan todos contra todos. Cligés no encuentra ningún caballero al que no haga caer a tierra. Aquel día no pudo vérsele ni siquiera una hora sin combatir. Todos los que están en

el torneo le golpean como si lo hicieran a una torre pero no golpean en grupos de dos o tres, pues no era la costumbre. Han convertido su escudo en yunque pues todos lo forjan, martillean, hienden y golpean. Pero ninguno de los que golpea deja de pagar el precio de abandonar la silla y los arzones. Nadie que no quisiera mentir podría decir al marcharse que aquel día no venció el caballero del escudo rojo. Los mejores y los más elegantes querrían ser sus compañeros, pero las cosas no pueden ir tan deprisa, pues él se ha marchado a hurtadillas cuando ve que el sol se pone de nuevo. Ha hecho retirar su escudo bermejo y el resto del arnés y hace traer las armas con las que fue armado caballero, y las armas y los destreros fueron colocados ante la puerta. Todos se dan cuenta de que han sido confundidos y derrotados por un solo caballero que cada día cambia de caballo y de armadura y parece uno distinto. Al fin se han percatado y mi señor Galván ha dicho que jamás ha visto un rival como él y por ello querría conocerlo y saber su nombre. Declara que será a la mañana siguiente en la reunión de los caballeros. Pero no alardea de nada, antes piensa y considera que aquél tendrá todas las habilidades y ventajas en el combate con lanza, pero quizá no sea maestro con la espada, pues él, Galván, jamás pudo encontrarlo. Deseará, por tanto, medirse a la mañana siguiente con el caballero extraño que cambia cada día sus armas y el caballo y el arnés; será por tanto la cuarta vez que cambia, si tiene por costumbre retirar y renovar el plumaje. Así pues, Cligés se retira y vuelve a cambiar las armas, y a la mañana siguiente Galván le ve llegar más blanco que la flor de lis, sujeto el escudo por las bridas, montado sobre el caballo blanco y reposado, tal como lo había planeado por la noche. Galván el valiente, el ilustre, apenas se ha detenido sobre el campo, sino que espolea a su caballo y avanza y se afana todo lo que puede para combatir, pero no encuentra con quién. Enseguida estarán ambos en el campo, pues Cligés no tiene la intención de quedarse quieto ya que ha escuchado murmurar a algunos que dicen:

–Es Galván, que no es débil ni a caballo ni a pie, nadie se atreve con él.

Cligés, que ha oído las palabras, se lanza contra él en mitad del campo. Uno avanza contra el otro, sin detenerse, más rápido que el ciervo que oye el ladrido de los perros que le persiguen.

Las lanzas chocan contra los escudos y los golpes producen tales estragos que se astillan hasta el mango, se rajan, quiebran y los arzones traseros ceden, las cinchas y los arreos se rompen. Ambos vienen a tierra al tiempo y desenvainan las espadas desnudas: a su alrededor se han reunido las gentes para mirar el combate. Al frente de todos llega el rey Arturo para separarlos e imponer la paz. Pero antes de que se hablara de paz habían desgarrado y desmallado las blancas mallas, atravesado y partido los escudos y roto los yelmos.

Cuando el rey los hubo contemplado un rato, tanto como le plugo, así como muchos otros, que declaraban que no alabarían menos los hechos de armas del caballero blanco que los de mi señor Galván, nadie sabía decir todavía quién era mejor ni quién era peor, ni quién debía vencer al otro si le fuera permitido continuar el combate hasta que terminara. (Pero el rey Arturo no está de acuerdo en dejarles hacer más de lo que han hecho.) Para separarlos avanza un paso y les dice:

–¡Deteneos! ¡No será dado un solo golpe más! ¡Haced la paz, sed amigos! Querido sobrino Galván, os los suplico, ningún noble debe prolongar combate ni asalto cuando no hay odio ni resentimiento. Pero si este caballero desea venir a mi corte para entretener su ocio, ello no le causará daño ni pena. Sobrino, pedídselo.

–Con gusto, señor.

Cligés no desea negarse y acepta ir en cuanto el torneo haya terminado. Ha cumplido escrupulosamente el mandato de su padre. Pero el rey dice que no desea un torneo que dure demasiado y que bien podrían ponerle fin. Los caballeros se han separado, pues el rey lo desea y lo ordena. Cligés manda que le traigan su

impedimenta, pues le conviene seguir al rey. Viene lo más rápido que puede a la corte, pero antes se ha equipado bien, vestido a la manera francesa. En cuanto llega a la corte, todos se apresuran por salir a su encuentro, ninguno se detiene, y le han hecho tal recibimiento y mostrado tal alegría como nunca pudo ser vista antes. Todos aquellos a quienes había capturado en el torneo le llaman señor, pero él no lo acepta y declara que todos queden libres de su palabra si creen y consideran que fue él quien los capturó. No hay uno solo que no diga:

–Fuisteis vos, bien lo sabemos. Apreciamos mucho el encuentro con vos y deberíamos amaros y apreciaros y llamaros señor, pues entre nosotros no hay ninguno semejante a vos. Así como el sol apaga las estrellas pequeñas cuya claridad no se ve en las nubes, así se extinguen y desaparecen nuestras hazañas frente a las vuestras, aunque las nuestras sean muy famosas por el mundo.

Cligés no sabe qué responderles, pues le parece que todos le alaban más de lo que él querría, pero le resulta agradable, aunque sienta vergüenza: la sangre le sube hasta el rostro y ven cómo se ruboriza. Le acompañan por el medio de la habitación, le conducen ante el rey y allí cesan todas sus palabras de elogio y alabanza. Era ya hora de comer; aquellos que estaban encargados se apresuraron a poner las mesas en el palacio. Unos han cogido las toallas y los otros sostienen las bacías y ofrecen agua a aquellos que llegan. Una vez que todos se han lavado, han tomado asiento y el rey ha tomado por la mano a Cligés y le ha sentado ante él, pues sentía muchos deseos de saber hoy, si fuera posible, quién era. No tengo que hablar de la comida, pues tan abundantes fueron las viandas como si un buey costara un denario. Cuando todos los platos fueron servidos, el rey no permaneció callado más tiempo.

–Amigo –le dijo–, deseo saber si es por orgullo por lo que no os habéis dignado venir a mi corte tan pronto como entrasteis en este país y por qué os apartáis de nosotros y cambiáis vuestras armas; decidme cuál es vuestro nombre y en qué región habéis nacido.

Cligés responde:

–No os esconderé nada.

Cuenta y relata al rey todo lo que éste desea saber. Y cuando el rey se ha enterado, entonces le abraza y muestra su alegría; no hay nadie que no le salude con simpatía. Mi señor Galván también lo sabe y es quien por encima de todos le abraza y saluda. Todos le abrazan y manifiestan simpatía y todos cuantos hablan de él dicen que es valiente y apuesto. El rey le ama y honra más que a todos sus sobrinos.

Cligés permanece con el rey hasta que de nuevo llega el verano. Ha estado por toda Bretaña y por Francia y Normandía, ha llevado a cabo tantos hechos caballerescos y ha puesto bien a prueba su valor. Pero la herida del amor no le da tregua ni alivio. El deseo de su corazón le lleva siempre a un mismo pensamiento. Se acuerda de Fenice, que se atormenta lejos de él. La voluntad le impulsa a marcharse, pues ha estado privado durante largo tiempo de ver a la más deseada, como nadie jamás anhelaría, y no quiere prolongar más esta privación. Se prepara para regresar a Grecia, ha pedido permiso y se vuelve. Pero mucho les debe pesar a mi señor Galván y al rey, así lo creo, pues no le pueden retener más. Está ansioso por regresar junto a aquella que ama y por quien suspira, y por mar y por tierra se apresura; el camino le resulta muy largo y tarda mucho en ver a aquella que le ha hurtado y robado el corazón. Pero ella bien le recompensa y bien se lo paga, pues no le ama menos. Pero él no está seguro, no ha habido ni acuerdo ni promesa en este asunto y también se lamenta él con gran dolor. Y ella, a quien Amor abruma y hace morir, también se queja. Nada que se ponga ante sus ojos puede gustarle ni agradarle desde aquella hora en que ha dejado de verlo. Ella no sabe si él está vivo, lo que le causa gran pena en su corazón. Pero Cligés se acerca con rapidez y ha sido afortunado en tener buenos vientos y no sufrir ninguna tormenta. Con gran alegría y contento llega ante el puerto de Constantinopla. La noticia ha corrido por la ciudad: si fue agradable para el emperador, cien

veces más lo fue para la emperatriz, nadie lo dudará. Cligés y su compañía han regresado a Grecia, directamente al puerto de Constantinopla. Los más altos y nobles señores vienen al puerto a recibirlo y cuando el emperador, que ha ido delante de todos acompañado por la emperatriz, lo encuentra, corre a abrazarlo y saludarlo, y cuando Fenice lo saluda a ambos se les muda el color y es maravilla que se contengan al acercarse uno al otro y no se abracen y besen con esos besos que gustan a Amor, pero sería locura y despropósito.

La gente se apresura, acude por todas partes con la intención de verlo; todos le llevan por medio de la ciudad, a pie y a caballo, hasta el palacio imperial. No podrá expresarse la alegría que allí se mostró. Su tío le confía cuanto tiene excepto la corona. Con el fin de favorecerlo le deja que tome a su gusto cuanto quiera del tesoro o dinero. Pero a él no le interesan la plata o el oro; no se atreve a descubrir su pensamiento a aquella por quien no encuentra descanso y tendría ocasiones favorables para hablarle si no temiera un fracaso, pues puede verla todos los días sentarse a su lado, a solas, sin dificultades ni obstáculos, pues nadie lo vería mal ni lo consideraría inconveniente.

Mucho tiempo después de su regreso fue un día él solo a la habitación de aquella que no era su enemiga y, sabedlo bien, la puerta no se cerró bruscamente a su llegada. Él se había colocado junto a ella y todos se habían retirado, de suerte que no había nadie sentado cerca de ellos que pudiera escuchar sus palabras. Fenice habló primero sobre Bretaña y le preguntó por los buenos modales y el carácter de mi señor Galván, hasta que se animó a hablarle de lo que tanto le preocupaba; le preguntó si había amado a alguna dama o a alguna joven en aquel país, a lo que Cligés no contestó de mala gana ni inseguro, sino que respondió en cuanto ella le formuló la pregunta:

–Señora –dijo–, amé mientras estuve allí, pero no amé a nadie que fuera de allá. Como la corteza de un árbol sin madera, mi cuerpo estaba en Bretaña sin el corazón. Una vez que partí de

Alemania, no sé qué ha sido de mi corazón sino que ha venido junto a vos. Aquí estaba mi corazón y allá mi cuerpo. No estuve fuera de Grecia, pues mi corazón vino hasta aquí. Por ello he regresado. Pero él no vuelve, no regresa y no puedo hacerlo volver a mí; tampoco lo deseo, en verdad, ni puedo hacerlo volver. ¿Pero qué os ha acaecido a vos desde que habéis venido a este país? ¿Qué alegría habéis vivido? ¿Os agrada la gente, os agrada la tierra? No debo haceros otra pregunta salvo si el país os gusta.

–Nunca me gustó, pero ahora me nacen una alegría y una satisfacción que, sabedlo, no querría perder ni por súplica ni por placer alguno, pues no puedo arrancarme el corazón ni tampoco le obligaré. En mí no hay más que corteza, pues vivo sin corazón y sin corazón me hallo. Jamás he estado en Bretaña y sin embargo mi corazón ha permanecido allí mucho tiempo: no sé si ha hecho bien o mal.

–Señora, decidme, ¿cuándo estuvo vuestro corazón allá?, ¿cuándo fue, en qué época y en qué estación? Y, si es cosa que razonablemente podéis decirme a mí y a otros, ¿fue cuando yo estuve allí?

–Sí, pero vos no lo sabíais. Sucedió cuando vos fuisteis y con vos se volvió.

–Dios, yo no lo sabía ni lo vi. Dios, ¿por qué no lo sabía? Si lo hubiera sabido, señora, le habría dado buena compañía.

–Entonces me habríais consolado mucho. Amigo, en verdad deberíais haberlo hecho, pues habría sido muy agradable estar con vuestro corazón si le hubiera gustado venir allí donde yo estaba.

–Señora, sin duda fue hasta vos.

–¿Hasta mí? Entonces no estuvo muy solo, pues el mío fue también hacia vos.

–Señora, si es como vos decís, ambos corazones están aquí con nosotros, pues el mío os pertenece por entero.

–Amigo, y vos tenéis el mío, de modo que en todo coincidimos. Y sabed bien, que Dios me guarde, que vuestro tío jamás con-

siguió nada de mí, pues no lo deseé y él jamás pudo conseguirlo. Él todavía no me ha conocido como Adán conoció a su mujer. Equivocadamente he sido llamada esposa y sé bien que quien esposa me llama no sabe que soy doncella; vuestro propio tío no lo sabe, pues ha bebido una poción que hace dormir y cree que está despierto cuando duerme y le parece que hace de mí a su antojo y que goza de mí cuanto desea, pero lo he mantenido aparte. Vuestro es mi corazón, vuestro es mi cuerpo. Nadie aprenderá, a través de mi ejemplo, a cometer villanía, porque, cuando mi corazón se rindió a vos, el cuerpo se prometió y entregó a vos, de manera que nadie más tendrá parte de él. Amor me hirió de tal modo a través de vos que ya no pensé en curarme nunca: de tal modo me habéis hecho sufrir. Si yo os amo y vos me amáis, no seréis llamado Tristán, ni yo Iseo, ya que entonces no sería noble nuestro amor, pues habría en él pecado y culpa. Jamás disfrutaréis otro placer de mi cuerpo que el que ahora tenéis si no podéis planear cómo puedo separarme de vuestro tío y apartarme de él, de modo que no me encuentre ni pueda censurarnos ni a vos ni a mí y no sepa a quién detener. Es necesario que os ocupéis de ello y mañana me sepáis decir qué consideráis mejor. Yo también reflexionaré sobre ello. Mañana, cuando os hayáis levantado, venid a hablarme temprano y cada uno dirá qué es lo que piensa y decidiremos cómo llevar a cabo lo que nos parezca mejor.

Cuando Cligés escucha su voluntad, está de acuerdo en todo y dice que todo se resolverá felizmente. Feliz la deja, feliz se va, y por la noche cada uno permanece despierto en su cama y ambos disfrutan en pensar qué les parece lo mejor. A la mañana siguiente, en cuanto se levantan, vuelven a encontrarse y se hablan en privado tal y como convenía. Cligés habla primero y dice lo que había pensado durante la noche:

–Señora –dice–, pienso y creo que lo mejor que podríamos hacer sería que nos fuésemos a Bretaña. He pensado en llevaros allí. ¡No os opongáis a ello! Elena no fue recibida con mayor alegría en Troya cuando Paris la llevó, como ha de reinar alegría por

vos y por mí cuando os lleve por toda la tierra del rey, mi tío. Y si esto no os agrada decidme vuestro pensamiento, pues estoy preparado, suceda lo que suceda, para obrar de acuerdo con vuestros propósitos.

Ella responde:

–No iré con vos de esa manera, pues cuando nos hubiésemos ido se hablaría de nosotros por todo el mundo como de Iseo la Rubia y de Tristán. Y aquí y allá, todas y todos censurarían nuestra pasión. Nadie contaría ni debería creer la historia tal y como sucedió. ¿Quién creería, pues, que he engañado a vuestro tío y que he escapado siendo doncella? Por demasiado necia y desvergonzada me tendrían, y a vos por loco. Pero es bueno guardar y mantener el mandamiento de san Pablo. A quien no quiere conservarse casto, san Pablo le enseña a hacerlo con gran sabiduría, de manera que no se haga digno de reproche, insulto o censura. Es bueno cerrar una boca maldiciente y, si no os resulta doloroso, podré conseguirlo muy bien. Me haré pasar por muerta, así es como me lo dicta el pensamiento. Fingiré sentirme enferma por un tiempo y vos, entre tanto, procurad ocuparos de mi sepultura. Prestad atención y poned cuidado en que la sepultura y el ataúd estén hechos de suerte que no me asfixie y muera y que nadie conciba la menor sospecha, y por la noche, cuando me queráis sacar de allí, buscad un lugar desde el cual no me vea nadie, salvo vos. Que nadie me provea de lo que necesito excepto vos, a quien me otorgo y confío. Jamás en toda mi vida quiero ser servida por otro hombre. Vos seréis mi amigo, mi servidor; cuanto hagáis por mí me resultará grato. Jamás seré soberana de un imperio si vos no sois el señor. Un lugar pobre, oscuro y sin brillo será para mí más brillante que todas estas salas. Y si el ardid se ejecuta con habilidad, nada malo podrá contarse jamás, pues nadie podrá murmurar. Por todo el imperio se creerá que me pudro en la tierra. Tesala, mi nodriza, que me ha criado y en quien tengo toda mi confianza, me prestará su apoyo fiel, pues es muy experta y confío plenamente en ella.

Cuando escucha a su amiga, Cligés responde:

–Señora, si puede llevarse a cabo y creéis que vuestra nodriza os ha dado consejo adecuado, no debemos sino prepararnos y actuar rápidamente. Pero si no lo hacemos con prudencia, estamos perdidos. Sé de un maestro albañil, a quien voy a dirigirme, que talla y esculpe maravillas: no hay país en el que no se le conozca por las obras que ha realizado, esculturas y retratos. Juan se llama y es mi siervo. No hay trabajo, por difícil que sea, en el que, si Juan se esfuerza, pueda nadie comparársele, pues a su lado todos son principiantes, como niños que se están criando. Artesanos de Antioquía y de Roma han aprendido cuanto saben hacer imitando sus obras. Pero, además, no se conoce hombre más leal. Voy a ponerlo a prueba y si puedo confiar en él le dejaré en libertad junto con sus descendientes; no le ocultaré nada y le contaré nuestro plan si me jura y promete que me ayudará lealmente y que no me descubrirá.

Ella responde:

–Que así sea.

Cligés sale entonces de la habitación con su permiso y se marcha. Y ella manda que venga Tesala, su nodriza, a quien trajo del país donde nació, y Tesala viene enseguida, sin retrasarse, pero sin saber por qué se la manda llamar. En privado le pregunta lo que quiere, lo que desea. Nada le oculta, ni le esconde sus intenciones:

–Nodriza –le dice–, sé que todo lo que os diga no será revelado por vos, pues os he puesto a prueba muchas veces y os he encontrado muy prudente: habéis hecho tanto por mí que siento gran amor por vos. Me quejo a vos de todos mis males y no busco consejo en otra parte. Sabéis bien por qué permanezco en vela, mis pensamientos y deseos. Nada pueden ver mis ojos que me agrade, excepto una cosa; pero no alcanzaré mi felicidad si antes no lo pago muy caro. He encontrado mi compañero: yo le amo, él me corresponde. Si yo me lamento, él se lamenta también de mi dolor y mi angustia. Es necesario que os confiese la idea y la resolución que ambos hemos tomado de mutuo acuerdo.

Entonces le cuenta y explica que quiere fingirse enferma y que se quejará tanto que al final se hará pasar por muerta y por la noche Cligés la rescatará.

–Así estaremos juntos para siempre.

De otra manera, le parece, no podrían vivir más. Pero está segura de que si Tesala quisiera ayudarla lograría cumplir este propósito plenamente.

–Pero mi felicidad y mi suerte tardan y se alejan demasiado.

Su nodriza le asegura que la ayudará en todo lo que pueda, que no tenga miedo ni temor, y le asegura que pondrá tal celo que, en cuanto ella se ocupe, no habrá nadie que la vea que no esté completamente seguro de que el alma ha abandonado el cuerpo, pues ella le hará beber un líquido que la mantendrá fría, descolorida, pálida, rígida, muda y sin aliento, pero estará viva y sana, no sentirá ni bien ni mal y nada la importunará durante un día y una noche completa, ni en su tumba ni en su ataúd.

Cuando Fenice escucha todo le dice y responde:

–Señora, me entrego a vos completamente y no me ocuparé de nada más. A vos pertenezco, cuidadme y decid a las personas que veo aquí que se vayan todos. Estoy enferma y me incomodan.

Ella les dice educadamente:

–Señores, mi dama se encuentra enferma y dice y desea que se retiren, pues habláis demasiado y hacéis demasiado ruido y el ruido la molesta. No tendrá descanso ni solaz mientras estéis en esta habitación. Que yo recuerde, nunca ha padecido enfermedad de la que la haya escuchado quejarse y mi tristeza es por tanto mayor. Idos pues, no estéis disgustados, hoy no podréis hablar con ella.

En cuanto lo ha pedido, ellos se retiran. Y Cligés ha llamado en secreto a Juan a su alojamiento y a solas le ha dicho:

–Juan, ¿sabes lo que voy a decirte? Tú eres mi siervo, yo tu señor, pues puedo darte o venderte y tomar tu cuerpo y tus haberes como algo que me pertenece. Pero si pudiera confiar en ti para un asunto privado en el que estoy pensando, serías libre para siempre, así como tus herederos.

Juan, que ansía verse libre, responde enseguida:

–Señor –dice–, no hay nada que no hiciera con gusto con tal de verme a mí, a mi mujer y a mis hijos libres. Decidme vuestras órdenes: no será asunto tan grave que vaya a producirme fatiga y agotamiento y no me resultará carga tan pesada. Y en cualquier caso, y a pesar mío, me convendría cumplir con esta tarea y abandonar todos mis asuntos.

–En verdad, Juan, se trata de un asunto tal que mi boca no se atreve a contarlo, si tú no me juras y prometes y das la completa seguridad de que me ayudarás a conciencia y no me descubrirás.

–Con gusto, señor –dice Juan;– malo sería que no me creyerais, pues os juro y prometo que en ningún día de mi vida diré nada que considere que pueda haceros daño ni perjudicaros.

–Juan, ni aunque tuviera que sufrir martirio hay hombre a quien me atreviera a mencionarle aquello por lo que deseo que me aconsejéis; antes me dejaría saltar el ojo. Estoy seguro de que satisfarás mi deseo con tu ayuda y tu silencio.

–En verdad, señor, que Dios me ayude.

Entonces Cligés le cuenta y relata sin reserva toda la verdad, y cuando se la ha revelado, tal y como lo sabéis vosotros, pues la habéis escuchado, entonces Juan le asegura que construirá el sarcófago lo mejor que sepa y le dice que le acompañará para que vea una casa suya que jamás han visto hombre, mujer o niño. Le mostrará lo que ha hecho, si desea ir con él, allí donde él trabaja y pinta y esculpe, los dos solos, sin nadie más. Le mostrará el lugar más bello, el más agradable que haya visto nunca. Cligés responde:

–Vamos, pues.

En la parte baja de la ciudad, en un lugar apartado, Juan había construido una torre con gran ingenio. Juan ha llevado a Cligés hasta allí, le guía por las habitaciones que estaban pintadas con imágenes bellas y bien coloreadas. Le enseña los cuartos y las chimeneas y le lleva arriba y abajo. Cligés examina la casa solitaria, en la que no vive nadie, va de una habitación a otra hasta que cree que la ha visto completa. La torre le ha agradado mucho y

opina que es muy adecuada y hermosa: bien estará su señora en ella durante todo el tiempo que viva y nadie lo sabrá jamás.

–En verdad, señor, jamás será descubierto. ¿Créeis acaso que habéis visto toda mi torre y los arreglos que he hecho en ella? Quedan todavía tales escondites que ningún hombre podría encontrarlos, y si vos queréis hacer la prueba, buscad lo mejor que podáis, explorad por todas partes tanto como seáis capaz. Nadie, por más inteligente y sagaz que fuera, encontraría aquí dentro otras habitaciones si no se lo mostrara antes muy bien. Sabed que aquí no falta nada, ninguna cosa que pueda necesitar una dama. Tan sólo tiene que venir, pues esta torre es muy hermosa y confortable y por la parte de abajo muy ancha, como veréis. No podréis encontrar la puerta ni la entrada en ninguna parte. La puerta está hecha de piedra dura con tal destreza y habilidad que no hallaréis la ranura.

–Escucho maravillas –dice Cligés–, id delante y yo detrás, pues estoy deseando verla.

Entonces Juan echa a andar y lleva a Cligés de la mano hasta una puerta plana, pulida, toda ella pintada y coloreada. Juan se apoya en el muro y toma a Cligés por la mano derecha.

–Señor –dice–, ningún hombre sabe de la existencia de una puerta o una ventana en este muro, y ¿creéis que es posible atravesarlo de alguna forma sin dañarlo y desbaratarlo?

Cligés responde que no lo cree y no lo creerá si no lo ve. Juan dice entonces que lo verá y que él abrirá la puerta del muro. Juan, que había realizado la obra, abre la puerta del muro sin destruirlo ni dañarlo. Pasan uno detrás del otro y descienden por una escalera en medio de una habitación abovedada, donde Juan hacía sus trabajos, cuando deseaba hacer alguno.

–Señor –le dice–, ninguno de los hombres que Dios ha creado ha estado aquí donde estamos excepto nosotros dos. Este alojamiento es muy cómodo, como veréis enseguida. Haced de este lugar vuestro refugio y el de vuestra amiga. Una vivienda así es digna para tal huésped. Hay en ella habitaciones y baños y agua

caliente para las tinas que viene por conductos subterráneos. Quien quisiera encontrar un lugar confortable para esconder y ocultar a su amiga tendría que ir muy lejos antes de encontrar uno que le conviniera tanto. Cuando lo hayáis recorrido del todo, lo encontraréis muy apropiado.

Juan se la ha mostrado entera. Entonces dice Cligés:

–Juan, mi amigo, os dejo libres a vosotros y a todos vuestros descendientes y mi vida os pertenece por entero. Deseo que mi amiga esté aquí completamente sola, pero que nadie lo sepa excepto vos y yo y nadie más.

Juan responde:

–¡Os lo agradezco profundamente! Hemos estado aquí bastante tiempo; no tenemos nada más que hacer. Emprendamos enseguida el regreso.

–Bien habéis dicho, responde Cligés, vámonos.

Han salido de la torre y ya se marchan. Cuando vuelven a la ciudad escuchan cómo una persona le dice a otra:

–¿No sabéis las asombrosas noticias de mi señora la emperatriz? Que el Espíritu Santo le dé salud a la señora bondadosa y prudente. Yace en la cama, muy enferma.

Cuando Cligés oye los rumores acude a toda prisa a la corte, en la que no hay júbilo ni alegría. Todos están tristes y afligidos por la emperatriz, que se finge enferma, pues el mal del que se queja ni la hace sufrir ni le produce dolor. Ha dicho a todos que no desea que nadie entre en su habitación mientras padezca esta enfermedad tan penosa, que hace sufrir su corazón y su cabeza, excepto el rey o su sobrino, a los que no se atreve a rechazar. Pero a ella no le importa si el emperador, su señor, no viene a verla. Debe correr gran riesgo y peligro por Cligés. La aflige que él no venga, pues nada desea excepto verlo a él. Cligés estará pronto ante ella y le contará lo que ha visto y encontrado. Así lo hace ella y se lo cuenta, pero permanece muy poco tiempo pues Fenice, para hacer creer que aquello que le gusta la importuna, ha dicho en voz alta:

–Idos, idos, me importunáis y molestáis, pues me siento tan enferma que jamás volveré a estar sana.

Cligés, que está muy satisfecho con la respuesta, se marcha poniendo una cara triste como jamás veríais. Puede estar muy abatido por fuera, pero por dentro su corazón se siente alegre, pues espera su felicidad.

La emperatriz, que no padece la enfermedad que dice, se queja y se finge enferma y el emperador, que la cree, no se cansa de lamentarse y envía en busca de médicos, pero ella no quiere que ninguno la reconozca y no deja a ninguno que la toque. El emperador siente pena cuando la oye decir que no habrá nadie, salvo un médico, que sepa devolverle fácilmente la salud cuando él quiera hacerlo. Éste le hará vivir o morir y a él confía su salud y su vida. Cree que ella habla de Dios, pero muy mal se entiende su pensamiento, pues no está pensando sino en Cligés. Él es su Dios, él la puede curar y puede hacerla morir.

Así se guarda la emperatriz de que ningún médico sospeche. No quiere comer ni beber para engañar mejor al emperador, y palidece y está muy desmejorada. A su lado permanece su nodriza, quien, mediante una maravillosa argucia, ha buscado con sigilo por toda la ciudad, sin que nadie lo sepa, una vasija llena de secreciones de un enfermo que padecía un mal incurable. Para hacer mejor el trueque va a visitarlo muy a menudo y le promete que lo curará de su enfermedad. Cada día llevaba un orinal para examinar su orina hasta que comprobó que ningún remedio podría ayudarlo y que moriría ese mismo día. Ha traído la orina que guarda celosamente hasta que la presenta al emperador. Entonces va ante él y le dice:

–Si vos mandáis, señor, enviad por todos vuestros médicos, pues mi señora, que está muy enferma, ha orinado. Desea que los médicos la examinen, pero no quiere que estén en su presencia.

Los médicos vienen a la sala y consideran que la orina presenta muy mal aspecto. Cada uno dice lo que le parece y todos están de acuerdo en que jamás se curará y que no pasará de la

hora de nona si es que llega a vivir tanto. Entonces, como muy tarde, Dios llevará el alma a su seno. Han murmurado esta conclusión entre ellos. El emperador les ha dicho y conjurado a que digan la verdad. Éstos le responden que no creen en absoluto en su curación, que no pasará de la hora de nona y que antes habrá entregado su alma. Cuando el emperador lo ha escuchado, apenas puede sostenerse en pie para no caer inconsciente a tierra, así como muchos otros que escuchaban. Nadie hizo jamás tal duelo como el que hubo entonces en todo el palacio.

Nada os cuento del duelo: ya sabéis lo que persigue Tesala, que agita y bate la poción. La ha mezclado y preparado. Hace ya mucho que se ha provisto de todo cuanto ella sabía que necesitaba para la pócima. Un poco antes de la hora de nona le da a beber el filtro a Fenice. Y cuando aquella lo hubo bebido, se le nubló la vista y el rostro se le volvió tan pálido y blanco como si hubiera perdido la sangre. No habría podido mover pie ni mano aunque la hubieran desollado viva. Ella no se mueve ni habla, pero puede oír bien y escucha el dolor del emperador y los lamentos que llenan la sala. Y por toda la ciudad se lamentan las gentes, que lloran y exclaman:

–¡Dios, qué contrariedad y qué desgracia nos ha traído la inicua muerte! Muerte, eres demasiado perversa y codiciosa, ávida y envidiosa, insaciable. Jamás podrías haber asestado un golpe más funesto al mundo. Muerte, ¿qué has hecho? ¡Dios te confunda, pues has hecho extinguirse toda belleza, has matado la mejor criatura y la más santa, si hubiera vivido, a quien jamás Dios dio forma! Dios tiene demasiada paciencia cuando te da el poder de destrozar sus cosas. Dios debería enojarse y arrojarte fuera de tu ejército, pues te has excedido y has perpetrado un gran ultraje y mostrado un gran orgullo.

Todo el pueblo está triste, retuerce sus manos, bate sus palmas y los clérigos leen sus salmos y rezan por la buena dama para que Dios tenga piedad de su alma.

Entre las lágrimas y los gritos, así como dan fe los libros, llegaron tres médicos, muy ancianos, de Salerno, donde habían vivido durante largo tiempo. Se detuvieron a causa del duelo y preguntaron y se informaron cuál era la razón de las lágrimas y los lamentos, por qué se afligían y lamentaban. Y éstos les respondieron:

–Dios, señores, ¿cómo es que lo ignoráis? Todo el mundo debería junto con nosotros enloquecer poco a poco si supiera el gran duelo, la aflicción, el daño y la gran pérdida que nos ha sobrevenido en este día. ¡Dios! ¿De dónde venís que no sabéis lo que ha sucedido en este lugar, en esta ciudad? Os diremos la verdad, pues os queremos acompañar hasta el duelo del que nos lamentamos. ¿No sabéis qué felonía ha cometido la muerte cruel, tal y como acostumbra, que todo ambiciona y todo codicia y que en todas partes acecha a las mejores criaturas? Dios había iluminado el mundo con una gran claridad y un gran resplandor. Pero la muerte no puede dejar aquello que hace, según su costumbre, y para extender siempre su poder aniquila los mejores seres que puede encontrar. Quiere probar su poder y se ha llevado en un solo cuerpo más perfecciones que las que ha dejado fuera de él. Si se hubiera llevado el mundo entero, no habría hecho tanto mal. Todo cuanto de belleza, cortesía y sabiduría puede tener una dama nos ha quitado y arrebatado la muerte, ella ha destruido todas las perfecciones en mi señora la emperatriz. Así nos ha matado a todos la muerte.

–Ay, Dios –dicen los médicos–, tú odias esta ciudad, bien nos damos cuenta, por no haber venido nosotros mucho antes. Si hubiéramos llegado ayer, la muerte podría haber presumido mucho si hubiera conseguido arrebatarnos algo por la fuerza.

–Señores, mi dama no habría querido por nada del mundo que la examinarais vosotros ni recibir vuestros cuidados. Hubo buenos médicos, pero nunca quiso mi dama que unos y otros la reconocieran ni que se ocuparan de su enfermedad. No, en verdad, no habría querido.

Entonces se acuerdan de Salomón, a quien su esposa, que tanto le odiaba, traicionó fingiéndose muerta. Quizás ésta ha obrado

igual. Pero si por algún procedimiento pueden escucharla, por nada del mundo mentirían ni dejarían de decir toda la verdad si ven que es una trampa.

Se han ido enseguida hacia la corte, donde el tumulto y los gritos eran tales que no se habría escuchado tronar a Dios. El maestro de todos ellos, que era el que más sabía, se aproximó al ataúd. Nadie les dice: «No la toquéis». Nadie le aparta hacia atrás, y sobre el pecho y el costado de ella pone la mano y siente sin duda que el alma está dentro del cuerpo; bien lo sabe y se percata. Delante de él ve al emperador, loco y destrozado por el dolor. En voz alta exclama y dice:

–Emperador, confórtate, sé con toda certeza y veo que esta dama no está muerta: abandona tu duelo, consuélate, y si no te la devuelvo con vida, mátame o cuélgame.

De inmediato cesa y se apacigua el tumulto por el palacio y el emperador dice al médico que le permite dar sus órdenes y expresar con toda libertad su deseo. Si hace revivir a la emperatriz, será señor y soberano, pero será colgado como un ladrón si en algo ha mentido. Y aquél responde:

–Consiento en ello, no os apiadéis de mi persona si no la hago hablar aquí; sin mayor demora ni tardanza haced que este palacio se quede vacío, que nadie permanezca en él. Debo examinar en privado la enfermedad que aqueja a la dama. Tan sólo se quedarán aquí conmigo estos dos médicos, pues me acompañan, y haced que todos los demás se vayan.

Cligés, Juan y Tesala se habrían opuesto a ello, pero todos cuantos allí estaban podrían tomarlo a mal si ellos hubiesen querido disuadirlos. Por ello se callan y aprueban lo que los otros han aprobado. Han salido del palacio y los tres médicos han descosido violentamente el sudario de la dama, sin tijeras ni cuchillo. Después le dicen:

–Señora, no tengáis miedo, no os inquietéis, sino hablad sin temor. Sabemos que estáis completamente sana y que gozáis de buena salud. Sed sensata y amable y no os desesperéis por nada,

pues si requerís nuestra ayuda, nosotros tres os aseguramos que con nuestros poderes os ayudaremos. No debéis rechazarlos.

Así creen que la embaucarán y descubrirán, pero es inútil, pues ella no presta atención y no le interesa el servicio que le prometen. Se empeñan en gran locura, y cuando los médicos comprenden que no van a conseguir nada de ella mediante súplica o alabanza la sacan fuera del ataúd y dicen que, si no habla, se arrepentirá de su locura, que harán tal maravilla como jamás se hizo antes en ningún cuerpo de débil mujer.

–Sabemos que estáis viva y que no os dignáis hablarnos. Sabemos que fingís y que queréis engañar al emperador. No tengáis miedo de nosotros. Si alguien os ha enojado, mostradnos vuestros deseos antes de que os lastimemos, pues os comportáis despreciablemente; nosotros os serviremos de ayuda, sea para algo sensato o para una locura.

Es inútil, nada les da resultado. Entonces la golpean en mitad de la espalda con sus correas, le levantan ronchas y tanto golpean su tierna carne que hacen que brote la sangre. Tanto la han golpeado las correas que han desgarrado la carne, y la sangre que le mana de las heridas cae hasta el suelo. No pueden conseguir nada, ni sacarle un suspiro ni una palabra. Ella está inmóvil, no se mueve. Entonces dicen que es necesario ir a buscar fuego y plomo; lo fundirán y derramarán en las palmas de sus manos, si antes no la hacen hablar. Buscan y se hacen con fuego y plomo. Encienden el fuego y funden el plomo. Los felones rebeldes atormentan a la dama y le hacen perder el sentido, pues han dejado correr en sus palmas plomo derretido y candente según lo apartan del fuego. Todavía no les es suficiente que el plomo haya atravesado las palmas de sus manos. Dicen los bastardos cobardes que si no habla enseguida la pondrán encima de una parrilla hasta que esté completamente abrasada. Ella guarda silencio y no impide que su carne sea destrozada y apaleada. Ya querían meterla en el fuego para asarla y abrasarla, cuando más de un millar de damas se apartan y alejan de la

gente. Llegan hasta la puerta y ven, por una pequeña abertura, los malos tratos y sufrimientos que infligen a la dama, a la que hacían sufrir martirio sobre el carbón y el fuego. Para romper y echar abajo la puerta traen hachas y martillos. Grande fue el ruido y el estruendo cuando golpearon y derribaron la puerta. Si hubieran podido atrapar a los médicos habrían recibido sin tardanza su merecido. Las damas entran de golpe en el palacio, todas a la vez, y entre el gentío, Tesala, cuya sola preocupación es estar junto a su señora. La encuentra completamente desnuda sobre el fuego, gravemente herida y maltratada. La ha vuelto a poner en el ataúd y la ha cubierto con su sudario. Las damas van a dar a los tres médicos lo que merecen sin querer esperar o convocar al emperador o al senescal; los han arrojado por las ventanas en medio de la corte. Los tres se han roto el cuello, las costillas, los brazos y las piernas. Jamás lo hicieron mejor las mujeres.

Los tres médicos han recibido muy mala recompensa: las mujeres les han pagado. Pero Cligés está muy apenado y conmovido cuando le han contado el enorme sufrimiento y el martirio que ha sufrido su amiga por él. Poco falta para que pierda el sentido pues siente un gran temor, y con razón, de que esté muerta o gravemente afectada por el tormento que le han aplicado los tres médicos que vinieron. Se siente desesperado y profundamente abatido. Ha llegado Tesala, que lleva un precioso ungüento con el que ha untado muy dulcemente el cuerpo y las heridas de aquélla. Las damas han vuelto a amortajarla en un blanco sudario de Siria, pero le han dejado el rostro descubierto.

No cesan ni terminan los lamentos en toda la noche. El poderoso y el humilde, el pobre y el rico enloquecen de dolor. Parece que cada uno se esforzara en demostrar que su duelo es mayor y que no cesará en él por voluntad propia. El llanto es muy grande durante toda la noche.

Al día siguiente llega Juan a la corte y el emperador le hace venir y le dice, suplica y ordena:

–Juan, si jamás has hecho una obra maestra, aplica y muestra toda tu sabiduría en hacer un sarcófago tan bello y bien pintado como no pueda encontrarse.

Y Juan, que ya lo había labrado, dice que tiene uno preparado, muy bello y bien esculpido. Pero cuando comenzó a hacerlo tenía intención de que se depositara en él un cuerpo santo.

–Que la emperatriz sea enterrada en un lugar santo, pues ella es, así lo creo, criatura muy santa.

–Bien habéis hablado –dice el emperador. Que sea enterrada en el monasterio de mi señor san Pedro, en el exterior, donde se han enterrado a los otros cuerpos, pues ella, antes de morir, me pidió encarecidamente y me suplicó que la hiciera enterrar allí. Id a ocuparos de ello. Sellad vuestra sepultura y ponedla en el más bello lugar del cementerio, donde legítimamente debe estar.

Juan responde:

–Con gusto, señor.

Y regresa rápidamente, arregla bien la sepultura y lo hace con su buen oficio. Como la piedra es dura, y más todavía a causa del frío, ha puesto dentro un lecho de plumas, y para que respire olores agradables esparce por encima flores y hojas. Pero esto lo hacía sobre todo para que nadie viera el almohadón que había puesto en la fosa. Ya se había celebrado el servicio religioso en las iglesias y en las parroquias y sonaban continuamente las campanas por los muertos tal y como conviene. Se ordena que se traslade el cuerpo y sea depositado en la sepultura, de la que tanto se ha ocupado Juan, pues la ha construido muy rica y noble. En toda Constantinopla no ha quedado nadie, ni pequeño ni grande que, entre lágrimas, no acompañe el cuerpo. Culpan y maldicen a la muerte. Caballeros y jóvenes caen desvanecidos y las damas y las doncellas golpean su pecho y sus senos y censuran a la muerte:

–Muerte –dice cada uno–, ¿por qué no has pedido rescate por mi dama? Sin duda tú has obtenido pequeña ganancia, mientras que para nosotros la pérdida es enorme.

Cligés ha hecho tamaño duelo que sufre y padece más que todos los otros y es extraño que no se haya dado muerte, pero espera todavía hasta que llegue la hora y el momento en que desentierre a Fenice, la tenga en sus brazos y sepa si está viva o no. Junto a la tumba están los barones que depositan y tienden el cuerpo.

Pero no se ocupan del trabajo de Juan, que consiste en preparar la sepultura, pues ni siquiera lo pueden ver ya que están tan postrados que Juan tiene buena oportunidad de hacer lo que hizo. Cuando el féretro está en su sitio y no hay nada más en la tumba, la sella bien y une las ranuras y la cierra. Bien podría enorgullecerse quien sin romper ni forzar fuera capaz de abrir y separar lo que Juan había unido.

Fenice yace en la tumba y llega la noche oscura, pero treinta caballeros la vigilan. Arden allí diez cirios y hay mucha luz y claridad. Los caballeros, cansados y agotados por el sufrimiento, han comido y bebido durante la noche hasta que todos se han quedado dormidos. Al anochecer, Cligés y su gente abandonan en secreto la corte: ni caballero ni servidor saben qué ha sido de él. No descansa hasta que encuentra a Juan, quien le aconseja lo mejor que puede. Le prepara unas armas que después no tendrán que usar. Armados los dos han ido hasta el cementerio espoleando los caballos. Pero el cementerio estaba rodeado por completo con altos muros. Los caballeros que dormían creían estar seguros y habían cerrado la puerta por dentro para que nadie entrase. Cligés no sabe cómo pasar, pues no puede entrar por la puerta; sin embargo es necesario entrar: Amor le invita y convoca. Se agarra al muro y trepa hacia lo alto, pues es fuerte y ágil. Dentro había un vergel en el que había plantados árboles. Cerca del muro había uno plantado que tocaba el muro. Cligés tenía cuanto necesitaba. Por aquel árbol desciende al suelo. Lo primero que hace es abrir la puerta a Juan. Ve dormidos a todos los caballeros y apaga las antorchas para que no haya ninguna claridad. Juan descubre inmediatamente la fosa y abre el sarcófago sin estropearlo lo más

mínimo. Cligés entra en la fosa y saca fuera a su amiga, que está muy débil y postrada. Él la acaricia y besa y abraza y no sabe si hacer duelo o expresar alegría. Ella no se mueve ni dice nada y Juan, lo más rápido que puede, ha vuelto a cerrar enseguida la sepultura de suerte que en nada pareciera que hubiese sido tocada. Lo más rápido que pueden se han dirigido a la torre. Cuando la han dejado allí, en las habitaciones que están bajo tierra, le quitan el sudario. Y Cligés, que nada sabía de la pócima que ella había bebido y que la impedía hablar y moverse, creyó por ello que estaba muerta. Se desespera y se lamenta, suspira profundamente, y llora. Pero enseguida llega el momento en el que la poción pierde su fuerza. Fenice, que le escucha lamentarse, se esfuerza mucho y se fatiga para confortarlo con una palabra o una mirada. Su corazón casi se rompe al sentir el dolor que padece él.

—¡Ah, muerte —dice—, cuán villana te muestras al cuidar y proteger las cosas viejas y despreciables! A ellas las dejas durar y vivir. Estás loca y ebria, pues has hecho morir a mi amiga por mí. Extraño es lo que veo: mi amiga está muerta y yo estoy vivo. ¡Ah, dulce amiga!, ¿por qué vive vuestro amigo y os ve muerta? Con razón podría decirse que habéis muerto en mi servicio, pues yo os he dado muerte y asesinado. Amiga, soy la muerte, soy quien os ha matado. ¿No es cierto? Os he quitado mi vida y he conservado la vuestra. ¿Acaso, dulce amiga, no era mi felicidad vuestra salud y vuestra vida? ¿Y no os pertenecía la mía? Nada amaba excepto a vos, los dos éramos una misma cosa. ¡He hecho lo que debía!, pues guardo vuestra vida en mi cuerpo y la mía está fuera del vuestro y la una y la otra deberían haber sido compañeras y nada debería haberlas separado.

Entonces Fenice lanza un suspiro y susurra débilmente:

—Amigo, amigo, no estoy muerta, pero poco me falta. En poco tengo mi vida. Creía que iba a fingir y disimular, pero ahora en verdad debo quejarme pues la muerte no ha hecho caso de mi fingimiento. Maravilla será si escapo con vida, pues los médicos me han herido gravemente, han roto y desgarrado mi carne. Si

fuera posible todavía que mi nodriza estuviera aquí conmigo, ella me curaría completamente, si es que en algo puede ayudarme.

–Amiga, no os preocupéis –dice Cligés–, pues todavía hoy os la traeré aquí.

–Amigo, que enseguida vaya Juan a buscarla.

Juan acude y tanto la busca que la encuentra y le hace saber que quiere que vaya con ella; ningún pretexto la detiene, pues Fenice y Cligés han enviado por ella para que venga a una torre donde la esperan, ya que Fenice está muy enferma. Debe ir provista de ungüentos y de electuario; Fenice morirá a poco que se detenga, si no la socorre enseguida. Y Tesala se apresura y coge ungüento y emplastos y electuario que ha hecho ella y se reúne con Juan. Salen a escondidas de la ciudad y van derechos a la torre. Cuando Fenice ve a su nodriza, le parece estar ya completamente curada, tanto la ama, cree y confía en ella. Cligés la abraza y la saluda y dice:

–¡Sed bienvenida, nodriza, os amo y aprecio tanto! Decidme, ¿qué pensáis del mal de esta dama? ¿Qué os parece? ¿Se curará?

–Sí, señor, no dudéis de que haré que se restablezca. Antes de que pasen quince días la habré curado y ya no estará herida, sino más sana y feliz que lo fue nunca.

Tesala se ocupa en curarla y Juan lleva a la torre todo cuanto es necesario. Cligés va y viene de la torre atrevidamente y a la vista de todos, pues ha dejado allí un azor mudado y dice que acude a verlo. Nadie puede darse cuenta de que va por otra razón muy distinta y no sólo por el azor. Permanece largo tiempo, día y noche, y Juan hace vigilar la torre para que nadie entre sin que él lo desee. Fenice no se queja de ninguna enfermedad, pues Tesala la ha curado bien. Si Cligés fuera duque de Almería, de Marruecos o de Tudela, muy poco le importarían sus poderes comparados con la alegría que disfruta. En verdad, Amor no se envilece al unirlos, pues a ellos les parece que, cuando se abrazan y besan con su alegría y felicidad, el mundo se hace mejor. No me preguntéis más.

Todo este año y buena parte del otro, tres meses, creo yo, y bastante más, ha estado Fenice en la torre. Con la llegada del verano en el que salen flores y hojas de los árboles, y los pájaros se regocijan y expresan su alegría en su latín, sucedió que una mañana Fenice oyó cantar al ruiseñor. Cligés la tenía cogida dulcemente con un brazo en la cintura y otro en el cuello, y ella a él. Ella dijo:

–Querido y dulce amigo, me haría mucho bien un vergel en el que pudiera distraerme. Hace más de quince meses enteros que no veo lucir ni la luna ni el sol. Si fuera posible, me agradaría mucho salir fuera, a la luz del sol, pues estoy confinada en esta torre. Y si hubiera cerca algún vergel donde me pudiera solazar a menudo, me haría mucho bien.

Cligés conviene con ella en que pedirá consejo a Juan en cuanto lo vea. Y en ese momento ha llegado, pues solía venir con frecuencia. Cligés le ha hablado de lo que Fenice desea.

–Todo cuanto ella pide está preparado y dispuesto –dice Juan. De lo que ella desea y quiere está bien provista esta torre.

Fenice se siente entonces muy contenta y dice a Juan que la lleve hasta allí. Él responde:

–No hay inconveniente.

Juan va entonces a abrir una puerta, pero no sé ni puedo decir ni explicar cómo lo hace. Nadie excepto Juan podría hacerlo. Nadie habría sido capaz de decir que allí había una puerta o una ventana, si la puerta no estuviera abierta, tan bien escondida y oculta estaba.

Cuando Fenice vio abrir la puerta y vio cómo la luz del sol, que no había visto desde hacía mucho, lo inundaba todo, comenzó a hervirle la sangre de alegría y dijo que ya no deseaba nada más, pues podía salir de su confinamiento y en ningún otro lugar deseaba hospedarse. Entra entonces en un vergel que mucho le agrada y satisface. Hay en medio un árbol frondoso y cargado de flores y muy ancho por abajo. Las ramas estaban dispuestas de tal manera que todas colgaban hasta tierra y casi tocaban el suelo fue-

ra de la copa de la que nacían, que subía derecha y hacia lo alto. (Fenice no desea otro paraje.) Bajo el árbol se extendía el prado, muy agradable y hermoso. El sol no es lo suficientemente ardiente en verano, cuando está en lo más alto, como para que sus rayos puedan penetrar allí. Así supo Juan disponerlo y colocar y arreglar las ramas. Allí va Fenice a solazarse y ha hecho su cama bajo el árbol. Allí gozan y disfrutan y el jardín está cerrado alrededor por altos muros que protegen la torre, de suerte que nadie podría subir hasta allí si no entraba por la parte inferior del torreón. Ahora Fenice es feliz, no hay nada que le desagrade cuando tumbada sobre las flores y las hojas nada le falta de cuanto desea: puede abrazar a su amigo cuando le plazca. En la época en la que se va a cazar con el gavilán y el perdiguero, que cazan la alondra y el pato y rastrean la codorniz y la perdiz, ocurrió que llegó un caballero de Tracia, un joven escudero, alegre, lleno de vida, llamado Beltrán, que había salido un día de caza muy cerca de aquella torre. Su gavilán se había escapado volando tras errar la captura de una alondra y Beltrán estaba muy disgustado por haber perdido su gavilán. Lo vio bajar y posarse en un vergel debajo de la torre y aquello le agradó mucho, pues pensó que no lo iba a perder. De inmediato se encaramó al muro y tanto se esforzó que saltó al otro lado. Bajo el árbol vio dormir juntos y desnudos a Fenice y a Cligés.

—¡Dios! —dice—, ¿qué me ha sucedido? ¿Qué maravilla es ésta que estoy viendo? ¿No es éste Cligés? Sí, a fe mía. ¿No es la emperatriz quien está con él? No, pero se le parece, como jamás otra se le pareció. Su nariz, su boca y su frente son como los de la emperatriz mi señora. Jamás supo Naturaleza hacer dos cosas tan semejantes. Nada veo en ella que no viera en mi señora. Si estuviera viva, afirmaría que era ella.

En ese momento cae una pera encima de la oreja de Fenice, quien se despierta sobresaltada y exclama con fuerza cuando ve a Beltrán:

—¡Amigo, amigo, muertos somos. Mira a Beltrán. Si se nos escapa, hemos caído en mala trampa, pues dirá que nos ha visto!

Entonces Beltrán se da cuenta de que sin duda se trata de la emperatriz. Le conviene marcharse, pues Cligés había llevado consigo la espada al vergel y la había puesto ante ellos dos. Él salta, toma la espada mientras Beltrán huye rápidamente y escala el muro lo más rápido que puede, y casi lo había salvado cuando Cligés, que venía detrás de él, alzó su espada y le propinó tal golpe que le cortó la pierna por debajo de la rodilla, como una rama de hinojo. A pesar de ello Beltrán, malherido y lisiado, ha conseguido escapar. Cuando la gente que estaba al otro lado lo ve, siente un profundo dolor al verlo mutilado. Enseguida le preguntan quién era el que le había hecho eso.

—No me habléis ahora —dice—, sino montadme en mi caballo. Este asunto no será revelado sino ante el emperador. No debería estar sin miedo y no parece tenerlo quien me ha hecho esto, pues su vida está en peligro de muerte.

Entonces lo montan sobre su palafrén y lo llevan con gran espanto y haciendo duelo por medio de la ciudad. Detrás de ellos les siguen más de veinte mil que van derechos a la corte y todo el pueblo acude, unos y otros, lo antes que pueden. Ya Beltrán ha protestado y mostrado sus quejas ante el emperador, delante de todos, pero todos lo tienen por mentiroso pues dice que ha visto a la emperatriz completamente desnuda junto a Cligés, el caballero, bajo un árbol, en un vergel. La ciudad está conmovida por la noticia. Unos la consideran una locura cuando la escuchan, otros aconsejan y apremian al emperador para que vaya a la torre. Muy grande es el tumulto y los gritos de las gentes que van tras él. Pero nada encuentran en la torre, pues Fenice y Cligés se han marchado y han llevado consigo a Tesala, que les alienta y asegura que si por azar ven cómo les persigue gente que viene a detenerlos que por nada del mundo deben tener miedo, pues no les verán para hacerles daño, ni siquiera a un tiro de ballesta.

El emperador está en la torre y manda que se busque a Juan y se lo lleve a su presencia. Ordena encadenarlo y vigilarlo y dice que le hará colgar y quemar y esparcir sus cenizas, por la vergüen-

za que le ha hecho pasar. Hará que se le pague su recompensa pero sin beneficio, pues ha escondido en la torre a su sobrino con su mujer.

–A fe mía, diré la verdad –dice Juan–, no mentiré y por vos no me esconderé, y si he cometido algún delito justo es que sea detenido. Y si muero injustamente por mi señor, él vengará mi muerte si vive. Obrad lo mejor que podáis, pues si yo muero vos moriréis.

Cuando escucha estas palabras, el emperador suda de ira y comprende lo que Juan ha dicho.

–Juan –le dice–, tendrás una tregua hasta que tu señor, que tan malvado ha sido conmigo y a quien yo tanto estimaba y no pensaba engañar, sea descubierto; pero serás llevado a prisión. Si sabes qué ha sido de él, dímelo enseguida, te lo ordeno.

Juan responde:

–¿Cómo cometeré tan gran felonía? Aunque se me sacara la vida del cuerpo no os lo revelaría, mi señor, ni aún sabiéndolo. Y por otro lado, que Dios me guarde, no sé más que vos a qué lugar se han marchado. Pero por ningún motivo debéis estar celoso. No temo tanto vuestra cólera como para no deciros claramente cómo habéis sido engañado (si es que me creéis). El día en que celebrasteis vuestra boda fuisteis engañado y burlado con un brebaje que bebisteis. Jamás habéis gozado después de vuestra mujer si no fuera cuando dormíais o en sueños. Pero la noche os hacía soñar y el sueño tanto os agradaba como si ella os hubiera tenido, despierta, entre sus brazos. Nunca habéis alcanzado otra satisfacción. Su corazón pertenecía tanto a Cligés que por él se fingió muerta y él confió tanto en mí que me lo confesó y la alojé en mi casa, de la que fue legítima soberana. No me debéis prender: deberíais quemarme o colgarme si no hubiese obedecido a mi señor o hubiera traicionado sus intenciones.

Cuando el emperador oyó hablar del filtro que bebió con placer, mediante el que le engañó Tesala, descubrió y supo que jamás había gozado de su mujer, a no ser en sueños. Pero fue una alegría falsa. Y dijo que, si él no se vengaba de la vergüenza y de la humillación que le había infligido el traidor que le había arrebatado a su mujer, jamás volvería a sentir alegría en su vida.

–Y ahora, deprisa –dice–, hasta Pavía y desde allí hasta Alemania. Que no quede castillo, pueblo o ciudad en la que no se haya buscado. Aquel que me traiga presos a los dos será para mí más querido que ningún otro hombre. Buscad bien pues, rebuscad arriba y abajo, cerca y lejos.

Todos se ponen en movimiento, como conviene, y todo el día lo dedican a la búsqueda. Pero Cligés tiene tan buenos amigos que, si lo encuentran, lo conducen a lugar seguro antes que hacerlo retroceder. Durante una quincena completa los han perseguido con muchas dificultades. Pero Tesala los guía y los conduce con tal seguridad mediante su magia y encantamientos que no sienten miedo ni temor ante todos los esfuerzos del emperador. No descansan ni en villa ni en ciudad, y tienen cuanto desean, tanto o mejor de lo que solían, pues Tesala les busca, lleva y proporciona cuanto quieren. Nadie les persigue ya, ni les acecha, pues todos han iniciado el retorno. Pero Cligés no está ocioso. Se ha marchado junto a su tío, el rey Arturo. Tanto lo busca que acaba por encontrarlo y ante él se queja y clama contra su tío el emperador, que para desheredarle había tomado deslealmente esposa y no debía haberse casado, pues había jurado a su padre que jamás en su vida lo haría. Y el rey le dice que irá con una flota ante Constantinopla y que llenará mil naves con caballeros, tres mil con soldados, de suerte que ciudades, villas, pueblos ni castillos, por muy fuertes y altos que sean, podrán resistir su asalto. Y Cligés no ha olvidado dar las gracias al rey por la ayuda que le ha concedido.

El rey envía a buscar y hace reunir a todos los altos barones de su tierra y hace que se reúnan y busquen naves y barcos de carga, galeras y barcas y ordena que se llenen y carguen con escudos, lanzas, adargas y armaduras para caballeros. El rey ha levantado tan gran máquina de guerra para combatir, que ni César

ni Alejandro la poseyeron igual. Ha hecho reunir y convocar a toda Inglaterra y toda Flandes, Normandía, Francia y Bretaña e incluso hasta de los puertos de España. Ya estaban dispuestos a atravesar el mar cuando llegaron mensajeros de Grecia para que retrasaran el viaje, y el rey y su gente lo aplazaron. Entre los mensajeros que vinieron estaba Juan, a quien debe creerse, pues jamás sería testigo ni mensajero de nada que no fuera verdad y de lo que no estuviera seguro. Los mensajeros eran hombres ilustres de Grecia que venían a buscar a Cligés. Tanto lo buscaron que lo encontraron y manifestaron una gran alegría. Así le hablaron:

—Que Dios os salve, señor, en nombre de todos los súbditos de vuestro imperio. Grecia os ha sido confiada y se os otorga Constantinopla por el derecho que tenéis sobre ella. Vuestro tío ha muerto de la pena que sintió al no poder encontraros (pero vos no lo sabéis). Su dolor fue tal que perdió la razón, no bebía ni comía; así murió, como loco. Señor amado, volved ahora, pues todos vuestros barones os lo piden, fervientemente os esperan y os reclaman y quieren haceros emperador.

Algunos se sintieron contentos al escuchar esta noticia. Otros habrían contemplado con gusto alejarse a sus huéspedes y a muchos les habría agradado que el ejército partiera hacia Grecia. Pero la expedición no se lleva a cabo pues el rey hace volver a sus gentes, licencia el ejército y todos regresan.

Cligés apresura sus preparativos ya que desea volver a Grecia y no quiere demorarse más. Está dispuesto, se ha despedido del rey y de todos sus amigos; toma a Fenice consigo y parten y no se detienen hasta que no llegan a Grecia y allí les reciben con gran alegría, como a quien van a hacer su señor. Le entregan a su amiga como mujer, coronan a los dos juntos a la vez. De su amiga ha hecho su esposa, pues la llama amiga y señora y con ello no pierde ella, pues él la ama como a amiga y ella a él también, como debe amar a su amigo. Y cada día crece su amor.

Cligés jamás desconfió de ella ni le censuró nada. Jamás estuvo encerrada como aconteció después a aquellas que la sucedieron.

No hubo después emperador que no tuviera miedo de su mujer, de verse engañado por ella, después de oír cómo Fenice engañó a Alís, primero por la poción que bebió y después por las otras argucias. Por ello la emperatriz, por muy alta y noble cuna de que provenga, es vigilada en Constantinopla como en una prisión. El emperador no confía en la emperatriz cuando recuerda aquella historia. Hace que esté siempre confinada en una habitación, más por miedo que por temor al sol, y no debe haber con ella varón que no haya sido castrado siendo niño. De este modo no hay duda ni miedo de que Amor no les tenga atrapados con su vínculo.

Aquí termina la obra de Chrétien.

El Caballero del León

Traducción de
Isabel de Riquer Permanyer

EL CABALLERO DEL LEÓN

La corte del rey Arturo

Arturo, el buen rey de Bretaña, que nos da ejemplo de caballerosidad para que seamos nobles y corteses, convocó a su corte, rica como corresponde a un rey, en la fiesta tan importante que llamamos Pentecostés.

El rey estaba en Carduel, en Gales; después de la comida los caballeros atravesaron las salas y se reunieron con las damas, las jóvenes y las doncellas. Unos contaban las últimas noticias y otros hablaban de Amor, de las angustias, de las penas y de los grandes bienes que experimentan con frecuencia los discípulos de sus mandatos, ya que son para ellos poderosos y buenos. Pero Amor tiene ahora muy pocos seguidores, pues casi todos le han abandonado y Amor ha decaído mucho, y si antes los que amaban eran llamados corteses, nobles, generosos y honorables, ahora Amor se ha convertido en mentira porque los que nada sienten dicen que aman pero mienten y van diciendo falsedades los que se envanecen de ello sin tener ningún derecho. Pero dejemos a los que aún viven para hablar ahora de los que fueron, ya que, en mi opinión, vale más un hombre cortés muerto que un villano vivo.

Por eso me gusta contar, y que lo oigáis, algo acerca del rey que tuvo tal renombre y del que se habla en todas partes. En esto estoy de acuerdo con los bretones: su renombre durará siempre y por él son recordados los nobles caballeros elegidos que se esforzaron honrosamente. Pero aquel día se sorprendieron mucho de que el rey abandonara su compañía, hubo incluso algunos que se molestaron por ello y mucho lo comentaron porque nunca le habían visto en día de fiesta tan importante retirarse a la cámara a descansar y a dormir; pero aquel día así sucedió porque la reina

le retuvo y se quedó tanto tiempo a su lado que se olvidó de todo y se durmió.

Al otro lado de la puerta de la cámara, fuera del aposento, estaban Dodinel, Sagremor, Keu y mi señor Galván; y también estaba allí mi señor Yvain y con él Calogrenant, un caballero muy amable que les había empezado a explicar un relato no acerca de su honor, sino de su vergüenza. Mientras contaba su historia la reina le oyó y se levantó del lado del rey para acercarse rápidamente, y antes de que nadie la viera se incorporó a ellos; solamente Calogrenant se puso en pie ante ella.

Keu, que era muy burlón, traidor, sarcástico y provocador, le dijo:

–¡Por Dios!, Calogrenant, muy valiente y decidido os veo ahora y me complace ciertamente que seáis el más cortés de entre nosotros, y sé que estáis convencido de ello porque no tenéis nada en el cerebro. Es justo que mi señora piense que sois el más cortés y noble de todos y que quizá no nos pusimos en pie por pereza o porque no nos dignamos hacerlo. Pero, ¡a fe mía!, señor, si no lo hicimos es porque no vimos a mi señora antes de que vos os levantarais.

–Ciertamente, Keu –dijo la reina–, creo que reventaríais si no os pudierais vaciar del veneno del que estáis lleno. Sois molesto y vil peleándoos siempre con vuestros compañeros.

–Señora –dijo Keu–, si nosotros ganamos con vuestra compañía, cuidad que no perdamos con ella. No creo haber dicho cosa alguna que pueda serme imputada como mala, y os ruego que os calléis. No es ni cortés ni sensato mantener esta disputa inútil; esta discusión no debe seguir adelante porque a nadie le importa. Haced, pues, que nos cuente lo que ya había empezado, que aquí no debe haber peleas.

Entonces tomó la palabra Calogrenant y respondió:

–Señor, no estoy molesto por la disputa, pues para mí no tiene importancia ni valor. Si me habéis demostrado desprecio no me daña en absoluto; a más valientes y a más sensatos que yo, mi señor

Keu, habéis insultado a menudo, pues tal es vuestra costumbre. La basura siempre huele mal, el tábano pica, el abejorro zumba y el malvado molesta y mortifica. Pero si mi señora no me apremia no seguiré hoy contando nada y le ruego, por piedad, que se calle y que su merced no me ordene algo que me desplazca.

–Señora –dijo Keu–, todos los que están aquí os lo agradecerán y le escucharán muy a gusto; no lo hagáis por mí, sino por la fe que le debéis al rey, vuestro señor y mío, ordenádselo y haréis bien.

–Calogrenant –dijo la reina–, no os importe la cólera de mi señor el senescal Keu; está acostumbrado a la maledicencia y no es posible corregirle por ello. Os ruego y ordeno que no permitáis que el enojo invada vuestro corazón y que por él dejéis de decir las cosas que nos gusta oír; si queréis gozar de mi afecto, volved a empezar.

–Señora, es muy duro lo que me ordenáis: antes me dejaría arrancar un ojo que contar hoy algo más si no temiera ofenderos. Haré lo que gustéis, ya que así os complace, como si no me costara. ¡Escuchad! Tened prestos el corazón y los oídos, pues las palabras que no escucha el corazón se olvidan. Hay algunos que oyen cosas que no entienden y, sin embargo, las alaban; éstos sólo han dispuesto los oídos pero el corazón no ha entendido nada. Las palabras llegan a los oídos como el viento que sopla sin detenerse ni pararse, sino que se aleja en breve momento y el corazón debe estar en vigilia y a punto para recibirlas para, cuando llegan, cogerlas, encerrarlas y retenerlas si puede. Los oídos son los caminos y los canales por donde llega la voz hasta el corazón, y el corazón toma en su interior la voz que le ha entrado por el oído. El que me quiera entender me debe entregar el corazón y los oídos, pues no voy a hablar de sueños, ni de fábulas ni de mentiras, pues otros ya os las han servido, sino que os diré lo que vi.

Relato de Calogrenant

«Me ocurrió hace más de siete años cuando yo, solo como va el campesino, iba buscando aventuras, armado con todo el arnés como corresponde a un caballero, y encontré un camino a la derecha a través de un espeso bosque. El camino era muy malo, lleno de arbustos y de espinas, y con dificultad y trabajo pude seguir el sendero. Así fui cabalgando durante todo un día hasta que salí del bosque; y esto pasaba en Brocelandia. Del bosque pasé a una llanura y vi una torre a eso de una media legua galesa; quizá había esta distancia pero más no. Me dirigí hacia allá al trote y vi la fortaleza y el foso profundo y ancho que la rodeaba; sobre el puente, en pie, estaba aquel a quien pertenecía la fortaleza y en su mano un azor mudado. No había acabado aún de saludarle cuando se acercó a tomarme el estribo y me invitó a descender. Bajé, pues no había otra cosa que hacer, ya que tenía necesidad de albergarme. Él me dijo enseguida y más de cien veces que bendito era el camino que me había conducido hasta allí. Llegamos al patio una vez pasados el puente y la puerta. En medio del patio del valvasor, a quien Dios dé tanta alegría y honor como a mí me dio él aquella noche, colgaba un disco; creo que no estaba hecho de hierro ni de madera ni de otra cosa que no fuera cobre. El valvasor dio tres golpes en aquel disco con un martillo que estaba colgado de un poste. Los que estaban arriba, al oír la voz y el sonido, salieron de la casa y bajaron al patio y algunos cogieron mi caballo que el buen valvasor sujetaba y vi entonces que venía hacia mí una bella y gentil doncella. La miré atentamente, pues era alta, grácil y esbelta; me desarmó muy diestramente, con gracia, y me puso un manto corto de escarlata azul forrado de veros. Todos se fueron de allí y nadie se quedó conmigo ni con ella, lo que me agradó mucho, pues no quería ver a nadie más. Me llevó a sentarnos en el prado más bello del mundo rodeado de un muro bajo. La encontré tan discreta, hablando tan bien, tan sensata y con un aspecto y una condición tales que

mucho me deleitó estar allí y por nada hubiera querido moverme. El valvasor me proporcionó gran contratiempo cuando, al anochecer, me vino a buscar porque era tiempo y hora de cenar; no pude entretenerme más e hice enseguida lo que me ordenaba. Os diré brevemente que la cena fue del todo a mi gusto desde que se sentó ante mí la doncella. Después de comer, el valvasor me dijo que no sabía desde cuándo albergaba caballeros andantes que iban buscando aventuras y que había albergado a muchos. Luego me rogó como un favor que volviera a su casa si me fuera posible, y le contesté: «¡Muy a gusto, señor!», pues rehusárselo hubiera sido vergonzoso. Muy poco haría por mi huésped si le negara este don. Aquella noche estuve muy bien alojado y mi caballo fue ensillado cuando despuntó el día, tal como había pedido por la noche. Así que hube dicho mi plegaria, encomendé al Espíritu Santo a mi buen huésped y a su querida hija, me despedí de todos y me fui lo más rápidamente que pude.

»No me había alejado mucho del albergue cuando encontré en un barbecho unos toros salvajes y sueltos que luchaban entre sí con tanto estruendo, con tal fiereza y tal orgullo que, si queréis que os diga la verdad, por miedo me eché atrás, pues no hay ninguna bestia tan feroz ni tan orgullosa como el toro. Un villano que parecía moro, desmesuradamente grande y asqueroso, la criatura más horrible que os pueda decir mi boca, vi sentado sobre un tronco con una gran maza en la mano. Me acerqué al villano y vi que tenía la cabeza más gruesa que la de un rocín u otra bestia, los cabellos alborotados y la frente pelada casi de dos palmos de anchura, las orejas grandes y peludas iguales a las de un elefante, las cejas grandes, la cara chata, ojos de lechuza, nariz de gato, la boca hendida como la de un lobo, dientes de jabalí agudos y rojizos, barba negra, bigote retorcido y el mentón pegado al pecho, la espalda ancha, torcida y jorobada; estaba apoyado en su maza e iba vestido de una extraña manera, ni de lino ni de lana, sino que llevaba atadas al cuello dos pieles recién arrancadas de dos toros o de dos bueyes. El villano se puso de pie de un salto

en el momento en que vio que me acercaba; no sé si me quiso tocar, no sé qué quería hacer pero yo me preparé para defenderme hasta que vi que permanecía en pie sin moverse. Se subió a un tronco que tenía como diecisiete pies de largo y me miró sin decir palabra. No se comportaba mejor que una bestia y creí que no tenía juicio y que no sabía hablar. De todos modos me atreví a decirle:

–Dime rápidamente si eres algo bueno, o no.

Y él me contestó:

–Soy un hombre.

–¿Qué clase de hombre?

–El que tú ves, no soy nunca de otra manera.

–¿Qué haces aquí?

–Estoy aquí y guardo las bestias de este bosque.

–¿Las guardas? ¡Por San Pedro de Roma, si no conocen hombre alguno! Creo que no se pueden guardar bestias salvajes ni en una llanura ni en un bosque ni en otro lugar si no están atadas o encerradas.

–Pues yo las guardo y domino para que no salgan nunca de este recinto.

–¿Cómo? Dime la verdad.

–Cuando me ven venir ni una se atreve a moverse, y cuando puedo coger alguna la agarro por los dos cuernos con estas manos tan duras y fuertes que tengo y las otras tiemblan de miedo y vienen a mi alrededor como si quisieran pedir piedad; excepto yo, nadie se podría fiar de ellas si se pusiera en medio porque sería muerto al momento. De este modo soy el señor de mis bestias y ahora tú me deberías decir quién eres y qué buscas.

–Yo soy, ya lo ves, un caballero, que busca lo que no puede encontrar, mucho he buscado y nada he encontrado.

–¿Y qué querrías encontrar?

–Aventuras, para poner a prueba mi valentía y mi arrojo. Ahora te ruego y suplico que me informes, si sabes, acerca de alguna aventura o de alguna maravilla.

–No conseguirás nada de esto –me dijo–, pues no sé nada acerca de aventuras ni nunca oí hablar de ellas. Pero si tú quieres ir cerca de aquí hasta una fuente no volverás sino con gran dificultad, a menos que no le pagues su tributo. Encontrarás muy cerca de aquí un sendero que allí te llevará. Ve por el camino recto si quieres dirigir bien tus pasos, pues enseguida podrías desviarte porque hay muchos otros caminos. Verás la fuente que hierve y que sin embargo es más fría que el mármol; le hace sombra el árbol más bello de los que creó la naturaleza, sus hojas duran siempre, ni siquiera en invierno las pierde. De él cuelga un bacín de hierro sujeto por una larga cadena que llega hasta la fuente. Al lado de la fuente verás que hay una grada, no sé decirte cómo es, pues nunca vi otra igual. Al otro lado hay una capilla, pequeña pero muy bella. Si quieres coger agua con el bacín y derramarla sobre la grada verás tal tempestad que no quedará en el bosque ni una bestia, ni cabrito, ni ciervo, ni jabalí, incluso los pájaros se irán de allí. Verás caer los rayos y el viento derribará los árboles y lluvia, truenos y relámpagos, y si te puedes alejar sin grandes dificultades ni esfuerzos tendrás mejor suerte que cualquiera de los caballeros que antes estuvieron allí.

»Entonces me alejé del villano que me había enseñado el camino. Quizá había pasado la hora tercia y era casi mediodía cuando vi el árbol y la capilla. Os diré, en resumen, que el árbol era el pino más bello de los que crecen sobre la tierra. Creo que por mucho que lloviera fuertemente no entraría en él ni una gota de agua, sino que resbalaría por encima. Vi que colgaba del árbol un bacín del oro más puro que jamás se pudo vender en feria alguna. Podéis estar seguros de que la fuente hervía como el agua caliente. La grada era una esmeralda, vaciada como un odre, y debajo de ella cuatro rubíes más relucientes y más rojos que el sol cuando por la mañana aparece por el oriente, y os aseguro que en conciencia no os miento.

»Tuve curiosidad por ver el prodigio de la tormenta y la tempestad y en esto no obré con prudencia; si hubiera podido, gus-

tosamente hubiera renunciado inmediatamente, pero rocié la grada horadada con el agua del bacín. Temo que derramé demasiada, porque vi que el cielo se hendía por más de catorce lugares, los relámpagos dañaban mis ojos y las nubes impetuosamente lanzaban lluvia, nieve y granizo. La tempestad era tan mala y fuerte que cien veces creí morir por los rayos que caían a mi alrededor y por los árboles que se abatían. Sabed que estuve muy asustado hasta que el tiempo apaciguó, pero Dios pronto me tranquilizó porque la tempestad no duró mucho y los vientos cesaron y cuando a Dios le plugo ya no se atrevieron a soplar más. Y cuando vi el cielo claro y puro me vi seguro, lleno de gozo, porque el gozo, si supe alguna vez en qué consiste, hace olvidar enseguida una gran preocupación. Cuando pasó la tempestad vi todo el pino tan lleno de pájaros (así es, si alguien quiere creerme) que no se veía rama ni hoja que no estuviera toda cubierta de ellos, de esta manera el árbol parecía más bello; los pájaros cantaban todos tan bien que sus cantos eran acordes; y cada uno cantaba un canto diverso pues lo que uno cantaba no lo oía yo cantar a otro. Me reconforté con su alegría y los escuché hasta que acabaron del todo su servicio; nunca había oído nada tan gozoso ni pienso que nadie lo oiga si no oye este que tanto me gustó y embelesó al punto de considerarme alienado.

»Permanecí allí hasta que me pareció oír venir a un caballero, aunque me figuré que eran diez, tal ruido hacía el caballero que se acercaba. Cuando le vi venir completamente solo al punto cogí las bridas de mi caballo y no tardé en montarlo; aquél, de mal talante, se acercó más rápido que un águila y fiero como un león. Gritando tan fuerte como pudo empezó a desafiarme diciendo:

—¡Vasallo, mucho me habéis ultrajado y ofendido sin provocación alguna! Me hubierais tenido que desafiar y hubiera habido querella entre nosotros, o por lo menos reclamar vuestro derecho antes de declararme la guerra. Pero si puedo, señor vasallo, sobre vos recaerá el mal del daño que es tan evidente. La prueba está en torno a mí, en mi bosque que ha sido derribado. Quien

ha sido golpeado ha de lamentarse, y tengo motivos para hacerlo, pues me habéis arrojado fuera de mi casa con rayos y lluvia. Habéis hecho algo que me enoja y maldito sea a quien le agrade esto, pues habéis provocado tal devastación en mi bosque y en mi castillo que no me hubiera servido de ayuda ni gente, ni armas, ni muro. Nadie hubiera estado seguro en cualquier fortaleza, fuese de piedra dura o de madera. A partir de ahora, sabedlo bien, no obtendréis de mí ni tregua ni paz.

»Después de decir esto nos enfrentamos, bien embrazados los escudos, y cada uno se cubría con el suyo. El caballero tenía un buen caballo y una lanza recia y era sin duda más alto que yo en toda una cabeza. Todo me era adverso, pues yo era más bajo que él y su caballo mejor que el mío. Sabed con toda verdad que si me fui hacia él fue para disimular mi vergüenza. Le di el golpe más fuerte que podía asestar, pues no me faltó el valor, le alcancé en la bloca del escudo; puse en ello todas mis fuerzas y mi lanza voló hecha pedazos mientras la suya quedaba entera, ya que no era ligera y a mi parecer pesaba más que cualquier lanza de caballero, pues nunca había visto otra tan gruesa. El caballero me golpeó tan fuerte que me derribó de la grupa del caballo dejándome tendido en tierra, avergonzado y humillado. Y sin mirarme siquiera cogió mi caballo, a mí me dejó y él emprendió el regreso. Yo me quedé desasosegado y pensativo y sin saber a dónde ir. Me senté un momento al lado de la fuente para descansar; no me atrevía a seguir al caballero, creía que hacerlo sería una necedad y aunque hubiera osado seguirlo no sé qué se hizo de él. Por fin se me ocurrió que cumpliría la promesa que le hice a mi huésped y que volvería con él. Me gustó la idea y así lo hice, pero me quité todas mis armas para ir más ligeramente, y volví allí lleno de vergüenza.

»Cuando llegué a la casa, de noche, encontré a mi huésped tan alegre y cortés como lo había estado antes. Me di perfecta cuenta de que tanto él como su hija no me demostraban menos amabilidad ni menos honor que la otra noche. Todos los de la

casa me trataron con gran honor, lo que les agradezco, y dijeron que nunca ningún hombre que ellos conocieran o del que hubieran oído hablar había escapado de donde yo había venido, sino que habían quedado muertos o apresados. Así fui y así vuelvo; me tengo por necio por haber vuelto y os he contado como un necio lo que nunca hubiera querido contar.»

–¡Por mi cabeza! –dijo mi señor Yvain–. Sois mi primo hermano y nos debemos tener en gran estima, por lo que os llamo necio por haberme ocultado esto durante tanto tiempo. Y no os aflijáis porque os haya llamado necio, porque si puedo y tengo oportunidad de ello iré a vengar vuestra vergüenza.

–Bien se ve que lo decís después de comer –dijo Keu, que nunca puede callar–, porque hay más palabras en una jarra de vino que en un barril de cerveza. Y también se dice que el gato que tiene la barriga llena está contento. Después de comer y sin levantarse aún de la mesa todos van a matar a Noradín y vos iríais a vengar a Forré. ¿Están forrados vuestros vestidos? ¿Relucen vuestras calzas de hierro? ¿Están desplegadas vuestras banderas? ¡Por Dios, mi señor Yvain!, decidme rápidamente, ¿os pondréis en camino esta noche o mañana? Hacednos saber, buen señor, cuándo iréis a este suplicio porque os querríamos acompañar; no habrá preboste ni oficial que muy a gusto no os acompañe. Y os ruego que pase lo que pase no os vayáis sin nuestra licencia, y si esta noche tuvierais un mal sueño, ¡quedaos!

–¡Diablo! ¿habéis perdido el juicio, mi señor Keu –dijo la reina–, pues vuestra lengua no para nunca? Maldita sea vuestra lengua que tiene tanta amargura. Vuestra lengua debe ciertamente odiaros, pues dice a todo el mundo lo peor que sabe, sea lo que sea. ¡Maldita sea la lengua que no se cansa de injuriar! Obra de tal modo vuestra lengua que consigue que os odie todo el mundo; no os puede traicionar de mejor manera. Y sabed que si fuera mía la acusaría de traición. A quien no se corrige de esto se le debería atar ante las rejas de un monasterio como a un loco.

–Señora –dijo mi señor Yvain–, en verdad nada me importan sus burlas porque mi señor Keu tiene tanto poder y sabiduría y vale tanto en todas las cortes que jamás será mudo ni sordo. Ante la villanía sabe contestar con sensatez y cortesía y nunca lo hizo de otro modo. Vos sabéis bien si miento o no, pero no tengo ganas de discutir ni de empezar a hacer necedades, pues no entabla una pelea el que da el primer golpe, sino el que toma la revancha. El que se burla de su compañero incluso se pelearía con un extraño, pero yo no quiero parecer un dogo que se eriza y rechina los colmillos cuando otros mastines le enseñan los dientes.

Mientras así hablaban, salió el rey de su cámara, en donde había permanecido mucho rato durmiendo hasta aquel momento. Cuando le vieron, los barones se pusieron en pie con rapidez y él les hizo sentar a todos. Sentóse junto a la reina, que enseguida le contó las noticias de Calogrenant: se lo contó todo, palabra por palabra, y se lo supo contar bien y bellamente.

Con sumo gusto la oyó el rey y juró tres veces, por el alma de su padre Uterpendragón, por la de su hijo y por la de su madre, que iría a ver la fuente, la tempestad y lo maravilloso antes de que pasaran quince días. Llegaría la víspera de mi señor san Juan Bautista y allí dormiría por la noche; y dijo que irían con él todos los que quisieran. La propuesta del rey fue muy bien acogida por toda la corte, porque tanto los barones como los caballeros jóvenes tenían muchos deseos de ir allí.

Yvain en la Aventura de la Fuente

Pero mi señor Yvain, aunque pareciera alegre y gozoso, estaba triste porque deseaba ir solo; le apenaba y le contrariaba que el rey quisiera ir también; y le apesadumbraba saber de cierto que mi señor Keu lograría la batalla antes que él, pues si la requería no le sería vedada. Quizá también se adelantara a pedirla mi señor Galván; si alguno de estos dos la reclamaba no les sería denegada.

Pero no les va a esperar porque no tiene necesidad de su compañía, sino que irá solo, voluntariamente, hacia su felicidad o hacia su desgracia y que se quede el que quiera, pues él quiere llegar en tres días a Brocelianda y buscar hasta encontrar, pues arde en deseos por ello, el estrecho sendero lleno de árboles y la llanura y la fortaleza y la compañía y la conversación de la cortés doncella que es tan agradable y bella, y, junto con su hija, el prohombre que se esfuerza en honrar, tan noble y de buen linaje es. Luego verá los toros en el barbecho y al enorme villano que los guarda. Está impaciente por ver al villano tan feo, alto, contrahecho y negro como un herrero. Si puede, verá luego la grada, la fuente, el bacín y los pájaros sobre el pino; entonces hará llover y soplar el viento. Pero no quiere envanecerse de ello; no quiere que nadie sepa su intención hasta haber conseguido gran honor o gran vergüenza, luego ya se sabrá lo sucedido.

Mi señor Yvain se retira de la corte sin reunirse con nadie y se va solo hacia su alojamiento. Encuentra allí a toda su mesnada, ordena que ensillen su caballo y llama a uno de sus escuderos, a quien nunca ocultaba nada:

–Sígueme hasta allá fuera –le dice–, y trae mis armas. Saldré por aquella puerta sobre mi palafrén ahora mismo. Procura no entretenerte porque he de ir muy lejos. Haz que mi caballo esté bien herrado y llévalo tras de mí; luego recogerás el palafrén. Te advierto que vayas con cuidado, y si alguien te pregunta por mí no le digas nada; porque si ahora no confías en mí, en mala hora confiarás nunca más.

–Señor –le dijo–, ¡callaos!, porque por mí no lo sabrá nadie. Idos, que os seguiré.

Mi señor Yvain enseguida monta y antes de volver vengará, si puede, la vergüenza de su primo. El escudero va corriendo por las armas y el caballo y lo monta sin detenerse, porque estaba bien provisto de herraduras y clavos. Siguió las huellas de su señor hasta que le vio que había desmontado y le esperaba en un lugar apartado del camino. El escudero le dio el arnés completo y se lo puso.

Cuando mi señor Yvain estuvo armado no se detuvo ni mucho ni poco, sino que cabalgó cada día tanto por montañas como por valles, por bosques extensos y por lugares extraños y agrestes; pasó por muchos caminos tortuosos y por muchos peligros y por muchas dificultades hasta llegar a un sendero lleno de espinas y de oscuridad; fue entonces cuando tuvo la seguridad de que ya no podía perderse. Aunque luego lo pague caro no cejará hasta ver el pino que da sombra a la fuente, la grada y la tormenta que desencadena granizo, lluvia, truenos y viento.

Y sabed que por la noche tuvo el alojamiento que deseaba al encontrar en el valvasor más bondad y honor del que le habían relatado; cien veces más juiciosa y bella le pareció la doncella de lo que había contado Calogrenant, porque es imposible decirlo todo de una noble dama y de un prohombre cuando están adornados de todas las virtudes. Nunca llegarán a ser contadas porque la lengua es incapaz de describir todos los honores que un prohombre demuestra.

Mi señor Yvain aquella noche tuvo un buen hospedaje que le colmó de placer.

Al día siguiente llegó al barbecho, vio los toros y al villano que le mostró el camino; se santiguó más de cien veces de asombro al ver cómo la Naturaleza supo hacer obra tan fea y vil. Luego caminó hacia la fuente y vio lo que quería ver. Sin detenerse, sin sentarse siquiera, derramó el bacín lleno de agua sobre la grada; enseguida se puso el viento a soplar y a llover y se desencadenó la tempestad tal como debía suceder. Y cuando Dios devolvió el buen tiempo, los pájaros se posaron en el pino e iniciaron un júbilo extraordinario sobre la peligrosa fuente.

Antes de que hubiera cesado esta alegría llegó el caballero más encendido de cólera que una brasa y haciendo tal ruido que parecía que persiguiera un ciervo en celo. Apenas se hubieron visto se abalanzaron uno sobre otro demostrando que se odiaban a muerte. Cada uno iba armado de una lanza grande y fuerte y se dieron tales golpes que atravesaron a la vez sus escudos y desma-

llaron las lorigas; las lanzas se astillaron y quebraron y los pedazos volaron por los aires. Entonces uno atacó al otro con la espada y con los golpes cortaron las correas de los escudos, que se rompieron por arriba y por abajo de tal modo que los trozos colgaban y no se podían cubrir ni defender con ellos; tan destrozados estaban que con las brillantes espadas se golpeaban en los costados, los brazos y las caderas que estaban al descubierto.

Cruelmente se miden y no ceden en un solo paso como si fuesen dos rocas. Nunca hubo dos caballeros más obstinados en apresurar su muerte; asestan certeramente sus golpes sin errarlos; los yelmos se abollan y tuercen y vuelan por los aires las mallas de las lorigas de modo que van perdiendo gran cantidad de sangre. Están tan enardecidos que la loriga no les hace más servicio que un hábito de monje. Se dan estocadas en la cara y es asombroso que una batalla tan terrible y tan dura se prolongue tanto, y es que los dos son tan valientes que por ningún precio el uno cedería al otro ni un palmo de terreno hasta que la muerte se lo impidiera. Lucharon tan noblemente que no lisiaron ni hirieron en ningún lugar a sus caballos ni vaciaron las sillas ni fueron derribados sino que siempre se mantuvieron sobre los caballos y en ningún momento lucharon a pie, y así la batalla fue más bella.

Al final, mi señor Yvain hizo pedazos el yelmo del caballero, que quedó aturdido y sin fuerzas a causa del golpe y se desmayó; jamás había recibido un golpe tan terrible bajo la cofia; tenía la cabeza hundida hasta los sesos y las mallas de la blanca loriga se iban tiñendo de sesos y sangre y el dolor que sentía era tan grande que por poco le falló el corazón. No obró mal huyendo, pues se sentía herido de muerte y nada podía salvarle. Decide, pues, huir rápidamente hacia su castillo a galope; el puente estaba bajado y le abrieron la puerta de par en par y mi señor Yvain espoleó el caballo para ir rápidamente tras él. Así como el halcón persigue a la grulla que vuela a lo lejos y se acerca tanto que cree cogerla y ni siquiera la toca, así huye el caballero y mi señor Yvain le persigue tan de cerca que está a punto de poner las manos sobre

él y, sin embargo, no puede alcanzarle; tan cerca está de él que le oye lamentarse del dolor que siente, pero no ceja en su empeño de huir. Mientras, el otro se obstina en perseguirle temiendo que su trabajo sea en vano si no lo coge vivo o muerto porque aún se acuerda de las burlas que le había lanzado mi señor Keu. Aún no se ha liberado de la promesa que le había hecho a su primo y no le creerán de ningún modo si no les lleva pruebas verdaderas.

El castillo de Laudine

Sin dejar de galopar, el caballero le condujo hasta la puerta de su castillo y ambos entraron dentro, recorrieron las calles sin encontrar hombre ni mujer alguno y llegaron, galopando juntos, hasta la puerta del palacio.

La puerta era muy alta y ancha, pero tenía una entrada tan estrecha que dos hombres y dos caballos no podían entrar a la vez ni cruzarse sin grandes dificultades y esfuerzos, porque estaba hecha como la trampa que espera a la rata que viene de hacer su fechoría. Encima habían puesto una espada que estaba a punto de bajar, golpear y atrapar, pues se pone en movimiento y desciende enseguida que algo roza la llave aunque lo haga suavemente. También había debajo de la entrada dos soportes que sostenían en el aire una puerta deslizante de hierro, afilada y cortante. Si algo pasaba por estos ingenios la puerta bajaba y todos los que alcanzaba debajo quedaban atrapados y trinchados. Y exactamente en medio, el paso era tan estrecho como si fuera un sendero. Por este camino directo se ha introducido sagazmente el caballero, mientras que mi señor Yvain insensatamente aguija con gran ímpetu tras él y le alcanzó tan de cerca que le sujetó por la parte de atrás del arzón. ¡Qué bien le fue haberse inclinado hacia delante! Si no fuera por este azar hubiera quedado partido en dos, porque el caballo pisó el madero que sostenía la puer-

ta de hierro. Igual que un demonio infernal, la puerta bajó y alcanzó por detrás la silla y al caballo partiéndolos por la mitad pero sin tocar, gracias a Dios, a mi señor Yvain, aunque le arañó la espalda y le partió ambas espuelas rozándole los talones y haciéndole caer desmayado. De esta manera se le escapó el caballero que estaba herido de muerte.

Detrás de esta puerta había otra igual que la anterior. El caballero que huía se escapó por esta puerta, y la puerta cayó tras él. Así quedó atrapado mi señor Yvain.

Angustiado y preocupado, quedó encerrado en una sala que tenía el techo lleno de clavos dorados y las paredes bien construidas y pintadas de ricos colores. Nada le apenaba tanto como el ignorar hacia dónde había ido el caballero. Cuando estaba con esta inquietud oyó que se abría la estrecha puerta de una cámara muy pequeña que había al lado; salió de allí una joven muy amable y hermosa que volvió a cerrar la puerta tras sí. Cuando vio a mi señor Yvain se asustó al principio:

–Caballero –le dijo–, temo que no seáis bien venido: si os ven aquí dentro seréis descuartizado porque mi señor está herido de muerte y sé que vos lo habéis matado. Mi señora se lamenta tanto y sus gentes la rodean con tales lamentos que están a punto de morirse de dolor. Saben que estáis aquí dentro, pero su aflicción es tan grande que ahora no son capaces de decidir si van a mataros o a prenderos, pero no dejarán de hacerlo cuando os vengan a atacar.

Y mi señor Yvain le contestó:

–Si Dios quiere no me matarán porque no me cogerán.

–No lo harán –contestó ella– porque voy a hacer por vos todo lo que pueda. No es noble el que tiene miedo y por esto creo que sois un hombre noble porque no os veo muy asustado. Sabed que si pudiera os serviría y honraría, pues vos lo hicisteis en otro tiempo por mí. Una vez mi señora me envió como mensajera a la corte del rey; quizá no me comporté con la prudencia, la cortesía y la condición de una doncella y por ello ni un solo

caballero se dignó dirigirme la palabra excepto vos que fuisteis el único, y ahora estáis aquí; sólo vos, con vuestra gran cortesía, me honrasteis y servisteis. Por el honor que me demostrasteis os recompensaré. Sé muy bien vuestro nombre, pues os he reconocido: sois el hijo del rey Urién y os llamáis mi señor Yvain. Y creedme con toda seguridad que a partir de ahora no seréis hecho prisionero ni dañado: tomad mi anillito y me lo devolveréis, si queréis, cuando yo os haya liberado.

Le entregó entonces el anillito y le dijo que tenía tanto poder como el de la corteza sobre la madera, que la cubre toda de manera que no se ve nada de ella. Pero al pasarlo en el dedo hay que vigilar que la piedra quede escondida en la mano cerrada y luego no ha de preocuparse por nada quien lleva este anillo en el dedo, pues nadie, aunque tenga los ojos abiertos, le podrá ver, igual que la madera que está cubierta por la corteza que sobre ella nace.

Esto complació a mi señor Yvain, y cuando ella acabó de hablarle le hizo sentarse en un lecho con una colcha tan rica como nunca la tuvo el duque de Austria. También le dijo que si quería le traería comida y él le contestó que le apetecía mucho. La doncella corrió rápidamente hacia su cámara y volvió muy pronto trayéndole un capón asado, y una jarra cubierta con una servilleta blanca llena de vino de buena vid. Y ella, sirviéndole muy a gusto, le ofreció comida y él comió y bebió a placer, pues tenía gran necesidad.

Cuando acabó de comer y de beber aparecieron allí dentro los caballeros que le buscaban porque querían vengar a su señor, que ya estaba puesto en unas parihuelas. La doncella le dijo entonces:

–Amigo, oíd: todos os están buscando con gran tumulto y ruido. Pero venga quien venga no os mováis por mucho ruido que haga, pues no os hallarán si no os movéis de este lecho. Pronto veréis esta sala llena de gente enojosa y mala que pretenderán encontraros aquí y creo que traerán el cuerpo para enterrarlo. Em-

pezarán a buscaros bajo los bancos y bajo el lecho; quien no tenga nada que temer se divertirá viendo a la gente ir a ciegas porque todos estarán tan ciegos, tan confusos y tan burlados que se pondrán furiosos. No puedo deciros nada más por el momento ni me atrevo a quedarme más. Agradezco a Dios por haberme dado la ocasión y la oportunidad de hacer algo que os guste, pues tenía gran deseo de ello.

Entonces se retiró y cuando ella se hubo ido toda la gente se juntó y acudió a las puertas llevando bastones y espadas; había allí gran multitud de gente malvada y cruel que vieron ante la puerta la mitad del caballo que había sido partido en dos. Entonces tuvieron la certeza de que cuando las puertas se abrieran encontrarían allí dentro a aquel a quien buscaban para matarlo. Hicieron, pues, levantar aquellas puertas que habían matado a tanta gente sin que hubiera entonces allí ninguna clase de trampa ni cepo y entraron todos. En el suelo encontraron la otra mitad del caballo muerto pero ninguno de ellos vio con sus propios ojos a mi señor Yvain, a quien hubieran matado con tanto placer. Y él les veía rabiar, desatinar y encolerizarse. Y decían:

—¿Cómo puede ser esto? Aquí dentro no hay abertura ni ventana por donde nadie pueda escapar a menos que sea pájaro que vuela o ardilla o musaraña o bestia tan pequeña o más, porque las ventanas tienen rejas y las puertas se cerraron cuando mi señor salió fuera; vivo o muerto ha de estar aquí dentro, puesto que fuera no está. Bien vemos que más de media silla está aquí dentro, pero de él sólo vemos las espuelas cortadas que se le cayeron de los pies. Pero dejemos ahora tanta palabrería y busquémoslo por todos los rincones, porque con toda seguridad ha de estar aquí dentro o estamos todos hechizados o nos lo han arrebatado los demonios.

Encendidos de cólera le buscaban por la sala, golpeando en las paredes, en los lechos y sobre los bancos; pero el lecho en que él estaba acostado se libró de los golpes de modo que no le alcanzó ninguno; muchos se dieron a su alrededor y se organizó

tal refriega con los bastones que parecían ciegos que a tientas van buscando alguna cosa.

Mientras escudriñaban bajo los lechos y bajo los bancos llegó una de las damas más bellas que jamás viera criatura terrenal ni nunca se discutió ni habló de cristiana tan hermosa. Pero estaba tan enloquecida por el dolor que estaba a punto de darse muerte. Todo el rato iba gritando lo más fuerte que podía y volvía a caer desmayada, y cuando se levantaba como mujer desatinada empezaba a arañarse y arrancarse los cabellos, a retorcerse las manos y desgarrarse los vestidos. A cada paso que daba se volvía a desmayar y nadie la podía consolar porque veía que llevaban delante de ella a su señor, muerto en las parihuelas, por lo que no creía hallar nunca consuelo y por esto gritaba con fuertes voces. El agua bendita, la cruz y los cirios iban delante con las damas de un convento, luego la Escritura, los incensarios y los clérigos, que son los encargados de la alta dispensa en la que tiene puesta su esperanza la infortunada alma.

Mi señor Yvain oyó los gritos y el indescriptible dolor, pues nadie podría describirlo ni uno igual nunca fue escrito en libro alguno. Pasó la procesión y en la sala se congregó una gran multitud alrededor de las parihuelas porque la sangre caliente, roja y bermeja volvía a salir de la herida del muerto; ésta era la verdadera prueba de que dentro estaba el que había luchado con él y que le había vencido y muerto. Entonces buscaron y escrudiñaron por todas partes, removiendo y cambiando las cosas de sitio hasta quedar todos empapados de sudor de la angustia y de la excitación que les causaba la sangre bermeja que había manado delante de ellos. Mi señor Yvain no se movió, aunque fue golpeado y empujado muchas veces de donde estaba y las gentes gritaban cada vez más y más al ver las llagas que se abrían y se asombraban de verlas sangrar porque no sabían qué decidir, y se decían los unos a los otros:

—Entre nosotros está el que lo mató aunque no lo veamos; esto es algún portento diabólico.

Y la dama desvariaba y gritaba como si estuviera fuera de juicio:

–¡Ay, Dios mío! ¿Es que no vamos a encontrar al homicida, al traidor que me ha matado a mi buen señor? ¿Bueno? El mejor de entre los buenos. Dios verdadero, Tuya será la culpa si le dejas escapar; y no debo reprochárselo a otro sino a Ti al quitármelo de mi vista. Nunca se vio tal poder ni tan gran injusticia como la que Tú me haces al no dejarme ni siquiera ver al que está cerca de mí. Aunque no lo veo puedo afirmar que se ha deslizado entre nosotros un fantasma o un demonio que me ha embrujado; o quizás un cobarde porque me teme. Debe ser un cobarde pues me tiene miedo, y el que no se muestre ante mí es signo de gran cobardía. ¡Ah, fantasma, cobarde criatura! ¿Por qué te muestras cobarde conmigo cuando fuiste valiente ante mi señor? Malvado y pérfido, ¿por qué no te tengo ahora en mi poder? ¿Por qué no te puedo tener ahora? ¿Cómo pudo ocurrir que mataras a mi señor a no ser por traición? Verdaderamente mi señor no hubiera sido vencido por vos si os hubiera visto porque en el mundo no había otro como él, ni Dios ni nadie sabía de otro igual, y ya no lo habrá jamás. Si fueras un hombre mortal no te hubieras atrevido a enfrentarte con mi señor, pues nadie se podía comparar a él.

Así se debatía la dama y se golpeaba y se dañaba y junto a ella sus servidores demostraban el mayor duelo que puede hacerse. Llevaron el cuerpo a enterrar, y tanto buscaron y removieron que se cansaron de buscarle y lo dejaron con gran fastidio al no poder ver a nadie que en nada presentara sospechas.

Cuando las monjas y los capellanes acabaron el servicio, al volver de la iglesia se llegaron a la sepultura.

Pero de todo esto no se preocupaba la doncella.

Se acordó de mi señor Yvain y se dirigió rápidamente hacia él y le dijo:

–Buen señor, esta gente os ha asediado como una gran hueste, lo ha revuelto todo y ha escudriñado todos los escondrijos más minuciosamente que el perro braco cuando sigue el rastro de una perdiz o de una codorniz. Sin duda habéis tenido miedo.

–Decís verdad –le contestó–, nunca creí tenerlo mayor. Si fuera posible me gustaría mirar hacia fuera, por una rendija o por una ventana, para ver la procesión y el cadáver.

Pero no tenía ningún interés ni por el cadáver ni por la procesión; quisiera que fuesen todos quemados aunque le costara mil marcos, ¿mil marcos? ¡y también más de tres mil! Lo dice porque quiere ver a la señora del castillo. Y la doncella lo lleva a una ventana pequeña; en todo lo que puede le devuelve el honor que él le había hecho.

Mi señor Yvain espía por la ventana a la bella dama, que decía:

–Buen señor, Dios se apiade de vuestra alma tan de verdad como que jamás montó en silla caballero que valiera lo que vos, estoy segura de ello. Vuestro honor, mi querido señor, no lo tuvo ningún caballero ni vuestra cortesía; la generosidad era vuestra amiga y el valor vuestro compañero; y en compañía de los santos esté vuestra alma, mi dulce y buen señor.

Entonces rompe y desgarra todo lo que cogen sus manos y mi señor Yvain hace un gran esfuerzo para contenerse de correr hacia ella y sujetarle las manos aunque le perjudicara. Pero la doncella, como cortés y de buen linaje, le ruega, aconseja, ordena y recomienda que se guarde de hacer cualquier locura, y le dice:

–Aquí estáis muy bien; cuidad de no moveros bajo ningún pretexto hasta que se haya apaciguado este duelo; dejad que se vayan estas gentes que pronto se van a marchar. Creo que si ahora os comportáis como os aconsejo os llegará gran bien. Podéis quedaros aquí y estar sentado y ver a las gentes que entran y salen y pasan por la calle y nadie os verá, por lo que tendréis gran ventaja; pero guardaos de insultar a nadie porque el que se precipita, se exalta y se preocupa en insultar a los demás cuando tiene una oportunidad y ocasión lo considero más cobarde que valiente. Tened esto en cuenta, y si pensáis hacer una locura, no la hagáis. El prudente encubre sus locos pensamientos y si puede obra sensatamente. Comportaos, pues, prudentemente y no dejéis la cabeza en prenda, pues nadie la rescataría. Tened cuidado de vos

y acordaos de mi consejo, quedaos tranquilo hasta que vuelva, pues no me atrevo a quedarme más tiempo aquí porque si me quedara más rato quizá sospecharían al no verme entre la multitud y no me lo perdonarían.

Entonces ella se va y él se queda sin saber qué hacer y le causa pesar el no poder demostrar con tanta seguridad que ha vencido y muerto al que ha visto enterrar; y si no tiene algo que lo pruebe y pueda enseñarlo ante todos será humillado, pues Keu es tan traidor, perverso y lleno de odiosos sarcasmos que no podrá escapar de él sino que le irá lanzando bromas y burlas como hizo el otro día; y estas burlas permanecen en su interior aún frescas y vivas. Pero el nuevo Amor que le endulza con su azúcar y sus mieles ha hecho una incursión en su terreno y ha cogido todo el botín; su corazón lo tiene su enemiga y él ama a quien más le odia. Sin saberlo, bien ha vengado la dama la muerte de su señor, y esta venganza es mayor aún que la que ella hubiera podido hacerle si Amor no le hubiera vengado asediando al caballero tan dulcemente que por medio de los ojos le golpea el corazón, y este golpe es más duradero que el golpe de la lanza o de la espada porque el de la espada cura y sana rápidamente cuando el médico lo cuida, pero la herida del Amor empeora cuando más cerca está de su médico. Ésta es la herida que tiene mi señor Yvain, de la que no sanará jamás porque Amor se ha entregado a él por completo: Amor va examinando los lugares por donde se ha esparcido, los escudriña y se retira porque no quiere tener albergue ni huésped que no sea éste, y noblemente obra cuando se retira de un mal lugar una vez se le han entregado. No quiere que en ningún otro lugar haya rastro de él, pues ya ha examinado todos estos despreciables albergues. Es una gran vergüenza cuando Amor se comporta tan mal y se alberga rápidamente en el lugar más detestable que encuentra como si fuera el mejor campamento. Pero ahora Amor es bien acogido y aquí será honrado y aquí le parece bien quedarse; es así como debería comportarse Amor que es tan noble, y es asombroso que ose rebajarse a lugares tan abyectos. Se parece al que derrama su bálsamo en la ceniza y en el polvo y odia el honor y ama la vergüenza y deslíe el azúcar con la hiel y mezcla el sebo con la miel. Pero Amor no ha hecho esto, pues se ha alojado en un lugar libre donde nadie puede hacerle ningún mal.

Cuando el muerto hubo sido enterrado, todo el mundo se fue; allí no quedaron ni sacerdotes, ni caballeros, ni servidores, ni dama alguna, excepto aquella que no oculta su dolor. Se queda completamente sola y a menudo se aprieta la garganta, tuerce sus manos, golpea sus palmas y lee los salmos en un salterio iluminado con letras de oro. Aún está en la ventana mi señor Yvain y la contempla; cuanto más la observa más la ama y más le gusta. Quisiera que dejara de llorar y de leer y que le permitiera hablarle. Amor ha puesto en él este deseo que le ha empezado en la ventana, pero se desespera pues no puede creer, ni siquiera pensar que se realice su deseo; y dice:

–Bien puedo tenerme por un loco porque quiero lo que no tendré nunca. He herido mortalmente a su esposo y quiero reconciliarme con ella. A fe mía; bien sé que en este instante ella me odia más que a nadie y tiene razón. «En este instante» he dicho sensatamente, porque la mujer tiene más de mil sentimientos; lo que siente ahora quizá lo cambiará pronto o quizá lo cambiará sin esperanza, y loco estoy al desesperarme. Que Dios le conceda cambiar pronto y pueda estar en su dominio para siempre, ya que Amor lo ordena. Quien no acoge a Amor de buen grado desde el momento en que éste lo atrae hacia él comete felonía y traición, y yo afirmo, y que lo oiga quien quiera, que éste no tiene derecho a ninguna alegría. Pero en esto no saldré perdiendo, porque voy a amar a mi enemiga siempre y no la debo odiar si no quiero traicionar a Amor y debo amar lo que Amor quiere. ¿Debe ella llamarme amigo? Sí, en verdad, porque la amo. Y yo la llamo mi enemiga porque me odia y no se equivoca, porque yo he matado a quien ella amaba. Pero ¿soy yo, acaso, su enemigo? No, de ningún modo, sino su amigo; pues

nunca quise amar tanto a nadie. ¡Qué gran lástima me producen sus hermosos cabellos, que superan al oro puro de tanto como brillan! Me invade y me punza la tristeza cuando los veo romper y arrancar, ni tampoco se pueden contener las lágrimas que caen de sus ojos. Todo esto me llena de aflicción. Aunque llenos de tantas lágrimas que parecen que no han de acabarse jamás, nunca hubo tan bellos ojos. Me duele que llore y no hay nada que me cause más aflicción que su rostro, pues se lo va arañando sin merecérselo. Nunca vi uno mejor diseñado, ni tan fresco ni tan sonrosado, y lo que más me aflige es cuando la veo apretarse la garganta. Esto es cierto, pues ella no finge y se está haciendo el mayor mal que puede. Ningún cristal o ningún espejo son tan claros y limpios.

»¡Dios mío! ¿Por qué obra tan insensatamente, por qué no se hace menos daño? ¿Por qué retuerce sus bellas manos y golpea y araña su pecho? ¿Acaso no sería una visión maravillosa verla alegre si cuando está furiosa es tan bella? Juro que sí, pues nunca se excedió tanto la Naturaleza en belleza y con ella ha ido más allá de la mesura, o quizá no actuó nunca. ¿Cómo puede entonces existir? ¿Cómo nació tan gran belleza? Dios la hizo con su mano desnuda para sorprender a la Naturaleza. Ésta podría emplear todo el tiempo que quisiera en imitarla y no acabaría nunca. Ni siquiera Dios esforzándose mucho creo que pudiera hacer otra igual por mucho que trabajara en ello.

De esta manera describía mi señor Yvain a la que se destroza de dolor; y nunca, que yo sepa, le pasó esto a ningún hombre estando en prisión como lo está mi señor Yvain, que temiendo perder la cabeza amara tan locamente sin atreverse a pedirle su amor ni que otro lo haga por él.

La doncella vuelve porque quería hacerle compañía, estar con él y divertirle, buscar y traerle todo lo que quisiera. Le encontró pensativo y lánguido a causa del amor que se había apoderado de él y le dijo:

–Mi señor Yvain, ¿qué vida habéis llevado desde que me fui?

–Una –le contestó– que me ha gustado mucho.

–¿Gustado? ¡Dios mío! ¿Decís la verdad? ¿Cómo puede tener buena vida quien ve que le buscan para matarle a no ser que quiera y desee la muerte?

–Mi dulce amiga –le contestó–, bien cierto es que no quisiera morir de ninguna manera, pero, y que Dios me sea testigo, lo que vi me ha gustado mucho, me gusta y me gustará siempre.

–Dejemos esto por ahora –dijo ella, que comprendió perfectamente hacia dónde iban dirigidas estas palabras–. No soy ni tan tonta ni tan insensata como para no entender estas palabras; pero ahora seguidme, porque enseguida voy a preocuparme en sacaros de la prisión. Si queréis os pondré a salvo esta noche o mañana; venid ahora, que yo os conduzco.

Y él contestó:

–Tened por seguro que no voy a salir de aquí en mucho tiempo si ha de ser a escondidas como un ladrón. Cuando la gente esté toda reunida allá fuera por las calles, entonces saldré con más honor que si lo hiciera durante la noche.

Después de decir esto entró tras ella en la habitación pequeña. La avispada doncella le proveyó de todo lo que necesitaba, y cuando fue el momento se acordó de lo que le había dicho: lo mucho que le había gustado lo que había visto cuando por la sala le buscaban los que le querían matar.

La doncella tenía tanta confianza en su señora que no temía confiarle nada por muy importante que fuera el asunto, porque era su consejera y acompañante. ¿Y por qué le acobardó consolar a su señora y aconsejarla por su bien? La primera vez le dijo en secreto:

–Señora, grande ha sido mi asombro al veros actuar con tal insensatez. Señora, ¿acaso pensáis recobrar a vuestro esposo con tantas lamentaciones?

–No –contestó ella–, pero deseo morir de tristeza.

–¿Por qué?

–Para irme tras él.

–¿Tras él? Que Dios os lo impida y os dé a cambio tan buen esposo como Él puede daroslo.

–Nunca me dijiste mentira mayor, porque Él no me podrá dar uno tan bueno.

–Si queréis tomarlo puede daros uno mejor; os lo probaré.

–¡Vete! ¡Cállate! Jamás encontraré uno mejor.

–Sí, señora, si queréis. Mas decidme ahora sin enfadaros, ¿quién defenderá vuestra tierra cuando venga la semana próxima el rey Arturo a la grada y a la fuente? ¿Acaso no habéis recibido el mensaje en la carta que os envió la Doncella Salvaje? ¡Ah, qué bien empleó su tiempo en ello! Ahora tenéis que decidir cómo defender vuestra fuente, y no paráis de llorar. Por favor, no deberíais aplazarlo, mi querida señora, porque, en verdad, los caballeros que tenéis no valen ni lo que una camarera, y lo sabéis. El que más presume no cogerá ni la lanza ni el escudo. Tenéis gran cantidad de gente débil y no habrá ni uno tan audaz que se atreva a montar a caballo, mientras el rey viene con tan gran hueste que se apoderará de todo sin que haya resistencia.

La dama se da cuenta y se dice a sí misma que la doncella le aconseja lealmente, pero dentro de ella hay la locura que tienen las mujeres, todas o casi todas: que aún reconociendo la causa de su locura rehúsan lo que desean.

–¡Vete –le dice–, no me hables más! Si te vuelvo a oír hablar harás mal quedándote; mucho me molestan tus palabras.

–En buena hora, señora –le dijo la doncella–, bien se ve que sois mujer que se indigna cuando oye que alguien le aconseja obrar bien.

Y se fue, dejándola sola.

Entonces la dama pensó que se había equivocado. Le hubiera gustado saber cómo su doncella podía probar que era posible encontrar un caballero mejor que lo que siempre fue su señor; muy a gusto lo hubiera oído, pero ella se lo había prohibido. Con esta idea esperó hasta que volviera la doncella que, prescindiendo de la prohibición, le dijo rápidamente:

–Oh, señora, ¿es aún necesario que os matéis de dolor? Por Dios, renunciad a ello, o por lo menos dejad de humillaros. A tan alta dama no conviene mantener tan largamente el duelo. Acordaos de vuestro rango y de vuestra nobleza. ¿Creéis acaso que toda gallardía ha muerto con vuestro señor? Se cuentan a centenares los caballeros tan buenos o mejores que han quedado por el mundo.

–¡Que Dios me confunda si no mientes!, y a pesar de ello, nómbrame a uno sólo que tenga tanta fama de valiente como la tuvo mi señor durante toda su vida.

–Y vos mal me lo agradeceréis con vuestros enfados y amenazas.

–No lo haré, os lo aseguro.

–Sea para vuestra felicidad lo que os va a suceder, si es que os complace y que Dios os conceda lo que gustéis. Nada veo que me obligue a callarme porque nadie nos oye ni escucha. Me vais a considerar tonta, pero me parece que bien puedo decir esto: cuando dos caballeros se enfrentan con las armas en batalla singular, ¿cuál de los dos creéis que vale más cuando uno ha vencido al otro? Por lo que a mí respecta, yo daría el premio al vencedor. Y vos, ¿qué haríais?

–Me parece que me estás tendiendo una trampa, que me quieres coger con la palabra.

–A fe mía, bien podéis ver que yo camino por lo cierto y que os pruebo con toda verdad que vale más que él aquel que venció a vuestro señor, puesto que él no lo hizo. Le venció y le persiguió valientemente hasta aquí y lo encerró en su propia casa.

–Acabo de oír –dijo la dama– la mayor tontería que jamás fue dicha. ¡Vete, malvada, vete, zorra loca e inoportuna! Y no vuelvas a presentarte ante mí para hablarme de él.

–Cierto es, señora, que sabía que no os agradaría, ya os lo había dicho antes. Pero me prometisteis no enfadaros ni reñirme por ello. Mal habéis mantenido vuestra promesa y he aquí lo que me ha pasado: habéis dicho todo lo que habéis querido y yo he perdido la ocasión de callarme.

La doncella volvió a la habitación en la que estaba mi señor Yvain, al que protegía tanto; pero a él no le complacía nada al no poder ver a la dama, y de lo que ella le habla ni le interesa ni se preocupa.

Pero durante toda la noche la dama tuvo un largo debate consigo misma por la necesidad que tenía de proteger su fuente. Empieza a arrepentirse de haber insultado, reprendido y maltratado a su doncella porque sabía con toda seguridad que ni por mejorar el salario, ni por una recompensa, ni por amor que le tenga al caballero jamás hubiera discutido con ella; y, como la ama más a ella que a él, sabe que no le aconsejaría nada deshonroso ni indigno porque es su muy leal amiga.

Ved el camino que ha dado la dama hacia aquella a quien había insultado y que creía que por ningún precio debiera estimarla más. Y a aquel que había rechazado lo ha perdonado lealmente con razón y justicia, porque no le había hecho ningún mal. Y razona igual que si estuviera ante él y empieza a discutir consigo misma.

–¿Niegas acaso –le dice– que has matado a mi señor?

»–No puedo negarlo –le contesta–, al contrario, lo concedo.

»–Dime, pues, ¿por qué lo has hecho? ¿Por lastimarme? ¿Por odio? ¿Por desprecio?

»–Que me muera ahora mismo si lo hice para haceros algún mal.

»–Entonces, a mí no me has causado ningún mal ni has obrado injustamente con él, porque, si él hubiera podido, te hubiera matado; en mi opinión, creo que he juzgado bien y rectamente.

Entonces, por ella misma se da cuenta con buen sentido y razón que no tiene derecho a odiarle y ha dicho lo que quisiera y por sí sola se inflama como el tronco que humea hasta que surge la llama sin que nadie sople ni atice. Si ahora viniera la doncella se excusaría de la discusión en la que tanto la contradijo y por la que había sido reñida.

Por la mañana volvió aquélla y continuó con su latín en el punto en que lo había dejado. La dama estaba cabizbaja porque

sabía que no había hecho bien maltratándola; pero ahora querrá repararlo y preguntarle el nombre, la condición y el linaje del caballero, y obrando con sensatez se humilla y le dice:

–Os pido perdón por los ultrajes e insultos que os dije alocadamente; seguiré vuestro consejo. Decidme lo que sepáis acerca del caballero del que me habéis hablado tanto, quién es y de qué gente. Si es de un rango que me convenga y si por él no hay inconveniente le haré señor de mi tierra y de mi persona, os lo prometo. Pero tendrá que hacerlo de modo que nunca se me reproche ni se diga: ésta es aquella que tomó por esposo al que mató a su señor.

–En nombre de Dios, señora, así será. Tendréis el señor más gentil, el más noble y el más bello que jamás salió del linaje de Abel.

–¿Cómo se llama?

–Mi señor Yvain.

–A fe mía que no es un villano, sino que es muy noble: ya sé yo que es el hijo del rey Urién.

–A fe mía, señora, bien decís la verdad.

–¿Cuándo podremos tenerle?

–Dentro de cinco días.

–Demasiado tarde; si por mí fuera ya estaría aquí. Que venga esta tarde o, por lo menos, mañana.

–Señora, creo que ni un pájaro pudiera volar tanto en un día, pero mandaré a un joven servidor mío que corre mucho para que vaya a la corte del rey Arturo, aunque creo que hasta mañana por la noche no lo encontrará.

–Es demasiado largo este plazo. Los días son largos. Dile que mañana por la tarde ha de estar de vuelta y que vaya lo más rápido que sepa, pues, si se esfuerza, de dos jornadas hará una, y como esta noche brillará la luna que haga de la noche otro día, y yo, cuando vuelva, le daré todo lo que quiera.

–Dejad que me ocupe yo de esto y lo tendréis en vuestras manos de aquí a tres días por lo menos. Mientras tanto convocaréis a vuestras gentes y les pediréis consejo sobre la venida del rey.

Para mantener la costumbre de defender vuestra fuente tenéis que ser bien aconsejada y no habrá nadie, por muy importante que sea, que ose presumir de ir a defenderla. Entonces podréis decir en justicia que os es necesario casaros. Un caballero de gran renombre os solicita, pero no os atrevéis a aceptarlo si no dan su consentimiento. Y yo tomo esto como una garantía, pues los considero tan cobardes que, para cargar a otros con el peso que llevan, vendrán todos a vuestros pies para agradeceros el verse libres de tan gran esfuerzo. Quien tiene miedo de su sombra esquiva si puede el encuentro con la lanza o con el dardo, pues son un mal juego para un cobarde.

–A fe mía –contestó la dama–, así lo quiero y lo autorizo. Había pensado lo mismo que habéis dicho y así lo haremos. Pero, ¿por qué estáis aquí? ¡Marchaos! No os demoréis más. Haced todo lo posible por encontrarle. Yo me quedaré con mis gentes.

Así acabó la conversación. La doncella simuló que enviaba a buscar a mi señor Yvain a su tierra. Mientras tanto, cada día lo hizo bañar, lavar y peinar y le preparó también una túnica de escarlata bermeja forrada de veros aún marcada con la tiza. No ahorró nada en su atavío: le abrochó el cuello con un broche de oro con piedras preciosas que trabajan las gentes de allí muy delicadamente y le ciñó un cinturón y una limosnera confeccionada con un rico brocado; muy elegantemente lo ha vestido. Luego fue a decirle a su señora que el mensajero ya había vuelto, y ha procedido sensatamente.

–¿Cuándo vendrá mi señor Yvain? –le dice ella.

–Ya está aquí dentro.

–¿Aquí dentro? Rápido, que venga discretamente ahora que no hay nadie conmigo. Cuidad que no venga nadie más, pues odiaría a esta cuarta persona.

La doncella se retiró y se fue con su huésped sin aparentar en su semblante la alegría que sentía en su corazón, sino que le dijo a mi señor Yvain que su señora sabía que ella lo había cobijado allí dentro, y añadió:

–Mi señor Yvain, por Dios, ya no es necesario guardar secreto, pues ya se ha divulgado y mi señora sabe que estáis aquí; por ello me insulta, me odia y discute conmigo. Pero me ha prometido que si os llevo ante ella no os hará ningún daño ni mal. Creo que no os perjudicará en nada excepto en una cosa, y no os quiero mentir porque sería traicionaros: os quiere tener en su prisión y no sólo quiere tener el cuerpo, sino que el corazón tampoco esté libre.

–En verdad –contestó él– que bien lo deseo y no me será nada penoso, pues en su prisión quiero estar.

–¡Y lo estaréis, por mi mano derecha que os tiene sujeto! Ahora venid, pero por mi reputación, comportaos ante ella tan humildemente que no os haga la prisión más dura. Pero no os inquietéis por esto, pues no creo que tengáis una prisión demasiado penosa.

La doncella se lo lleva y tan pronto le atemoriza como le tranquiliza y le habla encubiertamente de la prisión en donde está encerrado, porque no existe amigo que no sea prisionero y por esto es apropiado que se le llame prisión, porque el que ama está en prisión. La doncella lleva de la mano a mi señor Yvain hacia donde se le amará tanto. Teme ser mal acogido y no es sorprendente que tema esto.

Encontraron a la dama sentada sobre un almohadón bermejo. Os aseguro que mi señor Yvain sintió mucho miedo al entrar en la habitación y encontrarse ante la dama, que no le dirigió la palabra. Por esto tuvo tanto miedo y se asustó, porque creyó haber sido traicionado. Permaneció algo alejado hasta que la joven le gritó:

–¡Maldita sea quinientas veces el alma que lleva al aposento de una bella dama a un caballero que no se le acerca y que no tiene ni lengua ni boca ni juicio para darse a conocer! –Tras estas palabras le sacudió por el brazo y le dijo:– Acercaos, caballero, y no tengáis miedo de que os muerda mi señora; buscad mejor la paz y la concordia y yo rogaré con vos para que os perdone la muerte de Esclados el Rojo, que era su señor.

Sin demorarse mi señor Yvain juntó las manos, cayó de rodillas y le dijo como verdadero amigo:

–En verdad, señora, que no os pediré favor sino que os agradeceré cuanto me hagáis, pues nada que venga de vos puede disgustarme.

–¿Nada, señor? ¿Y si os mato?

–Señora, os daré las gracias; no me oiréis decir otra cosa.

–Nunca oí algo igual, pues deseáis poneros completamente bajo mi poderío sin que os fuerce a ello.

–Señora, no hay fuerza tan poderosa, y no miento, como ésta que me ordena consentir por entero a vuestros deseos. No temo hacer nada de lo que gustéis mandarme, y si pudiera reparar la muerte con la que os he hecho un gran mal, lo haría sin discusión.

–¿Cómo? –dijo ella–. Decídmelo y os libraré de la reparación. ¿Acaso no me hicisteis ningún mal al matar a mi señor?

–Señora –le contestó–, por vuestra gracia, ¿qué mal hice al defenderme cuando vuestro señor me atacó? Si un hombre quiere matar o hacer prisionero a otro y el que se defiende lo mata, decidme, ¿ha cometido alguna falta?

–No, si se mira con justicia, y pienso que no me servirá de nada haceros matar. Pero mucho me gustaría saber de dónde os viene la fuerza que os impulsa a aceptar mis deseos sin réplica. Os libro de toda culpa y maldad, pero sentaos y contadme cómo habéis sido sometido.

–Señora –le dijo–, esta fuerza viene de mi corazón, que os tiene a vos; y en mi corazón se ha introducido este deseo.

–¿Y quién lo ha puesto en el corazón, buen y dulce amigo?

–Señora, mis ojos.

–Y en los ojos, ¿quién?

–La gran belleza que en vos vi.

–Y la belleza, ¿qué mal ha hecho?

–Tan grande, señora, que me ha hecho amar.

–¿Amar? ¿A quién?

–A vos, querida señora.

–¿A mí?

–Así es, en verdad.

–¿En verdad? ¿De qué modo?

–De tal modo que no lo puede haber mayor; de tal modo que mi corazón no se aparta de vos y no encuentra lugar en otro sitio; de tal modo que no puedo pensar en otra cosa; de tal modo que me entrego a vos del todo; de tal modo que os amo más que a mí mismo; de tal modo que, si os place, tanto me da morir o vivir por vos.

–¿Os atreveríais a haceros cargo por mí de la defensa de la fuente?

–Sí, señora, contra todos los hombres.

–Pues sabed que ya estamos de acuerdo.

¡Y así tan rápidamente se han puesto de acuerdo!

La dama, que antes había reunido a sus barones, le dijo al caballero:

–Vamos a la sala en donde está la gente que me ha aconsejado y autorizado a tomar partido por la necesidad que ven en ello; y lo haré porque lo necesito. Aquí mismo me entrego a vos, pues no debo rehusar como esposo a un buen caballero e hijo de rey.

Así tan pronto se ha realizado lo que la doncella se había propuesto y mi señor Yvain es más dueño que lo que se pudiera contar y decir, la dama lo llevó con ella a la sala que estaba llena de caballeros y de servidores. Mi señor Yvain tenía un aspecto tan gentil que todos le miraban maravillados; ante su presencia todos se levantaron, se inclinaron y saludaron a mi señor Yvain y pronosticaron:

–Éste es el que tomará por esposo mi señora; malditos sean los que lo impidan, porque parece un prohombre excepcional. Verdad es que la emperatriz de Roma se casaría muy a gusto con él. Si él ya se hubiera comprometido con ella y ella con él dándose las manos la podría desposar hoy mismo o mañana.

Así hablaban todos en corro. Al fondo de la sala había un escaño en el que se fue a sentar la dama para que todos pudieran

verla. Mi señor Yvain hizo ademán de sentarse a sus pies, pero ella lo levantó y luego ordenó a su senescal que tomara la palabra y que fuera oído por todos. El senescal, que no era lento ni tartamudo, dijo:

–Señores, se nos viene encima una guerra. No hay día en que el rey no se equipe haciendo todos los preparativos para venir a asolar nuestras tierras. Antes de que transcurra una quincena quedarán completamente devastadas si no tenemos un buen defensor. Aún no han pasado siete años enteros desde que mi señora se casó aconsejada por vosotros. Su marido ha muerto y esto le apena. Ahora no posee más que una toesa de tierra quien poseía el país entero y tan bien lo gobernaba. ¡Es una gran desgracia que haya vivido tan poco! La mujer no puede llevar el escudo ni atacar con la lanza, pero puede resarcirse de esto y fortalecerse si toma un buen esposo. Nunca tuvo mayor necesidad de ello; aconsejadle, pues, todos a que tome señor para que se mantenga la costumbre que ha habido en este castillo durante más de sesenta años.

Después de estas palabras todos dijeron al unísono que les parecía muy conveniente y se acercaron hasta sus pies demostrándole un gran afecto. Ella se hizo de rogar de aquello que mucho deseaba hasta que al fin, como si fuera a pesar suyo, concedió lo que en verdad haría aunque alguien se lo prohibiera, y dijo:

–Señores, puesto que os place, este caballero que se sienta a mi lado mucho me ha rogado y mucho me ha insistido. Quiere defender mi honor y estar a mi servicio y yo se lo agradezco, y vosotros agradecédselo también. Es cierto que nunca le había visto, pero había oído hablar mucho de él: es hombre de alto rango, pues es hijo del rey Urién. Además de tan gran nobleza tiene tanta valentía, tanta cortesía y prudencia que nadie debe desaconsejármelo. Creo que todos habéis oído hablar bien de mi señor Yvain y es él el que me quiere por esposa, y yo tendré el más noble señor el día en que se comprometa conmigo.

Todos dijeron:

–Si obráis prudentemente no pasará de hoy sin que celebréis el matrimonio: bien necio es el que retrasa una sola hora el hacer algo que es de su provecho.

Tanto se lo rogaron que la dama aceptó lo que de todas maneras hubiera hecho, pues es Amor quien le ordena hacer esto para lo que pide aprobación y consejo; y más honrada se siente cuando tiene el consentimiento de su gente. Los ruegos no le molestan en nada, sino que la mueven e impulsan a hacer el deseo de su corazón. El caballo fogoso cuando se le espolea va más rápido.

Boda de Yvain y Laudine

Ante todos sus barones la dama se dio a mi señor Yvain. De la mano de un capellán de su corte mi señor Yvain tomó a Laudine de Landuc, hija del duque Laudunet, de quien se canta un *lai*. Aquel mismo día, sin aplazarlo más, la tomó por esposa e hicieron sus bodas. Hubo allí muchas mitras y cruces, pues la dama había convocado a sus obispos y a sus abades. Hubo mucha alegría y felicidad, hubo mucha gente y riqueza, más de la que os podría relatar por mucho que me ocupara de ello, y por eso prefiero callarme que decir sólo un poco.

Ahora mi señor Yvain es el señor y el muerto está olvidado del todo. El que le mató se ha casado con su mujer y juntos se acuestan; y las gentes aman y aprecian más al vivo que lo que apreciaron al muerto.

Les sirvieron de lo mejor en las bodas, que duraron hasta la víspera del día en que llegó el rey a la maravilla de la fuente y la grada; con él iban sus compañeros, pues todos los de su mesnada le acompañaban en esta cabalgada, ni uno solo se había quedado. Y mi señor Keu decía:

–¡Ay! ¿Qué le ha pasado ahora a Yvain, que no ha regresado y que se jactaba después de comer que iría a vengar a su primo?

Bien se ve que dijo esto después del vino. Adivino que debe de haber huido, porque no se hubiera atrevido a venir aquí ni tan sólo para echar una ojeada. Con mucho orgullo presumió de esto, y es muy osado quien se atreve a alabarse de lo que nadie le aplaude y no tiene más testigos de su vanidad que sus mentirosas alabanzas. Entre el cobarde y el valiente hay una gran distancia, porque el cobarde alrededor del fuego no para de hablar de sí mismo y cree que todo el mundo es tonto y piensa que nadie se da cuenta. El valiente estaría muy molesto si oyera hablar a otros de sus hazañas. Y, sin embargo, estoy de acuerdo con el cobarde porque no se equivoca: él se alaba y él se envanece, pues no encuentra quien mienta por él. Si él no habla así, ¿quién lo hará? Todos callan, incluso los heraldos cuando proclaman públicamente a los valientes y echan al viento a los cobardes.

Así habló mi señor Keu, y mi señor Galván contestó:

–Piedad, mi señor Keu, piedad. Si mi señor Yvain no está aquí ahora, no sabéis en qué dificultad se encuentra. Nunca se envileció ultrajándoos, pues posee excelente cortesía.

–Señor –le contestó Keu–, me callo y hoy ya no me oiréis hablar más, porque veo que os molesta.

El rey, para contemplar la lluvia ,derramó el bacín lleno de agua sobre la grada bajo el pino y enseguida llovió muy recio. No pasó mucho tiempo antes de que mi señor Yvain entrara en el bosque armado de pies a cabeza y acercándose más rápidamente que si fuera a galope sobre un caballo muy grande y robusto, fuerte, valiente y rápido. Mi señor Keu sintió el deseo de reclamar la batalla para sí, pues, cualquiera que fuera el final, siempre quería empezar los combates y las justas, de lo contrario se encolerizaba mucho. Apeló al rey delante de todos para que le permitiera entablar esta batalla:

–Keu –le dijo el rey–, ya que os place y me la habéis pedido el primero, no debe seros negada.

Keu se lo agradeció y montó.

Muy contento se pondría mi señor Yvain si pudiera causarle un poco de vergüenza, y muy a gusto lo hará porque lo ha reconocido por sus armas. Coge el escudo por los brazales y Keu el suyo y la emprenden el uno contra el otro, picando a los caballos y bajando las lanzas que llevaban empuñadas. Las alargan un poco sosteniéndolas por las empuñaduras, y cuando se encuentran se encarnizan en darse tales golpes que rompen a la vez sus lanzas y las hienden hasta el puño. Mi señor Yvain le asestó un golpe tan fuerte que Keu dio una voltereta desde la silla y el yelmo golpeó en tierra. Mi señor Yvain no le quiso hacer más daño y desmontó y le tomó el caballo. Esto gustó mucho a los que allí lo presenciaban y hasta hubo alguno que dijo:

–¡Ay, ay! Mirad cómo habéis caído vos, que despreciabais a los demás! Y, sin embargo, es justo que se os perdone esta vez para que no os ocurra nunca más.

Mientras, mi señor Yvain se llegó ante el rey llevando el caballo por el freno para entregárselo y le dijo:

–Señor, tomad este caballo, pues obraría mal si retuviera algo que os pertenece.

–¿Quién sois? –le dijo el rey–, pues al momento no os reconozco, si no oigo vuestro nombre y no os veo desarmado.

Entonces mi señor Yvain le dijo su nombre y Keu se llenó de vergüenza y quedó consternado, mudo y aniquilado porque le había acusado de haber huido. Pero los demás están muy contentos y demuestran gran alegría al ver la gloria del caballero. Hasta el rey demostró gran contento, pero mi señor Galván se alegraba cien veces más que nadie, pues amaba más su compañía que la de otro caballero.

El rey le ruega insistentemente que si le place le explique todo lo que le había sucedido, pues tenía gran deseo de saber toda su voluntad y le conmina a decir la verdad. El caballero les relató todo y también la fidelidad y la bondad que la doncella demostró con él; en ningún momento cambió ni una sola palabra ni se olvidó de nada.

Luego rogó al rey que él y todos sus caballeros fueran a albergarse con él, pues gran honor y alegría representaría si se albergaran allí. El rey le dice que lo harán con mucho gusto durante ocho días enteros y le demostrará su amor y su alegría estando en su compañía. Y mi señor Yvain se lo agradece.

Y sin demorarse más, montaron y se fueron hacia el castillo por el camino directo. Mi señor Yvain envió por delante de la comitiva a un escudero que llevaba un halcón grullero para que no sorprendieran a la dama y para que su gente adornara sus casas para honrar al rey. Al oír la dama la noticia de que el rey venía hacia allí tuvo una gran alegría y no hubo nadie que al oírlo no estuviera contento ni le importara. La dama les rogó encarecidamente que fueran todos al encuentro del rey y ninguno protestó ni refunfuñó, deseosos como estaban de hacer su voluntad.

Al encuentro del rey de Bretaña van todos montados en grandes caballos españoles y saludan muy ceremoniosamente al rey Arturo primero y después a todo su séquito diciendo:

–¡Bienvenida sea esta comitiva llena de tan nobles caballeros! ¡Bendito sea el que la conduce y tan buenos huéspedes nos da!

Y en honor al rey, el castillo resuena por la alegría que les ha proporcionado. Sacaron las telas de seda y las extendieron como ornamento, y con los tapices pavimentan las calles para el rey, cuya llegada esperan. Aún preparan otra cosa más: cubren las calles con cortinajes para proteger al rey del sol.

Campanas, cuernos y trompetas resuenan por el castillo tan fuerte que no se oirían los truenos de Dios. En su honor danzan las doncellas y suenan flautas y violas, panderos, tímpanos y tambores; en otro lado dan saltos los ágiles jóvenes; todos se esfuerzan en demostrar su júbilo y con esta fiesta reciben a su señor tal como debe ser.

La dama está fuera vestida con un traje imperial, túnica adornada de armiño nuevo y en la cabeza una diadema cuajada de rubíes; su rostro no reflejaba dolor, sino alegría, y mostraba una

sonrisa que la hacía, en mi opinión, más bella que una diosa. A su alrededor se apretó la multitud diciendo todos, uno tras otro:

–¡Bienvenido sea el rey, el señor de los reyes y de los señores de este mundo!

No pudo el rey contestar tantos saludos y vio venir hacia él a la dama para sostenerle el estribo, pero no quiso esperarla y se apresuró a desmontar; y al momento que la vio, descendió y la dama le saludó diciéndole:

–Sea cien mil veces bienvenido el rey mi señor y bendito sea mi señor Galván, su sobrino.

–Y que vuestra persona, bella criatura, tenga alegría y felicidad –le contestó el rey.

Luego el rey, como hombre cortés y noble, la abrazó tomándola por el talle y ella a él le dio un apretado abrazo. Me callaré la bienvenida que les hizo a los otros, pues nunca oí hablar de nadie tan bien acogido, tan honrado ni tan obsequiado. Os contaría mucho acerca de los festejos si no temiera desperdiciar mis palabras; sólo quiero tener un breve recuerdo de la entrevista que tuvo lugar en privado entre la luna y el sol.

¿Sabéis de quién os voy a hablar? De aquel que fue el señor de los caballeros y el más renombrado de todos, éste bien debe ser llamado «sol». Lo digo por mi señor Galván, que ilumina la caballería como el sol de la mañana extiende sus rayos y difunde claridad a todos los lugares por donde se expande. Y llamo «luna» a aquella que es única en la más grande prudencia y cortesía, y no lo digo sólo a causa de su gran renombre, sino porque se llama Lunete.

La doncella se llamaba Lunete y era una graciosa morenita, muy inteligente, avispada y amable. Entabló gran amistad con mi señor Galván, que mucho la estimó y amó, llamándola amiga suya porque ella había librado de la muerte a su compañero y amigo; por ello él se pone a su servicio. Ella, por su parte, le relató cuántos esfuerzos tuvo que hacer para convencer a su señora de que tomara a mi señor Yvain por marido y cómo le protegió de caer

en manos de los que le buscaban: ¡estaba entre ellos y no le veían! Mi señor Galván se rió mucho de lo que le contó, y le dijo:

–Mi joven dama, me entrego a vos y me pongo a vuestro servicio sin reserva como caballero que soy; no me prefiráis a otro si no creéis ganar en el cambio; soy vuestro y a partir de ahora seréis mi dama.

–Gracias, caballero –le contestó ella.

Y así los dos conversaron cariñosamente mientras los demás se entregaban al amor, pues de las noventa damas que había allí no había ninguna que no fuera bella, gentil, noble, graciosa, digna y sensata y de alto linaje. Con ellas los caballeros pudieron solazarse, abrazarlas, besarlas, conversar con ellas, mirarlas y sentarse a su lado: por lo menos tuvieron esto.

¡Qué gran festejo es para mi señor Yvain que el rey resida en su casa! La dama les honró tanto a cada uno en particular y a todos juntos que incluso algún necio pensó que las atenciones y la buena acogida que les ofrecía provenían del amor. Bien pueden ser llamados necios si piensan que ella les ama: cuando una dama es tan cortés que se acerca a un desgraciado, es amable con él y le abraza, sólo el necio se pone contento con las palabras cariñosas y pronto se burlan de él los demás.

Con gran alegría transcurrió el tiempo, toda una semana en la que hubo quien se paseó por bosques y riberas; y quien quiso ver la tierra que mi señor Yvain había conquistado casándose con la dama, pudo pasearse por los castillos que había en dos, tres o cuatro leguas a la redonda.

Cuando el rey consideró que se había quedado mucho tiempo no quiso alargarlo más y ordenó preparar su partida. Durante aquella semana todos habían rogado y suplicado con todas sus fuerzas a mi señor Yvain para que les acompañara.

–¿Cómo? ¿Vais ahora a ser de estos que valen menos a causa de sus mujeres? –le decía mi señor Galván–. ¡Por santa María, maldito sea el que se casa para empeorar! Quien tiene a una bella dama por amiga o por mujer debe mejorar, pues no es justo

que ella le ame cuando su renombre y su mérito declinan. Ciertamente, si valéis menos lamentaréis su amor aún más, porque la mujer rápidamente repone su amor y no se equivoca al despreciar al que ha empeorado cuando es el señor del reino. Sobre todo ahora ha de aumentar vuestra fama. Romped el freno y el cabestro, y vos y yo iremos a los torneos para que no se os llame celoso. Ya no debéis soñar más, sino frecuentar los torneos, entablar combate y justar con dureza aunque os cueste. ¡Sueña demasiado el que no se mueve de donde está! Es absolutamente necesario que vengáis, pues yo estaré en vuestra enseña. Buen compañero, mirad que no desaparezca nuestra compañía, que por mi parte no os faltará nunca.

»Es asombroso que se aprecie el placer que siempre dura. Se hace bien en demorarlo, pues una breve dicha que se retrasa tiene un sabor más dulce que una mayor que se saborea rápidamente. El gozo del amor que se retarda se parece al tronco verde que arde y da un calor mayor y que dura más cuanto más tarda en encenderse. Uno se puede acostumbrar a esto, pero es muy costoso deshacerse de ello y, cuando se quiere, no se puede hacerlo.

»No lo digo por esto, pues si tuviera tan bella amiga como la vuestra, señor compañero, ¡por Dios y por todos los santos!, muy a pesar mío la dejaría. Creo que haría una locura. ¡Hay quien da buenos consejos a los demás y no sabría aconsejarse a sí mismo, igual que los predicadores que son unos viles mentirosos al enseñar y predicar el bien que ellos no tienen intención de realizar!

Mi señor Galván le repitió tantas veces estas palabras y tanto insistió que él le prometió que se lo diría a su mujer y que se iría, si pudiera conseguir permiso. Sea una locura o algo sensato, no dejará de pedir autorización para volver a Bretaña. Llamó a parte a la dama, que no se percataba de nada, y le dijo:

–Mi muy querida señora, vos que sois mi corazón y mi alma, mi bien, mi gozo y mi salud, concededme un don por vuestro honor y por el mío.

Enseguida se lo concedió la dama, pues no sabía lo que le quería pedir, y dijo:

–Buen señor, me podéis mandar lo que gustéis.

E inmediatamente mi señor Yvain le pidió permiso para acompañar al rey y participar en los torneos para no ser llamado cobarde. Ella le contestó:

–Os concedo licencia para un tiempo determinado; pero os aseguro que el amor que os tengo se convertirá en odio si sobrepasáis el plazo que os daré. Sabed que mantendré mi palabra, si mentís yo diré la verdad. Si queréis conservar mi amor y me queréis más que a nadie pensad en volver dentro de un año por lo menos, ocho días después de San Juan, hoy mismo es la octava. Si aquel día no estáis aquí conmigo, mi amor os dará «jaque mate».

Mi señor Yvain lloró y suspiró tan fuertemente que apenas pudo decirle:

–Señora, este plazo es muy largo. Si yo pudiera ser una paloma, siempre que quisiera estaría con vos muy a menudo. Y ruego a Dios que, si le place, no permita que tarde tanto. Pero quien piensa en volver enseguida no sabe lo que sucederá; y yo no sé qué me ocurrirá, si me retendrá algún impedimento de enfermedad o de cautiverio. Habéis obrado injustamente al no pensar por lo menos en un impedimento de mi cuerpo.

–Señor –dijo ella–, lo admito; y sin embargo os prometo que, si Dios os preserva de la muerte, no os espera ninguna dificultad mientras os acordéis de mí. Ahora poneos en el dedo este anillo mío que os presto. Os revelaré, sin rodeos, cuál es la naturaleza de su piedra: ningún amante fiel y leal que lo lleve será hecho prisionero ni perderá sangre ni le ocurrirá mal alguno; a quien lo lleva y lo aprecia tiernamente le hace acordarse de su dama y se vuelve más duro que el hierro. Será para vos escudo y loriga, y nunca lo quise prestar ni entregar a ningún caballero: es por el amor que os tengo por lo que os lo doy.

Se despidió de ella mi señor Yvain y mucho lloró en el momento de partir. Por mucho que le insistieron, el rey no quiso

permanecer por más tiempo, pues estaba impaciente por tener preparados los palafrenes con los aparejos y los frenos puestos. Desde que lo ordenó, rápidamente lo hicieron: sacaron afuera los palafrenes y sólo faltaba montar en ellos.

¿Debo contaros la partida de mi señor Yvain y los besos que recibió mezclados con lágrimas y embalsamados de dulzura? ¿Y qué os diré acerca del rey? ¿Cómo le acompañan la dama y sus doncellas y también todos sus caballeros? Tardaría demasiado si lo hiciera. El rey ruega a la dama que llora que no se quede allí y vuelva a su residencia; se lo ruega tan insistentemente que ella, con gran disgusto, se vuelve llevando consigo a sus gentes.

Las aventuras de Yvain

Mi señor Yvain, muy a su pesar, se separó de la dama pero su corazón no se alejó de ella. El rey puede llevarse el cuerpo pero no se llevará nada del corazón, porque éste se queda tan unido al corazón de la que se queda que no tiene poder para llevárselo. Sin el corazón el cuerpo no puede vivir de ninguna manera, y si el cuerpo sobrevive sin el corazón es un prodigio nunca visto. Este prodigio le ha sucedido a mi señor Yvain, que vive sin el corazón que había en él, pues no ha querido seguirle. El corazón ha encontrado hermosa residencia y el cuerpo vive con la esperanza de volver al corazón. De una esperanza extraña tiene hecho el corazón quien a menudo traiciona y falsea sus promesas, y creo que no conocerá el momento en que le traicione su esperanza, porque si rebasa un solo día el término que han fijado juntos difícilmente obtendrá de su dama tregua o paz. Y estoy seguro que lo rebasará, porque mi señor Galván no le permitirá alejarse de su compañía, ya que juntos se fueron a todos los lugares en que había torneos.

El año transcurrió deprisa y durante todo el año mi señor Yvain fue tan valiente que mi señor Galván se esforzó en hon-

rarlo, y esto le hizo retrasarse tanto que pasó el año entero y buena parte del siguiente hasta que llegó la mitad de agosto cuando el rey reunió a su corte en Chester.

La víspera regresaron los dos de un torneo en el que había participado mi señor Yvain y había conseguido todos los premios. Y como creo que dice el cuento, ambos caballeros decidieron que no se alojarían en la ciudad y montaron su pabellón fuera del recinto y allí establecieron su corte sin acercarse a la corte del rey, sino que el rey fue a la suya porque con ellos había mayor número de caballeros, y los mejores.

El rey Arturo se sentó entre ellos; y entonces Yvain se puso a pensar, pues desde que se había despedido de su señora no le había abordado un pensamiento como éste; y se dio perfecta cuenta de que había faltado a su promesa y sobrepasado el plazo. Con gran esfuerzo podía contener sus lágrimas, sólo le ayudaba a ello la vergüenza.

Pensó durante mucho tiempo, hasta que apareció una doncella que venía directamente hacia ellos cabalgando con rapidez sobre un palafrén negro manialbo. Desmontó ante su pabellón sin que nadie le ayudara ni le cogiera el caballo. Así que vio al rey, dejó caer el manto y sin él entró en el pabellón, se presentó ante el rey y les dijo que su señora saludaba al rey y a mi señor Galván y a todos los demás, excepto a Yvain, el desleal, el traidor, el mentiroso, el impostor que la había engañado y decepcionado. Bien había visto ella su engaño, y cuando él se hacía pasar por un verdadero enamorado no era más que un traidor, un impostor y un ladrón. Este ladrón ha seducido a su señora, que no sospechaba ningún mal y no podía imaginar que en modo alguno le pudiera robar su corazón. Pues los enamorados no roban los corazones, y sólo se llama ladrones a los que van engañando en amor o no entienden nada de ello. El amigo toma el corazón de su amiga pero no se lo roba, sino que se lo guarda para que no se lo roben los ladrones con apariencia de prohombres. Éstos son ladrones hipócritas y traidores que se esfuerzan en robar corazones

que no les importan nada; pero el amigo, dondequiera que vaya tiene al corazón en gran estima y lo devuelve.

–Mi señor Yvain ha matado a mi señora, porque ella creía que él le guardaba su corazón y se lo devolvería antes de que pasara el año. ¡Muy olvidadizo has sido, Yvain, al no acordarte de que debías volver a mi señora antes de un año!; ella te dio de plazo hasta el día de San Juan y tú la desdeñaste tanto que no te volviste a acordar de ella. Mi señora, en cambio, marcó en su habitación todos los días y todos los instantes porque el que ama está ansioso y se pasa todas la noche sin poder conciliar el sueño, contando y sumando los días que vienen y se van. ¿Acaso sabes tú lo que hacen los amantes? Cuentan las estaciones y los instantes. Su queja no es disparatada ni prematura, y si digo esto no es para pedir justicia, sino para decir que nos ha traicionado quien te desposó con mi señora.

»¡Yvain, no le importas ya nada a mi señora y me envía a decirte que no vuelvas con ella ni lleves su anillo nunca más! Por mí, a quien ves ante tus ojos, te ordena que se lo entregues: ¡devuélveselo, tienes la obligación de hacerlo!

Yvain no pudo contestarle, pues le faltaron las ideas y las palabras. La doncella se adelantó y le quitó el anillo del dedo, luego encomendó a Dios al rey y a todos los demás, excepto a aquel al que dejaba en tan gran aflicción. Su dolor aumentó de repente; todo lo que oía le producía malestar y todo lo que veía, tristeza. Desearía huir, solo, a un país tan salvaje que no pudieran encontrarle, donde no hubiera hombre ni mujer alguno; que nadie supiera de él, como si estuviera en el infierno. A nadie odia tanto como a sí mismo y no sabe quién le puede consolar de haberse dado él mismo muerte. Preferiría perder la razón que no poder vengarse de sí mismo por haberse arrebatado la felicidad.

Se aparta de donde están reunidos los barones porque teme perder la razón en su compañía. Y como ellos no se han percatado de nada, le dejan irse solo pensando que no le interesan ni sus conversaciones ni su mundo.

La locura de Yvain

Mi señor Yvain anduvo errante hasta alejarse de las tiendas y de los pabellones. Entonces se le subió a la cabeza un vértigo tan grande que perdió el juicio; rompe y destroza sus vestiduras y huye por los campos y cultivos dejando abandonada a su gente, que se pregunta en dónde puede estar. Le van buscando por todas partes, por los alojamientos de los caballeros, por los setos y por los jardines; pero le buscan por donde no está. Mientras, él va huyendo rápidamente hasta encontrar al lado de un cercado a un muchacho que llevaba un arco y cinco flechas emplumadas muy anchas y cortantes. Tuvo el juicio suficiente para acercarse al muchacho y arrebatarle el pequeño arco y las flechas que llevaba en la mano. No se acordaba de haber hecho antes otra cosa. Acecha a las bestias en el bosque, las mata y se come la caza completamente cruda.

Hacía ya tiempo que vivía en el bosque como un hombre salvaje y loco cuando encontró la casa de un ermitaño, muy baja y pequeña; y el ermitaño roturaba los campos. Cuando vio a aquel hombre desnudo se dio cuenta, sin dudarlo un instante, de que no estaba en su sano juicio; estaba convencido de que era un loco, y lleno de miedo se metió muy deprisa en su casita. Sin embargo, el buen hombre, por caridad, tomó pan y agua clara y los sacó a la parte exterior de su casa por una estrecha ventana. Y él con gran avidez se acercó, tomó el pan y lo mordió. Pensó que nunca había probado ninguno tan duro y áspero; el sextario de grano con el que se había hecho el pan no había costado ni cinco sueldos, pues era más amargo que la avena de cebada mezclada con paja, y por esta razón estaba enmohecido y seco como una corteza. Pero el hambre le acució y obligó tanto que a jalea le supo el pan, ya que un hambre desmesurada y excesiva sazona cualquier comida. Mi señor Yvain se comió todo el pan del ermitaño y le supo bien y luego bebió el agua fresca del pote. Cuando acabó de comer se volvió de nuevo al bosque para buscar ciervos y ciervas. Mientras, el buen hombre bajo su techo, al verlo partir, rogaba a Dios que le protegiera y guardara para que no volviera allí otra vez. Pero no hay nadie por poco juicio que tenga que no vuelva muy a gusto al lugar en donde se le ha hecho algún bien. Mientras estuvo dominado por este frenesí no pasó un día sin que llevara a la puerta del ermitaño alguna bestia salvaje. Desde entonces ésta era la vida que llevaba: el buen hombre desollaba y cocía la caza, y el pan y el cántaro de agua estaban siempre en la ventana para saciar al insensato; y éste tenía para comer carne de caza sin sal y sin pimienta y para beber el agua fresca de la fuente. Y el buen hombre se ocupaba de vender las pieles y comprar pan de cebada y de avena u otro grano, y así mi señor Yvain tenía toda su ración: todo el pan que quería y caza.

Esto duró hasta un día en que dos doncellas y la dama a la que acompañaban y de cuya casa eran le encontraron durmiendo en el bosque. Una de las tres desmontó y corrió hacia el hombre desnudo que apareció ante su vista: lo contempló detenidamente sin ver en él nada que le hiciera reconocerlo y, sin embargo, por haberlo visto tantas veces hubiera tenido que reconocerlo enseguida, si hubiera estado vestido con el rico atuendo que solía llevar. Tardó mucho en reconocerlo a pesar de que no dejaba de contemplarle, hasta que finalmente advirtió una cicatriz que tenía en el rostro; sabía con certeza que mi señor Yvain tenía una herida así en la cara, pues se la había visto muchas veces. Por la cicatriz reconoció que era él, no tuvo la menor duda, pero se preguntó extrañada qué le había podido ocurrir para encontrarlo desnudo y tan miserable. Estupefacta, se santiguó varias veces, pero no lo zarandeó ni despertó, sino que montando en el caballo volvió adonde estaban las otras y llorando les contó su aventura.

No sé por qué me voy a detener a contaros el lamento que ella profirió; llorando le dijo a su señora:

–Señora, he encontrado a Yvain, el caballero de más reconocido mérito del mundo y el más destacado, pero no sé por qué falta le ha venido tanta desgracia al noble caballero; quizás ha te-

nido alguna pena que le hace comportarse así. Por una gran desgracia se puede perder el juicio y bien claro está que no está en sus cabales, pues no se comportaría tan vilmente si no es habiendo perdido el juicio. ¡Ojalá Dios se lo devolviera, ahora en mayor medida que el que antes tuvo, y quisiera quedarse para ayudaros! El conde Alier que os hace la guerra os ha atacado con gran dureza; finalizaría esta guerra entre los dos con gran honor por vuestro lado, si Dios os diera la buena suerte de que él recobrara la razón y se entregara a ayudaros en vuestra adversidad.

La dama le contestó:

–No os preocupéis, pues si no huye creo que con la ayuda de Dios le quitaremos de la cabeza toda la rabia y la violencia; pero debemos marcharnos ahora mismo. Me acuerdo de un ungüento que me dio la sabia Morgana diciéndome que no existía rabia que no quitara de la cabeza.

Rápidamente se van al castillo, que estaba muy cerca, como a una media legua, ni un paso más, según la longitud de las leguas de este país, en el que dos leguas hacen una de las nuestras, y cuatro, dos.

Y él se quedó durmiendo completamente solo, y ella fue a buscar el ungüento. La dama abrió uno de sus cofres y sacó de él la caja y se la dio a la doncella rogándole que no lo derrochara y que sólo le frotara con él las sienes y la frente, pues no hacía falta en otras partes; que sólo le frote las sienes y guarde el sobrante, porque el mal no lo tiene en otro lugar, sólo en el cerebro. Hizo también traer un traje forrado de veros, una túnica y un manto de seda grana; también le trajeron un palafrén excelente que lo llevaba la doncella con la mano derecha y ella puso de su parte una camisa, bragas muy finas y calzas nuevas muy bien cortadas.

Con todo esto se fue rápidamente y encontró que aún dormía en el mismo lugar en que lo había dejado; puso los caballos en un bosquecillo sujetándolos fuertemente, y se acercó al lugar en donde estaba durmiendo con las vestiduras y el ungüento. Actúa

muy audazmente al acercarse tanto al loco que incluso lo toca y lo mueve; toma el ungüento y le unta hasta que en la caja no quedó nada: tanto desea su curación que le unta por todas partes y lo gasta todo, sin acordarse ni importarle la prohibición de su señora. Pone más del necesario convencida de que así lo hace mejor; le frota con él las sienes y la frente y todo el cuerpo hasta los artejos; le frotó con tanta fuerza bajo el cálido sol en las sienes y por todo el cuerpo que le extrajo del cerebro la rabia y la melancolía. Fue una tontería utilizarlo por el cuerpo, no tenía ninguna necesidad, pero aunque hubiera tenido cinco sextarios creo que hubiera hecho lo mismo. Luego se fue llevándose la caja y se escondió cerca de los caballos; no se llevó los vestidos porque quería que si Dios le sanaba el juicio viera que estaban preparados, los cogiera y se los vistiera. Permaneció detrás de un grueso roble hasta que él, que había dormido suficiente, se sintió curado y restablecido, pues había recobrado el juicio y la memoria. Al verse desnudo como una estatua de marfil, mucho se avergonzó y más se hubiera avergonzado si hubiera sabido la aventura, pero no sabe por qué está desnudo. Vio ante sus ojos el vestido nuevo y se preguntó con gran extrañeza cómo y por qué prodigio había llegado allí aquel vestido; trastornado y avergonzado al ver sus carnes desnudas piensa que moriría y se sentiría traicionado si alguien que le conociera se encontrara con él y le viera así. Rápidamente se vistió y miró por el bosque si se acercaba alguien; intentó levantarse y mantenerse en pie, pero no pudo dar un paso; le era necesario encontrar ayuda, que alguien le socorriera y le aguantara, porque se encontraba tan mal que apenas podía mantenerse en pie. La doncella ya no quiso esperar más, montó y pasó por su lado como si ignorara su presencia; y él, que tenía gran necesidad de ayuda, fuera la que fuera, y necesitaba que alguien le llevara a una morada hasta que recobrara sus fuerzas, se esforzó mucho en llamarla. La doncella, por su parte, miró a su alrededor como si no supiera qué pasaba; desorientada iba de aquí para allá sin querer dirigirse hacia él. Pero él le volvió a gritar:

–¡Doncella, por aquí, por aquí!

Y la doncella dirigió hacia él los pasos de su palafrén; con esta acción le hizo creer que no sabía nada de él, que jamás lo había visto allí, demostrando prudencia y cortesía.

Al llegar ante él, le dijo:

–Señor caballero, ¿qué queréis, llamándome con tanta insistencia?

–¡Ah! –le contestó–, discreta doncella, no sé por qué fatalidad me encuentro en este bosque; por Dios y por vuestra fe, os ruego como gran favor que me prestéis o me concedáis como don el palafrén que lleváis.

–Con sumo gusto, señor, pero venid conmigo a donde me dirijo.

–¿A dónde? –le dijo.

–Fuera de este bosque, a un castillo que está cerca de aquí.

–Doncella, decidme, ¿me necesitáis?

–Sí –le contestó ella–, pero pienso que aún no estáis del todo curado; durante quince días por lo menos necesitaréis reposar; tomad el caballo que llevo a la derecha e iremos al albergue.

Y él, que no pedía otra cosa, lo tomó y montó, y se pusieron en camino hasta llegar a un puente bajo el cual el río corría turbulento y ruidoso. La doncella tiró allí la caja vacía; de esta manera se excusará ante su dama de lo del ungüento, pues le dirá que al pasar por el puente tuvo la desgracia de caérsele la caja al río al tropezar súbitamente su palafrén y la caja se le cayó de las manos y por poco no se cayó ella detrás y la pérdida hubiera sido aún mayor. Recurrirá a esta mentira cuando llegue ante su señora.

Siguieron cabalgando juntos hasta llegar al castillo; la dama acogió con alegría a mi señor Yvain y, cuando estuvieron a solas, preguntó a la doncella por su caja y el ungüento; ella le dijo la mentira tal como la había pensado, pues no se atrevía a decir la verdad; mucho se enojó la dama, y le dijo:

–¡Qué pérdida tan desagradable!, pues estoy segura y cierta de que no se recuperará, pero ya que así ha ocurrido no hay que preocuparse más. Quien piensa conseguir su felicidad a veces logra su mal; esto es lo que creí a propósito de este vasallo, que me daría felicidad y alegría y he perdido el mejor y el más querido de mis bienes. A pesar de ello os ruego que le sirváis en todo.

–¡Ah, señora!, decís muy bien, pues sería una mala pasada hacer de una desgracia dos.

Cesaron de hablar de la caja y proveyeron a mi señor Yvain de todo lo que ellas pudieron y supieron: le bañaron, le lavaron la cabeza, le afeitaron y rasuraron, pues se le podían coger a puñados los pelos de la barba. No hay nada que desee que no le sea concedido; si quiere armas, se las dan; si quiere un caballo tienen a punto uno grande, hermoso, fuerte y vigoroso. Permaneció allí hasta que un martes llegó al castillo el conde Alier con sus caballeros y servidores y lo incendiaron y saquearon. Inmediatamente los del castillo montan y visten sus armas; unos con armas y otros desarmados salieron y alcanzaron a los saqueadores, que al verlos no se dignaron huir, sino que les esperaron en un desfiladero. Y mi señor Yvain, que había reposado tanto que ya había recobrado sus fuerzas, atacó al grupo y dio un golpe a un caballero en el escudo con tanto vigor que derribó, os lo aseguro, caballo y caballero a la vez y éste no se levantó nunca más, pues le reventó el corazón dentro de sus entrañas y se le partió el espinazo. Mi señor Yvain retrocedió un poco y volvió a la carga; se cubrió completamente con el escudo y se fue galopando para despejar el desfiladero. Más rápidamente que contar uno, dos, tres y cuatro se le vio derribar a cuatro caballeros en un instante. A los que con él estaban su ejemplo les enardecía, porque hay quien tiene corazón pobre y cobarde, pero cuando ve que un valiente emprende delante de él una gran empresa, enseguida le asaltan el rubor y la vergüenza que echan fuera al pobre corazón que tiene en el cuerpo y le dan al punto audacia y corazón de valiente caballero. Así se convierten en valientes y cada uno mantiene muy bien su puesto en la batalla y en el combate.

La dama, que había subido a lo alto de la torre de su castillo, vio los combates y los asaltos para avanzar y conquistar el desfiladero; vio, también, a los heridos y a los muertos yaciendo en tierra, tanto de los suyos como de los enemigos y más de los otros que de los suyos.

Y mi señor Yvain, el cortés, el noble, el bueno, los tenía a su merced igual que el halcón hace con las cercetas. Los hombres y mujeres que se habían quedado en el castillo y contemplaban la batalla decían:

—¡Ah! ¡Qué valiente guerrero! ¡Cómo hace doblegar a sus enemigos! ¡Qué rudamente les ataca! Se lanza sobre ellos como el león entre los gamos cuando le atormenta y le hostiga el hambre; y todos nuestros caballeros ahora son más audaces y más fieros que antes, pues si no hubiera sido por él no hubieran quebrado ni una lanza ni desenvainado la espada para atacar. Cuando se encuentra a un valiente mucho se le debe amar y estimar. ¡Ved ahora cómo se comporta! ¡Ved cómo se mantiene en las filas! ¡Ved cómo se tiñe de sangre su lanza y su espada desnuda! ¡Ved cómo les estrecha el cerco, cómo les ataca, cómo se precipita sobre ellos, cómo les esquiva y vuelve otra vez!, pero no se detiene después de esquivarlos y no tarda al dar la vuelta. ¡Mirad!, cuando se lanza en medio de la refriega no estima mucho su escudo, pues permite que se lo destrocen y no tiene misericordia de nada. Le vemos muy deseoso de vengar los golpes que le dan.

»Si alguien hubiera hecho para él lanzas con todo el bosque de Argone, creo que no quedaría ni una esta noche: pues todas las que le colocan en la caja del arzón las rompe y pide otra. ¡Mirad cuando saca la espada, cómo la maneja! Jamás con Durandal hizo Roldán mayor destrucción de turcos en Roncesvalles ni en España; si tuviera para ayudarle algunos compañeros como él, el traidor del que nos quejamos se retiraría derrotado o quedaría humillado.

También comentan que en buena hora nació aquella a quien hubiera dado su amor, pues es tan valiente con las armas que destaca entre los demás como el cirio entre las candelas, como la luna entre las estrellas y como el sol sobre la luna; y todos y todas le aprecian tanto que quisieran al verlo tan valiente que se desposara con su señora y tuviera su tierra bajo su dominio. De esta manera todos y todas le alaban, y dicen verdad, pues lucha tanto con los que están fuera del castillo que les hace huir a más y mejor, persiguiéndoles muy de cerca, seguido por sus compañeros, que a su lado están seguros como si les protegiera un muro de piedra dura, alto y grueso. La persecución duró tanto tiempo que los que huían se agotaron y los que les persiguen los despedazan y les destripan los caballos. Los vivos ruedan encima de los muertos, hiriéndose, matándose y combatiéndose entre ellos cruelmente. El conde huyó rápidamente y mi señor Yvain tras él, pues no dudó en perseguirlo. Tanto le acosó que le alcanzó al pie de una montaña abrupta; y esto ocurrió muy cerca de la entrada de una fortaleza que era suya.

Allí fue capturado el conde porque nadie le pudo ayudar, y con pocas palabras mi señor Yvain obtuvo su sumisión cuando lo tuvo en sus manos y estuvieron solos, frente a frente, sin que pudiera de ningún modo huir, escapar o defenderse, y le juró que se entregaría a la señora de Norison, se haría su prisionero y según sus condiciones concertarían la paz. Cuando él tuvo su palabra le hizo desarmar la cabeza y quitarse el escudo del cuello y que le entregara la espada desnuda. Entonces tuvo el honor de conducir prisionero al conde y de entregarlo a sus enemigos, cuya alegría no fue pequeña.

Antes de que llegaran al castillo ya se supieron estas nuevas y todos y todas salieron a su encuentro con la señora a la cabeza. Mi señor Yvain tenía asido por la mano al prisionero y se lo entregó. El conde se comprometió sin reservas a sus deseos y exigencias y lo confirmó todo con su fe y su juramento con las garantías que le aseguró. Le garantizó y le juró que siempre habrá paz entre ellos, le restituirá sus pérdidas cuando ella se las muestre con pruebas y reconstruirá de nuevo las casas que había derribado.

Cuando quedaron fijadas estas disposiciones y la dama tomó asiento, mi señor Yvain le pidió licencia para marcharse. Ella no se la hubiera otorgado si él la hubiera requerido como esposa o como amiga para tomarla y desposarla. Pero no permitió en modo alguno que le siguieran o acompañaran, sino que se fue inmediatamente sin que de nada valieran los ruegos.

Reemprendió el camino dejando a la dama que antes había llenado de alegría muy apenada; cuanta más alegría le ha dado, más le apena y más le aflige que no quiera quedarse, porque ella le hubiera honrado y si él hubiera querido le hubiera hecho el señor de cuanto ella poseía o le hubiera concedido por su servicio un gran sueldo, tan grande como hubiera querido, por cuantioso que fuera. Pero él no quiso escuchar los consejos de nadie, ni de hombre ni de mujer, y se alejó de los caballeros y de la dama que tanto sentían el que no le fuera posible quedarse.

El Caballero del León

Mi señor Yvain caminaba pensativo por un espeso bosque; de repente oyó entre la maleza un grito muy doloroso y agudo. Se dirigió hacia donde había oído que provenía el grito y cuando llegó vio en un claro a un león al que una serpiente agarraba por la cola mientras le quemaba los lomos con una llama ardiente. Mi señor Yvain no se detuvo mucho rato contemplando esta maravilla y deliberó consigo mismo a quién de los dos ayudaría. Entonces dijo que socorrería al león porque a los seres venenosos y a los traidores sólo se les debe hacer mal, y la serpiente es venenosa y echa fuego por la boca, tan llena de felonía está. Mi señor Yvain decidió que primero la mataría a ella; desenvainó la espada, avanzó y se puso el escudo ante el rostro para que la llama que arrojaba de la garganta, más ancha que una olla, no le abrasara. Si luego el león le ataca, no le faltará combate. Pero, pase lo que pase después, ahora quiere ayudarle, pues Piedad le ruega y aconseja

que socorra y ayude a la bestia gentil y franca. Ataca a la traidora serpiente con su espada que corta sutilmente y la parte hasta el suelo y la corta en dos mitades, la golpea y vuelve a golpear hasta que la desmenuza y la hace pedazos. Pero le ha sido preciso cortar el extremo de la cola del león porque estaba agarrada a la cabeza de la traidora serpiente: sólo cortó lo necesario, menos no pudo.

Cuando hubo liberado al león pensó que ahora tendría que luchar con él, pues se le echaría encima: no podía pensar otra cosa. Oíd lo que hizo entonces el león; cómo actuó noblemente y con generosidad, cómo se puso a demostrar que se le sometía: le tendió sus dos patas juntas e inclinó la cabeza hasta el suelo; se levantó sobre las patas traseras; se arrodilló y humildemente bañó de lágrimas su cara. Bien supo entonces mi señor Yvain que el león le daba las gracias y que se humillaba ante él porque le había librado de la muerte matando a la serpiente, y esta aventura le llenó de alegría. Limpió la espada del veneno y de la suciedad de la serpiente, la metió en la vaina y reemprendió el camino. Y el león caminaba a su lado: ya nunca lo abandonará, siempre irá con él porque le quiere servir y proteger.

El león caminaba delante de él y olió en el viento a algún animal salvaje que estaba paciendo; el hambre y su naturaleza le indujeron a buscar la presa y cazarla para procurarse su comida: esto es lo que ordena la naturaleza que haga. Siguió un instante el rastro y mostró a su señor que había olido en el viento el olor de una bestia salvaje. Se paró, le miró, pues le quería servir a su gusto; no quería ir a ninguna parte en contra de su deseo. Y él comprendió en su mirada que el león le dice que le espera; no duda de que si se detiene el león se detendrá también y si le sigue apresará la caza que ha olfateado. Entonces le incita y le grita como si fuera un perro de caza y el león al momento alza la nariz al viento que había olfateado y que no le había engañado, pues apenas ha caminado un tiro de arco ve en un valle a un corzo solitario paciendo. Deseando atraparlo, lo consiguió al primer asalto y luego se bebió la

sangre aún caliente. Una vez lo hubo muerto, se lo echó a la espalda y lo llevó ante su señor, que desde entonces le tuvo gran cariño y lo llevó en su compañía todos los días de su vida por el amor tan grande que le había demostrado.

Casi era ya de noche cuando decidió acampar en aquel lugar y desollar el corzo para comer cuanto quisiera. Emprendió la tarea de desollarlo rajando la piel de encima del costado y le cortó un pedazo de la carne del lomo; hizo fuego con una piedra oscura y lo prendió en un leño seco y puso a asar el filete en el espetón para que se asara a fuego rápido; lo asó hasta que estuvo bien cocido pero no disfrutó con la comida porque no tenía ni pan, ni vino, ni sal, ni mantel, ni cuchillo, ni otra cosa. Mientras comía, el león estaba echado ante él sin moverse para nada y sin dejar de mirarle hasta que ya no pudo comer más. Entonces el león devoró lo que quedaba del corzo, incluso los huesos. El caballero apoyó la cabeza en el escudo durante toda la noche para reposar; mientras, el león era tan inteligente que le veló, cuidándose de guardar el caballo, que pacía de una hierba que poco le engordaba.

Por la mañana se marcharon juntos y me parece que por el mismo camino que habían hecho la noche anterior, y así pasaron los dos casi una quincena, hasta que la aventura les condujo a la fuente que estaba bajo el pino.

Allí mi señor Yvain estuvo a punto de volver a enloquecer otra vez al acercarse a la fuente, a la grada y a la capilla. Mil veces se llamó desgraciado y miserable, y cayó desvanecido, tan grande era su dolor; la espada se deslizó de la vaina introduciéndosele la punta entre las mallas de la loriga por el cuello cerca de la mejilla. No quedó malla sin desclavarse y la espada al cortarle la piel del cuello debajo de la blanca malla hizo que brotara la sangre. Al ver esto, el león creyó que su compañero y señor estaba muerto; nunca oísteis relatar dolor mayor que el que empezó a hacer: se retuerce las patas, se araña, y grita y siente deseos de matarse con la espada que creía que había causado la muerte de su buen

señor. Le quita la espada con los dientes y la acerca a un tronco caído y la apoya contra un árbol de modo que no se incline y deslice cuando él la haga chocar contra su pecho. Iba a realizar su deseo cuando Yvain se recobró del desmayo; el león detuvo la carrera que había emprendido rápidamente hacia la muerte, como el jabalí furioso que no repara donde embiste. Mi señor Yvain, que de aquel modo se había desmayado junto a la grada al volver en sí, se reprochó el haber sobrepasado el año, porque éste era el motivo del odio de su señora hacia él, y dijo:

—¿Por qué no se mata este desgraciado que se ha robado la felicidad? ¿Qué hago, desgraciado de mí, que no me mato? ¿Cómo puedo quedarme aquí y ver esto que pertenece a mi señora? ¿Por qué permanece el alma en mi cuerpo? ¿Qué hace el alma en un cuerpo tan triste? Si hubiera salido de él no se hallaría en tal martirio. En verdad que debo odiarme, insultarme y despreciarme mucho, y así lo hago. El que pierde su alegría y su felicidad por una mala acción y por su culpa bien debe tenerse odio mortal, debe odiarse y matarse. Y yo, ya que nadie me ve, ¿por qué evito el darme muerte? ¿Acaso no he visto cómo este león manifiesta tan gran duelo por mí que quería con mi espada atravesarse en pleno pecho? Y yo, que he cambiado mi alegría por dolor, ¿debo temer a la muerte? La alegría se ha hecho extraña a mí. ¿Alegría? ¿Cuál? No diré nada más: nadie sabría contestar a esto, por esto es inútil mi pregunta. Era la alegría mayor de todas las alegrías la que me estaba reservada; pero me ha durado muy poco. Y el que la pierde por su culpa no tiene derecho a tener buena ventura.

Mientras se desesperaba de este modo, una prisionera, una infortunada que estaba encerrada en la capilla, le vio y oyó su lamento a través del muro que estaba agrietado. Cuando se recobró del desmayo lo llamó:

—¡Dios mío! —dijo ella—, ¿A quién oigo aquí? ¿Quién se lamenta de este modo?

Él le contestó:

—¿Quién sois vos?

–Yo soy –dijo ella– una prisionera, la criatura más desgraciada que existe.

Él le contestó:

–¡Cállate, necia criatura! Tu dolor es alegría, tu mal es un bien comparado con el mío, que me hace languidecer. Cuanto más ha conseguido un hombre vivir con deleite y gozo, la propia desgracia le enfurece y enerva más que a otro hombre. El débil lleva por costumbre una carga que otro de mayores fuerzas no la llevaría por nada del mundo.

–A fe mía –contestó ella–, sé que son la pura verdad estas palabras; pero esto no me convence de que vos seáis más desgraciado que yo y por esto no me lo creo, pues veo que podéis ir a donde queráis y yo estoy aquí prisionera; éste es el destino que tengo: mañana me vendrán a buscar y seré entregada al suplicio mortal.

–¡Ah, Dios mío! –dijo él–. ¿Por qué delito?

–Señor caballero, ¡que Dios tenga piedad de mi alma si me lo he merecido! No obstante, os diré la verdad sin mentiros en nada, de por qué estoy prisionera aquí dentro. Me han acusado de traición y no encuentro quien me defienda de que mañana me quemen o me ahorquen.

–En primer lugar –le dijo–, puedo afirmaros que mi dolor y mi pena sobrepasan vuestro dolor porque podríais ser liberada de este peligro por cualquiera. ¿Podría suceder esto?

–Sí, pero aún no sé por quién: porque no hay más que dos caballeros en el mundo que para defenderme se atrevieran a enfrentarse en batalla contra tres hombres.

–¿Cómo? ¡Por Dios! ¿Son tres?

–Sí señor, os doy mi palabra: son tres los que me acusan de traición.

–¿Y quiénes son los que os aman tanto que uno de ellos sería tan valiente para combatir contra tres para salvaros y protegeros?

–Os lo diré sin mentir: uno es mi señor Galván y el otro mi señor Yvain, por cuya causa seré injustamente entregada al suplicio mortal.

–¿Por quién? –dijo él–. ¿Quién habéis dicho?

–Señor, que Dios me ayude, a causa del hijo del rey Urién.

–Ya he oído bastante y no vais a morir ya sin él. Soy el mismo Yvain en persona por el cual estáis en dificultades; y vos sois, estoy seguro de ello, la que me escondisteis en la sala; me salvasteis la vida cuando estaba atrapado entre las dos puertas basculantes, preocupado, afligido y angustiado. A no ser por vuestra beneficiosa ayuda hubiera sido hecho prisionero y muerto. Decidme, pues, dulce amiga, quiénes os acusan de traición y os han hecho prisionera en este recinto.

–Señor, ya que queréis que os lo diga no os lo ocultaré más: es verdad que no dudé en ayudaros con buena fe. Por mi consejo, mi dama os recibió como señor; se fió de mis exhortaciones y, por el santo Padrenuestro, creí hacerlo más por su provecho que por el vuestro y aún lo creo así. Ahora, os lo confieso, me esfuerzo de la misma manera en honrarla y satisfacer vuestros deseos, si Dios me ayuda. Pero ocurrió que pasó el año en que debíais volver a mi señora, ésta se enfadó conmigo y se creyó engañada por haberme hecho caso. Y cuando lo supo el senescal, un traidor, ladrón y desleal, que me envidiaba mucho porque mi señora me creía más a mí que a él en muchos asuntos, vio que ahora podría sembrar discordia entre mi señora y yo. En plena corte y ante todos me acusó de haberla traicionado en vuestro provecho; no tuve ni consejos ni ayuda excepto de mí misma, que sabía que nunca había traicionado a mi señora ni aun con el pensamiento. Respondí inmediatamente, atribulada y sin tomar consejo alguno, que me haría defender por un caballero contra otros tres. El senescal no se comportó cortésmente al no prohibirlo y yo no pude, pasara lo que pasara, retirarlo ni volverme atrás.

»De este modo me tomó la palabra y tuve que aceptar la fianza de que un caballero lucharía contra tres en un plazo de cuarenta días. Fui a muchas cortes: estuve en la del rey Arturo y no encontré ninguna ayuda, ni encontré a nadie que me dijera de vos algo que me conviniera, pues no sabían ninguna noticia.

–Pero, ¿cómo?, ¿y mi señor Galván, el noble, el amable? ¿En dónde estaba? Nunca dejó de estar presto para ayudar a una doncella desamparada.

–Si le hubiera encontrado en la corte, nada que le hubiera pedido me negara; pero me dijeron que un caballero se había llevado a la reina y el rey cometió la locura de dejarla ir tras él, y creo que Keu la acompañó hasta el caballero que se la llevaba y ahora mi señor Galván se ha metido en una gran dificultad al ir a buscarla, pues no descansará hasta encontrarla. Os he dicho la pura verdad de mi aventura: mañana moriré de vergonzosa muerte, seré quemada sin dilación por el odio y el desprecio que se os tiene.

Y él le contestó:

–¡No quiera Dios que os hagan algún mal por mi culpa! ¡Mientras yo viva, no moriréis! Mañana me esperaréis y, dispuesto con todas mis fuerzas, expondré mi vida para liberaros, como debo hacerlo. Pero no contéis ni digáis a nadie quién soy; pase lo que pase en el combate, tened cuidado de que nadie me reconozca.

–Señor, tenedlo por cierto, bajo ningún trance descubriría vuestro nombre, ya que así lo deseáis: antes sufriría la muerte, y sin embargo os ruego que no volváis por mí. No quiero que emprendáis una batalla tan terrible. Os agradezco vuestra promesa de que la emprenderíais muy a gusto, pero quedad libre de ella: es mejor que sólo yo muera que verles regocijarse con vuestra muerte y con la mía. Cuando os hayan matado no escaparé de la muerte; es mejor que permanezcáis vivo que morir los dos.

–Dulce amiga –dijo mi señor Yvain–, habéis dicho algo que mucho me entristece; quizá no deseáis ser librada de la muerte o despreciáis el consuelo que os doy al ayudaros. No emplearé más tiempo en discutir con vos: habéis hecho tanto por mí, que no os debo faltar en ninguna necesidad que tengáis. Conozco vuestro temor y sin embargo, si place a Dios en el que creo, los tres quedarán deshonrados. Ahora sólo me resta acomodarme en este

bosque, en cualquier sitio, porque no sé de ningún albergue en los alrededores.

–Señor –dijo ella–, Dios os conceda un buen albergue y una buena noche y os proteja de cualquier mal, como yo deseo.

Después de estas palabras mi señor Yvain se apartó de ella, seguido como siempre del león.

El gigante Harpín de la Montaña

Caminaron tanto que llegaron cerca de una fortaleza rodeada de una muralla ancha, fuerte y alta, que pertenecía a un barón. Este castillo no temía los asaltos de catapulta ni de maganel porque estaba muy sólidamente construido, pero fuera de la muralla la ciudad estaba arrasada, no quedaba en pie cabaña ni casa. Sabréis el motivo en otro momento, cuando llegue la ocasión. Mi señor Yvain tomó el camino directo hacia la fortaleza; unos siete muchachos que le habían bajado el puente levadizo corrieron a su encuentro, pero cuando vieron venir al león con él se atemorizaron mucho y le dijeron que hiciera el favor de dejar su león en la puerta para que no les dañara o les matara, pero él les contestó:

–No habléis de ello, porque no entraré sin él; o nos alojamos los dos aquí o yo me quedaré fuera, porque lo quiero tanto como a mí mismo. Pero no temáis, porque lo vigilaré tan bien que podréis estar completamente seguros.

Ellos le contestaron:

–En buena hora.

Entraron en el castillo y fueron caminando hasta encontrar caballeros, damas y graciosas doncellas que le saludaron, le ayudaron a desmontar y le desarmaron mientras le decían:

–Buen señor, sed bienvenido entre nosotros y Dios quiera que permanezcáis aquí hasta que os podáis marchar lleno de alegría y honor.

Del más noble al más humilde, todos se afanaron en demostrarle gran alegría y con grandes muestras de regocijo le llevaron al castillo.

Pero cuando acabaron de dar muestras de alegría, un dolor que les abrumaba les hizo olvidar el gozo de nuevo; empezaron entonces a gritar, a llorar y a arañarse el rostro y durante largo tiempo no pararon de alegrarse y de llorar; si manifestaron alegría sólo fue en honor de su huésped, pues no tenían ningunas ganas porque estaban llenos de espanto a causa de la aventura que les esperaba al día siguiente: todos tenían la certeza absoluta de que les acaecería el día siguiente, antes del mediodía.

Mi señor Yvain no salía de su asombro de que tan pronto cambiaran la alegría por el dolor y le preguntó al señor del castillo:

–Por Dios, querido y buen señor, ¿os complacería explicarme por qué me habéis honrado y demostrado tanta alegría primero y luego dolor?

–Sí, si queréis saberlo, aunque deberíais preferir que os lo ocultara callándome; por mi gusto no os diría nada que os produjera dolor: dejadnos con nuestra pena y no os la toméis a pecho.

–De ningún modo podría veros en tal dolor sin sentir nada en mi corazón, por el contrario, mucho deseo saberlo aunque me entristezca.

–Bien –le respondió–, os lo voy a contar. Mucho daño me ha causado un gigante que quería que le diese a mi hija, que sobrepasa en belleza a todas las doncellas del mundo. Este cruel gigante, a quien Dios confunda, se llama Harpín de la Montaña y no hay día en que no se apodere de todo lo que puede arrebatarme. Nadie más que yo debe lamentarse ni soportar tal dolor; tendría que haberme vuelto loco de dolor porque tenía seis hijos, no sabía de caballeros más bellos en todo el mundo, y a los seis se los ha llevado el gigante; ante mis ojos mató a dos y mañana matará a los otros cuatro si no encuentro quien se atreva a combatir con él para liberar a mis hijos o si no le entrego a mi hija. Dice que, cuando la tenga, la entregará a los mozos

más viles y más repugnantes que tenga en su mansión para que se diviertan con ella, pues él no se dignaría en tomarla como esposa. Es mañana cuando me espera esta desgracia, si Nuestro Señor no me protege, y por ello no es sorprendente, muy querido señor, que lloremos; pero en vuestro honor nos esforzamos también en aparentar alegría, porque es un necio quien atrae a un hombre de bien a su alrededor y no le honra, y vos me parecéis hombre digno.

«Ahora, señor, ya os he dicho todas nuestras grandes desgracias. El gigante no nos ha dejado ni castillo ni fortaleza a excepción de la que tenemos aquí dentro; vos mismo la habéis visto, si os habéis fijado, esta noche: no ha dejado en pie ni lo que vale una tabla, excepto estos muros que están intactos, y ha arrasado toda la ciudad llevándose todo lo que quiso, y lo que quedó, lo incendió; de este modo me ha hecho tantas crueles jugadas.

Mi señor Yvain escuchó atentamente lo que le contó su huésped, y cuando hubo oído todo le dijo lo que le parecía:

–Señor, estoy muy triste y apenado por vuestra desgracia, pero hay una cosa que me asombra, ¿cómo no habéis ido a pedir ayuda a la corte del buen rey Arturo? No existe hombre tan valeroso que no encuentre en su corte caballeros que quieran medir su fuerza con la suya.

Entonces el noble señor le revela y le descubre que hubiera tenido gran ayuda si hubiera sabido dónde encontrar a mi señor Galván.

–No lo hubiera tomado a la ligera porque mi mujer es su prima hermana, pero un caballero de tierra extranjera se ha llevado a la esposa del rey, a la que fue a buscar a la corte. Pero no se la hubiera llevado por mucho que pudiera, a no ser porque Keu embaucó al rey para que le confiara a la reina y la pusiera bajo su protección. El rey fue necio y la reina insensata al fiarse de su escolta y soy yo el que ha sufrido la mayor desgracia y mayor pérdida: pues es cosa sabida que mi señor Galván, el valiente, hubiera venido rápidamente hacia su sobrina y sus sobrinos si hubiere

sabido esta aventura, pero no sabe nada y tengo por ello tal dolor que por poco no me estalla el corazón; él ha ido detrás de aquel a quien Dios llene de desgracias y vergüenza por haberse llevado a la reina.

Cuando oyó esto mi señor Yvain tuvo tanta piedad de él que suspiró profundamente y le respondió:

–Querido y buen señor, muy a gusto me expondría a la peligrosa aventura si el gigante viniera mañana con vuestros hijos a una hora que no sea muy tarde, pues al mediodía estaré lejos de aquí, como he prometido.

–Buen señor –dijo el noble–, os agradezco vuestro deseo cien mil veces seguidas.

Y todos los del castillo le dijeron varias veces lo mismo.

Entonces salió del aposento contiguo una doncella de cuerpo gracioso y rostro bello y encantador; se acercó llena de sencillez, callada y silenciosa y con la cabeza inclinada hacia el suelo porque su pena no tenía fin; la madre vino a su lado, pues el señor las había llamado porque quería enseñárselas a su huésped; venían cubiertas con los mantos para ocultar sus lágrimas; pero él les ordenó abrir los mantos y levantar la cabeza.

–No os debe atormentar lo que os mando hacer –les dijo–, porque Dios y la buena ventura nos ha traído aquí a un noble caballero de muy buen linaje que me ha prometido que luchará contra el gigante. Y ahora no retraséis más el caer a sus pies.

–No permita Dios que yo vea esto –dijo enseguida mi señor Yvain–, no me gustaría nada que se postraran a mis pies, por la razón que fuera, la hermana de mi señor Galván y su sobrina. ¡Dios me guarde de que me invada el orgullo y las deje venir a mis pies! Nunca olvidaría la vergüenza que ello me produciría; pero mucho les agradecería que se mantuvieran serenas hasta mañana para ver si Dios las querrá ayudar. No es necesario que me lo roguéis más: que acuda el gigante pronto y así no faltaré a mi otro compromiso, pues no dejaría por nada el estar mañana a mediodía en la empresa mayor que nunca pudiera tener.

De esta manera no quiso darles una seguridad completa, porque temía que el gigante no llegara a la hora y que no pudiera acudir a tiempo al lado de la doncella encerrada en la capilla. Y, sin embargo, lo que les prometió les colmó de esperanza; y todos y todas se lo agradecen, pues confían mucho en su valor y están convencidas de que es un hombre valiente porque le acompaña un león que yace a su lado tranquilamente como un cordero. Por la esperanza que tienen de él se reconfortan y alegran, y ya no dieron más muestras de dolor.

Cuando llegó el momento le acompañaron a acostarse a una cámara clara; la doncella y su madre estuvieron presentes en el momento de acostarse, tanto le querían y cien mil veces más le quisieran si supieran la cortesía y la gran valentía que había en él. El caballero y el león se acostaron y descansaron juntos; los demás no se atrevieron a acostarse y bien les cerraron la puerta para que no pudieran salir hasta el día siguiente, al amanecer.

Cuando se abrió la habitación mi señor Yvain se levantó, oyó la misa y esperó como lo había prometido, hasta la hora de prima. Dijo entonces delante de todos al señor del castillo en persona:

–Señor, no me es posible quedarme más tiempo y me iré, si no os pesa; no me está permitido quedarme más aquí. Pero estad convencido de que muy a gusto y buenamente, si no tuviera tan importante obligación y no estuviera tan lejos mi empresa, me quedaría aún un rato por causa de los sobrinos y la sobrina de mi señor Galván, a quien mucho amo.

Se estremecieron de angustia la doncella, la dama y el señor; tuvieron tal miedo de que él se fuera que quisieron postrarse a sus pies; pero él les recordó que esto no le era agradable ni digno. El señor le ofreció entonces darle lo que poseía, todo lo que quisiera, tierra o riquezas, pero que esperara todavía un poco más. Y él contestó:

–Dios me guarde de aceptar alguna cosa.

La doncella, asustada, se puso a llorar fuertemente rogándole que se quedara. Desamparada y angustiada le rogaba por la Rei-

na gloriosa del cielo y de los ángeles y por Dios que no se fuera, que esperara aún un poco más; se lo rogaba por su tío al que, como ha dicho, conoce, ama y estima.

Una gran lástima le invadió cuando oyó que se lo pedía por el hombre a quien más apreciaba en el mundo y por la Reina de los cielos y por Dios, que es el centro donde se unen la dulzura y la misericordia. Suspiró angustiosamente: ni por el reino de Tarso quisiera que aquella otra doncella fuera quemada, porque él se lo había garantizado. Su vida duraría poco o se volvería loco si no llegaba a tiempo; y, por otra parte, le retenía con fuerza la gran nobleza de mi señor Galván su amigo, y casi se le partía el corazón de no poder quedarse más rato.

Pero a pesar de ello no se fue aún, sino que se retrasó tanto que compareció el gigante muy deprisa llevando consigo a los caballeros; llevaba colgando del cuello una estaca enorme, cuadrada, con un extremo en punta con el que les pinchaba sin parar; los caballeros llevaban unos vestidos que no valían ni una brizna de paja, sólo unas camisas sucias andrajosas; pies y manos atados con cuerdas y montados sobre cuatro rocines, flacos, débiles y heridos que cojeaban. Llegaron cabalgando por el bosque, y un enano, asqueroso como un sapo hinchado, había atado los rocines cola con cola e iba custodiando a los cuatro caballeros, azotándolos sin parar con una correa de cuatro nudos, creyéndose un valiente; tanto les azotaba que estaban cubiertos de sangre y de esta manera tan vil eran llevados entre el gigante y el enano.

Ante la puerta, en un llano, se detuvo el gigante y le gritó al noble señor que desafiaba a muerte a sus hijos si no le entregaba a su hija para arrojarla a los excesos de sus mozos, ya que no la amaba ni estimaba lo suficiente para envilecerse uniéndose a ella. Un millar de mozos estarán continuamente con ella, piojosos y desnudos, como vagabundos y marmitones, y todos tendrán su parte.

A punto estuvo el noble señor de volverse loco al oírle decir que prostituirá a su hija, o que al momento matará ante sus ojos a

sus cuatro hijos: su angustia es tan grande que preferiría morir a estar vivo. Muchas veces se llamó triste y desgraciado y lloró y suspiró mucho. Mi señor Yvain le dijo entonces, como noble y generoso caballero:

–Señor, este gigante que allí fuera se envalentona es cruel y orgulloso; no permita Dios que se apodere de vuestra hija y la desprecie y ultraje; sería una gran desgracia que tan bella criatura nacida en tan noble linaje fuera entregada a los criados. ¡Aquí mis armas y mi caballo!, y haced bajar el puente y dejadme salir. Uno de los dos, él o yo, no sé cuál, tendrá que ser vencido. Si pudiera humillar al felón y cruel que nos está provocando hasta que dejara libres a vuestros hijos y viniese a justificar aquí mismo las injurias que os ha lanzado, luego yo me despediría encomendándoos a Dios y me iría a mi empresa.

Entonces le sacaron el caballo y le entregaron todas sus armas; se afanaron mucho en armarle. Pronto lo equiparon y se demoraron lo menos posible en ponerle las armas. Cuando estuvo bien preparado sólo faltaba que le bajaran el puente y dejarlo ir. Se lo bajaron y él salió, pero por nada del mundo se quedó el león sin seguirlo. Los que quedaron atrás lo encomiendan al Salvador pues temen por él que aquel demonio, aquel diablo que había matado a tantos valientes caballeros ante sus ojos y en aquel mismo lugar, no haga con él lo mismo. Ruegan a Dios que le preserve de la muerte y se lo devuelva sano y salvo y que le conceda matar al gigante. Cada uno según su manera lo pide fervorosamente a Dios.

El gigante con su fiera audacia se le acercó y le amenazó diciéndole:

–El que te envió aquí no te quería mucho, ¡por mis ojos! Ciertamente, no podría de ningún modo mejor vengarse de ti. Muy buena venganza se ha tomado de cuantos males le hayas hecho.

–Te has metido en vana discusión –le respondió mi señor Yvain, que no le temía–. Ahora hazlo lo mejor que puedas y yo también, pues me cansa la palabrería inútil.

Mi señor Yvain, que tiene gran deseo de irse, se abalanzó sobre él y le golpeó en medio del pecho, que llevaba armado con una piel de oso, y el gigante le atacó con toda la fuerza de su estaca. Mi señor Yvain le dio tal golpe en el pecho que le atravesó la piel y mojó el hierro de la lanza en su sangre como si fuera salsa; pero el gigante con la estaca le golpeó tan fuerte que le hizo doblegarse. Mi señor Yvain sacó la espada con la que sabía dar tan grandes golpes. Ante él encontró al gigante, sin armadura, pues confiaba tanto en su fuerza que no quería armarse; con la espada desenvainada le atacó y le hirió con la punta, no de plano, arrancándole un trozo de la carne de la mejilla, y el otro le dio a su vez otro golpe que le hizo inclinarse hasta el cuello del corcel.

Al ver este golpe el león levantó la cabeza preparándose para ayudar a su señor; con furia dio un salto sobre el gigante, le agarró con gran fuerza y le desgarró como si fuera una corteza la velluda piel, arrancándole un gran pedazo de la cadera, y le partió los nervios y el muslo. El gigante se escapó gritando y chillando como un toro del daño tan grande que le había hecho el león. Levantó la estaca con las dos manos para golpearle pero falló el golpe, porque el león saltó hacia atrás; falló el golpe, que cayó inútilmente cerca de mi señor Yvain, pero no alcanzó ni a uno ni a otro. Mi señor Yvain blandió su espada y por dos veces le atravesó; antes de que el gigante reparara en ello, con el filo de la espada le separó el hombro del tronco. Asestándole otro golpe bajo el pecho le introdujo toda la hoja de la espada en el hígado. El gigante cayó, le acosaba la muerte y si cayera un gran roble no creo que hiciera mayor destrozo que el que hizo el gigante al derrumbarse.

Todos los que estaban en las almenas quisieron ver este golpe; entonces se vio quién era el más rápido, pues todos corrieron a la carnaza, como los perros que han cazado un animal después de perseguirlo mucho tiempo; todos y todas corrieron hacia allí sin disimulo, con excitación, hacia donde yacía el gigante boca arriba. El señor mismo corrió hacia allí y todos los de su corte; corría la

hija y corría la madre y los cuatro hermanos se llenan de júbilo porque habían sufrido muchos males. Están seguros de no poder retener a mi señor Yvain pase lo que pase, pero le ruegan que vuelva para solazarse y descansar así que dé fin a la empresa a la que se encamina. Él les contestó que no se atrevía a prometerles nada: no puede adivinar si acabará bien o mal; pero le dijo al señor que desearía que los cuatro hijos y la hija cogieran al enano y se dirigieran a mi señor Galván cuando supieran que ya había regresado y le explicaran cómo se había comportado, pues para nada le sirve la bondad a quien no quiere que sea sabida.

Y ellos le dicen:

–Jamás será callada esta proeza, pues no sería justo. Haremos esto que queréis, pero decidnos, señor, cuando estemos ante él, ¿a quién podremos alabar si no sabemos vuestro nombre?

Y él contestó:

–Bastará que le digáis cuando estéis ante él que os he dicho que me llamo El Caballero del León, y al mismo tiempo os ruego que le digáis de mi parte que me conoce perfectamente y yo a él, aunque no sepa quién soy. No tengo nada más que pediros y no tengo más remedio que irme de aquí ahora, y lo que más me preocupa es que aquí me he quedado demasiado tiempo, pues antes de que pase el mediodía en otro sitio tengo mucho que hacer, si puedo llegar a tiempo.

Después de esto se fue sin demorarse más, pero antes el señor le rogó insistentemente y con amabilidad que se llevara con él a sus cuatro hijos; ninguno dejaría de esforzarse en servirle, si él quisiera, pero a él no le plugo ni le interesó que ninguno le acompañara y, solo, abandonó el lugar.

Lunete es salvada de la hoguera

Así que se puso en camino tan rápidamente como pudo llevarle el caballo, se dirigió a la capilla. El camino era recto y her-

moso y lo siguió bien; pero, antes de llegar a la capilla, la doncella había sido sacada de allí y ya se había hecho la hoguera a la que debía ser conducida. Desnuda bajo su camisa, la tenían atada ante el fuego aquellos que la acusaban injustamente de lo que ella ni tan sólo había imaginado. Mi señor Yvain llegó y vio el fuego en que se la quería echar y esto le apenó en gran manera: quien dudara de ello no sería cortés ni prudente. Es verdad que se angustió mucho, pero confió en que Dios y la justicia le ayudarían y estarían de su lado: mucho confía en estas ayudas y además su león está lejos de odiarle. A todo galope se lanzó gritando a la multitud:

–¡Soltad, soltad a la doncella, gente malvada! No es justo que la echéis a la hoguera o al horno, pues no ha hecho ningún mal.

Y los otros, por aquí y por allá, se apartaron y le abrieron camino. Está impaciente por ver con los ojos a la que ve su corazón en cualquier lugar en que ella esté; la busca con los ojos hasta encontrarla y somete su corazón a muy dura prueba, pues lo retiene y lo frena como quien detiene con gran esfuerzo por el freno al impetuoso caballo. Y, sin embargo, la contempla, suspirando con gran placer pero sus suspiros no son muy fuertes para que nadie se percate de ellos, sino que con gran esfuerzo los acalla. Y una gran piedad le invade al oír y ver a unas pobres damas lamentarse en gran manera diciendo:

–¡Ay Dios, cómo nos has olvidado, qué desamparadas quedaremos ahora pues perderemos a tan buena amiga, la mejor ayuda y el mejor apoyo que teníamos en la corte! Aconsejada por ella, mi señora nos vestía con sus vestidos de piel de veros. La situación nos cambiará mucho, pues nadie intercederá por nosotras. ¡Dios maldiga a quien nos la quita!; maldito aquel por quien la perdemos, pues tendremos un gran daño. Ya no habrá más quien diga ni quien aconseje: «Querida señora, dad este manto, esta saya y esta falda a esta noble mujer, pues en verdad si se lo entregáis será bien llevado, ya que tiene gran necesidad de ello». Jamás se oirán estas palabras, pues ya no hay nadie que sea noble ni cortés

sino que, al contrario, cada uno pide para sí antes que para otro aunque no le haga ninguna falta.

Así se lamentaban y mi señor Yvain, que estaba entre ellas, oía perfectamente sus quejas, que no eran falsas ni fingidas. Vio a Lunete arrodillada, despojada de su camisa y que ya se había confesado y pedido a Dios perdón de sus pecados y hecho el acto de contrición; entonces, el caballero que tanto la quería se acercó a ella y la puso en pie diciéndole:

–Mi señora, ¿dónde están los que os difaman y acusan? Si no se retractan, ahora mismo provocaré un combate.

Ella, que aún no le había visto ni mirado, dijo:

–Señor, por Dios os lo ruego, acudís a mí en mi gran necesidad. Los que levantan el falso testimonio están preparados contra mí, y si hubieseis tardado un poco más estaría convertida en carbón y ceniza. Habéis venido a defenderme y Dios os dé fuerzas para ello, porque no hay culpa en mí de la injuria que se me imputa.

El senescal y sus hermanos oyeron estas palabras.

–¡Ah –dijeron–, mujer avara en decir la verdad y generosa en mentir! Muy insensato es quien por tus palabras se carga de tan gran peso. Muy desgraciado será el caballero que ha venido para morir por ti, pues está solo y nosotros somos tres; le aconsejo que se vaya antes que le torture lo peor que sé.

Mi señor Yvain, muy enojado, le contestó:

–Quien tenga miedo que huya. No temo tanto a vuestros tres escudos, que me hagan irme vencido sin golpearlos. Mal preparado estaría si ahora os dejara el campo libre completamente sano y salvo. Mientras esté sano y vivo no huiré ante tales amenazas. Pero te advierto que hagas librar a la doncella que has calumniado equivocadamente; ella me juró y me dijo, por la salvación de su alma, que nunca traicionó a su señora; no lo dijo y ni siquiera lo pensó. Estoy convencido de que es verdad lo que me dijo y, si puedo, la defenderé porque en mi ayuda encuentra su desquite. Y a decir verdad: Dios se inclina hacia el derecho y Dios y el de-

recho no son más que uno; y ya que se dirigen hacia mí tengo mejor compañía y ayuda de la que puedas tener tú.

Pero el otro le contestó insensatamente que emplee en dañarle todos los medios que le plazcan y convengan pero que el león no le haga daño. A su vez el caballero le dijo que nunca había llevado como campeón a su león y que no quería que en la batalla interviniera nadie más que él, pero que si el león les atacaba procuraran defenderse bien contra él, pues no les aseguraba que no lo hiciera.

Y los otros le contestaron:

–Digas lo que digas, si no se lo adviertes a tu león y no le haces quedarse quieto no tienes por qué permanecer aquí; será mejor que te vayas y actuarás con sensatez, porque en todo este país es de sobras conocido que ella traicionó a su señora; es justo, pues, que se la recompense por ello con el fuego y las llamas.

–¡No lo permita el Espíritu Santo! –les contestó el caballero, que sabía toda la verdad–. ¡No permita Dios que me vaya de aquí sin haberla liberado!

Entonces ordenó al león que retrocediera y se echara en el suelo, sin moverse, y el león hizo lo que le ordenó.

Así que se hubo alejado el león, los dos pusieron fin a su diálogo y se separaron. Los tres adversarios espolearon con ímpetu sus caballos hacia él, pero él les salió al encuentro al paso, porque no quería excederse ni agotarse en la primera embestida. Les dejó, pues, romper sus lanzas mientras la suya permaneció intacta: su escudo les ha hecho de quintana y cada uno ha quebrado su lanza. Picó espuelas y se alejó de ellos a lo largo de un arpende, pero enseguida volvió a la lucha porque no quería que se prolongara mucho. Al dar la vuelta, alcanzó al senescal que le esperaba delante de sus dos hermanos y le rompió la lanza dentro del cuerpo; tan certero fue el golpe que muy a pesar suyo le derribó en tierra, y un largo rato yació aturdido sin darse cuenta de nada. Los otros dos corrieron hacia él con las espadas desnudas y ambos le asestaron fuertes golpes, pero más fuertes los recibían de él, pues uno de los

suyos valía como dos de los de ellos; tan bien se defendió que no consiguieron dañarle hasta que el senescal se levantó y le hostigó con todas sus fuerzas y los otros se unieron a él acosándole y dejándole malparado. Y el león, que contemplaba todo esto, no dudó en ayudarle, pues le pareció que lo necesitaba. Y las damas que tanto amaban a la doncella no cesaban, todas a la vez, de invocar a Nuestro Señor rogándole con todo el corazón que no permitiera bajo ningún pretexto que aquel que se había expuesto por ella combatiendo fuera muerto o derrotado. De esta manera, rezando, le ayudaron las damas, pues no tenían otras armas.

Fue tal la ayuda del león que en la primera embestida lanzó al aire al senescal que estaba de pie, y las mallas de la loriga volaron como si fuesen pajas y tanto le arrastró por tierra que le arrancó el tendón del hombro con todas las costillas.

Todo lo que el león alcanzó lo desgarró y las entrañas quedaron a la vista. Muy caro pagaron este golpe los otros dos, porque ahora estaban en el campo de batalla de igual a igual. El senescal no podía escapar de la muerte; se revolcaba y se agitaba entre la ola roja de sangre caliente que le salía del cuerpo. El león acometió a los otros dos, y mi señor Yvain no fue capaz de apartarle de allí por ningún medio con que lo intentó, ni con golpes ni con amenazas; sin embargo, el león se daba perfecta cuenta de que su señor no despreciaba su ayuda, sino al contrario, le quería más aún; entonces se abalanzó ferozmente sobre ellos, pero furiosos por sus ataques le hirieron y le dañaron a su vez.

Cuando mi señor Yvain vio herido a su león, una gran indignación invadió su corazón, y con razón; entonces empleó toda su fuerza en vengarlo y los fue dañando hasta anularlos y, no pudiendo oponerle resistencia, se entregaron a su misericordia gracias a la ayuda que le había prestado el león, que quedó en muy mal estado y se sentía desfallecer porque estaba herido en muchos sitios. Por su parte, mi señor Yvain tampoco había salido sano del todo, pues tenía muchas heridas por todo el cuerpo, pero de esto no se preocupaba tanto como de ver sufrir a su león.

Tal como deseaba había liberado a la doncella y la dama le había perdonado de todo corazón el enfado. Los malvados fueron quemados en la hoguera encendida para ella, pues es un principio de la justicia que el que juzga injustamente a otro debe morir de la misma muerte que había decretado.

Lunete se sentía ahora contenta y feliz de estar a buenas con su señora y ambas manifestaron tanta alegría como nadie la había tenido mayor; y todos, tal como debían, ofrecieron sus servicios a su señor, pero sin reconocerlo, ni siquiera la dama que tenía su corazón y sin embargo lo ignoraba, pues le rogó encarecidamente que se quedara allí hasta que él y su león sanaran.

Y él le dijo:

–Señora, no podré quedarme hoy aquí hasta que mi señora no me perdone su enfado y su cólera. Entonces acabarán mis sufrimientos.

–Esto me apena –le contestó ella–, y no considero cortés a la dama que os tiene mala voluntad. No debiera cerrar su puerta a un caballero de vuestros méritos, a menos que se haya comportado muy mal con ella.

–Señora –le dijo–, aunque me sea doloroso, todo lo que ella quiere a mí me place; pero no me hagáis más preguntas, pues por nada del mundo divulgaría mis quejas y mis desgracias sino a los que ya las conocen.

–¿Acaso las sabe alguien además de vosotros dos?

–Sí señora, os lo aseguro.

–Decidme si os place, buen señor, vuestro nombre y luego os podréis ir en paz.

–¿En paz, señora? De ningún modo. Debo más de lo que podría devolver. Sin embargo, no os ocultaré cómo me hago llamar: no oiréis hablar de mí más que por el nombre de El Caballero del León, por este nombre quiero que se me llame.

–Por Dios, buen señor, ¿cómo explicáis que nunca os hayamos visto antes ni nunca hayamos oído vuestro nombre?

–Señora, esto os demuestra que no tengo mucho renombre.

Y luego le replicó la dama:

–Si no os molesta, insistiría en que os quedaseis.

–Señora, no osaría hacerlo hasta saber con certeza si tendría el beneplácito de mi señora.

–Idos con Dios, pues, buen señor, y que Él, si le place, convierta en alegría vuestro dolor y vuestra tristeza.

–Señora –le dijo–, ¡que Dios os escuche! –y añadió muy bajo, para sí mismo–: Señora, os lleváis la llave y tenéis la cerradura y el arca en que está mi felicidad, y sin embargo no lo sabéis.

Entonces se alejó con gran angustia; sin que nadie le reconociera excepto Lunete, que le acompañó mucho rato.

Sólo le acompañó Lunete, y él le rogó de nuevo que no se supiese por ella quién había sido su campeón.

–Señor –le dijo ella–, nadie lo sabrá.

Luego le volvió a pedir otra cosa: que se acordara e intercediera por él a su señora si encontraba ocasión. Ella le contestó que no hable más, pues en ningún momento olvidará nada ni será descuidada ni perezosa, y él se lo agradeció cien veces.

Y así se fue afligido e inquieto por su león, al que había de llevar porque no podía seguirle. Le hizo en su escudo una litera con musgo y helechos; cuando el lecho estuvo a punto lo acostó con el mayor cuidado y así lo llevó echado en el reverso de su escudo. Y de este modo lo llevaba sobre su caballo hasta que llegó ante la puerta de una hermosa fortificación; la encontró cerrada, llamó y el portero le abrió tan pronto que no necesitó otra llamada después de la primera. Sosteniéndole las bridas con la mano le dijo:

–Buen señor, adelante, os ofrezco como presente el alojamiento de mi señor, si queréis desmontar.

–Este presente –le contestó– lo acepto, porque tengo gran necesidad y es hora ya de encontrar albergue.

Pasó la puerta y vio a todos los de la casa que juntos salían a su encuentro saludándole y le ayudaron a desmontar; unos pusieron sobre la grada de piedra el escudo con el león y otros llevaron el

caballo al establo y otros, tal como debían, tomaron sus armas. Cuando el amo se enteró de la noticia, enseguida que la supo acudió al patio para saludarle; la señora vino detrás y todos sus hijos e hijas y una gran multitud de gentes le acogieron con gran júbilo. Al encontrarlo enfermo le condujeron a una habitación tranquila y mostraron buena voluntad poniendo al león junto a él. Dos doncellas expertas en cirugía, hijas del señor de allí, se ocuparon de curarle. No sé cuántos días permaneció allí hasta que él y su león estuvieron sanos del todo y se prepararon para irse.

Las hijas del señor de la Negra Espina

Pero, entretanto, ocurrió que el señor de la Negra Espina tuvo un pleito con la muerte; y tanto le hostigó la muerte que murió. Después de su muerte pasó lo siguiente: de las dos hijas que había tenido, la mayor dijo que se quedaría con toda la tierra, con plena libertad, todo el tiempo que viviera sin repartirla con su hermana. Ésta le contestó que iría a la corte del rey Arturo a pedir ayuda para defender su tierra. Pero cuando la mayor se dio cuenta de que su hermana de ningún modo le dejaría toda la tierra sin querella, se inquietó mucho y se propuso que, si podía, se le adelantaría en ir a la corte. Enseguida se preparó sin demorarse en nada y viajó con rapidez hasta llegar a la corte; la otra la siguió apresurándose cuanto pudo, pero su viaje y sus pasos fueron inútiles porque cuando llegó ya la mayor se había puesto de acuerdo con mi señor Galván y éste le había concedido todo lo que ella le había pedido. Entre los dos se había establecido un pacto: que si se lo decía a alguien, él no tomaría las armas para defenderla; y ella lo concedió.

Entonces llegó a la corte la otra hermana, vestía un manto corto escarlata forrado de armiño; hacía sólo tres días que la reina había vuelto de la prisión en la que la había retenido Meleagante, y con ella todos los demás prisioneros; y Lanzarote, por

traición, se había quedado encerrado en la torre. Y este mismo día en que llegó la doncella a la corte se supo la noticia de que El Caballero del León había matado en batalla al gigante cruel y traidor; y de su parte saludaron a mi señor Galván sus sobrinos. La sobrina le explicó detalladamente el gran servicio y el gran beneficio que les había hecho por su amistad, y también le dijo que aunque le conocía bien no sabía quién era. Estas palabras fueron oídas por aquella que estaba tan desamparada, inquieta y asustada, al pensar que no encontraría en la corte ni protección ni ayuda porque faltaba el mejor; aunque ella lo había intentado con mi señor Galván con muestras de afecto y con súplicas, él le había dicho:

–Amiga, en vano me pedís lo que no puedo hacer porque he emprendido otro asunto que no puedo abandonar.

La doncella se fue inmediatamente y se presentó ante el rey.

–Rey –le dijo–, acudo a ti y a tu corte para buscar apoyo y no lo encuentro; mucho me asombra no hallarlo, pero no obraría cortésmente si me fuera sin tu licencia. Sin embargo, que sepa mi hermana que podría conseguir lo que es mío por amor, si ella lo quisiera; pero nunca, si yo puedo, por la fuerza; por mucha ayuda y apoyo que ella encuentre, no le cederé mi herencia.

–Habláis como persona sensata –le dijo el rey–, mientras ella está aquí le aconsejo, le ruego y le recomiendo que os ceda vuestro derecho.

Pero la otra, que se sentía segura con el mejor caballero del mundo, replicó:

–Señor, que Dios me confunda si de mi tierra reparto con ella castillo, villa, barbecho, bosque, llanura u otra cosa. Pero si algún caballero, sea el que sea, se atreve a tomar las armas por ella y quiere defender su causa que se presente de inmediato.

–No le hacéis un buen ofrecimiento, pues se necesita más tiempo –replicó el rey–. Si ella quiere puede ir a buscar durante cuarenta días por lo menos el juicio de todas las cortes.

Y ella replicó:

–Buen señor rey, podéis establecer vuestras leyes como os plazca y os convenga, pues a mí no me atañe ni me concierne, ni yo debo contradeciros; he de aceptar el plazo si ella lo exige.

La otra dijo que lo aceptaba y que mucho lo deseaba y pedía. Y sin embargo encomendó a Dios al rey y se alejó de la corte con el propósito de no cesar de buscar por toda la tierra al Caballero del León, que tanto lucha por socorrer a las que tienen necesidad de ayuda.

De este modo inició su búsqueda: atravesó muchas regiones sin tener nunca noticia de él, por lo que se entristeció tanto que enfermó. Pero tuvo la suerte de llegar a la casa de un pariente suyo en donde era muy querida; bien se reflejaba en su rostro que en modo alguno estaba sana y mucho insistieron en que se quedara cuando ella les explicó todo su caso.

He aquí que otra doncella tomó el camino que ella había empezado; continuó la búsqueda en su lugar. Así ella se pudo quedar reposando y la otra viajó durante todo el día, sola y apresuradamente, hasta que se hizo de noche oscura. Mucho le asustó la noche, pero su miedo fue doble cuando empezó a llover con la mayor fuerza con que Nuestro Señor puede hacerlo y estaba en lo más profundo del bosque. La noche y el bosque le daban mucho miedo, pero más que la noche y el bosque le asustaba la lluvia. El camino estaba tan mal que muchas veces el barro llegaba casi hasta la cincha del caballo: éste es el miedo que puede tener una doncella en el bosque sin compañía por el mal tiempo y por la mala noche, tan negra que ni veía el caballo en que iba montada. Y por esto no cesaba de invocar primero a Dios y luego a su madre y después a todos los santos y a todas las santas y dijo aquella noche muchas oraciones para que Dios la sacara de aquel bosque y la condujera a un albergue. Iba así rezando cuando oyó el sonido de un cuerno que le llenó de júbilo al pensar que encontraría albergue, si es que podía llegar a él. Dirigiéndose a donde había oído el sonido entró en una calzada, y esta calzada la encaminaba directamente hacia el cuerno cuyo sonido había oído.

Tres veces más sonó el cuerno, fuerte y prolongadamente, y ella se dirigió en dirección a la voz, hasta que llegó a una cruz a la derecha de la calzada. Allí, pensaba, podía estar el que había hecho sonar el cuerno; espoleó hasta llegar a un puente y vio las blancas murallas y la barbacana de un castellete redondo.

Es así que por casualidad llegó al castillo guiada por una voz que la condujo allí. Fue atraída por el sonido del cuerno que hacía sonar un vigía que estaba subido en la muralla; así que el vigía la vio, la saludó, bajó de allí, cogió la llave y abrió la puerta y dijo:

–Bienvenida, doncella, quienquiera que seáis. Esta noche tendréis un buen alojamiento.

–No pido otra cosa esta noche –le contestó la doncella, y él se la llevó.

Tras las penalidades y el cansancio que había soportado durante el día, se sintió feliz en el albergue porque la trataron muy bien. Después de comer, su huésped se le acercó y le preguntó a dónde iba y qué buscaba. Entonces le contestó ella:

–Busco a quien nunca he visto ni conozco, creo yo, pero lleva un león consigo y me han dicho que si lo encuentro puedo confiar en él por completo.

–Pues yo –dijo su huésped– soy testigo de que Dios me lo envió anteayer en una grave necesidad que yo tenía; bendito sea el camino por el que llegó hasta mi casa. Me vengó de un enemigo mortal y me llenó de alegría cuando lo mató ante mis ojos. Mañana ante esta puerta podréis ver el cuerpo de un gigante enorme al que mató tan rápidamente que pocos sudores le costó.

–¡Por Dios, señor! –dijo la doncella–. Decidme, exactamente, si sabéis a dónde fue y si se detuvo en algún lugar.

–No lo sé –le respondió– y pongo a Dios por testigo; pero mañana os indicaré el camino por donde se fue.

–Y que Dios –le dijo ella– me conduzca a donde me den verdadera noticia de él, pues mucho me alegraría encontrarle.

Siguieron hablando largo tiempo hasta que se fueron a acostar. Al quebrar el alba se levantó la doncella con impaciencia por

encontrar al que buscaba. El señor de la casa se levantó y todos sus compañeros, y la pusieron en el recto camino hacia la fuente bajo el pino.

Apresuradamente se dirigió al castillo; llegó allí y preguntó al primero que encontró si podían informarle acerca del león y del caballero, compañeros inseparables. Le contestaron que les habían visto vencer a tres caballeros justamente en aquel lugar. Enseguida dijo ella:

–¡Por Dios, ya que me habéis dicho tantas cosas, no me ocultéis nada si sabéis algo más!

–No –dijeron ellos–, no sabemos más de lo que os hemos dicho, no sabemos qué le sucedió después. Si aquella por quien acudió aquí no os da noticias, no habrá nadie que pueda hacerlo; si queréis hablar con ella no habréis de ir muy lejos, pues está en esta iglesia para oír misa y rezar a Dios, y se ha quedado tanto rato que mucho debe de haber rezado.

Mientras hablaban así, Lunete salió de la iglesia, y ellos dijeron:

–¡Hela aquí! –Y la doncella fue a su encuentro.

Intercambiaron sus saludos; y la que acababa de llegar se apresuró en pedirle las noticias que buscaba. Lunete le dijo que haría ensillar su palafrén, pues quería acompañarla al prado en donde había dejado al caballero. La otra se lo agradeció de todo corazón. No tardó en llegar al palafrén que le trajeron y ella montó. Mientras iban cabalgando Lunete le contó cómo fue demandada y acusada de traición, cómo prendieron la hoguera en la que debían meterla y cómo el caballero vino en su ayuda en el momento en que más la necesitaba. Así conversando la condujo hasta el camino en que mi señor Yvain se había separado de ella. Acompañándola, pues, hasta allá le dijo:

–Seguiréis este camino hasta llegar a un lugar en donde, si a Dios y al Espíritu Santo place, os den noticias más recientes de las que yo sé. Me acuerdo perfectamente de que lo dejé cerca de aquí o quizá aquí mismo; luego ya no nos hemos vuelto a ver, ni sé qué puede haber hecho, pues tenía gran necesidad de un-

güentos cuando se separó de mí. Por este camino os conduzco tras él y quiera Dios que lo encontréis sano, hoy antes que mañana. Id, pues, os encomiendo a Dios; no puedo acompañaros más porque mi señora se encolerizaría conmigo.

Se separaron; una se volvió y la otra siguió adelante: cabalgó tanto que descubrió el castillo en el que mi señor Yvain se había quedado hasta estar curado. Ante la puerta vio mucha gente: caballeros, damas, servidores y el señor del castillo. Los saludó y les preguntó que si lo sabían le informaran y le dieran noticias del caballero que buscaba.

–¿Quién es? –le dijeron.

–Uno que no va nunca sin un león, he oído decir.

–A fe mía, doncella –le dijo el señor–, que acaba de dejarnos ahora mismo; aún lo alcanzaréis si sabéis ver sus huellas, pero guardaos de retrasaros.

–Señor –le contestó ella–, que Dios me guarde de ello. Decidme hacia dónde debo seguir.

Los otros le dijeron:

–Por aquí todo recto.

Y le ruegan que le salude de su parte. Pero esto de poco les valió porque ella nunca se preocupó de ello, pues inmediatamente se lanzó al galope porque el trote le parecía poca cosa y así hizo cabalgar a su palafrén con todas sus fuerzas.

Siguió galopando, tanto por fangales como por caminos lisos y llanos, hasta que vio a aquel que llevaba en su compañía un león. Llena de alegría dijo:

–¡Dios me ayude! ¡Por fin veo al que tanto he buscado! Bien he seguido sus huellas. Pero ¿para qué me servirá seguirle y encontrarle si no le convenzo? Para muy poco o para nada, en verdad; si no me lo llevo conmigo habré malgastado mis penalidades.

Diciendo estas palabras, se dio tanta prisa que su palafrén quedó cubierto de sudor; lo alcanzó, le saludó y él se apresuró a contestarle:

–Bella, Dios os salve y os libre de toda preocupación y pesar.

–Y a vos, señor, en quien tengo la esperanza de que me libréis de ello.

Se puso a su lado y le dijo:

–Señor, mucho os he ido buscando. La gran fama de vuestro mérito me ha hecho fatigarme mucho tras vos y pasar por muchas regiones. Mucho os he buscado hasta que, gracias a Dios, os he encontrado aquí y de las penas que he sufrido no me aflijo ni me lamento y ni siquiera me acuerdo. Los miembros se me han vuelto ligeros y el dolor se ha ido volando en el momento en que me reuní con vos. Pero este asunto no me concierne a mí: la que me envía a vos es más importante que yo, más gentil hembra y más noble que yo; pero si ella se ha engañado respecto a vos es que la ha traicionado vuestra fama, pues esta doncella no espera ayuda más que de vos para ganar un pleito, pues su hermana la ha desheredado, y ella no quiere que otro que no seáis vos se ocupe de ello. Nadie la puede persuadir de que otro podría ayudarla. Para defender su herencia tendréis que conquistar y rescatar el feudo de la desheredada y con ello habréis aumentado vuestro prestigio. Ella misma os buscaba porque confiaba en vuestro bien hacer, y no hubiera venido otra persona si no fuera porque la retuvo la enfermedad en la cama. Contestadme ahora mismo, si os place, si os atreveréis a venir o si os quedaréis reposando.

–No –le contestó él–, reposando nadie se hace famoso. Yo no reposaré, sino que os seguiré, mi dulce amiga, muy a gusto, allá donde queráis; si aquella por la cual me habéis buscado tanta necesidad tiene de mí no desesperéis de que no haga por ella todo lo que pueda; Dios me conceda suerte y la gracia de que para su felicidad pueda ganar su causa.

El castillo de la Pésima Aventura

Y así, mientras conversaban, iban cabalgando hasta acercarse al castillo de la Pésima Aventura. Como el día iba cayendo no

quisieron ir más allá. Mientras se aproximaban al castillo las gentes que les veían venir gritaban al caballero:

–¡Mal venido, señor, mal venido seáis! Este albergue os fue indicado para padecer desgracia y vergüenza: hasta un abad podría jurarlo.

–¡Ah –les dijo–, gente insensata y vil, llena de toda maldad y que carecéis de todo bien! ¿Por qué me interpeláis de esta manera?

–¿Por qué? Bastante lo sabréis si pasáis adelante. Pero no sabréis nada hasta que estéis dentro de esta fortaleza.

Enseguida se dirigió mi señor Yvain en dirección a la torre; las gentes gritaban y todos le decían con voz muy fuerte:

–¡Uh! ¡Uh! ¿A dónde vas, desgraciado? Si alguna vez en toda tu vida encontraste quien te avergonzara y humillara, allá donde vas lo experimentarás de tal suerte que ni podrás contarlo luego.

–Gentuza sin honor y sin valor –contestó mi señor Yvain al escucharlos–, desgraciados y necios, ¿por qué me abordáis así? ¿Por qué me atacáis de este modo? ¿Qué me pedís? ¿Qué queréis de mí gruñendo a mis espaldas?

–Amigo, por nada te enfadas –le dijo una dama de cierta edad, muy cortés y prudente–. Ten por cierto que no te lo dicen por enemistad, sino que te advierten, si llegas a comprenderlo, que no vayas a albergarte allá arriba; no se atreven a decirte el porqué pero te advierten y reprenden para desanimarte. Acostumbran a hacer lo mismo con todos los que llegan para que no entren. Y es de tal modo la costumbre que no nos atrevemos a albergar en nuestras casas, por lo que pueda pasar, a ningún caballero que venga de fuera. Lo que pase a partir de ahora es cosa tuya: nadie te prohibirá el paso; si quieres subirás allá arriba; pero te aconsejo que retrocedas.

–Señora –le contestó–, si hiciera caso de vuestros consejos pienso que alcanzaría honor y mérito, pero no sabría en dónde encontrar alojamiento hoy.

–¡Por mi fe! –le dijo ella–. Me callo porque esto no me concierne en absoluto. Id a donde gustéis; y sin embargo tendré una

inmensa alegría si os veo volver de allí sin demasiada deshonra; pero esto no sucederá.

–Señora –dijo el caballero–, ¡que Dios os lo pague!, pero mi atrevido corazón me empuja allí dentro y haré lo que mi ánimo desea.

Enseguida se dirigió hacia la puerta con su león y la doncella; el portero le interpeló diciendo:

–Entrad rápidamente, entrad; habéis llegado a un lugar en donde seréis retenido; ¡en mala hora habéis venido!

Así, de manera tan desagradable el portero le anima e invita a subir. Mi señor Yvain pasó ante él sin contestarle y llegó a una gran sala alta y nueva. Delante había un jardincito rodeado de grandes estacas puntiagudas, redondas y gruesas, y por los huecos de las estacas vio a unas trescientas doncellas ocupadas en diferentes trabajos. Tejían con hilos de seda y de oro y lo hacía cada una lo mejor que sabía; pero era tal su pobreza que muchas iban desceñidas, sin cintas para abrocharse, con los corpiños desgarrados por los pechos y por los codos y las camisas con el cuello sucio. Debido al hambre y a la miseria, tenían los cuellos delgados y pálido el rostro.

Mi señor Yvain las vio, y ellas le vieron; todas bajaron la cabeza y se pusieron a llorar permaneciendo así durante mucho tiempo sin hacer nada ni apartar los ojos del suelo, tan afligidas estaban. Mi señor Yvain las contempló un instante y se dio la vuelta, dirigiéndose a la puerta; el portero corrió a su encuentro gritando:

–No os vais a marchar ahora, buen amo; quisierais estar fuera de aquí pero, por mi cabeza, desearlo no sirve de nada; soportaréis tantos ultrajes que más no podríais aguantarlos. No habéis sido prudente al entrar aquí, pues es imposible salir.

–Ni lo deseo, buen hermano –le contestó–, pero dime por el alma de tu padre, ¿de dónde han venido las doncellas que he visto en este jardincito tejiendo telas de seda y orifrés? Sus labores me gustan mucho, pero mucho me disgusta el que sus cuerpos y

sus rostros estén delgados, pálidos y tristes; pienso que serían muy bellas y graciosas si tuvieran cosas que les agradaran.

–Yo no os diré nada –le contestó el portero–. Buscad a otro que os lo diga.

–Así lo haré, ya que no puedo hacer otra cosa.

Tanto buscó que encontró la puerta del jardincillo en donde trabajaban las doncellas; se acercó a ellas, saludó a todas y vio que de sus ojos caían lágrimas de tanto como lloraban. Y les dijo:

–Dios quiera quitaros del corazón este dolor que no sé de dónde proviene y lo convierta en alegría.

Y una de ellas le contestó:

–¡Que Dios, a quien invocáis, os oiga! No se os ocultará quiénes somos y de qué país, si es esto lo que preguntáis.

–No he venido aquí por otra cosa –les contestó.

–Señor, sucedió hace mucho tiempo que el rey de la isla de las Doncellas iba por las cortes y por los países en busca de cosas nuevas. Y fue tan imprudente que se metió en este asunto tan peligroso. ¡En mala hora le aconteció!, porque por su causa nosotras estamos aquí cautivas y soportamos vergüenza y desgracia sin haberlas merecido nunca. Y sabed que vos mismo podréis esperar gran afrenta si no aceptan vuestro rescate.

»Sucedió que mi señor llegó a este castillo en el que viven dos hijos del diablo, y no lo toméis como una fábula, pues proceden de una mujer y de un diablo. Los dos debían combatir contra el rey: muy doloroso fue, pues el rey aún no tenía dieciocho años y podían descuartizarlo como si fuera un tierno corderillo. El rey, que tenía mucho miedo, se salvó lo mejor que pudo prometiendo que cada año, mientras viviese, enviaría al castillo a treinta de sus doncellas; y con esta renta quedó libre. Fue establecido, con juramento, que este tributo debía durar tanto como vivieran los diablos, y que el día que fueran vencidos en combate quedaría exento de este hábito y nosotras, que hemos sido entregadas a la vergüenza, al dolor y a la miseria seríamos libres. Pero ya nunca más tendremos nada que nos dé placer.

»Es una niñería hablar ahora de libertad, porque nunca saldremos de aquí. Siempre tejeremos telas de seda y nunca iremos mejor vestidas. Siempre seremos pobres y estaremos desnudas, siempre padeceremos hambre y sed y nunca ganaremos lo suficiente para poder comer algo más. Escaso es el pan que tenemos, por las mañanas poco, por la noche menos, porque del trabajo de nuestras manos no recibe cada una para vivir más que cuatro dineros de libra, y con tan poco no podemos tener suficiente alimento y vestidos, porque ganando veinte sueldos a la semana no se libra uno de la miseria. Sin embargo, os aseguro que no hay ninguna de nosotras que no gane veinte sueldos o más. ¡Con esto se enriquecería un duque!, y nosotras estamos aquí miserablemente, mientras se hace rico con nuestra pobreza aquel para quien trabajamos. Para aprovechar más velamos la mayor parte de la noche y trabajamos durante el día porque nos amenaza con dañarnos los miembros si descansamos y por esto no nos atrevemos a reposar.

»Pero, ¿qué más os contaría? No os podría explicar ni la quinta parte de toda la vergüenza y ultraje que recibimos. Pero lo que nos enloquece de dolor es que muchas veces hemos visto morir a muchos ricos y nobles caballeros luchando contra los dos diablos. Muy caro pagan el alojamiento y así os pasará a vos mañana cuando, completamente solo, habréis de combatir, queráis o no, contra estos dos auténticos diablos y perder vuestro renombre.»

–¡Que me ampare Dios, espíritu verdadero –dijo mi señor Yvain–, y si es su voluntad os devuelva honra y alegría! No tengo más remedio que ir a ver a la gente que está aquí dentro y saber de qué manera me acogerán.

–Pues id, señor, y que os guarde Aquel que da y reparte el bien a todos.

Entonces se fue al palacio y no encontró a gente, ni buena ni mala, que le dirigiera la palabra. Atravesaron toda la casa, hasta llegar a un jardín; no tuvieron problema ni discusión para acomodar sus caballos. ¡Qué importa! Bien los llevaron a los establos

los que pensaban quedárselos. No sé si ellos saben que aún tienen al señor completamente sano. Los caballos tuvieron avena y heno y un lecho sobre el que se hundieron hasta el vientre. Mi señor Yvain entró en el jardín seguido de toda su comitiva. Vio a un hombre de aspecto noble acostado sobre una tela de seda y reclinado sobre el codo; ante él una doncella leía una novela, no sé de quién, y una dama se había acercado para escucharla: la dama era su madre y el señor su padre, y se llenaban de gozo al verla y al escucharla, pues no tenían otro hijo.

No tendría más de diecisiete años, y era tan bella y gentil que si la hubiera visto el dios Amor se hubiera puesto a su servicio y no dejaría que otro que no fuera él mismo la amara. Para servirla se haría hombre y renunciaría a su divinidad y se lanzaría él mismo la flecha de cuya herida no se sana si no se afana un médico sin lealtad. Nadie tiene el derecho de curarla si no descubre antes la falta de lealtad, y el que sana de otro modo es que no ama lealmente. Tanto podría deciros acerca de esta herida, si quisierais oírlo, que hoy no acabaría de hablar; pero enseguida dirían algunos, pues los hay, que os hablo inútilmente, porque la gente ya no está enamorada y no aman como antes y ni siquiera desean oír hablar de ello. Pero escuchad ahora de qué manera dieron albergue a mi señor Yvain, cómo le acogieron y qué semblante demostraron todos los que estaban en el jardín; desde el momento en que le vieron se pusieron en pie y se apresuraron a decirle:

–¡Ea, buen señor, por cuanto Dios puede hacer y decir, sed llamado bendito, vos y todo lo que amáis!

Si le engañaron, no lo sé, pero le recibieron con gran júbilo y aparentaron un gran placer en ofrecerle hospitalidad a su gusto. Incluso la hija del señor le servía y le demostraba grandes honores, tal como se debe hacer con un huésped notable: le quitó todas sus armas, y esto no fue nada, pues le lavó las manos, el cuello y el rostro. El padre quiere que le haga toda clase de honores y así se los hace ella; saca de su cofre una camisa plisada y bragas blancas y se las pone, y con hilo y aguja le cose las mangas. ¡Quie-

ra Dios que estos halagos y servicios no le cuesten demasiado caros! Le da una túnica costosa para ponerse sobre la camisa y le pone al cuello un manto de escarlata forrado de veros enteros y no de retazos. Se preocupa tanto en servirle, que él está avergonzado y molesto, pero la doncella es tan cortés, tan noble y generosa que aún cree haber hecho poco. Sabe que a su madre le gusta que no le deje hacer a ella ninguna de las cosas con las que pretende halagar.

Al anochecer fue servida la comida; tantos fueron los platos que llevarlos cansaba a los servidores que los sirvieron.

Por la noche le hicieron toda suerte de honores y muy cómodamente le acostaron y no volvieron a acercarse a él hasta que estuvo en el lecho, y el león yacía a sus pies como tenía por costumbre.

Por la mañana, cuando Dios encendió de nuevo su luminaria por el mundo, tan pronto como puede hacerlo Aquel que lo ordena todo, mi señor Yvain y su doncella se levantaron apresuradamente y en la capilla oyeron la misa que fue celebrada para ellos a tan temprana hora en honor del Espíritu Santo. Después de la misa, mi señor Yvain oyó una noticia muy desagradable: cuando creyó que podría irse sin ninguna clase de obstáculo no tuvo posibilidad de ello, pues cuando dijo: «Señor, me voy si os place, con vuestra licencia», el dueño de la casa le contestó:

–Amigo, no os la concedo; y no lo hago por una razón: en este castillo se ha establecido una costumbre diabólica y terrible que he de mantener. Haré venir ante vos a dos servidores míos muy altos y fuertes; contra ellos dos, de grado o por fuerza, habréis de tomar las armas. Si podéis defenderos y vencer o matar a los dos, mi hija os toma como señor y os espera el honor de este castillo y todo lo que depende de él.

–Señor –le dijo el caballero–, no pretendo nada de todo esto. Que Dios no me la conceda de esta manera. Quedaos con vuestra hija; el emperador de Alemania sería muy feliz tomándola por esposa, tan bella y discreta es.

–Callad, querido huésped –dijo el señor–, en vano os excusáis, pues no podéis escapar de ellos. Mi castillo, mi hija como esposa y toda mi tierra poseerá quien logre vencer a los dos que os vendrán a atacar. La batalla no puede postergarse ni anularse de ningún modo. Creo que es por cobardía por lo que rehusáis a mi hija y por eso estáis empeñado en rehuir la batalla. Pero sabed que no tenéis más remedio que luchar. Ningún caballero que está aquí dentro puede escapar bajo ningún pretexto. Así está establecida esta costumbre y tributo que perdurará por mucho tiempo, pues mi hija no se casará hasta que les vea muertos o vencidos.

–Entonces tendré que luchar con ellos muy a pesar mío y os aseguro que me abstendría muy a gusto, pero iré a luchar ya que no puedo evitarlo.

Entonces llegaron los dos hijos del diablo, horribles y negros. Los dos llevaban una maza de madera de cornejo que habían guarnecido de cobre y rodeado de alambre. Llevaban armadura desde los hombros hasta las rodillas pero en la cabeza y en el rostro no llevaban defensa alguna y las piernas, que en modo alguno eran pequeñas, estaban desnudas. Así llegaron armados: sostenían sobre sus cabezas para defenderse un escudo redondo, fuerte y a la vez ligero. Así que los vio, el león se puso a temblar porque se dio perfectamente cuenta de que armados de este modo venían a luchar contra su señor. Su melena se erizó y encrespó, tembló de furor y odio y barrió la tierra con la cola, deseando ir en auxilio de su señor, antes de que lo maten. Cuando aquéllos lo vieron, dijeron:

–Vasallo, apartad de ahí a vuestro león que nos amenaza o declaraos vencido, o si no, debéis recogerlo en tal lugar en que no pueda ir en vuestra ayuda y en nuestro perjuicio; habéis de divertiros con nosotros vos solo, pues el león, si pudiera, os ayudaría gustosamente.

–Apartadlo vosotros, ya que tenéis tanto miedo –contestó mi señor Yvain–, pues a mí me gusta y me conviene que os haga daño si puede y mucho me complace su ayuda.

–A fe mía –le respondieron ellos–, no os va a ayudar de ningún modo. Luchad lo mejor que podáis vos solo, sin ayuda de nadie. Debéis estar solo ante nosotros dos; si el león estuviera con vos para pelear con nosotros no estaríais solo sino que seríais dos contra dos. Os aseguro que habéis de apartar de aquí a vuestro león ahora mismo, mal que os pese.

–¿A dónde queréis que se vaya? –dijo él–. ¿Dónde queréis que lo meta?

Ellos le enseñaron una habitación pequeña y le dijeron:

–Encerradlo aquí dentro.

–Lo haré ya que lo queréis –les contestó.

Lo llevó allí y lo encerró. Enseguida fue a buscar sus armas para armarse; le entregaron su caballo, que fueron a buscar, y montó. Para hacerle daño y llenarle de oprobio se lanzaron sobre él los dos campeones, que se sentían seguros porque el león está encerrado en la habitación.

Le asestan tales golpes con las mazas que poca ayuda le prestan el escudo y el yelmo que lleva, pues cuando le alcanzan en el yelmo, se lo abollan y resquebrajan y el escudo se cae a pedazos y se deshace como el hielo y hacen tales agujeros en él que se podría meter el puño por ellos. Los golpes de ambos contendientes son muy temibles. Y ¿qué hizo él a los dos diablos? Ardiendo por el oprobio y el temor se defiende con toda su fuerza afanándose mucho en dar fuertes y duros golpes. No les faltan sus regalos, porque él les devuelve sus bondades dobladas.

Mientras, el león estaba en la cámara, angustiado y turbado, pues se acordaba de la gran bondad que aquél le había hecho con su generosidad, y ahora estaba tan necesitado de su ayuda. Ahora le devolvería este beneficio en la mayor medida posible y en ello no se descuidaría si pudiera salir de allí dentro. Iba mirando en todos sentidos y no ve por dónde escaparse. Oía los golpes de la batalla, tan peligrosa y cruel, y sentía gran dolor, tanto, que se enfureció vivamente y perdió la razón. Siguiendo en su búsqueda llegó al umbral que estaba podrido cerca del suelo, lo arañó hasta que se pudo introducir y se metió hasta los flancos. Mi señor Yvain estaba agotado y bañado en sudor pues los dos gigantes eran fuertes, malvados y resistentes; había recibido muchos golpes y todos los que pudo los devolvió, pero sin causarles ninguna herida, tan hábiles eran en la esgrima, y sus escudos no eran de aquellos que podían ser quebrados por ninguna espada por muy cortante y acerada que fuera. Por esto mi señor Yvain tenía tanto temor a la muerte; pero sin embargo resistió hasta que el león pudo llegar a él, tanto había arañado debajo de la puerta. Si no son ahora vencidos estos traidores ya no lo serán nunca más, pues con el león no tendrán tregua ni paz en tanto los sepa vivos. Agarra a uno y lo lanza por los aires y cae a tierra como si fuera un tronco. Los malvados se llenaron de terror y no hay nadie en aquel lugar que no se llene de alegría. El que ha sido derribado por el león ya no se levantará nunca más si el otro no lo viene a socorrer. Corrió hacia allí en su auxilio y también para defenderse a sí mismo si el león se abalanzaba sobre él después de matar al que había derribado, porque temía más al león que a su señor.

Muy necio sería mi señor Yvain si desde el momento que le dio la espalda y vio el cuello al descubierto le dejara vivir más, pues ésta es una buena ocasión. El malvado le presentó la cabeza indefensa y el cuello desnudo y él le asestó tal golpe que le arrancó la cabeza del tronco tan limpiamente que el otro ni se dio cuenta. Enseguida puso pie a tierra y fue a por el otro gigante, el que el león tenía agarrado, para rescatarlo y arrebatárselo. Pero es inútil; tal es su mal que nunca llegará a tiempo un médico, pues el león, enfurecido, tanto le hirió en su embestida que lo dañó de muy mala manera. Sin embargo, mi señor Yvain le empujó hacia atrás y vio que le había descoyuntado el hombro y lo tenía fuera de sitio. No tiene que inquietarse por nada porque a su adversario se le había caído la estaca y yacía casi muerto, pues ni se agitaba ni movía. Pero sí pudo hablar y le dijo como pudo:

–Apartad vuestro león, buen señor, por favor, que no se me acerque más, y a partir de ahora haced conmigo todo lo que que-

ráis. Quien pide e implora piedad no debe faltarle cuando la ruega, si no se encuentra ante un hombre sin piedad. No me defenderé más, ni me levantaré de aquí aunque tenga fuerza, y me entrego a vuestro poder.

–Di, pues –le dijo el caballero–, que estás vencido y renuncias a luchar.

–Señor –le contestó–, eso está bien claro; os concedo que estoy vencido y que renuncio a luchar, a pesar mío.

–Pues entonces ya no debes temer nada de mí y confiad en mi león.

Enseguida todo el mundo acudió deprisa a rodearle. El señor y la dama le mostraron su contento, le abrazaron y le hablaron de su hija diciéndole:

–Ahora seréis nuestro amo y señor y nuestra hija vuestra dama, pues os la damos por esposa.

–Y yo –les contestó– os la devuelvo. Quien la tenga que se la quede. A mí no me interesa, aunque no creáis que digo esto porque la desprecie. No os enfadéis si no la tomo; es que no puedo ni debo. Pero, por favor, entregadme a las cautivas que tenéis; ya ha llegado el momento, bien lo sabéis, de que queden libres.

–Es verdad –le dijo– lo que decís y os las entrego y libero, pues nada se opone a ello. Pero tomad, y obraréis sabiamente, a mi hija con toda su hacienda, pues es tan bella, graciosa y discreta; nunca haréis más rico matrimonio si rehusáis éste.

–Señor –le contestó–, no sabéis nada de mi situación ni de mis asuntos, y no me atrevo a explicároslos. Sabed que rechazo lo que no rechazaría nadie que entregara su corazón y sus sentimientos a una doncella tan bella y gentil, como gustosamente haría, si pudiera o debiera aceptarla. Pero sabed que de verdad no puedo desposarme ni con ella ni con otra. Dejadme, pues, en paz; la doncella que vino conmigo me espera, me ha acompañado y yo quiero a mi vez acompañarla, pase lo que pase.

–¿Eso es lo que queréis, buen señor? ¿Cómo es eso? Nunca, si yo no lo ordeno o no lo impulsan mis sentimientos, se os abrirá mi puerta, sino que permaneceréis en mi prisión. Habéis sido orgulloso y despreciativo, pues os he rogado que toméis a mi hija y la desdeñáis.

–¿Desdeñarla, señor? ¡Por mi alma que no lo hago! Es que no puedo casarme con mujer alguna ni quedarme más aquí. Seguiré a la doncella que va conmigo, otra cosa no puede ser. Pero, si queréis, os juraré con mi mano derecha, y me creeréis, que tan verdad como me estáis viendo que volveré, si puedo, para tomar a vuestra hija en el momento que sea oportuno, cuando vos queráis.

–¡Maldito sea quien os pide algo y quien requiere de vos un juramento o garantías! –le dijo–. Si os gusta mi hija volved rápidamente, pues ni promesa ni fe jurada os harán venir antes, creo yo. Id, pues, os libero de todas las garantías y de todos los pactos; si os retiene la lluvia, el viento o cualquier cosa, ¡nada me importa! No considero tan vil a mi hija como para dárosla a la fuerza. Id ahora a vuestro asunto, pues me da lo mismo que volváis como que os quedéis.

Inmediatamente mi señor Yvain se marchó; no permaneció más en el castillo, y se fue llevándose liberadas a las cautivas que el señor le entregó, pobres y andrajosas, pero que a él, ahora, le parecen ricas. Salen del castillo todas juntas, de dos en dos, delante de él, y no creo que demostraran tanta alegría si el que creó el mundo hubiera descendido a la tierra.

Todos los que antes le habían insultado tanto como pudieron se acercaron para pedirle gracia y perdón; van caminando a su lado, y él les dice que no sabe nada de ello:

–No sé de qué habláis –les dice– y os declaro libres de toda culpa, pues por lo que yo recuerdo nunca me dijisteis nada que me ofendiera.

Muy contentos se pusieron al oír esto y alabaron mucho su cortesía. Todos lo encomendaron a Dios durante el largo trecho que le acompañaron. Las doncellas le pidieron licencia para irse, y se fueron. En el momento de separarse se inclinaron ante él y

rogaron para que tuviera buen destino y que Dios le otorgara felicidad y salud y llegar según su deseo a cualquier lugar que vaya. Y él, a quien esta demora importuna mucho, las encomendó a Dios.

–Marchaos –les dice– y que Dios os conduzca a vuestro país sanas y salvas.

Las doncellas, con grandes muestras de alegría, se pusieron en camino inmediatamente y mi señor Yvain reemprendió el suyo en otra dirección.

El combate entre Yvain y Galván

Durante todos los días de la semana no cesó de cabalgar a todo galope hacia donde le conduce la doncella, que conocía muy bien el camino y el refugio en donde había quedado la desheredada, triste y desconsolada. Cuando ésta se enteró de la llegada de la doncella y del Caballero del León no hubo alegría comparable a la que invadió su corazón, pues pensó que ahora su hermana le dejaría una parte de su herencia. La doncella había estado largo tiempo enferma, en cama, y ahora acababa de reponerse de un mal que la había hecho padecer mucho, como bien se notaba en su cara. Fue la primera en correr a su encuentro y les saludó y les honró tal como sabía. No es necesario hablar del júbilo que hubo por la noche en aquella morada: no diré ni una palabra, pues habría demasiadas cosas que contar. Todo me lo salto hasta llegar al día siguiente, cuando montaron en los caballos y se fueron.

Mucho caminaron hasta llegar al castillo en el que el rey Arturo residía desde hacía quince días o más. Estaba allí la doncella que había desheredado a su hermana; había ido siguiendo a la corte y esperaba la llegada de su hermana, que ya se acercaba. Muy poco se angustia su corazón, pues imagina que no encontrará ningún caballero que pueda hacer frente a mi señor Galván en el combate; y sólo faltaba un día para cumplirse la cuarentena. Ella sola se

quedaría con la herencia y la hubiera ganado libremente, por razón y justicia, si un solo día más transcurriera. Pero aún quedaba mucho más por hacer de lo que ella se imaginaba y creía.

El caballero y la doncella pasaron la noche fuera del castillo en un albergue bajo e incómodo, donde nadie les reconoció; si hubiesen dormido en el castillo todos les hubiesen conocido y por esto iban con tanto cuidado.

Al día siguiente salieron rápidamente al alba y se escondieron hasta que llegara el día hermoso y claro.

Habían pasado muchos días, no sé cuántos, durante los que mi señor Galván había vivido alejado sin que se supiera nada de él en la corte excepto la doncella por la cual debía luchar. Se había alejado de la corte unas tres o cuatro leguas y volvió a ella equipado de modo que no pudieron reconocerle a causa de las armas que llevaba ni los que siempre habían estado con él. La doncella, que era evidentemente injusta con su hermana, presentó ante todos los de la corte al que disputaría por ella la querella de la que no tenía ningún derecho, y le dijo al rey:

–Señor, el tiempo pasa, y pronto pasará la hora de nona y hoy es el último día. Ahora se verá que estoy preparada para mantener mi derecho. Si mi hermana debiera volver, no tendría que tardar; y Dios sea loado, pues ella no viene, está bien claro que no puede hacer nada mejor y que por nada se ha molestado. Yo he estado preparada siempre, hasta el último día, para defender lo que es mío. He vencido mi combate; es justo que me vaya para poseer mi herencia en paz, mientras yo viva no devolveré nada a mi hermana y así vivirá en la tristeza y la desgracia.

El rey, que sabía perfectamente que la doncella era injusta y que obraba deslealmente con su hermana, le dijo:

–Amiga, en corte real se debe esperar, a fe mía, hasta que la justicia del rey dictamine, pues creo que vuestra hermana aún puede llegar a tiempo y no hay que adelantarse.

Antes de que el rey hubiera acabado de hablar vio al Caballero del León y a la doncella a su lado. Venían los dos solos, pues

se habían ido a escondidas del león, que se había quedado en donde habían pasado la noche. El rey vio a la hermana pequeña, que no le desplugo; cuando la vio, mucho le complació y agradó porque en el pleito se inclinaba hacia ella, según entendía la justicia. De la alegría que tenía le dijo enseguida:

–¡Acercaos, bella, y que Dios os guarde!

Cuando lo oyó, la hermana mayor se sobresaltó y dándose la vuelta vio a su hermana y al caballero que había traído para sostener su causa y se volvió más negra que la tierra. Muy acogedoramente fue recibida la doncella por todos los de la corte; se adelantó hasta llegar ante el rey, a donde se sentaba, y cuando estuvo allí le dijo:

–Dios salve al rey y a su mesnada. Rey, si mi justicia y mi causa pueden ser defendidas por un caballero, serán por este que, por su gracia, me ha seguido hasta aquí; y sin embargo, tenía mucho que hacer en otros lugares este noble y generoso caballero, pero tuvo tal piedad de mí que se echó a la espalda sus otros asuntos en favor del mío. Mi señora, mi muy querida hermana a la que amo tanto como a mí misma, obraría con cortesía y bondad si me diera lo que me pertenece en derecho, y entre ella y yo habría paz, pues yo no le pido nada de lo suyo.

–Ni yo nada de lo tuyo –le contestó la otra–, porque tú no tienes nada ni lo tendrás. Predica todo lo que sepas, que por mucho que prediques no te llevarás nada y llegarás a secarte de tanto dolor.

La hermana pequeña, que sabía comportarse convenientemente y era muy prudente y cortés, le contestó enseguida:

–Verdad es –dijo– que mucho me pesa que por nosotras dos se enfrenten estos dos nobles caballeros, aquí presentes, pues la querella es muy pequeña. Pero yo no puedo darla por finalizada pues tengo gran necesidad. Os estaría muy reconocida si me dieseis lo que es mío en derecho.

–En verdad –le contestó la otra–, quien te contestara ahora perdería el tiempo. ¡Que me abrasen el fuego y las llamas infernales si te doy algo con que vivas mejor! Antes se juntarán las orillas del Sena y será primero la hora nona, que tú obtengas algo sin combate.

–Dios, y el derecho que tengo, en quien me fío y me fiaré siempre hasta el día de hoy, ayuden a aquel que por caridad y por nobleza se ofreció a mi servicio sin saber quién era yo y sin conocerme, ni yo a él.

Siguieron hablando hasta que cesaron las palabras y trajeron a los caballeros en medio de la corte. Todo el pueblo corrió hacia allí, como suele correr la gente en tales ocasiones cuando quieren ver justas y golpes de esgrima.

Los dos que iban a enfrentarse no se reconocieron en absoluto a pesar de la profunda amistad que se tenían. ¿Es que acaso ahora no se aman? Sí y no, os contesto. Y lo uno y lo otro probaré y encontraré las razones.

En verdad que mi señor Galván ama a Yvain y le llama compañero, e Yvain a él, esté donde esté. Aun aquí, si le reconociera, ¡qué gran alegría tendría!, incluso pondría en peligro por él la cabeza, y el otro la suya por él, antes de hacerle ningún mal. ¿No es esto amor absoluto y puro? Sí, ciertamente, pero ¿el odio no está también a la vista? Sí, pues es cosa cierta que el uno, sin duda, quisiera romper la cabeza al otro, deshonrarle tanto que valiera menos. A fe mía que es probada maravilla encontrar en un mismo vaso Amor y Odio mortal. ¡Dios mío! ¿Cómo se puede acoger en un mismo albergue a dos cosas tan contrarias? En un mismo albergue, creo yo, no pueden estar juntas; no podría quedarse una con la otra en un aposento sin que hubiera molestias y disputas cuando una supiera la existencia de la otra. Pero en una casa de muchos aposentos hay salas grandes y pequeñas. De este modo se puede resolver la situación; quizá Amor se había encerrado en alguna cámara secreta y Odio se había instalado en las salas que dan a la calle, porque quiere que se le vea.

Ahora Odio está muy ansioso; espolea, aguija y se lanza sobre Amor con todas sus fuerzas y Amor ni siquiera se mueve. ¡Ay,

Amor! ¿Dónde estás escondido? Sal y verás qué huésped han enviado y lanzado contra ti los enemigos de tus amigos. Estos enemigos son los mismos que se aman entre sí con un amor santísimo, pues un amor que no es falso ni fingido es algo precioso y santo. Pero Amor es completamente ciego y Odio no ve ni gota; Amor debiera prohibirles, si los reconociera, que se enfrentaran el uno al otro y se hicieran ningún mal. Por esto Amor está ciego, derrotado y burlado y a los que son suyos por derecho, si los ve, no los reconoce. Y Odio no sabe decir por qué el uno odia al otro, y equivocadamente los quiere enfrentar y que ambos se odien mortalmente. Ya sabéis que nadie ama a quien quisiera deshonrar y deseara su muerte.

Pero ¿cómo? Acaso mi señor Yvain quisiera matar a mi señor Galván, su amigo? Sí, y el otro también. ¿Acaso mi señor Galván quisiera matar con sus propias manos a Yvain o hacerle algo peor de lo que digo? No, os lo juro solemnemente. Ninguno de los dos quisiera hacer deshonra ni maldad al otro por todo lo que Dios creó para el hombre y por todo el Imperio de Roma.

Ahora os he dicho una infame mentira, pues es bien evidente que el uno quiere atacar al otro, pues ya tiene la lanza levantada sobre la cuja para herirle, humillarle y dejarle maltrecho y no le faltará el valor para ello.

Decidme pues, ¿de qué se lamentará el que reciba los peores golpes, cuando uno derrote al otro? Porque si llegan a enfrentarse temo que mantendrán la batalla y la refriega hasta que sea vencido uno de los dos. ¿Podrá Yvain afirmar con razón, si llega la peor parte, que el que le ha humillado se cuenta entre sus amigos y que antes no le daba otro nombre que el de amigo y compañero? Y si ocurriera por casualidad que Yvain venciera a su amigo o que le superara en muy poco, ¿tendría derecho en lamentarse el vencido? No; pues no sabrá de quién.

Ya se alejan el uno del otro para enfrentarse, sin reconocerse. Al encontrarse rompen sus lanzas que eran fuertes, de madera de fresno. No habla el uno con el otro, pues si se hubiesen hablado su

combate hubiera sido muy diferente. En el choque no se hubiesen golpeado con la lanza o la espada, sino que se hubiesen abrazado y besado en vez de destrozarse; mientras que ahora se hacen pedazos y se hieren mutuamente. No ganan nada en ello las espadas, ni los yelmos, ni los escudos, que están hundidos y agujereados y las melladas hojas de las espadas rebotan, pues se dan muy fuertes tajos con los filos y no con las hojas, y con las empuñaduras asestan tales golpes sobre los nasales, los cuellos, las frentes y las mejillas que se vuelven azules y moradas allí donde afluye la sangre. Las lorigas están tan rotas y los escudos tan destrozados, que no hay ninguno que no esté hundido. Tanto se esfuerzan en el combate, que casi pierden el aliento; es tan ardorosa la lucha, que no quedan en los yelmos ni jacinto ni esmeralda engastada que no esté reducida a polvo o arrancada, pues los golpes que se dan con las empuñaduras en los yelmos son tan violentos que quedan aturdidos y están a punto de hundirse el cráneo. Los ojos lanzan chispas, los puños son cuadrados y gruesos, los músculos fuertes y los huesos duros; y se dan terribles golpes en la cabeza con las espadas que empuñan y que gran ayuda les prestan sus incesantes golpes.

Cuando después de tanto luchar se sintieron cansados, con los yelmos rotos y las lorigas desmalladas, pues tanto las habían golpeado las espadas, y los escudos hundidos y agujereados, se hicieron atrás unos pasos para reposar la sangre y volver a tomar aliento. Pero no se detuvieron mucho rato; enseguida el uno se abalanzó sobre el otro con más violencia que antes y todos dijeron que nunca habían visto a dos caballeros más valerosos:

–No combaten por jugar, sino que lo hacen demasiado seriamente. Las recompensas y los honores no llegarán a recibirlos.

Mientras combatían, los dos amigos oyeron que las gentes hablaban de reconciliar a las dos hermanas; pero la mayor no quiere concertar la paz de ningún modo y la pequeña se somete a la sentencia del rey y no quiere contradecirle en nada. Pero la obstinación de la mayor era tal, que incluso la reina Ginebra, los caballeros, el rey, las damas y los burgueses se ponen del lado de la

menor y todos acuden al rey, rogándole que a pesar de la prohibición de la hermana mayor dé a la menor la tercera o cuarta parte de la tierra y separe a los dos caballeros, porque su vigor es tal que sería una gran desgracia si uno matara al otro o le arrebatara algo de su honor. Pero el rey les contestó que no intervendría más en poner paz porque la hermana mayor se negaba, tan mala persona era.

Oyeron también estas palabras los dos que con tal coraje se malherían, y esto sorprendía a todos, pues era tan igual la batalla que nadie podía adivinar quién llevaba ventaja o quién la peor parte. Incluso los dos que combatían y que procuraban obtener el honor al precio del martirio estaban maravillados y asombrados, pues sus ataques se parecían tanto que cada uno se preguntaba, estupefacto, quién debía ser aquel que luchaba tan violentamente contra él.

Se prolongó tanto el combate que el día se iba acercando a la noche, y ambos tenían el brazo exhausto y el cuerpo dolorido y la sangre caliente salía a borbotones por muchos sitios de todo el cuerpo y corría sobre las lorigas; no es extraño que desearan descansar, pues el sufrimiento era muy grande.

Entonces ambos reposaron y cada uno piensa para sí que por fin había encontrado a su igual después de haberlo esperado tanto. Mucho tiempo reposaron, sin querer volver a tomar las armas. No les atraía la batalla, pues la noche estaba oscura y tenían gran temor el uno del otro. Estas dos cosas les impulsan y aconsejan a quedarse quietos; pero antes de volver al campo de batalla volverán a ser amigos y la alegría y la piedad les unirá.

El primero en hablar fue mi señor Yvain, que era muy noble y cortés, pero su buen amigo no le reconoció al hablar, pues se lo impidió el que hablara tan bajo y con la voz ronca, debilitada y rota porque tenía toda la sangre alterada por los golpes recibidos:

–Señor –le dijo–, se acerca la noche y no creo que seamos criticados ni reprochados si es la noche quien nos separa. Por mi

parte os digo que mucho os temo y admiro; nunca en toda mi vida entablé un combate en que sufriera tanto, ni creí encontrar un caballero que tanto quisiera conocer. ¡Qué bien asestáis los golpes y cómo acertáis! Ningún caballero de los que conozco sabe dar golpes tan certeros y desearía no haber recibido tantos como los que hoy me habéis asestado, tan conmocionado me han dejado vuestros golpes.

–¡Por mi fe! –dijo mi señor Galván–, no estáis tan agotado y vapuleado, yo también lo estoy tanto o más. Y si supiera quién sois quizá no os atormentaría más. Os he dado lo mío, pero bien me habéis devuelto la cuenta y el capital y el interés, pues habéis sido más generoso en devolver que yo en dar. Pero sea como finalice esto, ya que deseáis saber por qué nombre soy llamado, no os lo ocultaré más: me llamo Galván y soy hijo del rey Lot.

Asombrado y completamente aturdido quedó mi señor Yvain al oírlo: con mal talante y enfadado arrojó al suelo su espada, que estaba toda ella ensangrentada, su escudo destrozado, y bajó del caballo y dijo:

–¡Ay, qué desgracia! ¡Qué desgraciada equivocación haber empezado esta batalla sin habernos reconocido! Si hubiera sabido quién erais no hubiese luchado con vos sino que hubiera renunciado a luchar antes del combate, os lo aseguro.

–¿Cómo es esto? –dijo mi señor Galván–. Pues ¿quién sois vos?

–Soy Yvain, que os ama más que a nadie en todo el mundo, tanto como se extiende a la redonda, pues vos me habéis amado siempre y honrado en todas las cortes. Pero en esta ocasión quiero ofreceros esta reparación y este honor: me reconozco vencido completamente.

–¿Esto haríais por mí? –dijo mi señor Galván, el amable–. Muy presuntuoso sería, ciertamente, si aceptara esta reparación. Este honor no será por mí, sino para vos, os lo concedo.

–¡Ah, buen señor!, no habléis más: esto no sucederá, pues no puedo sostenerme, tan extenuado y fatigado estoy.

–En verdad que os lamentáis por nada –le dijo su amigo y compañero–, yo soy quien está vencido y maltrecho, y no lo digo para lisonjearos porque no hay en el mundo ningún extraño a quien no dijera lo mismo, antes que seguir soportando más golpes.

Mientras así hablaban, desmontaron y se echaron uno en brazos del otro abrazándose y sin dejar de decir cada uno que se consideraba vencido.

La disputa no acababa nunca hasta que acudieron el rey y los barones alrededor de ellos, y al verlos reconciliados se mostraron impacientes por saber qué pasaba y quiénes eran los que se demostraban tanta alegría.

–Señores –les dijo el rey–, decidnos, ¿quién de pronto ha introducido entre vosotros dos esta amistad y este acuerdo cuando tanto odio y discordia he visto durante todo el día?

–Señor, no os ocultaré –dijo mi señor Galván, su sobrino– la desgracia y el infortunio que han impulsado nuestra batalla. Puesto que habéis permanecido aquí para enteraros, es justo que os diga la verdad. Yo, Galván, vuestro sobrino, no reconocí a mi compañero, mi señor Yvain aquí presente, hasta que, gracias a él, me preguntó mi nombre como plugo a Dios. Nos dijimos nuestros nombres, y entonces nos reconocimos después de habernos enfrentado duramente. Terrible fue la pelea, y si hubiéramos seguido combatiendo todavía un rato más muy mal me hubiera ido, pues, por mi cabeza, él me hubiera matado gracias a su valentía y por la injusticia de aquella que me había enviado al campo de batalla. Pero, ahora, prefiero mucho más que mi amigo me haya vencido con las armas que matado.

Entonces a mi señor Yvain se le subió la sangre a la cabeza y dijo:

–Muy querido señor, que Dios me ayude, pues cometéis un grave error diciendo esto. Sepa el rey mi señor que en este combate el vencido y el derrotado soy yo, sin lugar a dudas.

–No, soy yo –dijo uno.

–No, soy yo –dijo el otro.

Ambos son tan nobles y generosos que el uno otorga y ofrece la victoria y la corona al otro, pues ni el uno ni el otro la querrían tomar, sino que intentaban convencer al rey y a todos los que allí estaban que cada uno era el vencido y el derrotado.

Después de haberles escuchado durante un rato el rey puso fin al debate; mucho le complacía oírles y al mismo tiempo verles abrazarse después de haberse destrozado y hecho terribles heridas por todo el cuerpo.

–Señores –les dijo–, una gran amistad existe entre vosotros dos; bien lo demostráis cuando cada uno se confiesa vencido. Pero ahora remitiros a mí, y creo que lo dispondré tan bien que el honor será vuestro y a mí me alabará todo el mundo.

Los dos caballeros le prometieron hacer su voluntad en todo lo que les dijera. El rey contestó que repartiría la querella con justicia y debidamente.

–¿Dónde está –dijo– la doncella que expulsó de su tierra a su hermana y la desheredó a la fuerza y sin piedad?

–Señor –le contestó ella–, aquí estoy.

–¿Aquí estáis? Pues venid acá. Hace tiempo que yo ya sabía que la queríais desheredar. Su derecho ya no se le negará, pues me habéis reconocido la verdad. No tenéis más remedio que renunciar a su parte.

–Señor rey –dijo ella–, he contestado neciamente y a la ligera, no me deberías tomar la palabra. ¡Por Dios, señor, no me perjudiquéis! Sois el rey y debéis guardaros de toda injusticia y error.

–Por esto precisamente –le contestó el rey– quiero devolver a vuestra hermana lo que le pertenece en derecho, pues nunca quise cometer una injusticia. Ya os habéis dado cuenta que vuestro caballero y el suyo se han remitido a mí: no hablaré en favor vuestro, porque vuestra injusticia es bien evidente. Cada uno de ellos se declara vencido, tanto desea honrar al otro. No tengo por qué retrasar todo esto, ya que el asunto ha recaído sobre mí: o hacéis según mi deseo todo lo que os ordenaré, sin obrar injustamente, o proclamaré que mi sobrino ha sido vencido por las

armas; entonces esto sí que será peor para vos, puesto que lo diré contra mi voluntad.

El rey no hubiera dicho esto de ningún modo, pero quiso intentar asustarla tanto para que devolviera la herencia a su hermana, por temor; bien se dio cuenta de que ella no devolvería nada por mucho que le razonara si no era por la fuerza o por el temor. En efecto, llena de incertidumbre y temor le dijo:

–Buen señor, no tengo más remedio que hacer vuestro deseo aunque doliéndome en el alma, pero lo haré aunque me cueste. Mi hermana tendrá la parte que le pertenece de mi herencia; vos mismo seréis la garantía para que ella esté más segura.

–Investidla ahora mismo de su feudo –dijo el rey– y será vuestra vasalla y dependerá de vos: amadla como a vasalla vuestra, y ella a vos, como a su señora y como a su hermana carnal.

Así arregló el rey este asunto: la hermana pequeña tomó posesión de su tierra y se lo agradeció. Luego dijo el rey a su sobrino, el caballero valiente y noble, que se dejara quitar las armas y que mi señor Yvain, si le placía, también se las dejara quitar pues ya no les hacían falta. Entonces se desarmaron los caballeros que habían luchado con igual valentía.

Mientras se estaban desarmando vieron venir corriendo al león que buscaba a su señor; cuando lo vio dio grandes muestras de alegría. ¡Si vierais cómo se echaba atrás la gente! Hasta el más atrevido huyó.

–Quietos todos –dijo mi señor Yvain–. ¿Por qué huís? Nadie os persigue; no temáis que os vaya a hacer ningún daño este león que veis; creedme, pues es mío y yo soy suyo y los dos somos compañeros.

Entonces todos los que las habían oído tantas veces supieron que eran verdad las aventuras del león y de su compañero; no había sido otro caballero, sino éste el que había matado al gigante traidor. Y mi señor Galván le dijo:

–Señor compañero, que Dios me proteja, mucho me habéis envilecido hoy. Qué mal os he recompensado el servicio que me

hicisteis matando al gigante para salvar a mis sobrinos y a mi sobrina. Muchas veces me he acordado de vos y por ello estaba angustiado puesto que, como es sabido, nos tenemos amistad y amor. Mucho había pensado en vos, sin duda, pero no tenía ni idea porque nunca había oído hablar en cualquier lugar donde estuviera de un caballero que conociera y que fuera llamado por el nombre del Caballero del León.

Mientras hablaban les quitaron las armas y el león se precipitó hacia donde estaba sentado su señor; cuando llegó ante él le demostró gran alegría a la manera de una bestia que no puede hablar.

Ahora es preciso llevar a los dos a la enfermería o a un aposento para enfermos, porque necesitaban de un médico y de bálsamos para curar sus heridas. El rey, que tanto afecto les tenía, les llevó un cirujano que sabía curar las heridas mejor que nadie y que se ocupó de curarlas hasta que sanaron las heridas de la mejor manera y lo más pronto que pudo.

La reconciliación de Yvain y Laudine

Cuando ambos estuvieron curados, mi señor Yvain, que había entregado su corazón a Amor sin retorno, comprendió que no podía vivir más tiempo y que acabaría muriendo de amor si su dama no se apiadaba de él, pues se moría por ella. Decidió, pues, marcharse él solo de la corte: iría a combatir a la fuente y provocaría tales rayos, vientos y lluvia que a la fuerza y por necesidad tendría que hacer las paces con él, o no cesaría nunca de provocar en la fuente la tormenta, la lluvia y el viento.

En cuanto mi señor Yvain se sintió curado del todo, se marchó sin que nadie lo supiera llevándose consigo al león, porque no quería dejar su compañía en toda su vida. Largo tiempo caminaron hasta llegar a la fuente y allí hicieron llover: no creáis que os miento si os digo que la tormenta fue tan terrible que

nadie os sabría contar ni la décima parte; parecía que todo el bosque se hundiera en el infierno.

Temió la dama por su castillo, pues parecía que iba a hundirse: los muros se movían y la torre se tambaleaba tanto que casi se derrumbó. El más valiente preferiría ser prisionero en Persia entre los turcos que estar entre los muros del castillo. Tal es su miedo que maldicen a sus antepasados diciendo:

–¡Maldito sea el primero que construyó una casa en este país y los que edificaron este castillo! En todo el mundo no encontraron un lugar que sea tan odioso porque un hombre solo lo puede atacar, provocar una tormenta y destruir.

–Señora –dijo Lunete–, habéis de tomar una decisión. No encontraréis quien se atreva a ayudaros en este trance, si no vais a buscarlo muy lejos. Nunca más encontraremos reposo en este castillo, ni nos atreveremos a traspasar la puerta y las murallas. Bien sabéis que aunque se reunieran todos vuestros caballeros para esta empresa ni el mejor de todos se atrevería a dar un paso adelante, por lo que ahora, si vos no tenéis quien defienda vuestra fuente, pareceréis una atolondrada e indigna de vuestro rango. Muy gran honor obtendréis cuando el que os haya atacado se vaya sin haber entablado combate. Ciertamente, estáis en mala posición si no decidís otra cosa en lo que os atañe.

–Tú que tanto sabes –le dijo la dama–, dime qué he de decidir y obraré según tu consejo.

–Señora, cierto es que si yo supiera muy gustosamente os aconsejaría, pero necesitáis un consejero más válido. No me atrevo a meterme en esto y, como los otros, soportaré la lluvia y el viento hasta que, ¡Dios lo quiera!, vea en vuestra corte algún noble caballero que tome sobre él el peso y la carga del combate. Pero temo que esto no sucederá hoy y perjudicará vuestros intereses.

La dama contestó rápidamente:

–Doncella, ¡habla de otra cosa! Dejad a la gente de mi castillo, pues no espero de ninguno de ellos que pueda defender la fuente y la grada, pero, si Dios quiere, veamos ahora vuestro consejo y vuestra cordura, pues siempre se ha dicho que en la dificultad es cuando se pone a prueba la amistad.

–Señora, quien pensara en encontrar al que mató al gigante y venció a los tres caballeros haría bien en irlo a buscar; pero mientras esté en guerra, reñido y enemistado con su dama creo que no existe bajo el cielo ni hombre ni mujer a quien siguiera hasta que alguien le jure y le garantice hacer todo lo posible en reconciliar el menosprecio que le demuestra su dama y que le está matando de dolor y de tristeza.

Díjole la dama:

–Estoy presta antes de que vayáis en su busca a daros la garantía, bajo juramento, de que si él viene a mí, sin engaños ni artimañas obtendrá el perdón que desea, si es que está en mis manos.

Lunete le contestó:

–Señora, no dudo en absoluto que vos podréis obtener la reconciliación, si os interesáis en ello; pero no os disgustéis si enseguida os tomo el juramento antes de ponerme en camino.

–No veo ningún inconveniente en ello –dijo la dama.

Lunete, que sabía mucho de cortesía, hizo traer con rapidez un relicario de gran precio ante el que se arrodilló la dama. Lunete le hizo, con gran respeto, el juego de la verdad. Y en la prestación del juramento no olvidó nada en su provecho aquella que se lo había hecho realizar.

–Señora –le dijo–, levantad la mano. No quiero que mañana mismo me reprochéis esto o lo otro, pues lo que estáis haciendo no es en mi provecho, sino en el vuestro. Si queréis, jurad que emplearéis vuestras fuerzas con toda lealtad en la causa del Caballero del León hasta que él sepa que tiene el afecto de su dama igual que lo tuvo antes.

Entonces levantó la dama la mano derecha y dijo:

–Todo lo que has dicho, yo lo confirmo, y si Dios y los santos me ayudan mi corazón no me fallará en hacer todo lo que pue-

da. Le devolveré el amor y la gracia que tuvo de su señora, si tengo fuerza y poder para ello.

Muy bien consiguió Lunete lo que quería: no deseaba otra cosa que la que había logrado. Fuera la esperaba un palafrén tranquilo. Con la cara radiante y el semblante alegre montó Lunete y se alejó, hasta que llegó al lado de un pino donde encontró a aquel a quien no esperaba hallar tan cerca, sino que había pensado que mucho habría de buscar hasta llegar a él. Tan pronto como lo vio lo reconoció por su león; se le acercó rápidamente y puso pie a tierra. Desde lejos ya la había reconocido mi señor Yvain y la saludó, y ella a él, diciéndole:

–Señor, ¡qué contenta estoy de haberos encontrado tan pronto!

Y mi señor Yvain le respondió:

–¿Cómo? ¿Acaso me buscabais?

–Sí, señor, y desde que nací nunca he tenido mayor alegría, pues he inducido a mi señora a que, si no quiere ser perjura, sea vuestra dama y vos su señor igual que antes. Os lo prometo.

¡Qué gran alegría tuvo mi señor Yvain al oír tal nueva que creía que no oiría nunca más! No pudo demostrarle mayor regocijo a aquella que había conseguido tanto para él: la besó en los ojos, después en el rostro, mientras le decía:

–En verdad, mi dulce amiga, que de ninguna manera podría recompensaros: temo no encontrar los medios y la ocasión en honraros y serviros.

–Señor –le dijo ella–, no os importe ahora esto: no os preocupéis, pues ya encontraréis los medios y el momento de hacerme un beneficio a mí y a otros. Si he hecho lo que debía, tanto se me debe agradecer a mí como a quien pide bienes a los otros y luego los devuelve. Creo que aún no os he devuelto todo lo que os debo.

–Sí lo habéis hecho, ¡que Dios me proteja!, y más de cinco mil bondades. Ahora nos iremos cuando queráis, pero ¿le habéis hablado de mí y dicho quién soy?

–No, por mi fe, no sabe cómo os llamáis: sólo os conoce como El Caballero del León.

Hablando de estas cosas se alejaron y el león siempre iba detrás suyo, hasta que llegaron los tres al castillo. No dijeron nada a hombre ni mujer alguno hasta llegar ante la dama.

Muy contenta estaba la dama cuando le llevó la noticia de que había llegado la doncella llevando consigo al león y al caballero con quien tanto deseaba entablar amistad y a quien tanto deseaba conocer y ver. Mi señor Yvain, completamente armado, cayó a sus pies y Lunete, que estaba a su lado, dijo:

–Señora, levantadlo y emplead vuestros esfuerzos y habilidad en obtener la paz y el perdón, pues nadie, sólo vos, puede conseguirlo en todo el mundo.

Entonces la dama le hizo levantar y dijo:

–Todo lo que poseo es suyo, y desearía en gran manera hacer sus deseos y voluntades.

–Ciertamente, señora –le contestó Lunete–, yo no diría esto si no fuera verdad. Tenéis todo el poder, más aún del que os he dicho; ahora mismo os voy a revelar la verdad y tendréis conocimiento de ella: nunca tuvisteis ni tendréis tan buen amigo como éste. Dios, que quiere que entre él y vos haya tal concordia y verdadero amor que nunca desaparezcan, ha hecho que lo encontrara hoy cerca de aquí. Para probar que esto es verdad no hace falta hablar más: señora, olvidad vuestro resentimiento, porque no tiene otra dama sino vos; es mi señor Yvain, vuestro esposo.

Al oír estas palabras la dama se estremeció, y dijo:

–¡Que el Señor me salve! ¡Buena trampa me has hecho, porque me vas a hacer amar, a pesar mío, a quien no me ama ni me aprecia! ¡Qué bien has actuado! ¡Qué buen servicio me has prestado! Preferiría soportar el viento y la tempestad durante toda mi vida; y si jurar en falso no fuera cosa reprochable y vil jamás, por ningún precio, encontraría paz y concordia. Siempre estaría incubado en mi corazón como el fuego bajo la ceniza esto de lo

que no deseo hablar ni tengo ganas de recordar, ya que no tengo más remedio que reconciliarme con él.

Mi señor Yvain lo oyó y comprendió que su asunto estaba ya resuelto favorablemente, y que obtendría la paz y el perdón, y dijo:

–Señora, hay que mostrarse misericordioso con el pecador. Muy cara he pagado mi insensatez, y así debía sucederme; la locura me hizo demorarme y vuelvo como un culpable y un malhechor. Muy valiente he sido al atreverme a presentarme ante vos, y si ahora me queréis retener, nunca os haré ningún mal.

–Ciertamente acepto –dijo ella–, pues sería perjura si no hiciera todo lo posible para restablecer la paz entre vos y yo: si os place, os lo concedo.

–¡Señora –dijo él–, mil veces gracias y que me ayude el Espíritu Santo, porque Dios no me ha dado una mayor alegría en este mundo!

Ahora mi señor Yvain ha obtenido el perdón y podéis creer que nunca de ninguna otra cosa tuvo alegría mayor después de haber sido tan desgraciado. Ha llegado a buen término, es amado y querido por su señora y ella por él. Ya no se acuerda de nada triste: lo ha olvidado todo por el gozo que le produce su muy querida amiga.

Y Lunete es completamente feliz; no carece de nada de lo que desea, ya que ha logrado una paz que no tendrá fin, entre mi señor Yvain, el leal, y su querida y leal amiga.

Así acaba Chrétien su novela del Caballero del León; no oyó contar nada más sobre ello y no oiréis contar nada más, a no ser que añadan mentiras.

El Caballero de la Carreta

Traducción de
Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual

EL CABALLERO DE LA CARRETA

Ya que mi señora de Champaña quiere que emprenda una narración novelesca, lo intentaré con mucho gusto; como quien es enteramente suyo para cuanto pueda hacer en este mundo. Sin que esto sea un pretexto de adulación. En verdad que algún otro podría hacerlo, quien quisiera halagarla, y decir así –y yo podría confirmarlo– que es la dama que aventaja a todas las de este tiempo tanto como el céfiro sobrepasa a todos los vientos que soplan en mayo o en abril. ¡Por mi fe, que no soy yo el que desea adular a su dama! ¿Voy a decir: «Tantos carbunclos y jaspes vale un diamante como reinas vale la condesa»? No, en verdad. Nada de eso diré, por más que, a pesar de mi silencio, sea cierto. Sin embargo, voy a decir simplemente que en esta obra actúan más sus requerimientos que mi talento y mi esfuerzo.

Empieza Chrétien su libro sobre *El Caballero de la Carreta*. Temática y sentido se los brinda y ofrece la condesa; y él cuida de exponerlos, que no pone otra cosa más que su trabajo y su atención.

Así que en una fiesta de la Ascensión había reunido el rey Arturo su corte, tan rica y hermosa como le gustaba, tan espléndida como a un rey convenía. Después de la comida quedóse el rey entre sus compañeros. En la sala había muchos nobles barones, y con ellos también estaba la reina. Además había, a lo que me parece, muchas damas bellas y corteses que hablaban con refinamiento la lengua francesa.

En tanto Keu, que había dirigido el servicio de las mesas, comía con los condestables. Mientras Keu estaba sentado ante su comida, he aquí que se presentó un caballero ante la corte, muy pertrechado para el combate, vestido con todas sus armas. El caballero con tales arreos se llegó ante el rey, adonde estaba Arturo sentado entre sus barones, y, sin saludarle, así dijo:

–¡Rey Arturo, retengo en mi prisión a caballeros, damas y doncellas de tu tierra y tu mesnada! Pero no te digo tales nuevas porque piense devolvértelos. Por el contrario, te quiero advertir y hacer saber que no tienes poder ni haberes con los que puedas recobrarlos. ¡Sábete bien que morirás sin poderlos ayudar!

El rey responde que se resignará a sufrir, si no puede remediarlo; pero muy fuerte le pesa tal penar.

Entonces el caballero hace ademán de querer partir. Se da la vuelta, sin detenerse ante el rey, y viene hasta la puerta de la sala. Pero no traspone los peldaños. Se detiene de pronto y dice desde allí:

–Rey, si en tu corte hay caballero, siquiera uno, en quien fiaras a tal punto de atreverte a confiarle a la reina para conducirla en pos de mí, a ese bosque, adonde yo me dirijo, allí lo aguardaré con la promesa de devolverte todos los prisioneros que están en cautividad en mi tierra; con tal que pueda defenderla frente a mí y reconducirla aquí por su propio mérito.

Esto oyó todo el palacio, y toda la corte quedóse pasmada y conmovida.

La noticia llegó a oídos de Keu, que estaba comiendo con los mayordomos. Deja su yantar y acude con premura junto al rey y comienza a decirle con aspecto airado:

–Rey, te he servido bien, con clara fidelidad y lealmente. Ahora me despido y voy a irme, así que no te serviré más. No tengo deseo ni intención de servirte de ahora en adelante.

Apenóse el rey de lo que sucedía y, en cuanto se repuso para contestarle, le dijo bruscamente:

–¿Es eso verdad o chanza?

Y Keu responde:

–Buen señor rey, no me dedico ahora a las chanzas. Bien cierto es que enseguida me despido. De vos no pretendo más recompensas ni soldadas por mi servicio. ¡He tomado la decisión de irme sin demora!

–¿Es por ira o por despecho –pregunta el rey– por lo que os queréis marchar? ¡Senescal, quedaos en la corte, en vuestro puesto habitual! Y sabed bien que no tengo nada en el mundo que no os dé sin reparos para manteneros aquí.

–Señor –dice él–, no os esforcéis. No aceptaría, ni que me regalarais un bolsillo de oro puro al día.

Ya quedó el rey muy desesperado; y así acudió a la reina:

–Señora –le dijo–, ¿sabéis lo que el senescal me reclama? Pide licencia para despedirse y afirma que no volverá a la corte jamás; no sé por qué. Lo que no quiere hacer por mí lo hará pronto por vuestra súplica. Id a él, mi querida dama. Ya que no se digna quedarse por mí, rogadle que permanezca por vos. Y caed a sus pies, si es preciso; que, si pierdo su compañía, jamás estaré alegre.

El rey envía a la reina al senescal, y ella va. Con su acompañamiento lo encontró; y, apenas llega ante él, así habla:

–Keu, gran pena he recibido, sabedlo con certeza, de lo que he oído decir de vos. Me han contado, y eso me pesa, que os queréis partir lejos del rey. ¿Qué os impulsa a ello?, ¿qué sentimiento? No me parece propio de un hombre sabio ni cortés, como yo suelo consideraros. Quiero rogaros que os quedéis. ¡Keu, quedaos, os lo suplico!

–Señora –él dice–, con vuestra venia; pero no voy a quedarme de ningún modo.

Y la reina aún más suplica, y todos los caballeros a coro; pero Keu contesta que se fatigan por algo que es en vano. Y la reina, con toda su altura, se echa a sus pies. Keu le ruega que se levante; pero ella afirma que no lo hará. No se levantará hasta que él otorgue su petición.

Entonces Keu le ha prometido que se quedará, con tal que el rey le otorgue de antemano lo que va a pedir, y ella misma haga otro tanto.

–Keu –responde la reina–, lo que sea, él y yo lo concedemos. Ahora venid, que le diremos que os habéis contentado así.

Con la reina vase Keu y así llegan ante el rey.

–Señor, he retenido a Keu –dice la reina– con gran esfuerzo. Os lo traigo con la promesa de que haréis lo que os pida.

El rey suspiró de alegría, y promete que cumplirá su petición, cualquiera que sea.

–Señor, sabed, pues, lo que exijo y cuál es el don que me habéis asegurado. Por muy afortunado me tendré cuando lo obtenga por vuestra gracia: me habéis otorgado la custodia y defensa de la reina que aquí está; así que iremos tras el caballero que nos aguarda en el bosque.

Al rey le entristece su promesa. Pero la confirma, y a su pesar no se desdice de ella; lo hace con amargura y tristeza, como se muestra bien en su rostro.

Mucho se apesadumbró la reina; y todos comentan en el palacio que orgullo, exceso y sinrazón había sido la petición de Keu. Tomó el rey a la reina de la mano y así le dijo:

–Señora, sin protestas conviene que marchéis.

Y Keu contestó:

–¡Bien, dejadla a mi cuidado! ¡Y no temáis nada más, que la volveré a traer muy bien sana y salva!

El rey se la confía y él se la lleva. En seguimiento de los dos salieron todos; y nadie estaba exento de preocupación.

Sabed que pronto el senescal estuvo completamente armado, y su caballo fue conducido al centro del patio. A su lado estaba un palafrén, que no era indócil ni remolón, sino como conviene a la montura de una reina. Ésta llega a su palafrén, mortecina, doliente y suspirosa; lo monta mientras dice por lo bajo, para no ser oída:

–¡Ah, rey, si lo supierais, creo que no permitiríais que Keu me alejara ni un solo paso!

Creyó haberlo murmurado muy bajo; pero la oyó el conde Guinable, que muy cerca estaba de su montura.

A su marcha, tan gran duelo hicieron todos aquellos y aquellas que la presenciaron como si se partiera muerta sobre el ataúd. Pensaba que no regresaría jamás en vida. El senescal, en su desmesura, se la lleva adonde el otro los aguarda. Pero nadie se angustió tanto que intentara su persecución.

Hasta que, al fin, mi señor Galván dice al rey su tío, en confidencia:

–Señor –dice–, muy grande niñería habéis hecho, y mucho me maravillo de eso. Mas, si aceptáis mi consejo, mientras aún están cerca podríamos salir tras ellos vos y yo, y aquellos que quieran acompañaros. Yo no podría contenerme por más tiempo sin salir en pos de ellos. No sería digno que no les siguiéramos, al menos hasta saber lo que le acontecerá a la reina y cómo Keu se comportará.

–Vayamos, pues, buen sobrino –dijo el rey–. Muy bien habéis hablado como noble cortés. Y, ya que habéis tomado el asunto a vuestro cargo, mandad que saquen los caballos, y que les pongan sus frenos y monturas, para que no quede sino cabalgar.

Ya han traído los caballos; ya están aparejados y ensillados. El rey es el primero en montar, y luego montó mi señor Galván, y todos los demás a porfía. Todos quieren ser de la compañía, y cada uno va a su guisa. Unos estaban armados, y muchos otros sin armadura. Pero mi señor Galván iba bien armado, e hizo que dos escuderos le trajeran dos corceles de batalla.

Así que se aproximaron al bosque, vieron salir al caballo de Keu, y lo reconocieron. Vieron que las riendas de la brida habían sido rotas por ambos lados. El caballo venía sin caballero. La estribera traía teñida de sangre, y el arzón de la silla por detrás colgaba desgarrado y en pedazos.

Todos se quedaron angustiados; y unos a otros se hacían señas con guiños y golpes de codo.

Bien lejos en delantera a lo largo del camino cabalgaba mi señor Galván. Sin mucho tardar, vio a un caballero que avanzaba al paso sobre un caballo renqueante y fatigado, jadeante y cubierto de sudor. El caballero fue el primero en saludar a mi señor Galván; y éste le contestó luego. El caballero se detuvo al reconocer a mi señor Galván, y le dijo:

–Señor, bien veis cómo está cubierto de sudor y tan derrengado que de nada me sirve. Me parece que esos dos corceles son

vuestros. Así que querría pediros, con la promesa de devolveros el servicio y galardón, que vos en préstamo o como don me dejéis uno, el que sea.

–Escoged, pues, entre los dos el que más os plazca –contestó.

El otro, como que estaba en gran necesidad, no fue a escoger el mejor, ni el más hermoso ni el más grande, sino que montó al punto el que encontró más cerca de él. Pronto lo ha lanzado al galope. Mientras, caía muerto el que había dejado, pues lo había fatigado y abusado demasiado en aquella jornada.

El caballero sin ningún respiro se va armado a través del bosque. Y mi señor Galván detrás lo sigue y le da caza con ahínco cuando ya había traspasado una colina. Después de avanzar gran trecho encontró muerto el corcel que había regalado al caballero, y vio muchos rastros de caballos y restos de escudos y de lanzas en torno. Se figuró que había habido gran pelea de varios caballeros, y mucho le apenó y disgustó no haber llegado a tiempo. No se paró allí largo rato, sino que avanza con raudo paso. Hasta que adivinó que volvía a ver al caballero: muy solo, a pie, con toda su armadura, el yelmo lazado, el escudo al cuello, ceñida la espada, había llegado junto a una carreta.

Por aquel entonces las carretas servían como los cadalsos de ahora; y en cualquier buena villa, donde ahora se hallan más de tres mil, no había más que una en aquel tiempo. Y aquélla era de común uso, como ahora el cadalso, para los asesinos y traidores, para los condenados en justicia, y para los ladrones que se apoderaron del haber ajeno con engaños o lo arrebataron por la fuerza en un camino. El que era cogido en delito era puesto sobre la carreta y llevado por todas las calles. De tal modo quedaba con el honor perdido, y ya no era más escuchado en cortes, ni honrado ni saludado. Por dicha razón, tales y tan crueles eran las carretas en aquel tiempo, que vino a decirse por vez primera lo de: «Cuando veas una carreta y te salga al paso, santíguate y acuérdate de Dios, para que no te ocurra un mal».

El caballero a pie, sin lanza, avanza hacia la carreta y ve a un enano sobre el pescante, que tenía, como carretero, una larga fusta en la mano; y dice el caballero al enano:

–Enano, ¡por Dios!, dime si tú has visto pasar por aquí a mi señora la reina.

El enano, asqueroso engendro, no le quiso dar noticias, sino que le contesta:

–Si quieres montar en la carreta que conduzco, mañana podrás saber lo que le ha pasado a la reina.

Mientras aquél reanuda su camino, el caballero se ha detenido por momentos, sin montar. ¡Por su desdicha lo hizo y por su desdicha le retuvo la vergüenza de saltar al instante a bordo! ¡Luego lo sentirá!

Pero Razón, que de Amor disiente, le dice que se guarde de montar, le aconseja y advierte no hacer algo de lo que obtenga vergüenza o reproche. No habita el corazón, sino la boca, Razón, que tal decir arriesga. Pero Amor fija en su corazón y le amonesta y ordena subir enseguida a la carreta. Amor lo quiere, y él salta; sin cuidarse de la vergüenza, puesto que Amor lo manda.

A su vez mi señor Galván acercábase hacia la carreta; y cuando encuentra sentado encima al caballero, se asombra y dice:

–Enano, infórmame sobre la reina, si algo sabes.

Contesta el enano:

–Si tanto te importa, como a este caballero que aquí se sienta, sube a su lado, si te parece bien, y yo te llevaré junto con él.

Apenas le oyó mi señor Galván, lo consideró como una gran locura, y contestó que no subiría de ningún modo; pues haría desde luego un vil cambio si trocara su caballo por la carreta.

–Pero ve adonde quieras, que, doquier vayas, allí iré yo.

Así se ponen en marcha; él cabalga, aquellos dos van en carreta, y juntos mantenían un mismo camino. Al caer la tarde llegaron a un castillo. Sabed bien que el castillo era muy espléndido y de arrogante aspecto.

Los tres entran por una puerta. Del caballero, traído en la carreta, se asombran las gentes. Pero no lo animan, desde luego; sino que lo abuchean grandes y pequeños, viejos y niños, a través de las calles, con gran vocerío. El caballero oyó decir de él muchas vilezas y befas. Todos preguntan:

–¿A qué suplicio destinarán al caballero? ¿Va a ser despellejado, ahorcado, ahogado o quemado sobre una hoguera de espino? ¿Di, enano, di, tú que lo acarreas, en qué delito fue aprehendido? ¿Está convicto de robo? ¿Es un asesino, o condenado en pleito?

El enano mantiene obstinado silencio, y no responde ni esto ni aquello. Conduce al caballero a su albergue –y Galván sigue tenazmente al enano–, hacia un torreón que se alzaba en un extremo de la villa sobre el mismo plano. Pero por el otro lado se extendían los prados y por allí la torre se alzaba sobre una roca escarpada, alta y cortada a pico. Tras la carreta, a caballo entra Galván en la torre.

En la sala se han encontrado a una doncella de seductora elegancia. No había otra tan hermosa en el país, y la ven acudir acompañada por dos doncellas, bellas y gentiles.

Tan pronto como vieron a mi señor Galván, le demostraron gran alegría y le saludaron. También preguntaron por el caballero:

–Enano, ¿qué delito cometió este caballero que llevas apresado?

Tampoco a ellas les quiso dar explicaciones el enano. Sino que hizo descender al caballero de la carreta y se fue, sin que supieran a dónde iba.

Entonces descabalga mi señor Galván, y al momento se adelantan unos criados que los desvistieron a ambos de su armadura.

La doncella del castillo hizo que les trajeran dos mantas forradas de piel para que se pusieran encima. Cuando fue la hora de cenar, estuvo bien dispuesta la cena. La doncella se sienta a la mesa al lado de mi señor Galván. Por nada hubieran querido cambiar su alojamiento, en busca de otro mejor; ¡a tal punto fue grande honor y compañía buena y hermosa la que les ofreció durante toda la noche la doncella!

Cuando hubieron comido bien, encontraron preparados dos lechos, altos y largos, en una sala. Allí había también otro, más bello y espléndido que los anteriores. Pues, según lo relata el cuento, aquél ofrecía todo el deleite que puede imaginarse en un lecho. En cuanto fue tiempo y lugar de acostarse, la doncella acompaña a tal aposento a los dos huéspedes que albergaba, les muestra los dos lechos hermosos y amplios y les dice:

–Para vosotros están dispuestas aquellas dos camas de allá. En cuanto a ésta de aquí, en ella no puede echarse más que aquel que lo merezca. Ésta no está hecha para vosotros.

Entonces le responde el caballero, el que llegó sobre la carreta, que considera como desdén y baldón la prohibición de la doncella:

–Decidme, pues, el motivo por el que nos está prohibido este lecho.

Respondió ella, sin pararse a pensar, pues la respuesta estaba ya meditada:

–A vos no os toca en absoluto ni siquiera preguntar. Deshonrado está en la tierra un caballero después de haber montado en la carreta. No es razón que inquiera sobre ese don que me habéis preguntado, ni mucho menos que aquí se acueste. ¡Enseguida podría tener que arrepentirse! Ni os lo he hecho preparar tan ricamente para que vos os acostéis en él. Lo pagaríais muy caro, si se os ocurriese tal pensamiento.

–¿Lo veré?

–¡En verdad!

–¡Dejádmelo ver! No sé a quién le dolerá –dijo el caballero–, ¡por mi cabeza! Aunque se enoje o se apene quien sea, quiero acostarme en este lecho y reposar en él a placer.

Conque, tras haberse quitado las calzas, se echa en el lecho largo y elevado más de medio codo sobre los otros, con un cobertor de brocado amarillo, tachonado de estrellas de oro. No estaba forrado de piel vulgar, sino de marta cebellina. Por sí mismo habría honrado a un rey el cobertor que sobre sí tenía. Desde luego que el lecho no era de paja, ni de hojas secas, ni de viejas esteras.

A media noche, del entablado del techo surgió una lanza, como un rayo, de punta de hierro, y lanzóse a ensartar al caballero a través de sus costados, al cobertor y las blancas sábanas, al lecho donde yacía. La lanza llevaba un pendón que era una pura llama. En el cobertor prendió el fuego, y en las sábanas y en la cama de lleno. Y el hierro de la lanza pasa al lado del caballero, tan cerca que le ha rasgado un poco la piel, pero no le ha herido apenas. Entonces el caballero se ha levantado; apaga el fuego y empuña la lanza y la arroja en medio de la sala. No abandona por tal incidente su lecho, sino que se vuelve a acostar y a dormir con tanta seguridad como antes.

Al día siguiente por la mañana, al salir el sol, la doncella del castillo encargó la celebración de una misa, y envió a despertar y levantar a sus huéspedes. Después de cantada la misa, el caballero que se había sentado en la carreta se acodó pensativo en la ventana ante la pradera y contempló a sus pies el valle herboso.

En la otra ventana de al lado estaba la doncella; allí algo le murmuraba al oído mi señor Galván. No sé yo qué, ni siquiera el tema de su charla. Pero mientras estaban en la ventana, en la pradera del valle, cerca del río, vieron acarrear un ataúd. Dentro yacía un caballero y a sus costados un llanto grande y fiero hacían tres doncellas. Detrás del ataúd ven venir una escolta. Delante avanzaba un gran caballero que conducía a su izquierda a una hermosa dama.

El caballero de la ventana reconoció que era la reina. Y no dejaba de contemplarla con plena atención, y se embelesaba en la larga contemplación. Cuando dejó de verla, estuvo a punto de dejarse caer por la ventana y despeñar su cuerpo por el valle. Ya estaba con medio cuerpo fuera, cuando mi señor Galván lo vio y le sujetó atrás, diciéndole:

–Por favor, calmaos. ¡Por Dios, no pretendáis ya cometer tal desvarío! ¡Gran locura es que odiéis vuestra vida!

–Con razón, sin embargo, lo hace –dijo la doncella–. ¿Adónde irá que no sepan la noticia de su deshonor, por haber estado en la carreta? Bien debe querer estar muerto, que más valdría muerto que vivo. La vida será desde ahora vergonzosa, triste y desdichada.

Así los caballeros pidieron sus armas y revistieron su arnés. Entonces la doncella demostró su cortesía y su hidalguía en un gesto de generosidad. Al caballero de quien se había burlado y al que reprendiera le regaló un caballo y una lanza, en testimonio de simpatía y amistad.

Los caballeros se despidieron de la doncella corteses y bien educados, y después de saludarla se encaminaron por donde vieran marchar al cortejo. Esta vez salieron del castillo sin que nadie les hablara una palabra.

A toda prisa se van por donde habían visto a la reina. No alcanzan a la escolta que se había alejado. Desde la pradera penetran en un robledal, y encuentran un camino de piedras. Siguieron a la ventura por el bosque, y sería la hora prima del día cuando, en un cruce de caminos, encontraron a una doncella y ambos la saludaron. Cada uno le pregunta y suplica que les diga, si lo sabe, a dónde se han llevado a la reina. Como persona sensata les responde:

–Si me pudierais dar vuestra promesa de servirme, bien podría indicaros el camino directo, la senda, y aun os diría el nombre de la tierra y del caballero que allí la lleva. Aunque ha de sufrir grandes rigores quien quiera entrar en aquella comarca. Antes de llegar allí encontrará mil dolores.

Mi señor Galván le dice:

–Doncella, así Dios me ayude, que yo os prometo a discreción poner a vuestro servicio, cuando os plazca, todo mi poder, con tal que me digáis la verdad.

Y el que estuvo en la carreta no dice que promete todo su poder, sino que afirma –como es propio de aquel a quien Amor hace rico, poderoso y atrevido a todo– que, sin temor ni reparo, se pone y ofrece a sus órdenes con toda su voluntad.

–Entonces os lo diré –contesta ella–. Por mi fe, señores, fue Meleagante, un caballero muy fuerte y tremendo, hijo del rey de

Gorre, quien la apresó; y se la ha llevado al reino de donde ningún extranjero retorna, sino que por fuerza mora en el país, en la servidumbre y el exilio.

Y entonces él le pregunta:

–¿Doncella, dónde está esa tierra? ¿Dónde podremos buscar el camino?

Ella responde:

–Ya lo vais a saber. Pero tenedlo por seguro, encontraréis por el camino muchos obstáculos y malos pasos. Que no es cosa ligera el entrar allí, de no ser con el permiso del rey, que se llama Baudemagus. De todos modos sólo se puede entrar por dos vías muy peligrosas, dos pasajes muy traidores. El uno se denomina el Puente bajo el Agua, porque ese puente está sumergido, y la altura del agua al fondo es la misma que la de por encima del puente, ni más ni menos, ya que está justo a mitad de la corriente, y no tiene más que pie y medio de ancho, y otro tanto de grueso; vale la pena no intentar cruzarlo, y, sin embargo, es el menos peligroso, aunque haya, además, aventuras que no digo. El otro es el puente peor y más peligroso, tanto que ningún humano lo ha cruzado; es cortante como una espada y por eso todo el mundo lo llama el Puente de la Espada. La verdad de cuanto puedo deciros os he contado.

Luego le pregunta él:

–Doncella, dignaos indicarnos esos dos caminos.

Y la doncella responde:

–Ved aquí el camino directo al Puente bajo el Agua, y el de más allá va derecho al Puente de la Espada.

Entonces dice de nuevo el caballero que fue carretero:

–Señor, me separo de vos de grado. Elegid uno de estos dos caminos y dejadme el otro a mi vez. Tomad el que más os guste.

–Por mi fe –dice mi señor Galván–, muy peligroso y duro es tanto uno como otro paso. Me siento poco sabio para la elección, no sé cuál escoger con acierto. Pero no es justo que por mí haya demora, ya que me habéis propuesto la elección. Tomaré el camino del Puente bajo el Agua.

–Entonces es justo que yo me dirija al Puente de la Espada, sin discusión –dijo el otro–, y accedo a gusto.

Conque allí se separan los tres. El uno al otro se han encomendado, de todo corazón, a Dios. La doncella, cuando los ve marchar, dice así:

–Cada uno de vosotros debe devolver el galardón a mi gusto, en el momento que yo escoja para reclamarlo. Cuidad de no olvidarlo.

–¡No lo olvidaremos, de verdad, dulce amiga! –dicen los dos.

Cada uno se va por su camino. El caballero de la carreta va sumido en sus pensamientos como quien ni fuerza ni defensa tiene contra Amor que le domina.

Su cuita es tan profunda que se olvida a sí mismo, no sabe si existe, no recuerda ni su nombre, ni si armado va o desarmado, ni sabe adónde va ni de dónde viene. Nada recuerda en absoluto, a excepción de una cosa, por la que ha dejado las demás en olvido. En eso sólo piensa tan intensamente que ni atiende ni ve ni oye nada.

Mientras tanto su caballo le lleva rápido, sin desviarse por mal camino, sino por la senda mejor y más derecha. Así marchaba en pos de la aventura. Así le ha conducido a un campo llano.

En aquel prado había un vado, y al otro lado del río se erguía el caballero que lo guardaba. Junto a él había una doncella montada en un palafrén.

Había pasado casi la hora nona, y todavía permanecía el caballero sin cansancio, abstraído en su meditación. Su caballo, que tenía gran sed, vio hermoso y claro el vado, y corrió hacia el agua al divisarla.

Pero el caballero que estaba en la otra ribera le grita:

–¡Caballero, yo guardo el vado, y os lo prohíbo!

El otro no lo oye ni entiende, ya que su meditar no le deja. Sin reparos se precipita su caballo hacia el agua. El guardián le grita que lo retenga:

–¡Dejad el vado y te portarás como sensato, que por acá no se permite el paso!

Y jura por su corazón que, si penetra en el vado, lo atacará con su lanza. El otro sigue ensimismado sin detener al caballo, que a la carrera salta al agua y comienza a beber a grandes tragos. El guardián dice que se arrepentirá y que no ha de protegerle al transgresor ni su escudo ni su yelmo.

Pone luego su caballo al galope y lo aguija a un galope tendido. Y lo hiere y derriba toda su altura en medio del vado que le había vedado antes. Del mismo modo perdió el caído la lanza y el escudo que pendía de su cuello.

Apenas siente el agua, se sobresalta, y de un salto se pone en pie aún medio atontado; como quien se despierta de un sueño, vuelve en sí, y mira en torno extrañado y busca a quien le hirió. Entonces ha visto al otro caballero. Y así le grita:

–¡Villano! ¿Por qué me habéis atacado, decidme, cuando yo ignoraba vuestra presencia y no os había causado ningún daño?

–¡Por mi fe, que lo habíais hecho! –dice el otro–. ¿No me estimasteis como cosa vil, cuando por tres veces os prohibí el vado y os lo dije lo más alto que pude gritar? Bien me oísteis desafiaros dos o tres veces. Y aun así pasasteis adelante. Bien dije que os daría con mi lanza hasta que os viera en el agua.

A lo cual responde el caballero:

–¡Maldito sea si os oí jamás o si jamás os vi, que yo sepa! Bien pudo ser que me prohibierais pasar el vado, pero estaba absorto en mis pensamientos. ¡Sabed de seguro que en mala hora me atacasteis si puedo coger al menos con una de mis manos el freno de vuestro caballo!

Contesta:

–¿Qué pasaría? Podrás tenerme a tu gusto por el freno, si te atreves a cogerlo. No aprecio ni en un puñado de cenizas tu amenaza y tu orgullo.

Y responde el otro:

–No deseo otra cosa. Pase lo que tenga que pasar, he de tenerte a mi merced.

Entonces el caballero avanza al centro del vado. El otro le coge de las riendas con la mano izquierda y de la cadera con la diestra. Le agarra y tira y aprieta tan duramente que el guardián se lamenta de dolor; le parece sentir que con violencia le desgarra su pierna del cuerpo. Así le ruega que lo deje y le dice:

–¡Caballero, si te place combatir conmigo de igual a igual, toma tu escudo y tu lanza y tu caballo y ven a justar contra mí!

Aquél responde:

–No lo haré, por mi fe, que temo que huirías de mí en cuanto te vieras libre.

El otro, al oírlo, tuvo gran vergüenza, y le dice de nuevo:

–Caballero, monta sobre tu caballo con toda confianza. Yo te garantizo lealmente que ni cederé ni huiré. Me has dicho una infamia; y enojado estoy por tal.

Y el otro toma de nuevo la palabra:

–Antes me habrás dado como garantía tu juramento. Quiero que me des tu palabra de honor de que no te apartarás ni huirás, y de que no me tocarás ni te acercarás a mí, hasta que no me veas a caballo. Te habré hecho buen favor si, ahora que te tengo, te suelto.

Aquél le dio su palabra, que ya no podía más.

Cuando el caballero tuvo la fianza, recogió su escudo y su lanza que por el río flotando iban y a toda prisa se alejaban. Ya estaban un largo trecho más abajo. Luego regresa a por su caballo. Cuando lo hubo alcanzado y estuvo montado, empuñó las correas del escudo y puso la lanza en ristre sobre el arzón. Entonces se enfrentan el uno contra el otro a galope tendido de las monturas.

El que debía custodiar el vado carga el primero contra el otro, y con tanto ímpetu lo alcanza que su lanza vuela en pedazos al golpe. Pero el otro le hiere en respuesta de tal modo que lo envía al centro del vado, tan derribado que el agua lo tapó por entero.

Después el de la carreta retrocede y desmonta, porque pensaba que cien enemigos como aquél podría derribar y perseguir. De su vaina desenfunda la espada de acero. El otro se pone en pie y desenvaina la suya, buena y con destellos. Se entreatacan cuerpo a cuerpo. Por delante ponen los escudos, donde reluce el oro, y con ellos se cubren. Las espadas realizan un duro trabajo, sin conclusión ni reposo, y muy fieros golpes se asestan uno a otro. La batalla tanto se prolonga que el caballero de la carreta se avergüenza de corazón, al pensar que mal llevará a cabo la tarea de la aventura emprendida, cuando tan largo espacio emplea en vencer a un solo caballero... ¡Ayer –piensa– no habría encontrado en valle alguno cien tales que hubieran podido resistirle! Así está muy dolido y airado, por haber empeorado hasta tal punto que yerra sus golpes y en vano consume su jornada. Entonces arrecia su embestida, y tanto lo asedia que el otro ya cede y retrocede. Desampara y le deja libre el vado y el paso, muy a su pesar. Pero él lo persigue de todas formas, hasta que le derriba de bruces.

El viajero de la carreta avanza sobre él entonces, y le recuerda que bien puede ver cuán desdichado fue al derribarlo en el vado y sacarlo de su ensimismado pensar.

La doncella que consigo llevaba el guardián del vado ha escuchado y oído las amenazas. Con gran espanto le suplica que, por ella, lo perdone y no lo mate. El otro contesta que no puede, en verdad, perdonarlo, porque le ha infligido gran afrenta.

Luego va sobre él con la espada desnuda. El caído le dice, despavorido:

–¡Por Dios y por mí, conceded la gracia que ella y yo os suplicamos!

–Pongo a Dios por testigo –responde él– de que no hay nadie, por mucho mal que me hiciera, si me suplicó gracia por Dios, al que en nombre de Dios no lo haya perdonado una vez. Y así lo haré contigo, pues no te lo debo rehusar, cuando así me lo has suplicado. Pero, aun así, te comprometerás a entregarte como prisionero, donde yo quiera, cuando te lo reclame.

El vencido lo otorgó con gran pesadumbre.

La doncella intervino entonces:

–Caballero, por tu liberalidad, ya que él te pidió gracia y tú se la has concedido; si alguna vez liberaste a un prisionero, deja a éste libre. Concédeme salvarlo de su cautividad; con la promesa de que a su debido tiempo te devolveré tal galardón, cuando te convenga, según mi poder.

Entonces él comprendió quién era, por las palabras dichas. Así que dejó al vencido libre de su compromiso. Ella tuvo temor y vergüenza al pensar que la había conocido, ya que tal cosa no deseaba. Mas el desconocido se parte enseguida. El caballero y la doncella se despiden de él y lo encomiendan a Dios. Él les da su adiós, y se va.

Al caer la noche encontró a una doncella, que le salió al paso, muy hermosa y distinguida, muy bien vestida y graciosa. La doncella le saluda, de modo discreto y bien educado, y él le responde:

–¡Sana y dichosa, doncella, os conserve Dios!

–Señor –dice ella–, mi casa está aquí cerca preparada para albergaros, si aceptáis mi invitación. Pero con una condición habéis de albergaros; con la de acostaros conmigo. De tal modo os lo ofrezco e invito.

Muchos hay que por tal invitación le habrían dado mil gracias. Pero el caballero al pronto se entristeció y le respondió de otra manera:

–Doncella, por vuestro hospedaje os estoy muy agradecido. En mucho lo aprecio. Pero, si os place, prescindiría muy bien del acostamiento.

–¡Pues de otro modo no ha de ser, por mis ojos! –dijo la doncella.

Él, como que no puede mejorar la ocasión, lo concede a gusto de ella. Sólo al asentir ya se le quiebra el corazón. ¡Cuando tanto lo lastima la sola promesa, cuál será la tristeza al acostarse! Mucho orgullo y tristeza habrá de sufrir la doncella que lo guía. Y tal vez, al amarle ella con pasión, no se resigne a dejarlo marchar.

Después de haber accedido a su proposición y deseo lo conduce hasta un castillo. No encontraríase uno más bello de aquí hasta Tesalia. Estaba protegido en su circunferencia por altos muros y por un foso de agua profunda.

Y allí dentro no se encontraba más hombre que el que ella esperaba.

Allá había mandado la doncella, para su residencia, construir un buen número de habitaciones y un gran salón principal.

Cabalgando por la vera de un río llegaron a la mansión. El puente levadizo estaba bajo para permitirles el paso. Una vez cruzada la entrada sobre el puente, han encontrado abierta la gran sala, con un artesonado de tejas. Por el portal que encontraron abierto penetran y ven una gran mesa, amplia y larga, cubierta con su mantel. Encima estaban servidos los platos, encendidas todas las velas en los candelabros, y las grandes copas de plata dorada y dos jarras, una llena de vino de moras y la otra de un fuerte vino blanco. A un lado de la mesa, sobre uno de los bancos, encontraron dos palanganas llenas de agua caliente para lavarse las manos; y al costado han hallado una toalla de hermosos bordados, hermosa y blanca, para secarse las manos.

Allá no encontraron ni atisbaron criado, lacayo ni escudero. El caballero se quita el escudo del cuello y lo cuelga de un gancho, y toma su lanza y la deposita sobre el rastrillo de un pesebre. Luego salta de su caballo al suelo, y la doncella desciende del suyo. Al caballero le pareció muy bien que ella no esperara a que él la ayudase a desmontar. Apenas hubo descendido, sin demora ni vacilación, corre a una cámara de donde saca para él un manto escarlata y se lo pone sobre los hombros.

La sala no estaba en sombras, por más que en el cielo lucían ya las estrellas. Por el contrario, había allí dentro tantas velas y antorchas grandes y ardientes que la claridad la inundaba. Después de ponerle el manto al cuello, le dijo la doncella:

–Amigo, ved el agua y la toalla. Nadie os las ofrece ni brinda, puesto que a nadie veréis sino a mí. Lavad vuestras manos y sentaos, comed cuanto os apetezca y venga en gana. La hora y la comida bien lo piden, como podéis ver. Así que lavaos y venid a sentaros.

–¡Con mucho gusto!

Se sienta y ella, muy contenta, a su lado. Juntos comieron y bebieron hasta el fin de la cena. Cuando se hubieran levantado de la mesa, le dijo la doncella al caballero:

–Señor, salid fuera a distraeros, si no os causa molestia, y aguardad allí, si os place, hasta que calculéis que ya estoy acostada. No os enoje ni fastidie la demora, porque bien podéis venir a tiempo, si vais a cumplir vuestra promesa.

Repuso él:

–Yo os mantendré la promesa. De modo que volveré cuando piense que es ya hora.

Entonces se sale fuera y allí se demora un gran rato, pues debe mantener su promesa.

Vuelve de nuevo a la sala, pero no encuentra allí a la que se hizo su amiga, que allí desde luego no estaba.

Cuando ni la encuentra ni la ve, se dice:

–En cualquier lugar que esté, iré en su busca hasta hallarla.

Y no se retrasa en la busca, por la promesa que le tenía.

Al entrar en una cámara oye gritos de una joven. Y era la misma con la que había de acostarse. De pronto advierte la puerta abierta de otra habitación. Hacia allá va, y ante sus ojos presencia cómo un caballero la había derribado y la tenía echada de través sobre la cama, después de desnudarla. Ella, que estaba bien segura de que acudiría en su ayuda, gritaba bien alto:

–¡Ay! ¡Ay! ¡Caballero, tú que eres mi huésped! Si no me quitas a éste de encima, va a ultrajarme en tu presencia. Tú eres quien debe compartir mi lecho, como has pactado conmigo. ¿Me someterá éste ahora a su deseo, bajo tu mirada, a la fuerza? ¡Gentil caballero, esfuérzate, pues, en venir en mi socorro a toda prisa!

Él ve que muy vilmente tenía el otro a la doncella desnuda hasta el ombligo. La escena le produce gran vergüenza y pesar,

por el hecho de que el atacante acerque su desnudez a la de ella. Por otra parte, el espectáculo no le enardece su deseo ni tampoco los celos.

Además, a la entrada había como porteros, bien armados, dos caballeros con espadas desnudas en la mano. Más allá cuatro lacayos estaban en pie. Cada uno blandía un hacha, capaz de partir en dos una vaca por mitad del espinazo, tan fácilmente como segar la raíz de un enebro o una retama.

El caballero se detiene en la puerta y cavila:

–¿Dios, qué podré yo hacer? Me mueve en mi aventura nada menos que el rescate de la reina Ginebra. De ningún modo puedo tener corazón de liebre, cuando por tal motivo estoy en esta búsqueda. Si Cobardía me presta su corazón, y si obro a su mandato, no conseguiré lo que persigo. ¡Deshonrado quedo si aquí me tardo! Incluso me resulta ahora un gran esfuerzo haber mencionado la tardanza. Por ello tengo ya el corazón triste y ensombrecido. Ahora siento vergüenza, ahora desespero, tanto que morir quisiera por haberme detenido tanto aquí. ¡Que Dios no tenga piedad de mí si lo digo por vanidad, y si no quiero mejor morir con honor que vivir con infamia! Si tuviera el paso franco, ¿qué honor habría merecido, si éstos me dieran su permiso para pasar más allá sin disputa? Entonces podría pasar, sin mentir, hasta el más cobarde de los vivientes. Bastante he oído a esta desgraciada suplicarme socorro repetidamente, y me recuerda mi promesa y me la echa en cara.

Al instante se acerca a la puerta e introduce el cuello y la cabeza por una ventana de al lado, y levanta la vista al asomarse así. Ve caer sobre él las espadas y súbito se retira de un brinco. Los dos caballeros no pudieron detener su ímpetu, una vez lanzados a descargar el golpe. En tierra dan con sus espadas, con tal fuerza que ambas se hicieron pedazos.

Una vez quebrados los aceros, él tuvo menos aprecio por las hachas y menos temió a quienes las manejaban. Conque salta entre ellos y de un golpe al costado hiere a un lacayo, y luego a otro.

A los dos que encontró más cerca les da con puños y brazos hasta abatirlos fuera de combate. El tercero erró su golpe. Pero el cuarto le atina, al descargar el golpe. Del tajo rasga la capa y en todo el hombro lo hiere, de modo que su camisa y su blanca carne se tiñen de la sangre que gotea.

Pero nada consigue detenerle, ni se queja de su herida. Rápido avanza a grandes saltos y levanta, agarrándolo por las sienes, al que pretendía forzar a su anfitriona. ¡Bien podrá mantenerle su promesa, antes de partir!

A pesar de su resistencia, alza en pie al rufián. Mientras, el que había fallado su golpe corre hacia el caballero, a toda marcha, y blande en alto el hacha. Cree que lo va a hendir de un tajo, desde la cabeza hasta los dientes. Pero él sabe defenderse bien, y pone por delante al otro rufián. El del hacha le asesta el golpe allí donde el hombro se une al cuello, con tal furia que escinde uno de otro.

Entonces el caballero se apodera del hacha, la arrebata de las manos de su enemigo y arroja al herido. Bien le convenía defenderse, pues que contra él cargaban los tres felones con sus hachas, que muy duramente lo asedian. Con toda intención salta a parapetarse entre la cama y la pared. Les grita:

–¡Ahora, venga, todos contra mí! ¡Aunque fuerais veintisiete, ahora que tengo un parapeto os daré batalla a destajo, y no seré yo quien antes se fatigue de ella!

La doncella, que contemplaba la escena, dice entonces:

–¡Por mis ojos, no tengáis cuidado de ahora en adelante, mientras esté yo presente!

Al momento manda retirarse a los caballeros y lacayos. Y se fueron todos de allí, sin demoras ni excusas.

Luego dijo la doncella:

–Señor, habéis defendido bien mi honor contra toda mi mesnada. Ahora venid, yo os guío.

A la sala regresan cogidos de la mano. Él no iba precisamente encantado, sino que muy a gusto se hubiera hallado bien lejos de

allí. Una cama estaba ahora hecha en medio de la sala. Sus sábanas relucían de limpias, blancas, amplias, desplegadas. Tampoco la colcha era, ni mucho menos, de paja deshilachada ni de áspero esparto. Y sobre la colcha estaba extendido un sedoso cobertor de varios colores. Allí se acostó la doncella, aunque sin quitarse la camisa.

Al caballero le da grandes fatigas y reparos desnudarse. No puede evitar sudar de disgusto. De todos modos, a pesar de sus angustias, su promesa le obliga y va a cumplirla. ¿Es, pues, un hecho de fuerza? Como si lo fuera. Por fuerza tiene que ir a acostarse con la doncella. Su promesa lo emplaza y reclama. Se acuesta, pues, sin apresurarse. Pero no se quita tampoco la camisa, como no lo hizo la doncella. Cuida mucho de no tocarla, sino que se va a un extremo y allí se queda de espaldas. Sin decir una palabra, como a un fraile converso a quien le está prohibido hablar cuando está echado en su lecho. Ni una vez vuelve su mirada ni hacia ella ni a otro lado. No le puede hacer buena cara. ¿Por qué? Porque no siente el corazón su atractivo, que en otro lugar su atención está fijada. Así que no le atrae ni le seduce lo que tan hermoso y amable sería a cualquier otro.

El caballero no tiene más que un solo corazón; y éste no está ya más en su poder, sino que está gobernado desde lejos y no lo puede prestar a otra persona. Entero lo obliga a fijarse en un lugar Amor, que sojuzga todos los corazones. ¿Todos? No, desde luego, tan sólo los que él aprecia. Bien se debe estimar en más aquel que Amor se digna sojuzgar. Y al corazón del caballero lo apreciaba tanto, que lo sojuzgaba por encima de los demás, y lo colmaba de tremenda fiereza. Por tanto, no quiero reprocharle si renuncia a lo que Amor le prohíbe, y obedece lo que quiere Amor.

La doncella se da cuenta y entiende que aquél aborrece su compañía y se pasaría bien sin ella. No tiene intención de abrazarla. Ella lo comprende y le dice:

–Si no os ha de pesar, señor, me iré de aquí. Iré a acostarme a mi cámara y vos os quedaréis más a gusto. No creo que os plazca

demasiado mi encanto ni mi compañía. No lo tengáis como descortés, si os digo lo que pienso. Ahora reposad bien esta noche, que me habéis cumplido tan bien vuestra promesa que no os podría reclamar en derecho nada más. No me queda más que encomendaros a Dios y marcharme.

Luego se levanta. El caballero en absoluto se apena; antes bien, la deja marcharse a gusto, como quien ama por entero a otra. Claramente lo comprende la doncella por la muestra. Así que se ha retirado a su cámara donde se acuesta sin camisa, al tiempo que se dice a sí misma:

–Desde que por vez primera conocí a un caballero, no he conocido a uno solo, a excepción de éste, que valiera la tercera parte de un doblón angevino. Seguro que, como pienso y sospecho, quiere intentar una gran empresa tan peligrosa y fiera que no osó emprender ningún otro caballero. ¡Que Dios le permita llegar hasta el final!

Enseguida se adormeció y durmió hasta que apareció el claro día.

Al rayar el alba, presurosa se levanta. Tan pronto se despierta, el caballero se apresta y reviste su arnés sin más ayuda. Así que cuando se le presenta la doncella lo encuentra ya equipado.

–Buen día os dé Dios hoy –dice ella al verle.

–¡Y a vos, doncella, así sea! –dice él a su vez.

Y agrega que se le hace tarde; que saquen su caballo de los establos. Ella dio órdenes de que se lo trajeran, y dice:

–Señor, yo me iría con vos un buen trecho por ese mismo camino, si es que vos os atrevéis a guiarme y acompañarme, de acuerdo con los usos y costumbres establecidos en el reino de Logres desde antes de nuestro nacimiento.

Las costumbres y franquicias eran así por aquel entonces: que, si un caballero encontraba sola a una damisela o a una doncella villana, no la atacara, así tuviera antes que cortarse el cuello, por todo su honor, si pretendía conservar su buen renombre. Y, en caso de forzarla, para siempre quedaba deshonrado en todas las

cortes. Pero si la joven era acompañada por otro, entonces a cualquiera que le gustara, que presentara batalla y venciera por las armas a su defensor podía hacer con ella su voluntad sin conseguir vergüenza ni reproche. Por eso le dijo la doncella que si se atrevería a escoltarla según esa costumbre, de modo que otro no pudiera molestarla, al ir en su compañía. A lo que contestó el caballero:

–Ninguno ha de causaros enojos, os lo aseguro, si antes no me los presenta a mí.

–Entonces con vos quiero marchar –dijo ella.

Hizo ensillar su palafrén. Pronto estuvo cumplida su orden. Y sacaron el palafrén de la doncella y el caballo del caballero. Ambos montan sin escudero. Y salen con rápido trote.

Ella le da conversación, pero él no presta atención a su charla. Más bien rehúsa el diálogo. Le gusta meditar; hablar le enoja.

Amor muy a menudo le reabre la herida que le ha causado. Jamás le aplicó vendajes para curar ni sanar. No tiene intención ni deseos de buscar emplastos ni médicos, a menos que su herida empeore. Pero aun eso lo incitaría más y más.

Marcharon por sendas y senderos, siguiendo el camino más recto, hasta que llegaron a la vista de una fuente.

La fuente estaba en medio de un prado, y a su lado había un bloque de piedra. En la roca vecina había olvidado no sé quién un peine de marfil dorado. Jamás, desde los tiempos del gigante Isoré, había visto uno tan bello hombre cuerdo ni loco. Y en el peine había dejado un puñado de cabellos la que se había peinado con él.

Cuando la doncella atisbó la fuente y vio la escalerilla no quiso que el caballero los viera e intentó desviarse por otro camino. Él, que iba deleitándose y saciado con su meditación muy a placer, no se dio cuenta al momento de que ella se salía del camino. Pero, cuando lo notó, temió que se tratara de algún engaño, que la joven se apartaba y se salía del camino para esquivar algún peligro.

–¡Atención, doncella –dijo–, que no vais bien! ¡Venid por acá! Nunca, pienso, puede adelantar quien se sale de esta senda.

–Señor, iremos mejor por aquí –replicó la doncella–. Lo sé bien.

Respondió el caballero:

–No sé yo lo que pensáis, doncella, pero bien podéis ver que éste es el camino batido y recto. Una vez que por él he tomado, no me volveré en otro sentido. No obstante, si os place, idos por ahí; que yo iré por éste libremente.

Así avanzan hasta llegar cerca de la mole de piedra y ver el peine.

–Jamás, por cierto, en lo que recuerdo –dice el caballero–, vi tan hermoso peine como ése de ahí.

–Dádmelo –dice la doncella.

–Con mucho gusto, doncella –dice él.

Entonces se baja y lo recoge. Cuando lo tiene en sus manos, lo mira con mucha atención, y remira los cabellos. Mientras, ella empezó a reír. Y cuando se da cuenta le pregunta por qué ríe, que se lo diga. Responde la joven:

–Callad, que no he de decíroslo por ahora.

–¿Porqué? –dice él.

–Porque no me importa nada –contesta.

Entonces él insiste, como quien piensa que ni una amiga a un amigo, ni un amigo a una amiga deben engañarse bajo ningún pretexto:

–Si vos amáis a algún ser de todo corazón, doncella, por él os pido y suplico que no me ocultéis más vuestro secreto.

–Demasiado en serio me lo invocáis –dijo ella; así que os lo diré, sin mentir en nada. Este peine, si es que alguna vez supe algo seguro, fue de la reina. Lo sé bien. Y creedme, además, una cosa: los cabellos tan bellos, lucientes y claros, que veis prendidos entre sus dientes fueron de la cabellera de la reina. Nunca crecieron en otro prado.

–Por mi fe, hay muchas reinas y reyes. ¿A quién queréis referiros? –dijo el caballero.

Ella contestó:

–¡Por la fe mía, señor, a la esposa del rey Arturo!

Al oírla él, no pudo resistirlo su corazón y a punto estuvo de caer doblado. Por fuerza tuvo que apoyarse por delante en el arzón de su silla de montar. La doncella, que lo vio, se asombra y, sorprendida, temió que cayera. Si tuvo tal temor no la censuréis; creyó que el caballero se había desmayado.

Y así estaba él casi desvanecido, que muy poco le faltó. Tenía tal dolor en el corazón que la palabra y el color tuvo perdidos por buen rato. Conque la doncella se bajó de la montura y corrió con toda prisa para apoyarlo y contenerlo, pues no hubiese querido, por nada en el mundo, verlo caer a tierra.

Apenas se dio cuenta, el caballero se avergonzó, y la interpeló:

–¿Qué venís a hacer aquí delante?

No temáis que la doncella le haga reconocer la razón. Que le hubiera causado vergüenza y pesar, y se habría afligido aún más, de haber sabido la verdad. Así que le oculta con cuidado la verdadera causa, y le contesta, la sagaz doncella:

–Señor, vengo a requerir ese peine. Por eso he desmontado a tierra. Tengo tales ansias de poseerlo, que pensé que ya tardaba en tenerlo en mi mano.

Como él está de acuerdo en concederle el peine, se lo da; pero retira los cabellos de modo tan suave que no se quiebra ninguno. Jamás ojos humanos verán honrar con tal ardor ninguna otra cosa. Empieza por adorarlos. Cien mil veces los acaricia y los lleva a sus ojos, a su boca, a su frente, y a su rostro. No hay mimo que no les haga. Por ellos se considera muy rico, y por ellos alegre también. En su pecho, junto al corazón, los alberga, entre su camisa y su piel. No preciará tanto un carro cargado de esmeraldas y de carbunclos. No temía ya el ataque de una úlcera u otras enfermedades. Desdeña el diamargaritón, el elixir contra la pleuresía y la triaca medicinal. Desprecia a san Martín y a Santiago, pues tanto confía en aquellos cabellos que no piensa necesitar de la ayuda de los santos. ¿Pues qué valían los tales cabellos? Por mentiroso y loco se me tendrá si digo la verdad. Ni por la fiesta mayor de San Dionisio y todo su mercado de un día rebosante hubiérase decidido el caballero, a cambio de aquellos cabellos del hallazgo; y es la pura verdad. Y si me requerís la verdad, el oro cien veces depurado, y otras cien pulido luego, es más oscuro que la noche frente al día más bello de este verano, en comparación con aquellos cabellos para quien los confrontara. ¿Y para qué voy a alargar la descripción?

La doncella vuelve a montar enseguida, con el peine que lleva consigo, mientras él se deleita y contenta con los cabellos que guarda en su pecho.

Después de la llanura encuentran un bosque. Siguen por una senda que se hace más estrecha hasta tener que marchar uno tras el otro, ya que de ningún modo podían pasar dos caballos de frente. La doncella avanza delante de su huésped a buen paso por tal atajo.

Por donde el sendero era más estrecho ven venir hacia ellos un caballero. Tan pronto como lo vio la doncella, lo conoció y dijo así:

–Señor caballero, ¿veis a ese que viene a vuestro encuentro todo armado y dispuesto para la batalla? Ése piensa llevárseme consigo seguramente, sin encontrar defensa alguna. Sé muy bien lo que piensa. Porque me ama, y no lo hace de modo sensato. Por sí mismo y con mensajes me ha requerido desde hace mucho tiempo. Pero mi amor tiene negado. Por nada del mundo lo podría amar. ¡Así Dios me proteja, antes moriría yo que amarlo en algún modo! Tengo por seguro que ahora rebosa de alegría y se regocija ya tanto como si me hubiera conquistado. ¡Ahora se mostrará si sois valiente! Ahora veré la demostración de la garantía que vuestra escolta protectora me ofrece. Si podéis garantizarme mi libertad, entonces diré yo sin mentir que sois valiente y gran paladín.

Le contesta él:

–¡Avanzad, avanzad!

Esta palabra equivalía a decir: «Poco me inquieta lo que decís, que por nada os asustáis».

Mientras van hablando así, se acerca a toda premura el caballero que avanzaba en contra, a todo galope, a su encuentro. Le alegraba apresurarse porque pensaba que no sería en vano, y por dichoso se cuenta al ver lo que más amaba en el mundo.

Tan pronto como está cerca, la saluda, con la boca y el corazón, diciendo:

–¡El ser que yo más quiero, del que obtengo menos alegría y más penar, sea bien venido, de doquier que venga!

No hubiera estado bien que ella hubiera contenido su palabra sin devolverle, al menos con los labios, el saludo. ¡Cómo le ha complacido al caballero que la doncella le salude! Por más que su boca no se ha fatigado ni le ha costado nada tal envío. Y aunque hubiera salido como vencedor en un torneo en aquel momento, no lo hubiera apreciado en tanto, ni pensara haber conquistado tanto honor ni premio. Con tal exceso de amor y de vanagloria, la ha tomado por la rienda de su montura y dice:

–Ahora os conduciré yo. Hoy he navegado bien y con fortuna, que arribé a puerto feliz. Ahora ha concluido mi cautiverio. Desde el peligro llegué al puerto; de gran tristeza a gran euforia; de gran dolor a gran salud. Ahora se cumple todo mi deseo, ya que os encontré en tal circunstancia que puedo llevaros conmigo y, en verdad, sin cubrirme de deshonor. Ella contesta:

–No os envanezcáis; que este caballero me acompaña.

–¡Desde luego que os ha acompañado por su mala fortuna! –contestó–, que ahora os llevo yo. Le sería más fácil tragarse un modio de sal al caballero, creo, que libraros de mí. Pienso que jamás veré a un hombre frente al que no os conquistara. Y ya que os he encontrado a mi alcance, por mucho que le pese y le duela, os llevaré conmigo ante sus ojos. ¡Y que haga lo que mejor le plazca!

El otro no se encoleriza por nada de lo que le oyó decir con orgullo. Pero sin burla y sin jactancia acepta el reto en un principio. Dice:

–Señor, no os apresuréis ni gastéis vuestras palabras en vano. Hablad más bien con un poco de mesura. No se os va a negar vuestro derecho, cuando lo tengáis. Con mi acompañamiento, bien lo sabréis, ha venido aquí la doncella. Dejadla libre: ya la habéis retenido demasiado. Aún no tiene ella que cuidarse de vos.

El caballero contesta que lo quemen vivo si no se la va a llevar, mal que le pese.

Éste replica:

–No estaría nada bien, si yo dejara que os la llevarais. Sabedlo: antes he de combatir por ella. Pero, si queremos pelear bien no podemos hacerlo en este sendero, ni con el mayor esfuerzo. Así que vayamos a un camino llano, hasta un espacio abierto, un prado o una landa.

El caballero dice que no pide nada mejor:

–Estoy muy de acuerdo. No os equivocáis en que este sendero es demasiado angosto. Mi caballo ya va muy oprimido. Y aun dudo que pueda hacerle volver grupas sin que se parta un anca.

Entonces se da la vuelta con gran destreza, sin dañar a su caballo ni lastimarlo en nada. Dice:

–En verdad que estoy muy furioso de que no nos hayamos encontrado en un terreno amplio y ante gente. Me hubiera gustado que contemplaran cuál de los dos se portaba mejor. Mas venid, pues, que los iremos a buscar. Encontraremos aquí cerca un terreno llano, espacioso y libre.

Entonces se van hasta una pradera. En ella había doncellas, caballeros y damas que jugaban a varios juegos. Pues era hermoso el lugar. No todos jugaban a charadas, sino también a tablas de damas y ajedrez, y otros a diversos juegos de dados. Varios jugaban a estos juegos, mientras otros de los que allí estaban recordaban su niñez con rondas, carolas y danzas. Cantan, brincan y saltan; incluso practican deportes de lucha.

Un caballero ya de edad estaba erguido al fondo del prado sobre un caballo bayo de España. Tenía riendas y montura de oro, y el cabello entremezclado de canas. Apoyaba una mano en un

costado para mantener su postura. Por el hermoso tiempo iba en camisa, sin arnés, y observaba los juegos y bailes. Un manto le cubría desde los hombros, por entero de escarlata y piel. Al otro lado, junto a un sendero, un grupo de veintitantos jinetes armados velaban sobre sus buenos caballos de Irlanda.

Tan pronto como ellos tres aparecieron, todos dejaron sus distracciones y gritaban a través del prado:

–¡Ved, ved al caballero que fue llevado en la carreta! ¡Que nadie se dedique a jugar mientras se encuentre aquí! ¡Maldito sea quien quiera alegrarse con juegos o danzas, o lo intente, mientras ése esté aquí!

He aquí que el caballero recién llegado, el que amaba a la doncella y la consideraba como suya, era hijo del caballero canoso. Y así se dirigió a él:

–Señor, tengo gran contento, y que lo oiga quien quiera escucharlo; Dios me ha dado la cosa que más he deseado en todos mis días. No me hubiera regalado tanto si me hubieran hecho rey coronado, ni por ello me sentiría más agradecido ni estuviera más beneficiado. Pues tan valioso y bello es mi botín.

–No sé si ya es tuyo –replica a su hijo el caballero.

Con brusca rapidez aquél responde:

–¿Que no lo sabéis? ¿No lo veis, pues? Por Dios, señor, no tengáis la menor duda, puesto que lo veis en mi poder. En el bosque de donde vengo acabo de encontrarla. Pienso que Dios me la traía, y como mía la he tomado.

–No sé aún si lo consiente ese que veo venir detrás de ti.

Mientras hablaban estos dichos y frases, se habían detenido las danzas, a la vista del caballero de la carreta. No se hacían más juegos ni festejos por desprecio y ofensa a aquél.

En tanto, el caballero, sin prestarles atención, vino muy cerca de la doncella al instante y dijo al otro:

–Dejad a esta joven, caballero. Sobre ella no tenéis ningún derecho. Si osáis otra vez, al punto la defenderé contra vos.

Entonces dijo el viejo caballero:

–¿No me lo figuraba yo bien? Querido hijo, no retengas más a la doncella; devuélvesela.

Nada bien le pareció a éste, que jura que no ha de dejarla.

–¡Que Dios no me dé más alegría en cuanto se la entregue! Yo la tengo en mi poder y la retendré como cosa de mi propiedad. Antes se partirán el tahalí y las correas de mi escudo, y he de perder toda la confianza en mi cuerpo, mis armas, mi espada y mi lanza, antes de dejarle a mi amiga.

Y su padre dijo:

–No voy a dejarte combatir, por más que digas. Confías demasiado en tu valer. Pero haz lo que te ordeno.

Por orgullo él le responde entonces:

–¿Soy quien pueda asustarse? Puedo enorgullecerme de esto: que no hay en la extensión que ciñe el mar caballero alguno, de entre los muchos existentes, tan valioso que yo se la cediera, ni a quien no creyera que puedo someter en breve plazo.

Su padre dijo:

–Te lo concedo, querido hijo. Así lo crees tú. Tanta confianza tienes en tu valer. Pero no quiero ni querré que hoy tú te midas con este rival.

Él responde:

–¡Vergüenza tendría si escuchara vuestro consejo! ¡Condenado sea quien lo acepte y quien por vos cobre temor de que yo salga a combatir! Verdad es que mal se negocia en la familia. Mejor podría yo mercar en otra parte, pues vos me queréis engañar. Sé bien que en país extraño podría hacerme valer mejor. Ninguno que no me conociera me haría desistir de mi voluntad; en cambio, vos me disuadís y menospreciáis. Tanto más enojado estoy por cuanto me habéis reprochado. Pues quien reprocha, bien sabéis, su pasión a hombre o mujer más la aviva e inflama. Mas, si cedo en algo por vos, que Dios no me depare más alegría. Por el contrario, voy a pelear a pesar vuestro.

–¡Por la fe que debo al apóstol san Pedro! –dijo el padre–, ahora veo que no servirá de nada mi ruego. Pierdo el tiempo al

reprenderte con mis consejos. Pero pronto te habré mostrado argumento tal que, a tu pesar, tendrás que hacer toda mi voluntad, porque estarás sometido a ella.

Al momento llama a todos los caballeros de guardia, que acuden a él. Les ordena que dominen a su hijo, que no se deja guiar por sus consejos. Dice:

–Lo mandaría encadenar antes de dejarlo combatir. Todos vosotros en pleno sois mis hombres. Por tanto, me debéis amor y fidelidad. Por cuanto dependéis de mí os lo ordeno y suplico a la vez. Gran locura le mueve, me parece, y mucho procede con exceso de orgullo, al contradecir lo que yo quiero.

Los otros afirman que lo prenderán, y que, después de estar en su poder, no tendrá ganas de combatir; de modo que consentirá, a pesar suyo, en devolver a la doncella. Entonces van todos a prenderlo y aprisionarlo por los brazos y por el cuello.

–¿No te consideras ahora como loco? –dijo el padre–. Date cuenta de la realidad. No tienes fuerza ni poder para combatir ni para justar, por más que te cueste, por más que te duela y por más que te apene. Así que acepta lo que me parezca bien, y obrarás con sensatez. ¿Y sabes cuál es mi propuesta? Para que tu tormento sea menor, seguiremos tú y yo, si tú quieres, a ese caballero durante hoy y mañana, por el bosque y por el llano, cabalgando a la par. Tal vez podamos encontrarlo de tal personalidad y talante que yo te permita probar contra él tu valor y combatirlo según tu deseo.

Así el hijo ha accedido, a pesar suyo, a lo que le ha propuesto. Ya que no puede modificarlo, dice que acatará las órdenes de su padre, pero que ambos han de seguir al caballero.

Ante el desarrollo de esta aventura, las gentes que estaban en el prado decíanse uno a otro:

–¿Habéis visto? El que estuvo en la carreta ha conquistado hoy tal honor que se lleva consigo a la amada del hijo de mi señor; aunque mi señor lo sigue. En verdad podemos asegurar que alguna virtud habrá encontrado en él, cuando permite que se la

lleve. ¡Maldito cien veces quede quien hoy deje de jugar y danzar a causa de él! ¡Volvamos a nuestros festejos!

Entonces reanudan sus jugueteos, danzan y bailan.

Enseguida se marcha el caballero. No se demora por más tiempo en el prado. Tampoco tras de él se detiene la doncella que le acompaña. Ambos se alejan a toda prisa.

El hijo y su padre, de lejos, los siguen. A través de un prado ya segado cabalgaron hasta la hora nona. Allí encuentran en un lugar muy bello un monasterio y, cerca del coro, un cementerio rodeado de muros. No se portó como villano ni como necio el caballero que entró a pie en el monasterio para rezar. Y la doncella le sujetó el caballo hasta el regreso.

Cuando había acabado su plegaria y se volvía atrás se le acerca un monje muy viejo. Lo ve ante sus ojos salirle al paso. Al encontrarle le ruega muy amablemente que le informe de lo que hay dentro de aquellos muros. Aquél responde que allí hay un cementerio, y él dice:

–Conducidme a él, con la ayuda de Dios.

–Muy a gusto, señor.

Entonces le introduce en el cementerio, entre las más hermosas tumbas que se podrían encontrar desde Dombes hasta Pamplona. Sobre cada una figuraban los nombres de los que habían de yacer dentro de ellas. Y él mismo, por su cuenta, comenzó a leer los nombres, y encontró: «Aquí yacerá Galván, aquí Leonís y aquí Yvain».

Después de éstos ha leído muchos otros nombres de caballeros escogidos, de los más apreciados y mejores en aquella tierra y de más allá. Entre las tumbas encuentra una de mármol, que parece ser una obra maestra, la más bella, muy por encima de todas las otras.

El caballero llama al monje y dice:

–Estas tumbas de aquí, ¿a qué se destinan?

Responde él:

–Ya habréis visto las inscripciones. Si las habéis comprendido, entonces bien sabéis lo que dicen y lo que significan esas tumbas.

–Entonces, decidme para qué es ésa más grande.

El ermitaño responde:

–Os lo diré con precisión. Se trata de un sarcófago que ha superado a todos los que jamás se han construido. Otro tan rico ni tan bien labrado ni yo ni nadie lo ha visto nunca. Hermoso es por fuera y mucho más su interior. Pero no os ocupéis de su belleza oculta, porque de nada os podría servir; que no lo tenéis que ver por dentro. Pues se necesitarían siete hombres muy fuertes y enormes para descubrirlo, si se pretendiera abrir la tumba, que está cubierta por una pesada losa. Sabed que es cosa bien segura que se necesitan esos siete hombres, más fuertes de lo que vos y yo somos. Existe una inscripción que reza así: «Aquel que sólo y por su propia fuerza consiga levantar esta losa liberaría a aquellos y aquellas que yacen en cautividad en la tierra de donde no sale nadie, ni siervo ni gentilhombre, una vez que ha penetrado en ella». Hasta ahora ninguno de allí ha retornado. Los extranjeros quedan allí prisioneros. Sólo las gentes del país van y vienen y franquean los límites a placer.

Enseguida el caballero avanza para agarrar la losa, y la levanta como si de nada se tratara. Mejor de lo que diez hombres lo hubieran hecho si hubieran aplicado toda su fuerza. El monje quedó tan atónito que por poco no cae desmayado. Pues no creía que había de ver tal prodigio en toda su vida. Dijo luego:

–Señor, ahora tengo gran deseo de saber vuestro nombre. ¿Podríais decírmelo?

–Yo no, por mi fe de caballero –contestó él.

–Por cierto que eso me pesa. Mas si me lo dijerais haríais una gran cortesía, de la que podríais obtener gran prez. ¿De dónde sois, cuál es vuestro país?

–Un caballero soy, como veis, y nacido en el país de Logres. Con eso quisiera contentaros. Y vos, si os place, decidme de nuevo, ¿quién ha de yacer en esta tumba?

–Señor, el que ha de liberar a todos los que están cautivos en la trampa del reino del que ninguno escapa.

Después de que el monje le hubo respondido, el caballero lo encomendó a Dios y a todos sus santos. Entonces sale y acude, con rápido paso, junto a la doncella. El viejo monje, de pelo canoso, lo sigue afuera de la iglesia. Así que llegan a mitad del camino, mientras la doncella monta en su cabalgadura, el monje le refiere con detalle cuanto había pasado dentro y le ruega que le diga el nombre del caballero, si ella lo sabe. De tal modo que ella le replica que no lo sabe, pero que se atreve a afirmarle con seguridad una cosa: que no existe en vida un caballero igual en toda la extensión por donde soplan los cuatro vientos.

A continuación la doncella lo deja y se aleja en pos del caballero. En ese momento llegan los que los seguían, y allí encuentran ante sus ojos al monje solo ante la iglesia. El viejo caballero de la camisa le dice:

–Decidme, señor, ¿visteis a un caballero que acompaña a una doncella?

–No tendré ningún reparo en contaros toda la verdad –responde el monje–. Precisamente ahora se alejan de aquí. El caballero penetró en el cementerio, y ha hecho una gran maravilla. Porque él solo sin fatigarse en lo más mínimo alzó la losa de encima de la gran tumba marmórea. Va a socorrer a la reina. Y la socorrerá sin duda; y con ella a todos los cautivos. Vos mismo bien lo sabéis, que muchas veces habéis leído la inscripción de la lápida. En verdad que nunca nació de hombre y mujer ni se sentó sobre una montura un caballero que valiera tanto como éste.

Entonces dijo el padre a su hijo:

–¿Hijo, qué te parece? ¿Acaso no es un gran prohombre el que ha acometido tal hazaña? Ahora ya sabes de fijo quién cometió el error. Ya te das cuenta de si fue tuyo o mío. No quería, ni por la ciudad de Amiens, que le hubieras presentado combate, aunque antes bien te has rebelado, hasta que se te pudo disuadir. Ahora nos podemos volver, pues haríamos gran locura en seguirlo de aquí en adelante.

Su hijo contestó:

–Accedo a ello. No nos serviría de nada seguirle. Pues que así os place, volvámonos.

Al aceptar la vuelta demostró gran cordura. Entre tanto, la doncella durante todo el camino se arrimaba muy al costado del caballero, para atraer así su atención, y quería saber de él su nombre. Le requiere para que se lo diga. Se lo suplica una y otra vez, hasta que él le dice ya cansado:

–¿No os he dicho que yo soy del reino del rey Arturo? ¡Por la fe que debo a Dios y por su virtud que sobre mi nombre no habéis de saber más.

Entonces la joven le dice que, si le da permiso para retirarse, se volverá atrás. Y él le dice adiós con gesto alegre.

Así que la doncella se retira. Y él, hasta que se hizo muy tarde, ha seguido cabalgando sin compañía. Al anochecer, a la hora del ángelus, mientras proseguía su camino, vio a un caballero que venía del bosque en que había cazado. Venía éste con el yelmo anudado y con la caza que Dios le había concedido sobre la grupa de su caballo de color gris.

El valvasor se apresura a salir al encuentro de nuestro caballero y le ruega que acepte su hospedaje.

–Señor, no tardará en llegar la noche. Ya es momento de buscar albergue; así debéis hacerlo razonablemente. Tengo una casa mía aquí cerca, adonde os puedo llevar ahora. Nadie os albergaría mejor de lo que yo lo haré, por todos mis medios, si a vos os place. A mí me alegrará mucho.

–También yo estaré contento con ello –dijo él.

El valvasor envía al momento a su hijo, para que se adelante en aprestar el hospedaje y en apremiar los preparativos de la cocina. El muchacho sin demora cumple al punto la orden; muy a su gusto y con diligencia se dirige a su casa a toda marcha. Así los demás, sin premura, continúan el viaje hasta llegar a la casa.

El valvasor tenía como esposa una dama bien educada, y cinco hijos muy queridos, tres cadetes y dos caballeros, y dos hijas

gentiles y hermosas que eran aún doncellas. No habían nacido, sin embargo, en aquel país, sino que estaban allí detenidos y en tal cautividad habían permanecido muy largo tiempo, ya que habían nacido en el reino de Logres.

El valvasor ha conducido al caballero hasta el interior del patio. La dama acude a su encuentro, y salen también sus hijos e hijas. Todos se afanan por servirlo. Le ofrecen sus saludos y le ayudan a desmontar.

Menos atenciones prestaron a su señor padre las hermanas y los cinco hermanos, puesto que bien sabían que él prefería que obraran de tal modo. Al caballero le colman de honores y agasajan. Después de haberle desvestido el arnés, le ha ofrecido un manto una de las dos hijas de su anfitrión; y le ciñe al cuello el manto propio, que ella se quita. Si estuvo bien servido en la cena, de eso ni siquiera quiero hablar.

Al llegar la sobremesa no hubo la menor dificultad en encontrar motivos de charla.

En primer lugar, comenzó el valvasor requiriendo de su huésped quién era y de qué tierra, aunque no le preguntó directamente su nombre.

A tales cuestiones respondió:

–Soy del reino de Logres; y en este país vuestro no había estado nunca.

Al oírlo, el valvasor se sorprende en extremo, y también su mujer y todos sus hijos. Todos se apesadumbraron mucho, y así le empiezan a decir:

–¡Por vuestra mayor desdicha llegasteis, amable y buen señor! Tan gran daño os alcanza. Porque ahora quedaréis como nosotros en la servidumbre y el exilio.

–¿De dónde sois vosotros? –dice.

–Señor, somos de vuestra tierra. En este país muchos hombres de pro de vuestra tierra están en la servidumbre. ¡Maldita sea tal obligación y también aquellos que la mantienen! Porque a todos los extranjeros que aquí llegan se les obliga a permanecer aquí, y

en esta tierra quedan confinados. Entrar puede aquí quien quiera, pero luego tiene que quedarse. Vos mismo no tenéis más solución. No saldréis, me temo, ya nunca.

–Sí, lo haré, si puedo.

El valvasor le volvió a decir luego:

–¿Cómo? ¿Pensáis salir de aquí?

–Sí, si Dios quiere. En ello emplearé todo mi esfuerzo.

–Entonces podrían salir sin temores todos los demás tranquilamente. Ya que en el momento en que uno, en un leal intento, logre escapar de esta prisión, todos los demás, sin reparos, podrán marchar, sin que nadie se lo prohíba.

Entonces el valvasor recuerda que le habían contado que un caballero de gran virtud vendría al país a luchar por la reina, a quien retenía en su poder Meleagante, el hijo del rey. Dícese entonces:

–Cierto, creo que es él. Se lo preguntaré. No me ocultéis luego, señor, nada de vuestra empresa, a cambio de la promesa de que os daré el mejor consejo que sepa. Yo mismo obtendré prez si podéis cumplir tal hazaña. Descubridme la verdad por vuestro bien y por el mío. A este país, según lo que creo, habéis venido a por la reina, en medio de estas gentes traidoras, que son peores que los sarracenos.

El caballero responde:

–No he venido por ninguna otra razón. No se dónde está encerrada mi señora. Pero vengo decidido a rescatarla, y para ello he menester de gran consejo. Aconsejadme, si sabéis.

Dice el otro:

–Señor, habéis emprendido un muy duro camino. La senda que seguís os lleva directamente al Puente de la Espada. Os convendría seguir mi consejo. Si me hicierais caso, iríais al Puente de la Espada por un camino más seguro, que os haría indicar.

Pero él, que sólo ansiaba el más corto, respondió:

–¿Va esa senda tan derecho como este camino de aquí?

–No, desde luego. Es más larga, pero más segura.

–Entonces –dijo– no me interesa. Aconsejadme sobre ésta, pues estoy dispuesto a seguirla.

–Señor, en verdad, no vais a conseguir en ella el éxito. Si avanzáis por tal camino, mañana llegaréis a un paso donde al pronto podréis recibir gran daño. Su nombre es el Paso de las Rocas. ¿Queréis que os diga de modo sencillo cuán peligroso es tal paso? No puede pasar más que un solo caballo. No cruzarían por él dos hombres de frente. Y, además, el pasaje está bien guardado y defendido. No se os cederá el paso en cuanto lleguéis. Recibiréis muchos golpes de espada y de lanza, y tendréis que devolverlos en abundancia antes de haberlo traspuesto.

Cuando hubo concluido el relato, avanzó uno de los caballeros hijos del valvasor hasta su padre y dijo:

–¡Señor, con este caballero me iré, si no os contraría!

A la vez uno de los hijos menores se levanta y dice:

–Del mismo modo iré yo.

El padre da su permiso para la despedida a los dos muy de grado. Ahora ya no partirá solo el caballero. Les da las gracias, ya que en mucho estimaba su compañía.

Con esto dejan la conversación y conducen a su dormitorio al caballero. Allí durmió lo que le plugo. Apenas pudo vislumbrar el día, se puso en pie. Y lo advirtieron los que debían acompañarle. También ellos se levantan al momento.

Los caballeros se han vestido la armadura y se ponen en marcha, después de la despedida. El cadete se ha puesto a la cabeza y así mantienen su marcha juntos hasta llegar directamente al Paso de las Rocas a la hora de prima.

En medio del paraje había una barrera fortificada sobre la que estaba apostado un hombre. Antes de que se acercaran, el que estaba sobre la barrera los divisó; y grita con todas sus fuerzas:

–¡Por ahí vienen al ataque! ¡Por ahí vienen al ataque!

Entonces aparece sobre un caballo un caballero en la fortificación, armado con un luciente arnés, y acompañado por ambos lados de unos criados que empuñan hachas cortantes.

Cuando el otro se acerca al paso, éste, que se apercibe de quién es, le reprocha lo de la carreta con feos gritos y denuestos:

–¡Vasallo, gran osadía has cometido, y bien has obrado como loco necio al penetrar en este país! ¡Desde luego que no debía venir un hombre que ha viajado sobre la carreta! ¡Así Dios no te conceda más placer!

Conque uno hacia el otro se lanzan al máximo galope de sus caballos. El que debía guardar el paso quiebra su lanza en pedazos, y los trozos caen de su mano a tierra. El otro le asesta el golpe en la garganta directamente, pasando la lanza sobre el borde superior del escudo. Lo derriba de lleno y lo tira atravesado sobre las rocas. Los sirvientes con las lanzas saltan hacia el invasor, pero deliberadamente no le alcanzan, ya que no tienen ganas de dañarle ni a él ni a su caballo. El caballero se da cuenta de que no quieren perjudicarle en nada ni causarle daño. Así que sin preocuparse de sacar la espada franquea el paso sin más dilación. Y tras de él sus compañeros. De éstos dijo el uno al otro:

–Jamás vi tal caballero, ni hay ninguno que a él pueda igualarse. ¿No ha realizado un gran prodigio al cruzar por aquí por la fuerza?

–Querido hermano, por Dios, apresúrate –dijo el mayor a su hermano– hasta encontrar a nuestro padre, e infórmale de esta aventura.

Pero el más joven se resiste y jura que no irá a decírselo; que no se apartará de aquel caballero hasta que le dé el espaldarazo y lo arme caballero a él. Que su hermano vaya a dar el mensaje, si tiene tan gran interés.

De modo que continúan la marcha los tres en grupo. Sería ya la hora nona, al atardecer, cuando encontraron a un hombre que les pregunta quiénes son. Responden:

–Caballeros somos, que a nuestros asuntos vamos.

El individuo se dirigió al caballero de la carreta, que le pareció ser el señor y jefe de los otros dos:

–Señor, me gustaría albergaros a vos y a vuestros dos compañeros también.

Él contestó:

–No me sería posible retirarme a un albergue a esta hora. Pues infame es quien se demora o a su gusto reposa, cuando ha acometido tan gran empresa como la mía. Tamaña es la que yo persigo que aún por largo tiempo no tomaré hospedaje.

Replicó después el hombre:

–Mi mansión no está aquí cerca, sino a una gran distancia hacia adelante. Podéis venir a ella con la seguridad de que recibiréis albergue a una hora justa, pues será muy tarde cuando allí lleguéis.

–Entonces –contestó–, allí iré.

De ese modo se ponen en ruta; el hombre por delante, para conducirlos, y ellos tras él por el camino llano. Después de cabalgar así por largo espacio, salió a su encuentro un escudero, que se dirigió a ellos a toda marcha, a gran galope sobre un rocín grueso y redondo como una manzana. Dijo el escudero al huésped:

–¡Señor, señor, venid a toda prisa! Que las gentes de Logres se han lanzado en son de guerra contra los del país. Ya ha comenzado el combate, la revuelta y la tumultuosa pelea. Corre el rumor de que en esta comarca se ha infiltrado un caballero que ya ha combatido en numerosos lugares; y no se puede contener su avance ni su paso adonde quiere dirigirse. Franquea el paso, sea quien sea el que lo impida. Así murmuran todos en la región que va a liberarlos a todos y que abatirá el poder de los nuestros. Ahora, pues, apresuraos, os lo aconsejo.

Entonces el hombre se va al galope. Ellos se regocijan mucho al oír la noticia. También quieren socorrer a los suyos. Y dice el hijo del valvasor:

–Señor, oíd lo que dice ese servidor. Vayamos para ayudar a nuestras gentes que ya pelean con los del lugar.

Mientras tanto, el hombre se va, apresurado y sin aguardarlos. A toda prisa se dirige hacia una fortaleza que se alzaba sobre una

colina. En rápida carrera llegó hasta la entrada y ellos tras él a golpe de espuela.

El castillo estaba rodeado en torno por un alto muro y un foso. Apenas hubieron penetrado en el recinto, allí dejaron caer una puerta tras sus talones para impedirles salir de nuevo. Gritan ellos:

–¡Vamos, adelante, que no nos detendremos aquí!

En pos del hombre en raudo pasar llegan hasta el portón de salida, sin que nadie se lo impida. Pero apenas el hombre lo hubo traspuesto dejaron caer tras él una puerta levadiza.

Quedaron muy irritados cuando se vieron encerrados allí dentro, pues temían encontrarse con un encantamiento.

Pero aquel de quien os relato la historia tenía en su dedo un anillo, cuya piedra tenía la virtud mágica de vencer la prisión de cualquier encantamiento, una vez que el caballero la mirase.

Pone el anillo ante sus ojos, mira la piedra y dice:

–¡Dama, dama, así Dios me proteja, ahora tendría gran necesidad, si podéis, de vuestra ayuda!

Aquella dama era un hada que le había dado el anillo y le había criado en su niñez. Tenía en ella gran confianza de que, en cualquier lugar que se encontrase, le aportaría ayuda y socorro.

Pero bien, se apercibe por su invocación y por la piedra del anillo de que aquí no se trata de un encantamiento, sino que se asegura de que están sencillamente encerrados y atrapados. Entonces llegan ante una puerta con una poterna estrecha y baja sujeta con una barra. Sacan a la vez sus espadas. Tanto la baten los tres a golpes que al final la quiebran.

Cuando salieron de la torre, contemplan ya comenzada la batalla en la cuenca de los valles, muy extensa y feroz. Bien podría haber mil caballeros entre los de un bando y del otro, además de la muchedumbre de villanos.

A medida que avanzaban hacia el llano de los prados, el hijo del valvasor, joven sensato y apercibido, tomó la palabra:

–Señor, antes de que lleguemos allá, nos convendría, creo, que alguien fuera a informarse y saber de qué lado combaten nuestras gentes. Yo no sé de qué parte acuden, pero iré a enterarme, si queréis.

–De acuerdo –dijo él–. Id pronto y regresad pronto, como importa.

Se va enseguida y enseguida vuelve, diciendo:

–Hemos tenido buena fortuna, pues he reconocido con certeza que los nuestros son los de este lado.

Entonces el caballero, al dirigirse hacia el tumulto, se encuentra con un caballero que avanza hacia él, y contra éste justa. Tan fuerte lo hiere, hincándole la lanza por un ojo, que lo abate muerto. El más joven de los hijos del valvasor desmonta, se apodera del caballo del caído y de sus armas, y se reviste con premura del arnés. Apenas estuvo armado, sin demorarse, sube a caballo, y agarra el escudo y la lanza, que era grande, firme y pintada de colores. Al costado se había ceñido la espada, cortante, luciente y clara.

A la batalla acude tras de su hermano y de su señor. Éste se mantuvo admirablemente en la pelea durante largo rato, de tal modo que quebró, hendió y despedazó escudos, lanzas y yelmos. Ni la madera del escudo ni el hierro de la armadura protege a quien él alcanza de caer malherido o muerto a los pies del caballo. Tan fuertemente luchaba él solo que por doquier ponía en fuga al enemigo. Y muy bien le secundaban sus acompañantes detrás.

Así que los de Logres se asombraban de no reconocer al caballero y preguntaron sobre él a un hijo del valvasor. Respondió éste a sus repetidas preguntas:

–Señores, él es quien nos librará del exilio y de la enorme desventura a que por largo tiempo habíamos sucumbido. De modo que le debemos hacer gran honor, ya que, para sacarnos de prisión, ha cruzado tantos pasos peligrosos y tantos ha de cruzar aún. Mucho ha hecho y mucho le queda por hacer.

Nadie dejó de sentir la alegría, apenas oyó la noticia, que se propagó hasta que fue contada a todos. Todos la oyeron y se en-

teraron. Con la alegría que tuvieron les creció la fuerza, y se esmeran tanto que matan buen número de enemigos. Y les infligen grandes pérdidas. Me parece que más por la obra única de un solo caballero que por el grupo entero de los demás. De no haber sido por la cercana noche todos los contrarios se hubieran retirado en derrota total. Pero llegó la noche tan oscura que tuvieron que retirarse. Al momento de la separación, todos los cautivos, como de común acuerdo, se reunieron en torno al caballero. Por todas partes le asían del freno y le decían:

–¡Bien venido seáis, bello señor!

Todos repetían:

–¡Señor, por mi fe, hoy os albergaréis en mi casa! ¡Señor, por Dios y por su nombre, no busquéis posada en otro lugar!

Todos claman lo mismo, porque todo el mundo, tanto el viejo como el joven, quiere darle albergue. Y dicen uno y otro:

–Estaréis mejor en mi hospedaje que en cualquier otro.

Esto lo dice cada uno alrededor de él. Y se lo arrebatan pronto el uno al otro, ya que todos quieren tenerlo consigo. Y a punto están de pelear por tal motivo.

Entonces les dice él que se pelean sin motivo y con gran necedad:

–¡Dejad –dice– esta riña que no os conviene a vosotros ni a mí! No está bien la disensión entre nosotros, cuando uno a otro debería ayudar. No os toca pleitear sobre la tarea de albergarme, sino que debéis acordaros para hospedarme, en beneficio de todos, en tal lugar que esté junto al camino que he de seguir.

Todavía dicen uno y otro de mil modos:

–¡Será en mi casa!

–¡No, en la mía!

–Aún no habláis en razón –dice el caballero–. A mi parecer, el más sabio de vosotros está loco, por lo que os he oído embarullaros. Deberíais ayudarme a avanzar y pretendéis desviarme. Si todos vosotros por turno, uno tras otro, me hubierais colmado de honores y servicios, tantos como pueden hacerse a un humano, ¡por todos los santos a los que se reza en Roma!, no le estaría yo más agradecido por todos los beneficios recibidos, cuanto lo estoy ya por tal intención. Así Dios me dé contento y salud, esa atención me emociona tanto como si cada uno me hubiera colmado ya de honores y beneficios. ¡Que la intención reemplace a la realización!

Con tales palabras los contiene y apacigua a todos. Lo conducen luego a la casa de un caballero de calidad, dándole escolta por el camino. Todos se esfuerzan por servirle. Le honraron y agasajaron toda la noche hasta que se retiró a dormir, pues lo estimaban todos mucho.

Por la mañana, cuando llegó la hora de la partida, todos quieren marchar con él. Cada uno se le presenta y ofrece su persona. Pero a él no le place ni acepta que ningún otro le acompañe, a excepción, únicamente, de los dos que había traído consigo. Éstos, y no más, le seguían.

Aquel día cabalgaron desde la mañana al caer del sol sin encontrar aventura. Cabalgaban en muy rápida carrera cuando muy tarde salieron de un bosque. Al salir contemplaron la mansión de un caballero. A sus puertas estaba sentada su esposa, que parecía ser una dama distinguida.

Tan pronto como ella pudo verlos se levantó y salió a su encuentro. Les saluda con rostro alegre y contento, con estas frases:

–¡Sed bien venidos! Quiero que aceptéis mi hospedaje. Contad con este albergue; descended.

–Señora, ya que lo ordenáis, desmontaremos con vuestra venia. Durante esta noche, pues, aceptaremos vuestro hospedaje.

Ponen pie a tierra. Al desmontar, la dama da órdenes de que retiren sus caballos, pues tenía abundante personal en su casa. Convoca a sus hijos e hijas, y todos acuden a su llamada enseguida, muchachos corteses y apuestos, caballeros y bellas jóvenes. La dama encarga a sus hijos que quiten las monturas a los caballos y les den forraje. Ninguno lo tomó a mal, sino que lo hicieron muy a gusto. Ordena desarmar a los caballeros; sus hijas se aprestan a

quitarles la armadura. Desarmados quedan, y luego les ofrecen dos cortos mantos para cubrirse los hombros. En la casa, que era muy bella, los introducen a continuación.

Pero el castellano no estaba en el interior, sino en el bosque, y con él estaban dos de sus hijos. Conque llegó después, y la gente de su casa, muy bien acostumbrada, salió a darle la bienvenida. Al momento desatan y descargan la caza que traía, mientras le informan diciendo:

–Señor, señor, no sabéis que tenéis como huéspedes a dos caballeros.

–¡Dios sea loado! –les responde.

El caballero y sus dos hijos dispensan también una festiva acogida a sus huéspedes. A la vez la gente de la casa no se quedaba ociosa, sino que hasta el menor allí se aprestaba a hacer lo que debía hacerse. Unos corren a apresurar la cena, otros a alumbrar las antorchas. Luego las encienden. Aportan la toalla y las palanganas y ofrecen el agua de lavarse las manos. No se muestran avaros de tal ofrecimiento. Todos se lavan y van a sentarse. Nada de lo que se veía en el interior de la casa era de mal gusto ni entristecedor.

Al primer plato sobrevino un acontecimiento inesperado: se presentó ante la puerta un caballero más orgulloso que un toro, que ya es una bestia muy orgullosa. Venía armado de la cabeza a los pies sobre un corcel. Con una pierna fija en el estribo manteníase erguido, mientras que había colocado la otra, por equilibrio o por jactancia, sobre el cuello del caballo de larga melena. Figuráoslo aproximarse en tal postura, de modo que nadie se apercibió de él, hasta que se puso delante de ellos y dijo:

–¿Quién es ése, quiero saber, que tanta locura y vanidad rebosa, y que tan vacía tiene de seso la mollera que llega a este país con la pretensión de cruzar el Puente de la Espada? Para nada ha venido a fatigarse. Para nada ha perdido sus pasos.

El aludido, sin amedrentarse, le responde con tono seguro:

–Yo soy quien quiere atravesar el puente.

–¿Tú? ¿Tú? ¿Cómo osas pensarlo? Antes hubieras debido meditar, antes de emprender tal intento, a qué fin y a qué meta podrías llegar. Debiste haberte acordado de la carreta en que montaste. No sé yo si tienes vergüenza por haber montado en ella, pero sí que nadie que estuviera en sus cabales hubiera acometido tamaña empresa, después de haberse cubierto de esa infamia.

A lo que le oyó decir no se digna responderle una palabra. Mas el señor de la casa y todos los demás se asombraron, con razón, en extremo:

«¡Ah, Dios! ¡Qué gran desventura! –se dice a sí mismo cada uno–. ¡Maldita sea la hora en que se inventó y se construyó la primera carreta! ¡Bien vil y despreciable es el trasto! ¡Ah, Dios! ¿De qué fue acusado? ¿Y por qué fue puesto en carreta? ¿Por qué pecado? ¿Por qué delito? Ahora le será echado en cara todos los días. Si estuviera libre de tal reproche, en toda la extensión del mundo no se encontraría un caballero tan avezado a la proeza que se pudiera comparar con él. Quien al punto los reuniera a todos no vería entre ellos caballero tan hermoso y tan gentil, si dijera la verdad.»

Esto decían en común. Entonces el recién llegado volvió a tomar la palabra orgullosamente:

–Caballero, tú que vas al Puente de la Espada, escúchame: si quieres, pasarás el agua muy ligera y suavemente. Yo te haré navegar al otro lado del agua en una nave, muy deprisa. Pero sí quiero exigirte peaje; cuando te tenga en la otra orilla, te cortaré la cabeza, si así lo quiero, o no. Estarás a mi merced.

Él le replica que no pretende lograr tal infortunio. Que su cabeza en esa aventura no quedará expuesta a un necio arbitrio.

El otro replica de nuevo:

–Puesto que no quieres hacer lo que te digo, tendrás que salir aquí afuera para combatir conmigo cuerpo a cuerpo. ¡Sea para quien sea la derrota y el duelo!

El caballero responde, por seguirle el juego:

–Si lo pudiera rehusar, muy de buen grado me lo ahorraría. Pero, en verdad, he de combatir antes de soportar algo peor.

Antes de levantarse de la mesa, donde con los demás estaba sentado, ordena a los criados que la servían que le preparen enseguida la silla sobre el caballo, y que cojan sus armas y se las traigan.

Ellos se fatigan en hacerlo aprisa. Los unos se esfuerzan en armarle; los otros le aportan su caballo. Y, sabed bien, no parecía que debiera ser descontado de los hermosos ni más nobles caballeros, según avanzaba al paso, armado con todas sus armas, embrazando el escudo por la correa, bien montado sobre su caballo. Bien parece que es suyo el corcel, tanto le ajusta; así como el escudo que mantiene por su correa embrazado. Llevaba el yelmo lazado sobre su cabeza tan bien plantado, que ni en el más mínimo detalle os parecería prestado o alquilado. Antes hubierais dicho, tan a la medida os habría parecido, que había nacido y crecido con él. En este punto me gustaría ser creído.

Más allá del portal, en campo llano, donde debía entablarse el combate, aguarda el que la justa reclama. Tan pronto como se ven uno a otro, ambos se embisten a todo galope. Con tal ímpetu se entrechocan y tales golpes se dan con las lanzas que éstas se doblan, arquean y saltan las dos en pedazos. Las espadas hieren los escudos, las cotas de malla y los yelmos. Rajan las maderas, quiebran los hierros, hiriéndose en muchos lugares. Con furia se intercambian los golpes por turno, como si hubieran ensayado tal pelea. Pero las espadas una y otra vez se deslizan hasta las grupas de los caballos. Allí se abrevan y emborrachan de sangre y penetran en sus flancos, hasta que los derriban a uno y otro muertos.

Una vez caídos en tierra, un caballero se lanza contra el otro a pie. Aunque se odiaran mutuamente a muerte, en verdad que no se golpearían con sus espadas con mayor ferocidad. Más rápidos redoblan sus golpes que aquel que juega en dinero a los dados y que no deja de apostar y tirar por más que pierde el doble y el doble. Pero muy diferente era este juego, donde no cabía el azar, sino la ardua y fiera contienda, muy terrible y muy cruel.

Todos habían salido de la casa: el señor y la dueña, las hijas e hijos. Tanto propios como extraños allí fuera estaban todos en hilera, dispuestos para contemplar la pelea en el anchuroso prado. El caballero de la carreta se censura y hace reproches de cobarde, al verse observado por su anfitrión. También se da cuenta de que todos los demás fijan en él sus miradas. Todo su cuerpo se estremece de ira. Que ya debería, según su opinión, haber vencido buen rato antes al que se le enfrenta en combate. Entonces le ataca y le envuelve con mandobles cerca de la cabeza. Le asalta como una tempestad, lo asedia, le hostiga hasta hacerle ceder su espacio. Le fuerza a retroceder y lo aflige tanto que ya pierde casi el aliento, y a duras penas opone resistencia. Y entonces recuerda el caballero que su enemigo le había mentado de muy villana manera la carreta. Carga sobre él y tanto lo tunde que no le queda ni lazo ni correa sin romper, en torno al cuello de la armadura.

Entonces le hace volar el yelmo de la cabeza, a la par que derriba por tierra su visera. Tanto le oprime y tanto le acosa que tiene que rendirse a su merced; como la alondra que no puede oponerse al acoso del halcón ni sabe dónde ponerse a seguro, cuando él la ha sobrepasado en su vuelo. También el otro, con la más profunda vergüenza, viene a implorar y suplicar favor; sin más remedio.

Cuando él oye que suplica merced, deja de golpearlo y herirlo, y le dice:

–¿Quieres tú recibir merced?

–Habéis ahora hablado con gran cordura –dice el otro–. Aunque un loco lo habría reconocido. Jamás he necesitado nada tanto como la merced que ahora os pido.

–Te tocará montar en una carreta –contestole–. En nada puedes calcular todo lo que se te ocurra decirme si no montas en

una carreta, en pago de los reproches que vilmente me hiciste con tan loca lengua.

El otro caballero contesta:

–¡A Dios no plazca que monte en ella!

–¿No? ¡Entonces aquí vais a morir!

–Señor, bien lo podéis lograr. Pero, por Dios, os suplico y pido merced, con cualquier condición, excepto el tener que subir a la carreta. No hay obligación, a excepción de ésa, que yo no acepte, por dura y pesada que sea. Mejor querría estar muerto que haber sufrido tal agravio. Pero ninguna otra proposición tan fiera me haréis que yo no cumpla, por vuestra merced y vuestra gracia.

Mientras éste suplica tal favor, he aquí que, cruzando el llano, ven acercarse sobre una mula rucia una doncella con el cabello y el vestido suelto y flotante. Con un látigo que llevaba daba a la mula grandes golpes. Y ningún caballo a galope tendido, en verdad, habría corrido tan deprisa que aventajara a la mula.

Al caballero de la carreta se dirige la doncella:

–¡Dios infunda, caballero, en tu corazón la más perfecta alegría del ser que más amas!

La había oído con gran gozo el caballero, y le responde:

–¡Dios os bendiga, doncella, y os dé alegría y salud!

Ella le expuso entonces su petición:

–Caballero –dijo–, de lejos he acudido a ti por una gran necesidad. Para pedirte un don como galardón y a cambio de una recompensa que te podré hacer. Pues tendrás una vez necesidad de mi ayuda, según lo creo.

Le responde el caballero:

–Decidme qué queréis. Y, si yo lo tengo en mi poder, lo podréis conseguir sin demora, con tal que no sea nada muy grave.

Ella dice:

–Es la cabeza de ese caballero al que has vencido. En verdad que tampoco has encontrado a nadie tan felón ni desleal. No cometerás pecado ni daño con ello, más bien limosna y bien, porque es el tipo más desleal que hubo nunca ni habrá jamás.

Apenas el vencido comprendió que pedía que lo matara, le dijo:

–No la creáis de ningún modo. Ella me odia. Yo os ruego que tengáis piedad de mí, por Dios que es padre e hijo, y que hizo su madre a aquella de la que era hijo y que era su sierva.

–¡Ah, caballero –dijo la doncella–, no creáis a ese traidor! ¡Así Dios te dé alegría y honor tan grande como puedas ansiar, y que te conceda concluir con éxito la aventura que has emprendido!

El caballero se ha detenido indeciso, con la reflexión sobre si ha de dar la cabeza a la que ruega la decapitación o preferirá proteger al que ruega piedad para sí mismo. Tanto a una como a otro quisiera dar lo que piden. Generosidad y Piedad le invitan a contestar a ambos, porque es a la vez generoso y piadoso. Pero si la muchacha se lleva la cabeza quedará la Piedad derrotada y aniquilada. Y si no se la lleva a su gusto, entonces quedará derrotada la Generosidad. En tal aprieto, en tan gran apuro lo tienen la Piedad y la Generosidad, pues una y otra lo afligen e incitan. La cabeza le exige la doncella en su súplica. Y en sentido contrario le amonestan su piedad y su buen natural. Una vez que el vencido ha suplicado perdón, ¿no ha de obtenerlo? Sí, que no sucedió nunca que nadie, por más que fuera su enemigo, después de haber sido derrotado y forzado a suplicar piedad, dejara de recibirla por una vez. Pero esto ya le bastaba. Por tanto no le faltará en absoluto a este que le ruega y suplica, y a quien así se humilla. Y la que reclama su cabeza ¿la obtendrá? Sí, si él puede dársela.

–Caballero –dice–, de nuevo te toca luchar contra mí. Tal es la merced que lograrás de mí, si quieres defender tu cabeza: que te dejaré recobrar tu yelmo y armarte de nuevo, para cubrir tu cabeza y tu cuerpo del mejor modo que puedas. Pero sábete que morirás si te venzo otra vez.

El otro responde:

–No quiero nada más, ni te pido ningún otro favor.

–Y aún te concedo más –dice–, yo combatiré contra ti sin moverme de donde estoy.

Aquél se apresta y reemprende la pelea con el mismo ardor. Pero el caballero le volvió a dominar a su arbitrio más deprisa que antes. Y la doncella al momento le grita:

–No le perdones, caballero, por más que te diga. Seguro que él no te perdonaría de ningún modo si te hubiera vencido alguna vez. Sabe bien tú que, si le crees, te engañará nuevamente. Córtale la cabeza al más desleal individuo del imperio y del reino, buen caballero, y dámela. Por esto debes entregármela, porque pienso devolverte el galardón, con creces, cuando llegue el momento. Si él puede, te volverá a engañar con su palabra otra vez.

El otro, que ve su muerte cercana, le suplica merced a grandes gritos. Pero de nada le valen ni sus gritos ni todos sus argumentos. El caballero le tira del yelmo tan bruscamente que le rompe todos los lazados del cuello. Luego le arranca la visera y el casquete blanco y los tira al suelo. El otro se esfuerza a más no poder:

–¡Perdón, por Dios! ¡Perdón, señor!

–Si soy sensato, no he de tener más piedad de ti –le responde–, que ya una vez te he perdonado.

–Ah –dice–, cometeréis un pecado, si creéis a mi enemiga, y me matáis de tal manera.

La otra, que su muerte desea, le amonesta en sentido contrario, para que a toda prisa le corte la cabeza, sin confiar en sus súplicas. El caballero descarga el golpe y le vuela la cabeza hasta el medio del prado mientras el cuerpo se desploma. ¡Con gran placer de la doncella! Él toma la cabeza por los cabellos y se la tiende a ella, que experimenta tamaña alegría que le dice:

–¡Tu corazón reciba tan gran alegría del ser que más ama, como el mío obtiene ahora del ser que más odiaba! Por nada me amargaba tanto sino de lo que duraba su vida. Un galardón de mi parte te espera; bien te llegará en su momento oportuno. Por este servicio que me has hecho, gran prez habrás, te lo aseguro. Ahora me iré. Te encomiendo a Dios, que te guarde de todos los peligros.

Pronto se marcha la doncella, mientras mutuamente se encomiendan a Dios. Pero todos los que en el prado han presenciado la pelea han sentido crecer una gran alegría. Así que luego desarman al caballero, entre gestos de júbilo, honrándolo cuanto saben. A continuación vuelven a lavarse las manos, ya que deseaban retornar a cenar.

Entonces estaban más alegres que de costumbre y comían entre el contento general. Después de concluir la larga cena, el valvasor dijo a su huésped, que a su lado estaba sentado:

–Señor, nosotros vinimos tiempo ha del reino de Logres. Allí hemos nacido y por eso querríamos que alcanzarais honor y gran dicha y éxito en este país. Porque nosotros obtendríamos honor junto con vos y otros muchos serían beneficiados, si honores y éxitos consiguierais en vuestra empresa.

Y él responde:

–¡Dios os oiga!

Después que el valvasor acabó su arenga y quedó en silencio, tomó la palabra uno de sus hijos:

–Señor, a vuestro servicio deberíamos poner todos nuestros poderes y dar más que prometer. Buena necesidad tenéis de recibir ayuda, y nosotros no debemos esperar a que nos la pidáis. Señor, no os preocupéis por vuestro caballo, si muerto está. Pues aquí tenemos fuertes corceles. Por tanto quiero que poseáis lo que es nuestro; y, así, dispondréis del mejor, en lugar del vuestro. Bien lo habéis menester.

–¡Con mucho gusto! –respondió.

Entretanto habían preparado las camas. Así que se van a dormir.

Al despuntar el día se levantan y se disponen bien de mañana a partir. En su despedida el caballero nada olvida. Se despide de la dama y del dueño de la casa y de todos los demás.

Pero os cuento una cosa, para que nada os pase por alto. El caballero no quiere montar sobre el caballo prestado, al ofrecérselo en el portal. Sino que lo hizo montar, así os lo digo, a uno de los dos caballeros que con él habían venido. Y él monta sobre

el caballo de éste, puesto que así le pareció mejor. Tras haber montado cada uno sobre su caballo, se pusieron en camino los tres, después de saludar a su anfitrión, que les había servido y honrado con todo su poder. Van cabalgando por el camino recto a medida que el día pasa y declina, y después de la hora nona, al anochecer, llegan al Puente de la Espada.

A la entrada del puente, que bien terrible era, han desmontado de sus caballos. Ante sí ven el agua asesina, negra y rugiente, densa y espesa, tan terrorífica y espantosa como si fuese la del río del demonio, y tan peligrosa y profunda que no hay cosa en el mundo que, si allí cayera, no desapareciera como en alta mar. Y el puente que estaba tendido al través era diferente de cualquier otro; que jamás hubo otro semejante ni lo habrá. Jamás hubo, que bien refiero la verdad, tan maligno puente ni tan pérfida pasarela: consistía el puente en una espada afilada y luciente recubierta por el agua fría, y la espada era fuerte y tensa y tenía dos lanzas de largo; a cada lado había un gran tronco en el que estaba incrustada la espada. ¡Que nadie tema caer de ella porque se quiebre o flexione, a pesar de que no parece, a quien la contempla, que pueda soportar un gran peso!

Pero lo que infundía mayor desánimo a los dos caballeros que acompañaban al de la carreta era que creían ver dos leones o dos leopardos al otro extremo del puente, encadenados a un bloque de piedra. El agua, el puente y los leones les causaban un espanto tal que se estremecían por completo, con terror, y decían:

–Señor, aceptad ahora el consejo que os procura la vista, que bien lo necesitáis en el apuro. De manera perversa está construido y ensamblado este puente, y muy malos son sus ajustes. Si no os tornáis ahora, llegaréis tarde a arrepentiros. Conviene que calculéis los muchos riesgos. Supongamos que lo pasarais hasta el otro lado... Lo que no puede suceder en ningún caso, como no podéis detener los vientos ni prohibirlos soplar, ni a los pájaros impedir cantar; ni puede el hombre entrar en el vientre de su madre y renacer de nuevo, eso es tan imposible como vaciar el mar. ¿Podéis saber o pensar que esos dos leones furiosos, que allá están encadenados, no os van a matar y sorber la sangre de las venas, y devorar la carne y roer luego los huesos? Muy valiente sois con osar mirarlos y resistir tal espectáculo. Si no os dais por avisado, os matarán, sabedlo bien. Muy pronto os habrán despedazado y descuartizarán los miembros de vuestro cuerpo; que no sabrán tener piedad de vos. Así que apiadaos de vos mismo y quedaos con nosotros. Con vuestra persona seréis injusto si a un seguro peligro de muerte os lanzáis con plena conciencia.

Y él les responde, riendo:

–Señores, muchas gracias os doy por asustaros tanto de mí. Lo motiva vuestra amistad y franqueza. Bien sé que de ningún modo desearíais mi desdicha. Pero yo tengo gran fe y confianza en Dios, que me protegerá de todo. Este puente y esta agua no me amedrentan más que esta tierra firme. Así que quiero arriesgarme a la aventura de cruzar al otro lado y avanzar. ¡Mejor quiero morir que retroceder!

Los otros no saben qué más decirle, sino que de compasión lloran y suspiran el uno y el otro sonoramente. En tanto él a traspasar el abismo como mejor sabe se apresta y hace muy extrañas maravillas: que sus pies y sus manos desviste de armadura. Desde luego que no ha de llegar sin heridas e indemne a alcanzar el otro costado. ¡Bien se mantendrá sobre la espada, que más afilada estaba que una hoz, con las manos desnudas y descalzo! Porque no se ha dejado sobre los pies ni calzas ni antepiés. No se preocupaba en absoluto por llenarse de heridas en pies y manos. Antes prefería llagarse que caer del puente y darse un baño en el agua de la que jamás saldría.

Entre el gran dolor que le causaba el paso, avanza con enorme destreza. Manos, rodillas y pies se ensangrienta. Pero pronto le conforta y le cura Amor que le conduce y guía, de modo que dulce le era el sufrimiento. Con manos, pies y rodillas se ayuda con tanto esfuerzo que llega al otro lado.

Entonces se acuerda y rememora los dos leones que allí había creído ver cuando estaba al otro lado. Por allí los busca su mirada: no había ni siquiera un lagarto, ni cosa alguna de temer. Eleva la mano ante su rostro, contempla su anillo y así prueba, al no ver a ninguno de los dos leones que creyera vislumbrar, que ha sido objeto de un encantamiento. Allí no había ningún ser vivo.

Y los que quedaron en la otra ribera, al verlo así victorioso del paso, dan tales muestras de alegría como se puede suponer. Pero ignoran sus padecimientos. Él, sin embargo, considera gran provecho no haber sufrido mayor daño. Enjuga la sangre que brota de sus heridas envolviéndolas con los paños de su camisa.

Entonces ve ante él una torre tan fuerte como nunca en su vida había visto ninguna. La torre no podía ser mejor.

Acodado en una ventana estaba el rey Baudemagus, que era muy sutil y agudo para todo honor y virtud, y quería, por encima de todo, guardar y mantener la lealtad. Y su hijo, que hacía todo lo contrario por capricho todos los días, puesto que le agradaba la deslealtad y jamás se había cansado ni aburrido de cometer villanía, traición ni felonías, estaba a su lado apoyado. Desde allá arriba habían visto al caballero pasar el puente con su gran esfuerzo y enorme dolor. De ira, de disgusto había Meleagante demudado su color. Bien advierte que ahora le será reclamada la reina. Pero era caballero tal que no temía a hombre alguno, por muy fuerte o fiero que fuera. No hubiera mejor caballero de haber sido fiel y no desleal; pero tenía un corazón de madera, tan sin dulzura y sin compasión.

Lo que alegraba y daba gozo al rey dejaba al hijo lleno de pesar. El rey sabía bien de cierto que el que había cruzado el puente era mucho mejor que ningún otro; que no hubiera osado cruzar el puente nadie cuyo interior albergase perversidad, que causa más baldón a los propios que honor les proporciona la proeza. Pues no puede tanto la proeza como la perversidad y la pereza, porque es verdad, no lo dudéis en nada, que es más fácil hacer el mal que el bien.

Sobre estas dos cosas os diría largamente, si me demorase en ello; pero me encamino a otro tema, que retorno a mi asunto. Así oiréis cómo alecciona el rey a su hijo, al que sermonea:

–Hijo –le dice–, fue aventura llegarnos aquí, yo y tú, a asomarnos a esta ventana. Hemos tenido gran recompensa, que hemos visto la más grande hazaña que jamás se lograra, ni en imaginación. Ahora dime si no estás reconocido hacia el que tamaña maravilla ha realizado. Ponte de acuerdo y en paz con él, y devuélvele sana y salva a la reina. Así harás ahora que te tenga por sensato y por cortés, enviándole a la reina antes de que se presente ante ti. Hazle ese honor en tu tierra: darle lo que ha venido a buscar antes de que te lo pida. Pues tú sabes bien de seguro que viene a buscar a la reina Ginebra. No te hagas calificar de obstinado, ni de loco u orgulloso. Si ése está en tu tierra solo, debes hacerle compañía; que un hombre de pro a otro prohombre debe atraérselo, honrarlo y cultivarlo, sin quedarse ajeno a él. Quien hace honor recibe honor. Has de saber bien que tuyo será el honor, si das honra y servicio a ese que bien se muestra el mejor caballero del mundo.

Su hijo responde:

–¡Que Dios me confunda si no hay otro tan bueno o mejor!

Mal hizo su padre al olvidarlo, que él no se precia en menos, y dice:

–¿Con pies y manos unidos pretendéis que yo me presente ante él como su vasallo y que obtenga de él mi tierra? Pongo a Dios por testigo que antes he de ser su vasallo que devolverle a la reina. De cierto que no la devolveré, sino que la disputaré y defenderé ante todos cuantos sean tan locos que osen venir a buscarla.

Luego contesta de rechazo el rey:

–Hijo, mucho mejor harías si renunciaras, cortés, a esa ofuscación. Te ruego yo que te mantengas en paz. Sabes bien que no obtendrá más honor el caballero de no conquistar a la reina frente a ti en combate. Él prefiere obtenerla, sin vacilar, más por com-

bate que por generosidad; ya que eso redundará en su fama. A mi parecer, no pretende obtenerla de grado, sino que desea conquistarla en la batalla. Por tal motivo obrarías sabiamente si le privaras del combate. Yo te ruego que elijas la paz. Y si tú desprecias mi consejo no me cuidaré de tu desdicha, y gran daño puede resultarte. El caballero no tiene nada que temer, excepto de ti solo. De todos mis hombres y de mí obtendrá garantías y seguridad. Jamás cometí deslealtad ni traición ni felonía, y no voy a cometerlas ahora de ningún modo ni por ti ni por nadie. Así que no quiero que te hagas ilusiones. Es más, prometo al caballero que no tendrá necesidad de nada, ni de armas ni caballo, por carecer de ellos, ya que tal hazaña ha realizado al llegar hasta acá. Estará bien guardado y aprovisionado en salvedad frente a todos los hombres, a excepción sólo de ti. Y eso te quiero advertir: si puede defenderse ante ti, no ha de temer a ningún otro.

–Ahora –dijo Meleagante– me es tiempo de oíros, mientras me habláis a vuestro gusto, y de callar; pero bien poco me importa cuanto decís. No soy en absoluto un ermitaño ni un prohombre tan caritativo, ni quiero ceder tanto al honor como para entregarle la cosa que más amo. No habrá de conseguir su demanda tan pronto ni tan fácilmente; antes bien irá muy de otro modo de lo que pensáis vos y él. Si en contra de mí le ayudáis, no he de ceder por tal motivo. Si de vos y de todos vuestros súbditos recibe paz y treguas, ¿qué me importa? Jamás por tal hecho me faltará corazón. Antes me place mucho, ¡así Dios me guarde!, que no tenga otro cuidado aparte de mí, y no quiero que por mí hagáis cosa alguna de la que pueda sospecharse deslealtad o traición. Tanto como os plazca sed hombre de pro, y dejadme a mí ser cruel.

–¿Cómo? ¿No vas a cambiar?

–No –contestó Meleagante.

–Pues ya me callo. Ahora haz lo que te plazca; yo te dejo y voy a ir a hablar al caballero. Quiero ofrecerle y presentarle mi ayuda y mi consejo sin reservas, pues estoy por entero de su parte.

Entonces descendió el rey de la torre y mandó ensillar su caballo. Le trajeron un gran corcel, al que monta con el pie en el estribo. Y lleva consigo a algunos de su gente, tres caballeros y dos sargentos, sin más, a los que ordena cabalgar tras él. A todo galope llegaron hasta la boca del puente y vieron al caballero que enjugaba y contenía la sangre de sus heridas. El rey piensa en tenerle largo tiempo como huésped hasta curar tales heridas; así podría también esperar que la mar se secara.

El rey se apresura a desmontar. El caballero, malamente herido, se alza al momento frente a él. No porque le hubiera conocido, ni tampoco dando muestras del doloroso estado de sus manos y pies; ni más ni menos que como si estuviera indemne. El rey vio que se ponía en guardia, y corre muy pronto a saludarle, diciendo:

–Señor, mucho me admiro de que de improviso os hayáis presentado en este país ante nosotros. Pero bienvenido seáis, que ningún otro jamás emprenderá otro tanto. Ni jamás ocurrió ni ocurrirá que nadie acometiera tal audacia ni se metiera en tal peligro. Sabedlo: más os amo por ello, porque habéis hecho lo que nadie antes hubiera ni siquiera pensado hacer. Me encontraréis bien dispuesto hacia vos, leal y cortés. Yo soy de esta tierra rey; así que os ofrezco a vuestra disposición todo mi consejo y mi servicio. Ya me figuro con fundada razón lo que venís a demandar: venís, creo yo, en demanda de la reina.

–Señor –dijo él–, bien lo creéis. Ningún otro asunto aquí me trae.

–Amigo, aún os toca penar –dijo el rey– antes de obtenerla. Vos estáis fieramente herido; veo las llagas y la sangre. No vais a encontrar tan generoso a aquel que acá la condujo, que no os la va a entregar sin pelea. Mas os conviene reposar y dejar que mejoren vuestras heridas, hasta que estén bien curadas. Ungüento de las tres Marías y aún mejor, si se encontrara, os daré, pues mucho me preocupa vuestro bienestar y vuestra curación. La reina tiene una prisión decente, pues nadie la toca, ni siquiera mi hijo,

por más que le pesa a él, que fue quien la trajo. Jamás un hombre desvarió tanto como él enloquece y enfurece por tal motivo. Tengo hacia vos una afección muy cordial, así que os daré, ¡Dios me ayude!, muy a gusto cuanto necesitéis. Por muy buenas armas que mi hijo tenga, y por más rencor que me guarde, os he de dar otras tan buenas y un caballo como os hace falta. Y os tomo bajo mi protección, pese a quien pese, frente a todos los demás hombres. En vano desconfiaréis de cualquier otro a excepción de aquel que trajo acá a la reina. Nunca un hombre reprendió a otro como yo le he reprendido, y poco faltó para que no lo expulsara de mi tierra por despecho de que no os la devuelva. Pero es mi hijo. Si no os vence en batalla, no podrá causaros por encima de mi autoridad el menor daño.

–Señor –contestó el otro–, gracias os doy. Pero estoy gastando aquí demasiado el tiempo, que no quiero perder ni malgastar. De ninguna molestia me quejo, ni tengo herida que me estorbe. Llevadme solo adonde lo enfrente, pues con tales armas cuales traigo estoy presto ahora mismo a dar y recibir golpes en la lid.

–Amigo, más os valdría esperar quince días o tres semanas hasta que vuestras heridas se hubieran curado. Bien os iría una demora, por lo menos de quince días, que yo no soportaría de ningún modo ni podría mirar que con tales armas ni en vuestro estado actual combatierais en mi presencia.

A lo que él respondió:

–Si así os pluguiera, no tendría yo otras armas que éstas, con las que de buen grado entablaría la batalla, y no pediría aplazamientos de un paso o una hora; el combate sería sin descanso, término ni demora. Pero por vos cederé tanto que aguardaré a mañana. Y sería vano hablar más de eso, que más tiempo no aguardaré.

Entonces el rey le ha prometido que todo irá de acuerdo con su voluntad. Luego lo conduce al hospedaje y con ruegos y órdenes manda a los que le albergan que se esfuercen por servirle, y ellos del todo lo procuran. Y el rey, que muy por su gusto hubiera elegido la paz de haber podido, se fue de nuevo a buscar a su hijo, y le sermonea como quien desea la paz y la concordia. Así le habla:

–Hijo mío, a ver si te reconcilias con este caballero sin combatir. No ha venido aquí para divertirse ni para practicar el tiro ni para cazar en montería, sino que ha venido para cobrar lo buscado y acrecentar su valor y su renombre. Bien habría menester de un largo reposo, según le he visto yo. De haber creído mi consejo, ni en este mes ni en el siguiente se hubiera aprestado a la batalla de la que ahora está tan ansioso. Si tú le devuelves a la reina, ¿temerás incurrir en deshonor? Por eso no tengas miedo, que de ahí no te pueden resultar enojos; más bien es pecado retener una cosa a la que no se tiene derecho y en contra de toda razón. El otro habría trabado la batalla muy a gusto ahora mismo, a pesar de que no tiene enteros ni pies ni manos, sino llenos de cortes y heridas.

–¡Con qué desvarío os precipitáis! –dijo Meleagante a su padre–. ¡Por la fe que debo a san Pedro que no os he de hacer caso en este asunto! De cierto que deberían descuartizarme, si os creyera. Si él busca su honor, también yo el mío; si él busca su prez, yo también la mía; y si desea mucho la batalla, aún la deseo yo cien veces más.

–Bien veo que te encaminas a la locura –dijo el rey–; así que la encontrarás. Mañana probarás tu fuerza frente al caballero, cuando quieras.

–¡Que no me venga ningún mal mayor que éste! –dijo Meleagante–. ¡Mejor quisiera que fuese hoy por la tarde que mañana! Ved ahora cómo quedo con un talante más triste del acostumbrado. Se me han turbado mucho los ojos y tengo una expresión mortecina. Hasta que no entre en combate no tendré alegría ni humor ni placer, pues ningún otro suceso puede divertirme.

El rey comprendió que de ningún modo valdrían allí sus consejos ni sus ruegos y lo ha dejado muy a su pesar. Y escoge un

caballo muy fuerte y capaz y bellas armas, y se las envía al caballero que bien ha de emplearlas. En el castillo había también un anciano servidor que era un devoto cristiano; en el mundo no había otro tan leal, y sabía de curar heridas más que todos los médicos de Montpellier. Éste se ocupó por la noche de cuidar al caballero con todo su saber, pues el rey se lo había encomendado.

Y ya sabían las nuevas los caballeros y las doncellas, las damas y los barones de toda la región vecina. Allí acudieron de todo el país de alrededor, desde una jornada de camino, los extranjeros y los naturales; todos cabalgaron con premura toda la noche hasta el amanecer. Unos y otros ante la torre se precipitaban a instalarse en tal aglomeración que allí no podía uno revolver un pie.

El rey se levanta de mañana; le preocupa mucho la batalla. Así que de nuevo acude a su hijo, quien tenía ya en su cabeza el yelmo, uno hecho en Poitiers. No se admite la dilación, ni puede concertarse la paz; por mucho que el rey la ha rogado, la paz no puede lograrse. Ante la torre en medio de la plaza donde toda la gente ha convergido, allí ha de hacerse el combate, que así lo quiere y manda el rey.

Enseguida envía el rey a buscar al extranjero, y que lo conduzcan a la plaza, que estaba llena de gentes del reino de Logres. Así como para escuchar los órganos acuden de costumbre las gentes al monasterio en la fiesta anual, en Pentecostés o en Navidad, de la misma manera se habían allí reunido todos. Durante tres días habían ayunado y caminado con los pies descalzos y con la camisa de estameña todas las doncellas exiliadas del reino del rey Arturo para que Dios fuerza y virtud le diera, contra su adversario, al caballero que debía pelear por la liberación de los cautivos. Pero también los del país repetían las oraciones por su señor, para que Dios le concediese el honor y la victoria en la pelea.

Bien de mañana, antes de que tocaran la hora prima, los habían conducido a los dos adversarios al centro de la plaza, con

toda la armadura, sobre dos caballos recubiertos de hierro. Muy gentil apariencia tenía Meleagante; era bien proporcionado de talle, brazos, piernas y pies, y el yelmo y el escudo que de su cuello colgaba le caían muy bien, admirablemente. Pero todos apostaban por el otro, incluso quienes hubieran deseado su derrota, y decían todos que de muy poca monta era Meleagante frente a él.

Tan pronto como estuvieron ambos en mitad de la plaza, acude el rey, que los detiene en lo que puede y se fatiga por lograr la paz, pero no puede congraciar a su hijo. Así que les dice:

–Contened vuestros caballos por el freno al menos hasta que me haya subido a lo alto de la torre. No será un exceso de bondad que por mí os demoréis unos instantes.

Luego se aparta de ellos, muy abatido, y va derecho a la cámara donde sabía que estaba la reina, quien la noche anterior le había rogado que la colocara en un lugar desde donde pudiera ver con comodidad el combate. Y él le otorgó el don; de modo que la fue a buscar para guiarla, puesto que se esmeraba en cuidarse de su honor y servicio.

La ha colocado junto a una ventana y él mismo se ha acodado a su lado, a su derecha, en otra ventana. También se había reunido junto a ellos multitud de personas, caballeros y damas de buen tino; doncellas nacidas en el país, y numerosas cautivas que estaban muy atentas en oraciones y plegarias. Los prisioneros y las prisioneras todos rogaban por su campeón, que en Dios y en él fiaban para la salvación y la libertad.

Entonces, sin más tardanza, los combatientes hacen retirarse a todo el gentío. Ya se enfrentan, a sus costados los escudos y embrazando la adarga. Y se golpean de tal modo que las lanzas se han hundido dos brazadas en mitad del escudo y han estallado quebrándose como astillas del hogar. Y los caballos lanzados en pleno galope se han entrechocado frente a frente y pecho contra pecho; y los escudos y los yelmos han chocado con tal estrépito que parece como si hubiera sonado un tremendo trueno. No lo resisten pretiles ni cinchas, estribos ni riendas ni correas, sin rom-

perse; e incluso se cuartean los arzones de las sillas, que muy fuertes eran.

No han tenido gran vergüenza por caer a tierra, después de que todo su arnés les ha fallado así. Muy pronto se alzan en pie y se acometen uno a otro, sin cruzar palabra, más fieramente que dos jabalíes. Se hieren, sin amenazas, con grandes mandobles de sus espadas de acero, como quienes se detestan con fiero odio mutuo. A menudo hienden con tal furia los yelmos y las cotas brillantes de malla, que tras el hierro brota un chorro de sangre. Muy bien hacen el gasto del combate, que se enfurecen y malparan con golpes pesados y cruentos. Repetidos asaltos, fieros, duros y sostenidos se intercambiaron por igual; en ningún momento se sabía cuál de los dos la ventaja o el fracaso mantenía. Pero no podía dejar de suceder que el que había pasado el puente no se resintiera agudamente en sus manos, que tenía cubiertas de heridas. Mucho se han espantado las gentes que en él confiaban, cuando ven que sus mandobles se debilitan, y temen entonces su derrota. Ya se figuraban que el caballero estaba sometido y Meleagante se alzaba vencedor, y de ello murmuraban en torno.

Pero en las ventanas de la torre había una doncella muy sagaz, que medita y se dice en su corazón que el caballero no había entablado la batalla ni por ella ni por aquella gente humilde que se había reunido en la plaza, y que no la hubiera presentado a no ser por la reina. Y medita que si él supiera en qué ventana la reina estaba, y que si viera que ella le contemplaba, recobraría vigor y audacia. Y que, si ella supiera su nombre, muy de corazón le hubiera dicho que la mirara unos instantes.

Entonces se acercó a la reina y le dijo:

–Señora, por Dios y por vuestra prez, y por la nuestra, os requiero a que me digáis el nombre de este caballero, si lo sabéis, con el fin de ayudarle.

–Lo que me habéis rogado –dice la reina– carece a mi entender de malicia y perversidad. No hay sino bien en ello: Lanzarote del Lago se llama el caballero, estoy segura.

–¡Dios mío! –dice la muchacha–, vuelve la sonrisa y la alegría a mi corazón: ya está curado.

Entonces salta hacia adelante y así le llama en alta voz, tan alto que todo el gentío puede oír lo que dice:

–¡Lanzarote!, vuélvete y mira a quien de ti no aparta su mirada.

Al oír su nombre, Lanzarote no tardó en volverse. Gira sobre sí mismo y ve arriba a aquella que en el mundo más deseaba ver, a Ginebra sentada en las tribunas de la torre. Desde el momento en que la vio, no apartó ya su rostro de allí, ni su vista: se defendía por detrás. Meleagante, entre tanto, le perseguía sin descanso, encarnizadamente; piensa que su enemigo no va a poder defenderse de él por mucho tiempo, y ello constituye su alegría. Sus compatriotas exultan de júbilo. En cuanto a los desterrados, muchos de ellos, tan llenos de angustia que no pueden mantenerse en pie, van dejándose caer en tierra, unos sobre sus rodillas, otros completamente tendidos. De este modo, el gozo y la tristeza coexistían. Entonces gritó de nuevo la muchacha desde la ventana:

–¡Ah, Lanzarote! ¿Cómo es que te comportas de una forma tan insensata? Hace bien poco que en ti se daban cita proezas y virtudes. No creo que Dios haya creado caballero que pueda comparársete en valor y prez, y ahora te vemos tan apurado. Vuélvete de este lado, sin que tus ojos dejen de fijarse sobre este hermoso torreón que vale tanto contemplar.

Lanzarote considera lo que ha hecho un deshonor y una vergüenza, tanto que ha llegado a odiarse a sí mismo. Bien sabe que ha llevado la peor parte de la batalla durante demasiado tiempo. Todas y todos lo han podido ver. Entonces salta hacia atrás, dando la cara a Meleagante, y le coloca por fuerza entre la torre y él. Meleagante no regatea esfuerzos para recuperar la posición perdida. Pero Lanzarote se precipita sobre él y le encuentra con el escudo con una fuerza tal que le hace girar sobre su eje dos veces, tres veces, bien a su pesar. Crecen en el

héroe fuerza y audacia. Amor le presta valiosa ayuda, y es que no había odiado a nadie nunca tanto como a su contrincante en este combate. Amor y un odio mortal, tan grande como nunca visteis semejante, le hacen tan firme y tan resuelto que Meleagante no puede ver en su actitud un juego. Tiembla el felón: jamás ha conocido un caballero tan audaz, jamás ninguno le ha atormentado de tal modo. De buen grado se aleja de él, hurta su cuerpo y huye, rehúsa el regalo de unos golpes que odia. Y Lanzarote no le amenaza, sino que a tajos y estocadas le hace retroceder hasta la torre donde la reina se apoyaba. Más de una vez la ha servido y rendido vasallaje.

Ha aproximado a su adversario a ella tan cerca como le convenía: si diera un paso más, no la vería. Así, continuamente, Lanzarote le llevaba hacia atrás y hacia adelante, allí por donde bien le parecía, para no detenerse sino ante la reina su dama, la que puso en su cuerpo la llama que le impulsa a mirarla sin cesar. Y esta llama le avivaba a tal punto su ardor contra Meleagante que podía llevarle y perseguirle a voluntad, allí por donde le placía. Como a ciego y como a fugitivo le pasea, sea ello o no de su grado.

Ve el rey que su hijo está extenuado: ya ni siquiera se defiende. Ello le pesa y le mueve a compasión. Pondrá remedio, si es que puede. Para que surta efecto, debe ir a suplicar a la reina. Comenzó entonces a hablarle así:

–Señora, desde que os tuve a mi cargo no he dejado un solo instante de serviros y honraros como el mejor de los amigos. Nunca he dejado de hacer cosa que realzara vuestro honor. Pediros quiero ahora un don que a buen seguro me otorgaréis, si obráis por amistad: ésa será mi recompensa. Me doy perfecta cuenta de que mi hijo lleva la peor parte en este combate. No os oculto que ello no me produce el menor pesar. Pero os ruego que Lanzarote, dueño de su vida, no le mate. No, vos no debéis querer su muerte, por más que os haya perjudicado mucho a vos y a él. Os suplico me concedáis la gracia de que no llegue a herirle

con el golpe definitivo. De este modo, corresponderíais a mis servicios de ayer para con vos.

–Mi buen señor, pues que me lo rogáis, consiento en ello de mi grado –dice la reina. Guardara– yo hacia vuestro hijo, a quien no puedo amar, un odio mortal: me habéis servido con tanta generosidad que quiero, para complaceros, decirle a Lanzarote que le deje vivir.

No fueron pronunciadas estas palabras en voz baja: las oyeron Lanzarote y Meleagante. Quien ama es obediente: con rapidez lleva a cabo lo que place a su amiga si está profundamente enamorado. ¿Qué otra cosa hubiera hecho Lanzarote, él que amó mucho más de lo que amara Píramo, el más leal de los amantes? Sí, Lanzarote ha oído la respuesta de su dama; desde que las últimas palabras fluyeron de su boca, cuando dijo: «Puesto que deseáis que no le mate, yo también lo deseo», desde ese momento, por nada del mundo habría tocado a Meleagante, ni se habría movido aunque su vida peligrase. No le toca ni se mueve. Su enemigo, por el contrario, le hiere tanto como puede, fuera de sí de ira y de vergüenza al oír que ha llegado al extremo de que ha sido preciso suplicar por su vida. El rey, para amonestarle, ha descendido de la torre y, llegado a la batalla, dice así a su hijo:

–¿Cómo? ¿Es decoroso que él no te toque y tú le hieras? Furioso y cruel en demasía me pareces ahora. ¡A destiempo ha aflorado tu valor! Sabemos con certeza que él te ha superado limpiamente.

Y Meleagante le responde, enajenado de vergüenza:

–¡Se diría que estáis ciego! A fe que no veis nada. Ciego está el que ponga en duda que he obtenido la victoria.

–¡Busca entonces –dice el rey– quien te crea! Bien saben todas estas gentes si dices verdad, o si mientes. La verdad bien la conocemos.

Ordena al punto a sus barones que retiren a su hijo. No se demoran, pronto dan cumplimiento a su mandado: Meleagante es sometido. Para retirar a Lanzarote no hubo que prodigar grandes

esfuerzos: mucho hubiera podido perjudicarle el otro, antes que él le tocase. Entonces dice el rey a su hijo:

–Así Dios me valga, debes ahora hacer las paces y devolver a la reina. Es preciso que olvides y renuncies por completo a semejante querella.

–¡Muy grande necedad habéis dicho! ¡Demasiado os he oído esgrimir naderías! ¡Idos! Dejadnos combatir y no os mezcléis más en esto.

El rey dice que ha obrado así «porque bien sé que te mataría si os dejase combatir».

–¿Que él me mataría? Antes sería yo quien le matase, si vos no nos estorbaseis y nos dejarais combatir.

Responde el rey:

–Así Dios me salve, no vale nada cuanto dices.

–¿Por qué?

–No quiero oírte. No voy a confiar en la locura y el orgullo que te matarían. Loco está quien su muerte desea, como tú, que ni siquiera lo sabes. Sé bien que me odias porque quiero impedir que mueras. Espero que Dios no me dejará ver con estos ojos tu muerte, porque sería para mí un dolor excesivo.

Tanto le dice y tanto le amonesta que han fijado paces y acuerdos. Se estipula que Meleagante devolverá a la reina, a condición de que, al cabo de un año a partir del día elegido por él para el reto, Lanzarote, sin demora alguna, se enfrentará de nuevo con él. El acuerdo no entristece en absoluto a Lanzarote. Todo el pueblo acepta la paz, y desea que la batalla tenga lugar en la corte del rey Arturo, señor de la Bretaña y Cornualles. Allí desean que tenga lugar, si la reina promete, y Lanzarote garantiza, que, si Meleagante consiguiera vencerle, ella regresará con el vencedor y nadie la retendrá. Conforme está la reina, y Lanzarote sale fiador. De este modo los han puesto de acuerdo, a más de separarlos y desarmarlos.

Era costumbre del país: cuando uno era liberado, los demás regresaban con él. Así, pues, todos bendecían a Lanzarote. Podéis haceros una idea de la inmensa alegría que debía reinar allí entonces: reinó, sin duda alguna. Todos juntos, los desterrados hacen visible su alegría ante Lanzarote, y así le dicen, todos juntos, para que él pueda oírles:

–Señor, mucho nos alegramos, en verdad, tan pronto oímos vuestro nombre, pues al punto supimos con certeza que nos liberaríais a todos.

A la alegría se une un gran afán: cada cual, con fatiga y dificultades, intenta tocar a su libertador. El que consigue aproximarse más, conquista una alegría inenarrable. Al mismo tiempo reinan el gozo y la tristeza: los que han sido rescatados se abandonan a su dicha; Meleagante y los suyos no tienen nada que celebrar: pensativos están, sombríos y abatidos.

El rey gira sobre sus pasos. Con él va Lanzarote, no le ha olvidado. Éste le ruega ser conducido ante la reina.

–Por mí no queda –dice el rey–, que me parece oportuno hacer lo que decís. Os mostraré también a Keu el senescal, si lo deseáis.

Poco falta para que Lanzarote se arroje a sus pies, tan loco de alegría se halla. El rey le condujo al instante a la sala donde esperaba la reina, recién llegada. Cuando la reina ve al rey trayendo a Lanzarote por un dedo, se pone en pie aparentando malhumor, baja la cabeza y no pronuncia palabra.

–Señora, ved aquí a Lanzarote –dijo el rey–, que viene a veros. Ello habrá de agradaros sobremanera.

–¿A mí? Señor, no puede agradarme. Su presencia no me interesa en absoluto.

–¡Cómo! Señora –responde el rey generoso y cortés–, ¿de qué corazón os habéis investido? Por cierto que cometéis sinrazón excesiva con el hombre que tanto os ha servido. En su búsqueda ha puesto por vos su vida en peligro mortal, y os ha rescatado y defendido de mi hijo Meleagante, quien muy a su pesar os ha devuelto.

–Señor, a la verdad, ha gastado su tiempo. No negaré que no le guardo la menor gratitud.

He aquí a Lanzarote fulminado. Como respuesta, dice muy suavemente, como cuadra a un amante cumplido:

–Señora, verdad es que me duelen vuestras palabras, y no me atrevo a preguntaros el motivo.

Mucho se hubiera lamentado Lanzarote si la reina le hubiese escuchado; pero, para atormentarle y confundirle, no quiso responder una sola palabra, retirándose a una cámara cercana. Y Lanzarote la escoltó hasta la entrada con los ojos y con el corazón. Corto fue el viaje de los ojos, que demasiado cerca estaba la cámara; muy de su grado hubiesen entrado tras ella, si fuera posible. El corazón, que es amo y señor mucho más poderoso, pasó tras su señora al otro lado de la puerta. Los ojos se han quedado fuera, llenos de lágrimas, junto con el cuerpo. El rey, entonces, a título confidencial, le dice:

–Lanzarote, mucho me maravilla qué signifique o de dónde proceda el que la reina no os quiera ver ni se digne dirigiros la palabra. Si nunca le plugo hablaros, no debiera precisamente ahora dispensaros esta acogida ni rechazar vuestra conversación, después de lo que habéis hecho por ella. Vamos, decidme, si lo sabéis, por qué causa, por qué sinrazón os ha mostrado una apariencia semejante.

–Señor, hace sólo un momento no lo hubiera creído. Pero no hay duda de que no quiere verme ni oír mi voz: ello me duele y pesa mucho.

–En verdad –dice el rey– no tiene razón, pues por ella habéis acometido mortales aventuras. Y bien, querido amigo, venid. Vais a hablar con el senescal.

–Iré con mucho gusto.

Ambos se dirigen hacia el senescal. Cuando Lanzarote llegó ante él, Keu le espetó a manera de saludo:

–¡Cómo me has deshonrado!

–¿Yo? –dice Lanzarote–, decidme en qué. ¿Qué vergüenza he podido causaros?

–Una muy grande, que tú has llevado a cabo la empresa que yo no he podido concluir. Has hecho lo que yo no pude hacer.

Entretanto, el rey se va, los deja solos: de la cámara todos han salido. Lanzarote pregunta al senescal si ha padecido mucho:

–Sí –responde Keu–, y padezco todavía: nunca he sufrido tanto como ahora. Y hubiese muerto largo tiempo ha, a no ser por el rey que acaba de irse. Él se ha apiadado de mí, demostrándome siempre dulzura y amistad; nunca, enterado él, me ha faltado cosa alguna de la que hubiese menester que no me fuese aparejada al punto, ni una sola vez. Pero, por cada bien que me hacía, su hijo Meleagante, lleno de malas artes, mandaba llamar cabe sí y a traición a los médicos, y les ordenaba poner sobre mis llagas ungüentos tales que me hiciesen morir. De este modo tenía yo padre y padrastro; cuando el rey, queriendo contribuir a mi pronta curación, hacía colocar un buen emplasto sobre mis llagas, su hijo, traicioneramente, hacía que me lo cambiaran por un ungüento lesivo, siempre con la intención de matarme. Sé con absoluta certeza que el rey nada sabía de ello: no habría consentido en guisa alguna tal crimen ni tal felonía. Además, no sabéis de su generosidad para con mi señora la reina; nunca fue por ninguna guarda tan bien guardada torre ni frontera, desde el tiempo en que Noé construyó el arca, como ha sido guardada ella por él. A su hijo no le permite ni siquiera verla, de no ser ante el común de las gentes o en su propia presencia; mucho se duele Meleagante por ello. Con tan gran honra la ha tratado y trata el noble rey (¡gracias le sean dadas!) como ella misma ha querido disponer, que nunca hubo en esto otro árbitro que ella. Y el rey más y más la ha ido estimando, al ver la lealtad que le demuestra. Pero ¿es verdad lo que me han dicho? ¿Tan gran cólera siente hacia vos que su palabra, delante de todos, os ha retirado terminantemente?

–La verdad os han dicho –responde Lanzarote–, la pura verdad. Pero, por Dios, ¿sabríais decirme por qué me odia?

Keu le contesta que no sabe, que se encuentra también extrañamente sorprendido.

–¡Sea según sus órdenes! –dice Lanzarote, resignado, y añade–: Debo despedirme. Iré en busca de mi señor Galván, también en-

trado en esta tierra: me prometió que se dirigiría en línea recta hacia el Puente bajo el Agua.

Dicho esto, ha salido de la cámara y ha llegado delante del rey, a quien pide licencia para partir. El rey la otorga de su grado. Pero aquellos a los que había liberado de su prisión le preguntan qué harán. Y él les dice:

–Vendrán conmigo todos los que quieran venir. Quédense los que quieran quedarse junto a la reina; no es razón que vengan conmigo.

Con él van todos los que quieren, más alegres y felices de lo que acostumbraban. Con la reina permanecen las doncellas, manifestando su alegría, y las damas, y más de un caballero. No hay nadie de los que se quedan que no prefiera volver a su país antes que prolongar su estancia allí. Pero la reina los retiene; mi señor Galván está cerca, y ella no quiere moverse hasta saber noticias suyas.

Por todas partes se ha extendido la nueva: la reina está libre por completo, y todos los cautivos han sido liberados con ella. Se irán sin falta cuando les plazca y les convenga. Unos a otros se preguntan si es verdad: no hablaban de otra cosa cuando estaban juntos. Desde luego no les enoja que sean destruidos los pasos peligrosos. Se va y se viene a voluntad. Nada hay de lo que antes solía haber.

Cuando supieron las gentes del país –los que no habían presenciado la batalla– cómo se había comportado Lanzarote, se dirigieron todos hacia aquel lugar por donde sabían que él marchaba; cuidan que al rey le agradaría que condujesen ante él a Lanzarote prisionero. Éste y los suyos se hallaban desguarnecidos de armas; por ello los sorprendieron, que los del país venían armados. No es maravilla que prendiesen a Lanzarote, que iba desarmado, y que le hicieran retroceder con los pies atados bajo su caballo.

–Muy mal obráis, señores –dicen los desterrados–, pues el rey nos protege. Todos estamos bajo su guarda.

–Nada sabemos –les responden–. Habéis de venir con nosotros a la corte en calidad de prisioneros.

La noticia corre, vuela hasta llegar al rey: sus gentes han apresado a Lanzarote y le han matado. En cuanto el rey lo sabe, mucho se aflige, y jura, cuando menos por su cabeza, que quienes le mataron morirán; no se podrán justificar y, cuando caigan en su poder, no habrá cuestión sino de darles muerte en la horca, en la hoguera o en el agua. Y si se atreven a negarlo, no les creerá a ningún precio; demasiado han sumido su corazón en duelo, y le han causado una deshonra tal que sobre él deberían caer los reproches, si no tomase venganza. Pero la tomará sin duda alguna.

La nueva, que por todas partes se expande, ha llegado hasta la reina, cuando estaba sentada en la sala de banquetes. A punto estuvo de matarse al oír la noticia. Aunque era falsa, ella la reputaba verdadera. Tan infelizmente desfallece que falta poco para que pierda la palabra. No obstante, dice con claridad a cuantos allí estaban:

–Mucho me pesa su muerte, a la verdad. Y si me pesa no es sin razón, que él vino en mi busca a este país; por eso siento este pesar.

Acto seguido –en voz muy baja, para que nadie la oiga– se dice a sí misma que no beberá ni comerá en lo sucesivo, si es verdad que está muerto aquel por cuya vida ella vivía. Al punto, se levanta muy dolorida de la mesa y va a lamentarse donde nadie pueda escucharla. Tan ansiosa está de matarse que a menudo se aferra la garganta. Pero antes se confiesa consigo misma: se arrepiente y fustiga su culpa, mucho se censura y se acusa del pecado que había cometido contra aquel que siempre había sido suyo –bien lo sabía ella– y todavía lo sería si estuviese vivo. Tal duelo hace por su pasada crueldad que ha perdido gran parte de su belleza. El recuerdo de su perversidad, junto con la vigilia y el ayuno, la han vuelto pálida y sombría. Ha reunido todas sus faltas, y ahora desfilan ante ella; a todas las recuerda:

¡Ay, desdichada! ¿En qué pensaría cuando mi amigo se presentó ante mí, que no le dispensé una buena acogida, y ni siquiera me dignó escucharle? Cuando le rehusé vista y palabra, ¿no cometí una locura? ¿Una locura? Así Dios me valga, cometí más bien una perversa crueldad. Yo cuidaba que todo era un juego, pero él no lo entendió así, y no ha podido perdonarme. Nadie sino yo le he asestado el golpe mortal, por mi fe. Cuando llegó a mí sonriendo, seguro de que yo me alegraría al verle, ¿no fue un golpe mortal el no querer concederle una mirada? Cuando le retiré mi palabra, cuido que en ese instante le arranqué la vida con el corazón. Estos dos golpes le han matado, ningún otro asesino a sueldo. ¡Dios mío! ¿Podré algún día rescatarme de este crimen, de este pecado? Bien sé que no; antes se secarían todos los ríos y el mar se agotaría. ¡Ay! ¡Cómo me reconfortaría y cuánto mejor me sentiría si, al menos una vez antes de muerto, le hubiese tenido entre mis brazos! ¿Cómo? Muy fácilmente: desnuda yo y desnudo él, para que mayor fuese el placer. Pero está muerto, y muy cobarde seré si no me doy la muerte yo también. Aunque, ¿irá en perjuicio de mi amigo el que yo conserve la vida después de su muerte, cuando nada me produce placer en el mundo sino el dolor que padezco por él? Ésa es mi única alegría tras su muerte; muy dulce hubiera sido para él, mientras vivía, este sufrimiento de amor por el que ahora siento un deseo semejante. Cobarde me parece la amiga que prefiere morir a sufrir por su amigo. De grado elijo, pues, prolongar durante largo tiempo mi dolor. Antes quiero vivir y sufrir que morir y descansar».

Dos días se mantuvo la reina en este duelo, sin comer ni beber, tanto que se creyó que había muerto. Muchos hay que transmiten noticias: antes la triste que la agradable. A Lanzarote llega la nueva de que ha muerto su dama y amiga. Mucho le ha pesado, no lo dudéis. Bien puede imaginar cualquiera el grado de su dolor. A la verdad, si queréis oírme y saberlo, estaba tan afligido que llegó a sentir desprecio por su vida: quiere matarse sin demora, pero antes se lamentará. En uno de los cabos del cinturón que le

ciñe anuda un lazo corredizo, y se dice a sí mismo, arrasados los ojos de agua:

«¡Ah, Muerte! ¡Qué emboscada me has tendido! Sano estaba y tú me has hecho caer enfermo. Enfermo estoy, ningún mal siento fuera del duelo que me oprime el corazón. Este duelo es mi enfermedad, y mortal es. Mi afán es que lo sea y, si a Dios place, moriré. ¿Cómo? ¿No podré morir de otra manera, si ésa no es del agrado de Dios? Sí podré, con tal que me permita apretar este lazo en torno a mi garganta: así espero vencer a la muerte. Me mataré a despecho suyo. Mi cinturón la conducirá prisionera ante mí, por más que ella no quiera llegarse nunca a los que no la temen, y, tan pronto se encuentre en mi jurisdicción, hará cuanto desee. Lentos serán, a la verdad, los pasos con que venga: tan deseoso estoy de poseerla».

No se demora entonces, ni se tarda: antes bien, pasa su cabeza por el lazo y fija éste alrededor de su cuello. Para que el mal se cumpla, ata fuertemente el otro cabo del cinturón al arzón de su silla, sin que nadie se aperciba de ello. Y se deja enseguida caer a tierra. Quiere hacerse arrastrar por su caballo hasta morir: no juzga digno vivir una hora más. Cuando los que con él cabalgaban le ven caído en tierra, cuidan que se ha desvanecido: ninguno de ellos ha reparado en el nudo que oprimía su cuello. Le han levantado al punto entre sus brazos. Fue entonces cuando encontraron el lazo que le había convertido en su propio enemigo, el lazo que en torno a su cuello había dispuesto. Se lo cortan rápidamente. Pero el lazo había mortificado con tanto rigor la garganta que no pudo hablar en algún tiempo: por poco se le rompen todas las venas del cuello. En lo sucesivo es incapaz de hacerse mal, por más que lo desee. Mucho le pesaba la vigilancia. A punto estuvo su duelo de consumirle: muy a su gusto se habría matado, si nadie estuviera vigilándole. Viendo que no puede hacerse daño, dice:

«¡Ah, Muerte vil y despreciable! Muerte, por Dios, ¿no tenías poder y fuerza suficientes para matarme a mí en lugar de a mi

dama? Tal vez no te dignaste ni quisiste hacerlo por miedo a hacer un bien a alguien. Tu felonía no lo permitió: ninguna otra razón. ¡Qué servicio el tuyo! ¡Qué bondad! ¡En qué lugar te has situado! ¡Maldito sea quien te guarde gratitud! No sé quién me odia más, si la Vida, que me desea, o la Muerte, que no quiere matarme: una y otra me matan. Pero es con razón, así Dios me valga, si vivo yo a pesar mío, pues debería haberme matado cuando mi señora la reina me mostró semblante de odio. Y no lo hizo sin motivo; tenía una buena razón, aunque a mí se me escape cuál fuera. Si hubiese conocido esta razón antes de que su alma fuese al encuentro de Dios, habría reparado mi falta con tanta vehemencia como a ella le pluguiera, con tal que se apiadase de mí. Dios, ¿cuál ha podido ser mi crimen? Quizás ha sabido que subí en la carreta. No veo qué baldón puede imputarse si no es ése, que me ha traicionado. Si fue la causa de su odio, Dios, ¿por qué ese crimen me ha dañado tanto? Quien me lo reproche no sabe lo que es Amor. La boca no debe censurar nada de lo que Amor inspira: todo lo que se hace por la amiga se llama amor y cortesía. Pero yo nada he hecho por mi amiga. No sé qué decir, ¡ay! No sé si decir amiga o no. No me atrevo a darle ese nombre. Cuido saber de amor lo bastante como para afirmar que ella no debió considerarme el más vil de los hombres, si me hubiese amado. Antes bien, debería haberme llamado su amigo fiel, por cuanto honor me parecía todo lo que Amor deseaba: subir a la carreta, en ese caso. En ello sólo amor hubiera debido ver ella, y su probanza: así pone a prueba Amor, y de este modo reconoce a los suyos. Pero no tuvo a bien mi dama estas servidumbres: bien pude advertirlo en la acogida que me dispensó. Y, sin embargo, por ella hizo su amigo lo que más de una vez le supuso vergüenza, reproches y censuras. He jugado ese juego que todos vituperan, y mi felicidad, tan dulce, se me ha tornado amarga melancolía. A fe que tal es la costumbre de aquellos que de amor nada saben y lavan su honor en la vergüenza: quien sumerge su honra en el oprobio no hace otra cosa que ensuciarla más. Son los mismos ignorantes que publican su desdén hacia Amor; los que, muy lejos de él, no cumplen sus mandatos. No saben que mucho se ayuda quien hace lo que Amor ordena –no hay nada más digno de perdón–, y que mucho pierde quien rehúsa hacerlo».

Así se lamenta Lanzarote. A su lado se duelen sus compañeros, los que le guardan y vigilan. Entretanto, llegan noticias de que la reina no está muerta. Al punto, Lanzarote se conforta: si antes por su muerte había hecho enorme duelo, ahora la alegría por su vida es cien mil veces mayor. Como no se encontraban sino a seis o siete leguas de donde estaba el rey Baudemagus, llegó a éste la noticia de que Lanzarote vivía y que llegaba sano y salvo; de grado escuchó el monarca la buena nueva y, galantemente, fue enseguida a decírselo a la reina.

–Mi buen señor –responde ella–, lo creo, pues que vos lo decís. Si hubiese muerto, os lo prometo, no habría recobrado yo jamás la alegría. Para siempre se habría desvanecido mi gozo, si un caballero hubiese recibido la muerte en mi servicio.

Dicho esto, el rey de allí se parte. Muy impaciente está la reina de que regrese su alegría junto con su amigo. No tiene el más mínimo deseo de mostrarle rigor en nada. Y he aquí que, de nuevo, el rumor que no descansa y corre siempre sin interrupción llega a la reina: ¡Lanzarote se habría matado por ella, si se lo hubiesen permitido! Muy alegre está, y no duda en dar crédito a lo que oye: por nada del mundo querría que le hubiese sobrevenido una desgracia irreparable.

Entretanto ahí tenéis a Lanzarote, recién llegado a toda prisa. En cuanto el rey le ve, corre a besarle y a darle el abrazo de bienvenida. Se diría que vuela: tan ligero le vuelve su alegría. Pero quienes capturaron y ataron al héroe la nublan bruscamente; el rey les dice que han llegado para su desgracia, pues que van a morir sin remedio. Ellos le han respondido que creían obrar según su deseo.

–Me contraría –dice el rey– que hayáis pensado así. No está implicado sólo Lanzarote. A él no le habéis deshonrado, sino a mí,

que era su salvoconducto. En cualquier caso, la vergüenza es mía. Pero no bromearéis cuando salgáis de aquí.

Lanzarote se esfuerza lo mejor que puede en poner paz y sosegar la ira del monarca, tanto que lo consigue. Entonces el rey le conduce a ver a la reina. Esta vez ella no dejó caer sus ojos en tierra. Por el contrario, fue alegremente a recibirle, le honró cuanto pudo y le hizo sentar a su lado. Hablaron luego a su placer de cuanto les venía en gana. Temas no faltaban, que Amor se los brindaba. Cuando Lanzarote ve que la ocasión le es propicia y que no dice nada que no agrade a la reina, le dice en voz muy baja:

–Señora, mucho me pregunto maravillado el porqué de vuestra acogida el otro día. Al verme, ni una sola palabra me dirigisteis: un poco más, y hubiese muerto. No fui entonces tan audaz que me atreviera a preguntaros el motivo, pero ahora sí me atrevo. Señora, estoy dispuesto a reparar mi falta, pero os ruego que me descubráis el crimen que tanto me ha turbado.

Le responde la reina:

–¿Cómo? ¿No tuvisteis vergüenza de la carreta? ¿Acaso no dudasteis? Muy a vuestro pesar subisteis en ella, pues que os demorasteis dos pasos. Es por eso, en verdad, por lo que no he querido ni hablaros ni miraros.

–¡Dios me libre otra vez de semejante fechoría! –dice Lanzarote–. Que Dios no tenga jamás piedad de mí si no obrasteis con toda justicia. Señora, por Dios, aceptad lo antes posible la reparación de mi culpa. Si algún día me vais a perdonar, decídmelo, por Dios.

–Amigo, yo os libero por completo de vuestra falta. Os perdono de todo corazón.

–Gracias os sean dadas, señora. Pero aquí no puedo deciros cuanto quisiera. Con gusto os hablaría más despacio, si fuese posible.

La reina le señala una ventana con la mirada, no con el dedo, y dice:

–Venid a hablarme a esta ventana a medianoche, cuando todos duerman aquí dentro. Pasaréis por ese vergel. Pero aquí no podréis entrar, ni albergar vuestro cuerpo como un huésped. Yo estaré dentro y vos fuera, que dentro no podréis pasar. Yo tampoco podré llegar hasta vos, no siendo con la boca o con la mano. Hasta el amanecer estaré allí, si ése es vuestro gusto. No podríamos reunirnos en mi cámara, delante de mí se acuesta Keu, el senescal, quien, cubierto de llagas, languidece en el lecho. La puerta tampoco está abierta: bien cerrada queda, y bien guardada. Cuando vengáis, tened cuidado de no toparos con ningún espía.

–Señora –responde Lanzarote–, como pueda evitarlo, no me verá ningún espía de los que piensan mal o alimentan murmuraciones.

Así conciertan su entrevista y, llenos de alegría, se separan.

Lanzarote sale fuera de la cámara, tan alegre que no recuerda ninguno de los dolores pasados. La noche tarda demasiado. El día se le antoja, en su impaciencia, más largo que cien días o que un año entero. Muy gustoso habría acudido a la cita, si fuese ya de noche. Tanto ha luchado la noche por vencer al día que lo ha cubierto con su oscuridad, a modo de capa sombría sobre los hombros de la luz. Cuando ya ha oscurecido, muestra el héroe visos de cansancio y fatiga, y dice a los circunstantes que ha velado mucho y le es menester reposo. Bien podéis comprender, vosotros que habéis acometido empresas de este género, que él se finge cansado y que, engañosamente, se hace conducir a su cámara por las gentes de su posada. Pero su lecho no le parecía atractivo: no hubiese reposado allí por nada del mundo. No habría podido ni se hubiera atrevido. No hubiese querido tampoco atreverse ni poder.

Pronta y sigilosamente se levantó, sin lamentar en absoluto que no lucieran luna ni estrellas, ni que no ardiese en la mansión antorcha, lámpara ni linterna. Así se fue, acechando que ninguno le viese: cuidaban que dormiría en su lecho durante toda la noche. Sin compañía ni escolta se dirige rápidamente hacia el ver-

gel. No encontró a nadie. Y tiene suerte: un lienzo de la pared que cercaba el jardín se había derrumbado recientemente. Por esa brecha pasa veloz y pronto llega a la ventana. Allí se detiene; sin hacer ruido, sin toser, sin estornudar, hasta que llega la reina, envuelta en la blancura de una camisa. No lleva encima saya ni brial, tan sólo un manto corto de escarlata y marmota. Cuando Lanzarote ve a la reina que se inclina sobre la ventana, guarnecida de barrotes de hierro, con un dulce saludo la ha saludado. Y ella se lo devuelve al punto, que mucho estaban deseosos él de ella y ella de él. Nada hay de mal tono, nada triste en la conversación que mantienen. Uno y otra se aproximan, y mano a mano se entrelazan. Pero les pesa demasiado no poder juntarse más, y ambos denigran los hierros que les separan. Con todo, Lanzarote se jacta de que, si a la reina le place, conseguirá forzar la entrada: unos hierros no le detendrán.

–¿No veis –responde ella– que es muy difícil doblarlos, y más aún romperlos? Por más que los apretéis y atraigáis hacia vos y estiréis, no podréis arrancarlos.

–Señora, no os preocupéis. Estos hierros no valen nada. Nadie salvo vos me puede impedir reunirme con vos. Si me otorgáis licencia, el camino me es franco. Pero si no es de vuestro gusto, será tan peligroso que por nada del mundo pasaría.

–Sí –dice ella–, bien lo quiero. Mi voluntad no es lo que os detiene. Pero os conviene esperar a que esté acostada en mi lecho, y habréis de obrar en el mayor de los sigilos. No sería caso de broma ni motivo de diversión el que el senescal, que duerme aquí, se despertase a causa del alboroto. Es razón, pues, que regrese a mi lecho, pues él no podría interpretar favorablemente el verme estar de pie en este lugar.

–Señora, idos sin perder un instante. Pero no temáis que vaya a hacer ruido. Tan suavemente pienso arrancar los barrotes que en modo alguno me fatigaré, y nadie se despertará.

Dicho esto, la reina se va, y él se dispone a deshacerse de la ventana. Se agarra a los barrotes, los sacude violentamente, tira de ellos

tanto que consigue doblarlos y arrancarlos de raíz. Pero era tan cortante su hierro que le hendió la primera falange del dedo meñique hasta los nervios, y le produjo un profundo corte en el primer nudillo del dedo contiguo. No se da cuenta el héroe de la sangre que mana, gota a gota, de sus heridas: está pensando en algo muy diferente. No es baja ni mucho menos la ventana, pero Lanzarote la franquea con ligereza y soltura. En su lecho encuentra a Keu, dormido, y por fin llega al lecho de la reina. Ante ella se postra, y la adora: en ningún cuerpo santo creyó tanto como en el cuerpo de su amada. La reina le encuentra enseguida con sus brazos, le besa, le estrecha fuertemente contra su corazón y le atrae a su lecho, junto a ella. Allí le dispensa la más hermosa de las acogidas, nunca hubo otra igual, que Amor y su corazón la inspiran. De Amor procede tan cálido recibimiento. Si ella siente por él un gran amor, él la ama cien mil veces más: Amor ha abandonado todos los demás corazones para enriquecer el suyo. En su corazón ha recobrado Amor la vida, y de una forma tan pletórica que en los demás se ha marchitado. Ahora ve cumplido Lanzarote cuanto deseaba, pues que a la reina le son gratas su compañía y sus caricias, y la tiene entre sus brazos y ella a él entre los suyos. Tan tiernos y agradables son sus juegos, tanto han besado y han sentido, que les sobreviene en verdad un prodigio de alegría: nadie oyó hablar jamás de maravilla semejante. Pero nada diré al respecto: mi relato debe guardar silencio. De entre las alegrías, quiere la historia mantener oculta y en secreto la más selecta y deleitable.

La mucha alegría y el placer ocuparon a Lanzarote toda la noche. Pero viene el día, su tormento, pues que ha de levantarse de junto a su amiga. Mientras amanece, semeja en todo un mártir: tanto le apena su partida que sufre gran martirio. Su corazón regresa enseguida al lugar donde queda la reina. No tiene poder para detenerlo. Tanto le satisface su dueña que no desea abandonarla. El cuerpo parte, permanece el corazón.

Derechamente, Lanzarote se vuelve hacia la ventana. Ha dejado tras él un rastro de sangre: las sábanas están manchadas de la

que cayó de sus dedos. Muy destruido parte el héroe, todo lágrimas y suspiros. No han fijado el momento de volver a verse: ello le pesa, pero no puede ser de otro modo. De mala gana vuelve a pasar por la ventana por donde entró con tanto placer. Sus dedos ya no están enteros, que muy graves fueron las heridas. Sin embargo, ha enderezado los barrotes de hierro y los ha vuelto a poner en su lugar, de tal manera que ni por delante ni por detrás, ni por un lado ni por otro podía advertirse que hubiese arrancado o doblado uno solo de ellos. Antes de partir, se humilla vuelto hacia la cámara, como si se encontrase delante de un altar. Después se va, cercado por la angustia. No encuentra hombre que le reconozca hasta que llega a su posada, y en su lecho se acuesta, después de desnudarse, sin despertar a nadie. Es entonces cuando, por vez primera, descubre maravillado las llagas de sus dedos. Pero éstas no le inquietan, pues está completamente seguro de que se hirió al arrancar del muro los hierros de la ventana. No se lamenta por ello: hubiese preferido que le arrancaran ambos brazos del cuerpo a no pasar al otro lado. Si en cualquier otra situación hubiese sido herido de una forma tan deshonrosa, mucho se habría dolido y encolerizado.

Por la mañana, la reina dormía muy dulcemente en su cámara de hermosos tapices. No podía imaginar que sus sábanas estuviesen manchadas de sangre: cuidaba que conservarían su blancura acostumbrada. Meleagante, por su parte, apenas se vistió, se dirigió a la cámara donde yacía la reina. Despierta la encuentra, y ve también las gotas de sangre fresca, aquí y allá dispersas por las sábanas. Con el codo ha empujado a sus acompañantes y, presintiendo el mal, mira hacia el lecho de Keu, el senescal, y ve las sábanas igualmente manchadas de sangre (habéis de saber que sus heridas se habían abierto de nuevo durante la noche).

–Señora –dice–, acabo de encontrar las pruebas que buscaba. Muy loco está en verdad quien se afana en guardar el honor de una mujer. Pierde su tiempo y sus desvelos: que antes engaña ella a quien mejor la guarda que a quien no la vigila. Mi padre os ha

guardado admirablemente de mí, pero esta noche Keu, el senescal, os ha examinado atentamente y, mal que le pese a vuestro guardián, ha hecho con vos toda su voluntad. Harto fácil será probarlo.

–¿Cómo? –responde ella.

–He encontrado sangre en vuestras sábanas: ella es mi testigo, puesto que es necesario que os lo diga. Todo lo sé y todo lo probaré por el hecho de que estoy viendo en vuestras sábanas y en las suyas la sangre que manó de sus heridas. Veraz indicio me parece.

Entonces ve la reina por primera vez las sábanas sangrantes en uno y otro lecho. Mucho se maravilla. Ha sentido vergüenza, y enrojece.

–Así Dios me proteja –dice–, esa sangre que contemplo sobre mis sábanas no la derramó Keu, en modo alguno. Me ha sangrado la nariz esta noche. De mi nariz procede, estoy segura.

Y piensa estar diciendo la verdad.

–Por mi cabeza –dice Meleagante–, todo lo que decís no vale nada. No os conviene seguir fingiendo. Sois convicta de infamia: será probada la verdad.

Y añade a los guardianes allí presentes:

–Señores, no os mováis de aquí y vigilad que nadie quite las sábanas del lecho hasta que yo vuelva. Quiero que el rey me dé la razón cuando lo haya visto con sus propios ojos.

Tanto busca a su padre que le ha encontrado. A sus pies se arroja, y le dice:

–Señor, venid a ver algo que no podéis imaginar. Venid a ver a la reina y veréis la probada maravilla que yo he visto y tenido ante mis ojos. Pero, antes de venir, os ruego que no me neguéis justicia ni derecho. Bien sabéis en qué aventuras he arriesgado mi cuerpo por ella. Obtuve a cambio vuestra enemistad, ya que la hicisteis custodiar por mi causa. Pues bien, hoy por la mañana he ido a observarla a su lecho, y tanto he visto allí que he comprendido fácilmente que cada noche Keu duerme con ella. Señor, por Dios, no os extrañe si sufro y me lamento, pues gran desdén con-

sidero el que me odie a mí y me desprecie, mientras yace con Keu todas las noches.

–¡Cállate! –dice el rey–. No puedo creerlo.

–Señor, venid entonces a ver cómo ha dejado Keu las sábanas. Puesto que no creéis en mi palabra y pensáis que os miento, voy a mostraros las sábanas y la colcha ensangrentadas por las heridas de Keu.

–Vamos allá, que quiero verlo. Mis ojos me enseñarán la verdad.

Al punto se dirige Baudemagus a la cámara de la reina, y la encuentra levantándose. Ve en su lecho las sábanas sangrantes, y en el de Keu también.

–Señora –dice–, mal están las cosas si mi hijo me ha dicho la verdad.

Responde ella:

–Así Dios me valga, no se ha contado nunca, ni siquiera hablando de una pesadilla, mentira tan funesta. Creo que Keu, el senescal, es lo bastante cortés y leal como para no haber dado jamás motivos de sospecha. En cuanto a mí, yo no hago de mi cuerpo una mercancía, ni me entrego a quien me desea. Keu, en verdad, no es hombre que requiera de mí tal ultraje, ni yo he tenido nunca el corazón de cometerlo, ni lo tendré jamás.

–Señor, mucho os agradecería –dice Meleagante a su padre– que Keu expiase su crimen de modo que la vergüenza alcanzara también a la reina. Vos tenéis el poder de hacer justicia: reclamo y ruego que hagáis uso de él. Al rey Arturo, su señor, ha traicionado Keu, en quien tanto confiaba que le había encomendado lo que en este mundo le era más querido.

–Señor –exclama Keu–, hora es de que me permitáis responder, y de este modo podré exculparme. Que Dios, cuando abandone el siglo, no conceda perdón a mi alma si alguna vez gocé a mi señora la reina. Sí, preferiría estar muerto a haber cometido contra mi señor semejante sinrazón. Que Dios no me conceda salud mayor de la que ahora tengo y que la muerte se apodere de mí en este instante, si alguna vez siquiera pensé en ello. Yo sólo

sé que mis llagas han sangrado con exceso esta noche, y han ensangrentado mis sábanas. Vuestro hijo no me cree, pero es él quien no tiene razón.

–Así Dios me ayude –responde Meleagante–, los diablos os han traicionado, los demonios en persona. Demasiado os habéis acalorado esta noche: por eso os fatigasteis y vuestras llagas reventaron. Cuanto decís es pura ficción: la sangre en ambos lechos lo atestigua con absoluta evidencia. Razón es que paguéis, pues que sois convicto del crimen que se os imputa. Un caballero de vuestro rango ¿llevó a cabo jamás algo tan deshonroso? La vergüenza es ahora vuestra única compañera.

–Señor, señor –dice Keu al rey–, por mi dama y por mí habré de defenderme de lo que vuestro hijo me acusa. Sin razón me atormenta y me aflige.

–No estáis en condiciones de presentar batalla –le responde el rey–. Aún no estáis curado.

–Señor, si me lo permitís, voy a enfrentarme con él, a pesar de mi enfermedad, y sabré demostrar que no tengo culpa en ese crimen que me atribuye.

Entretanto, la reina ha enviado a buscar secretamente a Lanzarote, y dice al rey que sabe de un caballero que defenderá al senescal contra Meleagante, si éste se atreve a mantener su acusación.

–No existe ningún caballero –exclama Meleagante– con el que yo no acepte entrar en batalla hasta que uno de los dos quede vencido, aunque un gigante sea mi adversario.

Precisamente entonces entra Lanzarote. Tal muchedumbre hay de caballeros que la sala está llena. Ahora que él está aquí puede contar la reina ya lo sucedido, y ante todos, jóvenes y canos, dice:

–Lanzarote, aquí mismo me ha imputado Meleagante esta vergüenza. Cuantos le han oído se inclinan en mi disfavor, si no conseguís vos que se desdiga. Según él, Keu ha yacido esta noche conmigo, pues que ha visto mis sábanas y las suyas manchadas de sangre, y afirma que será condenado por ello si no puede defen-

derse en persona de la acusación, o si nadie quiere librar batalla para defenderle.

–No necesitáis añadir nada más –dice Lanzarote–, estando yo a vuestro lado. ¡No quiera Dios que pese sobre vos y sobre Keu semejante sospecha! Estoy dispuesto a presentar batalla para probar que el senescal ni tan siquiera lo pensó. Yo seré su defensa, y le defenderé lo mejor que pueda. Por él emprenderé batalla.

Entonces Meleagante da un salto hacia adelante y dice:

–Así Dios me salve, bien lo quiero y mucho me agrada. Nadie vaya a pensar que me resulta gravoso.

–Rey y señor –dice Lanzarote–, sé de procesos y de leyes, conozco bien los juicios. Sin juramentos no debe celebrarse una batalla en la que está en juego una sospecha tal.

Y Meleagante, sin dudarlo, le responde rápidamente:

–¡Bienvenidos sean los juramentos! ¡Que traigan inmediatamente los santos! Sé bien que la razón me asiste.

–Así Dios me ayude –replica Lanzarote–, no conoció jamás a Keu, el senescal, quien le atribuye este crimen.

Al punto reclaman sus armas y mandan traer a sus caballos. Los escuderos les arman: ya están armados. Y los santos ya están aquí. Meleagante se acerca y Lanzarote hace otro tanto. Ambos se arrodillan. Meleagante tiende su mano hacia las reliquias y jura con potente voz:

–Juro por Dios y por estas reliquias que Keu, el senescal, acompañó a la reina en su lecho esta noche y de ella obtuvo todo su deleite.

–Y yo te acuso de perjuro –dice Lanzarote–, y torno a jurar que él no la ha gozado. Tome Dios, si le place, venganza contra quien ha mentido, y dígnese probar la verdad. Pero voy a añadir un segundo juramento, pese a quien pese: si hoy consigo tener a mi merced a Meleagante, juro por Dios y por estas reliquias que no tendré piedad de él.

No se ha regocijado el rey al escuchar este juramento. Después de haber jurado, les han traído sus caballos, magníficos ejemplares. Cada uno ha subido sobre el suyo, y el uno contra el otro se dirige tan aprisa como puede su caballo. El choque es tan formidable que de ambas lanzas no les queda sino el extremo que empuñaban.

Uno y otro ruedan por tierra, pero no están muertos, que muy pronto se levantan y se hieren todo lo que pueden con el filo de sus espadas desnudas. Chispas ardientes brotan de los yelmos hacia las nubes. Con tan gran ira se acometen que sus espadas van y vienen sin reposo, sin tregua para recuperar el aliento. El rey está sufriendo mucho. Decide recurrir a la reina, que seguía el combate desde arriba, apoyada en las tribunas de la torre. Por Dios Creador le suplica que ponga fin al combate.

–Cuanto os place y agrada –dice la reina– en buena fe no atenta contra mi voluntad.

Bien ha escuchado Lanzarote la respuesta de la reina. Desde entonces no quiere combatir: para él ha terminado la batalla. Por su parte, Meleagante le hiere y le golpea sin tregua. Entonces el rey se interpone entre ambos y detiene a su hijo, quien jura y perjura que no le preocupa la paz:

–Batalla quiero, no me cuido de paz.

–Cállate –responde el rey– y hazme caso: obrarás cuerdamente. Si confías en mí, no te sobrevendrá vergüenza ni perjuicio. Haz lo que debes hacer. ¿Has olvidado que hay una batalla concertada entre tú y él en la corte del rey Arturo? ¿Dudas de que es allí, y no en otro lugar, donde debes adquirir la mayor honra posible?

Dice esto el rey por ver si consigue convencer a su hijo. Logra que se apacigüe, y le separa.

Retrasábase mucho Lanzarote en encontrar a mi señor Galván. Por ello va a pedir licencia de partida al rey, y después a la reina. Con el permiso de ambos se encamina hacia el Puente bajo el Agua. Le sigue un nutrido grupo de caballeros: más de uno le hubiera complacido quedándose en la corte. A marchas forzadas

se han acercado al Puente bajo el Agua, tanto que les separa una sola legua de él. Antes de llegar al puente, antes de poder verlo, un enano sale a su encuentro, montado en un enorme caballo de caza y con un látigo en la mano para empujar a su montura y estimularla. Inmediatamente pregunta, como si hubiese recibido órdenes de hacerlo:

–¿Quién de vosotros es Lanzarote? No me lo ocultéis, soy de los vuestros. Pero decídmelo con seguridad, pues mi pregunta no tiene otro objeto que ayudaros.

Lanzarote en persona le responde:

–Yo soy por quien preguntas y a quien buscas.

–¡Ah! Lanzarote, noble caballero, deja a tu gente, ten confianza y ven solo conmigo, que te quiero conducir a un lugar muy bueno para ti. Pero nadie debe seguirte. Que te esperen aquí. Volveremos enseguida.

Sin recelar mala intención, el héroe ordena a su gente que le aguarde y sigue al enano, que le acaba de traicionar. Largo tiempo podían esperar los que allí le esperaban, pues quienes le han prendido y apresado ningún deseo tienen de devolverle. Como ni regresa ni reaparece, sus hombres sufren y no saben qué hacer. Todos piensan que el enano les ha traicionado, y si ello les indigna, locura sería preguntárselo. En medio de su dolor comienzan a buscar, pero no saben dónde encontrarle o por dónde iniciar su búsqueda. Celebran consejo todos juntos. Los más razonables y juiciosos acuerdan, pienso, dirigirse al paso del Puente bajo el Agua, que no está lejos, y buscar enseguida a Lanzarote con la aprobación de mi señor Galván, si es que llegan a encontrarle en floresta o en llano. Todos aceptan este plan: ni un ápice se alejan de él.

Hacia el Puente bajo el Agua se dirigen. Recién llegados, ven a mi señor Galván, que había tropezado y caído en el agua, a la sazón profunda. Ora asoma, ora se hunde; ora le ven, ora le pierden de vista. Llegan los caballeros a la orilla y consiguen asirle con ramas de árbol, pértigas y ganchos. No tenía más que la cota de malla en la espalda, y sobre la cabeza puesto un yelmo que

bien valía diez de los otros, y las calzas de hierro calzadas, pero enmohecidas por el sudor, pues muchos trabajos había padecido, y muchas refriegas y peligros había atravesado como vencedor. En la orilla estaban su lanza, su escudo y su caballo.

No piensan que esté vivo los que le han sacado del agua: de ella tenía lleno el cuerpo. Hasta que la hubo desalojado por completo, no le han oído decir palabra. Pero cuando ve que puede oír y pueden ser oídas su palabra y su voz, cuando su corazón vuelve a latir y su pecho vuelve a respirar, rompe a hablar sin perder un instante: pregunta al punto a quienes tiene delante si conocen alguna novedad referente a la reina. Y le responden que el rey Baudemagus la tiene bajo su protección en la corte, colmándola de cortesía y de atenciones.

–¿No ha llegado nadie antes que yo –dice mi señor Galván– a buscarla a esta tierra?

–Sí –responden los caballeros–. Lanzarote del Lago. Logró franquear el Puente de la Espada: así la rescató y liberó, y con ella a todos nosotros. Pero nos ha traicionado un vil canalla, un enano giboso y gesticulante: nos ha engañado miserablemente, arrebatándonos a Lanzarote. No sabemos qué habrá sido de él.

–¿Cuándo fue eso?

–Señor, ha sido hoy cuando nos ha burlado el enano, muy cerca de aquí, mientras nos dirigíamos él y nosotros a vuestro encuentro.

–¿Y cómo se ha portado Lanzarote desde que llegó a este país?

Proceden ellos a informarle: de cabo a rabo le refieren todo, sin olvidar un solo detalle. Y le dicen que la reina le espera y ha prometido que nada le haría moverse del país hasta volverse a ver, aunque tuviera noticias suyas.

–Cuando nos alejemos de este puente –pregunta mi señor Galván–, ¿iremos en busca de Lanzarote?

La opinión general es que primero deben reunirse con la reina. Baudemagus le hará buscar, pues creen que su hijo Meleagante, que mucho le odia, le ha hecho prisionero a traición. Esté

donde esté Lanzarote, si el rey lo sabe, ordenará su devolución. Puesto que están así las cosas, pueden esperar. Todos aceptaron esta decisión y se dirigieron hacia la corte, donde estaban el rey y la reina, y Keu con ellos, el senescal, y aquel felón, lleno hasta el colmo de traiciones, que ha sembrado el desconcierto por la suerte de Lanzarote entre todos los que ahora llegan. Muertos se consideran, después de la traición, y hacen visible un gran duelo, que mucho les pesa.

No es cortés la noticia que semejante duelo trae a la reina. Sin embargo, sabe disimular lo mejor que puede su dolor. Por mi señor Galván se imponía regocijarse, y así lo hace. Pero no puede ocultar por completo su pena: a veces aparece. De este modo coexisten en su ánimo la alegría y el dolor: le falla el corazón por Lanzarote, pero ante mi señor Galván aparenta una alegría sin límites.

Nadie hay que oiga la noticia que no se duela y desespere, al saber que Lanzarote ha desaparecido. Hubiese el rey gozado de la llegada de Galván, mucho le hubiera complacido conocerle, pero tal dolor tiene, tal pesar de que Lanzarote haya sido traicionado, que mudo está, y abatido. La reina le suplica que le haga buscar de un extremo a otro de su tierra, y sin tardanza. Galván y Keu se lo ruegan también. Ni uno solo ha dejado de unirse al ruego de la reina.

–Dejad este cuidado sobre mí –dice el rey–, ni una palabra más. Hace ya tiempo que lo tenía decidido. Sin súplicas ni ruegos por vuestra parte, pensaba y pienso llevar a cabo tal búsqueda.

Todos se inclinan ante él. Inmediatamente envía el rey a través de su reino a sus mensajeros, servidores expertos y avezados que por todo el país difunden la noticia y preguntan por Lanzarote, pero no consiguen obtener ninguna información positiva. No encontraron, pues, nada, y regresaron adonde permanecían los caballeros, Galván y Keu y todos los demás. Declaran éstos que, lanza en ristre y armados hasta los dientes, partirán en su busca: a ningún otro enviarán en su lugar.

Un día, después de comer, se armaban todos en la sala –había llegado el momento de cumplir con el deber y ponerse en camino–, cuando entró un paje que, pasando a través de ellos, fue a detenerse ante la reina. Ésta no conservaba su tinte rosa habitual, pues, al no recibir noticias de Lanzarote, sentía un gran dolor, y llegó a mudársele el tono de su cara. El paje saludó a la reina, y al rey que se sentaba junto a ella, a Keu y a mi señor Galván, y a todos los demás después. Una carta llevaba en la mano: se la tiende al rey, y éste la toma, haciéndola leer en alta voz por alguien ducho en semejantes lides. El que lee sabe decirles sin errores lo que ve escrito en el pergamino: que Lanzarote saluda al rey como a su señor y le agradece la honra y los servicios que le ha prestado, como quien se considera por completo a sus órdenes. Sabed con certeza que él está ahora con el rey Arturo, lleno de fuerza y de salud, y hace saber a la reina –si ello no contradice su voluntad–, así como a Galván y Keu, que pueden emprender el camino de regreso. Por las señas, la carta parecía auténtica: así lo creyeron todos.

La noticia inundó la corte de alegría. Al día siguiente, con el alba, hablan de regresar. El amanecer les sorprende preparando la marcha. Muy pronto ensillan, montan y se ponen en camino. Muy de su grado el rey les acompaña una gran parte de la ruta. Hasta los confines de su tierra va con ellos y, una vez traspasados, se despide de la reina y de todos en general. Ella, a su vez, le da las gracias por todos los favores prestados y le rodea el cuello con sus brazos ofreciéndole sus servicios y los de Arturo, su señor: más no le puede prometer. Y mi señor Galván y Keu y todos los demás lo prometen también, tratándole de amigo y de señor. Esto dicho, prosiguen su camino, no sin que el rey encomiende a Dios a la reina y a ambos caballeros, salude a los demás y regrese con los suyos.

No descansa la reina a lo largo de una semana, cabalga sin interrupción, tanto que la corte ha llegado a saberlo. Muy grato es para el rey Arturo el que la reina se aproxime, y el regreso de su

sobrino le llena de alegría el corazón: cuidaba que por sus proezas había sido la reina liberada, y Keu y los demás desterrados. La verdad es bien diferente.

La ciudad está vacía, todos han salido al encuentro de los que llegan. Caballero o villano, todos dicen al verlos:

–Bienvenido sea mi señor Galván, que nos ha devuelto a la reina, a tanta dama cautiva y a tanto prisionero.

Les ha respondido Galván:

–Señores, me alabáis sin razón. Cesad en vuestras alabanzas, que en nada me conciernen. Me causan vergüenza vuestros honores. Cuando llegué, ya era tarde: mi lentitud me hizo fracasar. Pero Lanzarote sí llegó a tiempo, y la honra que obtuvo no la alcanzó jamás ningún caballero.

–¿Y dónde está él, mi buen señor, puesto que no le vemos a vuestro lado?

–¿Dónde? –responde mi señor Galván–. En la corte del rey nuestro señor. ¿Acaso no está allí?

–A fe que no, ni en ninguna otra parte de este país. Desde que mi señora la reina fue arrebatada, no hemos tenido de él noticia alguna.

Tan sólo entonces comprendió Galván que la carta era falsa, que por ella habían sido traicionados y burlados. Helos aquí de nuevo sumidos en la tristeza. A la corte llegan, en medio de su dolor. El rey quiere saber sin tardanza noticias del asunto. No faltan quienes le refieren cómo ha actuado Lanzarote, cómo gracias a él fue liberada la reina y los demás cautivos, cómo y por qué traición aquel enano consiguió hacerle prisionero. Mucho le aflige al rey semejante relato, y mucho se lamenta. Pero tanto es el gozo que siente al volver a ver a la reina que el corazón se le subleva: el duelo acaba en alegría. Tiene la cosa que más quiere, lo demás apenas le preocupa.

Mientras la reina estuvo fuera del país, celebraron consejo las damas y doncellas privadas de protección, y decidieron que querían casarse lo antes posible. Para ello, la asamblea creyó oportuno organizar un gran torneo. Presidían ambos bandos la dama de Pomelegoi y la dama de Noauz. Los vencidos no obtendrán de ellas sino silencio: dicen, en cambio, que concederán su amor a los vencedores. Así, anunciaron el torneo por las tierras vecinas, y por las lejanas también, y fijaron un día no demasiado próximo, para que la concurrencia fuese más numerosa.

Dentro del plazo que pusieron, llegó la reina al país. Apenas supieron que había regresado, la mayor parte de ellas se dirigió a la corte y, una vez ante el rey, le suplicaron que un don les concediese y les otorgara un deseo. Antes incluso de conocer la voluntad de las doncellas, el rey les prometió que haría lo que le pedían. Entonces le dijeron que su deseo era que permitiese a la reina asistir a su torneo. Él dice que le place, si ella acepta. Felices con el permiso real, vanse a buscar a la reina y le dicen súbitamente:

–Señora, no nos retiréis lo que el rey nos ha dado.

–¿De qué se trata? –pregunta ella–. No me lo ocultéis.

–Si queréis venir a nuestro torneo, él no os retendrá ni se opondrá a ello.

La reina dice que acudirá, pues que el rey lo permitía. Por su parte, las doncellas envían mensajeros y hacen saber por todos los países de la corona que el día fijado para el torneo traerían a la soberana. Por todas partes se ha extendido la noticia, lejos y cerca, aquí y allá, tanto que ha llegado hasta el reino de donde nadie regresar solía (aunque ahora todo el mundo puede entrar y salir, sin que se lo impidan). Y tanto se ha extendido por ese reino la noticia, que llegó a casa de un senescal de Meleagante, ese traidor que en mal fuego se queme. Dicho senescal tenía a Lanzarote bajo su custodia: su casa era la prisión donde Meleagante, su enemigo que con gran odio le aborrece, le tenía encerrado. La nueva del torneo conoció Lanzarote, la hora y la fecha, y sus ojos no escasearon lágrimas, ni su corazón se alegró cuando lo supo. Doliente y pensativo le ve la dama de la casa, y en secreto le dice:

–Señor, por Dios y vuestra alma, decidme la verdad, ¿por qué estáis tan cambiado? No bebéis ni coméis, no os veo bromear ni reír. Podéis confiarme sin temor alguno vuestro pensamiento y vuestro dolor.

–¡Ah! Señora, no os maravilléis, por Dios, si estoy triste. Desamparado estoy, en verdad, cuando no puedo estar allí donde todo lo hermoso del mundo se da cita, en ese torneo que reúne, según se dice, a todo un pueblo. Sin embargo, si quisierais y Dios os hiciese tan generosa que me dejaseis ir, estad completamente segura de que, como respuesta a vuestro gesto, regresaría aquí inmediatamente, en calidad de prisionero.

–En verdad que lo haría muy gustosa, si no significase mi destrucción y mi muerte. Pero tanto temo a mi señor, el despreciable Meleagante, que no me atrevería a hacerlo, pues sería capaz de dar muerte a mi esposo. No es maravilla que le tema: vos conocéis su crueldad.

–Señora, si tenéis miedo de que yo, después del torneo, no vuelva a mi prisión, obtendréis de mí un juramento que sabré respetar: nada me impedirá volver a vuestra casa inmediatamente después del torneo.

–A fe que os lo concedo, pero con una condición.

–¿Cuál es, señora?

–Señor, vais a jurar vuestro regreso y, además, me vais a asegurar que obtendré vuestro amor.

–Señora, todo aquel del que puedo disponer os lo daré, en verdad, a mi regreso.

–¡Heme aquí reducida a nada! –dice la dama, sonriendo–. Por lo que puedo inferir, habéis entregado y confiado a otra el amor que yo os he pedido. No obstante, sin ningún desdén, acepto lo que pueda conseguir. Me bastará con lo que podáis darme, pero habéis de jurar que volveréis aquí, como mi prisionero.

Lanzarote jura sobre la santa Iglesia que volverá sin falta, así como quería ella. La dama al punto le proporciona las armas de su esposo, bermejas, y un hermoso caballo, fuerte y audaz a maravilla. Ensilla el héroe, y monta, y ha partido armado de muy hermosas armas, completamente nuevas. Tanto cabalga que a Noauz llega. A este bando se adscribe, y toma alojamiento fuera de la ciudad. Jamás hombre tan señalado se hospedó en otro igual, pues muy pequeño era, y bajo de techo. Pero no quería hospedarse en lugar donde fuese reconocido.

La flor y nata de los caballeros se amontonaba en el castillo. La mayoría, sin embargo, estaba fuera, pues tantos habían venido a causa de la reina que uno de cada cinco no había podido instalarse dentro. Contra uno solo, siete no habrían acudido sin la presencia de la reina. En cinco leguas a la redonda se fueron alojando los varones, en tiendas, chozas y cabañas. Maravilla era ver reunidas allí tantas damas y gentiles doncellas.

Lanzarote ha colgado su escudo en la puerta de su posada. Para estar más cómodo, se desarma y se acuesta sobre un lecho que muy poco le conforta, estrecho como era, con un colchón delgado cubierto por una grosera sábana de cáñamo. Sobre este lecho reposa Lanzarote, completamente desarmado, sobre este pobre lecho yace el héroe, sin defensa posible, cuando he aquí que llega un heraldo de armas en camisa: su saya la había dejado en la taberna, junto con su calzado. Y he aquí que viene a toda prisa, con los pies desnudos, inerme frente al viento. Reparó en el escudo sobre la puerta de la calle, y lo examinó detenidamente: lo ignoraba todo acerca de ese escudo y de su poseedor. Ve que la puerta está entornada, entra en la casa y ¡ve tendido en el lecho a Lanzarote! Al reconocerle, no pudo por menos de persignarse. Lanzarote fijó su mirada sobre él y le prohibió que hablase de su presencia en el torneo, allí donde se dirigiese. Y si lo hacía, más le valdría que le arrancasen los ojos o le rompieran el cuello.

–Señor –dice el heraldo–, mucho os he apreciado y siempre os apreciaré. Mientras viva, no haré nada que no sea de vuestro agrado.

De un salto sale de la casa, y se marcha gritando a voz en cuello:

–¡Ha llegado el que vencerá! ¡Ha llegado el que vencerá!

A tal punto no ceja el pícaro en su griterío que de todas partes salen gentes, y le preguntan qué es lo que grita. Él no es tan atrevido que lo diga. Antes bien se aleja, gritando lo mismo. Y sabed que fue entonces cuando se dijo por primera vez «¡Ha llegado el que vencerá!» Nuestro maestro fue este heraldo: él nos enseñó a decirlo, pues por vez primera lo dijo.

Ya se han reunido los grupos. La reina con todas las damas, los caballeros y sus gentes. Muchos servidores había por todas partes, a la derecha y a la izquierda. Donde el torneo iba a tener lugar se construyó una gran tribuna de madera: allí se situarían la reina, las damas y las doncellas. Jamás se había visto una tribuna tan bella, tan amplia, tan bien hecha.

Al día siguiente, allí están todas, junto a la reina. Quieren ver el torneo y juzgar quién lo hará mejor y quién peor. Entonces se presentan los caballeros, diez y diez, veinte y veinte, treinta y treinta, ochenta aquí, noventa allí, hasta cien, por aquí más aún y dos veces más por allí. Tan numerosa es la asamblea congregada delante y alrededor de la tribuna que la pugna va a dar comienzo. Con o sin armadura, acuden al choque. Las lanzas semejan un gran bosque, pues los que quieren obtener placer de ellas han traído tantas que no eran visibles sino los extremos, con las banderas y los gonfalones. Se lanzan a la justa los justadores: bastantes compañeros han encontrado que venían con la misma intención. Los demás se preparaban para llevar a cabo otras caballerías. Repletas están las praderas, y los campos y las tierras de labor; no se puede contar el número de los caballeros. Lanzarote no tomó parte en este primer encuentro. Pero cuando avanzaba por la pradera, el heraldo le vio venir, y no pudo por menos de gritar:

–¡Ved al que vencerá! ¡Ved al que vencerá!

Le preguntan:

–¿Quién es?

Él no les quiere decir nada.

En cuanto Lanzarote ha entrado en la contienda, él solo vale por veinte de los mejores. Comienza a hacerlo tan bien que nadie aparta los ojos de él, allí donde esté. Había en el bando de Pomelegoi un caballero muy valiente. Iba sobre un caballo brincador que corría más y mejor que un ciervo de los llanos. Era hijo del rey de Irlanda: notablemente se portaba. Pero a todos complacía cuatro veces más el caballero desconocido. Y se preguntan angustiados:

–¿Quién es el que tan bien lo hace?

La reina, en secreto, llama a una doncella prudente y juiciosa, y le dice:

–Doncella, os es preciso transmitir un mensaje. Lo llevaréis enseguida, pues tiene pocas palabras. Bajad de esta tribuna e id al encuentro de ese caballero que lleva escudo bermejo. Le diréis en voz baja que yo le ordeno: lo peor posible.

Rápida y hábilmente, cumple la joven el encargo de la reina. Se dirige al caballero, le sigue hasta llegar muy cerca de él y le dice, cuidando que no escuche vecino ni vecina:

–Señor, mi señora la reina esto os ordena a través de mí: lo peor posible.

Apenas lo oye, responde él que lo haría muy de su grado, como quien es enteramente de la reina. Y cabalga al punto a todo galope contra un caballero, y falla en el encuentro, cuando le debió herir. Desde entonces hasta el anochecer se comportó lo peor que pudo, pues que la reina así lo deseaba. El adversario, por su parte, no ha fallado en su ataque: antes bien le ha asestado un duro golpe, encontrándole con su lanza. Entonces Lanzarote emprende la huida. No volvió más en aquel día el cuello de su caballo hacia caballero alguno. Nada hubiera hecho, aun a precio de muerte, que no contribuyera a su vergüenza y a cubrirle de deshonor. Aparenta tener miedo de cuantos van y vienen. Los caballeros que antes le admiraban ahora se burlan y se mofan de él. Y el heraldo que solía decir: «¡Él les vencerá a todos, uno tras otro!» se encuentra mal y muy desengañado, pues debe soportar toda clase de chanzas:

–Debes callarte, amigo, tu caballero no vencerá. De tanto vararear, su vara se ha quebrado, la que tanto nos has encarecido.

Y la mayoría se dice:

–¿Cómo puede ser esto? Hace un momento era el más valiente, y ahora es tan cobarde que no se atreve a enfrentarse con ningún caballero. Quizá lo hizo tan bien porque era primerizo en la batalla: por eso fue tan fuerte en sus ataques que ningún caballero, por experto que fuese, le pudo contener; golpeaba como fuera de sí. Pero ha aprendido lo que son las armas y, mientras viva, no va a sentir deseos de llevarlas. Su corazón no lo soporta: nadie en el mundo hay más miserable.

La reina, por su parte, no está enojada. Antes bien está alegre, y mucho le place, pues sabe bien, aunque se calla, que el caballero es con certeza Lanzarote. De este modo, hasta el anochecer se hizo pasar por un cobarde. Después, al caer la noche, los justadores se separan. Gran debate se ha suscitado sobre quiénes han sido los mejores. El hijo del rey de Irlanda piensa que, sin lugar a ninguna duda, él ha sido quien se merece premios y honores. En ello se equivoca por completo, que bastantes hubo con méritos parecidos. Por su parte, el caballero bermejo agradó a damas y doncellas –las más hermosas y gentiles–, tanto que a nadie como a él otorgaron sus preferencias durante la jornada. Bien habían visto cómo se había portado al comienzo, qué valiente y audaz había sido; y cómo, después, tan acobardado estaba que no se atrevió a hacer frente a ningún caballero: el peor de ellos podría haberle derribado y prendido, si se lo hubiera propuesto. Todas y todos decidieron en fin regresar al día siguiente al torneo. Así tomarán las doncellas por esposos a los que obtengan el honor de la jornada. Eso era lo acordado. Dicho esto, se vuelven a sus alojamientos.

Mientras vuelven a sus posadas, por todas partes encuentran gentes que murmuran:

–¿Dónde está el peor de los caballeros, el que no vale nada y es digno del mayor desprecio? ¿Dónde ha ido?

¿Dónde se ha agazapado? ¿Dónde ha ido? ¿Dónde le buscaremos? Quizá no le veamos más, pues Cobardía le ha expulsado; tanto de ella lleva en sus brazos que no hay en el mundo nadie más cobarde. Y tiene razón: cien mil veces más cómodo vive un cobarde que un valiente guerrero. Muy agradable es Cobardía; por ello la ha besado en señal de vasallaje y ha tomado de ella cuanto es. Jamás fue Valentía tan vil que viniese a habitar en él ni a residir a su lado. Es Cobardía quien se ha hospedado dentro de él. Tanto la adora y sirve su huésped que ha perdido el honor para aumentar el suyo.

Durante toda la noche se burlan: enronquecen a fuerza de murmurar. A menudo, quien dice mal del prójimo muy peor es que aquel a quien censura y desprecia. Cada uno dice lo que le place.

Al amanecer, todo el mundo estaba preparado para volver al torneo. La reina se sentó de nuevo en la tribuna con las damas y las doncellas. Con ellas se sentaron numerosos caballeros que no justaban: eran prisioneros o cruzados. Y describían a las beldades las armas de los caballeros que más admiraban:

–¿Veis a aquel del escudo rojo con una franja dorada? Es Governal de Roberdic. ¿Y veis a aquel que sobre su escudo tiene un águila y un dragón? Es el hijo del rey de Aragón, y ha venido a esta tierra para conquistar honor y prez. Ved al que está a su lado, ¡qué bien ataca y qué bien justa! La mitad de su escudo es verde, y lleva un leopardo pintado; la otra mitad, azul. Es el ardiente Ignauro, tan agradable como enamorado. ¿Y aquel que lleva pintados en el escudo esos faisanes pico con pico? Es Coguillante de Mautirec. ¿Y aquellos dos junto a él, sobre caballos tordos, y leones grises en el escudo de oro? Llámase uno Semíramis, el otro es su compañero fiel: por eso sus escudos son similares. ¿Veis a aquel que lleva una puerta figurada en su escudo? Se diría que un ciervo sale de ella. Ése es el rey Yder, a la fe.

De este modo describen a los héroes desde la tribuna:

–Ese escudo se fabricó en Limoges; Pílades lo ha traído, y está deseoso de entrar en combate. Ese otro fue hecho en Tolosa, como

todo el arnés: es el conde de Estral quien lo trajo de allí. Ese vino de Lyon sobre el Ródano: ninguno hay tan bello bajo el tronco celeste. A cambio de un gran servicio prestado lo obtuvo Taulás del Desierto: sabe llevarlo con gallardía y cubrirse con él. Aquel otro salió de los talleres ingleses, fue fabricado en Londres; veis sobre él dos golondrinas: se diría que van a emprender el vuelo, pero no se mueven, soportando muchos mandobles de acero patavino. Es el joven Tóate quien lo lleva.

Así describen y detallan las armas que les son conocidas. Pero no divisan a aquel que se había granjeado su desprecio; piensan que ha emprendido la huida para no tomar parte en la contienda. La reina tampoco le ve, y decide enviar a alguien a través de las filas para que le busque y encuentre. No conoce nadie mejor para ello que aquella a la que enviara el día anterior. La llama inmediatamente y le dice así:

–Id ahora, doncella, a montar sobre vuestro palafrén. Os envío al caballero de ayer. Le buscaréis, le encontraréis. No os retraséis por nada del mundo. De nuevo le diréis que se comporte todavía lo peor posible. Y cuando se lo hayáis advertido, escuchad bien lo que os responda.

No tarda la doncella en obedecer. Se había fijado la noche pasada hacia dónde se dirigía el caballero, pues algo le decía con plena seguridad que sería enviada de nuevo a él. Sabe orientarse entre las filas hasta llegar a su destino. Rápidamente se acerca, y le repite en voz muy baja que todavía debe comportarse *lo peor posible*, si quiere conservar el amor y la gracia de la reina: órdenes suyas son.

Responde Lanzarote:

–Gracias le sean dadas a ella, pues tal cosa me ordena.

La doncella se fue. Mientras, se deja oír el griterío que levantan criados y escuderos diciendo:

–¡Maravilla! ¡Ha regresado el caballero de las armas bermejas, venid a verle! Pero ¿para qué? No hay en el mundo hombre tan vil, tan digno de desprecio y tan cobarde. La cobardía le domina, y él nada puede hacer contra ella.

Ha vuelto la doncella junto a la reina. Ésta no deja de apremiarla hasta conocer la respuesta. Al oírla, mucho se ha alegrado, pues ahora sabe sin ninguna duda que ese caballero no es otro que aquel a quien ella pertenece por entero, y que le sigue perteneciendo él también a ella sin falta. Entonces ordena a la muchacha que vuelva aprisa sobre sus pasos y diga al caballero que ella le prescribe y suplica que se comporte lo mejor posible.

–Iré –responde la doncella–, sin concederme el menor reposo.

Ha bajado a tierra desde la tribuna: allí la espera un criado, guardándole su palafrén. Ensilla, monta y parte al encuentro del caballero. Inmediatamente le dice:

–Ahora mi dama os manda, señor, que lo hagáis *lo mejor posible*.

–Le diréis –responde Lanzarote– que no me ordena nada que no me plazca, pues que a ella le agrada. Todo lo que a ella place me es grato a mí.

No fue lenta ella en transmitir su mensaje, pues sabe que va a hacer feliz a la reina. Por el camino más corto ha regresado a la tribuna. Al verla se ha levantado la reina, y se adelanta a su encuentro. Pero no baja hasta abajo: la espera en la plataforma. La doncella se acerca, muy complacida en referir la nueva. Comienza a subir los peldaños de la escalera. Llega por fin al lado de la reina.

–Señora –le dice–, nunca vi caballero de carácter tan complaciente. Tan extremadamente quiere hacer lo que vos le ordenáis que, a deciros verdad, acoge con idéntico semblante honra y deshonra, bien y mal.

–A fe –dice la reina–, puede que sea así.

Y vuelve a la tribuna para ver a los caballeros. Por su parte, Lanzarote no espera más: ardiendo en deseos por mostrar toda su valentía, coge su escudo por las correas. Endereza el cuello de su caballo y se precipita entre dos hileras de justadores. Boquiabiertos quedan aquellos a quienes ha engañado su fingimiento: buena parte del día y de la noche han estado burlándose de él, durante demasiado tiempo se han divertido a sus expensas. Con

el escudo firmemente sujeto, pica espuelas contra él, desde el otro bando, el hijo del rey de Irlanda. Tanto se hieren mutuamente que el hijo del rey de Irlanda no piensa ya en justar: su lanza ha quedado hecha pedazos, pues no ha golpeado sobre musgo, sino sobre un escudo de planchas muy duras y secas. Lanzarote le enseñó en esta justa uno de sus golpes maestros: ajustándole el escudo sobre el brazo, le apretó el brazo contra el costado y le echó a rodar por tierra. En ese punto se precipitan los caballeros de ambos bandos, picando espuelas. Unos combaten para liberar al vencido, otros para acabar con él. Los primeros cuidan ayudar a su señor: la mayoría vacía sus arzones en el tumulto de la refriega. Galván, que se encontraba entre los segundos, se abstuvo de hacer armas aquel día; tanto le placía mirar las proezas de aquel que llevaba las armas pintadas de sinople, que eclipsadas le parecían las de los demás caballeros; no brillaban al lado de las suyas. En cuanto al heraldo, goza a sus anchas, y grita de manera que todos puedan oír lo que dice:

–¡Ha venido el que vencerá! ¡Es hoy cuando veréis de lo que es capaz! ¡Hoy aparecerá su valentía!

Entonces el caballero hace girar a su caballo y pica espuelas contra un adversario muy señalado. De tal forma le hiere que le envía a tierra, a cien pies por lo menos de su caballo. Tan bien comienza a comportarse con la espada y la lanza que no hay nadie que al verle no se regocije. Incluso entre los que llevan armas cunde el placer y la alegría: gran fiesta es verle derribar al mismo tiempo caballos y caballeros. Apenas uno de los que ataca consigue permanecer en la silla. Los caballos que obtiene de este modo los regala a quien los quiere. Y aquellos que burlarse de él solían dicen:

–Deshonrados estamos y perdidos. Muy grande sinrazón hemos cometido injuriándole y despreciándole. Bien vale él solo por un millar de los valientes que no escasean en este campo. Ha vencido y sobrepasado a todos los caballeros del mundo. Nadie puede compararse con él.

Y las doncellas pensaban, mirándole con ojos maravillados, que no podrían desposarle: no se atrevían a fiar de su belleza ni de su fortuna, no era suficiente un origen ilustre, por alto que fuese. Ninguna de ellas se reputaba digna del caballero, ni en hermosura ni en riquezas: era un hombre de excesivo valor. La mayor parte de ellas, empero, se obligan por votos tales que, si no consiguen desposarle, no se casarán ese año, ni serán dadas en matrimonio a marido ni a señor. La reina, que ha oído estos ingenuos propósitos, sonríe para sí burlonamente. Bien sabe que él no aceptaría a la más bella y más gentil de las doncellas ni por todo el oro de Arabia. En su común deseo, cada una querría guardarle para ella, y tiene celos de su compañera, como si él fuese ya su esposo. Y es que le ven tan diestro en el combate que piensan –tanto les placía– que ningún otro caballero podría llevar a cabo tales hazañas.

Tan bien lo hizo que, al final del torneo, ambas partes dijeron sin mentir que no había tenido rival el caballero del escudo bermejo. Todos lo decían, y era verdad. Entonces, al partir, dejó caer su escudo a toda prisa allí donde más gente había, y su lanza, y la gualdrapa de su caballo. Acto seguido, se alejó a toda velocidad. Tan furtivamente escapó que nadie de cuantos allí estaban se apercibió de ello. Y se puso en camino, cabalgando en línea recta hacia aquel lugar de donde había venido, con el fin de cumplir su juramento.

Entretanto, terminado el torneo, todos buscan y reclaman al vencedor. Pero no le encuentran: ha huido, no quiere ser reconocido. Gran duelo y gran angustia sienten los caballeros. Grande alegría habrían, si le tuviesen con ellos. Pero si a los caballeros les produjo pesar su partida, las doncellas lo hubieron mucho mayor cuando supieron la noticia. Juran por San Juan que no se casarán ese año. Puesto que aquel a quien querían se ha marchado, conceden la libertad a todos los demás. De este modo terminó el torneo, sin que una sola de ellas obtuviese marido.

Lanzarote no se detiene. Pronto regresa a su prisión. Dos días o tres antes de volver él, llegó a su casa el senescal que le guardaba, y preguntó dónde estaba su prisionero. La dama no ocultó la verdad a su marido: había prestado a Lanzarote su armadura bermeja lista para el combate, su arnés y su caballo, y le había permitido acudir al torneo de Noauz.

–Señora –dice el senescal–, no podíais haber obrado peor, a la verdad. Ello traerá consigo para mí la desgracia mayor, pues mi señor Meleagante me tratará peor que el gigante a los náufragos indefensos. Moriré entre tormentos cuando lo sepa. No tendrá piedad de mí.

–Mi buen señor –responde la dama–, no desmayéis. Ningún motivo hay para sentir el miedo que sentís. Nada ni nadie retendrá a Lanzarote lejos de aquí. Me juró sobre sus santos que volvería tan pronto como pudiese.

El senescal ensilla sin demora y cabalga hacia su señor, poniéndole al corriente del suceso. Pero mucho le tranquiliza diciéndole cómo su mujer recibió de Lanzarote el juramento de regresar a su prisión.

–No faltará a su palabra, bien lo sé –responde Meleagante–. Sin embargo, no dejo de lamentar vivamente lo que ha hecho vuestra mujer. A ningún precio hubiese querido que participara en ese torneo. Pero idos enseguida y cuidad que, cuando regrese Lanzarote, sea dispuesta para él una prisión tal que no pueda salir fuera ni hacer libre uso de su cuerpo. Me enviaréis noticias de ello en cuanto suceda.

–Se hará como ordenáis.

Parte de regreso el senescal, encontrando en su casa a Lanzarote, prisionero de nuevo. Un mensaje circula sin tardanza: se lo envía el senescal a Meleagante por el camino más corto. En él le comunica que Lanzarote ha vuelto a su prisión. Tan pronto como el felón lo oye, congrega albañiles y carpinteros que de grado o por fuerza harán lo que les mande. Se hizo traer a los mejores del país y les dijo que hiciesen una torre, y que no regateasen esfuerzos hasta su total construcción. De piedra había de ser, y situada a la orilla del mar. En efecto, cerca de Gorre fluye un ancho brazo de mar en cuyo centro hay una isla: bien la conoce Meleagante. Es allí donde ordena que se extraigan la piedra y la madera para levantar la torre. En menos de cincuenta y siete días fue construida, fuerte y espesa, larga y ancha. De este modo la construyeron, y allí hizo conducir el felón a Lanzarote. Después mandó tapiar las puertas e hizo jurar a todos los albañiles que jamás en su vida dirían palabra de esta torre. Con ello perseguía que fuese ignorada por el mundo. Salvo una pequeña ventana, no tiene huecos ni aberturas. Allí es donde se ve obligado a vivir Lanzarote. Le daban de comer, escasamente, por la antedicha ventana: así lo ha prescrito el felón desleal.

Por el momento, Meleagante ha hecho toda su voluntad. Acto seguido, endereza sus pasos hacia la corte del rey Arturo. Llega allí y cuando está delante del rey comienza a decirle, lleno de orgullo y sinrazón:

–Rey, he concertado una batalla ante ti en tu corte; pero no veo aquí a Lanzarote, que es quien se ha comprometido a luchar contra mí. No obstante, mi deber es reiterar mi oferta de combate ante todos los que me están escuchando. Si él está aquí, que se adelante y se declare dispuesto a mantenerme su palabra en vuestra corte de hoy en un año. No sé si os han dicho de qué manera y en qué guisa fue concertada esta batalla, pero veo caballeros aquí presentes que presenciaron el acuerdo, y bien os lo sabrían ratificar, si quisieran confesar la verdad. Pero, si alguien lo niega, no recurriré a un mercenario: yo mismo le daré su merecido.

La reina, que se sentaba junto al rey, atrae a éste cabe sí y le dice:

–Señor, ¿sabéis quién os ha hablado? Es Meleagante, mi raptor. Me arrebató cuando me escoltaba Keu, el senescal: mucha vergüenza y mal le ha causado.

–Señora –le responde Arturo–, me he apercibido de ello. Sé muy bien que es aquel que retenía a mis gentes en el destierro.

Nada añadió la reina. Entonces el rey se volvió hacia Meleagante y le dijo:

–Amigo, por Dios os aseguro que no sabemos noticia de Lanzarote. Ése es nuestro gran duelo.

–Señor rey –dice Meleagante–, Lanzarote me dijo que aquí le encontraría sin falta. No debo reclamarle esta batalla si no es en vuestra corte. Quiero que todos estos varones me sean testigos: de hoy en un año le requiero para que cumpla la promesa que hicimos cuando acordamos este combate.

En este punto se levanta mi señor Galván, a quien no complacía un requerimiento semejante.

–Señor –dice–, ni rastro de Lanzarote se encuentra en todo este país. Pero le haremos buscar y le encontraremos, si place a Dios, antes de que se cumpla el plazo de un año, a no ser que esté muerto o en prisión. Y si él no puede estar presente, concededme esa batalla, yo lucharé. Me armaré en su lugar el día señalado, si no regresa antes.

–¡Ah! Mi buen señor rey –responde Meleagante–, concedédselo. Él lo desea y yo os lo ruego, que no hay en el mundo caballero, fuera de Lanzarote, con el que, más a gusto mediría mis fuerzas. Pero sabed con seguridad que si uno de los dos no me combate, no aceptaré ningún otro a cambio.

El rey dice que se lo otorga, si es que Lanzarote no vuelve dentro del plazo. Meleagante se marcha, y no descansa hasta regresar junto al rey Baudemagus, su padre. En su presencia, comenzó a alardear y a jactarse, aparentando una valentía de mérito singular. Aquel día muy alegre tenía a su corte el rey Baudemagus en Bade, su ciudad. Cumplíase el aniversario de su nacimiento, y todo estaba lleno a rebosar. Le acompañaba una muchedumbre innumerable de gentes de las más diversas procedencias. En el palacio se apiñaban caballeros y doncellas. Entre ellas había una –era la hermana de Meleagante– a la que más tarde dedicaré mi atención. Ahora no

quiero decir más, pues no conviene a mi relato el que deba decirlo en este punto. No quiero desfigurar mi historia, ni alterarla, ni forzarla: quiero que siga siempre un camino recto.

Por ahora sólo os diré que Meleagante, recién llegado, ante toda la corte –grandes y pequeños– dice a su padre en alta voz:

–Padre, así Dios os salve, decidme si os place la verdad: ¿no tiene motivos para estar alegre y no se halla en posesión de un gran valor aquel que en la corte del rey Arturo por sus armas se hace temer?

Su padre, sin escuchar más, responde a su pregunta:

–Hijo, todos los valientes deben honrar y servir a aquel que pudo merecer tal honra, y deben mantener su compañía.

Ello le adula y le invita a no seguir callando el motivo que le ha impulsado a hablar así. Diga, pues, lo que ansia decir y de dónde viene:

–Señor, no sé si recordáis los términos del acuerdo que, por mediación vuestra, puso fin a la batalla que Lanzarote y yo librábamos. Recordaréis sin duda que muchos estaban presentes cuando se dijo que en el plazo de un año a partir de mi requerimiento debíamos acudir a la corte de Arturo, dispuestos para un nuevo combate. Allí me presenté como era mi deber, preparado a la empresa que me obligaba a ir. Hice lo que debía hacer: pregunté por Lanzarote, reclamé a aquel contra quien debía luchar. Pero no pude verle ni encontrarle: se ha dado a la fuga, me ha evitado. Pero no he vuelto de vacío: Galván me ha prometido por su fe que, si Lanzarote no está vivo o no regresa dentro del plazo señalado, no se diferirá la batalla, que él mismo me combatirá en lugar de Lanzarote. No tiene Arturo otro caballero tan valioso como él, es bien sabido. Pero antes que florezcan de nuevo los saúcos comprobaré si los hechos concuerdan con su fama, en cuando intercambiemos unos golpes. ¡Ojalá fuese ahora mismo!

–Hijo –responde Baudemagus–, te esfuerzas en conducirte como un loco. Tú mismo das a conocer tu locura. Verdad es que se humilla quien tiene buen corazón, pero el loco y el engreído

no tienen salvación posible. Por ti lo digo, hijo, porque tu carácter es tan duro y tan seco que no conoces la dulzura, ni la amistad. Tu corazón no sabe lo que es la piedad: la locura lo ha extraviado. Es por eso por lo que te desprecio, ello te hará caer. Si eres valiente, no faltará quien dé testimonio de ello cuando sea necesario. Un valiente no necesita alabar su valor para ensalzar sus hechos: sus proezas se alaban por sí solas. El elogio que de ti mismo haces no te ayuda a aumentar tu valor, sino a disminuirlo. Hijo, estás advertido; pero ¿de qué te vale? Lo que se dice a un loco son palabras perdidas. Inútilmente se debate aquel que quiere liberar de su locura a un loco. De nada sirve un consejo si no se pone en práctica: enseguida se pierde y desaparece.

Fuertemente turbado está Meleagante, como fuera de sí. Jamás hombre nacido de mujer –os estoy diciendo la verdad– visteis tan lleno de ira como él. Entonces se rompió el último lazo entre ellos, cuando, lleno de indignación, dijo contra su padre estas palabras, abiertamente agresivas:

–¿Estáis soñando o deliráis cuando decís que yo he perdido la razón por lo que acabo de contaros? Cuidaba haber venido a vos como a mi padre y señor. Pero, según parece, ello no es así, puesto que más vilmente me insultáis, ése es mi parecer, de lo que debierais. ¿Sabríais decirme una razón para explicar vuestra actitud?

–La tengo, y suficiente.

–¿Cuál es ella?

–Ninguna cosa veo en ti sino rabia y locura. Conozco muy bien tu corazón, que aún será para ti fuente de males. ¡Maldito sea quien piense que Lanzarote, ese espejo de caballeros en quien tú solo no te miras, haya huido por miedo de ti! Quizá ya esté enterrado, o secuestrado en una prisión cuyas puertas estén tan herméticamente cerradas que no pueda salir sin licencia del carcelero. Sentiría un inmenso dolor si hubiese muerto o se encontrara en mala situación. Gran pérdida sería el hecho de que una criatura tan perfecta, tan hermosa y valiente, tan mesurada, hubiese perecido tan temprano. ¡Quiera Dios que no sea verdad!

Después de estas palabras, Baudemagus guarda silencio. Pero cuanto se ha dicho y referido lo ha oído su hija. Sabed bien que era la doncella de la que os hablé más arriba. No le alegraron semejantes noticias de Lanzarote, y dedujo que le tenían prisionero en un lugar secreto, pues que ni rastro había de él.

«¡Dios me lo tome en cuenta –pensó–, si me concedo algún reposo antes de saber noticia cierta de su paradero!»

Sin demora, corrió con gran sigilo a montar sobre una muy hermosa mula de paso muy suave. Al salir de la corte, no sabe hacia qué lado dirigirse. Y, sin saber dónde ir, toma el primer camino que encuentra, a la aventura, sin caballero ni sirviente. Mucho se apresura: tanto desea alcanzar lo que persigue. Gran ardor pone en su búsqueda, pero no la culminará tan pronto. No puede descansar, ni detenerse en un lugar por mucho tiempo, si es que quiere llevar a buen término lo que se ha propuesto: arrancar a Lanzarote de su prisión, con tal que le encuentre y pueda hacerlo. Pero antes de conseguirlo, antes de saber nuevas de él, cuido que muchas vueltas habrá dado en todos los sentidos por el país, muchas comarcas habrá explorado.

Pero ¿de qué valdría que os hablara de sus paradas nocturnas y de sus jornadas? Tantos caminos ha recorrido por monte, valle, arriba, abajo, que ha pasado un mes largo y sabe lo de antes, ni más ni menos: nada.

Atravesaba un día la campiña, cabalgando doliente y pensativa, cuando vio a lo lejos, sobre la orilla, junto a un brazo de mar, una torre: en una legua a la redonda no se veía choza, cabaña ni vivienda alguna. Meleagante había hecho encerrar allí a Lanzarote, pero ella no lo sabía. Sin embargo, no puede separar sus ojos de lo que ve. Su corazón le dice que ha encontrado al fin lo que buscaba. Fortuna la ha conducido por el camino recto, después de haberla extraviado durante tanto tiempo.

Se aproxima la joven a la torre, tanto que llega a tocarla. La rodea, atentos sus oídos a la escucha. Toda su atención tiende a percibir algo que pueda devolverle su alegría. Mira hacia abajo,

después hacia arriba: puede calibrar así la altura y el volumen de la torre. Le maravilla no ver puerta ni ventana, a no ser una, pequeña y estrecha. Por lo demás, la torre, que es alta y erguida, no tiene escala ni escalera. Ello le hace sospechar que se hizo a sabiendas y que Lanzarote está dentro; no comerá bocado hasta saber si es verdad o no. Iba a llamar a Lanzarote por su nombre, pero optó por callarse: una voz se dolía en la singular torre, una voz que no pedía sino la muerte. Quien así despreciaba cuerpo y vida decía débilmente, en baja y ronca voz:

—¡Ah! ¡Qué infelizmente para mí ha girado tu rueda, Fortuna! Ayer estaba arriba y hoy abajo. Ayer era feliz, hoy desgraciado. Ayer me sonreías, hoy me inundas de llanto. ¡Pobre de mí! ¿Por qué confiaría en ella cuando tan pronto me ha abandonado? En poco tiempo me ha derribado desde lo más alto hasta lo más bajo. Fortuna, muy mal obraste cuando te burlaste de mí. Pero ¿qué te importa? Nada en absoluto. ¡Ay, Santa Cruz, Espíritu Santo, estoy perdido, estoy perdido y voy a perecer! ¡Ah, Galván, vos que tanto valéis y no tenéis igual en valentía, mucho me maravillo de que no vengáis en mi socorro, ahora que me encuentro completamente consumido! Demasiado tardáis, así no me hacéis cortesía. Bien debería obtener vuestra ayuda aquel a quien tanto solíais amar. Sí, de este lado o del otro de la mar puedo decir sin miedo que no hay lugar remoto ni escondite donde yo no fuese a buscaros, durante siete años o diez, hasta encontraros, si llegara a saber que estabais en prisión. Pero ¿a qué debatirme? No significo nada para vos, pues no queréis arriesgaros por mí. Dice el villano con razón que difícilmente se puede encontrar un amigo; en la necesidad se comprueba quién es el buen amigo. ¡Ay! Más de un año hace que estoy aquí, prisionero en esta torre. Galván, por despreciable tengo el que me hayáis abandonado. Pero si vos no conocierais mi desgracia os habría insultado sin razón. Sí, verdad es, un gran ultraje he perpetrado contra vos, gran mal os hice cuando os juzgué insensible, pues estoy seguro de que nada de cuanto las

nubes cubren os habría impedido a vos y a vuestras gentes arrancarme de esta desgracia y de este azar adverso, si conocierais la verdad. Por amistad y por amor habríais debido hacerlo: ése es mi pensamiento. Pero no es cierto, no puede serlo. ¡Ay! ¡Maldito sea de Dios y de san Silvestre quien así me ha condenado a tamaña deshonra! Es Meleagante, el peor de los hombres. Por envidia me ha hecho todo el mal que ha podido.

En este punto calla e interrumpe sus quejas aquel cuya vida no es sino dolor. Pero aquella que abajo aguardaba ha oído todo cuando ha dicho. No quiere demorarse por más tiempo: sabe que ha llegado al final. Y así se dirige al cautivo:

—¡Lanzarote! —lo más alto que puede—, amigo, vos que estáis arriba, hablad a una vuestra amiga.

Pero él, dentro, no oye nada. Y ella más y más se esfuerza, tanto que él alcanza a oír su voz, en medio de su postración. Maravilla era: ¿quién podría llamarle? Oye la voz que le llama, pero no sabe de quién es: concluye que se trata de una alucinación. Dirige sus miradas en derredor: no hay nadie. No están más que la torre y él.

—Dios —dice—, ¿qué es lo que oí? He oído hablar y a nadie he visto. Esto, a fe mía, es increíble. Y no estoy soñando. Estoy despierto. Si me hubiese ocurrido mientras dormía, cuidaría que es pura ilusión. Pero estoy despierto, y por eso me inquieto.

Entonces se levanta a duras penas y se dirige, paso a paso, lentamente, hacia la pequeña angostura. Llegado allí, se apoya y mira hacia arriba y hacia abajo, de frente y de costado. Después de dirigida su vista al exterior, escudriña cuanto puede y ve al fin a quien le había llamado. No la conoce, pero la ve. Ella, por su parte, le conoció al momento, y le dijo:

—Lanzarote, he venido de lejos para encontraros. La cosa es hecha, os he encontrado. Sean dadas gracias a Dios. Yo soy aquella que os rogó un don cuando ibais hacia el Puente de la Espada, y me concedisteis de grado lo que deseaba de vos: la cabeza del caballero derrotado a quien yo odiaba. Yo os la hice cortar. En

pago de ese don y de esa gracia, me he puesto por vos en estos trabajos. Os sacaré fuera de aquí.

–Doncella, mi gratitud es grande –dijo entonces el prisionero–. Bien recompensado será el servicio que os hice si consigo salir de aquí. Si sucediera de ese modo, puedo prometeros por san Pablo apóstol que consagraré todos mis días a vos. Pongo a Dios por testigo de que no habrá día en que no haga lo que gustéis ordenarme. No sabréis pedirme cosa que yo no os obtenga al instante, si depende de mí el obtenerla.

–Amigo, nada temáis. Muy pronto saldréis de vuestra prisión. Hoy mismo seréis libre. Ni por mil libras renunciaría a veros libre antes de un nuevo día. Después os proporcionaré alojamiento, reposo y bienestar. No habrá cosa que os plazca que no tengáis si la queréis. Pero no desmayéis ahora. Primero he de buscar en esta tierra, no sé dónde, algún utensilio, si es que lo encuentro, que pueda ensanchar esta angostura hasta que podáis salir por ahí.

–¡Dios os ayude a encontrarlo! –dice él, de acuerdo en todo con ella–. Aquí tengo yo abundante cuerda, la que los carceleros me han dado para subir mi comida, un pan duro de cebada y agua turbia que perjudica el cuerpo y el corazón.

La hija de Baudemagus encuentra entonces un pico fuerte, macizo y agudo. Lanzarote se sirve de él, y tanto golpea, hendiendo el muro con todas sus fuerzas, que consigue por fin una abertura por donde sale sin dificultad. ¡Qué gran alivio, qué alegría salir de su prisión, donde tanto tiempo ha estado encerrado! Le espera el aire libre. Aunque le ofreciesen todo el oro que hay en el mundo sabed bien que no querría regresar a su cárcel.

Ya ha salido Lanzarote de su encierro. Se tambalea de debilidad. La doncella, muy suavemente, le ha colocado sobre su mula. Juntos se alejan a buen paso. Pero ella elige los caminos escondidos, para que nadie pueda verles. Cabalgan secretamente, pues, si no se ocultasen, quien les reconociera podría causarles complicaciones; y ella no quería que esto les sucediese. Por eso esquiva los pasos peligrosos, hasta que por fin llegan a un refugio donde

solía a menudo residir, pues era agradable y hermoso. Todos allí acataban de grado su voluntad. Abundaban los frutos. El clima era sano y el retiro seguro. A este lugar ha venido a parar Lanzarote: recién llegado, la doncella le ha despojado de su ropa, y en un lecho alto y hermoso le ha depositado con dulzura. Después le baña, después le prodiga tantos cuidados que no sería capaz de deciros la mitad. Suavemente le da masaje y le mima, como si se tratara de su padre: le renueva totalmente, le restituye a su antiguo estado. Ahora no es menos hermoso que un ángel, ya no le roe el hambre, es fuerte y bello. En este nuevo estado se levanta del lecho.

La joven le había buscado el vestido más hermoso que tenía. Al levantarse, él se lo puso alegremente, más ligero que pájaro que vuela. A la doncella abraza y besa, después le dice amablemente:

–Amiga, a vos sola y a Dios debo agradecer esta mi vuelta a la salud. Por vos estoy fuera de prisión. Podéis tomar a cambio de ello mi corazón, mi cuerpo, mis servicios, todo lo que tengo, en el momento en que os plazca. Tanto habéis hecho por mí que vuestro soy. Largo tiempo hace que falto de la corte de Arturo, mi señor, de quien tanta honra he recibido; bastante tendría que hacer allí. Mi noble y dulce amiga, por amor os pediría licencia de partir; hacia allá me dirigiría con gran placer, si me lo permitís.

–Lanzarote, mi querido amigo, mi dulce y bello amigo –dice la joven–, consiento en ello. No quiero otra cosa que vuestra honra y vuestro bien, aquí y allá.

Un maravilloso caballo que ella tiene, el mejor que visteis jamás, se lo obsequia, y él salta encima, sin pedir licencia a los estribos: en un suspiro se encontró en la silla. Entonces, ambos se encomiendan mutuamente a Dios, que nunca es mentiroso.

Lanzarote se ha puesto en camino, tan alegre que no sabría describiros cuánto, por haber escapado así del lugar en que estuvo prisionero. Muy a menudo se dice para sí que Meleagan-

te, el traidor indigno de su estirpe, le ha tenido en prisión para su propio mal, y que pagará cara su traición. «A pesar suyo, yo estoy fuera», se repite. Y jura en cuerpo y alma por Aquel que creó el universo que no hay tesoro ni riqueza de Babilonia a Gante por el que dejaría escapar con vida al felón, si le tuviera a su merced como vencedor: demasiada vergüenza y perjuicios le ha causado.

Pero la venganza se acerca, y el mismo Meleagante a quien amenaza ya ha llegado a la corte, sin que nadie le hubiese hecho venir. Una vez llegado, preguntó por mi señor Galván, tanto que obtuvo verle. Entonces el traidor probado se interesa por Lanzarote, si ha sido visto o encontrado, como si él nada supiera a ese respecto. (De hecho, no sabía nada, pero creía saberlo.) Galván le dice la verdad: que no le ha visto y no ha llegado aún.

–Y bien –dice Meleagante–, puesto que aquí os encuentro, venid y mantenedme la palabra. No esperaré más tiempo.

–Cumpliré mi palabra, si a Dios place –responde Galván–. Haré frente a mi compromiso con vos: con creces me liberaré de mi promesa. Pero, si lanzamos los dados por ver quién consigue más puntos y yo consigo más que vos, así me valga Dios y Santa Fe, no cejaré hasta haberme llevado todo el dinero de las apuestas.

Entonces, Galván ordena que al punto se extienda una alfombra ante él. Rápidamente y en silencio, cumplen su mandato los escuderos: sin gruñir ni mascullar nada entre dientes, han emprendido su tarea. Cogen la alfombra y la colocan en lugar señalado. No tarda Galván en saltar encima, y solicita ser armado inmediatamente por los pajes que ante sí encuentra todavía sin manto. Eran tres los que allí estaban, no sé si primos o sobrinos, todos expertos y avezados. Irreprochablemente le han armado: en punto alguno se podrían poner objeciones a su trabajo. Acto seguido, uno de ellos le trae un corcel de España, más rápido por campo, bosque, monte o valle que lo fuera el magnífico Bucéfalo. Sobre semejante animal montó Galván, famoso caballero, el mejor enseñado de cuantos recibieron el signo de la cruz.

Iba ya a coger su escudo cuando vio a Lanzarote descender del caballo ante sus ojos. No lo esperaba. Maravillado se quedó mirando a quien tan repentinamente había llegado. A la verdad, le parecía una maravilla mayor que si hubiese caído de las nubes en ese instante, delante de él. Pero, cuando comprueba que está ahí de verdad y no se trata de un error, nada le impide a él descender del caballo también. Se dirige hacia Lanzarote con los brazos extendidos, le saluda, le abraza, le besa. Gran alegría es para él haber encontrado a su compañero. Os diré la verdad, no dejéis de creerme: en este momento no se hubiera cambiado por un rey, si tuviese que prescindir de su amigo.

Ya sabe el rey –y todos– que Lanzarote, tan largo tiempo retenido, ha llegado sano y salvo a su cita en el día de hoy. Todos manifiestan gran alegría y, para festejarle, toda la corte se reúne, después de haberle esperado durante tanto tiempo. Nadie hay de avanzada o corta edad que no haga público su gozo. La alegría ha borrado el dolor anterior; desaparece el duelo y el placer vuelve a nutrir los corazones. Y la reina, ¿no participa de este júbilo? Por supuesto que sí, es la primera en alegrarse. Pero, Dios mío, ¿dónde se halla? Jamás sintió una dicha tan grande como ahora. ¿Cómo no habrá venido? A la verdad, está tan cerca de su amado que poco falta para que el cuerpo siga al corazón. ¿Dónde está el corazón? Recibe a Lanzarote con besos y caricias. Y el cuerpo, ¿por qué se oculta? ¿Acaso no es completa su alegría? ¿Le consume tal vez la indignación o el odio? No por cierto, ni una cosa ni la otra. Es que el rey y los demás que están allí tienen los ojos muy abiertos, y podrían apercibirse de todo el asunto si, a la vista de todos, quisiera hacer el cuerpo lo que hace el corazón. Si la razón no pusiera freno a su loco pensamiento y a su extravío, todos sus sentimientos se harían visibles: inútil y excesiva locura. Por ello es por lo que la razón ha doblegado corazón y pensamiento. Vale más esperar el instante oportuno, en un lugar idóneo y adecuado, no donde se encuentran ahora.

Mucho honra el rey a Lanzarote y, después de haberle tributado la mejor de las acogidas, le dice:

–Amigo, hace tiempo que no sentía la alegría que hoy siento al veros entre nosotros. Pero mucho me pregunto extrañado en qué tierra y país habéis permanecido durante todo este tiempo. En invierno y verano os he hecho buscar por todas partes. Nadie os pudo encontrar.

–Mi buen señor –responde Lanzarote–, en breves palabras os diré cuanto me ha sucedido. Meleagante, el felón traidor, me ha tenido prisionero desde que fueron liberados de su tierra los cautivos, condenándome a vivir vergonzosamente en una torre, a la orilla del mar. Allí me hizo encerrar, y allí sufriría hoy el peor de los destinos, si no fuese por una mi amiga, una doncella a la que presté hace tiempo un pequeño servicio. A cambio de aquel favor, ¡gran galardón me ha vuelto! Gran honra he recibido de ella, e impagable servicio. En cuanto a aquel a quien no amo en absoluto, de quien he recibido tanta deshonra, quisiera pagarle cuanto le debo en este lugar y sin tardanza. Ha venido a buscarme: aquí me tiene. No es preciso que aguarde por más tiempo. Él está preparado y yo también. ¡Dios quiera que no tenga en lo sucesivo motivos para jactarse!

Entonces dice Galván a Lanzarote:

–Amigo, si pago vuestra deuda a vuestro acreedor, pequeña bondad será ésta. Ya estoy armado y sobre mi montura, como veis. Hermoso y dulce amigo, no me neguéis este favor: os lo suplico encarecidamente.

Lanzarote responde que se dejaría arrancar ambos ojos de la cabeza antes de que lograra persuadirle. Jura que nada de eso sucederá. Sólo él debe pagar una deuda que ha prometido satisfacer. Galván ve bien que todo cuando diga no surtirá efecto. Así, pues, se despoja de la cota de malla y se desarma por completo. De estas armas se reviste Lanzarote sin perder un instante. Le parece que nunca va a llegar la hora de la satisfacción y la venganza. Ningún placer habrá para él mientras Meleagante no obtenga el fruto de lo pactado. El felón, completamente fuera de razón, está maravillado del espectáculo que se ofrece a sus ojos. Un poco más y perdería el juicio.

«Sí –se dice a sí mismo–, loco había de estar para no ir a ver, antes de venir aquí, si todavía tenía cautivo en mi prisión, en mi torre, a aquel que ahora se burla de mí. ¡Ah, Dios! Pero, ¿por qué habría de ir? ¿Cómo iba a imaginarme que podría salir de allí? ¿No están los muros sólidamente construidos? ¿No es la torre lo suficientemente fuerte y alta? No había salida posible sin ayuda del exterior. Quizás alguien me haya traicionado. Porque, si los muros se hubiesen venido abajo, precozmente arruinados, ¿no habría muerto él confundido con ellos, y desmembrado, y roto? Si hubiese caído, así Dios me ayude, habría muerto sin escape posible. Pero, antes de creer que los muros fallaron, prefiero creer que el mar no tiene una gota de agua y que el mundo ha llegado a su fin, a no ser que hayan sido abatidos por la fuerza. No, ocurrió de otro modo: alguien le ayudó a salir; de no ser así, no hubiera conseguido escapar. Convengo en que no ruedan para mí bien las cosas. Sea como sea, él está fuera. Si le hubiese guardado bien entonces, no habría sucedido esto, ni hubiera él regresado a esta corte jamás. Pero es tarde para arrepentirse. El villano, que no suele mentir, dice verdad: es demasiado tarde para cerrar el establo cuando ya se han llevado el caballo. Sé bien que ahora sólo me espera la vergüenza, si no supero con mi propio sufrimiento este difícil trance. Pero, ¿hasta qué punto lograré resistir? En fin, haré cuanto pueda, lucharé contra él con todas mis fuerzas, si place a Dios, mi única esperanza.»

De ese modo, va cobrando vigor y no pide otra cosa que ser conducido junto con su enemigo al campo de batalla. Mucho no esperará, me parece, pues Lanzarote lo requiere a su vez: quiere luchar y piensa vencerle de inmediato. Pero, antes de que se ataquen mutuamente, les dice el rey que vayan a la llanura que se extiende bajo el torreón: de aquí a Irlanda no existe otra tan bella. Así lo ha-

cen, hacia allá se dirigen. Muy pronto están en el lugar señalado. Les sigue el rey, todos y todas en tropel, una gran muchedumbre. Nadie ha quedado atrás. Y en las ventanas vense muchos caballeros, gentiles damas y hermosas doncellas, todos por ver a Lanzarote en acción.

Había en la llanura un sicomoro: más bello no podía ser. Cubría un gran espacio, y estaba orlado todo alrededor de hierba fresca y menuda, siempre nueva y hermosa. Bajo este sicomoro bello y gentil, que fue plantado en tiempo de Abel, brota una clara fuente que fluye con ligereza. La grava parece de plata y el conducto de oro, el más precioso y puro. Y corre a través de la llanura, entre dos bosques, hasta un valle.

Al rey le place sentarse junto a ese manantial: no encuentra nada allí que le desagrade. Acto seguido, ordena a sus gentes que se sitúen arriba. Fue entonces cuando Lanzarote cargó contra Meleagante con gran ira, como quien mucho le odiaba. Antes de herirle, empero, le dijo en alta y fiera voz:

—¡Acercaos, yo os desafío! Y sabed bien que no tendré piedad de vos.

Espolea entonces a su corcel y vuelve atrás un poco a tiro de arco, para tomar impulso. Después se precipitan el uno contra el otro a todo galope de sus caballos, e intercambian sendos golpes en los muy sólidos escudos, tales que han conseguido traspasarlos. Pero ninguno de los dos está herido: no llegaron las lanzas a la carne en este primer encuentro. Cada uno ha pasado al lado del contrario en un instante. Enseguida, a todo correr, vuelven a dirigirse mutuamente grandes golpes en los fuertes escudos. Gran esfuerzo despliegan los valientes caballeros, y no es menor el de los rápidos y potentes caballos. A través de los escudos, sin embargo, han pasado las lanzas, que no habían sido quebradas, y por fuerza han llegado hasta la carne desnuda. El ímpetu de su ataque ha derribado a ambos en tierra. Correas, cincha, estribos: nada puede impedir su caída. Uno y otro vacían sus arzones y se desploman sobre la tierra inculta. Sus corceles están espantados, van

al azar de un lado a otro, cocea el uno, el otro muerde, quisieran darse muerte mutuamente.

Los caballeros caídos se levantan lo más pronto que pueden, y desenvainan las espadas donde figuran sus divisas. Ponen el escudo a la altura del rostro, y se disponen en lo sucesivo a hacerse el mayor daño posible con el filo cortante de sus aceros. Lanzarote no tiene miedo: su esgrima es, por lo menos, dos veces superior a la de su adversario, pues había aprendido este arte en su infancia. Ambos intercambian grandes golpes sobre los escudos y sobre los yelmos laminados de oro, tanto que los han hendido y abollado. Fuertemente le apremia Lanzarote: de un tremendo golpe le ha cortado el brazo derecho, por más que lo tenía cubierto de hierro, por la zona que el escudo dejaba al descubierto. Meleagante, afrentado como se siente por la diestra perdida, dice que hará pagar cara esta pérdida. Si hay lugar para la venganza, hacia allá piensa dirigirse: tan loco está de ira y de dolor. Poco puede hacer ya, si no es intentar alguna astucia. Corre hacia su enemigo cuidando sorprenderle, pero Lanzarote se ha dado cuenta y, con su espada bien corta, le asesta un tajo tal que pasarán abril y mayo antes de que el felón pueda recuperarse de la herida. Le ha hundido la nariz hasta los dientes, rompiéndole tres de ellos.

Meleagante, en medio de su ira, no puede articular palabra. Ni siquiera se digna suplicar la merced del vencedor: hasta tales extremos su loco corazón le ha desvariado el seso. Lanzarote se acerca a él, le desata las cintas del yelmo y le corta la cabeza. Ya no volverá a traicionarle: muerto ha caído, y él le ha matado. Yo os digo que ninguno de los espectadores se ha compadecido de su suerte. El rey y todos los que están allí manifiestan su júbilo. Los más alegres desarman a Lanzarote, y se lo llevan ebrios de alegría.

Señores, si yo dijese más, sería fuera de materia. Por eso me dispongo a acabar: aquí termina mi relato. Godefroi de Leigni, el clérigo, ha llegado al final de *La Carreta*. Nadie le reconvenga ni

le reproche haber llevado su tarea más allá de Chrétien, pues ha obrado de acuerdo con él, que la comenzó. Su parte comprende desde que Lanzarote fue encerrado en la torre hasta el fin de la historia. Tal es su parte, ni más ni menos. De otro modo, saldría perjudicado el cuento.

Aquí termina la novela de *Lanzarote de la Carreta.*

El Cuento del Grial

Traducción de
Carlos Alvar

EL CUENTO DEL GRIAL

Dedicatoria al Conde Felipe de Flandes

Quien poco siembra, poco recoge, y el que algo quiere cosechar, eche su semilla en un sitio que le dé doscientos por uno, pues en tierra que nada vale, la buena semilla se seca y pierde.

Chrétien siembra y echa la semilla de una historia que ahora comienza, y la siembra en tan buen lugar que no será sin gran provecho, pues lo hace para el más noble que hay en el imperio de Roma: es el conde Felipe de Flandes, que vale más que Alejandro, del que se dice que fue tan bueno; pero yo voy a probar que el conde vale bastante más que él, pues había reunido en sí todos los vicios y todos los defectos, de los que el conde está limpio y sano.

El conde es tal que no escucha bromas burdas ni palabras torpes, y si oye hablar mal de alguien, de quienquiera que sea, le pesa; ama la recta justicia, la lealtad y a la Santa Iglesia; odia cualquier villanía y es más generoso que nada, pues da –sin hipocresía y sin engaño– según el Evangelio, que dice: «no sepa tu izquierda el bien que haga tu derecha; que lo sepa el que recibe y Dios, que ve todas las cosas ocultas y conoce todos los secretos del corazón y de las entrañas».

¿Por qué dice el Evangelio «oculta tus buenas obras a tu izquierda»? La izquierda, según los textos, representa la vana gloria que sale de la falsa hipocresía. ¿Qué significa la derecha? Caridad, que de sus buenas obras no se enorgullece, sino que las oculta, para que nadie las sepa, sino Aquel que se llama Dios y Caridad. Dios es caridad, y quien vive en la caridad, según los escritos –lo dice san Pablo y yo lo he leído–, permanece en Dios y Dios en él. Y así, tened por seguro que los dones que da el buen conde Felipe son por caridad, y nadie tiene que conven-

cerlo, salvo su noble corazón amable, que le aconseja hacer el bien. ¿No vale más de lo que valió Alejandro, al que nada le importaba la caridad ni ninguna virtud? Sí, no lo dudéis en absoluto.

Por tanto, bien salvará la situación Chrétien, que sabe y se esfuerza en rimar –por encargo del conde– el mejor relato que se haya contado en corte regia: es *El Cuento del Grial*, del que el conde le dio el libro.

Y ahora oiréis cómo lo saca adelante.

El hijo de la Dama Viuda de la Yerma Floresta Solitaria

En el tiempo en que los árboles florecen, echan hojas los bosques, reverdecen los prados, los pájaros en su latín cantan con dulzura al amanecer y todas las cosas se inflaman de alegría, el hijo de la Dama Viuda del Bosque Devastado se levantó un día, y poco le costó poner la silla a su caballo de caza y tomar tres jabalinas. De este modo salió de casa de su madre pensando en ir a ver a los labradores, que estaban sembrando avena para ella; había doce bueyes y seis labradores.

Así, entra en el bosque, y al punto el corazón se le alegra en el pecho por la dulzura del tiempo y por el canto que oía de los pájaros alegres: todas estas cosas le agradaban. Por la dulzura del tiempo tranquilo le quitó al caballo el freno y lo dejó que fuera pastando por la fresca hierba reverdecida; él, que bien sabía lanzar las jabalinas que llevaba, las iba tirando alrededor, hacia delante, hacia atrás, hacia abajo, hacia arriba, hasta que oyó venir entre la maleza a cinco caballeros completamente armados; iban haciendo mucho ruido las armas que llevaban, pues con frecuencia golpeaban contra ellas las ramas de las encinas y de los carpes, y también las lorigas se estremecían, y las lanzas daban en los escudos; sonaba la madera, sonaba el hierro de los escudos y de las lorigas.

El muchacho oye y no logra ver a los que vienen casi al trote; sorprendido, se dice:

–Por mi alma, verdad me dijo mi madre, mi señora, al avisarme de que los diablos son más de temer que nada en el mundo; y me advirtió, enseñándome, que por ellos debe uno hacer la señal de la cruz. Pero voy a desdeñar su consejo, pues no voy a hacer la señal, sino que golpearé al más fuerte con una de las jabalinas que llevo y así no se acercará a mí ninguno de los otros, según creo.

De este modo se hablaba a sí mismo el muchacho antes de verlos. Y cuando los vio al descubierto, sin ser ocultos por el bosque, y vio las lorigas resplandecientes y los yelmos claros y brillantes, y vio el verde y el rojo relucir por el sol, y el oro y el azur y la plata, le pareció muy bello y hermoso. Entonces exclamó:

–¡Ay, Señor Dios, gracias! Son ángeles los que aquí veo. ¡Ay!, en verdad ha sido grande mi pecado, ahora me he comportado muy mal, al decir que eran diablos. No me mintió mi madre al decirme que los ángeles eran las más hermosas cosas que existen, salvo Dios, que es más bello que los demás. Aquí veo al propio Dios, me parece, pues hay uno tan bello que a su lado los otros, Dios me guarde, no tienen ni un décimo de su belleza. Mi misma madre me dijo que se debe creer y adorar a Dios, suplicarle y honrarlo, y yo adoraré a éste y a todos los demás con él.

Al punto se echa al suelo y dice todos los rezos y oraciones que sabe, que su madre le había enseñado. Y el caballero principal lo ve y dice:

–Deteneos, que ese muchacho ha caído a tierra de miedo al vernos. Si vamos todos juntos hacia él, tendrá tanto miedo, a mi parecer, que morirá, y no podría contestarme a nada de lo que le quiero preguntar.

Se detienen y él avanza hacia el muchacho con rapidez, lo saluda y tranquiliza, diciéndole:

–Muchacho, no temas.

–No temo –contesta el muchacho–, por el Salvador en quien creo. ¿Sois Dios?

–No, por mi fe.

–¿Quién sois, pues?

–Caballero soy.

–Nunca había conocido a un caballero –le dice el muchacho–, ni vi a ninguno, ni oí hablar de ellos, pero sois más hermoso que Dios. ¡Ojalá fuera yo igual, así de resplandeciente y hecho así!

Con estas palabras, se le acerca el caballero y le pregunta:

–¿Has visto hoy en esta landa a cinco caballeros y tres doncellas?

Al muchacho le interesaba preguntar y averiguar otras noticias. Tiende la mano a su lanza, la sujeta y dice:

–Buen señor apreciado, vos que os llamáis caballero, ¿qué es esto que sujetáis?

–Ahora estoy bien informado –dice el caballero–, me parece. Esperaba, mi dulce amigo, que me dieras noticias, y tú las quieres saber de mí. Te lo voy a decir, ésta es mi lanza.

–¿Decís –le pregunta– que se lanza como yo hago con mis jabalinas?

–No, muchacho, ¡eres demasiado simple! Con ella se golpea de cerca.

–Entonces, vale más una de estas tres jabalinas que veis aquí, pues cuando lo deseo mato con ellas pájaros y animales según lo necesite, y los mato desde tan lejos como se podría arrojar un venablo grueso.

–Muchacho, eso me da igual, pero contéstame sobre los caballeros. Dime si sabes dónde están y si viste a las doncellas.

El muchacho le sujeta el pie del escudo y le pregunta:

–¿Qué es esto y para qué os sirve?

–Muchacho –le responde–, te estás burlando, pues me llevas a otras cosas que no te pregunto ni te pido. Creía, así me lleve Dios, que me ibas a dar noticias en vez de aprender de mí, y tú quieres que yo te enseñe. Te lo voy a decir por más tiempo que

pierda, pues con gusto estoy contigo. Escudo se llama lo que llevo.

–¿Se llama escudo?

–Ciertamente; no se le debe tener por malo, pues me resulta tan leal que, si alguien lanza o tira contra mí, sale frente a todo: es el servicio que me da.

Mientras tanto, los que se habían quedado atrás acuden al paso por el camino hacia su señor, y le dicen sobre la marcha:

–Señor, ¿qué os dice este galés?

–No conoce las leyes –contesta el señor–, así me lleve Dios, pues a cualquier cosa que le pregunto no contesta a derechas, sino que pregunta sobre cuanto ve cómo se llama y para qué sirve.

–Señor, tened por seguro que los galeses son todos por naturaleza más simples que animales de pasto. Éste es como una bestia; loco está quien se detiene a su lado, a no ser que quiera jugar al engaño y pasar el tiempo en tonterías.

–No sé –contesta–, así me vea Dios. Antes de reemprender el camino, le diré todo lo que quiera preguntarme; de otra forma no me marcharé.

Entonces le pregunta de nuevo:

–Muchacho, no te sepa mal, dime de los cinco caballeros y también de las doncellas, si los encontraste o viste.

El muchacho lo tenía sujeto por el faldón de la loriga, y le tira:

–Decidme, buen señor, ¿qué lleváis puesto?

–Muchacho, ¿acaso no lo sabes?

–Yo no.

–Muchacho, es mi loriga, pesa tanto como el hierro.

–¿Es de hierro?

–Bien lo ves.

–De eso no sé nada, pero me parece muy hermosa, así me salve Dios. ¿Y para qué os sirve y cómo la utilizáis?

–Muchacho, es fácil de decir. Si quisieras arrojarme jabalinas o tirar saetas, no podrías causarme ningún daño.

–Señor caballero, de semejantes lorigas guarde Dios a los corzos y a los ciervos, pues no podría matar a ninguno, ni correría tras ellos.

El caballero le insiste:

–Muchacho, así te ayude Dios, ¿podrías darme noticias de los caballeros y las doncellas?

Éste, que tenía poco sentido, le pregunta:

–¿Nacisteis así?

–No, muchacho, no puede ser que nazca nada de esta forma.

–¿Quién os volvió así, pues?

–Muchacho, te voy a decir quién.

–Decídmelo.

–Con mucho gusto. No hace aún cinco días enteros que el rey Arturo me dio todo este arnés, que me armó caballero. Pero contéstame ahora qué ha sido de los caballeros que pasaron por aquí llevando a tres doncellas. ¿Iban al paso o huían?

Éste le contesta:

–Señor, mirad aquel bosque, el más alto que veis, que rodea aquella montaña. Allí están los desfiladeros de Valdone.

–¿Y qué pasa, buen hermano?

–Allí están los labradores de mi madre, que siembran y aran sus tierras. Si esas gentes pasaron por allí y los vieron, lo dirán.

Dicen que se dirigirán allí con él, si los lleva, a donde están sembrando avena.

El muchacho toma el caballo y va a donde los labradores volvían las tierras aradas en las que habían sembrado avena. Cuando vieron a su señor, temblaron todos de miedo. ¿Sabéis por qué lo hacían? Por los caballeros que vieron que venían armados con él, pues bien sabían que, si le habían hablado de su vida y condición, que querría hacerse caballero, y su madre perdería el sentido, pues pensaba haberlo alejado de ver caballeros y de conocer su modo de vida.

El muchacho dice a los boyeros:

–¿Habéis visto pasar por aquí cinco caballeros y tres doncellas?

–Hoy no han dejado de ir por estos bosques –contestan los boyeros.

El muchacho dice al caballero que tanto había hablado con él:

–Señor, por aquí han pasado los caballeros y las doncellas. Pero dadme noticias ahora del rey que hace a los caballeros, y del lugar en el que más está.

–Muchacho –le responde–, te diré que el rey vive en Carduel y no hace todavía cinco días que estaba allí, pues yo fui y lo vi. Si no lo encuentras allí, bien habrá quien te indique: no estará tan lejos como para no tener allí noticias suyas. Pero te ruego que ahora me digas por qué nombre debo llamarte.

–Señor, os lo voy a decir. Me llamo Bello Hijo.

–¿Bello Hijo, así? Creo que debes tener otro nombre.

–Señor, por mi fe, me llamo Bello Hermano.

–Bien te creo. Pero dime la verdad, me gustaría saber tu nombre verdadero.

–Señor, bien os puedo decir que mi nombre verdadero es Bello Señor.

–Así me ayude Dios, es bonito nombre. ¿Tienes alguno más?

–Señor, no, ni nunca oí otros.

–Así me ayude Dios, ésa es la cosa más sorprendente que he oído nunca y que oiré jamás, según creo.

Al punto el caballero se marcha a galope tendido, pues ya le tardaba alcanzar a los demás.

El muchacho no ha dudado en volver a su casa, donde su madre tenía el corazón doliente y negro por su tardanza. Gran alegría tuvo la hora en que lo vio, y no pudo ocultar el gozo que sentía; y así, como madre que mucho lo quiere, corre a él y exclama «¡bello hijo, bello hijo!» más de cien veces.

–Bello hijo, mucho ha sufrido mi corazón por vuestra tardanza. De dolor he sido herida en el corazón, que por poco no estoy muerta. ¿Dónde habéis estado tanto tiempo hoy?

–¿Dónde, señora? Os lo voy a decir muy bien, pues no mentiré, porque he tenido una gran alegría por una cosa que he visto. Madre, ¿no solíais decir que los ángeles de Dios Nuestro Señor son tan hermosos que Naturaleza nunca hizo tan bellas criaturas, y que en el mundo no hay nada tan bello?

–Bello hijo, aún lo sigo diciendo. En verdad lo he dicho y lo digo.

–¡Callad, madre! ¿Es que no acabo de ver las cosas más hermosas que hay, que iban por el Bosque Devastado? Son más bellos, a mi parecer, que Dios y que todos sus ángeles.

La madre lo toma entre sus brazos y dice:

–Bello hijo, a Dios te encomiendo, que tengo gran miedo por ti. Has visto, según creo, los ángeles de los que se queja la gente, que matan a cuanto alcanzan.

–¡No, madre, no, no! Caballeros dicen que se llaman.

La madre se desmaya con estas palabras, cuando lo oye nombrar a los caballeros. Al volver a levantarse, dice como mujer afligida:

–¡Ay de mí, qué desgraciada soy! Bello dulce hijo, pensaba guardaros de la caballería tan bien que nunca oyeseis hablar de ella y que no vierais a ninguno de ellos. Caballero deberíais ser, bello hijo, si Nuestro Señor hubiera querido haberos conservado a vuestro padre y a otros amigos vuestros. No hubo caballero tan apreciado, tan temido ni tan respetado, bello hijo, como vuestro padre, en todas las Islas del Mar. Bien os podéis gloriar por eso, pues en nada rebajáis su linaje y el mío, que yo nací de un caballero, de los mejores de esta región. En las Islas del Mar no hubo linaje mejor que el mío en mis tiempos; pero los mejores han decaído: bien se sabe muchas veces que las desgracias llegan a los nobles que se mantienen con gran honor y valentía. Maldad, afrenta o pereza no caen, pues no pueden, pero son los buenos los que bajan. Vuestro padre, por si no lo sabéis, fue herido entre las piernas de tal modo que quedó tullido en su cuerpo. Su gran tierra, sus grandes tesoros, que tenía como hombre

de mérito, todo fue a la perdición y cayó en gran pobreza. Los nobles quedaron pobres injustamente y fueron desheredados y desterrados tras la muerte de Uterpandragón, que fue rey y padre del buen rey Arturo. Las tierras fueron devastadas y las pobres gentes, envilecidas; huyó quien pudo huir. Vuestro padre tenía esta morada, aquí en este bosque devastado; no podía huir, pero con gran rapidez se hizo traer en litera, pues no se le ocurrió otro sitio. Y vos, que erais pequeño, teníais dos hermanos muy bellos. Erais pequeño, lactante, teníais poco más de dos años. Cuando vuestros dos hermanos fueron mayores, por consejo y recomendación de su padre fueron a dos cortes reales a conseguir armas y caballos. Al rey de Escavalón fue el mayor y tanto sirvió allí que fue armado caballero. El otro, que había nacido después, fue al rey Ban de Gomeret. Ambos muchachos fueron armados caballeros el mismo día, y un mismo día se pusieron en marcha para volver a su casa, pues querían darme la alegría, y a su padre, que ya no los vio más. Por las armas fueron derrotados, por las armas fueron muertos los dos, por lo que tengo gran dolor y tristeza. Con el mayor ocurrieron cosas aún peores, pues los cuervos y las cornejas le reventaron ambos ojos. Así los encontró muertos la gente. Del dolor por los hijos murió el padre, y yo he sufrido una vida muy amarga desde su muerte. Vos erais todo el consuelo que yo tenía y todo el bien, pues no quedaba ninguno de los míos. Nada más me había dejado Dios para mi alegría y gozo.

El muchacho escucha muy poco lo que su madre le dice.

–Dadme de comer. No sé de lo que me habláis, pero con mucho gusto iría al rey que hace caballeros, iré, pese a quien pese.

El muchacho abandona a su madre

La madre lo retiene y cuida lo más que puede, le prepara y hace una gruesa camisa de cáñamo y calzas al modo de Gales,

donde se hacen juntas bragas y calzas, según me parece; tenía cota y caperuza de cuero de ciervo cerrada alrededor. Así se lo hizo la madre.

A pesar de todo, el muchacho no se quedó ni tres días, que de nada valieron los cariños. Entonces tuvo la madre un dolor enorme, lo besa y abraza llorando y dice:

–Grande es el sufrimiento que tengo, bello hijo, pues os veo marchar. Iréis a la corte del rey, y le diréis que os dé armas. No habrá discusión, pues os las dará, bien lo sé. Pero cuando llegue el momento de llevarlas, ¿qué ocurrirá? Lo que vos no hicisteis nunca ni visteis hacer a otro, ¿cómo lo sabréis llevar a cabo? Ciertamente, de mala manera, me temo. Mal os irá en todo, y no debe sorprender, según me parece, que no se sepa lo que no se ha aprendido. ¿Es maravilla si no se aprende lo que se ve y oye a menudo? Bello hijo, os quiero enseñar una cosa a la que tenéis que prestar mucha atención; y si os parece bien, retenerla; gran bien podríais alcanzar. Seréis caballero en breve, hijo, si Dios quiere, y así lo deseo.

»Si encontráis cerca o lejos a una dama necesitada de ayuda, o a una doncella que precise consejo, que vuestra ayuda les sea prestada, si ellas os requieren, pues todos los honores en eso se basan. Quien a las damas no honra, su honor debería morir. Servid a damas y doncellas, y por todas seréis honrado; y si a alguna rogáis, procurad no molestarla; no hagáis nada que le desagrade. Mucho obtiene de doncella quien la besa; si os consiente que la beséis, os prohíbo todo lo demás, si queréis dejarlo por mí. Si tiene anillo en su dedo, o limosnera en el cinturón, y por amor o por súplica os los da, me parece bien que lleveis su anillo. Os doy permiso para que toméis el anillo y la limosnera.

»Bello hijo, aún os quiero decir más: Ni en camino ni en albergue tengáis compañero mucho tiempo sin preguntarle cómo se llama; enteraos de su nombre, pues por el nombre se conoce al hombre.

»Bello hijo, hablad con los nobles, con los nobles id: los nobles no descarrían nunca a quienes mantienen su compañía.

»Sobre todo os quiero rogar que en iglesia y en monasterio vayáis a rezar a Nuestro Señor para que en este mundo os dé honor y buen comportamiento, para que a buen fin podáis llegar.

–Madre, ¿qué es iglesia?

–Un lugar en el que se hace el servicio del que hizo cielo y tierra y puso a los hombres y a los animales.

–¿Y qué es monasterio?

–Lo mismo: una casa hermosa y santísima, llena de cuerpos santos y de tesoros, en ella se sacrifica el cuerpo de Jesucristo, el santo profeta, a quien los judíos hicieron muchas afrentas. Fue traicionado y juzgado injustamente, padeció la angustia de la muerte por los hombres y las mujeres, pues las almas iban al infierno cuando se separaban de los cuerpos, y Él las sacó de allí. Fue atado al madero, golpeado y luego crucificado y llevó corona de espinas. Para que oigáis misas y maitines y para adorar a ese señor os pido que vayáis al monasterio.

–Entonces iré con mucho gusto a iglesias y monasterios –contesta el muchacho–, a partir de ahora. Así os lo prometo.

Ya no se entretiene más, pide permiso y la madre llora; ya habían puesto la silla de montar; iba vestido a la manera y al modo de Gales: calzaba abarcas, y por dondequiera que iba llevaba tres jabalinas; quiso llevarse las jabalinas, pero la madre le hizo quitar dos, pues se le veía demasiado galés; y lo hubiera hecho con las tres con mucho gusto, si hubiera podido. Llevaba una vara en la mano derecha para golpear al caballo.

La madre, que mucho lo quería, lo besa llorando al separarse y ruega a Dios que lo acompañe.

–Bello hijo –le dice–, que Dios os dé más alegría a dondequiera que vayáis que la que me queda.

Cuando el muchacho ya se había alejado el tiro de una piedra pequeña, miró y vio caída a su madre al cabo del puente, al otro lado, y yacía desvanecida como si hubiera caído muerta. Él gol-

pea con la vara al caballo en la grupa y se aleja, que no cojea, sino que lo lleva muy rápido por el gran bosque oscuro; y cabalgó desde la mañana hasta que el día vino a declinar. Pasó aquella noche en el bosque hasta que apareció el día claro.

La doncella de la tienda

El muchacho se levanta y monta por la mañana, con el canto de los pájaros, y se ocupa de cabalgar hasta que ve una tienda plantada en una bella pradera, junto a la pila de una fuentecilla. La tienda era digna de admirar; una parte era roja y otra ribeteada de orifrés; encima tenía un águila dorada; sobre el águila daba el sol, que brillaba claro y rojizo, y todos los prados relucían por la luz de la tienda. Alrededor de la tienda, que era la más bella del mundo, había dos cabañas de hojarasca y habían levantado chozas galesas. El muchacho se dirigió a la tienda y dijo antes de llegar allí:

–¡Dios, aquí veo vuestra casa! Cometería un desprecio si no fuera a adoraros. Dijo la verdad mi madre al decirme que un monasterio era la cosa más bella que hay, y que cuando encontrara uno no dejara de adorar al Creador, en quien creo. Iré a rezar, por mi fe, para que me dé algo de comer, pues bien lo voy a necesitar.

Entonces llega a la tienda y la encuentra abierta; en medio hay una cama cubierta por una rica seda y ve en la cama, acostada sola sin ninguna compañía, a una doncella dormida; las otras doncellas se habían ido a coger florecillas frescas con las que querían tapizar la tienda tal como acostumbraban a hacer.

Cuando el muchacho entró en la tienda, el caballo pateó con tanta fuerza que la doncella lo oyó y se despertó sobresaltada; y el muchacho, que era simple, le dijo:

–Doncella, os saludo tal como mi madre me enseñó. Mi madre me enseñó y dijo que saludara a las doncellas dondequiera que las encontrara.

La doncella tiembla de miedo por el muchacho, que le parece un loco, y ella se tiene por loca probada porque la ha encontrado a solas.

–Muchacho –le dice–, ve por tu camino. Huye, que no te vea mi amigo.

–Antes os besaré, por mi cabeza –dice el muchacho–, pese a quien pese, pues mi madre me lo aconsejó.

–En verdad, no voy a besarte –contesta la doncella– mientras pueda. Huye, que mi amigo no te encuentre, pues si te encuentra, date por muerto.

El muchacho tenía brazos fuertes y la abraza con rusticidad, pues no sabía de otra forma; la puso debajo de él tendida, aunque ella se defiende y protege cuanto puede, pero de nada le vale defenderse, pues el muchacho en un momento la besó, quisiera o no, veinte veces, según cuenta el relato, hasta que ve en su dedo un anillo, con una esmeralda muy clara.

–También me dijo mi madre que cogiera el anillo de vuestro dedo, pero que no hiciera nada más. Así, quiero tener ese anillo.

–No tendrás mi anillo, en verdad –le responde la doncella–, tenlo por seguro, si no me lo arrancas del dedo por la fuerza.

El muchacho le coge la mano, le extiende el dedo por la fuerza y le quita el anillo, que se pone en su propio dedo, diciendo:

–¡Doncella, gracias! Ahora me iré bien pagado. Y os he besado mucho mejor que a cualquier camarera que haya en toda la casa de mi madre, pues no tenéis la boca amarga.

Ella llora y dice al muchacho:

–No te lleves mi anillo, pues yo sería una desdichada y tú perderías la vida, tardara lo que tardara, te lo prometo.

El muchacho no presta atención a nada de lo que oye, y como había ayunado, se moría de hambre. Encuentra una jarra llena de vino y una copa de plata y ve sobre un haz de juncos una tela blanca y limpia. La levanta y encuentra debajo tres buenos pasteles de corzo recientes. No le desagradó este plato por el hambre que le acongoja con fuerza. Parte uno de los pasteles

y lo come con gran apetito, y echa en la copa de plata vino, que no estaba turbio, y lo bebe con continuos grandes tragos, diciendo:

–Doncella, estos pasteles no me los voy a comer hoy. Venid a comer, son muy buenos. Habrá bastante para cada uno con el suyo y quedará uno entero.

Ella llora mientras, por más que le ruega y pide, y no le responde una palabra, pero llora con amargura, y con fuerza se retuerce los puños.

Él comió cuanto le plugo y bebió hasta que tuvo bastante. Luego, se despidió, volvió a cubrir lo que sobraba y encomendó a Dios a aquella a quien su saludo poco le agradaba:

–Dios os salve, bella amiga. Por Dios, que no os moleste que me lleve vuestro anillo, pues antes de morir os lo recompensaré. Me voy con vuestro permiso.

Ella llora y dice que no lo encomendará a Dios, pues por él va a tener tanta deshonra y afrenta que no hubo ninguna desgraciada que tuviera más y que por su culpa, mientras viva, no tendrá socorro ni ayuda; que sepa que la ha traicionado.

Así se quedó llorando. No tardó mucho su amigo en volver del bosque. Vio las huellas del muchacho que iba por su camino, y le pesó; al encontrar a su amiga llorando, le pregunta:

–Doncella, creo por las marcas que veo que ha habido aquí un caballero.

–No, señor, os lo prometo; era un muchacho galés, desagradable, rústico y simple, que ha bebido de vuestro vino tanto como le ha parecido bien y le ha apetecido, y ha comido de vuestros tres pasteles.

–¿Y por eso, bella, lloráis? Si se lo hubiera bebido y comido todo, me parecería bien.

–Hay más, señor –le dice ella–. Mi anillo es otra de las razones, pues me lo quitó y se lo ha llevado. Preferiría estar muerta a que se lo llevara así.

El caballero está encolerizado, airado en su corazón.

–¡Por mi fe –exclama–, eso es un ultraje! Y, ya que se lo lleva, que se lo quede. Pero creo que aún ha hecho algo más. Si hubo más, no lo ocultéis.

–Señor –le contesta–, me besó.

–¿Os besó?

–Sí, así os he dicho, pero ha sido muy a mi pesar.

–Al contrario, os ha agradado y os apetecía. ¿Acaso hubo resistencia? –dice aquel a quien acosan los celos–, ¿creéis que no os conozco? Os conozco, ciertamente. No soy tan ciego, ni tan torpe como para no ver vuestra falsedad. Habéis entrado por mal camino, habéis iniciado una mala condena, pues vuestro caballo no comerá avena ni será curado hasta que yo me vengue; y cuando pierda las herraduras, no volverá a ser herrado; si muere, me seguiréis a pie y no mudaréis nunca la ropa que lleváis puesta, y vendréis tras mí desnuda, hasta que consiga su cabeza, no haré otra justicia.

Luego, se sentó y comió.

La corte del rey Arturo

El muchacho cabalgaba mientras, cuando vio venir a un carbonero que por delante llevaba un asno.

–Villano, indícame, tú que llevas el asno delante de ti, el camino más recto a Carduel. El rey Arturo, al que quiero ver, hace allí caballeros, según dicen.

–Muchacho, en esa dirección hay un castillo junto al mar. Bello dulce amigo, encontrarás al rey Arturo alegre y triste si vas a ese castillo.

–Dime lo que pretendo, ¿por qué está el rey alegre y triste?

–Te lo voy a decir rápidamente. El rey Arturo y toda su hueste ha combatido contra el rey Rión. El rey de las Islas fue derrotado, por eso está el rey Arturo contento; y por sus compañeros, triste, pues se marcharon a sus castillos, allí donde se

encuentran mejor, y no sabe cómo les va: esa es la tristeza que tiene el rey.

El muchacho no aprecia en nada las noticias del carbonero, salvo que toma el camino hacia donde le indicó, hasta que junto al mar vio un castillo, bien asentado, fuerte y hermoso; por medio de la puerta vio salir a un caballero armado que lleva una copa de oro en la mano. Sujetaba la lanza, el freno y el escudo con la izquierda, y la copa de oro en la derecha; bien le sentaban las armas, que eran todas rojas.

El muchacho vio las bellas armas, que eran completamente nuevas, le gustaron y dijo:

–Por mi fe, ésas le voy a pedir al rey; si me las da, bueno será, ¡ay de quien pretenda otras!

Corre entonces hacia el castillo, pues ya le tarda estar en la corte, tanto que se acerca al caballero; éste lo para un poco y le pregunta:

–¿A dónde vas, muchacho?, dímelo.

–Pretendo ir a la corte a pedirle al rey esas armas.

–Muchacho, bien hablas. Ve pronto y regresa, y dile al malvado rey que, si no quiere tener de mí su tierra, que me la devuelva, o que envíe quien la defienda frente a mí, que digo que es mía. Por estas señales te creerá: delante de él acabo de coger esta copa que aquí llevo con todo el vino que estaba bebiendo.

Busca a otro que se lo recuerde, pues no ha entendido una sola palabra. Y ya no espera hasta llegar a la corte, donde el rey y los caballeros estaban sentados a comer. La sala estaba a ras de tierra y el muchacho entra a caballo en la sala pavimentada, que era tan larga como ancha. El rey Arturo estaba sentado a la cabecera de una mesa, pensativo; todos los caballeros hablaban y se entretenían unos con otros, salvo él, que estaba pensativo y silencioso.

El muchacho ha avanzado, no sabe a quién saludar, pues no sabe nada del rey, hasta que Yonet se dirige a él, con un cuchillo en la mano.

–Joven, tú que vienes, el del cuchillo en la mano, dime quién es el rey.

Yonet, que era muy cortés, le dice:

–Amigo, helo ahí.

El muchacho fue hacia él y lo saludó como sabía. El rey estaba callado, no dijo una palabra, y él se le dirige otra vez más. El rey está pensativo y no contesta.

–Por mi fe –dice el muchacho entonces–, este rey nunca hizo caballeros. Si no se le pueden sacar palabras, ¿cómo puede hacer caballeros?

Entonces se dispone a volver, gira la cabeza del caballo, pero lo había llevado tan cerca del rey, como hombre poco sensato, que –no es mentira– le tiró sobre la mesa un gorro que llevaba en la cabeza. El rey mueve hacia el muchacho la cabeza, que tenía baja, y abandonando todo su pensamiento le dice:

–Bello señor, sed bienvenido. Os ruego que no me toméis a mal no haber respondido a vuestro saludo. De tristeza no pude contestaros, pues el peor de mis enemigos, el que más me odia y me desprecia, me discute mi propia tierra, y está tan loco que dice que la tendrá franca, quiera yo o no. Se llama Caballero Rojo del Bosque de Quinqueroi. La reina había venido a sentarse conmigo para consolar y ver a estos caballeros que están heridos. No me había ofendido el caballero con todo lo que dijo, pero ante mí cogió mi copa y la levantó tan alocadamente que sobre la reina derramó todo el vino del que estaba llena. Fue una afrenta fea y villana, pues la reina se volvió con gran dolor e inflamada de cólera a su habitación, donde se matará, y así me ayude Dios, creo que no saldrá viva.

El muchacho no aprecia un pimiento lo que el rey le dice y le cuenta, y de su dolor y de la deshonra de la reina poco le importa.

–Hacedme caballero – le dice–, señor rey, pues quiero irme.

Los ojos del muchacho salvaje eran brillantes y risueños. Nadie que lo viera lo tendría por sensato, pero todos los que lo veían lo tenían por bello y gentil.

–Amigo –le dice el rey–, desmontad y entregad vuestro caballo a ese criado, lo guardará y cumplirá vuestra voluntad. Luego, se harán los votos a Dios por mi honor y en provecho vuestro.

El muchacho contesta:

–No iban desmontados aquellos a los que encontré en la landa, ¡y vos queréis que yo desmonte! Por mi cabeza, no desmontaré, pero acabad rápido y me iré.

–¡Ay! Bello amigo querido, lo haré con mucho gusto para provecho vuestro y en mi honor.

–Por la fe que debo al Creador, buen señor rey, no seré caballero en mi vida si no soy caballero rojo. Dadme las armas de aquel al que he encontrado fuera de la puerta, el que se lleva vuestra copa de oro.

El senescal, que estaba herido, se encoleriza con lo que oye, y dice:

–Amigo, tenéis razón. Id ya a cogerlas, pues son vuestras esas armas. Hicisteis una tontería al venir aquí por ellas.

–Keu –dice el rey–, por la misericordia de Dios, os gusta mucho faltar, y no os importa a quién. En un noble, es un vicio muy feo. Si el muchacho es simple y torpe, podría ser hombre muy gentil; y si ha sido por su aprendizaje, porque haya tenido mal maestro, aún puede ser noble y prudente. Es villanía burlarse de otro y prometer sin dar. Un noble no se debe comprometer a dar a otro nada prometiéndolo si no puede y quiere dárselo, pues se ganaría la mala voluntad de aquel que sin la promesa es su amigo, y cuando le promete, se obliga a cumplir la promesa. Por eso podéis saber que más vale negar que hacer desear. Y, a decir verdad, el mismo que se burla y engaña promete sin cumplir, pues el corazón de su amigo se le aleja.

Así hablaba el rey a Keu, mientras el muchacho que se iba vio a una doncella hermosa y gentil, y la saluda, y ella a él y le sonríe, y sonriéndole le dice:

–Muchacho, si vives suficiente, pienso y creo en mi corazón que en todo el mundo no habrá mejor caballero que tú. Así lo pienso, considero y creo.

La doncella no había sonreído desde hacía más de seis años, y lo dijo tan alto que todos la oyeron; y Keu salta, muy molesto por esas palabras, y le da una bofetada tan fuerte con la palma en el tierno rostro que la hizo caer al suelo. Tras golpear a la doncella, encontró en su camino a un loco que estaba junto a una chimenea, lo empujó al fuego ardiente con el pie, enfadado y encolerizado porque el loco acostumbraba a decir:

–Esta doncella no reirá hasta el momento en que vea al que en caballería tenga todo el poder.

Así, éste grita y aquélla llora, y el muchacho no se entretiene, sino que sin más consejo va tras el Caballero Rojo.

El Caballero Rojo

Yonet, que se conocía los atajos porque con gusto llevaba noticias a la corte a todos sus compañeros, corre por un vergel delante de la sala y sale por un postigo, llegando directamente al camino en el que el caballero estaba esperando hechos de armas y aventuras.

Muy deprisa había ido el muchacho a él para quitarle las armas, y el caballero, mientras esperaba, había dejado la copa de oro sobre un poyo de piedra gris. Cuando el muchacho estaba cerca, que uno podía oír al otro, le gritó:

–¡Quitaos las armas, no las llevéis más, que os lo manda el rey Arturo!

El caballero le pregunta:

–Muchacho ¿se atreve alguien a venir aquí a mantener el derecho del rey? Si nadie viene, no lo ocultes.

–¿Qué es eso, diablo? ¿Os estáis burlando de mí, señor caballero, que aún no os habéis quitado mis armas? Quitáoslas inmediatamente, os lo mando.

–Muchacho, te pregunto si no viene nadie de parte del rey que se quiera enfrentar conmigo.

–Señor caballero, quitaos ya las armas, que no os las tenga que quitar yo, pues no os lo voy a tolerar más. Tened por seguro que os golpearé, si me hacéis hablar más.

Entonces se enfadó el caballero, levantó la lanza con las dos manos y le dio tan gran espaldarazo de través en los hombros con la parte que no tenía hierro que le hizo inclinarse sobre el cuello de su caballo; el muchacho se encolerizó al sentir el golpe que recibió. Lo mejor que puede, apunta con el ojo y arroja una jabalina; a aquel que no escucha ni ve ni oye le alcanza por medio del ojo al cerebro, de forma que por el otro lado, por la nuca, desparrama sangre y sesos. Por el dolor el corazón le falla, se ladea y cae tendido; el muchacho descabalga, deja a un lado la lanza, le quita el escudo del cuello, pero no sabe qué hacer con el yelmo que tiene en la cabeza, pues no sabe cómo cogerlo; pretende desceñirle la espada, pero tampoco sabía hacerlo, ni la puede sacar de la vaina, y coge la vaina, la fuerza y tira.

Yonet empieza a reír cuando ve al muchacho ocupado.

–¿Qué es eso, amigo? ¿Qué hacéis?

–No sé qué. Creía que vuestro rey me había dado estas armas, pero antes habré descuartizado al muerto en trozos como para hacer una parrillada que llevarme las armas, pues están tan sujetas al cuerpo que lo de dentro y lo de fuera es todo uno, según me parece, de lo juntas que se mantienen.

–No os preocupéis por nada, que yo las separaré muy bien si queréis, –dice Yonet.

–Hacedlo pronto –dice el muchacho– y dádmelas sin más demora.

Al punto Yonet lo desviste y lo descalza, hasta la punta del pie; no deja loriga ni calzas, ni yelmo en la cabeza, ni más armadura; pero el muchacho no quería dejar su vestido, y por más que Yonet se lo dijera no se iba a poner una cota muy elegante, de tejido de seda acolchada, que bajo su loriga vestía el caballero cuando estaba vivo; y tampoco pudo hacer que se quitara de los pies las abarcas que llevaba calzadas; y decía:

–Diablo, ¿es burla? ¿Debo cambiar mis buenas ropas que mi madre me hizo el otro día por la ropa de este caballero? Mi gruesa camisa de cáñamo por la suya que es muy delgada ¿querríais que la dejara? ¿Mi cota por la que no pasa el agua por la de éste que no resistiría una gota? Maldita sea la jeta de quien cambie antes o después sus buenas ropas por las malas ajenas.

Grave cosa es aprender de loco. Nada quiso tomar, salvo las armas, por más que se lo rogaran. Yonet le ata las calzas; luego le viste la loriga tal que no hubo nunca nadie mejor, y en la cabeza le coloca el yelmo que le queda muy bien, y le enseña que debe ceñir la espada atada y colgando. Luego, le coloca el pie en el estribo y le hace montar sobre el fuerte caballo: nunca antes había visto estribos, ni sabía nada de espuelas, salvo de cinchas o de vara. Yonet le alcanza el escudo y luego le da la lanza. Antes de que Yonet se marche, dice el muchacho:

–Amigo, tomad mi caballo y llevároslo, que es muy bueno y os lo doy, pues ya no lo necesito; llevadle la copa al rey y saludadlo de mi parte, y decidle a la doncella a la que Keu golpeó en la mejilla que, si puedo, antes de morir espero zurrarle la badana a éste de tal forma que se tendrá por vengada.

Le contesta que devolverá al rey la copa y que el mensaje lo dará como hombre que sabía hacerlo.

Con esto se separan y se marchan.

En la sala donde están los nobles entra Yonet por la puerta, llevándole al rey su copa, y le dice:

–Señor, alegraos, pues os envía vuestra copa vuestro caballero, el que ha estado aquí.

–¿De qué caballero me hablas? –pregunta el rey, que aún permanecía en su gran tristeza.

–Por Dios, señor –contesta Yonet–, hablo del muchacho que acaba de irse de aquí.

–¿Te refieres al muchacho galés que me pidió –dice el rey– las armas pintadas de sinople del caballero que me ha hecho tantas afrentas como ha podido?

–Señor, de él hablo, ciertamente.

–Y mi copa, ¿cómo la consiguió? ¿Lo quiere tanto o lo aprecia aquél y se la ha entregado de buen grado?

–Al contrario, la ha vendido muy cara al muchacho, que lo ha matado.

–¿Cómo, bello dulce amigo?

–Señor, no sé, pero vi que el caballero lo golpeó con la lanza muy enfadado, y que el muchacho le devolvió el golpe con una jabalina en el ojo, de tal forma que hizo que por detrás se derramaran la sangre y el cerebro y que él cayera tendido muerto en el suelo.

Entonces le dice le rey al senescal:

–¡Ay, Keu, qué gran daño me habéis hecho hoy! Por vuestra lengua enojosa, que habrá dicho muchas palabras de más, me habéis quitado hoy al muchacho que tan bien me ha servido.

–Señor –dice Yonet al rey–, ¡por mi cabeza!, por mí hace saber a la doncella de la reina a la que Keu golpeó con desdén, por su mal y con despecho, que la vengará, si vive y si se le presenta la ocasión.

El loco, que estaba junto al fuego, oyó las palabras y saltó en pie y acudió ante el rey muy contento, con tal alegría que brinca y salta diciendo:

–Señor rey, así me salve Dios, ahora se os acercan aventuras: malas y duras las veréis ocurrir con frecuencia; os prometo en este momento que Keu puede estar seguro de que en mala hora vio sus pies y sus manos y su lengua loca y villana, pues antes de que pase una semana el caballero habrá vengado el golpe que me dio con el pie, y la bofetada que le dio a la doncella será vendida muy cara y bien comprada y devuelta, pues entre el codo y la axila le romperá el brazo derecho; medio año lo llevará colgado del cuello, ¡que lo lleve bien! Sólo esquivará a la muerte.

Estas palabras pesaron tanto a Keu que por poco no reventó de cólera e ira, de modo que ante todos tuvo tal actitud como si fuera a matarlo. Y porque al rey le habría desagradado, no fue contra él.

El rey dijo:

–¡Ay, ay, Keu, cómo me habéis afligido hoy! Habría sido buen caballero, sin duda, quien hubiera enseñado y adiestrado al muchacho en el uso de las armas, como para que supiera ayudarse un poco con ellas, con el escudo y con la lanza. Pero no sabe ni poco ni mucho de armas ni de ninguna otra cosa, pues no sabría ni siquiera desenvainar la espada si tuviera necesidad. Ahora monta, armado, su caballo; se encontrará a algún vasallo que para conseguir su montura no dudará en malherirlo; pronto le dará muerte o lo dejará tullido, pues no sabrá defenderse, de simple y torpe que es. Pronto habrá cumplido su pretensión.

De esta forma se lamenta y queja el rey. Y por el muchacho se aflige, pero no puede conseguir nada, y deja estar las palabras.

El aprendizaje con Gornemas de Goort

El muchacho va por el bosque picando espuelas sin detenerse hasta llegar a las tierras llanas a orillas de un río que tenía de ancho más de un tiro de ballesta, toda el agua iba recogida en su gran cauce. Va por toda la pradera hacia el gran río caudaloso, pero no entra en el agua, pues la vio muy profunda y negra y bastante más rápida que el Loira. Va a lo largo de la ribera por detrás de una gran roca viva, de forma que por el otro lado el río daba en el pie de la montaña. En una ladera de la roca que bajaba hacia el mar, había un castillo muy rico y fuerte. Cuando el río llegaba a su desembocadura, giró el muchacho a la izquierda y vio aparecer las torres del castillo, pues le parecía que estaban naciendo y que salían del propio castillo. En medio del castillo se levantaba una torre fuerte y grande; mirando la desembocadura

había una barbacana muy poderosa que con el mar luchaba y a cuyo pie batía el mar. En cuatro partes de la muralla de duras esquinas había otras tantas garitas bajas que eran muy fuertes y hermosas. El castillo estaba muy bien asentado y bien abastecido por dentro.

Delante del castillete redondo había un puente sobre el río, de piedra, arena y cal. El puente era resistente y alto; estaba preparado para los combates, pues en medio del puente había una torre y, delante, un puente levadizo, que estaba hecho y construido para su justa función: durante el día era puente, y por la noche, puerta.

El muchacho camina hacia allí. Vestido con un manto de armiño iba un noble distrayéndose por el puente y, al verlo venir, lo espera. El noble, por su dignidad, llevaba en la mano un bastoncito; tras él venían dos criados sin manto. El que llega ha retenido bien las enseñanzas de su madre, pues lo saluda, y añade:

–Señor, me lo enseñó mi madre.

–Dios te bendiga, bello hermano –le dice el noble, que lo vio simple, se dio cuenta y lo supo por la forma de hablar, y le preguntó–: –Bello hermano, ¿de dónde vienes?

–¿De dónde? De la corte del rey Arturo.

–¿Qué hacías allí?

–Me ha hecho caballero el rey, que tenga buenventura.

–¿Caballero? Así me dé Dios bien, no creía que hasta ese punto le ocurrieran cosas semejantes. Creía que el rey tenía otras preocupaciones que hacer caballeros. Dime, buen hermano, esas armas, ¿quién te las entregó?

–El rey me las dio.

–¿Te las dio? ¿Cómo?

Y él le cuenta lo que ya habéis oído en el relato. Quien lo contara otra vez sería aburrido y pesado, y la historia no lo pide. El noble le pregunta qué sabe hacer con el caballo.

–Sé correr arriba y abajo igual que solía hacerlo con mi caballo de caza, cuando lo cogía en la casa de mi madre.

–Y con vuestras armas, bello amigo, decidme qué sabéis hacer.

–Sé vestirlas y quitármelas tal como me armó el criado que desarmó delante de mí al caballero que maté, y las llevo con tanta facilidad que no me pesan nada.

–Por el alma de Dios, bien lo aprecio –dice el noble– y me agrada mucho. Decidme ahora, no os pese, ¿qué necesidad os trajo aquí?

–Señor, mi madre me enseñó que fuera a los nobles y que siguiera su consejo y que creyera lo que me dijeran, pues honra reciben quienes los creen.

El noble le responde:

–Bello hermano, bendita sea vuestra madre, pues os aconsejó bien. Pero ¿queréis alguna cosa más?

–Sí.

–¿Qué?

–Tanto, y sólo, que me deis albergue hoy.

–Con mucho gusto –le contesta el noble–, a condición de que me concedáis un don por el que veréis cómo os alcanza gran bien.

–¿Qué?

–Que creais el consejo de vuestra madre y el mío.

–Por mi fe, lo concedo.

–Desmontad, pues.

Y él desmonta. Uno de los dos criados que iban allí toma su caballo, y el otro lo desarmó, y él se quedó con el vestido de debajo, con las abarcas y con la cota de ciervo mal hecha y mal cortada que su madre le había dado.

El noble se hizo calzar las espuelas cortantes de acero que el criado le llevaba, monta sobre el caballo, se cuelga el escudo por el tiracol al cuello y toma la lanza diciendo:

–Amigo, aprended el uso de las armas y fijaos cómo se debe sujetar la lanza y aguijar al caballo y retenerlo.

Entonces despliega su enseña y le muestra y hace ver cómo se debe sujetar el escudo. Le hace colgar uno pequeño que le lle-

ga al cuello del caballo, y pone la lanza sobre el fieltro y aguija al caballo, que valía cien marcos y no había otro que con tanto gusto fuera más rápido ni de mayor virtud. El noble sabía mucho del escudo, del caballo y de la lanza, pues lo había aprendido desde su infancia, y al muchacho le agradaba y gustaba mucho todo lo que el noble hacía.

Cuando hubo mostrado toda su habilidad bien y de buena forma ante el muchacho, que había prestado mucha atención, volvió con la lanza levantada y le pregunta al muchacho:

–Amigo, ¿sabríais también llevar la lanza y el escudo y picar y dirigir el caballo?

Él le dice muy decidido que no querría vivir un día más y que no tendría tierra ni riquezas antes de saber hacerlo.

–Lo que no se sabe se puede aprender, si se pone esfuerzo y entendimiento –le dice el noble–, bello y querido amigo. Para todos los oficios conviene poner esfuerzo, corazón y ojos: gracias a los tres se puede saber todo. Y si no lo habéis hecho nunca y no visteis hacerlo a otro, no os debe avergonzar ni afligir el no saber hacerlo.

Entonces le hace montar el noble, y él empezó a llevar tan bien la lanza y el escudo como si hubiera vivido siempre en torneos y en guerras y hubiera ido por todas partes buscando combates y aventuras, pues le venía por naturaleza; y cuanto la naturaleza le enseña y el corazón lo comprende no le puede resultar pesado, ya que naturaleza y corazón se esfuerzan. Gracias a estos dos lo hacía tan bien que al noble le agradaba mucho y se decía para sus adentros que, si hubiera estado toda su vida ocupado y metido en armas, habría aprendido bastante. Cuando el muchacho hizo su turno, al volver ante el noble, con la lanza levantada se detiene tal como lo había visto hacer, y pregunta:

–Señor, ¿lo he hecho bien? ¿Creéis que me será necesario esforzarme si quiero hacerlo? Nunca vieron mis ojos nada por lo que tuviera tanto deseo. Me gustaría mucho saber tanto como vos sabéis.

–Amigo, si tenéis corazón –le dice el noble– sabréis mucho y en mala hora os preocuparéis.

El noble montó tres veces, tres veces le enseñó el uso de las armas, todo lo que podía mostrarle, hasta que fue suficiente, y tres veces le hizo montar. La última le dijo:

–Amigo, si encontráis a un caballero, ¿qué haríais si os atacara?

–Yo le atacaría.

–¿Y si vuestra lanza se rompiera?

–Después no quedaría más, con los puños le atacaría.

–Amigo, no lo haréis así.

–¿Qué haré pues?

–Esgrimiendo la espada iréis a él.

Entonces el noble clava delante de él en el suelo la lanza de pie completamente recta, que mucho desea enseñarle y mostrarle el uso de las armas para que se sepa defender bien con la espada si se lo piden, o atacar cuando sea el momento. A continuación ha echado mano a la espada:

–Amigo –le dice–, de este modo os defenderéis si os atacan.

–En eso, así me salve Dios, nadie sabe tanto como yo, pues con almohadillas y paveses en casa de mi madre aprendí bastante, tanto que frecuentemente acababa cansado.

–Entonces, vayamos a alojarnos –le dice el noble–, pues no hay más y vos tendréis alojamiento sin villanía esta noche, le pese a quien le pese.

Se van los dos juntos y el muchacho le dice a su huésped:

–Señor, mi madre me enseñó que no fuera con un hombre ni tuviera su compañía mucho rato sin saber cómo se llamaba, y así me lo hizo aprender. Quiero saber vuestro nombre.

–Bello dulce amigo –le dice el noble–, me llamo Gornemans de Goort.

Así llegan al alojamiento y juntos se van entreteniendo. Al subir un escalón acudió un criado por su cuenta llevándole un manto corto. El criado corre a atárselo para que tras el calor no cogiera frío que le hiciera daño.

Ricas casas hermosas y grandes tenía el noble, y bellos servidores; fue preparada la comida buena, agradable y bien servida. se lavaron los caballeros, y luego se sentaron a comer, y el noble puso a su lado al muchacho y le hizo comer con él en la misma escudilla. Sobre la comida no hablaré más, cuánta hubo y su variedad, pero comieron bastante y bebieron.

De la comida no hablaré más. Cuando se levantaron de la mesa, el noble, que era muy cortés, rogó al muchacho, que a su lado se sentaba, que se quedara un mes. Un año entero, si quisiera, lo retendría gustoso, y mientras tanto aprendería tales cosas, si le agradaban, que le podrían ser útiles en caso de necesidad. El muchacho le dijo a continuación:

–Señor, no sé si estoy cerca de la casa en la que vive mi madre, pero ruego a Dios que me lleve allí y que aún la pueda ver, pues la vi caer desmayada al comienzo del puente, delante de su puerta, y no sé si está viva o muerta. Dolida por mí, lo sé bien, cayó desmayada cuando la dejé, y por eso no puedo quedarme mucho tiempo aquí mientras no sepa cómo está, sino que me iré mañana al amanecer.

El noble oye que de nada vale suplicar, y sobran las palabras. Se van a acostar sin más discusión, pues las camas estaban preparadas.

El noble se levantó temprano y fue a la cama del muchacho y allí lo encontró acostado: le hizo llevar como regalo camisa y bragas de cendal y calzas teñidas de brasil y cota de tela de seda azul, que había sido tejida y hecha en India. Para que los vistiera se los dio, diciendo:

–Amigo, vestid esta ropa que aquí veis, si queréis hacerme caso.

El muchacho responde:

–Bello señor, podríais decir algo mejor. La ropa que me hizo mi madre ¿no vale más que ésta? ¡Y vos queréis que la vista!

–Muchacho, por mi cabeza –dice el noble–, al contrario, vale menos. Me dijisteis, bello amigo, cuando os traje aquí que cumpliríais todas mis órdenes.

–Así lo haré –contesta el muchacho–, no me opondré a vos en ninguna cosa.

No se resiste más a vestir la ropa, y deja la de su madre. El noble se ha agachado, le calza la espuela derecha: la costumbre solía ser que el que hacía caballero debía calzarle la espuela. Había abundantes criados y cuantos pudieron acudir a armarlo echaron una mano. El noble, tomando la espada, se la ciñe y lo besa y luego le dice que le ha dado con la espada la más alta orden que Dios ha hecho y mandado, que es la orden de caballería, que debe permanecer sin afrentas, y añade:

–Bello hermano, acordaos de lo que os voy a decir y suplicar, si ocurre que tengáis que combatir con algún caballero: si lo vencéis, de forma que frente a vos ya no pueda defenderse ni resistir, y que tuviera que quedar a vuestra merced, no lo matéis a sabiendas. Procurad no ser hablador ni chismoso. El que es demasiado hablador, frecuentemente dice cosas que se le vuelven villanías, por lo que el sabio dice y repite: «quien habla demasiado, se equivoca». Por eso, bello hermano, os prevengo frente al hablar demasiado y os ruego, si encontráis a una doncella o mujer, ya sea soltera o dama, que si en algo está falta de consejo la aconsejéis, y haréis bien, si es que sabéis aconsejarla y podéis hacerlo.

»Otra cosa os enseñaré (no lo desdeñéis) que no se puede despreciar: id con gusto al monasterio a rogar al que todo ha hecho para que tenga compasión de vuestra alma y que en este mundo terrenal os proteja como a cristiano suyo.

El muchacho le dice al noble:

–Por todos los apóstoles de Roma, sed bendecido, bello señor, pues lo mismo oí decir a mi madre.

–No digáis más, bello hermano –le dice el noble–, que vuestra madre os lo había dicho y enseñado. No os critico que lo hayáis dicho hasta ahora, pero a partir de ahora, por favor, os ruego que os recatéis, pues, si lo decís más os lo tomarían como simpleza. Por eso os ruego que lo evitéis.

–¿Y qué diré entonces, bello señor?

–El valvasor –podéis decir– que os calzó la espuela os lo enseñó y dijo.

Él le concede el don de que nunca volverá a decir una palabra mientras viva a no ser de él, pues le parece que está bien lo que le enseña. El noble luego hace la señal de la cruz, con la mano levantada en alto, y dice:

–Bello señor, Dios os salve. Id con Dios, que os guíe, pues la demora os enoja.

En Belrepeire. Guerra contra Clamadeu de las Islas

El caballero novel se separa de su huésped y mucho le tarda llegar junto a su madre y encontrarla sana y viva. Entra en bosques solitarios, pues bastante mejor que en las tierras llanas se encontraba en los bosques, y cabalga hasta ver un castillo fuerte y bien asentado. Fuera de las murallas no ve nada salvo mar y agua y tierra devastada. Se apresura a dirigirse al castillo y llega delante de la puerta, pero tiene que pasar un puente tan débil antes de llegar a la puerta que apenas cree que lo sostenga. El caballero sube al puente y lo pasa sin que le sobrevenga daño, ni afrenta, ni obstáculo alguno. Llega ante la puerta y la encuentra cerrada con llave; no golpeó suavemente, ni llamó en voz baja: tanto golpeó que inmediatamente salió a las ventanas de la sala una doncella delgada y pálida, que preguntó:

–¿Quién llama ahí?

Mira a la doncella, la ve y le dice:

–Bella amiga, soy un caballero que os ruega que me dejéis entrar y me prestéis hospedaje esta noche.

–Señor –le contesta–, lo tendréis, pero no nos lo agradeceréis. A pesar de todo, os daremos tan buen alojamiento como podamos.

Entonces se retira la doncella, y el que espera a la puerta, temiendo que le hagan estar demasiado, vuelve a golpear; al punto

llegaron cuatro servidores que llevaban grandes hachas y además ceñían sendas espadas, han abierto la puerta y le dicen:

–Señor, entrad.

Si les fuera bien a los servidores, serían muy bellos, pero habían tenido tanta necesidad que eran dignos de admiración por los ayunos y las vigilias. Él había encontrado fuera la tierra devastada y yerma, y dentro nada lo corrigió, pues por todas partes por donde fue encontró las calles desiertas y las casas viejas en ruinas, y no había ni hombres ni mujeres. Había dos monasterios en la ciudad que eran dos abadías, una de monjas desamparadas y el otro de monjes abandonados. No encontró bien arreglados los monasterios, ni bien cuidados, sino que los vio agrietados y derrüidos los muros, y las torres sin cubrir; las casas estaban abiertas tanto de noche como de día; el molino no muele, ni cuece el horno en ningún lugar de todo el castillo, ni encontró pan ni pastel, ni nada que estuviera a la venta que se pudiera adquirir con dinero. Así encontró el castillo desierto, que no encontró ni pan ni pasta, ni vino, ni sidra, ni cerveza.

Los cuatro servidores lo han llevado a una gran sala cubierta de pizarra y allí desmonta y es desarmado. Al punto baja un criado por los escalones de la sala, con un manto gris, y se lo pone al cuello al caballero. Mientras, otro ha estabulado su caballo allí donde no había trigo, ni heno, ni forraje apenas, pues no lo había en la casa.

Los otros le hacen subir por las escaleras arriba a la sala, que era muy bella. Dos nobles y una doncella le salen al encuentro. Los nobles eran canosos, aunque no del todo blancos. Por la edad estarían en todo el vigor de su sangre y en toda su fuerza, si no fuera por las penas y los pesares; la doncella venía más arreglada, más engalanada y más elegante que gavilán o papagayo. Su manto y su brial eran de púrpura negra, moteada de veros, y no estaba pelada la piel, que era de armiño; el manto en el cuello estaba orlado de cibelina negra y canosa, que no era demasiado larga ni demasiado ancha.

Si alguna vez he hablado de la belleza que Dios puso en el cuerpo de una mujer o en su rostro, ahora me agrada volver a hacerlo sin mentir en una palabra. Llevaba el pelo suelto y tenía los cabellos tales, si pudiera ser, que bien pensaría quien los viera que eran todos de oro puro, tan relucientes y brillantes eran. Tenía la frente blanca, alta y despejada como si hubiera sido hecha a mano, como si fuera obra de la mano de un hombre, de piedra o de marfil o de madera. Cejas morenas y entrecejo separado, en la cara tenía ojos sonrientes y glaucos y claros mezclados. La nariz tenía recta y larga, y mejor le quedaba en el rostro el rojo sobre el blanco que el sinople sobre la plata. Dios hizo esta maravilla para robar la sangre y el corazón de la gente, y luego nunca hizo otra semejante, ni antes la había hecho.

Al verla, el caballero la saluda y ella a él y a ambos caballeros; la doncella lo toma de la mano con buen talante y dice:

–Bello hermano, vuestro alojamiento ciertamente no será esta noche tal como convendría a un noble. Pero si alguien os contara ahora toda nuestra situación y nuestra vida pensaríais, bien puede ser, que lo diría con mala intención para hacer que os fuerais. Pero por favor, quedaos, tomad el alojamiento tal como es, y que Dios os dé uno mejor mañana.

Así lo lleva de la mano hasta una habitación apartada que era muy hermosa, larga y ancha. Los dos se sientan en una colcha de jamete que había extendida sobre una cama. Cuatro, cinco y seis caballeros entraron y se sentaron en grupos, sin decir palabra, y contemplan al que está sentado en silencio junto a su dama. Se abstenía de hablar porque se acordaba del consejo que el noble le había dado y, mientras, tenían gran discusión entre ellos todos los caballeros en voz baja.

–Dios –decían–, me admira mucho que este caballero sea mudo. Sería gran lástima, pues nunca tan bello caballero nació de mujer. Está muy bien junto a mi señora, y también mi señora a su lado. Si no fueran mudos los dos, es tan bello él y tan hermosa ella que nunca caballero y doncella quedaron tan bien juntos, pues de ambos parece que Dios haya hecho al uno para el otro, para que estén juntos.

Y todos los que estaba allí dentro hablaban continuamente, mientras que la doncella esperaba que él le dirigiera la palabra de lo que fuera, hasta que vio muy bien y supo que no le diría una palabra si ella no se le dirigía antes, por lo que dijo con muy buen talante:

–Señor, ¿de dónde venís hoy?

–Doncella –le dice–, he dormido en casa de un noble, en un castillo en el que tuve alojamiento bueno y hermoso: tiene cinco torres fuertes y buenas, una grande y cuatro pequeñas. No sé contar toda la obra, ni cómo se llama el castillo, pero bien sé que el noble se llama Gornemans de Goort.

–¡Ay!, bello amigo –dice la doncella–, vuestras palabras son hermosas y habéis hablado como hombre cortés. Dios el rey os lo recompense porque lo llamasteis noble. Nunca emplearíais palabra más verdadera, pues es noble, por san Richier, bien lo puedo afirmar; sabed que soy su sobrina, pero no lo he visto desde hace mucho tiempo y, en verdad, desde que os marchasteis de vuestra casa no habréis conocido a nadie más noble, que yo sepa. Os dio alojamiento muy agradable y alegre, pues bien lo sabe hacer como noble y de buen talante, poderoso, rico y pudiente. Pero aquí no hay más que seis panes que un tío mío, que es prior, hombre muy santo y religioso, me envió anoche para cenar, y un odrecillo lleno de vino cocido. No hay más vituallas aquí, a no ser un corzo, que un servidor mío mató esta mañana con una flecha.

Entonces ordena que pongan las mesas, y las ponen, y la gente se sienta a cenar. Tenían muy poca comida, pero la toman con gran afán. Después de cenar se separaron; se quedaron los que iban a dormir, pues la otra noche habían estado de guardia; se marcharon los que debían velar la noche por el castillo. Había cincuenta servidores y escuderos para hacer la guardia por la noche; los demás se esforzaron mucho en agradar a su huésped. Los

que se ocupan de acostarlo le ponen bellas sábanas y cobertores muy caros y almohada para la cabeza; todo lo agradable y cómodo que se puede contar para una cama lo tuvo el caballero aquella noche, salvo el placer de una doncella si le hubiera apetecido o de una dama si le hubiera sido permitido. Pero no sabía nada y por eso os aseguro que se quedó dormido al poco rato, pues no estaba preocupado por nada.

Pero la que lo aloja no descansa, encerrada en su habitación. Él duerme a gusto y ella piensa que no tiene ninguna protección ante un ataque que le lancen. Mucho se trastorna y da vueltas, mucho se aflige y se apesadumbra. Se pone sobre la camisa un manto corto de seda en grano y se lanza a la aventura, como atrevida y valiente, pero no es en vano, sino que piensa que irá a su huésped para decirle una parte de sus asuntos. Sale entonces de la cama y se marcha de la habitación con tanto miedo que todos los miembros le tiemblan y el cuerpo le suda. Llorando ha salido de la habitación y va a la cama en la que él duerme, y llora y suspira profundamente; se inclina, se arrodilla y llora tanto que le moja con las lágrimas todo el rostro; pero no se atreve a hacer nada más.

Tanto ha llorado que él se despierta, sorprendido y admirado porque siente mojado su rostro y ve a aquélla arrodillada delante de su cama, que lo tenía abrazado por el cuello con fuerza; fue tan cortés que entre sus brazos la tomó, apretándola contra sí, y le dijo:

–Bella, ¿qué os apetece? ¿Por qué habéis venido?

–¡Ay, gentil caballero, tened piedad! Os ruego por Dios y por su Hijo que no me toméis por vil por haber venido aquí. Aunque estoy casi desnuda, en ningún momento pensé una locura, ni maldad, ni villanía, pues no hay en el mundo nada vivo tan afligido y tan desgraciado que yo no lo sea más. Nada de lo que tengo me agrada, pues no he pasado ningún día sin desgracia. Así de desdichada soy, que no veré más noche que la de esta noche, ni más día que el de mañana, pues me mataré con mi propia mano.

De los trescientos diez caballeros con que se guarnecía este castillo, no quedan más que cincuenta, pues dos y diez menos de sesenta se ha llevado un caballero muy malo, Aguignerón, el senescal de Clamadeu de las Islas, y los ha matado y hecho prisioneros. De los que están prisioneros me pesa tanto como de los muertos, pues bien sé que morirán, que nunca podrán salir. Por mí han muerto tantos nobles que es justo que esté desconsolada. Aquí delante nos ha estado asediando un invierno y un verano enteros Aguignerón, sin moverse, y su fuerza crecía continuamente, mientras la nuestra menguaba; nuestras vituallas se han agotado, y aquí dentro no queda ya con lo que pueda cenar una abeja, y estamos en una situación tal que mañana, si Dios no lo impide, le será entregado este castillo que no puede ser defendido, y yo con él como prisionera. Pero, en verdad, antes de que me tenga viva me mataré y me tendrá muerta; luego, no me importará si me lleva. Clamadeu, que piensa tenerme, no me tendrá en modo alguno, si no es vacía de vida y de alma, pues guardo en un cofre mío un cuchillo todo de fino acero que me deslizaré en el corazón. Eso es lo que tenía que deciros. Ahora volveré por mi camino y os dejaré descansar.

Pronto merecerá alabanzas el caballero, si se atreve a hacerlo: aquélla no había ido a llorar sobre su rostro por ninguna otra cosa, por más que parezca diferente, salvo para hacer que tuviera deseos de emprender el combate, si se atreve a ello, por su tierra y por defenderla. Él le responde:

–Querida amiga, poned mejor cara, consolaos, no lloréis más y venid junto a mí; quitaos las lágrimas de los ojos. Dios, si quiere, os dará mejor mañana de lo que me habéis dicho. Venid junto a mí en esta cama, que es bastante ancha para los dos. Hoy no me vais a dejar.

Ella le contesta:

–Si quisierais, lo haría.

Y él la besaba, teniéndola sujeta entre sus brazos. La ha metido bajo la colcha con suavidad y gusto, y ella permite que la bese

y no creo que le moleste. Así pasaron toda la noche, uno junto a otra, boca con boca, hasta el amanecer, cuando el día se acerca. Tanto hizo la noche de solaz que boca con boca, brazo con brazo, durmieron hasta que amaneció.

Al amanecer se volvió la doncella a su habitación sin acompañamiento, y sin camarera se vistió y preparó, que a nadie quiso despertar. Los que habían estado de guardia durante la noche, tan pronto como pudieron ver el día despertaron a los dormidos, los hicieron levantar de la cama y ellos se levantaron muy temprano. La doncella sin tardar vuelve a su caballero y le dice de buen talante:

–Señor, ¡Dios os dé hoy buen día! Bien sé que no estaréis mucho tiempo aquí. Por nada os quedaréis, os iréis y no me pesa, pues no sería cortesía que me pesara por algo, pues ni comodidad ni ningún bien os hemos dado aquí. Pero ruego a Dios que os prepare mejor albergue, en el que haya más pan, vino y sal que en éste.

Él responde:

–Bella, no será hoy cuando vaya en busca de otro albergue, antes apaciguaré toda vuestra tierra, si puedo. Si encuentro fuera a vuestro enemigo, sentiré que continúe el asedio aunque no os cause daño alguno. Pero si lo mato y venzo, quiero vuestro amor en recompensa, para que seáis mía, y no tomaré otra soldada.

Ella le responde con discreción:

–Señor, me habéis pedido poca cosa sin importancia. Pero si se os niega, lo tomaríais como orgullo y por eso no os lo quiero negar. Sin embargo, no digáis que me convierta en vuestra amiga a condición y con la promesa de que vais a morir por mí, pues sería un gran daño, porque vuestro cuerpo y vuestra edad no es tal, tenedlo por seguro, como para que os enfrentéis a un caballero tan fuerte y tengáis que soportar combates y batallas.

–Eso lo veréis hoy mismo, pues me iré a combatir contra él, no lo dejaré por ningún consejo.

Tal pleito le ha armado ella censurándoselo, aunque quiere que lo haga; pero con frecuencia ocurre que se sabe esconder la voluntad cuando se ve bien dispuesto a uno a hacer lo que se pretende, para que lo desee más aún. Así lo hizo ella como sabía, pues le ha metido en el corazón lo que luego le niega con fuerza.

Él pide que le traigan las armas, y se las traen. Le abren la puerta, lo arman y le hacen montar un caballo que le han preparado en medio de la plaza. No hay allí nadie que no muestre cara de que le pese y que no diga:

–Señor, que Dios os ayude hoy en este día y dé gran pesar a Aguignerón el senescal, que ha destruido toda esta tierra.

Así lloran todos y todas. Lo acompañan hasta la puerta, y cuando lo ven fuera del castillo dicen todos a una voz:

–Bello señor, la verdadera cruz en la que Dios sufrió la muerte por su Hijo os proteja hoy de mortal peligro, de dificultades y de prisión y os lleve a salvo a lugar en el que estéis a gusto, que os agrade y que os plazca.

Así rogaban todos por él.

Los de la hueste lo ven venir, se lo muestran a Aguignerón que estaba sentado delante de su tienda, pensando que le iban a entregar el castillo antes de la noche, o que alguno saldría fuera a combatir con él cuerpo a cuerpo, y ya se había puesto las calzas; sus gentes estaban muy contentas, pues pensaban haber conquistado el castillo y toda la tierra.

Apenas lo vio Aguignerón, se hace armar por completo y se dirige a él más que al paso en un caballo fuerte y robusto, y le dice:

–Muchacho, ¿quién te envía aquí? Dime el motivo de tu venida. ¿Vienes en busca de paz o de guerra?

–Pero tú me dirás primero qué haces en esta tierra. ¿Por qué has matado a los caballeros y saqueado todo el país?

Entonces contesta aquél, como orgulloso y con presunción:

–Quiero que hoy me sea vaciado el castillo y entregada la torre, que mucho se me ha resistido, y mi señor tendrá a la doncella.

–Mala hora tenga hoy esa noticia –contesta el muchacho– y quien la ha dicho; antes tendrás que declarar libre todo lo que le discutes.

–Ahora me ofrecéis mentiras –dice Aguignerón–, por san Pedro. Con frecuencia ocurre que paga el destrozo quien no tiene culpa.

Entonces se enfadó el muchacho, colocó la lanza sobre el fieltro y aguijan el uno contra el otro, sin desafío ni más razones. Cortante hierro y lanza de fresno tenían ambos, gruesa y afilada; eran rápidos los caballos, y fuertes los caballeros, que se odiaban a muerte; se golpean de modo que atraviesan las tablas del escudo, chocan escudos y lanzas y se derriban ambos. Pero en breve se pusieron en pie, se atacan sin bromear más fieramente que dos jabalíes, se golpean en medio del escudo y en las lorigas de menudas mallas, tan veloces como pueden llevarlos sus caballos. Por la rabia y cólera que tenían, y por la fuerza de sus brazos, hacen ambos que los trozos y las astillas de sus lanzas vuelen. Aguignerón cayó él solo herido en el cuerpo de manera que el brazo y el costado los sentía con dolor. El muchacho descabalga, pues no sabe acosarle a caballo. Del caballo ha desmontado, luego saca la espada y va a él.

No sé que más contaros, ni cómo le fue a cada uno, ni los golpes uno por uno, pero el combate duró mucho y fueron muchos los tajos descargados, hasta que Aguignerón cayó; el muchacho le atacó con fiereza, tanto que el senescal tuvo que clamar merced, a lo que le contestó que no tendría ni poca ni mucha merced. Sin embargo, se acordó del noble que le había enseñado que no matara a sabiendas a un caballero después de haberlo vencido y estando por encima de él. El senescal le dijo:

–Bello dulce amigo, no seais tan estúpido que no tengáis compasión de mí. Os concedo y otorgo que habéis vencido, que sois caballero muy bueno, pero nadie creería sin haberlo visto, conociéndonos a los dos, que tú solo con las armas me hubieras dado muerte en combate; si yo atestiguo que me has vencido con las

armas a la vista de mi gente, ante mi tienda, aceptarán mi palabra y aumentará tu honra, que ningún caballero la tuvo mayor, y mira si tienes señor que te haya ayudado o prestado algún servicio al que no se lo hayas agradecido, envíame a él y yo iré de tu parte a decirle cómo me has vencido con las armas y me rendiré a él como prisionero para hacer lo que le parezca bien.

–¡Mal haya quien os pida más! ¿Sabes a dónde irás? A ese castillo, y dirás a la bella que es mi amiga que nunca más en toda tu vida la perjudicarás y, además, te pondrás por completo a su merced.

Él le contesta:

–Entonces mátame, pues también ella me hará matar, porque no desea nada tanto como mi muerte y mi desgracia, pues causé la muerte de su padre y le he causado abundantes preocupaciones a ella y a sus caballeros, que a todos los he matado o apresado este año. Mala prisión me habría dado quien me hiciera prisionero suyo, y nada peor me podría hacer. Pero si tienes algún otro amigo o alguna amiga, envíame allí, donde no tengan deseos de causarme daño, pues ésta me quitaría la vida, si me tuviera, sin duda.

Entonces le dice que vaya a un castillo de un noble, y le da el nombre del señor, y no hay en todo el mundo albañil que contara mejor que él lo hizo la forma del castillo. Le valoró mucho el río y el puente, los torreones y la torre, las fuertes murallas que hay alrededor, tanto que él se da cuenta que lo quiere enviar prisionero al lugar en el que más lo odian.

–No estaré a salvo allí, bello señor, en el lugar al que me envías. Así me ayude Dios, por malos caminos me quieres meter y en malas manos, pues he matado en esta guerra a uno de sus hermanos. Antes mátame, bello dulce amigo, y no me hagas ir allí. Allí está mi muerte, si me envías.

–Por mi fe, entonces irás a la prisión del rey Arturo, me saludarás al rey y le dirás de mi parte que te indique a aquella a la que golpeó Keu el senescal por haberme sonreído; a ella te en-

tregarás prisionero y le dirás, sin esperar más, que por ningún motivo iré a corte que tenga el rey Arturo, por nada que ocurra, hasta haberme vengado.

Le contesta que ese servicio lo hará con mucho gusto. Entonces se volvió al castillo el caballero que lo había vencido; el otro se va a la prisión. Llevándose el estandarte, la hueste levanta el asedio, que no quedó allí ni rubio ni moreno.

Los del castillo salen fuera al encuentro del que regresa, pero el gozo se les vuelve gran pesar, pues no le había cortado la cabeza al caballero al que ha vencido y no se lo había llevado preso. Con gran alegría lo reciben y lo desarman en un poyo. Dicen:

–Señor, ¿por qué no cogisteis la cabeza de Aguignerón y no lo trajisteis aquí?

Él responde:

–Señores, por mi fe, no habría hecho bien, creo, si yo no hubiera sido su garante, pues él ha matado a vuestros parientes, y lo habríais matado a mi pesar. Habría hecho mal si al vencerlo no hubiera tenido compasión de él. ¿Sabéis cuál ha sido mi merced? Irá como prisionero al rey Arturo, si mantiene la promesa.

En esto llega la doncella, con gran alegría por él, y lo lleva a sus habitaciones para que descanse y esté a gusto. De abrazos y besos no le hizo ningún reparo; en vez de beber y de comer, juegan, se besan, se abrazan y hablan de buen talante.

Entretanto, Clamadeu ha pensado una locura, pues estaba llegando y creía sin dudar que ya tenía el castillo. En esto, se encontró en el camino a un criado muy afligido, que le contó las noticias de su senescal Aguignerón.

–Por el nombre de Dios, señor, todo va mal –dice el criado, que tanto se lamenta que con las manos se arranca los cabellos.

Y Clamadeu responde:

–¿De qué?

El criado contesta:

–Por mi fe, vuestro senescal ha sido vencido por las armas y se entregará como prisionero al rey Arturo, a cuya corte va.

–¿Quién ha hecho eso, criado, dímelo, y cómo ha podido ocurrir? ¿De dónde ha llegado el caballero que a hombre tan noble y valiente ha podido acobardar con las armas?

Le responde:

–Bello señor querido, no sé quién era el caballero, pero sí que sé que lo vi, que salió de Belrepaire armado con armas rojas.

–Entonces, criado, aconsejadme –le dice aquél, que por poco no enloquece.

–¿Qué, señor? Volveos, pues, si siguierais adelante creo que no conseguiríais nada.

A estas palabras se acercó un caballero entrecano que era maestro de Clamadeu:

–Criado, no dices cosas provechosas. Consejo más sabio y mejor que el tuyo tendrá que creer. Si te cree obrará como loco; debe seguir, por mi recomendación.

Luego añade:

–Señor ¿queréis saber cómo podréis tener al caballero y el castillo? Os lo voy a decir con toda claridad, y es muy fácil de hacer. Dentro de las murallas de Belrepaire no hay qué beber ni qué comer; los caballeros están débiles y nosotros estamos fuertes y sanos, no tenemos sed ni hambre, podremos soportar un gran combate si los de dentro se atreven a salir fuera para enfrentarse con nosotros. Enviaremos ante la puerta a veinte caballeros a alardear. El caballero, que se divierte con Blancaflor, su dulce amiga, querrá realizar más hazañas de las que puede soportar, y caerá preso o morirá, que poca ayuda le darán los caballeros, que están débiles. Nada tendrán que hacer los veinte, sino que los irán engañando hasta que nosotros por este valle caigamos sobre ellos de improviso, rodeándolos por los flancos.

–Por mi fe, me parece bien eso –dice Clamadeu– que me habéis dicho. Tenemos aquí gente elegida, quinientos caballeros armados y mil servidores bien preparados; los apresaremos como a gente muerta.

Clamadeu envía veinte caballeros a la puerta, con los gonfalones y las banderas, que eran de diversas formas, desplegados al viento; cuando los del castillo los vieron, abrieron las puertas sin temor, pues así lo quiso el muchacho, que ante todos ellos salió para enfrentarse a los caballeros. Como atrevido, fuerte y fiero, los ha acometido a todos juntos. Al que alcanza, no le parece que sea aprendiz de armas. Aquel día fue sentido el hierro de su lanza en muchas entrañas. A quién atraviesa el pecho y a quién la tetilla, a quién le rompe el brazo y a quién la clavícula, a éste lo derriba, al otro lo aturde, entrega prisioneros y caballos y los da al punto a quienes los necesitan hasta que ven los combates los que llegaban por el valle e iban hacia la puerta que estaba abierta, que eran quinientos bien contados sin los mil servidores, y que ocupaban una gran parte del campo; los otros ven la pérdida de su gente agolpada y muerta y se dirigen a la puerta, todos apretados y estirados, mientras que los otros se mantenían en filas juntos ante la puerta, y los reciben con valor. Pero eran débiles y pocos y los otros crecían en fuerza de su gente, hasta que se impusieron tanto que ya no pudieron resistir, y se retiraron al castillo. Sobre la puerta había arqueros que disparaban a la multitud y a la masa, que estaba deseosa y ávida de entrar en el castillo de inmediato, tanto que un grupo con rapidez entra a la fuerza; los de dentro hacen caer sobre los de abajo una puerta que mata y aplasta a todos los que alcanza en la caída; y Clamadeu no puede ver nada que le cause mayor sufrimiento, pues la puerta ha matado a muchos de los suyos y él, fuera, tiene que mantener la calma, ya que un ataque precipitado no sería más que esfuerzo vano.

Su maestro, que le aconseja, dice:

–Señor, no debe admirar que a un noble le vayan mal las cosas: según le place y parece a Nuestro Señor Dios va bien o mal, bien lo sabemos. Habéis perdido algunos hombres, pero no hay santo que no tenga su fiesta. Ha caído sobre vos la tempestad, están heridos los vuestros y los de dentro han ganado, pero volverán a perder, sabedlo. Sacadme los dos ojos si permanecen dentro cinco días. Vuestros serán el castillo y la torre, y todos saldrán pidiendo piedad. Si queréis quedaros aquí sólo hoy y mañana, el castillo estará en vuestras manos; e incluso la que tanto os ha rechazado os suplicará que por Dios os dignéis en tomarla.

Entonces han hecho plantar los pabellones a todos los que habían llevado y los demás, según pudieron, se alojaron y acomodaron; los de dentro se quitaron las armas. A los caballeros presos no los han puesto en torres ni en hierros, sólo han tenido que prometer lealmente como caballeros que mantendrían leal prisión y que no les procurarían ningún daño.

Así estaban con ellos allí dentro. Ese mismo día un gran viento empujó por el mar a un navío que llevaba una gran carga de trigo y que estaba lleno de otras vituallas. Según quiso Dios, entero y sano llegó delante del castillo; al verlo los de dentro, mandan para saber y averiguar quiénes son y qué desean. Entonces bajaron del castillo y fueron a ellos, y les preguntan quiénes son, qué piden y a dónde van; les dicen:

–Somos mercaderes, que llevamos vituallas para vender. Pan, vino, panceta salada, cerdos y bueyes en abundancia para vender, si fuera necesario.

Les dicen:

–Bendito sea Dios, que al viento dio la fuerza para traeros aquí a la orza; sed bienvenidos. Sacadlo fuera, que todo está vendido tan caro como lo queráis vender, venid a tomar nuestro dinero, que no os podréis desembarazar de recibir y contar bandejas de oro y bandejas de plata que os daremos por el trigo; y por el vino y por la carne os daremos un carro cargado, o más si es necesario.

Bien han hecho su negocio los que compran y venden. Se dedican a descargar la nave y hacen llevar todo delante de ellos para reconfontar a los de dentro.

Cuando los del castillo ven venir a los que traían las vituallas, bien podéis creer que se alegraron mucho, y lo antes que

pudieron hicieron preparar la comida. Ahora puede permanecer fuera mucho tiempo Clamadeu, que se equivoca, pues dentro tienen bueyes y cerdos y panceta salada en abundancia y pan y vino y caza; los cocineros no están inactivos, los ayudantes encienden los fuegos en las cocinas para preparar la comida. Ahora puede alegrarse el muchacho bien a gusto junto a su amiga. Ella lo abraza y él la besa, uno hace alegría del otro. La sala no está en silencio, al contrario, hay mucha alegría y ruido. Por la comida se alegran todos, pues mucho lo habían deseado, y los cocineros se han esforzado tanto que hacen que se sienten a comer quienes tan gran necesidad tienen. Después de la comida, se levantan.

Clamadeu y su gente están a punto de reventar, pues ya conocen la noticia de los bienes que los de dentro tenían, y dicen que tendrán que irse, pues el castillo no puede ser tomado por hambre en modo alguno; en vano han asediado la fortaleza.

Encolerizado vivo, Clamadeu envía al castillo un mensajero, sin consejo ni recomendación de nadie, haciendo saber al caballero rojo que hasta el día siguiente al mediodía podrá encontrarlo a solas en la llanura, para combatir con él, si se atreve. Cuando la doncella oye lo que se le ha comunicado a su amigo se pone triste y se aflige, pues él le ha hecho saber a Clamadeu que, ya que lo pide, tendrá combate, vayan las cosas como vayan. Entonces crece mucho y aumenta el dolor que la doncella tiene, pero por más que sufra él no se quedará, creo. Mucho le ruegan todas y todos que no vaya a combatir contra aquel al que no había vencido en batalla o en combate ningún caballero hasta entonces.

–Señores, callaos ya –dice el muchacho–, y haréis bien, pues no lo dejaría por nada ni por nadie de todo el mundo.

Así contesta a sus palabras, y no se atreven a hablarle más, se van a acostar y descansan hasta por la mañana, cuando sale el sol; pero lo siente mucho por su señor, al que por más que le ruegen no pueden convencer. Por la noche le rogó su amiga muy a menudo para que no fuera al combate y que quedara en paz, pues no tenían ya preocupación por Clamadeu ni por su gente. Pero de nada vale todo eso, y es gran maravilla que él encontraba en los cariños que ella le hacía gran dulzura, pues a cada palabra lo besaba con tanta dulzura y suavidad que le metía la llave de amor en la cerradura del corazón, pero no pudo ser de ninguna manera que ella consiguiera convencerlo de que no fuera a combatir. Y ha pedido sus armas.

Al que se las pidió las llevó tan pronto como pudo; sintió mucho armarlo, pues a todos y a todas les pesó y él a todos y a todas los ha encomendado al Rey de Reyes; luego, monta el caballo noruego que le habían llevado y no se ha quedado mucho entre ellos, sino que se marcha rápidamente y los dejó haciendo su duelo.

Cuando Clamadeu, que debía combatir con él, lo ve venir tiene tan loco pensamiento que creyó que iba a derribarlo muy pronto de los arzones de la silla. La landa era pareja y hermosa; sólo estaban ellos dos, pues Clamadeu había despedido y mandado a casa a toda su gente. Ambos tenían la lanza apoyada sobre la silla, en el fieltro, y aguijan el uno contra el otro sin desafío ni reto. Puntas cortantes y astas de fresno tenían, gruesas y manejables, iban rápidos los caballos y los caballeros eran fuertes, se odiaban a muerte; se golpean atravesando las tablas de los escudos, chocan las lanzas, ambos se derriban; pero pronto vuelven a levantarse, se atacan a pie y se combaten por igual con las espadas durante mucho tiempo. Os podría decir bastante cómo, si quisiera ocuparme de eso, pero no quiero poner mi esfuerzo en ello, pues tanto vale una palabra como veinte.

Al fin, Clamadeu tuvo que pedir merced, a su pesar, y le prometió que haría lo que quisiera, igual que hizo el senescal, con tal de que de ninguna forma lo enviara prisionero a Belrepaire –como su senescal–, y que por todo el imperio de Roma no

iría a casa del noble que tenía el castillo bien asentado. Pero le prometió sin temor que iría a la prisión del rey Arturo y diría su mensaje a la doncella a la que Keu golpeó insultándola, lo que le produjo un gran dolor, pero él la vengará según su voluntad, si Dios le da fuerzas. Después de eso le hace prometer que el día siguiente antes de que amanezca todos los que están dentro de sus torres quedarán en libertad, y que ni un solo día más de su vida habrá huestes delante del castillo que no las quite si puede, y que ni sus hombres ni él volverán a molestar a la doncella.

Así se marchó Clamadeu a su tierra; y al llegar ordena que todos los prisioneros sean sacados de la prisión y se vayan completamente libres. Tras decir estas palabras, cumplieron sus órdenes.

He ahí a los prisioneros fuera ya, que al punto se van llevándose todo su arnés, que nada les retuvieron. Por otra parte, se ha puesto en camino Clamadeu, yendo completamente solo. Era costumbre en aquel entonces, así lo encontramos escrito en el libro, que el caballero debía entregarse como prisionero con todo su equipo tan pronto como dejara el combate en el que había sido vencido, sin quitar nada de él ni poner ninguna cosa.

Clamadeu de este modo va tras Aguignerón directamente hacia Dinasdarón, donde el rey Arturo tenía su corte.

Vuelve a haber gran alegría en el castillo adonde han regresado los que habían permanecido mucho tiempo en mala prisión. Por la alegría se estremece toda la sala y la casa de los caballeros; las iglesias y los monasterios tocan de alegría a todos los santos y no hay monje ni monja que no dé gracias a Nuestro Señor Dios. Por las calles y por las plazas van bailando todos y todas. Gran alborozo tenían en el castillo, pues nadie les ataca ni les combate.

Aguignerón va por su camino y Clamadeu tras él; tres noches seguidas durmió en el mismo albergue que él. Bien lo ha seguido por las huellas hasta Dinasdarón, en Gales, donde el rey Arturo en sus salas tenía corte muy solemne. Clamadeu llegó

allí completamente solo, armado como iba, y lo reconoció Aguignerón, que ya había llevado, contado y referido su mensaje a la corte desde que llegó el otro día, y lo habían retenido como hombre de la mesnada y de consejo. A su señor lo vio cubierto, teñido de roja sangre, y lo reconoció bien; entonces dijo a todos al punto:

—¡Señores, señores, he aquí algo admirable! El muchacho de las armas rojas envía, creedme, a este caballero que aquí veis; lo ha derrotado, estoy seguro, pues viene cubierto de sangre. Bien conozco la sangre de éste y a él mismo también, pues es mi señor y yo soy su vasallo. Se llama Clamadeu de las Islas y yo creía que era caballero tal que no había ninguno mejor en el imperio de Roma. Pero las desgracias ocurren a muchos nobles.

Así habló Aguignerón, y mientras, llegó Clamadeu: el uno corre al otro y se encuentran en la corte.

Era un día de Pentecostés que la reina estaba sentada al lado del rey Arturo, a la cabecera de la mesa. Había numerosos condes y reyes, reinas y condesas, y era después de todas las misas, cuando habían salido del monasterio damas y caballeros.

Keu llegó por medio de la sala sin manto, y llevaba en la mano derecha un bastoncillo y en la cabeza un sombrero de fieltro. Tenía los cabellos rubios trenzados en una trenza, no había caballero más hermoso en el mundo. Pero estropeaba su belleza y su mérito por su torpe presunción. Su cota era de una rica tela de seda teñida de muchos colores. Llevaba un cinturón muy labrado, cuya hebilla y demás adornos eran de oro, bien me acuerdo, y la historia así lo atestigua. Todos se alejan de su camino cuando llega por medio de la sala; sus torpes alardes, su mala lengua la temen todos, le abren paso: no es sabio el que no teme, sean bromas o veras, las felonías demasiado descubiertas. Su torpe vanidad temían tanto todos los que allí estaban, que ninguno se atrevió a hablarle y él pasó por delante de todos hasta donde estaba el rey y dijo:

—Señor, si os parece bien, comeréis ahora.

–Keu –contesta el rey–, dejadme en paz, pues por los ojos de mi cabeza no comeré en tan gran fiesta, aunque tenga corte solemne, hasta que a mi corte llegue alguna noticia.

Así hablaban mientras tanto, y Clamadeu entra en la corte para ser prisionero en ella, armado como debía ir, y dijo:

–Dios salve y bendiga al mejor rey que hay vivo, al más franco y al más gentil, así lo atestiguan todos ante quienes han sido contadas las grandes proezas que ha realizado. Escuchad ahora –continúa–, bello señor, pues os quiero decir mi mensaje. Lo siento, pero a pesar de todo reconozco que aquí me envía un caballero que me ha vencido. De su parte tengo que rendirme prisionero a vos y no puedo rechazarlo. Si alguien me pregunta si sé cómo se llama, le responderé que no, pero os puedo decir como dato que sus armas son rojas y vos se las disteis, según dice.

–Amigo, así me ayude Dios –responde el rey–, dime la verdad, si está con fuerza, libre, sano y salvo.

–Sí, seguro –contesta Clamadeu–, bello señor querido, como el más valiente caballero que jamás he conocido, y me dijo que hablara con la doncella que le sonrió, a la que Keu hizo tan gran afrenta dándole una bofetada. Pero dijo que la vengaría, si Nuestro Señor Dios se lo permite.

Cuando el loco oye estas palabras, salta y grita de alegría:

–Señor rey, Dios me bendiga, ahora será bien vengada la bofetada, y no lo toméis a broma, pues le romperá el brazo, si no sabe evitarlo, y le dislocará la clavícula.

Keu, que oye estas palabras, las considera una gran tontería, y sabed que no fue por cobardía por lo que dejó de maltratarlo, sino por el rey y por su honra.

El rey sacude la cabeza y dice:

–¡Ay! Keu, mucho siento que no esté aquí conmigo. Por tu loca lengua se marchó, lo que me pesa.

A estas palabras se pone en pie Giflete, a quien el rey se lo ordena, y mi señor Yvain, que supera a todos los que le acompañan, y manda que lleven al caballero y lo acompañen a las habitaciones en las que se solazan las doncellas de la reina. El caballero se inclina.

Aquellos a quienes el rey lo ordenó lo han llevado a las habitaciones, y le muestran a la doncella; él cuenta la noticia tal como ella quería oírla, pues le dolía la bofetada que le dieron en la mejilla. De la bofetada que recibió ya estaba curada, pero no había olvidado ni superado la afrenta, en modo alguno, pues es ruin quien olvida las afrentas y ultrajes. El dolor pasa y la afrenta dura en hombres vigorosos y fuertes, pero en el ruin muere y se enfrían.

Clamadeu da el mensaje. Luego lo retiene para siempre el rey, en la corte y en la mesnada.

Y aquel que se había enfrentado con él por la tierra de la doncella, Blancaflor, su amiga la bella, junto a ella se deleita y solaza, y era suya, completamente libre, y la tierra, si lo hubiera querido y no tuviera su corazón en otra parte. Pero de otras cosas se preocupa: se vuelve a acordar de su madre, a la que vio caer desvanecida, y desea ir a verla. No se atreve a despedirse de su amiga, pues ella se lo quiere impedir y prohibírselo y ordena a toda su gente que le rueguen que se quede, pero en vano lo dicen, aunque él les promete que, si encuentra a su madre viva, con él la llevará y de allí en adelante poseerá la tierra, tenedlo por seguro, y si está muerta, también.

Así se pone en camino y les promete volver; deja a su amiga la gentil muy triste y muy afligida, y con ella, a todos los demás.

Cuando salió de la ciudad, hubo tal procesión como si fuera el día de la Ascensión. Fueron todos los monjes como si fuera domingo, con capas de seda abrochadas, y todas las monjas con velos; aquéllos y éstas decían:

–Señor, tú que nos has sacado del destierro y devuelto a nuestras casas, no es maravilla que lloremos, pues tan pronto nos quieres dejar. Grande ha de ser nuestro dolor, y así lo es, que no puede ser más.

Él les dice:

–No tenéis que temer nada, sabedlo. ¿No os parece que esté bien que vaya a ver a mi madre, que se quedó sola en un bosque que se llama el Bosque Devastado? Yo volveré, viva ella o no, por nada dejaré de hacerlo. Si está viva la haré monja velada en vuestra iglesia; si está muerta, haréis todos los años el servicio por su alma, para que Dios la ponga entre las almas buenas en el seno del santo Abraham. Y vos, señores monjes, y vos, señoras, por nada debéis afligiros, pues os haré bastante bien por su alma, si Dios me vuelve a traer aquí.

Encuentro con el Rey Pescador. El Grial

Así se separan los monjes, las monjas y todos los demás, y él se aleja con la lanza en el fieltro, completamente armado tal como llegó, y cabalgó durante todo el día sin encontrar cosa terrenal, ni cristiano ni cristiana que le pudiera indicar el camino, y no deja de rogar al rey de Gloria, su padre, que le permita ver a su madre.

Tanto duró su oración que él llegó a orillas de un río, al bajar una colina. Contempla el agua rápida y profunda y no se atreve a entrar dentro, y exclama:

–¡Ay! Señor Dios poderoso, si bien pudiera pasar este río, encontraría a mi madre sana y viva, a mi parecer.

Así se va por la orilla hasta que se acerca a una roca que entra en el río, por lo que no puede seguir adelante. Por el agua ve bajar una barca en la que había dos hombres. Uno de ellos remaba y el otro pescaba con caña; se detiene, los espera y cree que seguirán hasta llegar hasta él, pero se quedan ambos en medio del río, quietos, pues anclaron muy bien. El que iba delante estaba pescando con anzuelo y había puesto de cebo en la punta un pececillo poco mayor que un gobio. Él, que no sabía qué hacer ni en qué sitio encontraría un vado, los saluda y les pregunta:

–Indicadme, señores, si hay en este río vado o puentes.

El que pesca le responde:

–No, bello hermano, por mi fe; en veinte leguas río arriba o río abajo no hay tampoco una barca, según creo, mayor que ésta en la que estamos, que no podría llevar a más de cinco hombres, y no se pueden pasar caballos; no hay balsa ni puente ni vado.

–Decidme, por Dios, dónde podría encontrar albergue.

Él le contesta:

–De eso y de otras cosas tendréis necesidad, según creo. Os daré albergue esta noche. Subid por esa quebrada que hay en la roca; cuando lleguéis arriba, delante de vos en un valle veréis una casa en la que vivo cerca de un río y de un bosque.

Al punto se va para arriba hasta que llega a lo alto del monte. Cuando está ya en la cima, mira ante sí, y no ve más que cielo y tierra, y se dice:

–¿Qué has venido a buscar? Tonterías y necedades. Dios le dé mala vergüenza al que me ha enviado aquí. ¡Bien me ha indicado el camino al decirme que vería una casa cuando estuviera aquí arriba! Pescador, que eso me has dicho, gran deslealtad has cometido, si me lo has dicho para causarme daño.

Entonces vio delante de sí, en un valle, la parte más alta de una torre que apareció. No se encontraba hasta Beirut una tan bella ni tan bien construida. Era cuadrada, de piedra oscura, y tenía torrecillas alrededor. La sala estaba delante de la torre y las galerías delante de la sala. El muchacho baja por allí y dice que bien le ha indicado el camino el que le había enviado hasta allí.

Así se dirige a la puerta delante de la cual encontró un puente levadizo, que fue bajado. Pasa por el puente, y corren hacia él criados; dos lo desarman, el tercero se lleva su caballo y le da forraje y avena. El cuarto le abrocha un manto de escarlata nuevo y reciente y lo llevaron a las galerías. Sabed que hasta Limoges no se encontrarían ni se verían tan bellas por más que las buscaran.

El muchacho permaneció en las galerías hasta que llegó el momento de ir ante el señor, que le envió dos criados, y él fue

con ellos a la sala, que era cuadrada y tan larga como ancha. En medio de la sala, sobre una cama, vio sentado a un bello noble que tenía el pelo entrecano; llevaba la cabeza cubierta con un sombrero de cebellinas negras como las moras, envuelto por encima con púrpura, y así era todo su vestido. Se apoyaba en el codo, y delante de él había un gran fuego de leña seca bien ardiente, entre cuatro columnas. Bien podrían cuatrocientos hombres sentarse alrededor del fuego y habría tenido cada uno bastante sitio. Eran fuertes las columnas que sostenían la chimenea de bronce macizo, alta y ancha.

Han ido ante el señor; cuando éste lo ve llegar, lo saluda de inmediato y dice:

–Amigo, no os toméis a mal si ante vos no me levanto, pues no puedo hacerlo.

–Por Dios, señor, callad –le dice–, pues en modo alguno me molesta, así me dé Dios alegría y salud.

El noble se esfuerza tanto por él que en cuanto puede se levanta y dice:

–Amigo, venid cerca de mí, no os preocupéis, sentaos tranquilamente a mi lado, os lo pido de buen corazón.

El muchacho se sienta a su lado, y el noble le pregunta:

–Amigo ¿de qué sitio venís hoy?

–Señor –contesta–, esta mañana he salido de Belrepaire, así se llama.

–Así me ayude Dios –exclama el noble–, habéis tenido una larga jornada. ¿Salisteis antes de que el vigía tocara al alba esta mañana?

–Ya había pasado la hora de prima –responde el muchacho–, os lo aseguro.

Mientras ellos hablaban así, entra un criado por la puerta. Lleva al cuello una espada colgando del tahalí; se la entrega al rico hombre; éste la ha desenvainado hasta la mitad, y bien ve dónde fue hecha, pues estaba escrito en la hoja; y vio, además de esto, que era de tan buen acero que no se podía romper sino en una

sola ocasión, aunque nadie sabía más que aquel que había forjado la espada. El criado que la había llevado dijo:

–Señor, la doncella rubia, vuestra sobrina, que es tan bella, os envía este regalo; no visteis antes ninguna más hermosa por lo larga y ancha que es. Se la daréis a quien queráis, pero mi señora se pondría muy contenta si fuera bien empleada por quien la reciba, pues el que la forjó no hizo más que tres, y morirá sin forjar ninguna más después de ésta.

El señor entregó la espada a aquel que allí era extranjero, dándosela por el tahalí, que bien valía un tesoro. El pomo de la espada era de oro, del mejor de Arabia o de Grecia; la vaina, de orifrés de Venecia. Tan ricamente labrada, se la ha dado el señor diciendo:

–Bello señor, esta espada os ha sido adjudicada y destinada, deseo sobremanera que la tengáis. Ceñidla y probadla.

Él da las gracias y se la ciñe de forma que no se la aprieta mucho, luego la ha sacado de la vaina, desnuda; después de sujetarla un poco, la vuelve a meter en la vaina. Sabed que le quedaba extraordinariamente bien en el flanco y mucho mejor en el puño, y bien parecía que en caso necesario se sabría valer de ella como un barón. Detrás de él, vio el muchacho a unos jóvenes alrededor del fuego que ardía con claridad. Reconoció al que guardaba sus armas y le encomendó la espada, y él se la guardó.

Volvió a sentarse junto al señor, que le hacía muchos honores. Había dentro tanta luz como se podría conseguir con velas en un albergue. Mientras hablaban de una cosa y otra, un criado vino de una habitación sujetando una blanca lanza empuñada por el centro, pasa entre el fuego y los que estaban sentados en la cama, y todos los de allí vieron la lanza blanca y el hierro blanco, y desde la punta salía una gota de sangre que corría hasta la mano del criado.

Esta cosa admirable vio el muchacho, que allí había llegado aquella misma noche, y se abstiene de preguntar cómo ocurría aquello, pues se acordaba del consejo que le había dado el caba-

llero al enseñarle y recomendarle que se guardara de hablar mucho; teme que si preguntaba se lo tomaran como simpleza, y por eso no pregunta nada.

Entonces llegaron otros dos criados, con candelabros de oro puro en la mano, trabajado con nieles. Los criados que llevaban los candelabros eran muy bellos. En cada candelabro ardían al menos diez velas; una doncella que venía con los criados, bella, agradable y bien ataviada, sujetaba entre las dos manos un grial. Cuando entró allí con el grial que llevaba sobrevino tan gran claridad que todas las velas perdieron su luz como las estrellas y la luna cuando sale el sol. Detrás de ella venía otra que llevaba un plato de plata. El grial, que iba delante, era de fino oro puro; tenía piedras preciosas de muchas clases, de las más ricas, de las más caras que hay en el mar y en la tierra: a todas las demás piedras superaban las del grial, sin duda. Igual que la lanza, pasaron por delante de él y fueron de una habitación a otra.

El muchacho los vio pasar y no se atrevió a preguntar a quién servían con el grial, pues él siempre recordaba en el corazón las palabras del noble sabio. Temo que le cause algún daño, pues he oído contar frecuentemente que lo mismo se puede callar en demasía que hablar en demasía, a la vez. Le cause bien o le perjudique, no les requiere ni les pregunta.

El señor ordena a los criados que den agua y pongan los manteles. Lo hacen quienes lo debían hacer y quienes lo tenían por costumbre. El señor y el muchacho se lavan las manos con agua templada, y dos criados traen una ancha mesa de marfil. Según cuenta la historia, era toda de una sola pieza. Un rato la tuvieron ante el señor y ante el muchacho. Luego, vinieron dos criados que trajeron sendos caballetes que tenían dos virtudes por las que fueron hechos y por las que siempre duran sus piezas: eran de ébano, madera de la que todos saben que ni se pudre ni arde; ninguna de estas dos cosas se tema. Sobre los caballetes se colocó la mesa y encima se puso el mantel. Diré del mantel que ni legado, ni cardenal, ni papa comieron nunca en uno tan blanco. El primer plato era una pierna de ciervo con manteca a la pimienta caliente. Vino claro y suave no les faltó en copa de oro para beber a menudo; de la pierna de ciervo a la pimienta cortó delante de ellos un criado que la había llevado en el gran plato de plata, y les pone delante los trozos en un pastel que estaba entero.

En esto, el grial volvió a pasar por delante de ellos, y el muchacho no preguntó a quién se servía con él. Por el noble temía, por el que dulcemente le aconsejó no hablar demasiado, y lo tiene siempre en el corazón, recordándolo. Pero se calla más de lo conveniente.

A cada plato que servían veía pasar el grial por delante manifiestamente, y no sabe a quién sirven con él. Querría saberlo y, ciertamente, antes de marcharse –se dice– lo preguntará a uno de los criados de la corte; pero esperará hasta la mañana, cuando se despida del señor y del resto de la mesnada. Así aplaza el asunto, y se ocupa de beber y comer.

No llevan con escasez la comida y el vino a la mesa, y todo es agradable y apetecible. El noble fue servido aquella noche, y el muchacho junto a él, con comida como deben tener reyes y condes y emperadores.

Después de cenar ambos hablaron juntos y velaron. Los criados preparan las camas y la fruta para la noche, de la que hubo allí muy cara, dátiles, higos y nuez moscada, peras y granadas y electuarios por último y jengibre alejandrino. Después bebieron una buena bebida, pigmento, en el que no había ni miel ni pimienta, buen vino de moras y claro jarope.

De todo esto se admira mucho el muchacho, que no lo conocía.

–Amigo –le dice el noble–, ya es tiempo de acostarse esta noche. Voy a ir a acostarme ahí dentro en mi habitación, no os enoje; cuando os apetezca, os acostaréis aquí fuera. No puedo valerme de mi cuerpo, tendrán que llevarme.

Cuatro servidores fuertes y bien dispuestos salen entonces de una habitación, sujetan por las esquinas la colcha que estaba ex-

tendida sobre la cama en la que estaba tumbado el noble y la llevan a donde deben.

Con el muchacho se quedaron otros criados que le sirvieron de cuanto tuvo necesidad; y cuando le apeteció lo descalzaron, lo desvistieron y lo acostaron en blancas sábanas finas de lino.

Él durmió hasta la mañana que el alba del día había quebrado y la mesnada ya estaba levantada. Miró a su alrededor y al no ver a nadie allí tuvo que levantarse él solo.Y aunque le molestara, al ver que lo tenía que hacer, se levanta lo mejor que puede y se calza sin esperar a nadie; a continuación va a tomar sus armas, que están a la cabecera de la mesa, pues allí se las habían llevado.

Tras armar sus miembros va hacia las puertas de las habitaciones que por la noche había visto abiertas, pero en vano se acerca, pues las encuentra bien cerradas. Llama y golpea bastante: ni le abren, ni dicen una palabra. Cuando ya hubo llamado suficiente, fue a la puerta de la sala. La encuentra abierta, baja todos los escalones, encuentra ensillado su caballo y ve su lanza y su escudo apoyados en la pared.

Monta y va por todas partes sin encontrar a ninguno de los servidores, escuderos ni criados. Se dirige a la puerta y encuentra el puente bajado, que se lo habían dejado así para que nada lo retuviera a cualquier hora que llegara, y que pudiera pasar sin detenerse; piensa que los criados habrán ido al bosque a ver lazos y trampas, pues ve el puente bajado.

No quiere demorarse más, y dice que irá tras ellos para saber si alguno le explica sobre la lanza que así sangra, si puede ser por alguna pena, y a dónde llevan el grial.

Luego sale por medio de la puerta. Antes de que hubiera pasado el puente sintió que los pies del caballo se levantaban en alto, y el caballo da un salto que, si no hubiera saltado tan bien, ambos habrían quedado mal, el caballo y él que iba encima.

El muchacho vuelve hacia atrás para ver qué ha sido, y ve que han levantado el puente; llama y nadie responde.

–Di –grita–, tú que has levantado el puente, háblame, ¿dónde estás, pues no te veo? Asómate para que te vea y te pida noticias de una cosa que querría saber.

Así se esfuerza en vano en hablar, pues nadie quiere contestarle, y él se dirige hacia el bosque, toma por un sendero y encuentra que hay huellas recientes de caballos que habían pasado.

–Por aquí –se dice– creo que han ido los que voy buscando.

Encuentro con la prima. El muchacho descubre su propio nombre

Entonces se mete por el bosque siguiendo las huellas, hasta que por ventura ve a una doncella bajo una encina que se lamenta y grita como pobre desdichada:

–¡Ay, desgraciada de mí, en qué mala hora nací, pues tengo tan mal destino! No me ha podido ocurrir nada peor, no debería tener a mi amigo muerto, así lo quisiera Dios, pues se habría portado mejor la muerte que así me desconsuela, si él estuviera vivo y yo muerta. ¿Por qué se llevó su alma sin la mía? Cuando la cosa que yo más amaba veo muerta ¿de qué me vale la vida? Después de él, ciertamente, no me importan mi vida y mi cuerpo. Muerte, sácame el alma y sea camarera y compañía de la suya, si se digna.

De esta manera se lamentaba por un caballero al que sostenía, con la cabeza cortada. Hasta llegar ante ella no se detiene el muchacho que la había visto; llega ante ella, la saluda, y ella a él con la cabeza baja, sin dejar su duelo.

El muchacho le pregunta:

–Doncella, ¿quién ha matado al caballero que yace sobre vos?

–Señor, lo mató un caballero –dice la doncella– esta mañana, pero me admira mucho una cosa que veo, pues se podría, así me guarde Dios, cabalgar según dicen veinticinco leguas en el sentido en el que vos venís sin encontrar un alojamiento que fuera bueno, de fiar y sano, y vuestro caballo tiene tan llenos los flancos

y el pelo tan liso como si lo hubieran lavado y cepillado, y si hubiera tenido una cama de avena y de heno, no hubiera tenido más llena la panza ni mejor el cuello y la cara. Y me parece que vos mismo habéis pasado la noche bien tratado y descansado.

–Por mi fe, hermosa –contesta–, tuve tanto deleite como podía tener, y si se ve, es normal, y a cualquiera que gritara ahora aquí donde estamos con fuerza se le oiría muy claramente en dónde he pasado la noche. No conocéis demasiado bien esta tierra, ni la habéis recorrido toda. Tuve el mejor alojamiento, sin duda alguna, que he tenido jamás.

–¡Ay!, señor, ¿os alojasteis pues en casa del Rico Rey Pescador?

–Doncella, por el Salvador, no sé si es pescador o rey, pero es discreto y cortés. No sé deciros nada más salvo que encontré a dos hombres ayer por la tarde sentados en una barca que iban navegando tranquilamente. Uno de los dos llevaba la barca, y el otro pescaba con anzuelo, y éste me señaló su casa ayer por la tarde y me dio alojamiento.

La doncella dice:

–Bello señor, es rey, me atrevo a decíroslo, pero fue herido y tullido sin remedio en un combate, de modo que no se puede valer. Fue alcanzado por una jabalina entre los dos muslos y aún sufre tanto por ello que no puede montar a caballo. Pero, cuando quiere solazarse o tener algún entretenimiento, hace que lo metan en una barca y va a pescar con la caña: por eso se llama Rey Pescador y por eso así se divierte, pues otro entretenimiento no podría soportar ni aguantar por nada. No puede cazar ni ir a ribera, pero tiene sus cazadores, sus arqueros y monteros, que se ejercitan en sus bosques. Por eso le gusta estar en esa casa cerca de aquí, que en todo el mundo no hay, para él, ningún lugar tan bien provisto, y se ha hecho hacer tal casa como conviene a rico rey.

–Doncella –le dice–, por mi fe, es cierto lo que os oigo decir. Ayer por la tarde me admiré mucho desde que fui a su presencia. Estaba un poco apartado de él y él me dijo que fuera a sentarme a su lado y que no me tomara como orgullo que no se levantase ante mí, pues no podía, y fui a sentarme junto a él, ya que lo vi con poca fuerza.

–Ciertamente, os hizo un gran honor al sentaros a su lado. Y cuando os sentasteis junto a él, decidme si visteis la lanza cuya punta sangra, aunque no tiene sangre ni venas.

–¿Si la vi? Sí, a fe mía.

–¿Y preguntasteis por qué sangra?

–No hablé en ningún momento.

–Así me ayude Dios, sabed, pues, que habéis obrado mal. ¿Visteis el grial?

–Sí, bien.

–¿Quién lo llevaba?

–Una doncella.

–¿De dónde venía?

–De una habitación y entró en otra, y pasó delante de mí.

–¿Iba alguien delante del grial?

–Sí.

–¿Quién?

–Sólo dos criados.

–¿Qué llevaban en las manos?

–Candelabros llenos de velas.

–¿Y quién venía después del grial?

–Una doncella.

–¿Y qué llevaba?

–Un pequeño plato de plata.

–¿Le preguntasteis a la gente a dónde iban así?

–Nada salió de mi boca.

–Así me ayude Dios, todavía peor. ¿Cómo os llamáis, amigo?

Él, que no sabía su nombre, lo adivina y dice que se llama Perceval el Galés, y no sabe si dice la verdad o no, y dice la verdad aunque no lo sabe. Al oírlo, la doncella se levanta ante él y le dice como enfadada:

–Ha cambiado vuestro nombre, amigo.

–¿Cómo?

–Perceval el Desgraciado. ¡Ay!, Perceval desdichado, qué infortunado eres por todo lo que no has preguntado, pues hubieras reparado tantas cosas que el buen rey que está tullido habría recuperado el poder de sus miembros y de su tierra. ¡Así hubiera llegado mucho bien! Pero sabed que a ti y a otros os vendrán desgracias. Por el pecado, sábelo, de tu madre te ha ocurrido, pues murió de dolor por ti. Te conozco mejor que tú a mí, pues no sabes quién soy. En casa de tu madre fui criada contigo mucho tiempo, y soy tu prima hermana y tú eres primo hermano mío. Y no me pesan menos la desgracia que has tenido al no preguntar qué hacen con el grial, y a quién se lo llevan, que la muerte de tu madre o que la de este caballero al que amaba y quería mucho, porque me llamaba su querida amiga y me acompañaba como franco caballero leal.

–¡Ay!, prima –dice Perceval–, si es verdad lo que me decís, decidme cómo lo sabéis.

–Lo sé –dice la doncella– de forma tan cierta como que vi que la enterraban.

–Dios tenga piedad de su alma –dice Perceval–, por su bondad. Me habéis contado noticias desagradables. Y, ya que ha sido enterrada, ¿qué iré a buscar, pues por nada iba sino porque quería verla? Ahora tengo que tomar otro camino. Si quisierais venir conmigo bien me gustaría, pues este que está aquí muerto no os valdrá de nada, os lo aseguro. Los muertos con los muertos, los vivos con los vivos. Vayamos yo y vos juntos. Me parece una locura que veléis sola a este muerto, sigamos al que lo ha matado, y os digo y prometo que o me vence o yo a él, si consigo alcanzarlo.

Ella, que no puede reducir el dolor que tiene en el corazón, le dice:

–Señor, por nada iré con vos ni me alejaré de él hasta haberlo enterrado. Tomad ese camino de herradura y creedme, por ahí, por ese sendero se fue el caballero felón y cruel que me

quitó a mi dulce amigo. Y no lo he dicho porque quiera, así me ayude Dios, que vayáis tras él, sino porque deseo su daño como si me hubiera dado la muerte. ¿Pero dónde conseguisteis esa espada que os cuelga del costado izquierdo, que de nadie derramó sangre ni fue desenvainada en ningún apuro? Bien sé dónde fue hecha y sé bien quién la forjó. Cuidad, no os fiéis de ella, pues sin duda os traicionará cuando estéis en el combate, pues os volará en trozos.

–Bella prima, una de las sobrinas de mi huésped se la envió ayer por la tarde, y él me la dio. Me tenía por bien pagado, pero me habéis preocupado mucho si es verdad lo que me habéis dicho. Decidme si lo sabéis, si ocurre que se rompa, ¿se podría arreglar?

–Sí, pero sería muy difícil. Quien sepa ir al lago que está junto a Cotohatre, allá podrá hacerla forjar, y que la vuelvan a templar y rehacer. Si la aventura os lleva allí no vayáis más que a casa de Trebuchet, un herrero que así se llama, que la hizo y la volverá a hacer o nunca será hecha por nadie que lo intente. Cuidad que otro no la toque, pues no sabría llevarlo a cabo.

–Ciertamente, me dolería mucho –dice Perceval– que se rompiera.

Entonces se marcha y ella se queda, pues no quiere alejarse del muerto, por el que siente un gran dolor.

Encuentro con el Orgulloso de la Landa

Perceval va por el sendero tras unas huellas hasta que encontró un palafrén flaco y cansado, que delante de él iba al paso. Le parecía que el palafrén, por lo delgado y mal que estaba, había caído en malas manos. Muy trabajado y mal alimentado parecía que estuviera, como caballo prestado, al que se le cansa durante el día y por la noche se cuida mal. Tal le parecía el palafrén. Estaba tan delgado que temblaba como si estuviera aterido; llevaba las crines rapadas y las orejas gachas; carnaza y pasto esperaban

los mastines y los dogos, pues no tenía más que el cuero sobre los huesos. Llevaba unas jamugas sobre el lomo y un cabestro en la cabeza, tal como corresponde a este animal, y una doncella iba encima, nadie vio una tan desdichada. Sin embargo sería bastante hermosa, si hubiera ido arreglada; pero iba tan mal que en el vestido que llevaba no había un palmo sano, y le salían por los rotos fuera del seno los pechos. Estaba remendado de cuando en cuando con nudos y gruesas costuras, y su carne estaba ajada por la nieve, el granizo y el hielo. Iba destocada y sin manto y se le veía el rostro, en el que había muchas marcas feas, que sus lágrimas sin cesar habían hecho salir por todas partes, y le caían hasta el pecho, y bajo el vestido iban cayendo hasta las rodillas. Bastante afligido debía tener el corazón quien tal desdicha tenía.

Tan pronto como Perceval la ve, corre hacia ella muy deprisa, y ella se ciñe el vestido a su alrededor para cubrirse mejor. Entonces empiezan a abrirse agujeros que, cuanto ella mejor se cubre, cierra un agujero y abre cien. Así, descolorida y pálida, y tan desdichada, la alcanza Perceval, y al llegar a ella oye que se lamenta dolorosamente por sus penas y desgracias:

–Dios –decía–, ojalá no quisierais que yo viva así mucho tiempo. He sido una desgraciada mucho tiempo y no es porque yo lo merezca. He sufrido demasiadas calamidades. Dios, como bien sabes, que no he faltado en nada, envíame, si te parece bien, quien me saque de esta pena o líbrame tú de aquel que en tal vergüenza me hace vivir. No encuentro en él ninguna compasión, ni puedo escapar de él viva ni me parece que él quiera matarme, y no sé por qué desea mi compañía de esta forma, si no es porque así le gusta mi vergüenza y mi desgracia. Si supiera de verdad que yo lo hubiera merecido, él debería tener compasión, pues ya lo habría pagado, si es que en algo le complací; pero ciertamente no me quiere, pues me hace llevar tan dura vida tras él y no le importa.

Entonces le dice:

–Bella, Dios os salve –le dice Perceval, que la había alcanzado.

Cuando la doncella lo oye, agachó la cabeza y dijo en bajo:

–Señor que me has saludado, tenga tu corazón todo lo que desee, aunque yo no deba decírtelo.

Perceval le contesta, con el color mudado por la vergüenza:

–Doncella, ¿por qué? Ciertamente ni pienso ni creo haberos visto nunca ni haberos causado ningún daño.

–Sí lo has hecho –le dice–, pues soy tan desgraciada y tengo tal pesar que nadie me debe saludar. De angustia sudo cuando alguien me habla o me mira.

–Ciertamente –dice Perceval–, no me di cuenta de ese daño; no he venido aquí para afrentaros o avergonzaros, sino que me trajo mi camino; y ya que os he visto tan desamparada, pobre y desnuda, mi corazón no tendrá alegría si no sabe la verdad sobre la aventura que os lleva en tal dolor y en tal pena.

–Ay, señor, tened compasión, callaos y huid de aquí y dejadme estar en paz; el demonio os hace que os detengáis, pero huid y obraréis con sensatez.

–Quiero saber –dice– por miedo a qué o por qué amenaza huyo, si ningún hombre me persigue.

–Que el Orgulloso de la Landa, que no desea ninguna otra cosa más que combate y pelea, no llegue a este encuentro, pues, si os encontrara aquí ciertamente os mataría de inmediato. Tanto le pesa que alguien me hable, que nadie se va con la cabeza después de hablar conmigo y de detenerse, si él llega a tiempo. No hace mucho que mató a uno, pero le cuenta antes a todos por qué me tiene en tan vil estado y en tan gran miseria.

Mientras hablaban así, salió del bosque el Orgulloso y vino como un rayo por la arena y el polvo, gritando:

–En verdad, en mala hora te has detenido tú que junto a la doncella estás. Sabe que ha llegado tu fin por haberla retenido y parado un solo paso. Antes te contaré por qué afrenta y por qué ultraje la hago vivir en tan gran vergüenza: escucha y oirás la historia. Un día había ido al bosque y a esta doncella la había dejado en un pabellón mío, y sólo la quería a ella; por ventura

pasó por allí un muchacho galés. No sé a dónde iba, pero hizo tanto que la besó a la fuerza, según me lo reconoció. Si me mintió, ¿en qué le perjudicaba? Al besarla a su pesar, ¿no haría todo su propósito después? Sí, nadie creerá que la besó sin hacer nada más, pues una cosa arrastra a la otra, quien besa a una mujer y no hace más, cuando están los dos a solas, creo yo que es porque él se detiene; la mujer que abandona su boca muy fácilmente da el resto, si hay alguien que lo pregunte en verdad. Y aunque ella se defienda, bien se sabe sin duda que la mujer quiere vencer en todo, salvo en esa pelea única en la que tiene al hombre por la garganta y lo araña, muerde y mata, pues entonces querría ser vencida; se defiende, pero le tarda. Y es tan cobarde al concederlo, que quiere hacerlo forzada y luego ni le agradará ni lo agradecerá. Por eso creo que él se acostó con ella cuando le quitó un anillo mío que ella llevaba en su dedo y se lo llevó, a mi pesar. Pero antes bebió y comió bastante de un vino fuerte y de tres pasteles que me hacía guardar. Ahora tiene mi amiga una cortés recompensa, según me parece. Quien hace locuras debe pagarlas para que se guarde de recaer. Bien me podía haber encolerizado al verla y saberlo. Me han airado, y como tengo derecho, dije que no comería avena su palafrén ni sería herrado ni sangrado nuevamente, ni ella tendría cota o manto más que el que llevaba en aquel momento, hasta que yo consiguiera vencer al que la había forzado, le diera muerte y le cortara la cabeza.

Cuando Perceval lo oyó, le contestó algo que le plugo:

–Amigo, sabed, sin dudar, que ha cumplido su penitencia, que yo soy el que la besó a la fuerza, y muy a su pesar, y le quité el anillo del dedo: no hubo más ni hice más. Y comí, os lo reconozco, un pastel y medio, y bebí tanto vino como quise: en nada cometí locuras.

–Por mi cabeza –dice el Orgulloso–, has dicho algo que me admira. Tú, que has confesado todo, mereces la muerte, pues eres confeso.

–Todavía no está la muerte tan cerca como crees –dice Perceval.

Entonces dejan correr los caballos sin decir más, el uno contra el otro, y se enfrentan con tal saña que hacen astillas las lanzas vaciando ambos las sillas y derribando el uno al otro. Pero pronto volvieron a levantarse; desenvainan las espadas y se dan grandes golpes. El combate fue fiero y duro. No me preocupa contar más, pues me parece esfuerzo vano, pero combaten tanto tiempo juntos que el Orgulloso de la Landa se rindió y pidió merced; y aquél, que nunca olvidó al noble que le había rogado que no matara a ningún caballero que hubiera pedido piedad, dijo:

–Caballero, por mi fe, no tendré merced de ti hasta que tú no la tengas de tu amiga que no ha merecido el castigo, lo puedo jurar, que tú le has hecho padecer.

Él, que la quería más que a sus ojos, le contesta:

–Bello señor, quiero resarcirla, a vuestra manera. No mandaréis nada que no esté dispuesto a hacer. Por el daño que le he hecho sufrir, tengo el corazón doliente y negro.

–Ve, pues, al alojamiento más cercano que tengas en los alrededores; hazla bañar a su gusto hasta que esté curada y sana; prepárala y llévala bien arreglada y bien vestida ante el rey Arturo. Salúdamelo y ponte a su merced tal como te vayas de aquí. Si te pregunta que de parte de quién, dirás que de parte de aquel al que él hizo caballero rojo gracias a la concesión y al consejo de mi señor Keu el senescal. Y la penitencia y el daño que has hecho padecer a la doncella, tendrás que contárselo al rey ante todos los que estén allí, de forma que todos y todas lo oigan, con la reina y las doncellas de las que hay muy hermosas. Y sobre todas aprecio a una a la que, porque me había sonreído, le dio tal bofetada Keu que la aturdió por completo. La buscarás, te lo ordeno, y le dirás que le hago saber que no volveré por ninguna razón a la corte del rey Arturo hasta que la bofetada sea vengada, con lo que ella se pondrá feliz y contenta.

Le responde que irá con gusto y le dirá cuanto le ha ordenado, que no habrá oposición, en cuanto esté preparada y descansada la doncella y haya hecho lo que necesite. A él mismo con mucho gusto se lo llevaría a descansar, para aliviar y curar sus heridas y llagas.

–Vete, ten buena aventura –dice Perceval–, y piensa en otras cosas, que yo buscaré alojamiento en otro sitio.

Así dejan de hablar, y ni éste ni aquél esperan más, y se marchan sin más razones.

Aquél por la noche hace bañar a su amiga, y que vista ricamente, y le dio tantos cuidados que recuperó su belleza. Luego toman el camino ambos a Carlión sin detenerse, donde el rey Arturo tenía corte con fiesta, en privado, pues sólo había allí tres mil caballeros de mérito. El que venía trayendo a su doncella fue a entregarse prisonero al rey Arturo a la vista de todos, y cuando estuvo ante él, dijo:

–Señor, soy vuestro prisionero para hacer lo que queráis. Y es razonable y justo, pues así me lo ordenó el muchacho que os pidió armas rojas y las tuvo.

Apenas lo ha oído el rey, entiende bien lo que le quiere decir:

–Desarmaos –le dice–, bello señor, y que tenga alegría y buena ventura el que me ha hecho presente de vos; y vos, sed bienvenido. Por él seréis querido y honrado en mi casa.

–Señor, me mandó otra cosa más. Pero querría pedir, antes de ser desarmado, que la reina y sus doncellas vengan a oír estas noticias que os he traído aquí, pues no las contaré hasta que venga aquella que fue golpeada en la mejilla por una sola sonrisa, que nunca cometió otro mal.

Así termina de hablar. Cuando el rey oye que tiene que llamar a la reina, la hace venir y ella acude, con todas las doncellas mano con mano, de dos en dos. Cuando la reina estuvo sentada junto a su señor el rey Arturo, el Orgulloso de la Landa le dijo:

–Señora, os envía saludos un caballero al que aprecio mucho, que por sus armas me ha vencido. No sé que más deciros de él, sino que os envía mi amiga, esta doncella que aquí está.

–Amigo, se lo agradezco mucho.

Y él cuenta la humillación y la vergüenza que durante mucho tiempo le había hecho y la pena que ella tuvo que soportar. Todo lo dijo sin ocultar nada, y el motivo por el que lo hizo. Después le mostraron a aquella a la que golpeó Keu el senescal y él le dijo:

–Me rogó, doncella, el que aquí me ha enviado, que os saludara de su parte y que no moviera mis pies hasta haberos dicho que, si Dios le ayuda, por nada que ocurra no entrará en corte que tenga el rey Arturo hasta que os haya vengado de la bofetada y del golpe que por él se os dio.

Cuando el loco lo oyó, salta en pie y grita:

–Señor Keu, Dios me bendiga, lo pagaréis ciertamente, y será pronto.

Después del loco, habló el rey:

–¡Ay!, hiciste cortesía cuando te burlaste del muchacho. Por tu burla me lo has quitado de forma que nunca más pienso que lo veré.

Entonces hizo que se sentara delante de él el caballero prisionero, le perdona la prisión y ordena que lo desarmen; mi señor Galván pregunta, sentado a la derecha del rey:

–Por Dios, señor, ¿quién puede ser ese que sólo con sus armas ha vencido a tan buen caballero como éste es? En todas las Islas del Mar no he oído nombrar a un caballero ni lo he visto ni lo he encontrado nunca que pueda compararse con éste en armas y valor.

–Bello sobrino, no lo conozco –dice el rey– y lo he visto. Cuando lo vi, no me pareció bien preguntarle nada, y él me dijo que lo hiciera caballero de inmediato. Lo vi bello y agradable, y le dije: «Hermano, con gusto, pero desmontad hasta que os hayan traído unas armas completamente doradas». Contestó que no las tomaría y que no desmontaría a pie hasta que tuviera armas rojas. Y aún dijo otras cosas dignas de admiración, que no quería tener otras si no eran las del caballero que se llevaba mi copa de oro; y Keu, que estaba desagradable, y que todavía lo está y siem-

pre lo estará y que no busca hablar bien, le dijo: «Hermano, el rey os da las armas y os las entrega». Él pensó que le decía la verdad, fue tras el caballero y lo mató con una jabalina que le lanzó. No sé cómo empezó el combate ni el enfrentamiento, pero el Caballero Rojo del bosque de Quinqueroi lo golpeó no sé por qué con su lanza y fue con orgullo, y el muchacho le tiró al ojo y lo alcanzó con la jabalina. Lo mató y obtuvo las armas. Luego, me ha servido tan de grado que por mi señor san David, al que se adora y reza en Gales, no pasaré dos noches seguidas en habitación ni en sala hasta que lo vea, si está vivo, en el mar o en tierra, y me pondré en marcha para ir a buscarlo.

Apenas el rey hubo jurado esto, estuvieron todos seguros de que sólo faltaba ponerse en marcha.

La búsqueda de Perceval

¡Quién viera entonces empaquetar sábanas, mantas y almohadas, llenar cofres, cargar acémilas y carretas y carros, de las que no hubo escasez, y tiendas y pabellones y toldos! Un clérigo sabio y bien letrado no podría escribir en un día todo el arnés y el equipamiento que fue preparado de inmediato. Cuando se puede poner en marcha la hueste sale el rey de Carlión, y le siguen todos los nobles; y no queda ninguna doncella que la reina no se lleve para realce y señorío. Acamparon por la noche en una pradera, junto a un bosque.

Aquella noche nevó bastante, que era una región muy fría, y Perceval por la mañana se levantó como acostumbraba, pues quería buscar y encontrar aventuras y hechos de armas, y llegó derecho al prado en el que la hueste del rey acampaba, y que estaba helado y cubierto de nieve.

Antes de llegar a las tiendas, vio volar una bandada de gansos a los que la nieve había deslumbrado. Los ha visto y oído, que iban huyendo por un halcón que ruidoso iba tras ellos con rapidez, hasta que encontró a uno separado, que se había alejado de los demás; lo ataca y golpea derribándolo al suelo. Pero era demasiado tarde y se marchó, y no quiso agarrarlo ni cogerlo.

Perceval empieza a aguijar hacia donde ha visto el vuelo. El ganso estaba herido en el cuello, y derramó tres gotas de sangre que se extendieron sobre el blanco, y parecía color natural. El ganso no tenía daño ni dolor que en el suelo lo mantuviera tanto como para que él llegara a tiempo; antes ya había volado, y Perceval vio hollada la nieve que había estado bajo el ganso, y la sangre que aún se notaba.

Se apoyó en la lanza para contemplar aquella visión, pues la sangre y la nieve juntas le recuerdan el fresco color que hay en el rostro de su amiga y piensa tanto que se queda ensimismado. A su parecer tal estaba el rojo sobre el blanco como las gotas de sangre que aparecieron sobre el blanco. Mientras lo contemplaba, le pareció, tanto le agradaba, que estuviera viendo el fresco color del rostro de su bella amiga. Sobre las gotas Perceval pasa toda la mañana y emplea tanto tiempo que fuera de las tiendas salieron escuderos que lo vieron distraído y pensaban que estuviera dormitando. Antes de que el rey se despertara, que aún dormía en su tienda, encontraron los escuderos ante el pabellón del rey a Saigremor, que por su desmesura era llamado Desmesurado.

–Decidme –les pregunta–, no me lo ocultéis, ¿por qué venís aquí tan temprano?

–Señor –le responden–, fuera del campamento hemos visto a un caballero que dormita sobre su caballo.

–¿Está armado?

–Por mi fe, sí.

–Iré a hablar con él y lo traeré a la corte.

De inmediato Saigremor corre a la tienda del rey y lo despierta.

–Señor –dice–, ahí fuera en la landa dormita un caballero.

El rey le ordena ir y le dice y ruega que lo traiga, que no lo deje. Al punto ordena Saigremor que le saquen su caballo y pide las armas.

Se hizo cuanto ordenó, y lo armaron bien y con rapidez; completamente armado sale del campamento y cabalga hasta que llega al caballero.

–Señor –le dice–, tenéis que venir a la corte.

El otro no se mueve y aparenta que no lo oye; él vuelve a decírselo, pero sigue sin moverse, y él se enfada y dice:

–Por san Pedro el apóstol, vendréis a pesar vuestro. Por haberos rogado me pesa, pues he malgastado mis palabras.

Entonces despliega su enseña y toma carrera por un lado, le dice que se guarde que le golpeará si no se defiende. Perceval, que mira hacia él, lo ve venir al galope y abandona su pensamiento, y va a él aguijando. En el choque del uno con el otro, Saigremor rompe su lanza; la de Perceval ni se quiebra ni se dobla, y lo empuja con tal fuerza que lo derriba del caballo, y el caballo sin tardar se va huyendo con la cabeza levantada hacia las tiendas al gran trote.

Los nobles ven el caballo, y a algunos les molestó, pero Keu, que nunca pudo dejar de decir felonías, se burla y dice al rey:

–Bello señor, mirad cómo regresa Saigremor: sujeta por el freno al caballero, y lo trae a pesar suyo.

–Keu –dice el rey–, no está bien que os burléis de los nobles valientes. Id y veremos cómo lo hacéis mejor que él.

–Señor –dice Keu–, estoy muy contento, pues os place que vaya, y lo traeré sin duda a la fuerza, quiera o no, y le haré decir su nombre.

Va a armarse convenientemente. Ya está armado, monta y se va al encuentro de aquel que tanto atendía a las tres gotas con las que estaba entretenido que no tenía preocupación por ninguna otra cosa. Le grita desde lejos:

–¡Vasallo, vasallo!, venid con el rey. Por mi fe que vendréis o lo pagaréis muy caro.

Perceval, al oírse amenazar, gira la cabeza de su caballo, lo pica con las espuelas de acero y no va lento. Los dos quieren hacerlo bien y se atacan sin fingir. Keu lo golpea y quiebra la lanza, que se desmigaja como una corteza, pues había puesto

todo su vigor. Perceval no se entretiene, lo alcanza por encima de la bocla, lo derriba sobre una piedra que le disloca la clavícula, y entre el codo y la axila le rompió el hueso del brazo derecho, como si fuera una astilla seca, tal como advirtió el loco que muchas veces lo había anunciado: fueron verdad las palabras del loco.

Keu se desmaya por el dolor y el caballo, huyendo, se dirige al trote hacia las tiendas.

Los bretones ven el caballo que regresa sin el senescal; los criados corren montados y damas y caballeros van allí. Cuando encuentran al senescal desvanecido, piensan todos que esté muerto. El rey siente un gran desconsuelo y por él todos y todas hacen duelo. Mientras, Perceval se apoya en la lanza para contemplar la visión de las tres gotas.

El senescal está herido. El rey está muy triste, y le dicen que no se preocupe, que se curará bien con tal de que haya un médico que sepa ocuparse de colocarle en su sitio la clavícula y de hacer que se suelde el hueso roto. Y el rey, que sentía un gran afecto por él y lo quería mucho en su corazón, le envía un médico muy sabio y tres doncellas de su escuela que le vuelven a colocar la clavícula y le vendan el brazo para que se suelde el hueso roto; lo han llevado a la tienda del rey consolándolo mucho y diciéndole que se curará, que no se aflija por nada.

Mi señor Galván le dice:

–Señor, así me ayude Dios, no es razonable, bien lo sabéis, tal como vos mismo lo habéis dicho siempre y juzgado con rectitud, que un caballero saque a otro de su pensamiento, sea cual sea, tal como ellos dos han hecho; y si ellos tenían razón no lo sé, pero el daño lo han tenido, es cosa cierta. El caballero por alguna pérdida que haya tenido, estaba pensativo, o su amiga le ha sido arrebatada y por eso estaba triste y pensativo. Pero, si fuera de vuestro agrado, iría a ver su actitud, y si lo encontrara en situación de que hubiera abandonado su pensamiento, le diría y rogaría que viniera aquí ante vos.

A estas palabras Keu se enfadó y dijo:

–¡Ay! mi señor Galván, vos traeréis de la mano al caballero; de la mano, aunque le pese. Haréis bien si él lo permite y quedará en vuestro poder. Así habéis apresado a muchos. Cuando los caballeros están cansados y han hecho bastantes proezas, entonces va a pedir permiso al rey para que le deje ir a vencerlos. Galván, maldito sea mi cuerpo si estáis tan loco que no se os pueda escarmentar. Bien sabéis escuchar las palabras que son bellas y educadas. Gran orgullo y gran altivez y gran indignidad le diríais: maldito sea quien lo pensó y quien lo permitió, aunque sea yo mismo. Ciertamente, con brial de seda podéis librar este combate. No tendréis que desenvainar espada ni quebrar lanza. Os podréis preciar de que, si la lengua no os falta para decir: «Señor, Dios os salve y os dé vida y salud», cumplirá vuestra voluntad. Y no digo nada para enseñaros, pues bien le sabréis pasar la mano por encima como se acaricia a un gato y se dirá: «Ahora combate mi señor Galván con fiereza».

–¡Ay!, señor Keu, más bellamente –le responde– podríais decirmelo ¿Creéis que vais a vengar vuestra cólera y vuestro mal humor en mí? Lo traeré, a fe mía, si puedo, bello dulce amigo. Y no tendré el brazo mal y la clavícula dislocada, pues no me gusta ese salario.

–Id, sobrino –dice el rey–, que habéis hablado con gran cortesía. Si puede ser, traedlo, pero, en todo caso, llevad vuestras armas, pues no debéis ir desarmado.

Se hace armar al instante aquel que de todas las virtudes tenía fama y renombre, y monta sobre un caballo fuerte y dócil, se dirige derecho al caballero, que estaba apoyado en su lanza. Aún no se había aburrido de su pensamiento que tanto le agradaba y, sin embargo, el sol había derretido dos de las gotas de sangre que estaban sobre la nieve y ya iba derritiendo la tercera, y por eso no pensaba tanto el caballero como había hecho. Mi señor Galván se dirige hacia él al paso, sin mostrar mala intención, y dice:

–Señor, yo os hubiera saludado si conociera vuestro corazón tal como conozco al mío. Pero bien os puedo decir que soy mensajero del rey; os ordena y dice por mí que vayáis a hablar con él.

–Ya han estado dos –contesta Perceval– que me quitaban mi alegría y querían llevarme como si estuviera prisionero, y yo estaba pensativo por un pensamiento que me agradaba mucho; el que quería sacarme de él no iba buscando mi provecho, pues delante de mí en este lugar había tres gotas de sangre fresca que coloreaban el blanco. Al contemplarlas me parecía que estuviera viendo el fresco color del rostro de mi amiga la bella, y no quería separar de allí mis ojos.

–Ciertamente –responde mi señor Galván–, ése no era un pensamiento villano, antes era cortés y dulce y fue loco y estúpido quien vuestro corazón apartó de él. Deseo y pretendo saber qué querríais hacer. Si no os desagrada os llevaré con mucho gusto ante el rey.

–Decidme, bello señor querido, de verdad –dice Perceval–, si Keu el senescal está allí.

–Sí, ciertamente está, y sabed que es él quien justó con vos hace un momento, y la justa tanto le costó que le habéis roto el brazo derecho sin saberlo y dislocado la clavícula.

–Entonces está vengada la doncella –dice Perceval– a la que Keu golpeó.

Al oírlo, mi señor Galván se queda admirado y sorprendido y dice:

–Señor, así me salve Dios, el rey sólo os buscaba a vos. Señor, ¿cómo os llamáis?

–Perceval, señor. Y vos, ¿cómo?

–Señor, sabed ciertamente que me llamo por el bautizo Galván.

–¿Galván?

–Así es, bello señor.

Perceval se alegra mucho y dice:

–Señor, bien he oído hablar de vos en muchos sitios, y deseaba mucho la amistad de nosotros dos, si no os molesta.

–Ciertamente –responde mi señor Galván–, no me agrada menos que a vos, sino más, según creo.

Perceval le dice:

–Por mi fe, entonces iré a donde queráis con mucho gusto, pues es justo y ahora me siento más feliz, porque soy amigo vuestro.

Entonces corre uno hacia el otro a abrazarse, empiezan a desatarse ambos los yelmos y las ventanas y se bajan las mallas. Así se van muy contentos, acuden corriendo los criados que los habían visto alegrarse desde una colina en la que estaban, y van al rey.

–Señor, señor –dicen–, por nuestra fe, mi señor Galván trae al caballero y muestran el uno al otro gran alegría.

No hay nadie que oiga la noticia que no salga fuera de la tienda y vaya a su encuentro, y Keu dice al rey su señor:

–Ahora tiene el mérito y el honor mi señor Galván, vuestro sobrino. Ha sido muy dura la batalla y peligrosa sin riesgos, pues tan sano vuelve como se fue, sin recibir golpe de nadie, sin que nadie sintiera su golpe, no me ha dejado por mentiroso. Es justo que tenga el honor y el mérito, se dirá, que ha hecho lo que nosotros dos no pudimos llevar a cabo, aunque pusimos en ello todo nuestro poder y nuestras fuerzas.

Con razón o sin ella, así dice Keu, su voluntad, como suele. Mi señor Galván no quiere llevar a la corte a su compañero armado, sino completamente desarmado. Lo hace desarmar en su tienda, y un chambelán suyo le saca un vestido de un cofre, y se lo presenta y ofrece para que se lo ponga. Cuando estuvo vestido bien y hermoso, con cota y con manto, que eran muy buenos y le quedaban muy bien, van ambos de la mano ante el rey, que estaba sentado delante de su tienda.

–Señor, señor –dice mi señor Galván al rey–, os traigo al que vos, según creo, veríais con mucho gusto desde hace ya quince días enteros. Es aquel del que tanto hablabais y por quien estabais tan triste. Yo os lo traigo, vedlo ahí.

–Bello sobrino, muchas gracias –dice el rey, que al punto salta en pie ante él, y añade–: buen señor, bien vengáis; os ruego que me digáis cómo os llamaré.

–Por mi fe, no os lo voy a ocultar –contesta Perceval–, bello señor rey. Me llamo Perceval el Galés.

–Ay, Perceval, bello dulce amigo, ya que habéis entrado en mi corte no os marcharéis por mi voluntad. He sufrido mucho por vos desde que os vi la primera vez, pues no supe la suerte a la que Dios os había destinado, y que fue muy bien adivinada, de tal forma que toda la corte lo supo, por la doncella y por el loco a los que golpeó Keu el senescal. Habéis hecho verdad la predicción completamente, eso no lo duda nadie que haya oído noticias verdaderas de vuestros hechos de armas.

La reina llegó en estas palabras, pues había oído la noticia del que había llegado. Apenas la vio Perceval y le dijeron que era ella, y detrás venía la doncella que sonrió cuando él la miró, fue al encuentro sin tardanza y dijo:

–Dios dé alegría y honra a la más bella, la mejor de todas las damas que hay, como dicen todos los que la ven y todos los que la han visto.

La reina le responde:

–Y vos sed bien hallado, como caballero de alta y digna proeza.

Perceval saluda luego a la doncella que le sonrió, la abraza y le dice:

–Bella, si os fuera menester, yo sería el caballero que nunca os negará la ayuda.

La doncella le da las gracias.

Grande fue la alegría que el rey hizo por Perceval el Galés y la reina y los nobles, que lo acompañan a Carlión, adonde han regresado esa noche. Durante toda la noche hacen gran fiesta y el día siguiente también hasta el tercer día, en que vieron a una doncella que venía en una mula leonada y llevaba en la mano derecha un látigo.

La Doncella Fea

La doncella tenía dos trenzas gruesas y negras y, si las palabras son verdaderas tal como las cuenta el libro, nunca hubo nada tan manifiestamente feo ni siquiera dentro del infierno. Nunca visteis hierro tan negro como ella tenía el cuello y las manos, y aún era eso lo de menos en comparación con la demás fealdad que tenía. Sus ojos eran como dos agujeros, tan pequeños como de rata, tenía nariz de mono o de gato y orejas de asno o de buey. Sus dientes parecían yema de huevo por el color, pues eran rojizos, y tenía barba como macho cabrío. En medio del pecho tenía una joroba, y la espalda parecía un báculo, y tenía la cintura y la espalda demasiado bien hechas para llevar el baile. Tenía joroba en la espalda y piernas torcidas que eran como dos varas. Estaba bien hecha para llevar la danza. La doncella en la mula se planta delante de los caballeros: una doncella semejante no fue vista en corte del rey. Saluda al rey y a los nobles juntos y a la vez, salvo a Perceval solo, y dice desde encima de la mula leonada:

–Ay, Perceval, Fortuna es calva por atrás y por delante peluda, maldito sea quien te salude y quien te desee y te quiera algún bien, pues no retuviste a la Fortuna cuando la encontraste. Fuiste a casa del Rey Pescador y viste la lanza que sangra, y te costó entonces tanto esfuerzo abrir la boca y hablar que no pudiste preguntar por qué la gota de sangre brota en la punta del blanco hierro; y del grial que viste no preguntaste ni pediste noticias de a qué rico hombre se servía con él. Es muy desdichado quien ve tan buena ocasión que le conviene y espera una mejor. Ése eres tú, el desdichado, que viste que era el momento y el lugar de hablar y te callaste. En mala hora tuviste tan loco sentido, en mala hora te callaste tanto tiempo, pues, si hubieras preguntado, el rico rey que desfallece ahora estaría curado de su herida y tendría la tierra en paz, cosa que no le ocurrirá ya nunca. ¿Y sabes qué ocurrirá por el rey que no tendrá su tierra y que no está curado de sus heridas? Damas perderán a sus maridos, las tierras serán devastadas y doncellas desamparadas quedarán huérfanas y muchos caballeros morirán, y todos tendrán el daño por tu culpa.

Luego, dijo la doncella al rey:

–Rey, me voy, no os molestéis. Esta noche todavía tengo que albergarme lejos de aquí. No sé si habéis oído hablar del Castillo Orgulloso, pero tengo que ir allí. En el castillo hay quinientos sesenta y seis caballeros de mérito y sabed que no hay ninguno que no tenga a su amiga consigo, gentiles damas, corteses y bellas. Por eso, os doy la noticia de que nadie que vaya allí deja de encontrar justa o combate, si quiere hacer proezas. Si las busca no le faltan. El que quisiera alcanzar el premio de todo el mundo, creo saber el lugar y la parte de la tierra donde mejor lo podría conquistar si se atreviera a hacerlo. En la colina que está bajo Montesclere hay una doncella asediada: gran honor conseguiría quien pudiera levantar el asedio y liberar a la doncella. Tendría todas las alabanzas y, a quien Dios diera tan buen suerte, podría ceñir con seguridad la Espada del Extraño Tahalí.

Con esto se calló la doncella, pues bien había dicho lo que le apetecía, y se marchó sin decir nada más.

Guiganbresil acusa a Galván

Mi señor Galván se pone en pie diciendo que hará todo lo que pueda por socorrerla y que iría al Castillo Orgulloso, y Giflete, el hijo de Nut, también dijo que iría, si Dios le ayudaba.

–Y yo subiré al Monte Peligroso –prometió Kahedín– y hasta que llegue allí no me detendré.

Perceval dijo otra cosa: que no dormiría en un mismo alojamiento dos noches en toda su vida ni oiría noticias de un extraño paso sin ir a él, ni de un caballero que más valga que otros caballeros o que dos sin que vaya a combatir con él, hasta que sepa a quién sirven con el grial y hasta que haya encontrado la lanza que sangra de forma que le digan la verdad probada de

por qué sangra; y no dejará de hacerlo por más esfuerzo que le cueste.

De esta forma se levantaron hasta cincuenta y prometieron unos a otros, diciendo y jurando que no sabrán de combate o aventura sin que vayan en su búsqueda, aunque sea en tierra temible.

Y mientras así hablaban, he aquí que ven entrar a Guiganbresil por medio de la puerta de la sala con un escudo sobre el que hay una banda de azur. Guiganbresil reconoció al rey, lo saludó como debía, pero no saludó a Galván, sino que lo acusa de felonía diciendo:

–Galván, tú mataste a mi señor y lo golpeaste sin hablarle. Vergüenza y reproche y censura mereces y te acuso de traición. Que sepan todos los nobles que no he mentido en una palabra.

A estas palabras saltó en pie mi señor Galván muy avergonzado, y Agravain el Orgulloso, su hermano, salta y lo sujeta:

–Por el amor de Dios –dice–, bello señor, no deshonréis vuestro linaje. De este ultraje que este caballero os hace, os defenderé, os lo prometo.

Y él responde:

–Señor, nadie me defenderá si no soy yo, y debo defenderme porque no acusan más que a mí. Y si en algo hubiera hecho daño al caballero, a mi saber, con mucho gusto buscaría paz y haría tal reparación que todos sus amigos y los míos la tendrían por buena. Y si ha dicho un ultraje me defiendo, y aquí está mi gaje, en cualquier sitio donde él desee.

Aquél dice que lo probará ante el rey de Escavalón, que es más bello que Absalón, a mi parecer y entendimiento.

–Y yo –dice Galván– te prometo que te seguiré de inmediato y allí veremos quién tiene razón.

Al punto se marcha Guiganbresil y mi señor Galván se prepara para ir tras él sin demora. Quien tenía buen escudo, buena lanza, buen yelmo y buens espada se los ofreció, pero no le apeteció llevar nada de otro. Siete escuderos lleva con él y siete caballos y dos escudos. Antes de irse de la corte, hicieron por él un gran duelo, se golpearon muchos pechos, se mesaron muchos cabellos y se arañaron muchas caras; no hubo dama tan prudente que por él no hiciera gran dolor; por él lloran muchas y muchos, y mi señor Galván se va.

De las aventuras que encontró me oiréis hablar ahora.

Galván y la Doncella de las Mangas Pequeñas

Primero, se encontró en una landa un séquito de caballeros, y pregunta a un escudero que venía solo detrás llevando con la mano derecha un caballo español y con un escudo al cuello:

–Escudero, dime, ¿quiénes son estos que por aquí pasan?

–Señor, es Melián de Lis, caballero noble y decidido.

–¿Eres suyo?

–Señor, no. Mi señor se llama Traez d'Anez, que no vale menos que él.

–Por mi fe –dice mi señor Galván–, a Traez d'Anez lo conozco bien. ¿A dónde va? No me ocultes nada.

–Señor, va a un torneo que Melián de Lis ha fijado contra Tiebaut de Tintagel, y vos iréis, así lo deseo, con los del castillo, contra los de fuera.

–Dios –dice mi señor Galván entonces–, ¿no fue Melián de Lis criado en casa de Tiebaut?

–Sí, señor, así me ayude Dios. Su padre quería mucho a Tiebaut como a vasallo, y tanto confiaba en él que en el lecho de muerte, en el que murió, le encomendó a su hijo pequeño, y él lo crió y guardó con todo el amor que pudo, tanto que a una hija suya le suplicó y requirió de amor, y ella le dijo que nunca le otorgaría su amor mientras no fuera caballero. Él, que quería grandes hazañas, se hizo armar caballero entonces y luego volvió a suplicarle. «No puede ser de ninguna manera –le dijo la

doncella–, por mi fe, hasta que hayáis hecho ante mí tantas proezas y hayáis justado tanto que hayáis pagado mi amor, pues las cosas que se tienen de balde no son tan dulces ni tan sabrosas como las que se compran. Fijad un torneo con mi padre, si queréis tener mi amor, pues quiero saber sin duda si mi amor estaría bien situado, si lo pusiera en vos ». Tal como ella le dijo, emprendió el torneo, pues Amor tiene tan gran dominio sobre aquellos que están en su poder que no se atreverían a negar nada que les ordenara. Y poco haríais si no os pusierais con los de dentro.

Mi señor Galván le responde:

–Amigo, vete, sigue a tu señor, será sensato, y deja lo que estás diciendo.

De inmediato se marcha y mi señor Galván cabalga. No deja de ir al castillo, pues no puede pasar por otro sitio. Tiebaut ha reunido a todos sus nobles y sus vecinos y ha convocado a todos sus primos, altos y bajos, jóvenes y canosos, y todos han acudido. Pero Tiebaut no ha encontrado en su consejo privado en el castillo quien le recomiende combatir con su señor, pues tenían mucho miedo de que les quisiera destruir por completo; ha hecho amurallar y reforzar todas las entradas del castillo. Estaban las puertas bien cerradas con dura piedra y mortero, que no había otro portero, sólo habían dejado de amurallar una pequeña porterna, cuya puerta no era de vidrio. La puerta, para que durara para siempre, era de bronce, atrancada con una barra: bien tenía una carga de hierro, como la que cabe en una carreta.

Mi señor Galván iba hacia la puerta con todo su arnés, pues por allí tenía que pasar, o retrocedía: no había ni otro camino ni otra vía en siete jornadas. Cuando ve el postigo cerrado, entra en un prado al pie de la torre que estaba cercado con palos, desmonta bajo una encina y cuelga en ella sus escudos para que lo vea la gente del castillo.

La mayoría estaban muy contentos porque el torneo se había detenido; pero un viejo valvasor del castillo, muy respetado y muy

sabio, poderoso por tierra y linaje, que por todo lo que decía era creído, cualquiera que fuera el final, vio a los que venían que se los mostraron a lo lejos, antes de que entraran en el vallado, y fue a hablar a Tiebaut:

–Señor, así me salve Dios, estoy seguro de haber visto a dos compañeros del rey Arturo que venían aquí. Dos nobles que tienen muy buen lugar y que basta uno para vencer un torneo. Yo os aconsejo y recomiendo, por lo que a mí respecta, que vayáis a ese torneo con toda la seguridad, pues tenéis buenos caballeros y buenos servidores y buenos arqueros que les matarán los caballos, y sé que vendrán a combatir delante de esta puerta. Si les trae su orgullo, tendremos la victoria, y ellos perderán y serán derrotados.

Por el consejo que éste dio, Tiebaut permitió a todos que se armaran y que salieran completamente armados quienes así lo desearan.

Se alegran los caballeros por esto, los escuderos corren a las armas y a los caballos, y los ensillan; y las damas y las doncellas se van a sentar en los sitios altos para ver el torneo, y entonces vieron bajo ellas en el llano el arnés de mi señor Galván, y pensaron al principio que había allí dos caballeros porque veían dos escudos colgados del árbol; y las damas que en buena hora nacieron decían, al subir, que iban a ver a esos dos caballeros que delante de ellas se van a armar. Así lo creían unas y había otras que decían:

–Dios, señor, este caballero tiene tanto arnés y tantos caballos que serían suficientes para dos, y no hay ningún caballero con él. ¿Qué va a hacer con dos escudos? Nunca se vio un caballero que llevara dos escudos a la vez.

Por eso les parece admirable que aquel caballero que está solo lleve los dos escudos. Los caballeros iban saliendo mientras ellas hablaban así, y la hija mayor de Tiebaut subió a la parte alta de la torre, la que había hecho que se emprendiera el torneo. Con la mayor estaba la menor, que con tanta elegancia se vestía las

mangas que era llamada Doncella de las Mangas Pequeñas, pues las llevaba ceñidas a los brazos. Con las dos hijas de Tiebaut han subido todas las damas y doncellas a la vez, y el torneo se forma delante del castillo en ese momento. No había nadie tan apuesto como Melián de Lis, y así lo atestiguaba su amiga, que decía a las damas de su alrededor:

–Señoras, nunca me gustó ciertamente ningún caballero que hubiera visto, no sé por qué habría de mentiros, tanto como Melián de Lis. ¿No es agradable y deleitoso ver tan buen caballero? Bien debe montar a caballo y llevar lanza y escudo quien tan bien se ve.

Su hermana, que estaba sentada a su lado, le dice que había uno más bello, y ella se ha enfadado, y se ha levantado para pegarle. Las damas las separan, sujetándola con decisión, de forma que ella no la tocó, aunque lo sintió mucho.

El torneo empieza, en él se rompió mucha lanza y se dieron muchos golpes de espada y muchos caballeros fueron derribados. Sabed que muy caro le cuesta a quien justa con Melián de Lis; nadie resiste ante su lanza sin que él lo lleve al duro suelo; y si la lanza se le rompe da grandes golpes con la espada y lo hace mejor que nadie de los que hay en una parte y en otra, por lo que tiene tal alegría su amiga que no puede dejar de decir:

–Señoras, señoras, ved qué maravilla, no visteis nada comparable antes, ni oísteis hablar de nada así. Ved al mejor joven que habéis visto con vuestros ojos. Es más bello y vale más que todos los que están en el torneo.

Y la pequeña dice:

–Veo a otro más bello y mejor, quizás.

La hermana al punto va y dice, como encendida y airada:

–Vos, niña, ¿habéis sido tan alocada que por vuestra mala cabeza habéis osado criticar a alguna criatura que yo haya alabado? Pues tomad esta bofetada y guardaos de hacerlo otra vez.

Entonces la golpea de manera que le ha dejado marcados en el rostro todos los dedos, y las damas que están a su lado se lo critican mucho y las separan, y luego vuelven a hablar de mi señor Galván entre ellas.

–Dios –dice una de las doncellas–, el caballero que está debajo del carpe, ¿a qué espera para armarse?

Otra doncella más joven dice que ha jurado la paz y otra añade después:

–Es un mercader, no digáis más.

–No, es un cambista –dice la cuarta–. No tiene intención más que de repartir entre los pobres caballeros los bienes que lleva consigo en esos cofres y en los baúles, que son moneda y vajilla, no creáis que miento.

–Ciertamente, tenéis malas lenguas –dice la pequeña–, y no tenéis razón. ¿Creéis que un mercader lleva tan gruesa lanza como él? De verdad que me habéis matado con la diablura que habéis dicho. Por la fe que debo al Espíritu Santo parece mejor combatiente que mercader o cambista. Es caballero, bien lo parece.

Todas las doncellas le dicen:

–Bella dulce amiga, aunque lo parezca no lo es, pero quiere aparentarlo porque así pretende evitar los impuestos y peajes. Está loco, y cree ser tan sabio que por eso será hecho prisionero como ladrón sorprendido y cogido en robo vil e insensato. Y tendrá la soga al cuello.

Mi señor Galván oye las palabras con toda claridad y escucha lo que las damas dicen de él de modo que siente vergüenza y enojo; pero piensa, y tiene razón, que lo han acusado de traición y tiene que ir a defenderse, y que si no va al combate, tal como había prometido, que se afrentará a sí mismo primero y a todo su linaje después; y por el temor de ser herido y preso, no participa en el torneo, aunque mucho le apetece, pues ve que el torneo cada vez se hace más duro y mejor.

Melián de Lis pide una gruesa lanza para golpear mejor. Durante todo el día hasta el atardecer fue el torneo delante de la puerta. Quien gana algo se lo lleva a donde cree tenerlo más a salvo. Las damas ven a un escudero grande y calvo que llevaba un

trozo de lanza e iba con una cabezada al cuello. Una de las damas lo llama loco y luego le dice:

–Señor escudero, así me ayude Dios, sois muy loco e insensato, pues vais por el combate cogiendo puntas de lanza y trozos de asta y banderas, así os hacéis buen escudero. Quien tanto se rebaja, poco se aprecia, pues veo aquí, muy cerca de vos, en ese prado que hay debajo de nosotras, riquezas sin guarda y sin defensa. Loco está quien no piensa en su provecho mientras puede hacerlo, y ahí tenéis al más generoso caballero que nunca haya nacido: pues, aunque le desplumaran los bigotes, no se movería. No tengáis el botín por vil; todos los caballos y todos los haberes cogédmelos, y haréis como cuerdo, que no os lo impedirá.

Al punto entra en el prado y golpea a uno de los caballos con un trozo de asta y dice:

–Vasallo, ¿no estáis sano y bien, que aquí durante todo el día vigiláis y no habéis hecho nada, ni romper escudos, ni quebrar lanzas?

–Dime –le contesta–, ¿a ti que te importa? El motivo por el que estoy aquí quizá lo sabrás en su momento. Pero, por mi cabeza, no va a ser ahora, pues no me voy a dignar en decírtelo. Vete de aquí y toma tu camino y ocúpate de tus asuntos.

De inmediato se aleja de él, que no fue tal que se atreviera a hablar de nada que le molestara.

El torneo cesó, pero había muchos caballeros presos y muchos caballos muertos, tuvieron los de dentro el mérito y los de fuera la victoria, y al separarse se comprometieron a volver a enfrentarse el día siguiente y a combatir durante todo el día. Así se separaron por la noche y vuelven al castillo todos los que de él habían salido. Mi señor Galván también fue y entró tras el séquito, y delante de la puerta encontró al noble, al vasallo que había dado al señor el consejo de empezar el torneo, y le ruega con amabilidad y de buena manera que le dé alojamiento. Y él le dijo:

–Señor, en este castillo tenéis preparado vuestro alojamiento. Si os apetece, quedaos hoy, pues si seguís adelante no encontraréis ya buen albergue. Por eso os ruego que os quedéis.

–Me quedaré, muchas gracias –responde mi serñor Galván–, bello señor, pues he oído decir cosas bastante peores.

El valvasor lo lleva consigo a su castillo y de una cosa y otra le pregunta y a qué se debía que durante todo el día no hubiera llevado con ellos armas en el torneo. Él le dice en todo el porqué, que le acusan de traición, y se debe guardar de prisión, de ser maltrecho o herido hasta que pueda salir del ultraje que le han hecho. A sí mismo y a todos sus amigos podría afrentar con su retraso si no llegara a tiempo al combate que se había emplazado. El valvasor lo apreció más y le dijo que le agradaba mucho: si había dejado por eso el torneo, tenía razón.

Entonces lo llevó a su casa el valvasor y allí desmontan. Las gentes de la torre se dedican a criticarlo con dureza y mantienen sus discusiones ante el señor de cómo puede ir a apresarlo; su hija mayor se esfuerza en cuanto puede y sabe, por su hermana, a la que odia:

–Señor –dice–, bien sé que hoy no habéis perdido nada, más bien pienso que habéis ganado bastante más de lo que sabéis, y os diré cómo. En mala hora haríais mandando sólo que vayan a apresar a un caballero que sin defensa sirve aquí con malos engaños, y ha traído a esta ciudad escudos y lanzas y caballos y se hace pasar por hombre libre cuando en realidad va mercadeando. Dadle ahora su merecido. Está en casa de Garín, el hijo de Berta, que le ha dado alojamiento en su morada. Acaba de pasar por aquí, que he visto que lo llevaba.

Así se esforzaba aquélla, pues quería afrentarlo. El señor monta de inmediato; él mismo quiere ir directamente a la casa en la que estaba mi señor Galván. Cuando su hija pequeña ve que va de esta forma, sale por una puerta trasera. No quiere que nadie la vea y se va rápidamente por el camino recto al alojamiento de mi señor Galván, en casa de Garín, el hijo de Berta, que tenía dos

hijas muy bellas. Cuando vieron las jóvenes que venía su pequeña señora, se ponen muy contentas, y lo hacen sin fingir. Cada una le da una mano y la llevan con gran alegría, besándole ojos y boca.

El señor Garín había vuelto a montar, que no era pobre ni mísero, y su hijo Beltrán con él, y ambos iban a la corte como acostumbraban. Querían hablar con su señor y lo encontraron en mitad de la calle, y el valvasor lo saluda y le pregunta que a dónde iba; él le responde que quería ir a solazarse en su casa.

–Eso no me debe molestar ni perjudicar –dice el señor Garín–, ni desagradarme, y podréis ver allí al más bello caballero de la tierra.

–Por mi fe, no voy en busca de eso –dice el señor–. Lo haré prender. Es mercader y quiere vender caballos, y se las da de caballero.

–¡Ay! Es un asunto demasiado vil –dice el señor Garín– el que os oigo decir. Soy vasallo vuestro y vos mi señor: de mí y de todo mi linaje os devuelvo aquí vuestro homenaje, y os retiro mi fe de inmediato, antes de permitiros hacer esa indignidad en mi casa.

–No he tenido intención de hacerla –contesta el señor–, así me ayude Dios. Vuestro alojamiento y vuestro huésped sólo tendrán honra por mi parte, y no por eso, a fe mía, pues no me ha sido muy bien aconsejado y recomendado.

–Muchas gracias –contesta el valvasor–, me será un gran honor que vengáis a ver a mi huésped.

Se acercan el uno al otro y juntos se van a continuación hasta que llegan al alojamiento en el que estaba mi señor Galván. Cuando mi señor Galván los ve, que estaba muy bien educado, los saluda y dice:

–Sed bienvenidos.

Ambos lo saludan y luego se sientan a su lado. Entonces le pregunta el noble, que era señor de aquella tierra, por qué se había abstenido durante el día de ir al torneo y por qué no había combatido.

Él no le ha negado que sentía vergüenza y disgusto, pero a continuación le cuenta que era acusado de traición por un caballero y que iba a defenderse a una corte regia.

–Tuvisteis un motivo leal –dice el señor–, sin lugar a dudas. Pero ¿dónde será ese combate?

–Señor –responde–, debo ir ante el rey de Escavalón, y voy directamente, según creo.

–Os daré escolta –dice el señor– que os lleve y, porque tendréis que pasar por tierras pobres, os daré vituallas para llevar, y caballos que las llevarán.

Mi señor Galván responde que no tiene ninguna necesidad de tomarlo, que puede encontrar quien le venda y tendrá abundancia de víveres y buenos caballos, dondequiera que vaya, y todo cuanto le sea necesario; por eso no quiere nada suyo. Con estas palabras el señor se marcha, y al marcharse vio al otro lado a su hija pequeña que llegaba, que de inmediato por la pierna abrazó a mi señor Galván, diciéndole:

–Señor, escuchadme, he venido a quejarme ante vos de mi hermana que me ha golpeado; hacedme justicia, si os parece bien.

Mi señor Galván se calla, pues no sabía de quién hablaba, le puso la mano en la cabeza y la doncella tira de él diciendo:

–A vos os digo, bello señor, a vos me quejo de mi hermana, a la que no quiero ni amo, que por poco me ha afrentado hoy.

–¿A mí –le pregunta–, bella, en qué me afecta? ¿Qué justicia os puedo hacer yo?

El señor, que ya se había despedido, oye la petición de su hija y dice:

–Hija, ¿quién os manda venir a querellaros ante caballeros?

Galván le contesta:

–Señor querido, ¿es ésta vuestra hija?

–Sí, pero no os preocupéis –dice el señor por sus palabras–, es niña, de poca cabeza.

–Ciertamente –dice mi señor Galván–, sería yo demasiado villano si no supiera lo que quiere. Decidme –añade–, en todo

caso, mi niña dulce y agradable, qué justicia os podría hacer sobre vuestra hermana y cómo.

–Señor, mañana sólo, si os parece bien, por amor a mí llevaréis armas en el torneo.

–Decidme, amiga querida, si habéis hecho el ruego a algún caballero en otras ocasiones.

–No, señor.

–No os preocupéis –dice el señor– de nada que ella diga, no escuchéis sus tonterías.

Mi señor Galván le contesta:

–Señor, así me ayude Dios, ha dicho tales niñerías como doncella pequeña, pero en nada rehusaré; ya que así lo quiere, mañana seré un rato su caballero.

–Muchas gracias, bello señor querido –dice aquélla, que tiene tal alegría que se inclinó hasta su pie.

Con esto se marchan sin decir nada más. El señor se lleva a su hija en el cuello de su palafrén y le pregunta por qué se había montado la discusión; ella le ha contado la verdad de principio a fin, y le dice:

–Señor, me molestaba que mi hermana afirmara que Melián de Lis era el mejor, el más bello de todos, y yo estaba viendo allí abajo en ese bello prado a un caballero y no podía dejar de contestarle que había visto a uno más bello que él; y por eso mi hermana me llamó niña loca y me tiró de los pelos, y mal haya a quien le pareció bien. Me dejaría cortar las trenzas ambas hasta la boca, con lo cual yo quedaría muy fea, con tal de que mañana el caballero en el combate derribara a Melián de Lis, y entonces olvidaría los gritos que me dio mi señora hermana. He tenido una gran discusión que a todas las damas molesta, pero con gran viento cae poca lluvia.

–Bella hija –dice el noble–, yo os mando y aconsejo que le enviéis por cortesía alguna prenda de amor, vuestra manga o vuestra toca.

Ella le responde con sencillez:

–Con mucho gusto, señor, pues así lo decís. Pero mis mangas son tan pequeñas que no me atrevería a mandárselas, o quizás, si se las envío, no las apreciará en nada.

–Hija, ya pensaré en ello –dice el padre–. Callad ahora, que ya estoy bien contento.

Hablando así entre sus brazos la lleva, y tiene gran deleite ella porque él la abraza y sujeta, hasta que llegan delante del palacio. Cuando la otra lo vio venir llevando a su hermana pequeña, sintió un gran enojo en su corazón y dijo:

–Señor, ¿de dónde viene mi hermana, la Doncella de las Mangas Pequeñas? Ya sabe trucos y astucias, muy pronto se ha dado a la práctica. ¿A dónde la habéis llevado?

–A vos –le responde–, ¿qué os importa? Bien deberíais callaros. Vale más que vos, que le habéis tirado de las trenzas y golpeado, lo que mucho me pesa. No habéis sido cortés.

Entonces se quedó muy descontenta con lo que le había dicho su padre, con la regañina y la reprimenda. El señor hizo sacar un jamete rojo de un cofre que tenían y al punto mandó hacer con él una manga bien ancha y larga; llama a su hija y le dice:

–Hija, levantaos mañana temprano e id al caballero antes de que se ponga en marcha; por amor, dadle esta manga nueva para que la lleve al torneo cuando vaya.

Ella le responde a su padre que apenas vea el alba clara quiere estar despierta, vestida y dispuesta. Con estas palabas se marcha el padre, y ella, que tenía una gran alegría, ruega a su acompañamiento que no la dejen dormir en absoluto mucho tiempo la mañana siguiente, sino que la despierten pronto, si es que quieren tener su amor, apenas vean la luz del día. Aquéllas lo hicieron con gusto, y apenas vieron de madrugada quebrar el alba hicieron que se vistiera y levantara.

La doncella se levantó temprano y completamente sola fue al alojamiento de mi señor Galván. Pero no fue tan temprano que ya no estuvieran levantados y hubieran ido al monasterio a oír la misa que les cantaron, y mientras la doncella ha permanecido en

casa del valvasor, ellos han rezado largo tiempo y han oído cuanto tenían que oír. Cuando regresaron del monasterio, la doncella salta hacia mi señor Galván y le dice:

–Dios os salve y os dé alegría en el día de hoy. Llevad por mi amor esta manga que tengo aquí.

–Con mucho gusto, gracias –le dice mi señor Galván–, amiga.

Después de esto no tardaron mucho en armarse los caballeros. Armados, se reúnen fuera de la ciudad y las doncellas vuelven a subir a las murallas con todas las damas de la ciudad y vieron juntarse los séquitos de los caballeros nobles y fuertes. Delante de todos, Melián de Lis llegaba montado alejado de los demás, que había dejado a sus compañeros a más de dos arpentes. La doncella vio a su amigo y no pudo sujetar la lengua, y dijo:

–Señoras, ved venir al que de la caballería tiene la fama y el dominio.

Mi señor Galván se dirige tan raudo como el caballo puede llevarle hacia aquel que poco lo teme y hace pedazos su lanza. Mi señor Galván lo golpea causándole gran daño, pues al punto lo dejó boca arriba, y tiende a su caballo la mano, lo sujeta por el freno y se lo entrega a un criado diciéndole que vaya a aquella por la que él combate y le diga que se lo envía; el primer botín que ha conseguido en el día quiere que lo tenga ella. El criado le lleva el caballo con la silla a la doncella, que desde una torrecilla en la que estaba ha visto bien caer al señor Melián de Lis, y dice:

–Hermana, ahora podéis ver al señor Melián de Lis tumbado, al que vos tanto alababais. Bien lo apreciabais con razón, ahora se ve bien lo que yo os decía ayer, ahora resulta claro, así me ayude Dios, pues tiene uno que vale más.

De este modo, a sabiendas, va contrariando a su hermana, hasta que la saca de quicio y exclama:

–¡Niña, cállate, si te oigo decir una palabra más hoy, iré a darte tal bofetada que no tendrás pie que te sostenga!

–Hermana, acordaos de Dios –dice la doncella pequeña–, porque he dicho la verdad, no debéis pegarme. Por mi fe, bien vi que lo derribaban y vos lo mismo que yo, y no me parece que todavía tenga fuerzas para volver a levantarse. Y aunque reventarais por ello os diré, además, que no hay aquí una dama que no lo esté viendo patalear y estar tumbado boca arriba.

Entonces le hubiera dado una bofetada la otra que no quería tolerárselo; pero no dejaron que la golpeara las damas que había alrededor. En esto vieron llegar al escudero, que trae el caballo sujeto con la mano derecha. Se encontró a la doncella sentada en una ventana, y se lo entrega. La doncella da más de sesenta veces las gracias, y hace coger el caballo, y él se va a llevar las gracias a su señor, que parecía ser amo y señor del torneo, que no hay caballero tan diestro al que si él dirige la lanza no le quite los estribos. Nunca tuvo tanto deseo de ganar caballos. Regaló cuatro en el día, que él ganó con su mano: el primero lo envió a la doncella pequeña, con el otro cumple con la dama del valvasor, a quien le agradó mucho; una de sus dos hijas tuvo el tercero, y la otra tuvo el cuarto.

El torneo cesa y vuelven por medio de la puerta y mi señor Galván logra por ambas partes el premio. Todavía no era mediodía cuando dejó el combate. Mi señor Galván, al regresar, tuvo tal séquito de caballeros que estaba llena toda la calle. Y todos aquellos que lo veían querían enterarse y preguntar de dónde era y de qué tierra.

Ha encontrado a la doncellita justo a la puerta de su albergue, y ella no hizo nada más que sujetarle de inmediato el estribo, lo saludó y le dijo:

–Muchas gracias, señor.

Él sabía bien lo que quería decirle y le respondió como franco:

–Antes sería canoso y de pelo blanco, doncella, que abandonara vuestro servicio, dondequiera que yo esté. No estaré tan lejos que si llego a enterarme de vuestra necesidad, y no me retiene algún impedimento, no venga al primer mensaje.

–Muchas gracias –dice la doncella.

Así hablaban él y ella cuando su padre llegó al lugar, e intentó con todas sus fuerzas que mi señor Galván se quedara esa noche y que se alojara con él.

Mi señor Galván se excusa de quedarse y le dice que no puede; él le ruega que, por favor, le diga su nombre.

–Señor, me llamo Galván; nunca se ocultó mi nombre en donde me fuera preguntado, y tampoco lo dije nunca si antes no se me preguntó.

Cuando el señor oye que era mi señor Galván, su corazón se llenó de alegría, y le dijo:

–Señor, venid, alojaos conmigo esta noche, que en nada os he servido y en toda mi vida vi caballero, lo puedo jurar, al que tanto deseara honrar.

Mucho le rogó que se quedara y mi señor Galván se ha excusado en todos sus ruegos; y la doncella pequeña, que no era tonta ni mala, le sujeta el pie, se lo besa y lo encomienda a Dios, y mi señor Galván pregunta qué había pretendido; ella le responde que le había besado el pie con la intención de que se acordara de ella en cualquier lugar al que fuera.

Él le dice:

–No temáis nada, pues, así me ayude Dios, bella amiga, nunca os olvidaré, por muy lejos de vos que esté.

Con eso se marcha y se despide de su huésped y de la demás gente, y todos lo encomiendan a Dios.

Galván en Escavalón

Aquella noche, mi señor Galván durmió en una abadía en la que tuvo todo lo que necesitó, y al día siguiente iba cabalgando muy temprano por su camino cuando al pasar vio animales que estaban pastando junto al lindero de un bosque. Ordena a Yonet, que llevaba uno de sus caballos, el mejor que tenía, y una lanza

recta y fuerte, que se detenga. Le pide la lanza y que le apriete las cinchas al caballo que lleva con la mano derecha, y él sin más tardar le da el caballo y la lanza, y va tras las ciervas y les hace tantos manejos y tales astucias que alcanza a una junto a un espino y le arrojó la lanza a través del cuello. Y la cierva salta a un lado, y huye tras los ciervos, y él la persigue tanto que está a punto de alcanzarla; la habría alcanzado y sujetado si su caballo no hubiera perdido la herradura. Al no poder hacerse con la cierva, ordena a Yonet que desmonte, pues su caballo cojeaba mucho; él cumple su orden, le levanta la pata y ve que le falta una herradura, y entonces dice:

–Señor, es necesario herrarlo. No queda más remedio que ir despacio hasta que encontremos herrero que pueda ponerle la herradura.

Así iban hasta que vieron gente que salía de un castillo. Delante había gente con vestidos cortos que ocupaban toda la calzada, muchachos a pie que llevaban perros y monteros que iban después llevando cortantes picas; luego había arqueros y servidores con arcos y saetas y luego venían caballeros. Tras todos los caballeros iban dos sobre fuertes caballos, uno era joven y el más bello de todos. Sólo ése saludó a mi señor Galván y lo tomó por la mano diciéndole:

–Señor, os detengo. Id allí de donde vengo, descabalgad en mi casa. Ya es hora y momento de alojarse, si no os pesa. Tengo una hermana muy cortés, que se alegrará mucho con vos, y este señor que veis ahí delante de mí os acompañará.

Y añade:

–Señor, bello compañero, os envío con este señor, llevádselo a mi hermana. Primero saludadla y decidle que le mando que, por el amor y por la fe que debe haber entre ella y yo, que si alguna vez amó a una caballero, que ame a éste y lo trate bien, y que haga con él tanto como conmigo que soy su hermano. Que tal solaz y tal compañía le dé, y que no le pese, hasta que regresemos. Cuando ella lo haya recibido del mejor grado, regresad

rápidamente, pues yo querría estar de vuelta para darle compañía tan pronto como pueda.

El caballero se marcha entonces y lleva a mi señor Galván allí donde todos lo odian de muerte. Pero no es conocido, pues nunca había estado allí, y no se preocupa por guardarse.

Contempla el sitio del castillo, que estaba construido sobre un brazo de mar, y ve las murallas y la torre tan fuertes que nada teme.

Contempla toda la ciudad poblada de gente muy hermosa, y los cambios de oro y plata, que están cubiertos de moneda, y ve las plazas y los caminos, todos llenos de menestrales que ejercían diversos oficios, tal como son diferentes. Éste hace yelmos y éste cotas, ése lanzas y el otro escudos, éste cabezadas y aquél espuelas, otros bruñen espadas; unos hacen telas y otros las tejen, éstos las peinan y ésos las tunden; y los otros funden oro y plata: realizan trabajos buenos y bellos, unos hacen copas, otros escudillas y joyas engastadas con esmaltes, anillos, cinturones y broches. Bien se podría decir y creer que en la ciudad hubiera todos los días feria, pues estaba tan llena de riquezas, de cera, de pimienta, de grana, de pieles veras y grises y todo tipo de mercadería. Va contemplando estas cosas y entreteniéndose de lugar en lugar, hasta que llegan a la corte, y rápidamente acudieron criados a recibir todo su arnés y su equipo.

El caballero entra en la torre solo con mi señor Galván, lo lleva de la mano hasta la habitación de la doncella, a la que le dice:

–Amiga bella, vuestro hermano os envía saludos y os encomienda que este señor sea honrado y servido; no lo hagáis de mala gana, sino de buen corazón en todo, como si fuérais hermana suya y él fuera vuestro hermano. Procurad no ser avara en cumplir toda su voluntad, sino generosa, agradable y de buen talante. Ocupaos de ello, que yo me voy, pues tengo que seguirlos al bosque.

Ella contesta con la gran alegría que tiene:

–Bendito sea el que me ha enviado tal compañía como ésta. Quien me presta tan bello compañero no me odia, y le doy las

gracias. Bello señor, sentaos aquí –dice la doncella–, a mi lado. Como os veo bello y gentil, y porque me lo ha rogado mi hermano, os daré buena compañía.

Mientras tanto regresa el caballero, que no permanece más tiempo con ellos. Mi señor Galván se queda, que de eso no se queja, por estar solo con la doncella, que es agradable y hermosa, y estaba tan bien educada que no se imagina que la vigilen por estar a solas con él. Ambos hablan de amor, pues si hablaran de otra cosa cometerían una gran locura. Mi señor Galván la requiere y le dice que será su caballero toda la vida, y ella no lo rechaza, sino que se lo concede con mucho gusto. Mientras, un valvasor entró allí, que mucho les perjudicó, reconoció a mi señor Galván y los encontró besándose y mostrándose una gran alegría. Al ver semejante alegría, no pudo mantener su lengua callada, sino que le gritó con gran fuerza:

–Mujer, maldita seas. Que Dios te destruya y te confunda, pues así te dejas cortejar, y que te bese y te abrace el hombre del mundo al que tú deberías odiar más. Mujer desgraciada loca, bien haces lo que debes hacer. Con tus manos deberías arrancarle el corazón en vez de besarle la boca. Si tu beso le toca el corazón, le arrancarás el corazón del vientre, pero habrías hecho mejor si se lo hubieras arrancado con las manos, que así deberías hacerlo, si es que una mujer puede hacerlo bien. Pero no tiene nada de mujer quien odia el mal y ama el bien; no tiene razón quien la llama mujer, pues pierde su nombre cuando sólo ama el bien. Pero tú eres mujer, bien lo veo, pues el que está sentado a tu lado mató a tu padre y tú lo besas. Cuando una mujer puede tener su deseo, poco le importa el resto.

Con estas palabras se retira antes de que mi señor Galván le hubiera dicho ni más ni menos, y ella cae sobre el pavimento y permanece desvanecida largo rato; mi señor Galván la sujeta y la levanta, pálida y verde por el miedo que ella había tenido. Cuando ella vuelve en sí, dice:

–¡Ay!, estamos muertos. Por vos moriré sin razón y vos, que yo sepa, por mí. Ahora vendrán, según creo, los habitantes de la ciudad, y veréis más de diez mil reunidos delante de esta torre. Pero aquí dentro hay armas suficientes con las que os armaré de inmediato. Un hombre valiente frente a todo un ejército podría defender bien esta torre.

Al punto corre a tomar las armas, armó a mi señor Galván, que no se defiende en vano, sino que les hace descender a todos; no hay que llamar a mejor portero que él mismo.

De todo esto no sabía una palabra el señor que le había dado alojamiento, sino que regresó lo antes que pudo de donde había ido a cazar. Mientras tanto, los otros los acosan alrededor de la torre con picas de acero. En esto, he aquí a Guiganbresil, que por no sé qué aventura había llegado al castillo muy deprisa y se sorprendió mucho de los gritos y del martilleo que oye hacer a los villanos. De que mi señor Galván estuviera en la torre no sabía una palabra; pero cuando lo supo, prohibió que hubiera nadie tan atrevido que fuera allí, si en algo estimaba su cuerpo, y se atreviera a tocar una piedra. Ellos le contestan que no lo dejarán por él, sino que lo derribarían en su presencia hoy mismo, si entraba.

Al ver que de nada valía su prohibición, piensa entonces que iría a buscar al rey y lo llevaría al tumulto que habían empezado los burgueses. Y ya regresaba del bosque el rey, y él le cuenta al encontrarlo:

–Señor, os han hecho una gran afrenta el alcalde y los regidores, pues están atacando desde esta mañana vuestra torre y la están derribando. Si no pagan caro y lo compensan, yo lo tomaré a mal. Yo había acusado a Galván de traición, bien lo sabéis, y es a él al que habéis dado alojamiento en vuestras casas. Sería justo y razonable que, ya que de él habéis hecho vuestro huésped, no sufriera afrenta ni deshonra.

El rey contesta a Guiganbresil:

–Maestro, no ocurrirá cuando lleguemos allí. De lo que le ha sucedido me pesa mucho y me desagrada sobremanera. No debe sorprenderme que mi gente lo odie a muerte; pero, si puedo, lo protegeré de que prendan o hieran su cuerpo. Y como le he dado alojamiento, le haré grandes honores.

Así llegan a la torre en la que había gran ruido. Al alcalde le dice que se vaya y que se lleve al pueblo. Todos se marchan, que no queda ninguno, porque así lo quiso el alcalde.

En la ciudad había un valvasor, que había nacido en el castillo, y que daba consejos a todos en aquella tierra, pues era hombre de gran sentido.

–Señor –dice–, ahora se os debe aconsejar bien y de buena fe. No me sorprende que el que cometió la traición de matar a vuestro padre haya sido atacado, pues es odiado a muerte tal como vos sabéis. Pero como le habéis dado alojamiento se le debe garantizar y proteger para que no sea apresado y que no muera. Y si no se quiere mentir, lo debe salvar y proteger Guiganbresil, al que ahí veo, que de gran traición fue a acusarlo a la corte del rey. No se debe ocultar: él ha venido a defenderse en vuestra corte y yo aconsejo dar un plazo a este combate, que mi señor Galván vaya a buscar la lanza cuya punta sangra, y que nunca está tan seca que no penda de ella una gota de sangre: o él os entrega esa lanza, o se quedará aquí en tal prisión como tiene. Entonces tendréis más motivo para retenerlo prisionero de lo que tendríais ahora; y creo que no podríais meterlo en una prisión tan dura que no pueda salir a la postre. Y de cuanto se pueda pensar se debe maltratar al enemigo: hacer sufrir a vuestro enemigo es el mejor consejo que podéis tomar.

El rey sigue este consejo. Va a la torre donde esta su hermana y la encuentra muy enfadada. Se pone en pie ante él a la vez que mi señor Galván, que no cambia de color ni tiembla por miedo que tenga.

Se adelanta Guiganbresil y dice dos palabras en vano:

–Señor Galván, señor Galván, yo os había tomado bajo mi protección, pero os dije que no fuerais tan osado de entrar en el castillo ni en ciudadela que tuviera mi señor, si podíais evitarlo. De lo que os han hecho aquí no vamos a discutir ahora.

El valvasor, prudente, dice:

–Señor, así me ayude Dios, todo esto se puede reparar bien. ¿A quién se puede demandar nada si le han atacado los villanos? No terminaría el pleito antes del día del Juicio Final. Pero se hará a mi modo. Mi señor el rey, que está aquí, me lo ordena y yo lo digo, y que no os pese ni a vos ni a él, que ambos aplacéis una año este combate, y mi señor Galván vaya a buscar la lanza cuyo hierro sangra siempre, y nunca está seco por la sangre clara que derrama, y está escrito que llegará un día en que todo el reino de Logres, que antaño fue la tierra de los ogros, será destruido por esta lanza. Este juramento y esa fianza quiere tener mi señor el rey.

–En verdad –dice mi señor Galván–, antes me dejaría aquí languidecer o morir ocho años que haceros juramento o daros mi fe. No tengo tal miedo de la muerte que no prefiera sufrirla y soportarla con honor antes que vivir con vergüenza y ser perjuro.

–Bello señor –dice el valvasor–, no será deshonra para vos ni seréis peor por la fe en un sentido que os quiero decir: juraréis que por encontrar la lanza haréis todo lo que podáis. Si no encontráis la lanza, volveréis a meteros en esta torre y quedaréis libre del juramento.

–Así, tal como lo decís, estoy dispuesto a hacer el juramento.

Le han hecho sacar entonces un relicario muy precioso, y él jura que pondrá todo su esfuerzo en buscar la lanza que sangra.

De este modo se ha aplazado hasta un año después el combate entre él y Guiganbresil. Ha escapado de un gran peligro. Se despide de la doncella y dice a los criados que regresen a su tierra llevándose todos los caballos, salvo el Gringalet. Llorando se separan de su señor los criados. Así se van, pero no me apetece decir nada más de ellos y del duelo que realizan.

El relato deja de hablar aquí mismo de mi señor Galván, y hablaremos de Perceval.

Perceval y el ermitaño

Perceval, eso cuenta la historia, había perdido la memoria de tal forma que no se acordaba ya de Dios. Cinco veces pasó abril y mayo, eso son cinco años enteros, que no adoró a Dios ni a su Cruz en iglesia o en monasterio. Así permaneció los cinco años y no por eso dejó de buscar hechos de armas; iba buscando las aventuras extrañas, las crueles y las difíciles, y las encontraba de forma que se portó muy bien y nunca emprendió cosa tan dura que no la llevara a cabo con bien. Y durante los cinco años envió a cincuenta caballeros de renombre prisioneros a la corte del rey Arturo.

Así pasó los cinco años sin acordarse nunca de Dios. Al cabo de ese tiempo, le ocurrió que iba cabalgando por un yermo, tal como solía, armado con todas sus armas; se encontró con cinco caballeros y hasta diez damas, todas cubiertas con capuchas; iban todos a pie, con estameñas y descalzos. Las damas, que por salvación de sus almas hacían su penitencia a pie por los pecados que habían cometido, se admiraron mucho de que fuera armado y llevara escudo y lanza.

Uno de los cinco caballeros lo detiene y dice:

–¡Paraos! ¿Acaso no creéis en Jesucristo, que escribió la Nueva Ley y la dio a los cristianos? Ciertamente, no es razonable ni está bien llevar armas el día que murió Jesucristo, sino que es un gran error.

Y aquél, que no tenía ninguna preocupación del día ni de la hora ni del tiempo, tan afligido tenía el corazón, pregunta:

–¿Qué día es hoy, pues?

–¿Qué, señor? ¿No lo sabéis? Es Viernes Santo, en que simplemente se debe honrar la Cruz y orar por los propios pecados. Hoy fue puesto en la cruz Aquel que por treinta dineros fue vendido, y que de todos los pecados está limpio. Por los pecados de todo el mundo, por los que todo el mundo estaba manchado, se hizo hombre, sabedlo. Es cierto que fue Dios y hombre, y nació

de la Virgen, y concebido por el Espíritu Santo, en la que Dios recibió carne y sangre y su divinidad fue recubierta por carne de hombre, es cosa verdadera. Y quien no lo crea así no le verá la faz. Nació de Nuestra Señora la Virgen y tomó de hombre la forma y el alma con la santa divinidad, que en tal día, en verdad, como hoy es, fue crucificado y sacó del infierno a todos sus amigos. Fue aquella muerte muy santa, pues salvó a los vivos y a los muertos y resucitó de muerte a vida. Los cobardes judíos, a los que se debería matar como a perros, por su envidia, se hicieron gran daño y a nosotros mucho bien cuando lo levantaron en la cruz; ellos perdieron y a nosotros salvaron. Todos aquellos que creen en Él deben hacer hoy penitencia.

–¿Y de dónde venís así? –pregunta Perceval.

–Señor, de aquí. De estar con un buen hombre, un santo ermitaño, que vive en este bosque; y no vive, tan santo es, más que para la gloria de Dios.

–Por Dios, señores, ¿qué buscasteis allí? ¿Qué queríais? ¿Qué hicisteis?

–¿Qué, señor? –dice una de las damas. De nuestros pecados pedimos allí consuelo y nos confesamos. Hicimos allí la cosa más grande que puede hacer un cristiano, y ojalá agrade a Nuestro Señor Dios.

Lo que Perceval había oído le hizo llorar y le apeteció ir a hablar con el santo hombre.

–Ahí querría ir, al ermitaño, si supiera seguir el sendero y el camino.

–Señor, quien quiera ir debe llevar el sendero recto con cuidado de las ramas que anudamos con nuestras manos al venir hacia acá. Dejamos tales señales para que nadie se perdiera si iba a este santo ermitaño.

Con esto se encomiendan a Dios mutuamente, y no le preguntan nada más; Perceval entra en el sendero, suspirando con el corazón en el vientre, pues sabía que había actuado mal con Dios y estaba arrepentido. Llorando se dirige al bosque, y cuando llega a la ermita desmonta y se desarma. Ata su caballo a un carpe y luego entra en casa del ermitaño.

En una capilla pequeña encontró al ermitaño y al presbítero y a un acólito, ésa es la verdad, que empezaban el servicio, el más hermoso que en santa iglesia pueda ser dicho, y el más dulce. Perceval se arrodilla tan pronto como entra en la capilla. El santo hombre lo llama ante él, pues lo vio muy simple y que lloraba y vio que hasta la barbilla le gotea el agua de los ojos. Y Perceval, que temía mucho por haber obrado mal ante Nuestro Señor Dios, sujeta al ermitaño por el pie, se inclina ante él, junta las manos y le ruega que le dé consejo, pues tiene gran necesidad. Y el santo hombre le manda decir su confesión, pues no podrá comulgar sin haber confesado y estar arrepentido.

–Señor –dice–, hace bien cinco años que no sé dónde he estado, y no he amado a Dios ni he creído en Él, y desde entonces no he hecho nada más que daño.

–¡Ay!, bello amigo –le dice el santo hombre–, dime por qué has hecho eso y pide a Dios que tenga compasión del alma de su pecador.

–Señor, en casa del Rey Pescador estuve una vez y vi la lanza cuya punta sangra sin duda, y con el grial que vi allí no sé a quién se sirve, y desde entonces lo he sentido tanto que me hubiera gustado estar muerto, y me olvidé de Nuestro Señor Dios ya que luego no le clamé piedad ni hice nada, que yo sepa, por lo que debiera obtener merced.

–¡Ay!, bello amigo –le dice el santo hombre–, dime ahora cómo te llamas.

Él le dice:

–Perceval, señor.

Al oír estas palabras el santo hombre suspira, pues ha reconocido su nombre y dice:

–Hermano, mucho te ha dañado un pecado del que no sabes una palabra, y es el dolor que tuvo tu madre por ti cuando te marchaste de su lado, que cayó desmayada al suelo, a la entrada

del puente, junto a la puerta, y por ese dolor murió. Por el pecado que cometiste entonces ocurrió el que no preguntaras por la lanza ni por el grial, y te han ocurrido todos los males. Y no hubieras durado tanto si ella no te hubiera encomendado a Nuestro Señor Dios, debes saberlo. Pero su palabra tuvo tal poder que Dios por ella te ha guardado de la muerte y te ha evitado la prisión. El pecado te cortó la lengua cuando viste pasar delante de ti la punta que nunca restañó y no preguntaste el motivo. Cuando no supiste con el grial a quién se sirve, cometiste una insensatez. Al que se sirve era mi hermano. Mi hermana, y suya, fue tu madre, y el Rico Rey Pescador creo que es hijo de aquel que se hace servir con el grial. Y no creáis que tiene lucios, lampreas o salmones: con una sola hostia, lo sabemos, que le llevan en ese grial, mantiene su vida y la reconforta, tan santa cosa es el grial; y es algo tan espiritual que su vida no la sostiene más que la hostia que va en el grial. Quince años ha estado ya así, sin salir de la habitación en la que viste entrar el grial. Ahora quiero imponerte y darte penitencia por este pecado.

–Bello tío, así lo acepto –dice Perceval–, y de buen corazón, y, ya que mi madre era hermana vuestra, bien me debéis llamar sobrino, y yo a vos tío y amaros más.

–Es cierto, bello sobrino. Y ahora arrepiéntete. Ya que sientes piedad por tu alma, ten arrepentimiento y ve en penitencia todos los días al monasterio antes que a ningún otro sitio, y así tendrás provecho. Y no lo dejes por ningún asunto, si estás en un lugar en el que haya monasterio, capilla o parroquia; ve allí cuando toque la campana o antes, si estás levantado. Eso no te perjudicará, y tu alma ganará mucho. Y si la misa ha empezado quedarte te será mejor: permanece hasta que el cura haya dicho todo y cantado todo. Si te viene en voluntad, aún podrás alcanzar el premio y tener un lugar en el Paraíso. Cree en Dios, ama a Dios, adora a Dios, honra a los santos hombres y a las buenas mujeres; levántate ante los presbíteros, es un servicio que poco cuesta, y Dios lo ama en verdad, porque viene de la humildad. Quiero que lo hagas por tus pecados, si quieres recuperar la gracia de Dios y si quieres tener la suya. Dime ahora si así lo quieres.

–Sí –contesta–, con mucho gusto.

–Ahora te ruego que dos días enteros te quedes aquí conmigo y que en penitencia tomes tal alimento como el mío.

Y Perceval se lo otorga, y el ermitaño le dice en voz baja una oración al oído y le insistió hasta que la supo; en esa oración había bastantes nombres de Nuestro Señor, los mejores y más grandes que nombrar ose boca de hombre en peligro de muerte. Tras enseñarle la oración le prohibió que en modo alguno la dijera si no estaba en gran peligro.

–No lo haré, señor –le contesta.

Así quedó y oyó el servicio alegrándose mucho. Después del servicio adoró la Cruz y lloró sus pecados y se arrepintió humildemente y permaneció así mucho tiempo.

Por la noche hubo para cenar lo que al ermitaño le apetecía y su caballo tuvo un cuenco repleto de paja y de cebada, y establo como debía: fue cuidado como tenía que ser.

De esta forma supo Perceval que Dios recibió la muerte y fue crucificado un viernes. En Pascua comulgó Perceval con gran humildad.

El relato no habla aquí más de Perceval, sino que oiréis hablar bastante de mi señor Galván, antes de que me volváis a oír contar nada de él.

Galván y el caballero herido

Mi señor Galván cabalgó tras escaparse de la prisión en la que le había atacado el pueblo, hasta que entre la hora de tercia y mediodía llegó a una colina y vio una encina alta y grande, muy frondosa para dar sombra. En la encina vio que colgaba un escudo y a su lado una lanza recta. Se decide a ir a la encina y a su lado ve un palafrén noruego pequeño y le pareció digno de ad-

mirar, pues no son cosas parejas escudo y armas, según le parece, y un palafrén pequeño juntos. Si el palafrén fuera caballo pensaría que algún vasallo que por su beneficio o por mérito fuera cabalgando por el país hubiera subido aquella colina. Entonces mira bajo la encina y ve sentada a una doncella que sería muy agradable y hermosa si tuviera alegría y gozo; pero tenía los dedos agarrados a la trenza para arrancarse los cabellos y se esforzaba mucho en mostrar dolor. Hacía duelo por un caballero al que frecuentemente besaba en los ojos, en la frente y en la boca. Cuando mi señor Galván se acerca, no sabe si está muerto o vivo y pregunta:

–Doncella, ¿es vuestro amigo el caballero al que estáis sujetando?

–Señor –responde–, podéis ver que en sus heridas hay gran peligro, que de la menor podría morir.

Él le dice:

–Mi dulce amiga, despertadlo, no lo dejéis, porque quiero pedirle noticias de asuntos de esta tierra.

–Señor, no lo despertaré –dice la doncella–, antes me dejaría despedazar toda viva, pues nunca quise tanto a nadie, ni lo haré mientras viva. Sería demasiado necia y mala si, viendo que duerme y reposa le hiciera algo por lo que se quejara de mí.

–Pues yo lo despertaré, a fe mía.

Con el cuento de la lanza le toca suavemente la espuela, de tal forma que no le pese al caballero si se despierta, pues le tocó con mucha suavidad la espuela sin hacerle daño. Entonces el caballero se incorporó y dijo:

–Señor, quinientas gracias os doy, pues de tan buena forma me habéis tocado y despertado que en nada me desagradó. Por vos mismo os ruego que no continuéis, pues actuaríais como demasiado loco. Quedaos y creed mi consejo.

–¿Que me quede, señor? ¿Por qué?

–Os lo voy a decir, señor, por mi fe, ya que lo queréis oír. Nunca pudo regresar ningún caballero que allí fuera por campo o camino. Es el confín de Galvoie; es tierra muy cruel y traidora, y la gente allí es muy perversa. Nunca pudo pasar un caballero que luego regresara vivo, y no ha escapado ninguno aún, salvo yo, que estoy en tal estado y tan mal, según creo, que no llegaré a la noche, pues me encontré con un caballero valeroso, atrevido, fuerte y fiero; nunca vi uno tan atrevido ni me enfrenté con nadie tan fuerte. Por eso os aconsejo que os vayáis, mejor que bajar esta colina.

–A fe mía –dice mi señor Galván–, volverse sería de villanos. No he venido a quedarme. Se me podría considerar como una cobardía muy fea el haber emprendido el camino y que me volviera aquí. Iré hasta que vea por qué no se puede regresar.

–Bien veo que vais a hacerlo –dice el caballero maltrecho–. Id, ya que lo queréis. Pero con gusto os rogaría que si la aventura os lleva allí y lográis lo que no ha podido conseguir ningún caballero, y que, según pienso, ni vos ni ningún otro conseguirá en modo alguno, que regreséis por aquí y veáis, por favor, si estoy muerto o vivo, o si me va mejor o peor. Si he muerto, por caridad y por la Santa Trinidad, os ruego que tengáis compasión de esta doncella y que no reciba afrenta ni ultrajes. Y eso hacedlo de buena gana, pues Dios no hizo ni quiso hacer otra más franca ni más agradable, más cortés y más discreta. Me parece que está muy afligida por mí y no le falta razón, pues me ve cerca de la muerte.

Mi señor Galván se lo concede, y si algún impedimento no lo desvía o la prisión o alguna otra causa, volverá por él y le dará a la doncella tan buen consejo como pueda.

La Mala Doncella

Entonces los deja y emprende el camino, y por llanuras y bosques no cesa hasta que ve un castillo fuerte a la desembocadura de un río en el mar, muy grande y navegable. El castillo, que era

muy noble, valía poco menos que Pavía. Por otra parte estaba el viñedo y el bosque bello y agradable, que era muy bello por dentro, y el río por abajo que ceñía toda la muralla, hasta que su curso llegaba al mar. El castillo y el burgo estaban muy bien cerrados por la muralla.

Mi señor Galván entra en el castillo por un puente y cuando llega arriba, en el sitio más fuerte de todo el castillo, bajo una hiedra en un prado, encontró a una doncella sola que se miraba el rostro y la boca, y que era más blanca que la nieve. Se había puesto alrededor de la cabeza una estrecha cinta de orifrés. Mi señor Galván aguija hacia la doncella y va más rápido, y ella le grita:

–Mesura, mesura, señor, con cuidado, que váis demasiado locamente. Loco es quien por nada se esfuerza.

–De Dios sed bendita –le dice mi señor Galván–. Doncella, decidme, bella amiga, ¿en qué habéis pensando que tan pronto me habéis recordado mesura, y no sabéis por qué?

–Sí, caballero, por mi fe, pues bien sé lo que pensáis.

–¿Qué?

–Me queréis prender y llevar abajo sobre el cuello de vuestro caballo.

–Decís verdad, doncella.

–Bien lo sabía. Mal haya quien tal ha pensado. Guárdate de pensar en ponerme sobre el cuello de tu caballo. Yo no soy de esas alocadas con las que se divierten los caballeros, llevándolas sobre sus caballos cuando van a realizar caballerías. Tú no me llevarás. Sin embargo, si tanto valieras, podrías llevarme contigo. Si te esforzaras tanto como para ir a traerme de ese jardín mi palafrén, iría contigo hasta que la desgracia y el pesar, el dolor, la tristeza y la desdicha te sobrevinieran en mi compañía.

–¿Y quedará, bella amiga, por falta de osadía? –pregunta.

–Que yo sepa, no –contesta la doncella–, vasallo.

–¡Ay!, bella amiga, mi caballo ¿dónde se quedará si voy? Pues no podrá pasar por ese tablón que veo.

–Ciertamente no, señor, entregádmelo y pasad al otro lado a pie. Yo os guardaré el caballo mientras lo pueda guardar; pero daos prisa en regresar, no se me escape o me lo quiten antes de que hayáis vuelto.

–Habéis dicho verdad –contesta–, si os lo quitan, quedad tranquila, y lo mismo si se os escapa, que no me oiréis decir nada.

Así se lo entrega y se va; piensa llevar todas sus armas consigo: si encuentra en el vergel a alguien que quiera impedírselo y evitar que vaya a coger el caballo, tendrá pelea y ruido antes de no llevarlo de regreso. Mientras, pasa el tablón y ve bastante gente reunida que lo miran sorprendidos, y todos dicen:

–Que los diablos te quemen, doncella, que has causado tanto daño, y que tu cuerpo tenga mala ventura, que nunca quisiste a ningún hombre bueno. A muchos has hecho que les corten la cabeza, lo que es un gran dolor. Caballero que quieres llevarle el palafrén y que todavía no sabes qué males te van a ocurrir, si lo tocas con tu mano, ¡ay!, caballero, ¿por qué te acercas? Ciertamente, no lo tocarías si conocieras la gran afrenta y los grandes daños y las grandes penas que te ocurrirán si te lo llevas.

Así decían todos y todas porque querían advertir a mi señor Galván de que no fuera hasta el palafrén y que se volviera, y aunque los oye y entiende bien no por eso dejará de hacerlo, sino que pasa saludando a la comitiva y todos y todas le devuelven el saludo, según les parece; y todos juntos le pagan con angustia y con preocupación.

Mi señor Galván se dirige al palafrén, tiende la mano y quiere sujetarlo por el freno, pues freno y silla no faltaban; pero había un gran caballero bajo un olivo verdeante que le dice:

–Caballero, en vano has venido por el palafrén. No acerques los dedos, pues sería un gran orgullo por tu parte. Sin embargo, no te quiero ni impedir ni prohibir que lo cojas, si realmente estás decidido; pero te aconsejo que te marches: lejos de aquí, si te lo llevas, encontrarás grandes dificultades.

–Por eso no lo dejaré –contesta mi señor Galván–, bello señor, pues la doncella que se estaba mirando bajo aquel árbol me envía, y si no se lo llevara, ¿qué habría venido a buscar? Sería avergonzado en la tierra como cobarde y fracasado.

–Y tú quedarás maltrecho –le dice el gran caballero–, bello hermano, pues por Dios, Padre soberano a quien yo querría entregar mi alma, nunca vi a ningún caballero que lo tomara, tal como tú quieres llevártelo, sin que le sobrevinieran dolores o que le cortaran la cabeza. Eso temo que te ocurra. Y si te lo he impedido no he tenido ninguna mala intención, y si quieres, llévatelo, que por nadie dejarás de hacerlo, ni aunque veas aquí a alguien; pero encontrarás malos caminos si osas ponerle la mano. No te aconsejo que lo intentes, pues perderías la cabeza.

Mi señor Galván no se detiene ni poco ni mucho después de estas palabras. Al palafrén, que tenía la cabeza por una parte negra y por la otra blanca, hace que pase por delante de él el tablón, pues sabía pasarlo muy bien ya que lo había pasado a menudo, y estaba acostumbrado y enseñado. Mi señor Galván lo coge por la rienda, que era de seda, y se dirige directamente al árbol en el que la doncella se estaba mirando, que había dejado el manto y la cofia caer al suelo, para que se le pudiera ver la cara y el cuerpo libremente. Mi señor Galván le entrega el palafrén con la silla y dice:

–Acercaos, doncella, os ayudaré a montar.

–No te deje Dios contar –responde la doncella– en ningún lugar al que vayas que tú me has tenido entre tus brazos. Si tocaras algo que estuviera sobre mí con tu mano desnuda o si apenas me rozaras, me tendría por afrentada. Sería para mí una gran desgracia si se contara o supiera que habías tocado mi carne. Preferiría tener arrancada la piel y la carne de ese sitio hasta el hueso, bien me atrevo a decirlo. Entregadme ya el palafrén: montaré bien, por mi fe, que no necesito tu ayuda. Y que Dios me dé hoy verte como deseo; todavía tendré gran alegría antes de la noche. Ve hacia donde quieras, que no tocarás de más cerca mi cuerpo y

mis ropas, y en todo momento iré detrás hasta que por mí te sobrevenga alguna gran desgracia, una afrenta o una mala ventura, pues estoy completamente segura de que te veré maltratar: y no podrás evitar la muerte.

Mi señor Galván escucha todo cuanto la doncella altiva le dice, sin contestarle una palabra, sino que le entrega el palafrén y ella le devuelve su caballo. Mi señor Galván se inclina, queriendo recoger del suelo su manto para ponérselo; la doncella lo mira, que no era lenta ni cobarde en decir afrentas a un caballero:

–Vasallo –dice–, ¿qué os importan mi manto y mi cofia? Por Dios, no soy ni la mitad de simple de lo que crees. Ciertamente no tengo ninguna intención de que te pongas a mi servicio, pues no tienes las manos limpias para sujetar nada que yo vista o que me coloque en la cabeza. ¿Debes coger algo que toque mis ojos, mi boca, mi frente o mi cara? No quiera el hijo de Nuestro Señor Dios que en modo alguno tenga yo intención de aceptar tu servicio.

De este modo monta la doncella cubierta y con el manto, y dice:

–Caballero, id hacia donde queráis, que yo os seguiré en todo momento hasta que vea que os deshonran por mí. Y eso será hoy mismo si Dios quiere.

Él se calla, sin contestar una palabra. Avergonzado monta y se van, y regresa con la cabeza baja hacia la encina en la que había dejado a la doncella y al caballero que tenía tan gran necesidad de médico por las heridas que tenía.

Mi señor Galván sabía mejor que nadie curar heridas. Ve en un seto una hierba muy buena para quitar el dolor de las heridas, y va a cogerla. Toma la hierba y se marcha y cabalga hasta que encuentra a la doncella que hacía su duelo, y ella le dice apenas lo ve:

–Bello señor querido, ahora creo que este caballero esté muerto, pues ya ni oye ni entiende.

Mi señor Galván desmonta y encuentra que tenía muy rápido el pulso y no tenía demasiado fría la boca ni la mejilla y dice:

–Este caballero, doncella, está vivo, estad segura, pues tiene buen pulso y buen aliento. No tiene herida mortal, le traigo una hierba que según creo le ayudará mucho y le quitará el dolor de sus heridas en parte apenas la haya notado, pues no se puede poner en herida mejor hierba, según dicen los escritos, que atestiguan que tiene tal fuerza que si se metiera bajo la corteza de un árbol abierto, pero que no estuviera totalmente partido, las raíces volverían a agarrar y el árbol se haría tal que podría echar hojas y florecer. Ya no tendrá miedo de morir vuestro amigo, mi doncella, cuando se le haya puesto bien atada esta hierba sobre las heridas. Pero sería necesaria una cofia fina para atarla bien.

–Yo os daré ahora mismo –dice aquella a la que no le resulta grave– esta misma de mi cabeza, pues no tengo ninguna otra aquí.

Se quita de la cabeza la toca, que era muy fina y blanca. Mi señor Galván la corta, pues así tenía que hacerlo, y con un poco de la hierba que llevaba va vendando todas las heridas y la doncella le ayuda lo mejor que sabe y puede. Mi señor Galván no se mueve hasta que el caballero suspira, habla y dice:

–Dios recompense a quien me ha devuelto la palabra, pues he tenido gran miedo de morir sin confesar. Los diablos en procesión habían venido en busca de mi alma. Antes de que mi cuerpo sea enterrado, tengo gran deseo de confesión. Conozco a un capellán cerca de aquí, y si tuviera sobre qué montar yo iría a decirle y contarle mis pecados en confesión y tomaría la comunión. No temería la muerte, pues habría comulgado y me habría confesado. Pero hacedme ahora un favor, que no os moleste: dadme el rocín de ese escudero que ahí viene a trote.

Cuando mi señor Galván lo oye, se gira y ve venir a un escudero desagradable. Cómo era os lo voy a decir: tenía los cabellos enmarañados y rojos, tiesos y de punta, erizados como puercoespín, y las cejas tenía iguales, que todo el rostro y toda la nariz le cubrían hasta el bigote, que tenía retorcido y largo. Tenía la boca partida y la barba amplia, dividida y luego rizada, y el cuello corto y el pecho alto.

Tiene intención de ir hacia él mi señor Galván por saber si podría darle el rocín, pero antes le dice al caballero:

–Señor, así me ayude Dios, no sé quién es el escudero, antes os daría siete buenos caballos si los tuviera aquí en mi mano que su caballo, tal parece.

–Señor –le contesta–, sabed que no va buscando nada más que vuestro daño, si puede.

Mi señor Galván se dirige hacia el escudero que venía y le pregunta a dónde iba; aquél, que no es amable, le dice:

–¿Qué te importa a dónde vaya o de dónde venga o qué camino lleve? Que tu cuerpo tenga mala ventura.

Mi señor Galván con razón de inmediato le paga su merecido, lo golpea con la mano abierta, y como llevaba el brazo armado y tenía una gran intención de golpearle, lo derriba y vacía la silla; cuando intenta levantarse, se tambalea y cae de nuevo y se desmaya nueve veces o más. Cuando se levanta al fin dice:

–Vasallo, me habéis golpeado.

–Ciertamente –contesta–, te he golpeado, pero no te he hecho apenas daño; y bien siento haberte pegado, así me vea Dios; pero tú dijiste una gran tontería.

–No dejaré de decir qué recompensa tendréis –responde–. Perderéis el puño y el brazo con que me habéis dado el golpe y no se os perdonará.

Mientras ocurría esto volvió a la cabeza del caballero la palabra, que había tenido muy perdida, y dijo a mi señor Galván:

–Dejad a ese escudero, bello señor. No le oiréis decir nada por lo que podáis recibir honor. Dejadlo, y obraréis con sabiduría, pero traedme su rocín y tomad a esta doncella que está aquí a mi lado, apretadle las cinchas a su palafrén, ayudadla luego a montar, pues no quiero estar más aquí, antes me iré si puedo en el rocín y buscaré a continuación donde pueda confesarme, porque no quiero dejarlo por más tiempo hasta que me den los óleos y haya confesado y comulgado.

Mi señor Galván toma el rocín a continuación y se lo da al caballero, a quien la vista se le había aclarado y vuelto, y ha visto a mi señor Galván entonces por primera vez. Mi señor Galván ha sujetado a la doncella y la ha colocado sobre el palafrén noruego con amabilidad y cortesía. Mientras que él la estaba sentando, el caballero le coge el caballo, monta y empieza a caracolear por aquí y por allá; mi señor Galván ve que iba galopando por medio de la colina, se sorprende y ríe, y riendo le dice:

–Señor caballero, por mi fe es gran locura lo que veo, pues hacéis caracolear a mi caballo; desmontad y entregádmelo, pues os podríais hacer daño y las heridas se os podrían volver a abrir.

Él contesta:

–Galván, cállate, toma el rocín y obrarás con sensatez, pues has perdido el caballo, que lo he cogido para mi uso, y lo llevaré como mío.

–¡Cómo! ¿He venido aquí para tu bien y me harías ese daño? Al llevarte mi caballo cometerías una traición.

–Galván, por más censura que me sobreviniera, ahora querría tener en mis dos manos el corazón de tu vientre.

–Ahora –responde Galván– estoy oyendo un proverbio que dicen, que de buen servicio, mal galardón. Pero querría saber por qué quieres tener mi corazón y me quitas mi caballo, si nunca quise hacerte daño ni te lo hice en toda mi vida. No creo de ningún modo haber merecido eso de ti.

–Sí, Galván. Me viste cuando me hiciste una gran afrenta. ¿No te acuerdas de aquel al que causaste tan gran daño que a su pesar le hiciste comer con los perros durante un mes con las manos atadas a la espalda? Obraste como un loco, pues ahora recibes gran afrenta por ello.

–¿Eres, pues, Greorreas, el que cogió a la doncella a la fuerza e hiciste tu voluntad con ella? Sabías muy bien que en la tierra del rey Arturo están protegidas las doncellas. El rey les ha concedido treguas y las protege y las defiende, y no pienso ni creo que

por ese daño me odies ni que por eso me hagas ningún mal, pues lo hice en leal justicia que ha sido establecida y asentada por toda la tierra del rey.

–Galván, tú hiciste conmigo la justicia, bien me acuerdo; ahora es de tal forma que tienes que sufrir lo que yo haga, pues me llevaré el Gringalet, que en más no puedo vengarme por ahora. Tienes que cambiarlo por el rocín del que has derribado al escudero, que no tendrás otro cambio.

Con esto lo deja Greorreas y se lanza tras su amiga, que se marchaba al galope, y él la sigue muy deprisa. La mala doncella se rio y le dijo a mi señor Galván:

–Vasallo, vasallo, ¿qué vais a hacer? Ahora podéis decir sin mentir que el tonto malo no ha muerto. Bien sé que tengo la culpa al seguiros, así me guarde Dios. No iréis a ningún sitio sin que os siga con mucho gusto. Y ojalá el rocín que le habéis quitado al escudero fuera una yegua; así lo quisiera, sabedlo, pues tendríais mayor afrenta.

Al punto monta mi señor Galván en el rocín trotón y torpe como quien no podía hacer nada mejor. Y era el rocín un animal muy feo; el cuello delgado, gruesa la cabeza, largas orejas caídas, y por la vejez tenía todos los males, que uno de los belfos de la boca no le toca al otro por dos dedos. El rocín era delgado y duro, tenía los ojos turbios y oscuros, las patas costrosas, los ijares largos, destrozados por las espuelas; tenía delgada la grupa y largo el espinazo; las riendas y la testera del freno eran de cordel; la silla no tenía cubierta, pues hacía mucho tiempo que no era nueva; encuentra los estribos largos y débiles, tanto que no se atreve a sujetarse en ellos.

–¡Ay!, en verdad que ahora va bien la cosa, mi señor Galván –dice la doncella burlona–. Ahora voy a estar contenta y alegre de ir a donde queráis, pues es justo y razonable que os siga con gusto ocho días o quince enteros o tres semanas o un mes. Ahora lleváis buen arnés, ahora montáis un buen caballo, ahora parecéis buen caballero que deba acompañar a una doncella. Prime-

ro quiero divertirme viendo vuestras desgracias. Picad un poco a vuestro rocín con las espuelas, intentadlo, no os desaniméis, pues es muy rápido y corredor. Yo os seguiré, pues está acordado que no os dejaré hasta que os ocurra alguna afrenta. Ciertamente no os faltará.

Él le contesta:

–Bella amiga, decid lo que os parezca bien, pero no corresponde a doncella ser tan maldiciente después de los diez años, sino que debes ser bien educada, cortés y muy discreta.

–Caballero de mala ventura, no me importa vuestra enseñanza, marchad y callaos, pues ahora vais equipado tal como quería veros.

Así cabalgan hasta la tarde y se callan ambos. Él marcha y ella detrás de él, que no sabe qué hacer con su rocín del que no puede sacar carrera ni galope por ningún esfuerzo. Quiera o no, va al paso; y si le pica con las espuelas, lo sacude con un trote tan duro que le zarandea las entrañas de manera que en modo alguno puede soportar que vaya más que al paso.

De este modo va con el rocín por bosques yermos y solitarios hasta que llega a tierras llanas sobre un río profundo, tan ancho que ninguna honda de manganilla o de pedrera llegaría hasta la otra orilla ni la alcanzaría una ballesta. Al otro lado del río se asienta un castillo muy bien construido, bastante fuerte y bastante rico, no quiero que se me deje mentir.

El castillo se levanta sobre un acantilado y tenía tal riqueza que nunca vieron ojos de hombre que viva una fortaleza tan rica, pues sobre la pura roca había un palacio bien hecho, todo de mármol oscuro. En el palacio se abrían quinientas ventanas o más, y cien llenas de damas y de doncellas que miraban delante los prados y los vergeles floridos. Las doncellas iban vestidas de jamete, en su mayoría; vestían briales de diversos colores y telas de seda tejidas con oro en su mayoría. Así las doncellas estaban en las ventanas y asomaban su resplandeciente cabeza y su gentil cuerpo, que se veía desde fuera de la cintura para arriba.

Y la peor cosa del mundo, que llevaba a mi señor Galván, llegó a la orilla directamente y luego se detiene y desmonta del pequeño palafrén tordillo; en la orilla había una barca que estaba cerrada con una llave y sujeta a un poyo. En la nave había un remo; la doncella, que tenía corazón traidor en el vientre, entra en la nave, y tras ella su palafrén, que otro tanto había hecho muchas veces.

–Vasallo –dice–, desmontad y entrad aquí después que yo, con vuestro rocín, que está más flaco que un pollo; desamarrad esta chalupa y entraréis en mal año si rápidamente no atravesáis el río o si de inmediato no huis.

–Doncella, ¿por qué?

–No veis lo que yo estoy viendo; si lo vierais, caballero, huiríais muy pronto.

Mi señor Galván de inmediato vuelve la cara y ve venir a un caballero por medio de la landa completamente armado, y le pregunta a la doncella:

–No os moleste, decidme quién es ese que monta mi caballo, que me quitó el traidor al que curé de sus heridas esta mañana.

–Te lo voy a decir, por san Martín –dice la doncella con alegría–, pero sabed ciertamente que por nada te lo diría si en ello viera algún bien para ti. Como estoy segura de que viene para tu desgracia, no te lo voy a ocultar. Es el sobrino de Greorreas al que envía aquí tras de ti, y te voy a decir bien por qué, ya que me lo has preguntado. Su tío le ha ordenado que te siga hasta que te mate y le lleve como presente tu cabeza. Por eso te aconsejo que desmontes, si no quieres esperar la muerte. Entra aquí y huye.

–Ciertamente, no huiré por él, doncella, antes lo esperaré.

–Pues no te diré nada más –responde la doncella–, sino que me callo: que vais a hacer bello aguijar y bella carrera delante de las doncellas que allí están, elegantes y hermosas, apoyadas en esas ventanas. Por vos les gusta la situación y por vos han venido. Gran alegría mostrarán cuando os vean tambalearos. Bien parecéis aho-

ra un buen caballero, que con otro debe justar, cueste lo que os cueste.

–Doncella, no lo dejaré, sino que le iré al encuentro. Y si pudiera recuperar mi caballo, me pondría muy contento.

Entonces se dirige hacia la landa y vuelve la cabeza de su caballo hacia aquel que por el arenal venía picando espuelas. Mi señor Galván lo espera, se sujeta con tal fuerza a los estribos que rompe el izquierdo sin remedio y pierde el derecho, y así espera al caballero sin que el rocín se mueva y sin que se ponga en marcha, por más que lo pique con las espuelas.

–¡Ay, Dios –exclama–, qué malo es a caballero montar en rocín cuando quiere hacer armas!

Y mientras, el caballero aguija hacia él sobre el caballo, que no cojea, y le da tal golpe con la lanza que ésta se arquea y se rompe del través, quedando la punta en el escudo. Mi señor Galván le golpea en el escudo, en medio del brocal, y le alcanza de tal forma que le atraviesa el escudo y le rompe la cota, y lo derriba en la fina arena, y con la mano sujeta el caballo y salta sobre la silla.

Esta aventura le fue agradable, y tuvo tal alegría en su corazón que en toda su vida estuvo tan contento en ningún asunto. Vuelve junto a la doncella a la que había acompañado, pero no la encuentra, ni la barca ni a ella, lo que le desagradó mucho, pues la había perdido así, sin saber qué había sido de ella.

Galván en el Castillo de las Reinas

Mientras pensaba en la doncella vio venir del castillo una barcaza llevada por un barquero, que al llegar al puerto le dijo:

–Señor, os traigo saludos de parte de esas doncellas, que os piden, a la vez, que no me quitéis mi feudo: devolvédmelo, si os dignáis.

Él responde:

–Dios bendiga toda junta la compañía de las doncellas y después a ti; no perderás nada por mí de lo que puedas reclamar con justicia. No tengo ninguna intención de hacerte injusticias, pero ¿qué feudo me pides?

–Señor, habéis derribado en el puerto de aquí a un caballero cuyo caballo debo tener. Si no queréis hacerme ningún mal, debéis devolvérmelo.

Él le contesta:

–Amigo, ese feudo me sería duro de devolver, pues tendría que ir a pie.

–Ay, caballero, ya os tendrán por muy desleal y os lo tomarán muy a mal esas doncellas que veis, si no me devolvéis mi feudo, pues nunca ocurrió ni fue hecho que en este puerto fuera derribado un caballero, que yo sepa, sin que yo tuviera su caballo. O si no tuve el caballo, no me faltó el caballero.

Mi señor Galván le responde:

–Amigo, quedaos sin discusión con el caballero, y ayudadle.

–No está todavía tan mal herido –dice el barquero–, por mi fe. Vos mismo, según creo, tendríais gran dificultad para acogerlo si os atrevierais a hacerlo. Sin embargo, si tanto valéis, id a cogerlo y traédmelo, y quedaréis libre de mi feudo.

–Amigo, si desmonto a pie, ¿me podré fiar de ti, de que guardarás mi caballo de buena fe?

–Sí, con toda seguridad. Os lo guardaré lealmente y con mucho gusto os lo devolveré, pues contra vos no tendré nada, mientras esté vivo. Os lo prometo y os doy mi palabra.

–Y yo te creo, bajo tu promesa y tu fe.

Al punto desmonta del caballo, se lo entrega y él lo toma diciendo que lo guardará de buena fe.

Mi señor Galván se va, con la espada desenvainada, hacia aquél que ya no necesita más daño, pues estaba tan herido en el costado que había perdido mucha sangre. Mi señor Galván se dirige a él:

–Señor, no os lo voy a ocultar –dice aquél, que estaba muy desfallecido–, pues estoy muy gravemente herido y no necesito

nada peor. He perdido un sextario de sangre, me pongo a vuestra merced.

–Levantaos, pues, de aquí.

Él se levanta con algún esfuerzo, y mi señor Galván lo lleva al barquero, que le da las gracias. Mi señor Galván le ruega que le diga si sabe alguna noticia de dónde había ido una doncella a la que había llevado allí cerca; él le responde:

–Señor, no os preocupéis por la doncella a dondequiera que haya ido, pues no es doncella, sino que es peor que Satanás, pues en este puerto ha hecho cortar muchas cabezas de caballero. Pero, si queréis creerme, hoy vendréis a alojaros a un albergue como es el mío, pues no sería bueno para vos quedaros en esta orilla. Ésta es una tierra salvaje toda llena de cosas extrañas.

–Amigo, ya que me lo aconsejas, a tu consejo quiero atenerme, me ocurra lo que me ocurra.

Por consejo del barquero lo hace, y mete su caballo tras él. En la barca entran y se marchan, y llegan a la otra orilla. Cerca del agua estaba la casa del barquero, y era tal que podía bajar a ella un conde: estuvo muy bien y a gusto. El barquero lleva a su huésped y a su prisionero; y muestra la mayor alegría que puede.

Mi señor Galván fue servido de cuanto a un noble es necesario: tuvo para cenar chorlitos, faisanes y perdices, y caza, y los vinos eran fuertes y claros, blanco y tinto, joven y viejo. Por su prisionero estaba muy contento el barquero, y por su huésped. Después de cenar se les quita la mesa y se lavan las manos.

Por la noche tuvo mi señor Galván alojamiento y huésped a su gusto, y le agradó mucho el servicio del barquero y mucho le gustó.

A la mañana siguiente, tan pronto como pudo ver que el día amanecía se levantó según debía, pues así lo tenía por costumbre, y también el barquero se levantó por amor a él, y ambos se asomaron a las ventanas de una torrecilla. Mi señor Galván contempló la región, que era muy bella, y vio los bosques y las llanuras y el castillo sobre el acantilado.

–Huésped –dice–, no os pese, os quiero preguntar y que me digáis quién es el señor de esta tierra y de ese castillo.

El huésped le contesta de inmediato:

–Señor, no lo sé.

–¿No lo sabéis? Es admirable, pues me habéis dicho que sois servidor del castillo y tenéis de él rentas muy grandes, ¿y no sabéis quién es el señor?

–Ciertamente –le responde–, os lo puedo decir, no lo sé ni lo he sabido nunca.

–Bello huésped, decidme quién defiende y guarda el castillo.

–Señor, tiene muy buena guarda, quinientos entre arcos y ballestas, que siempre están dispuestos a disparar. Si alguien quisiera causar algún daño, no cesarían de tirar ni se cansarían de hacerlo, con tal ingenio están acompasados. Os diré cuál es la situación, pues hay una reina, dama muy gentil, de alto linaje y prudente, y que es de alto rango. La reina, con todo su tesoro que tenía de plata y de oro, vino a vivir a este país y ha hecho construirse tan fuerte residencia como podéis ver aquí, y trajo consigo a una dama a la que mucho estima y a la que llama reina e hija; ésta tiene otra hija, que no envilece su linaje ni le causa ninguna afrenta, y no creo que bajo el cielo haya más bella ni mejor educada. La sala está muy bien vigilada por arte y por encantamiento, como sabréis en breve, si os place que os lo diga. Un clérigo entendido en astronomía, al que la reina trajo, hizo unas maravillas tan grandes en este gran palacio que hay aquí que nunca oísteis semejantes ni nunca oísteis hablar de otras, pues caballero no puede permanecer a una legua vivo y sano si está lleno de cobardía, o tiene algún mal vicio de adulación o de avaricia. El cobarde o el traidor no dura, ni el fementido ni el perjuro: aquí mueren de inmediato, que no pueden durar ni vivir. Hay bastantes jóvenes, reunidos de muchas tierras, que sirven con las armas allí dentro, bien hay hasta quinientos: unos con barba, otros no, cien que no tienen ni barba ni bigote, otros cien a quienes apunta la barba, cien que se afeitan y se rasuran la barba todas las semanas, hay cien más blancos que la lana y cien entrecanos; hay

damas ancianas que no tienen ni maridos ni señores y que han sido desheredadas injustamente de tierras y honores, tras la muerte de sus maridos, y doncellas huérfanas que están con las dos reinas, que las tienen con gran honor. Esas gentes van y vienen por el castillo, y esperan una gran locura que no podrá ocurrir nunca, pues esperan que vaya allí un caballero que las proteja, que dé a las doncellas señor, devuelva a las damas sus honores y haga caballeros a los jóvenes. Pero el mar será de hielo antes de que se encuentre semejante caballero que pueda vivir en el castillo, pues sería deseable que fuera prudente y generoso, sin codicia, bello y franco, atrevido y leal, sin villanía y sin ningún defecto. Si uno así pudiera llegar, podría tener el palacio y devolvería a las damas sus tierras y conseguiría la paz en muchas guerras. Casaría a las doncellas y armaría a los jóvenes, y sin ninguna demora acabaría con los encantamientos del palacio.

A mi señor Galván estas noticias le agradaron y le resultaron muy hermosas.

–Huésped –dice–, bajemos allá y haced que me entreguen sin demora mis armas y mi caballo, pues no quiero esperar más aquí sino que me iré.

–Señor, ¿a qué parte? Quedaos, así os guarde Dios, hoy y mañana y más aún.

–Huésped, eso no será ahora y bendita sea vuestra casa. Me iré, así me ayude Dios, a ver qué hacen las damas y las maravillas que allí hay.

–Callad, señor, esa locura, si Dios quiere no la haréis, pero creedme, quedaos.

–Huésped, me tenéis por miedoso y cobarde; que Dios no tenga ya parte en mí, si creo en algún consejo.

–Por mi fe, por mi fe, señor, me callaré, pues sería esfuerzo vano. Y, ya que tanto os apetece ir, iréis, lo que mucho me pesa, y es justo que yo os acompañe, pues otra compañía, sabedlo bien, de nada os serviría. Pero quiero tener un don de vos.

–Huésped, ¿qué don?, quiero saberlo.

–Antes me lo tenéis que prometer.

–Bello huésped, haré vuestra voluntad siempre que no reciba afrenta.

Entonces ordena que le saquen del establo su caballo dispuesto para cabalgar; pide sus armas y se las traen. A continuación, se arma y monta y se dirige hacia allá, y el barquero se dispone a montar en su palafrén, que quiere acompañarlo con lealtad allí a donde va contra su deseo.

Cabalgan hasta que al pie de la grada que había delante del palacio encuentran sentado sobre un haz de hierba fresca a un cojo solo que tenía una pierna de plata, y por la parte de arriba estaba muy dorada, y de tanto en tanto tenía bandas de oro y de piedras preciosas. No tenía las manos quietas el cojo, pues sujetaba una navaja y estaba dando forma a un bastoncillo de fresno. El cojo para nada habla con los que pasan delante de él, ni ellos le dicen una sola palabra. El barquero se acerca a mi señor Galván y dice:

–Señor, ¿qué os parece ese cojo?

–Su pierna no es de álamo –contesta mi señor Galván–, por mi fe, y me ha gustado mucho lo que he visto.

–En nombre de Dios –dice el barquero–, el cojo es rico, de grandes y bellas rentas. Oiríais noticias que os desagradarían mucho si no fuera porque yo os doy compañía y os guío.

El Lecho de las Maravillas

Así siguen los dos hasta que llegan al palacio, cuya entrada era muy alta y tenía puertas ricas y hermosas, pues los goznes y los cerrojos eran de oro puro, según atestigua la historia. Una de las puertas era de marfil, bien tallado por arriba; la otra puerta era de ébano, también trabajada en la parte de arriba, y ambas decoradas con oro y piedras virtuosas. El pavimento del palacio era verde y rojo, índigo y azul; era de todos los colores diferentes, muy bien

labrado y bien pulido. En medio del palacio había una cama en la que no había ninguna cosa de madera, ni nada que no fuera de oro, salvo las cuerdas, que eran todas de plata. De la cama no digo ninguna fábula, pues de cada uno de los nudos colgaba una campana.

Por encima de la cama había extendida una gran colcha de jamete, y en cada una de las cuatro patas de la cama había un carbunclo engastado que lanzaba una gran claridad, mucho más que cuatro cirios encendidos. La cama estaba asentada sobre figuras que hacían muecas; y las figuras, sobre cuatro ruedas, que eran tan rápidas y ligeras que iba la cama por allí de un lado a otro con que la empujaran un poco con un solo dedo. Tal era la cama, según se dice en verdad, que nunca se hizo una semejante, ni se hará jamás, para rey ni para conde.

La gran sala estaba completamente tapizada, quiero que se me crea, que no había nada de yeso: de mármol eran las paredes; en la parte de arriba había vidrieras, tan claras que, si uno se fijaba, podía ver a través del vidrio a todos los que entraran en el palacio y pasaran por medio de la puerta. El vidrio estaba pintado de colores, los más hermosos y los mejores que se podrían decir y hacer. No quiero ahora contar ni describir todas las cosas. En el palacio había bien cuatrocientas ventanas cerradas y cien abiertas.

Mi señor Galván fue contemplando detenidamente el palacio por arriba y por abajo, aquí y allí. Después de mirar por todas partes, llama al barquero y dice:

–Bello huésped, no veo aquí nada que haga temible a este palacio y que no se deba entrar en él. Decid qué pretendíais cuando me prohibíais con tanta insistencia que viniera a verlo. Quiero sentarme en este lecho y descansar sólo un poco, pues nunca vi uno tan rico.

–Ay, bello señor, Dios os libre de que os acerquéis a esa parte, pues, si os acercáis, moriréis de la peor muerte de la que haya muerto ningún caballero.

–Huésped, ¿qué haré entonces?

–¿Qué, señor? Os lo voy a decir, pues os veo dispuesto a conservar vuestra vida. Cuando ibais a venir aquí os pedí en mi casa un don, pero no sabíais qué era. Ahora quiero reclamar el don: que volváis a vuestra tierra, y contáis a vuestros amigos y a las gentes de vuestro país que habéis visto tal palacio que no conocéis uno tan rico, ni vos ni nadie lo conoce.

–Entonces diré que Dios me odia y que he sido afrentado a la vez. Sin embargo, huésped, me parece que lo decís por mi bien. Pero no dejaría por nada de sentarme en la cama y contemplar a las doncellas que vi apoyadas ayer por la tarde en las ventanas que hay aquí.

Aquél, que por huir mejor retrocede, le responde:

–Vos no veréis a ninguna de las doncellas de que habláis. Pero marchaos de aquí del mismo modo que habéis venido, que nada veréis, por vos o por ninguna otra cosa. Ahora las doncellas, las reinas y las damas que están en las habitaciones de la otra parte os están viendo muy bien por las ventanas vidriadas, así me guarde Dios.

–Por mi fe –dice mi señor Galván–, al menos me sentaré en el lecho, ya que no veo a las doncellas, pues no pienso ni creo que semejante cama debiera ser hecha sino para que en ella se acostara alguien, gentil hombre o alta dama; me sentaré ya, por mi alma, me ocurra lo que me ocurra.

Aquél ve que no puede retenerlo y deja estar las palabras, pero no puede quedarse en el palacio hasta ver cómo se sienta en la cama, sino que toma el camino y dice:

–Señor, siento mucho y me pesa gravemente vuestra muerte, pues ningún caballero se sentó en esta cama sin morir, ya que es el Lecho de las Maravillas, en el que nadie duerme, sueña, descansa o se sienta que se levante sano y vivo. Por vos es una gran pena, dejaréis aquí la cabeza como prenda, sin rescate y sin remisión. Ya que por amor ni por discusión os puedo sacar de aquí, Dios tenga compasión de vuestra alma.

Entonces sale del palacio y mi señor Galván se sienta en el lecho armado como iba, con el escudo al cuello. Al sentarse, las cuerdas lanzan un grito y las campanas suenan de forma que ensordecen a todo el palacio, y todas las ventanas se abren y las maravillas quedan al descubierto y los encantamientos aparecen, que por las ventanas volaron cuadrillos y saetas allí dentro y alcanzaron no sé cuántos a mi señor Galván en el escudo, pero él no sabía quién le había atacado. El encantamiento era tal que nadie podía ver de dónde venían los cuadrillos, ni qué arqueros los disparaban, y bien podéis comprender qué gran ruido hubo al destensarse las ballestas y los arcos. Mi señor Galván no querría estar allí en ese momento por mil marcos.

En poco rato las ventanas se volvieron a cerrar sin que nadie las tocara, y mi señor Galván quitó los cuadrillos que se habían clavado en su escudo y le habían herido el cuerpo en varios sitios de tal forma que la sangre salía fuera. Antes de que los hubiera quitado todos le vino encima otro pleito, que un villano golpeó con un palo la puerta, y la puerta se abrió, y un león admirable, fuerte, feroz y hambriento saltó por medio de la puerta de la habitación y atacó a mi señor Galván con gran saña y con gran ira, de modo que le clavó todas las uñas en su escudo como si fuera cera, y lo derriba de forma que le hace caer de rodillas; pero él se pone en pie de inmediato y saca fuera de la vaina la buena espada y lo golpea, cortándole la cabeza y ambas manos. Entonces se puso mi señor Galván contento, pues las patas quedaron colgando en su escudo por las uñas, de forma que una quedó colgando y la otra se quedó dentro.

Tras matar al león, se vuelve a sentar en el lecho, y su huésped con rostro alegre regresa de inmediato al palacio y se lo encuentra sentado en el lecho, y le dice:

–Señor, os prometo que no debéis temer nada más. Quitaos toda vuestra armadura, pues las maravillas del palacio han cesado para siempre jamás, gracias a vos que habéis venido; seréis servido y honrado aquí por los jóvenes y de los canosos, adorado sea Dios.

En esto llegaron jóvenes en gran número, todos muy bien vestidos con cotas, se ponen todos de rodillas y dicen:

–Bello señor dulce, os ofrecemos nuestros servicios como a quien hemos esperado y deseado mucho, pues mucho os habéis retrasado para nosotros, según parece.

A continuación, uno de ellos lo sujeta y empieza a desarmarlo, y otros llevan al establo su caballo, que estaba fuera; y mientras le desarmaban entra allí una doncella, que era muy bella y agradable, con una diadema de oro en la cabeza, cuyos cabellos eran tan rubios como el oro o más; tenía el rostro blanco y por encima la había adornado Naturaleza con un color rojo y puro. La doncella era muy graciosa, bella, bien hecha, alta y recta. Tras ella venían doncellas bastantes, gentiles y hermosas; y un solo criado, que llevaba al cuello un vestido con cota, manto y sobrecota. El manto tenía piel de armiño y de cebellina negra como mora, y la parte de arriba era de escarlata roja. Mi señor Galván se admira de las doncellas que ve venir y no puede abstenerse de ponerse en pie ante ellas, diciendo:

–Doncellas, sed bienvenidas.

La primera se inclina ante él y dice:

–Mi señora la reina, bello señor querido, os manda saludos, y a todas nos manda que os tengamos por legítimo señor y que vengan todas a serviros. Yo os prometo mi servicio la primera sin engaño, y las doncellas que aquí vienen todas os tienen por su señor, que os habían deseado mucho y están contentas porque ven al mejor de todos los nobles. Y no hay más, sino que estamos dispuestas a serviros.

A continuación se arrodillan todas y se inclinan ante él como quienes se disponen a servirle y honrarle; él, sin tardanza, hace que se levanten y luego las sienta, pues le resultan muy agradables a la vista, en parte porque son hermosas, y más porque ellas hacen de él su príncipe y su señor. Tiene alegría, que nunca tuvo otra mayor, por el honor que Dios le ha hecho. Entonces se adelanta la doncella, la que había llegado la primera, saluda a mi señor Galván y le dice:

–Mi señora antes de veros os envía para que os pongáis este vestido, pues piensa, como quien no está privada de cortesía y de sentido, que habéis tenido gran esfuerzo y gran afán y gran molestia. Ponéoslo y probad si es de vuestra medida, pues, después del calor quienes son sabios del frío se guardan, ya que son muchos a los que la sangre se les enturbia por eso. Mi señora la reina os envía un vestido de armiño, para que el frío no os haga daño, porque del mismo modo que el agua se hace hielo, la sangre se cuaja y se hace espesa cuando uno tiembla después del calor.

Mi señor Galván responde como el más cortés del mundo:

–A mi señora la reina saluda este señor al que no le falta ningún bien y a vos como la bien hablada, la cortés y la agradable. Creo que la dama es muy discreta cuando tan corteses son sus mensajeros. Bien sabe qué necesita y qué conviene a un caballero ya que me envía aquí un vestido, se lo agradezco, para que me lo ponga. Dadle mucho las gracias de mi parte.

–Así lo haré señor, por mi fe –dice la doncella–, con gusto, mientras tanto podréis vestiros y contemplar el aspecto de este país por las ventanas; luego podréis, si os place, subir a la torre a ver bosques, llanuras y ríos, hasta que yo regrese.

Con esto se marcha la doncella y mi señor Galván se arregla con el vestido, que era muy rico, y se sujeta el cuello con un broche que colgaba. Luego tiene ganas de ir a ver los lugares que hay en la torre. Él y su huésped van y suben por una escalera de caracol junto al salón abovedado y llegan a lo alto de la torre y vieron el país alrededor, más hermoso que nadie podría decir. Mi señor Galván lo contempla todo, los ríos y las tierras llanas y los bosques llenos de animales, y mira a su huésped y le dice:

–Huésped, por Dios, me apetece mucho vivir aquí para ir a cazar y tirar en esos bosques de aquí al lado.

–Señor –dice el barquero–, en eso podéis callaros muy bien, pues he oído contar frecuentemente que ha sido establecido y

decidido que nunca de esta casa salga, ya sea con razón o sin ella, aquel a quien Dios ame tanto como para que lo llamen aquí dentro amo, señor y protector. Por eso no os conviene hablar ni de cazar ni de tirar, pues tendríais que vivir aquí: nunca más podríais volver a salir.

–Huésped –le dice–, callaos. Me váis a sacar de juicio si os oigo hablar más. Así me ayude Dios, no podría vivir aquí siete días más que si fueran siete veces veinte años, si no pudiera salir siempre que lo desease.

Con esto desciende y vuelve a entrar en el salón. Muy triste y muy pensativo vuelve a sentarse sobre el lecho con la cara muy afligida y sombría, hasta que regresa la doncella que había estado allí antes. Cuando mi señor Galván la ve se levanta ante ella, afligido como estaba, y al punto la saluda. Ella se da cuenta de que había cambiado el color y la actitud, según bien se veía en su aspecto, y que estaba molesto por algo, pero no se atreve a manifestarlo, y le dice:

–Señor, cuando os plazca mi señora vendrá a veros. La comida está dispuesta, comeréis si queréis aquí abajo o arriba.

Mi señor Galván responde:

–Bella, no tengo ganas de comer. Que mi cuerpo tenga mala ventura si como o me alegro antes de tener otras noticias con las que pueda alegrarme, pues gran necesidad tengo de oírlas.

La doncella, muy sorprendida, se retira al momento y la reina la llama y le pide noticias:

–Hermosa nieta –dice la reina–, ¿en qué situación, en qué actitud habéis encontrado al buen señor que Dios nos ha dado?

–Ay, gentil reina honrada, estoy muerta y descorazonada de dolor por el franco caballero amable al que no se puede sacar palabra que no sea de tristeza y dolor. No sé deciros la causa, pues no me la ha dicho, ni la sé, ni me he atrevido a preguntársela. Pero bien os puedo decir de él que la primera vez hoy lo encontré tan agradable, tan bien hablante y educado que no se podría uno saciar de escuchar sus palabras ni de ver su bella cara. Ahora es com-

pletamente distinto, pues querría estar muerto, según creo, no ve nada que no le moleste.

–Mi nieta, no os descorazonéis, pues pronto estará con ánimo apenas me vea. No tendrá tan gran dolor en el corazón que de inmediato no se le salga y le entre gran alegría en el lugar de la tristeza.

Entonces se ha puesto en marcha la reina, ha ido al palacio y la otra reina con ella, a quien le resultaba muy agradable ir, y llevaban con ellas de la mano bien a ciento cincuenta doncellas y a otros tantos jóvenes. Apenas mi señor Galván ve venir a la reina y a la otra que llevaba de la mano, su corazón le dice y adivina que ésta era la reina de la que había oído hablar, pero bien lo puede adivinar, pues le vio las trenzas blancas que le colgaban por las caderas, e iba vestida de seda matizada blanca con hilos de oro y bordado menudo.

Cuando mi señor Galván la ve, no tarda en ir hacia ella, la saluda y ella le dice:

–Señor, yo soy la señora de este vuestro palacio. Os dejo el señorío, pues os lo habéis merecido muy bien. ¿Sois de la mesnada del rey Arturo?

–Señora, sí, ciertamente.

–¿Y sois, quiero saberlo, de los caballeros de la guardia real que han hecho tantas proezas?

–Señora, no.

–Bien os creo. ¿Sois, decídmelo, de los de la Mesa Redonda, de los mejores caballeros del mundo?

–Señora –contesta–, no me atrevería a decir que soy de los más famosos. Ni me pongo entre los mejores, ni creo ser de los peores.

Ella le responde:

–Bello señor, gran cortesía os oigo decir, pues no aceptáis la fama de los mejores, ni la infamia de los peores. Decidme, el rey Lot, ¿cuántos hijos tuvo de su mujer?

–Señora, cuatro.

–Decidme sus nombres.

–Señora, Galván es el mayor; el segundo es Agravain, el orgulloso de las duras manos; Gueheriet y Guerrehet se llaman los otros dos de después.

La reina le insiste:

–Señor, así me ayude Nuestro Señor Dios, ésos son los nombres, según me parece. Ojalá quisiera Dios que todos juntos estuvieran ahora aquí con nosotros. Decidme, ¿conocéis al rey Urién?

–Señora, sí.

–¿Tiene en la corte algún hijo?

–Señora, sí, dos de gran renombre. Uno se llama Yvain, el cortés, el afable. Todo el día estoy contento cuando por la mañana puedo verlo, tan discreto y tan cortés lo encuentro. El otro también se llama Yvain, pero no es hermano suyo, por eso se le llama el Bastardo, que vence a todos los caballeros que se enfrentan con él. Están los dos en la corte y son muy famosos, muy prudentes y muy corteses.

–Bello señor –dice ella–, al rey Arturo, ¿cómo le va?

–Mejor que nunca hasta ahora, más sano y más a gusto, más fuerte.

–Por mi fe –dice ella–, eso no está mal. Es niño, el rey Arturo. Tiene cien años, no tiene más y no puede tener más. Pero aún quiero saber de vos que me digáis solamente la actitud y el estado de la reina, si no os pesa.

–Ciertamente, señora, es tan cortés, es tan bella y tan discreta que Dios no hizo ley ni lengua en la que se encuentre tan discreta dama. Desde que Dios formó a la primera mujer con la costilla de Adán, no hubo dama tan famosa; y bien debe serlo, pues del mismo modo que el sabio maestro adoctrina a los niños pequeños, así mi señora la reina enseña y educa a todo el mundo, pues de ella desciende todo el bien, porque de ella viene y de ella surge. De mi señora no se puede ir nadie que se tenga por desaconsejado, pues bien sabe lo que cada cual vale y lo que se debe hacer con cada uno para que le agrade. Nadie hace honores ni obra bien sin que

se lo haya enseñado mi señora, y no habrá nadie tan desdichado que de mi señora se marche triste.

–Tampoco os pasará, señor, conmigo.

–Señora –le contesta–, bien os creo, pues antes de veros no me importaba nada de lo que hiciera, tan mal y triste estaba. Ahora estoy tan alegre y tan contento que más no podría estar.

–Señor, por Dios que me hizo nacer –dice la reina de las blancas trenzas–, aún se doblarán vuestras alegrías y aumentará más vuestro gozo y no os faltará nunca. Y ya que estáis alegre y contento, y la comida está dispuesta, comeréis cuando os apetezca en el lugar que os agrade. Si queréis, comeréis arriba, y si queréis, vendréis a comer en mis habitaciones.

–Señora, no quiero cambiar esta sala por ninguna habitación, pues me han dicho que nunca ningún caballero comió ni se sentó aquí.

–No, señor, ninguno que volviera a sentarse vivo o que permaneciera vivo en una legua o en media.

–Señora, entonces comeré aquí, si vos me dais el permiso.

–Señor, os lo doy con mucho gusto, y vos seréis el primer caballero que haya comido aquí.

Con esto se marcha la reina y le deja bien ciento cincuenta de las más hermosas de sus doncellas, que comieron en el palacio a su lado, le sirvieron y le atendieron en cuanto deseó. Le sirvieron la comida más de cien criados; unos eran completamente canosos, y otros mezclaban canas, y otros no; otros no tenían barba o bigote, y de éstos dos permanecieron de rodillas, uno trinchando y el otro poniendo vino. Mi señor Galván hizo que su huésped comiera a su lado, y la comida no fue corta pues duró más de lo que dura un día de alrededor de la Navidad, hasta que fue noche cerrada y oscura y se encendieron grandes hachones antes de que la comida terminara. Después de comer, antes de que se acostase, no cesan de mostrar alegría por su señor, al que quieren mucho.

Cuando quiso ir a acostarse, lo hizo en el Lecho de las Maravillas. Una doncella que le hizo dormir allí le puso una almohada bajo la oreja; a la mañana siguiente, al despertar, le prepararon un vestido de armiño y de jamete.

El barquero llegó por la mañana ante el lecho; levantó a mi señor Galván y lo vistió e hizo que se lavara las manos. Al levantarse estaba Clarisant, la grande, la bella, la agradable, la discreta, la afable. Ha ido a la habitación ante la reina su abuela, que le pregunta y le dice:

–Nieta, por la fe que me debéis, ¿se ha levantado ya vuestro señor?

–Sí, señora, hace mucho rato.

–¿Y dónde está, mi bella nieta?

–Señora, ha ido a la torrecilla y no sé si ha vuelto a bajar.

–Nieta, quiero ir ante él, y si Dios quiere, hoy no tendrá más que bien, gozo y alegría.

Al punto se pone en pie la reina que desea ir ante él y lo encontró arriba, en la ventana de una torrecilla, desde donde miraba a una doncella que venía por abajo por un prado y vio a un caballero armado. Mientras estaba viendo esto, he aquí por otro lado a las dos reinas juntas, que encontraron en sendas ventanas a mi señor Galván y a su huésped.

–Señor, levantaos con bien –le dicen las dos reinas–, que este día os sea alegre y gozoso, que así lo conceda el glorioso Padre que de su hija hizo su madre.

–Señora, que os dé gran alegría Aquel que a la tierra envió a su hijo para enaltecer la cristiandad. Pero, si os parece bien, venid un poco a la ventana y decidme quién puede ser una doncella que viene ahí y lleva a un caballero con ella con escudo de cuarteles.

–Os lo voy a decir con mucho gusto –dice la reina que lo ve–. Es aquella a la que mal fuego queme, que ayer por la tarde os trajo aquí. Pero no os preocupéis por ella, pues es demasiado mala y villana. Por el caballero que lleva os ruego que no os importe, pues es sin duda caballero valeroso sobre todos los caballeros. Su combate no es un juego, pues ha vencido y matado a muchos caballeros en ese puerto ante mi vista.

–Señora –le dice–, quiero ir a hablar con la doncella, si me dais permiso.

–Señor, no quiera Dios que yo os dé permiso para vuestro mal. Dejad que vaya a sus asuntos la mala doncella desagradable. Si Dios quiere, por semejante mujer no saldréis de este palacio. No debéis salir nunca más, si no queréis cometer una falta grave.

–¡Cómo!, reina agradable, ahora me habéis causado un gran desánimo. Me tendría por mal pagado si no pudiera salir del castillo. No quiera Dios que esté en él mucho tiempo prisionero de esta forma.

–Ay, señora –dice el barquero–, dejad que haga su voluntad, no lo retengáis a su pesar, pues podría morir de dolor.

–Yo lo dejaré salir –dice la reina–, a condición de que, si Dios lo guarda de morir, vuelva esta noche.

–Señora –responde–, no os preocupéis que regresaré si puedo. Pero os pido y ruego un don, si os parece bien y lo aceptáis, que no me preguntéis mi nombre antes de ocho días, que no os sepa mal.

–Y yo, señor, ya que así lo deseáis, me aguantaré –dice la reina–, pues no quiero tener vuestro odio. Ésa sería la primera cosa que os habría rogado, que me dijerais vuestro nombre, si no me lo hubierais prohibido.

Así bajan de la torrecilla, corren los criados y le entregan las armas para que arme su cuerpo, le sacan el caballo y él monta completamente armado y va al puerto y el barquero con él; entran los dos en una barca y reman con tanta fuerza que llegan a la otra orilla y mi señor Galván sale. El otro caballero dice, a la doncella despiadada:

–Amiga, decidme, ¿ conocéis a ese caballero que viene armado hacia nosotros?

Y la doncella responde:

–No, pero bien sé que es el que me trajo ayer a esta parte.

Él responde:

–Así me guarde Dios, no iba buscando otra cosa. Había tenido gran miedo de que se me hubiera escapado, pues ningún caballero nacido de madre pasó los puertos de Galvoie, viéndolo yo y encontrándomelo delante, que luego pueda envanecerse de haber regresado de esta tierra. Éste será preso y retenido, pues Dios me lo deja ver.

Al punto el caballero se lanza sin desafío ni amenazas, aguija el caballo, embraza el escudo; y mi señor Galván se dirige contra él, y lo golpea de tal forma que lo hiere en el brazo y muy gravemente en el costado; pero no estaba herido de muerte, pues la loriga resistió muy bien y el hierro de la lanza no pudo pasarla, salvo que le mete el extremo de la punta dos dedos enteros en el cuerpo, y lo derriba al suelo; él se vuelve a levantar, ve su sangre, lo que le pesa mucho, que por el brazo y por el costado le corría a borbotones. Va a él con la espada brillante, pero se cansó en muy poco tiempo, de tal manera que no podía sostenerse y tuvo que rendirse; mi señor Galván acepta la fianza y luego se la entrega al barquero que estaba esperando.

La mala doncella había desmontado de su palafrén. Él se le acerca, la saluda y dice:

–Volved a montar, bella amiga, pues no os voy a dejar así, sino que os llevaré conmigo al otro lado del río, adonde tengo que volver.

–¡Ay –le contesta ella–, caballero, cómo os hacéis ahora el atrevido y fiero! Habríais tenido bastante combate si mi amigo no hubiera estado cansado por viejas heridas que tuvo. Bien habrían terminado vuestras mentiras, y no os hubierais jactado tanto, y estaríais más callado que con jaque mate en la esquina. Pero reconocedme la verdad: ¿creéis que valéis más por haberlo derribado? Ocurre con frecuencia, bien lo sabéis, que el débil derriba al fuerte. Pero si dejarais este puerto y vinierais conmigo a aquel árbol e hicierais una cosa que mi amigo, al que habéis metido en la nave, hacía por mí cuando yo lo deseaba, entonces yo atestiguaría que valéis más que él y no os seguiría teniendo por cobarde.

–Por ir hasta allí –le responde–, doncella, no quedará que no haga vuestra voluntad.

Ella le dice:

–No quiera Dios que os vea volver.

Con esto se ponen en camino ella delante y él detrás, y las doncellas del palacio y las damas se tiran de los cabellos, se rompen los vestidos y los desgarran diciendo:

–Ay, desdichadas de nosotras, ¿por qué seguimos vivas cuando vemos que para su vergüenza y desdicha se va aquel que debía ser nuestro señor? La mala doncella lo lleva y lo dirige, la mal nacida, allí de donde ningún caballero regresa. Desdichadas de nosotras, estamos tan desoladas, cuando nos dábamos por nacidas en buena hora pues Dios nos había enviado a aquel que sabía todos los bienes, a aquel en quien no faltaba nada, ni valor ni otras virtudes.

Así se lamentaban aquéllas por su señor, al que veían que seguía a la mala doncella. Bajo el árbol llegan los dos, y cuando ya estuvieron allí, mi señor Galván la llamó:

–Doncella, decidme si puedo quedar libre. Si queréis que haga algo más, antes de perder vuestra gracia lo haré, si puedo.

Y la doncella le dice:

–¿Veis ese vado profundo, cuyas orillas son tan altas? Mi amigo solía pasar por allí.

–Pero yo no sé dónde está el vado. La orilla está demasiado alta, me temo, y el vado demasiado profundo por todas partes, de manera que no se podría bajar a él.

–Vos no os atrevéis a entrar –dice la doncella–, bien lo sé. Ciertamente, nunca pensé que tuvierais tanto valor como para atreveros a pasar, pues éste es el Vado Peligroso, que nadie, si no es admirable, no se atreve a pasar por nada.

Entonces mi señor Galván lleva a la orilla su caballo y ve el río profundo abajo y la orilla escarpada hacia arriba, pero el curso era estrecho. Cuando mi señor Galván lo ve, dice que su caballo había saltado fosos mucho mayores y piensa que había oído decir y contar en varios lugares que quien pudiera atravesar el río profundo del Vado Peligroso alcanzaría todo el mérito del mundo. Entonces se aleja de la orilla y vuelve al galope tendido para saltar al otro lado; pero falla, pues no dio bien el salto, y cayó derecho en medio del vado. Y su caballo nada hasta tocar tierra con las cuatro patas, esforzándose en salir.

Y se esfuerza tanto que salta a la orilla, que era muy alta. Cuando ya estaba en la orilla, se queda quieto en pie, sin poderse mover, y entonces a la fuerza tuvo mi señor Galván que desmontar, pues encontraba al caballo muy débil. Desmonta de inmediato y se dispone a quitarle la silla, y se la quita y la pone de lado para que se seque. Cuando le quitó el petral, le escurre el agua del lomo y de los costados y las patas; luego, le vuelve a poner la silla y monta, y se va a pasos cortos hasta que ve a un caballero solo que cazaba con un gavilán.

En el prado, delante del caballero, había tres perritos de caza. El caballero era tan bello que no se podría decir con la boca. Cuando mi señor Galván se le acerca, lo saluda y le dice:

–Bello señor, Dios, que os hizo bello sobre las demás criaturas, os dé hoy buena ventura.

Él le responde sin tardar:

–Tú eres el bueno, tú eres el bello. Dime, si no te molesta, ¿cómo has dejado sola allí a la mala doncella? ¿A dónde ha ido su acompañamiento?

–Señor –le contesta–, un caballero que lleva un escudo de cuarteles la acompañaba cuando la encontré.

–¿Y qué hicisteis con él?

–Lo vencí con las armas.

–¿Y qué pasó con el caballero?

–Se lo ha llevado el barquero, pues me dijo que lo debía tener.

–Ciertamente, bello señor, os dijo la verdad. La doncella era mi amiga, pero nunca fue tal que se dignara en amarme, ni se dignó en llamarme amigo, que nunca hizo nada por mi bien, pues yo la amaba en contra de su voluntad, ya que se la había quitado a un amigo suyo que la solía llevar consigo: lo maté y a ella me la llevé esforzándome en servirla. Pero no aceptó mi servicio, pues

tan pronto como pudo dejarme buscó la ocasión e hizo su amigo de aquel al que ahora le has quitado, que no era un caballero de bromas, sino que era muy valiente, así me ayude Dios; pero no fue tal que se atreviera a ir nunca a un lugar donde pensara encontrarme. Tú has hecho hoy una cosa que ningún caballero se atreve a hacer; y porque te atreviste, has ganado el mérito y la fama del mundo con tu gran proeza: saltar el Vado Peligroso, gracias a tu gran valor; debes saber que ciertamente ningún caballero salió de él.

–Señor –le dice–, entonces me mintió la doncella al decirme y hacerme creer como cierto que una vez al día lo pasaba su amigo por amor a ella.

–¿Eso os dijo la renegada? Ay, ojalá estuviera ahogada, pues está llena de diablos, por haberos dicho tan gran mentira. Ella os odia, no lo puedes negar, y el diablo a quien Dios confunda quería hacer que os ahogarais en el río odioso y profundo. Pero ahora dame tu fe, y me prometerás y yo a ti si me quieres preguntar algo, para alegría o para dolor mío, que no ocultaré nada de la verdad, si la sé; y tú también me lo dirás, que por nada me mentirás, en todo lo que yo quiera saber, si tú puedes decirme la verdad.

Se han hecho los dos esta promesa, y mi señor Galván empieza a preguntar el primero:

–Señor –dice–, os quiero preguntar por una ciudad que veo allí, ¿a quién pertenece y cómo se llama?

–Amigo –le responde–, sobre la ciudad os diré la verdad. La ciudad que veis es mía; no hay hombre nacido al que deba algo y no tengo nada si no es de Dios. Se llama Orquelenes.

–¿Y vos, cómo?

–Giromelant.

–Señor, muy decidido y muy valiente sois, bien lo he oído decir, y sois señor de una gran tierra. ¿Y cómo se llama la doncella de la que ninguna buena noticia se cuenta ni cerca ni lejos, tal como vos atestiguáis?

–Bien puedo testimoniar que hay que alejarse de ella, pues es muy mala y desdeñosa. Por eso se llama Orgullosa de Logres, donde nació, y de donde la trajeron muy pequeña.

–Y ¿cómo se llama su amigo, el que ha ido, lo quisiera o no, a la prisión del barquero?

–Amigo, sabed del caballero que es un caballero admirable y se llama Orgulloso de la Roca del Paso Angosto que guarda los puertos de Galvoie.

–¿Y cómo se llama el castillo tan bueno y tan hermoso de aquel otro lado, del que he venido hoy, y en el que comí y bebí ayer por la noche?

A estas palabras Giromelant se vuelve como enfadado y empieza a alejarse. Galván lo llama:

–Señor, señor, hablad conmigo, acordaos de vuestra promesa.

Giromelant se detiene, e inclina la cabeza y dice:

–La hora en que te vi y en que te prometí mi fe sea maldita y desgraciada. Vete, declaro disuelta la promesa, libérame de la mía, pues no pensaba pedirte ninguna noticia de aquella parte. Tú sabes tanto de la luna como del castillo, según creo.

–Señor –le contesta–, allí pasé la noche y dormí en el Lecho de las Maravillas al que ningún lecho se puede comparar y nadie vio su semejante.

–Señor, me sorprenden las noticias que me das. Ahora me resulta agradable y deleitoso escuchar tus mentiras, pues del mismo modo oiría hablar a un cuentista que a ti. Eres un juglar, bien lo veo. Pensaba que fueras caballero y que hubieras hecho allí alguna hazaña. Sin embargo, hazme saber si hiciste alguna proeza allí y qué cosa viste.

Y mi señor Galván le dice:

–Señor, cuando me senté en el lecho, hubo en el palacio una gran tormenta, no penséis que os miento, que las cuerdas del lecho gritaron y tocaron unas campanas que colgaban de las cuerdas de la cama; y las ventanas que estaban cerradas, de inmediato se abrieron; en mi escudo golpearon cuadrillos y saetas

afiladas, y en él han quedado las uñas de un gran león fiero y con melena, que mucho tiempo había estado encadenado en una habitación. Me trajeron el león y atacó a mi escudo de tal forma que por las uñas quedó sujeto sin poderlas quitar. Y si pensáis que no se note, ved aún las uñas aquí, pues, gracias a Dios, le corté la cabeza a la vez que las patas. ¿Qué os parecen esas señales?

Giromelant a esas palabras se echa al suelo tan rápido como puede, se inclina ante él con las manos juntas y le ruega que le perdone la locura que le había hecho.

–Yo os declaro completamente libre, volved a montar.

Él monta, que siente gran vergüenza por su locura y dice:

–Señor, así me guarde Dios, no pensaba que en ninguna parte ni cerca ni lejos pudiera haber un caballero que tuviera el honor que vos habéis tenido. Pero decidme si visteis a la reina canosa y si le preguntasteis quién era y de dónde había venido.

–No –le responde–, no me acordé, pero la vi y hablé con ella.

–Pues yo –le dice– os lo voy a decir. Es la madre del rey Arturo.

–Por la fe que le debo a Dios el rey Arturo, según pienso, no tiene madre desde hace mucho tiempo, pues ha pasado los sesenta años, que yo sepa, y bastante más.

–Pues es cierto, señor, es su madre. Cuando Uterpandragón, su padre, fue enterrado, ocurrió que la reina Ygerne vino a esta tierra y trajo todo su tesoro y construyó sobre aquella roca el castillo y el palacio tan rico y hermoso como os he oído contar. Y visteis también, bien lo sé, a la otra reina, la otra dama, la grande, la bella, que fue mujer del rey Lot y madre de aquel que ojalá tenga mal camino hoy. Es madre de Galván.

–A Galván, bello señor, lo conozco bien y os diré que ese Galván no tiene madre desde hace por lo menos veinte años.

–Sí que lo es, señor, no lo dudéis. Tras su madre vino aquí embarazada de un niño vivo, de la muy hermosa, de la gran doncella que es mi amiga, y hermana, no mentiría, de aquel a quien

Dios dé gran vergüenza, pues ciertamente, él no tendría cabeza si yo lo alcanzara y yo estuviera tan cerca como estoy de vos aquí, pues de inmediato le cortaría la cabeza con las manos, por lo mucho que lo odio.

–Vos no amáis como yo –le contesta mi señor Galván–, por mi alma. Si yo amara a una doncella o a una dama por su amor amaría y serviría a todo su linaje.

–Tenéis razón, y estoy de acuerdo. Pero cuando me acuerdo de Galván, cómo su padre mató al mío, no puedo desearle ningún bien; y él mismo, con sus propias manos, mató a un caballero primo hermano mío, valiente y noble. Nunca he ido a un lugar donde pudiera vengarlo de ninguna manera. Pero hacedme ahora un favor, id al castillo y llevad este anillo a mi amiga y entregádselo. Por mí quiero que vayáis, y decidle que confío y creo tanto en su amor, que estoy seguro de que preferiría que su hermano Galván muriera de muerte amarga a que yo fuera herido en el más pequeño dedo de mi pie. Saludaréis a mi amiga y le entregaréis este anillo de mi parte, que soy su amigo.

Entonces mi señor Galván se ha puesto el anillo en el dedo meñique y dice:

–Señor, por la fe que os debo, tenéis amiga cortés y discreta, y es de alto linaje, bella, gentil y agradable, si acepta el asunto según me lo acabáis de contar.

Él le contesta:

–Señor, gran bondad me haríais, os lo prometo, si me lleváis el anillo como presente a mi amiga querida, a la que amo mucho sobremanera. Os lo recompensaré y os diré el nombre que me habéis preguntado del castillo. Si no lo sabéis, se llama Roca de Chanpguín. Muchas buenas telas rojas y sanguíneas se tiñen en él y muchas escarlatas, y allí se vende y se compra mucho.

»Ya os he dicho lo que queríais, y no os he mentido en una palabra, y vos también me habéis hablado muy bien. ¿Me vais a pedir algo más?

–No, señor, sólo permiso.

–Señor, vuestro nombre me diréis, si no os pesa, antes de que os deje ir de mi lado.

Mi señor Galván le responde:

–Señor, así me ayude Dios, nunca mi nombre fue ocultado. Yo soy aquel a quien tanto odiáis, yo soy Galván.

–¿Tú eres Galván?

–Ciertamente, sobrino del rey Arturo.

–Por mi fe, entonces tú eres muy osado o muy loco, pues me dices tu nombre sabiendo que te odio a muerte. Ahora lo siento y me pesa mucho por no tener atado el yelmo y el escudo embrazado al cuello, porque si estuviera armado así, como tú, ten por seguro que te cortaría ahora mismo la cabeza, y por nada te lo perdonaría. Si te atreves a esperarme iré a por mis armas y luego volveré a combatir contigo, y traeré a tres o cuatro hombres para que contemplen nuestro combate; o si quieres que sea de otra forma esperaremos hasta siete días y al sexto regresaremos a este lugar completamente armados, tú habrás convocado al rey y a la reina y a todas sus gentes, y yo tendré también mi séquito, convocado por toda esta tierra, y nuestro combate no será hecho a escondidas, sino que lo verán todos aquellos que quieran verlo, pues el combate de dos valientes tal como dicen que nosotros dos somos no se debe hacer en secreto, sino que es justo que haya bastantes damas y caballeros. Y cuando uno sea vencido, que todo el mundo lo sabrá, mil veces más honor tendrá el vencedor del que tendría si no lo supiera nadie más que él.

–Señor –contesta mi señor Galván–, con gusto haría menos, si pudiera ser y vos quisierais que no hubiera combate. Si en algo os he hecho algún daño, con mucho gusto lo repararé con mis amigos y con los míos, de forma que sea razonable y bueno.

–No puedo saber qué razón habría para que no te atrevas a combatir conmigo. Te he dicho dos cosas, haz la que quieras: si te atreves, espera, e iré a buscar mis armas; o tú convocarás en tu tierra todas tus fuerzas en siete días, que en Pentecostés será la

corte del rey Arturo en Orcania según las noticias que he oído, y no hay más que dos jornadas hasta allí. Al rey y a su gente preparada podrá encontrar allí tu mensajero. Envíalo y obrarás como prudente, pues un día de plazo vale cien sueldos.

–Así me salve Dios, allí será la corte sin ninguna duda, sabéis toda la verdad; allí lo enviaré, así lo quiero.

–Galván, yo te quiero llevar al mejor puerto del mundo. Este río es tan rápido y profundo que no lo puede pasar ninguna cosa que viva ni saltar a la otra orilla.

Mi señor Galván responde que no buscará ni vado ni puente por nada que le ocurra.

–Antes de que lo tome como una maldad la doncella traidora a la que le he hecho la promesa, me iré directamente a ella.

Entonces aguija y el caballo salta por encima del agua con agilidad, pues no tenía ningún impedimento. Cuando la doncella lo ve pasar hacia ella, que tanto lo había maltratado con sus palabras, cambia su corazón y su talante, y al punto lo saluda y le dice que ha venido a pedirle piedad por sus malos hechos, que le han causado grandes aflicciones.

–Bello señor –dice ella–, escucha por qué he sido tan cruel con todos los caballeros del mundo que tras ellos me han llevado. Te lo voy a decir, no te enojes: aquel caballero, a quien Dios destruya, que en la otra orilla hablaba contigo depositó mal su amor en mí, pues él me amó, y yo lo odié, porque me había causado tan gran daño que mató, y no miento, a aquel de quien yo era amiga; luego se esforzó en hacerme tanto honor que creía atraerme hacia su amor. Pero de nada le sirvió, pues tan pronto como me lo permitió me escapé de su compañía y me reuní con el caballero del que tú me has privado hoy, lo cual me importa un comino. Pero por mi primer amigo, cuando la muerte me separó de él, he estado tanto tiempo loca y tan orgullosa en mis palabras, tan villana y tan tonta, que nunca me preocupaba de con quién iba discutiendo, y lo hacía a sabiendas, pues quería encontrar a uno tan iracundo que yo lo hiciera airarse y encolerizarse con-

migo para que me despedazara por completo, pues hace tiempo que deseaba estar muerta. Señor, haced justicia conmigo ahora, de tal forma que ninguna otra doncella que oiga noticias de mí diga afrentas a ningún caballero.

–Bella –le contesta–, ¿a mí que me da hacer justicia con vos? No quiera el hijo de Nuestro Señor Dios que vos recibáis ningún daño por mí, pero montad, no lo demoréis, e iremos a aquella fortaleza. Ved al barquero en el puerto que nos espera para pasar al otro lado.

–Vuestra voluntad haré en todo, señor –dice la doncella.

Monta entonces en la silla del pequeño palafrén de largas crines, van al barquero que los lleva al otro lado del río, sin que les resultara duro ni fatigoso. Las damas lo ven venir y las doncellas que habían tenido un gran duelo por él. Por él habían desesperado todos los jóvenes del palacio. Ahora tienen tal alegría que nunca hubo una mayor.

Delante del palacio se sentó la reina a esperarlo; hizo que sus doncellas se dieran la mano todas juntas para bailar y para empezar una gran alegría: así lo hacen, por él cantan, bailan y danzan; y él llega y desmonta entre ellas. Las damas y las doncellas y las dos reinas lo abrazan y con gran alegría hablan con él, con gran fiesta le desarman piernas, brazos, pies y cabeza. Por la que traía muestran un gran alborozo, que todos y todas la sirvieron por él, pues por ella nada harían. Con gran alegría van al palacio, y allí se sientan todos, y mi señor Galván toma a su hermana y la sienta a su lado en el Lecho de las Maravillas y le dice en bajo y en secreto:

–Doncella, os traigo un anillito de más allá del puerto, cuya esmeralda verdea mucho. Un caballero os lo envía por amor y os saluda y dice que sois su amiga.

–Señor, bien lo pienso. Pero si lo amo por algo, que soy su amiga, es de lejos, pues nunca me vio ni yo a él, sino al otro lado del río. Pero él, se lo agradezco, me ha dado su amor hace mucho tiempo, aunque no vino nunca aquí, pero sus mensajeros me han

rogado tanto que yo le he concedido mi amor, no mentiría. Es más, todavía no soy su amiga.

–Ay, bella, ya se ha envanecido de que preferiríais bastante más que mi señor Galván estuviera muerto, que es vuestro hermano, a que él tuviera cualquier daño en el dedo de su pie.

–¡Cómo!, señor, mucho me sorprende que él diga tan gran locura. Por Dios, no pensaba que fuera tan mal criado. Ahora se ha comportado muy mal, al hacerme saber tal cosa. Ay desdichada de mí, mi hermano no sabe si he nacido, nunca me vio. Giromelant ha hablado mal.

Mientras hablaban así ellos dos, las damas los escuchaban y la vieja reina se sentó junto a su hija y le dijo:

–Bella hija ¿qué os parece este señor que está sentado junto a vuestra hija, mi nieta? Ha hablado en secreto con él un buen rato. No sé de qué, pero me parece bien, y no es justo que me moleste, pues lo hace por su gran dignidad, porque se dirige a la más bella y a la más discreta que hay en este palacio, y es justo. Ojalá quisiera Dios que la hubiera esposado y le agradara tanto como hizo Lavinia a Eneas.

–Ay, señora –dice la otra reina–, Dios le conceda que le entre en su corazón y que sean como hermano y hermana.

Con su ruego pretende la dama que la ame y que la tome por mujer. No había reconocido a su hijo; serán como hermano y hermana, pues no habrá otro amor. Cuando ella sepa con seguridad que es su hermana y él su hermano, tendrá una gran alegría la madre, distinta de la que espera.

Mi señor Galván tanto ha hablado con su hermana la bella, que se levanta y llama a un criado que vio a la derecha, el que le parecía ser más humilde, noble y servicial y más discreto y más sensato. Baja a una habitación y el criado a solas con él. Cuando los dos estuvieron abajo, le dice:

–Criado, te considero muy capaz y muy despierto. Si te digo un secreto mío, te pido que lo ocultes muy bien, por tu propio provecho. Quiero enviarte a un lugar en el que te harán gran fiesta.

–Señor, preferiría que me sacaran la lengua por debajo de la garganta antes de que una sola palabra me volara de la boca, si quisierais que estuviera oculta.

–Amigo –le dice–, entonces irás a mi señor el rey Arturo, pues me llamo Galván, su sobrino. El camino no es largo ni difícil, ya que el rey ha establecido su corte en la ciudad de Orcania para celebrar Pentecostés. Si te cuesta algo el camino hasta allí, te lo devolveré.

»Cuando llegues ante el rey, lo encontrarás muy triste; y al saludarlo de mi parte, se pondrá muy contento. No habrá uno solo que oiga la noticia que no se alegre. Le dirás al rey, por la fe que me debe, pues es mi señor y yo soy su vasallo, que por ningún motivo deje de encontrarse conmigo, antes del quinto día de la fiesta, al pie de esta torre alojado abajo en el prado y que lleve tan gran compañía como habrá ido a su corte, con gente elevada y menuda, pues tengo fijado un combate con un caballero que considera que ni yo ni él valemos nada. Es Giromelant, sin duda, que me odia con odio mortal. Otro tanto le dirás a la reina, para que venga por la gran fe que debe haber entre ella y yo, pues ella es mi señora y mi amiga y no dejará de hacerlo en cuanto sepa las noticias, y que traiga por mi amor a las damas y a las doncellas que estén en su corte ese día. Pero temo mucho una cosa, que no tengas buen caballo que te lleve rápido hasta allí.

Él le responde que lo tiene grande, rápido, fuerte y bueno, y que lo llevará como el suyo.

–Eso no me pesa –contesta.

Y el criado, de inmediato, lo lleva a unos establos y saca y le enseña unos caballos gordos y reposados, uno de los cuales estaba dispuesto para cabalgar y caminar, pues lo había hecho herrar recientemente, y no le faltaban ni la silla ni el freno.

–Por mi fe –dice mi señor Galván–, criado, tienes un buen arnés. Vete, y que el Señor de reyes te conceda ir y venir bien y mantener el camino adecuado.

Así envía al criado y lo acompaña hasta el río, le encomienda al barquero que lo pase al otro lado. El barquero lo hace pasar, pues nunca estaba cansado, porque tenía remeros bastantes. El criado ha sido pasado a la otra orilla y toma el camino directo hacia la ciudad de Orcania, pues quien sabe preguntar por el camino por todo el mundo puede ir.

Mi señor Galván regresa a su palacio, en el que se queda con gran alegría y gran deleite. Le muestran alegría todas y todos y la reina hizo preparar estufas y calentar baños en quinientas cubas, e hizo que todos los jóvenes entraran a bañarse con agua caliente; se les hicieron vestidos que ya estaban dispuestos cuando salieron del baño: las telas estaban tejidas de seda y las pieles eran de armiño. De pie, sin arrodillarse nunca, velaron los jóvenes en el monasterio hasta después de maitines. Por la mañana mi señor Galván calzó a cada uno con sus manos la espuela diestra y ciñó su espada y le dio el espaldarazo. Entonces vio compañía de quinientos caballeros noveles.

Mientras, el criado cabalgó hasta llegar a la ciudad de Orcania, donde el rey tenía corte tan grande como era debido. Los contrahechos y abrasados, que ven al criado, dicen:

–Ése viene con gran necesidad, creo que trae de lejos extrañas noticias a la corte. Encontrará muy mudo y sordo al rey, le diga lo que le diga, pues está lleno de dolor y tristeza. ¿Quién será el que sepa darle consuelo cuando haya oído lo que sea del mensajero?

–Vamos –dicen–, ¿a nosotros qué nos importa hablar del consuelo del rey? Deberíamos estar atemorizados, afligidos y preocupados, pues hemos perdido a aquel que por Dios nos vestía y de quien nos venían todos los bienes como limosna y caridad.

De esta forma por toda la ciudad lamentaban a mi señor Galván las pobres gentes que mucho lo querían.

El criado sigue adelante hasta que encuentra al rey sentado en su palacio, a su alrededor cien condes palatinos y cien duques y cien reyes sentados. El rey estaba cabizbajo y pensativo; al ver a

su gran baronía y no ver a su sobrino, cae desvanecido por la gran angustia. A levantarlo fue sin pereza el que primero pudo llegar, pues todos corren a sostenerlo. Mi señora Lore estaba sentada en una galería, y oyó el duelo que se hizo en la sala. Desciende de la galería, va a la reina, como si estuviera trastornada, y cuando la reina la ve, le pregunta qué le pasa.

Explicit Perceval el Viejo

Poesía lírica

Edición y traducción de
Carlos Alvar

AMORS TENÇON ET BATAILLE

I Amors tençon et bataille
vers son champion a prise,
qui por li tant se travaille,
qu'a desrainier sa franchise
a tote s'entente mise.
N'est drois, qu'a sa merci faille;
mais ele tant ne le prise
que de s'aïe li chaille.

II Qui que por amor m'asaille,
sanz loier et sanz faintise
prez sui, qu'en l'estor m'en aille,
que bien ai la peine aprise;
mais je criem, qu'en mon servise
guerre et aïe li faille.
Ne vuel estre en nule guise
si frans, qu'en moi n'ait sa taille.

III Nuls, s'il n'est cortois et sages,
ne puet d'amor rien aprendre;
mais tels en est li usages,
dont nuls ne se set deffendre,
qu'ele vuet l'entrée vendre:
et quels an est li passages?
Raison li convient despendre
et metre Mesure en gages.

IV Fols cuers ligiers et volages
ne puet rien d'amor aprendre.
Tels n'est pas li miens corages
qui sert sanz merci atendre.
Ainz que m'i cuidasse prendre,

AMOR TIENE RIÑA Y GUERRA

I Amor tiene riña y guerra
contra su campeón,
que por él tanto se esfuerza
que en defender su libertad
puso todo su saber.
No es justo que lo desprecie,
pero no lo aprecia tanto
que le importe ayudarle.

II Si alguien por amor me ataca,
sin recompensa ni engaño
estoy dispuesto a luchar,
pues conozco bien las penas;
mas temo que en mi servicio
guerra y ayuda le falten.
De ningún modo ser quiero
tan libre que no me domine.

III Nadie, cortés y discreto,
puede aprender del amor;
pero es tal la costumbre
de la que nadie se aparta,
que amor cobrar quiere el paso:
pero ¿cuál es el peaje?
Tiene que dejar la Razón
y la Mesura en prenda.

IV Loco corazón, ligero y voluble
nada puede aprender de amor.
No es tal mi intención
que sirve sin esperar merced.
Antes de pensar prendarme,

fui vers li durs et salvages.
Or me plaist sanz raison rendre,
que ses prous soit mes damages.

V Molt m'a chier Amors vendue
s'onor et sa seignorie,
qu'a l'entrée ai despendue
mesure et raison guerpie.
Lor consauz ne lor aïe
ne me soit jamais rendue.
Je lor fail de compaignie,
n'i atent nule atendue.

VI D'amor ne sai nule issue,
ne ja nuls ne la me die.
Muër puet en ceste mue
ma plume tote ma vie:
mes cuers n'i muëra mie,
s'ai en celi m'atendue,
que je criem, que ne m'ocie:
ne por ce cuers ne remue.

VII Se mercis ne m'en aïe
et pitiez, qui est perdue,
tart iert la guerre fenie,
que j'ai lonc tans maintenue.

fui duro y cruel con ella.
Ahora me agrada volver sin motivo,
que su pro sea mi daño.

V Caro me ha vendido Amor
su poder y su dominio,
que de entrada he entregado
a Mesura y dejado a Razón.
Su consuelo y su ayuda
nunca me serán devueltos.
No les doy mi compañía,
y nada espero a cambio.

VI De Amor no sé la salida
y nadie me la indica.
Mudar puede en esta muda
mi pluma toda mi vida:
mi corazón no mudará
que en ella está mi esperanza,
que temo que me dé la muerte:
y aun así mi corazón no muda.

VII Si compasión no me ayuda
y piedad, que se ha perdido,
tarde acabará la guerra
que tanto tiempo he tenido.

D'AMORS, QUI M'A TOLU A MOI

I D'Amors, qui m'a tolu a moi
n'a soi ne me viaut retenir,
me plaing einsi qu'adés otroi
que de moi face son pleisir;
et si ne me repuis tenir
que ne m'an plaingne, et di por quoi,
car ciaus qui la traïssent voi
sovant a lor joie venir,
et j'i fail par ma bone foi.

II S'Amors por essaucier sa loi
viaut ses anemis convertir,
de sans li vient, si con je croi,
qu'as suens ne puet ele faillir;
et je, qui ne me puis partir
de celi, vers cui me soploi,
mon cuer, qui suens est, li anvoi;
mes de neant la cuit servir
se ce li rant que je li doi.

III Dame, de ce que vostre hon sui,
dites moi, se gre m'an savez?
Nenil, se j'onques vos conui,
ainz vos poise, quant vos m'avez.
Et puis que vos ne me volez,
donc sui je vostre par enui;
mes se ja devez de nului
merci avoir, si me sofrez,
car je ne puis servir autrui.

IV Onques del bevraje ne bui,
don Tristans fu anpoisonez,

DE AMOR QUE ME HA ROBADO DE MÍ MISMO

I De Amor, que me ha robado de mí mismo
y que no quiere retenerme consigo,
me quejo, tal que ahora concedo
que haga conmigo a su antojo;
y no puedo evitar
el quejarme, y digo por qué,
pues veo a quienes lo traicionan
volver contentos a menudo,
y yo fallo por mi buena fe.

II Si Amor, para realzar su ley
quiere convertir a los enemigos,
tiene sentido, según creo,
que no abandone a los suyos;
y yo, que no puedo separarme
de aquella a quien estoy sujeto,
mi corazón, que es suyo, le envío;
pero no pienso servirla en nada
al devolverle lo que le debo.

III Señora, el que yo sea vasallo vuestro,
decidme, ¿os agrada?
No, si mal no os conozco,
antes os pesa el tenerme.
Y, ya que no me queréis,
soy vuestro por aburrimiento;
y si de alguien debéis
tener piedad, soportadme,
pues no puedo servir a otra.

IV Nunca bebí del brebaje
con el que Tristán fue envenenado,

mes plus me fet amer que lui
fins cuers et bone volantez.
Bien ant doit estre miens li grez,
qu'ains de rien esforciez n'an fui,
fors de tant, que mes iauz an crui,
par cui sun an la voie antrez,
don ja n'istrai n'ains n'i recrui.

V Cuers, se ma dame ne t'a chier,
ja mar po ce t'an partiras;
totz jorz soies an son dangier,
puis qu'anpris et comancié l'as.
Ja, mon los, planté n'ameras,
ne por chier tans ne t'esmaiier.
Biens adoucist par delaiier,
et quant plus desirré l'avras,
tant iert plus douz a l'essaiier.

VI Merci trovasse au mieu cuidier,
s'ele fust an tot le compas
del monde, la ou je la quier.
Mes je croi qu'ele n'i est pas.
Onques ne fin, onques ne las
de ma douce dame proiier.
Pri et repri sanz esploitier,
come cil qui ne set a gas
Amors servir ne losangier.

pero más que a él me hace amar
el gentil corazón y el firme deseo.
Bien debe ser mío el mérito,
pues no fui forzado por nada,
sino que sólo creí a mis ojos,
por quienes entré en el camino
del que no saldré ni renunciaré.

V Corazón, si mi dama no te quiere,
no por eso te alejarás de ella;
siempre estarás a su disposición,
ya que lo has emprendido y comenzado.
Te aconsejo que no ames la abundancia,
ni te aflijas en tiempos de escasez.
Mucho se endulza con la demora,
y cuanto más lo habrás deseado,
tanto será más dulce al probarlo.

VI Yo encontraría piedad, a mi parecer,
si ella estuviera en la esfera
del mundo, donde yo la busco,
pero creo que no está allí.
Nunca termino, nunca dejo
de suplicar a mi dulce dama.
Ruego y vuelvo a rogar si alcanzarlo,
como quien jugando no sabe
servir a Amor, ni adularlo.

Obras atribuidas

Filomena

Traducción de
Elisa Borsari

Guillermo de Inglaterra

Traducción de
Marie-José Lemarchand

FILOMENA

Pandión fue rey de Atenas, poderoso, generoso y cortés. Tuvo dos hijas a las que amaba mucho: una se llamaba Filomena; la otra, Progne, que era la mayor. Ésta fue casada: un rey de Tracia la pidió en matrimonio, de lo cual se alegró mucho Pandión.

–¿Se alegró mucho?

–De verdad.

–¿Por qué?

–Porque se la entregó a un rey.

–¿A un rey? ¡Más bien a un tirano felón!

Tereo se llamaba el tirano a quien, sin hacerse mucho de rogar, dio a su querida hija en matrimonio.

Fueron unas bodas tristes las de Tereo, porque Himeneo, el dios que tenía que presidir la boda, no asistió; ni clérigo ni capellán cantaron en ella, y no hubo ni una sola señal de alegría. Al contrario, sobre la habitación cantaron toda la noche el búho, con su voz ronca, la lechuza, el cuco, el autillo y el cuervo. Ésta no fue una señal buena, sino que indicaba dolor y pesar. Su unión fue muy mala, porque en las habitaciones y en el salón volaron toda la noche los diablos, Átropos y Tisífona, y todos los malos presagios.

Cuando terminaron las nupcias, Tereo llevó a su mujer a Tracia como noble dama. Allí tuvieron los dos un hijo: en mala hora fue. El día de su nacimiento se celebró en todo el reino y se convirtió en una fiesta anual, como la de Tervagán, porque Tereo así lo ordenó.

El niño creció y aprendió, y en cinco años se hizo muy bello. Se llamaba Itis. Fue un gran dolor que no viviera más. Yo os diré qué fue de él al final, pero antes os diré otra cosa.

A mi parecer, Progne y su señor habían pasado juntos ya más de cinco años. Ella quiso entonces ver a su hermana Filomena,

sin que le pesara a su señor. Un día le habló de ello y le juró y le prometió que si la dejaba ir junto a su hermana, al otro lado del mar, volvería pronto y apenas se entretendría; pero él le prohíbe la marcha para ver a su hermana, así que ella le ruega que vaya a buscarla y la traiga a su tierra. Él responde que le ordena que se quede y no se lamente, ya que él mismo irá, haga el tiempo que haga, y la traerá a Tracia. De inmediato, Tereo ordena que se aparejen sus naves con todo lo necesario: provisiones, mástiles, velas y lonas. Cuando todo está preparado, se embarca y lleva junto a sí una gran compañía. En el momento de la partida, Progne le ruega que le traiga pronto a su hermana.

Entonces se hicieron a la mar, tensaron las cuerdas e izaron las velas, y se alejaron singlando de día y de noche, según el curso de las estrellas. Fue una gran lástima y una gran pena que hicieran la travesía sin problemas y que la mar les fuera tan favorable; y sobrevino una gran maldad por no haber retenido al rey, porque así se habrían evitado grandes males.

Pandión oyó decir que unos barcos habían arribado a su puerto. Le llega la nueva de que su yerno ha venido a verlo y debe ir a su encuentro. Ya va a recibirlo, lo encuentra al salir del muelle, lo saluda y lo besa mucho en la boca, los ojos y el rostro; le hace tan gran alegría que llega a fatigarlo. Saluda también a toda su gente y los conduce a la ciudad. Después le pregunta sobre su hija y su sobrino, si se encuentran contentos, sanos y con buena salud; Tereo le contesta que los dos están contentos, sanos y con buena salud, y que el uno y la otra le saludan. Después añade sin esconderlo por más tiempo el motivo de su viaje:

–Señor –le dice–, Progne me envía, que mucho desea hablar con Filomena. A través de mí vuestra hija os pide, y es mi ruego y súplica, que la enviéis junto a ella. Tarde se os hará volver a tenerla, porque aun cuando ella no se quedara más que un solo día, una sola hora, creo que se os hará tarde tenerla de nuevo aquí, y por eso os prometo que, en cuanto vea el viento favorable y apacible para el viaje de vuelta, no permitiré que se quede más tiempo allí sin traérosla de inmediato. Pero ahora es justo que me queje de ella, ya que no ha venido a saludarme.

Es ese momento, Filomena sale de una habitación, con su cabello suelto. No parecía en nada una monja con velo, pues sería una gran maravilla describir su gentil cuerpo y su pelo claro, tanto que bastarían para contar sus grandes bellezas, creo, el buen sentido y la lengua de Platón, de Homero o de Catón, que fueron de gran sabiduría. Por eso, no debo avergonzarme si fallo, después de estos tres, aunque pondré en ello todo mi esfuerzo. Ya que empecé, no quiero renunciar; diré más de lo que se podría creer, primero de la cabeza y después del cuerpo.

Su cabellera era más brillante que el oro puro. Tal la hizo Dios que Naturaleza, a mi parecer, fracasaría si quisiera hacerla otra vez. Su frente era blanca y lisa, sin arrugas; los ojos, más claros que un jacinto, bien separados, con las cejas alineadas, sin estar pintados ni teñidos; su nariz era alta, larga y derecha, conforme belleza debe tenerla; en su rostro había color fresco, de rosas y de lirios; tenía una boca sonriente, los labios carnosos y algo rojitos, más que un brocado teñido de grana; su aliento olía más dulce que las especias, el bálsamo y el incienso; sus dientes eran pequeños, juntos y blancos; su mentón, su cuello, su nuca, su pecho eran más blancos que ningún armiño; como dos manzanitas eran sus dos senos; tenía las manos finas, largas y blancas; estrecha la cintura, bajas las caderas. El resto de su cuerpo estaba tan bien hecho que nadie vio nunca una criatura tan bella, porque Naturaleza se ocupó de ella más que de ninguna otra, y puso en ella todo cuanto pudo.

Aparte de su gran belleza, Filomena conocía cuanto conviene saber a una doncella: no era menos sabia que bella, si digo la verdad. Sabía diez veces más de juegos y deportes que Apolonio o que Tristán: tablas y ajedrez, el antiguo juego, el de «seis y as», el silbato y la barrera. Por sus dotes era amada y solicitada por altos nobles. Sabía de gavilanes y halcones, nobles y rapaces; bien sabía hacer que un halcón mudara, o un azor o un tercel, y jamás se cansaría de cazar al vuelo o en río.

Además, era tan buena bordadora que no habría igual en todo el mundo si se ponía a bordar una púrpura roja o un tejido con flores y arabescos, o incluso sabría representar en tejido el cortejo de la mesnada de Hellequin.

Era versada en los autores y en gramática, y sabía componer versos y letra, y cuando que le placía tocaba el salterio y la lira. Sabía más de lo que es posible contar, sabía tocar la giga y la rota; bajo el cielo no hay *lai* ni canción ni aire musical que no supiera tocar en la vihuela. Y hablaba tan sabiamente que ella sola hubiera podido abrir una escuela.

La doncella de rostro claro y sonrosado se dirigió a su padre arropada en un jamete de seda. Tereo la abraza, la saluda y la besa al mismo tiempo. Su gran belleza le roba el corazón, así como su hermoso porte. Pecado lo lleva a desear maldad y locura, Amor lo tienta villanamente.

–¿Villanamente?

–Por supuesto, sin duda.

Se esfuerza en la villanía, ya que quiere dirigir su corazón a amar a la hermana de su mujer. Por tanto, aunque fuera su propia hermana, el amor que él sentía no habría sido vil, porque uno de los dioses que adoraban según su ley había establecido que hiciesen toda su voluntad y su placer. Tal ley les había escrito: que cada cual podía hacer sin delito todo lo que quisiera y que le apeteciera. Tal ley tenía el paganismo. Por eso, Tereo podría defenderse si alguien hubiera querido prohibírselo y nadie podría reprochárselo, ni reprenderlo por lo que le apetecía hacer.

Pero dejemos estar ahora su ley. ¿Quién podría enfrentarse a Amor y no hacer en todo su voluntad? En mala hora Tereo salió de Tracia para ir a buscar a Filomena, ya que Amor ha comenzado la guerra contra él, de tal forma que ha caído en la trampa y ha empezado mal, porque le ha prendido en el corazón el fuego que con facilidad se enciende y arde.

Toma entre sus brazos a la doncella y le dice:

–Mi dulce amiga, vuestra hermana os saluda y os ruega que vayáis a entreteneros con ella, y yo mismo os lo ruego, si mi petición puede ayudar a ello. Si dependiera de nuestras oraciones a Dios, ya hace mucho que estaríais en Tracia, porque no hay oración que haga Progne sino para poder teneros consigo. Si yo la hubiera dejado venir, habría venido hasta vos, pero yo la retuve allí por la fuerza y en contra de su corazón. Vuestra hermana tiene muchas ganas de veros durante quince días. Procurad que quede a salvo mi esfuerzo rogando a mi señor el rey que permita llevaros conmigo. No creo que en nada deba molestarle, dejaros venir a pasar una temporada con vuestra hermana al otro lado del mar. Bien me dijo, no me lo ocultó, cuando me despedí de ella, que nunca más volvería a ser su señor ni su amigo si no le llevaba a su hermana; y ciertamente preferiría ser débil, canoso y viejo a que me pusiera mala cara. Así pues, rogad, mi querida amiga, a vuestro padre que os deje venir conmigo de buen grado.

Ella, que no era loca, le contestó:

–Señor, ¿que vale mi palabra ante la vuestra? Si os atenéis a la costumbre, debéis rogarle vos primero. Tal es la costumbre de los franceses: que quien desea obtener una cosa, si tiene valor y conocimiento, debe esforzarse y trabajar para conseguirla; y si sucede que falla y que nada puede lograr por sí mismo, entonces tiene que hacer intervenir a otro.

–Doncella, habéis dicho la verdad, y sin embargo habríais podido hacerlo un poco mejor: deberíais preguntarme primero si no lo he pedido ya.

–¡Por mi cabeza, habría debido hacerlo! Si hubiera sido más juiciosa, lo habría preguntado y me habría enterado antes. Pero decidme entonces: ¿le habéis hablado poco o mucho sobre este asunto?

–De ello le hablé sin insistir mucho.

–¿Qué os contestó?

–Nada en absoluto.

–Entonces no hay más que añadir. Puesto que no os quiso contestar, mi hermana podrá esperarme mucho tiempo, porque no me verá en meses. Bien sé que mi señor el rey no quiere darme su permiso; esto no le place en absoluto.

–¿No le place?

–No, según creo.

–¿Cómo lo sabéis?

–¿Cómo? Porque no os quiso responder.

–De otra forma podéis interpretarlo y entenderlo de manera diferente: él escuchó todo mi ruego, y lo escuchó de buen grado, sin decir una sola palabra mientras tanto; por eso creo que está de acuerdo, pues bastante otorga quien calla.

–No es verdad ese dicho, que aún seguimos con la duda, si lo rechaza o lo otorga.

Tereo entonces se dirigió de nuevo al rey:

–Señor, sabio rey de Atenas, bien hos ha sido contado mi mensaje de parte de vuestra hija Progne. Si todos los hombres que han nacido os rogaran juntos alguna cosa, vos deberíais cumplir mi petición antes que la de todos ellos; al menos por vuestras hijas, me parece, tendríais que hacer, aunque no lo hicierais por mí, ya que es ella quien os lo manda y porque esta otra me insiste en que os lo ruegue, y que me esfuerce hasta que la lleve conmigo.

Pandión se apoya en la mano, ya que este asunto le molesta mucho; pero, le enoje lo que le enoje, debe dar una respuesta.

–Amigo –le dice–, bien sabéis que nada tengo en este mundo que vos no pudierais tomar y aprovechar a vuestro placer, si lo necesitarais. Pero creo que, si supierais todo el bien que me hace mi hija, no me pondríais en aprietos con lo que me pedís. Me desesperaría si estuviera un día sin mi hija. Voy a necesitar un báculo y una muleta para apoyarme. Si no os enoja demasiado, retrasemos y pongamos un plazo para lo que me habéis pedido.

–¿Un plazo?

–Eso mismo.

–Está bien. ¿Para cuándo?

–Tanto cuanto me queda por vivir. Sabed que en verdad no viviré mucho tiempo, porque soy demasiado viejo y débil. He vivido más que Jacob, que Abraham y que Esaú; he aprovechado bien la vida, pero ya no hay nada que me agrade; en mi hija está todo mi consuelo; no vivo más que para ella porque no tengo otro sostén. Si vos me la quitáis, acortaréis mi vida. Os lo aseguro y afirmo que mi hija me cuida y me sirve noche y día, tarde y mañana. No deja a otro que me ayude al levantarme ni al acostarme. Mi dulce hija me quiere tanto que me calza y me viste; y su servicio me agrada tanto que, si no tuviera su consuelo, hace mucho tiempo que habría muerto. Por todo ello os ruego, si me amáis, que no me reclaméis este don.

Ahora no está Tereo muy a gusto, porque no ha oído nada que le agrade y piensa que ha fracasado por completo; se tiene por maltratado. No sabe qué hacer ni qué decir, pero está disgustado y suspira mucho y pone semblante de que le pesa, pues no impone su voluntad, voluntad que es malvada y loca. Pierde el habla y no dice una palabra, sino que se lamenta; su locura vence a su sabiduría.

–¿Locura? Más bien Amor, creo yo, que todo vence y destruye, y que cuando le place en poco tiempo repone al vencido en la cumbre.

–¿Amor tiene, pues, un poder tal que puede hacer vencer al vencido?

–Sí, esto atestiguan y dicen los que contra Amor aúllan y gritan; y también lo atestiguan quienes sirven y se resignan al Amor: puedo probar según la razón que no se encuentra lealtad en el Amor que tan pronto cambia, que se desentiende de los amigos, retiene a su servicio a nuevos soldaderos y recompensa a todos por igual.

–Por mi fe, entonces Amor es justo si recompensa por igual.

–Al contrario, es una deslealtad manifiesta, porque cada uno según su servicio y según su valía debe tener mayor recompensa. Pero yo sé bien que por eso mismo Amor retiene a su servicio a

los peores y se niega a los que tienen más valor. ¿Sabéis por qué falla a los mejores? Porque Amor no sabe distinguir quiénes son los mejores y quiénes peores.

–¿No sabe? Entonces no es sabio.

–Sí, lo es. Pero tiene tal talante que no le importa saber de nadie, si puede quedarse con su voluntad. Amor es más mudable que el viento: de la misma forma que es falso y mentiroso, de igual modo es generoso y rico en promesas y avaro y tacaño en dar; así, sólo hace daño a los que le son sumisos; a éstos golpea Amor, a éstos ajusticia, a quienes se esfuerzan en su servicio y no pueden echarse atrás ni por disgusto, ni por rechazo; porque nadie que un día amó con firmeza, fueran cuales fueran sus méritos, se echó atrás, ni se cansó, ya que nadie podría hacer bastante. Amor hace todo cuanto desea, y quien más se queja y más lo sufre, más se enciende y más se quema, aunque ni alegría ni placer encuentre. Amor es una enfermedad cuya medicina arraiga más el mal. Nadie conoce su cura, porque cree librarse haciendo su voluntad: y, al cumplirla, lo ata y lo aprisiona aún más.

Así pues, Tereo habría sido muy sabio si hubiera querido regresar sin la doncella; pero la ve tan cortés y hermosa, y adornada de tantas bellezas, que a su parecer, si no puede hacer lo que quiere, se volverá furioso, porque no puede detener su corazón. ¿Qué hará entonces? No sabe qué hacer. A menudo abraza a la doncella, y llora y suspira profundamente. No cree que verá la hora en que la tenga a su voluntad. De tal forma lo encanta el Diablo, que no descansa de hacer el mal; por sí mismo piensa y decide que tiene que tomarla por la fuerza, si no puede ganarla por amor, o llevársela en secreto durante la noche. Pero como junto a sí tenía pocos hombres temía emprender tal cosa, que no tendría un buen fin. Por eso disimula todo lo que puede, que loca y villana sería esta acción si la ciudad que duerme fuera inquietada, ya que ni uno solo de ellos saldría vivo. Razón, que no sé cómo vino a él, le hace renunciar a este pensamiento. Mucho me maravillo de que, en ese momento, Razón actuara, porque estaba gravemente herido.

–¿Herido? ¿De qué?

–De algo más que amar, porque a esto nadie puede llamarlo amor.

–¿Amor?

–No, en absoluto.

–¿Qué, entonces?

–Ultraje, deslealtad y locura, porque, si hay que atenerse a la verdad, no es amor sino locura furiosa. Tereo está enloquecido y enloquece cada vez más, por eso me sorprende que Razón le dé consejos.

–¿Razón? ¿Cómo?

–Ha abandonado el loco pensamiento que había concebido y dice que quiere intentarlo una vez más por ver si puede vencer al rey con sus sus ruegos.

Entonces recomienza su súplica y habla al rey de esta forma:

–Señor –dice–, bien sé y veo que haríais poco por mí, ya que habéis rehusado concederme este don. Para nada he perdido mi tiempo, al venir hasta aquí. Ahora me arrepiento, pero ya es tarde, y así me iré como me vine. Nunca me sentí tan loco en ninguna otra cosa que hiciera; quisiera no haberos visto, ni haber atravesado el mar. Pobre pretexto habéis encontrado diciendo que vuestra hija os cuida; si por una excusa tal pierdo el viaje, en vano me habré cansado. ¿Acaso no tenéis suficientes sirvientes y doncellas para cuidaros? Bien podéis prescindir de ella tres o cuatro días solamente: dejadla entonces venir a divertirse algunos días junto a su hermana, que aquí me ha enviado. Por poca cosa he hecho un largo viaje y me molestaría mucho si fracasara, no tanto por ella, sino por mi esfuerzo, y más por otra cosa, que me pesa aún más: Progne me dijo que me fuera y que no regresara nunca junto a ella si no le llevaba a su hermana, porque habré perdido su amor. Por eso no sé qué debo hacer, porque, si parto al exilio, lo sentiré mucho por mi hijo, y aún más por ella si la dejo, porque creo que nunca más regresaré. Por esto lloro, como me veis, pues estoy muy afligido, ya que me falláis por tan poco. Buen señor,

entregádmela, a condición que os la devuelva contenta y sana antes de quince días; de lo que os prometo pongo por testigos a mi fe y a los dioses en los que creo. Por mi juramento, por mi fe, entregádmela con toda confianza.

¡Ah! ¡El traidor! ¡Cómo miente! ¡Cómo lo engaña y lo traiciona! Pandión, al verlo llorar, no cree que le mienta; porque se queja mientras llora, cree que siente un gran dolor. El tirano felón tanto lucha, a fuerza de promesas y de juramentos, de ruegos y lágrimas, que logra lo que quiere. Pandión no puede dejar de llorar con él. Lloraban tan amargamente ambos, que no sé quién lloraba más. Es normal que un hombre en su vejez llore a menudo y fácilmente.

–Amigo –dice–, con la condición que me habéis prometido y jurado, y por la fianza asegurada, te llevarás a mi hija mañana. Os la dejo en vuestras manos, pero sabed que me causáis un gran dolor. Cuidadla como debéis y traedla de vuelta muy pronto. Ya mis ojos no estarán sin lágrimas, ni mi corazón sentirá alegría por nada que suceda, hasta que mi hija regrese junto a mí. Si mi amor queréis mantener, pensad en regresar pronto y en traer a mi hija. Ciertamente, debéis esforzaros en hacer lo que os pido. ¡Cuidaos de no olvidarlo!

–No lo haré –dice Tereo–, señor, no lo digáis más, porque más me tardará que a vos el que esté de vuelta y habérosla traído.

Con esto terminan de hablar, porque Tereo no pide más. Y Pandión, el rey, ordena que se preparen rápidamente las mesas. El senescal, el condestable, los panaderos, los coperos, todos se dan prisa y tienen cuidado en preparar y disponer lo que corresponde a su menester. Unos corren a poner las mesas, los demás están ocupados en darles agua en muchos sitios. Ningún sirviente permanece ocioso, ni hay escudero ni criado hábil que no cumpla su función. Todos se preocupan por servir bien, pero Tereo no siente placer por ningún servicio que le rindan si no es en contemplar el cuerpo agraciado y la cara de la doncella, que se sienta a su lado durante la cena. Es su bebida, es su alimento. Por ella

se muestra muy cortés, mucho la sirve y la alaba, pero nadie sabe por qué lo hace aparte de él, que no quiere renunciar a cometer su gran felonía cuando sea el momento, que demasiado le tarda. Con admiración la contempla, que en nada más piensa. Permanecen sentados comiendo mucho tiempo y esto mucho le place, más por mirar a la doncella que por beber o por comer. No faltan ni pavos reales, ni cisnes ni faisanes, ni vinos delicados y agradables; por el contrario, tienen mucho y en abundancia de cuanto conviene a una mesa regia.

Cuando acabaron de comer los vasallos, se levantan y los sirvientes les ofrecen agua en cuencos de plata. Los nobles se lavan las manos y se secan; después de lavarse se sientan todos juntos sobre una alfombra y cada uno cuenta lo que apetece, sea bueno o malo, locura o sensatez. Y los jóvenes sirvientes se preocupan en preparar y disponer los lechos. Esto no proporciona ni alegría ni deleite al traidor, al tirano felón, que no tiene ganas de dormir: mucho preferiría velar toda la noche, si pudiera así conversar con la que es dueña de su corazón.

–¿Cómo? ¿Ella no sabe nada?

–No, a fe, porque si ella supiera lo que él tiene su corazón en ella, para causarle vergüenza y dolor, nunca hubiera ido con él.

Tanto han hablado, tanto han velado, que las camas están preparadas y que todos los barones se acuestan. En ningún momento Tereo encuentra paz ni reposo en su cama esa noche; en ningún momento cerró los ojos para dormir; cuanto duró la noche, lo pasó midiendo la cama, a lo largo y a lo ancho, y se lamenta porque tarda tanto en amanecer. Toda la noche da vueltas y revueltas, se levanta y vuelve a acostarse. Los que están en la alfombra duermen a sus anchas, ya que de todo esto no saben nada; él veló toda la noche, atormentado por su locura, hasta que el vigilante de la torre empezó a anunciar con el cuerno el día.

Cuando oye el día en el cuerno, se siente más feliz que si le hubieran regalado treinta marcos de oro. Despierta a sus compañeros y los hace levantar con rapidez, y ellos por su orden se dis-

ponen a toda prisa. El rey oye que se han despertado y que se apresuran en levantarse. Aunque le cueste mantener su promesa, cumple lo acordado y le entrega a su hija. Ella está muy feliz y contenta, y esto mucho lo complace, pero a menudo ocurre que uno se alegra y va a la propia desdicha. Piensa estar segura de ir y regresar bien. ¿Y cómo podría presentir el hecho extraordinario que el tirano le tiene preparado? Nadie podría haberlo adivinado. Tereo la lleva al puerto; Pandión los acompaña y le ruega todo el tiempo que, como le ha prometido, regrese en la fecha fijada.

–Y tú –dice–, mi hija amada, piensa en regresar pronto y acuérdate de mí, porque soy tan feliz cuando te veo y siento tanta alegría y bien. Mi dulce hija, regresa pronto; regresa pronto. Si tú regresas pronto, pronto llegará mi alegría y mi gozo.

Mil veces repite estas palabras y mil veces la besa y la abraza, y más de mil veces hace que vuelva cuando está a punto de entrar en la nave, la retiene todo lo que puede, y cuando ya tiene que regresar se la encomienda al traidor. Así convierte al lobo en pastor. Es cierto, hace pastor a éste, a menos que se quiera arrepentir de su locura y de su rabia; pero no tiene ninguna intención, al contrario, le tarda mucho y se le demora.

Al despedirse, Pandión llora y besa de buena fe al desleal, quien medita en la traición y en hacer daño. En la traición piensa; pese a quien pese, hará lo que le apetece porque tiene ahora la fuerza y el poder. En poco tiempo, la doncella que está en sus manos se encontrará en una muy mala situación.

El viento hincha entera la vela; el barco no corre despacio, porque los vientos estaban a favor y pronto se hallan lejos del puerto en donde Pandión llora con amargura por la hija que ve partir. Si la llora, tiene mucha razón, porque nunca más volverá a verla, ni ella regresará a su tierra.

Pero él no piensa en todo esto, y por eso Filomena ya se encuentra muy cerca del peligro y de la tristeza, porque apremiado por su locura él la conduce sola a una casa suya derruida. La casa

estaba en un bosque –esto cuenta Crestiens li Gois– lejos de cualquier ciudad, lejos de los campos y lejos de los claros del bosque, lejos de los caminos y de los senderos. Charlando y bromeando mientras tanto, ora sobre esto, ora sobre lo otro, la lleva a traición dentro de su casa. Y cuando los dos están allí, solos la doncella y él, sin que nadie pueda verlos ni oírlos, él, que había pensado el daño, la atrae hacia él con la mano derecha. Ella no sabe qué sucede, ni puede darse cuenta de que quiere engañarla quien dulcemente la abraza y la besa. Es cierto, cuando un ladrón encuentra la ocasión de hacer daño poco le importa lo que pase después. Hacer el mal es tan dulce cosa para el malhechor que se atreve a hacerlo, y es muy amargo y duro para el hombre franco, leal y sabio. Pero él no es ni bueno, ni franco, ni dulce, al contrario, es malo, felón y orgulloso, y como no quiere dejar su maldad quiere satisfacer pronto a su corazón y cumplir toda su maldad, ya que no teme hacer daño. Pero es tan cortés en su villanía que le requiere su amor antes de forzarla en nada.

–Bella –dice–, sabed que os amo y os ruego que de mí hagáis vuestro amigo, y que esto ocultemos, si queréis que dure.

–¿Escondido, hermoso señor? ¿Por qué? Yo os amo bien, así como debo, y no quiero ocultarme. Pero, si deseáis proponerme un amor que vaya en contra de lo correcto, callaos entonces, pues no me interesa.

–Me callaré, pero vos os callaréis. Os amo tanto y tanto me gustáis que quiero que me consintáis hacer de vos mi voluntad.

–¡Vaya, señor, os envilecéis! No quiera Dios que entre nosotros se produzca esta deslealtad. Acordaos de mi hermana, que es vuestra leal esposa: nunca mi hermana estará celosa de mí, y, a menos que sea forzada, no haré nada que pueda disgustarla.

–¿No lo haríais?

–No.

–Y os juro, ahora que os tengo aquí, en seguro, y que me apetece hacer mi voluntad, os guste u os pese, que nos os valdrá ninguna resistencia: haré todo lo que mi corazón piense.

–¿Lo haréis?

–Sí, sin demora, ¡y quien quiera me lo reproche, porque no temo a ningún espía!

Entonces él le hace fuerza y ella grita, se debate y se retuerce, poco falta para que muera de miedo. Por la rabia, la angustia y el dolor, cambia más de cien veces de color, tiembla, empalidece, se estremece y dice que en mal, hora salió de la tierra en la que nació, pues a tal deshonra ha sido arrastrada.

–¡Ah! –dice–, felón de bajo origen, felón envidioso, ¿qué quieres hacer? Felón malvado, felón desmesurado, felón traidor, felón perjuro, felón cobarde, felón de mala ley, felón, ¿acaso no prometiste al rey que me honrarías y que a él me devolverías en mi país, sana y salva? ¡Tú se lo juraste y le traicionas! Traidor, mi padre te creyó, que no percibió tu traición porque llorabas delante de él y porque le jurabas sobre todos los dioses en los que crees. ¿Dónde están esos dioses? ¿Dónde está la fe? ¿Ya los has olvidado? ¿Dónde están las lágrimas que vi cuando llorabas ante él? Ah, desdichada de mí, ¿por qué no reconocí el engaño y la traición? ¿Felón, por qué cometes tal maldad,[1] que de este modo enloqueces y pierdes el sentido? Arrepiéntete y obrarás sabiamente, ya que todavía puedes arrepentirte, sin perjurar, y sin faltar a tu promesa.

Así la infeliz, la desdichada, le ruega que se arrepienta; pero ningún ruego le vale, porque él, a pesar de todo, la asalta y tanto la maltrae y ataca que a la fuerza la ha vencido, y al momento hace con ella su voluntad. Verdad dice quien dice: «Un mal atrae siempre a otro que lo alimenta»; y de ello sale mala criatura, tan mala como puede esperarse.

1 El ms. B intercala aquí doce versos que amplían la escena para subrayar cómo la violación corrompe la virginidad y atenta contra las leyes del matrimonio: «Ha, felon, bien te deusses mouvoir / et ta mauvaistie remouvoir, / L'amour mon pere plain de lermes / De qui tu meprises les termes, / La cure et le decir ma suer; / tu ne deusses a nul fuer / le trahir si mauvaisement; / ma virginité ensement, / Que vueil gardez saine et entiere, / Veulz corrompre en cele maniere / et faire o moy si vil putage / Contre les drois de mariage».

Tereo, después de eso, no se contiene de hacer algo aún peor. Toma un pequeño cuchillo cortante y, para que ella no pueda contar a nadie que encuentre su deshonra y la afrenta, dice que le cortará de un golpe la lengua de la boca, así que nunca más se hablará del asunto. Quien sufre un mal, no sufre uno solo: le saca la lengua de la garganta y, de un golpe, le corta casi la mitad. Se ha comportado muy mal, en esto y en lo anterior. La deja encerrada en la casa, donde ella llora, grita y se lamenta.

Él vuelve con sus compañeros, que bien sabían lo que estaba haciendo, pero temían tanto al traidor, que era su rey y su señor, que no se atrevían a decir una palabra y lo ocultaron, más por miedo que por amor.

Pero Tereo comete un error al poner a que guarde a Filomena a una villana que vivía de su propio trabajo, ya que sabía hilar y tejer, y tenía una hija que aprendía su labor. Mal se supo proteger Tereo, cuando le mandó que la guardara y hacer todo lo que le pidió. Tereo le pide que no deje salir nunca a la doncella bajo ningún motivo, por la razón que sea. Ella se lo jura y él se lo cree; entonces Tereo se va, pues solo le importa no demorarse más.

Volvió a Tracia, a su ciudad. Progne creía de verdad que su hermana venía con él; sentía una gran felicidad en su corazón, pero su alegría duró poco, porque tan pronto como vio a su señor y a su compañía, pero no a su hermana, a la que pensaba hacer gran fiesta, ya no le agradó escuchar nada, ni se preocupó en contestar, ni en decir «Sed bienvenido» ni «Dios os salve», sino que pregunta fuera de sí, cuando todos la han saludado:

–¿Dónde está mi hermana? ¿Por qué no viene? ¿Qué hace? ¿Quién la retiene? ¿Y por qué tarda tanto? ¿Dónde se ha quedado? ¿Y cuánto tiempo? Decidme, ¿dónde la habéis dejado?

El felón agacha la cabeza, finge semblante y continente de hombre que sufre y siente pesar, y da abiertamente un falso suspiro, para hacer creer su mentira.

–Señora –dice–, es cosa cierta que por fuerza hay que renunciar a lo que no se puede tener.

–Cierto es; a mí me lo decís. Mi hermana no viene, por lo que parece.

–No, señora, ciertamente no ha venido.

–¿Qué impedimento la retiene, entonces?

–¿Qué impedimento? Señora, nunca os lo diré.

–¿Por qué? Por eso iré junto a ella, al otro lado del mar, si no os importa.

–Señora, no busquéis pelea, porque os diré la verdad, ya que lo queréis saber, aunque nunca por mi voluntad os lo diría. Ciertamente, es necesario que os lo confiese, sea para bien o para mal.

Y después dio otro suspiro falso, y para afirmar mejor su discurso empezó a llorar, por engaño y por astucia.

–Señora –continúa–, no sé qué decir, porque nunca diría de grado cosa que os causara dolor. ¿No creéis que el dolor que siento es muy grande, que sufro mucho y por nada que pueda suceder puedo dejar de llorar? Lloro por lo que sentiréis un muy gran dolor cuando lo sepáis. Pero de nada me sirve ocultarlo, aunque la palabra y el corazón me falten, tan gravoso me es de contar.

A estas palabras suspira otra vez, sin sentir ese gran dolor en el corazón, y cuando da ese suspiro, en fin, dice lo que piensa:

–Señora, quien la mala noticia trae llega demasiado pronto. Sabed que vuestra hermana ha muerto.

–¿Ha muerto mi hermana? ¡Pobre, desdichada!

–Cierto es, no lo podría ocultar; pero atemperad vuestro corazón, que no hay que quejarse demasiado del propio daño ni del dolor. Muerte hace con todos su voluntad, que nadie, bueno o malo, se le escapa. Todos debemos este don a la muerte, será necesario que lo paguemos; nunca sabremos cómo aplazarlo y, puesto que es así la cosa, Muerte ha cobrado por derecho lo que vuestra hermana le tenía que dar, no queráis hacer tan gran duelo, sino sufrid sin demasiada tristeza lo que todos tendremos que padecer.

Así pensaba el tirano felón mezclar la miel con la hiel, cuyo amargor le había puesto en el corazón con su engaño, y apaciguar su pena, la tristeza y el duelo que ella sentía. Pero no la exhorta tanto como para reconfortarla, que por poco no se enfurece más. Entonces ella se llama infeliz y desdichada, y es tanto su dolor que no sabe qué hacer. Ya se arranca los cabellos, ya se golpea el rostro, llora, grita, se desmaya, maldice a los dioses y a la Muerte culpa:

–Muerte –dice–, muy mal has hecho al matar a mi hermana, y mucho tiene que odiarte Naturaleza, pues has matado a la más bella criatura que nunca creó. Muerte, muy noblemente obrarías, si me pusieras a su lado. Muerte, ¿a qué aguardas para enviar mi alma a divertirse junto a la suya? Muerte, mucho tardo en morir, que no quiero seguir viviendo. Muerte, ven pues y date prisa, ayúdame en esta necesidad. Muerte, ¿por qué estás tan lejos de mí, que no me oyes ni me escuchas? Muerte, aunque viviera cien años, nunca cesaría mi dolor. Muerte, si conmigo deseas reconciliarte, haz lo que te pido. Todos los días, desde ahora, en señal de tristeza, de angustia y de dolor, vestiré ropa de color negro, y con razón tendré que hacerlo, que está escrito en nuestra ley que quien sufre tristeza y dolor de muerto debe llevar vestimenta negra.

Ordena entonces que le traigan las ropas, se las traen de inmediato y ella las viste, y dice y jura que nunca más llevará otra vestimenta que no sea así o peor aún. Después le traen un toro para ofrecer un sacrificio a los dioses. Pone la sangre en un vaso sin derramar ni una gota. Tras sacrificar al toro, manda encender un fuego en el templo, que tal costumbre y tal ejemplo mantenían por sus antepasados, que a Plutón hacían sacrificio. Plutón era señor de los diablos, de todos los más espantosos, los más horribles y los más feos. El fuego fue encendido y hecho tan rápido como ella lo mandó, delante del altar de este dios, y para producir más humo, como era la costumbre, se llevó al toro junto al fuego. Entonces hizo una promesa y un voto al dios: haría un sacrificio igual todos los años delante de su altar para que guardara el alma de su hermana en el infierno con honor, en alegría y en descanso.

Cuando todo ardió, carne y hueso, que no quedó nada sino ceniza o brasa, esparció la sangre sobre ella. Después, pone todo en un recipiente blanco lo más cuidadosamente que puede y coloca en la tierra el frasco, bajo un sepulcro de mármol gris. Cuando suben el sepulcro, hace poner a uno de los extremos una imagen horrible, hecha a semejanza del que tiene el poder sobre las almas que en el infierno arden y sobre los demonios que las cuidan. Luego, manda escribir en su lengua, sobre el sepulcro delante de la imagen, de forma que muy bien se pueda leer: «Dios que del infierno eres rey y señor, Plutón, ten piedad del alma por la cual he hecho este sacrificio y esta ceremonia, sea cual sea el lugar en el que su cuerpo yazca».

Así, con gran devoción, Progne pone todo su empeño en hacer el sacrificio para sacar el alma de su hermana del lugar en el que no está. Al contrario, estaba viva y le pesaba mucho su vida. Cada día el traidor le renovaba su dolor, el vil malhechor, que de su amor estaba encendido, y le desagrada en gran medida que el que la había traicionado la forzara a hacer toda su voluntad. Hubiera necesitado gran ayuda, y bien deseaba que, si su hermana pudiera, llegara a saber su estado; pero no sabe qué ardid inventar mediante el cual hacérselo saber, porque no hay mensajero al que pueda mandar y no puede hablar; incluso si tuviera un mensajero, no podría mostrarle o expresarle sus sentimientos de ninguna forma. Por otra parte, está retenida con tal castigo que no tiene ni licencia ni permiso para salir de la casa.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién la retiene?

—¿Quién? La villana que la custodia, a la que Tereo se lo ordenó. Mil veces se habría ido de allí si hubiera podido, pero no la dejan. Así estuvo mucho tiempo, tanto que al fin le dio por pensar, tal como la necesidad enseña, que en la casa hay hilo, pues mucho habían hilado la viejita y su hija, y que nada faltaba de lo que se necesita para hacer un tapiz bordado. Lo ha pensado porque quiere asegurarse de que toda su desgracia sea manifestada a su hermana. No se detiene más en pensarlo, sino que de inmediato

quiere hacer su trabajo. Se acerca a un cofre en donde la campesina ha guardado sus ovillos y sus husos, los toma, los deslía y empieza su trabajo con gran aplicación y según parece.

La anciana no se lo impide, sino que con mucho placer la ayuda y le consigue y procura todo cuanto considera necesario para esta obra. Le procura todo su material, tanto y tan bien que tiene en cantidad hilo violeta y rojo, amarillo y verde, pero nada conoce ni sabe de lo que ella tejía. No obstante, le gusta mucho la obra, pues es muy difícil de hacer, ya que en uno de los extremos había tejido que Filomena los había hecho. Luego, representa la nave sobre la que Tereo atravesó el mar, cuando fue a buscarla a Atenas, y después cómo se portó en Atenas al llegar y cómo se la llevó, y a continuación cómo la forzó y la había mutilado cortándole la lengua. Todo lo escribe en el paño, y la casa y el bosque en donde ella permanece prisionera. Cuando terminó su trabajo, tan bien como pudo, se sentiría muy reconfortada de su dolor y de su desgracia si encontrara a alguien que la llevara a su hermana. Pero no sabe quién, a menos que vaya su guardiana o que envíe a la hija de ésta, porque allí sólo están ellas tres.

Filomena estuvo seis meses sin poder moverse, tanto y tan bien que finalmente obtiene nuevas señales en cuanto a la situación y encuentra la prueba cierta de que su guardiana haría cuanto ella le pidiera, ya que nunca se le prohibió ninguna cosa, ni grande ni pequeña, que no fuera salir de la casa. Y tenía razón, porque el rey se lo había prohibido.

Ha aguardado tanto, tanto ha esperado, que ahora considera haber encontrado un buen remedio y curación a su cautiverio. Un día estaba con su guardiana en la ventana de la casa, que ni a la ventana ni a la puerta se había asomado desde que Tereo, que una gran ofensa le hizo, la abandonó allí. Desde donde se había apoyado en la ventana, un poco más feliz, vio la ciudad donde estaba su hermana entre el bosque y el río, y empieza a llorar con amargura, como quien no puede encontrar consuelo a su dolor. Si su guardiana supiera cómo reconfortarla, con mucho placer le

aconsejaría, porque siente mucha compasión del gran dolor que ella manifiesta, y no hay nada que desee si no es salir de la casa, que no esté dispuesta a concederle de buena gana.

Cuando Filomena vio y se dio cuenta en otras ocasiones que ella haría todo lo que deseara, y encontró el lugar y la ocasión, tomó el paño que había tejido y regresó allí donde la guardiana la esperaba, porque entendía todas las señas sin equivocarse nunca, y así la entendía tan bien como si le hablara con la boca.

Filomena llega, la toca, le hace signos de que envíe a su hija a la ciudad que ve con el tapiz, para ofrecérselo a la reina. Ella entiende todo lo que quiere y no duda en hacer todo lo que le pide; no sabe para qué esperar más, porque sólo podrá recibir cosas buenas y quiere presentarlo con la esperanza de la recompensa y el pago que merece una obra tal.

Entonces se esmera mucho en hacer todo lo que le pide Filomena, que ahora siente mucha menos tristeza, angustia y pesar que de costumbre, porque tiene la esperanza de que, cuando su hermana sepa lo sucedido, venga a sacarla de allí. Y no quiere tardar más, que es locura, dice la letra, aplazar los propios asuntos cuando bien puede realizarlos uno directamente. Pero bien se ha cuidado de ese error, que no ha tardado en cuanto lo ha podido llevar a cabo. Esto no ha molestado a la guardiana, que no espera ningún daño:

–Hija –dice–, portaos bien. Es necesario que hagáis lo siguiente: a la reina llevaréis el tapiz y se lo presentarás. No tardes en regresar, ve rápido y regresa sin tardanza.

Entonces Filomena deja de llorar, se consuela, cuando la joven lleva el tapiz, porque cree que será rescatada.

Ésta marcha a toda prisa y no se detiene hasta llegar delante de la reina. Entonces le ofrece el tapiz y la reina lo despliega, lo mira y conoció lo ocurrido; pero no revela sus pensamientos, que no quiere gritar ni hacer ruido, sólo le ordena que se vaya. La joven se va y ella la sigue, ni tan de lejos ni tan de cerca, de forma que no la pierde de vista. Ella no se da cuenta hasta que regresó.

Progne llega a la puerta enloquecida y la encuentra cerrada. No dice una palabra ni llama, pero la golpea con el pie tan fuerte cuanto puede, y la villana no se mueve, sino que calla y se hace la sorda. Filomena grita y corre a abrir la puerta a su hermana; la villana corre a detenerla, que tiembla toda de miedo, mientras Progne toca, golpea y bate tanto que derrumba y rompe la puerta. La villana se siente sorprendida, huye sin atreverse a esperar y se encierra en una habitación.

Progne, cuando encuentra la puerta franca, entra como una loca y grita alto con gran fuerza:

–Filomena, hermana, ¿dónde estás? Soy tu hermana, no temas.

Filomena va a su encuentro más que al paso, y llorando; Progne la besa de inmediato, que por poco no pierde el sentido.

–Hermana –dice–, vámonos, porque demasiado habéis permanecido aquí. En mala hora visteis amanecer el día en que me desposó el felón, que os ha dejado así que ni me podéis hablar. Conviene que os vayáis, que aquí habéis permanecido demasiado tiempo.

Se van a la ciudad y muestran su dolor sin cesar. No siguen camino ni sendero, y Progne discretamente la lleva hasta una cámara subterránea, para sufrir su dolor en secreto. Ambas están a solas y Progne llora y se lamenta:

–Hermana –dice–, sufro mucho, ya que tan maltratada os encuentro, y ni sé vengaros del felón que esto os hizo, ni puedo. Dios le dé el galardón que su felonía merece.

Entonces su hijo, que era bello sin par, se presenta ante ella: fue la mala ventura que le espera quien allí lo conduce. La madre ve venir a su hijo y dice en voz baja algo admirable, como si el Diablo le hubiera aconsejado:

–¡Ah! –dice–, ¡cosa parecida al traidor, al vil diablo! Tienes que morir de muerte amarga, por la felonía de tu padre. Tú pagarás su felonía. Por su crimen morirás sin motivo, tú que no lo mereces; tú, cuya única culpa es que nunca vi ni Dios nunca creó, a mi juicio, a alguien tan parecido a él, y por eso quiero degollarte.

El niño corre a abrazarla, pues nada de esto ha oído. Tanto la besa y la abraza que Progne debería renunciar a lo que ha pensado, ya que una madre no debe ni matar ni desmembrar a su hijo, tal como exige el derecho y la naturaleza de todas las criaturas humanas y conforme a lo que la compasión defiende. Pero cuando se acuerda del traidor, del perjuro, no puede garantizar la vida del niño, al contrario dice que cuando llegue le cortará la cabeza y se la dará al padre para comer. Así puede vengar a su hermana del felón que la ha maltratado. Mientras la abrazaba con cariño, por el diablo, por crueldad, bajo la influencia del diablo, le corta la cabeza al niño y se la ofrece a Filomena.

Preparan la carne entre las dos muy bien y muy rápido: ponen a asar una parte y a guisar la otra. Cuando la carne estuvo cocida y asada, ya era tiempo y hora de comer.

A Progne le tarda mucho ver cumplida toda su voluntad. Va ante el rey, que nada sospecha, y le ruega y suplica que por lo que más quiera en el mundo vaya a comer, y le pide que no lleve compañero ni escudero, si no le enoja, pues estarán ellos dos solos: ella estará sola y él estará solo y ella lo servirá en todo.

Él responde que irá, pero que tiene que estar su hijo Itis, que ninguna otra compañía quiere allí que no sean ella, él y su hijo.

–A fe, que de verdad allí estará –dice Progne–, os lo prometo. Solamente estaremos nosotros tres y no habrá ni más ni menos y, si hago lo que quiero, nadie sabrá dónde estamos. Venid, pues, todo está listo y bien preparado, creo, y comeréis con mucho placer lo que he cocinado.

Así le dice la verdad, pero él no puede sospechar qué le ofrece para comer. ¡No penséis que ella le diga que le va a servir de comer a su hijo! No tarda en seguirla, porque no piensa que nada lo inquiete.

Progne lo lleva y lo sienta con mucho agrado y muy a gusto, para que le agrade la comida. Él aprecia mucho su servicio; ella ha puesto la mesa, el mantel es hermoso y blanco, le lleva una cadera de Itis, y él la corta y come y bebe, y pregunta por lo que ve:

–Señora –dice–, ¿dónde está Itis? ¡Me habíais prometido que estaría con nosotros!

–Señor, pronto estaréis satisfecho –dice Progne–, no os inquietéis. Itis no está muy lejos de aquí. Si no está ahora, lo estará, que poco tardará.

Entonces le lleva el espeto y él, coma y corte lo que sea, no cesa de insistirle en que vaya a traerle a su hijo.

–Señora –dice–, mal mantenéis vuestras promesas ya que no me traéis a Itis, y mucho me pesa que no venga. Tengo que ir a buscarlo, que no tengo a nadie que enviar por él, y me pesa mucho no verlo. Id a buscarlo y a llamarlo.

Ella ya no puede ocultar la comida que le sirve, al contrario, le cuenta todo abiertamente:

–Dentro de ti está lo que quieres, pero no está todo entero. Una parte está dentro de tu cuerpo y una parte fuera.

Filomena, que se había escondido en una habitación allí al lado, salió entonces con la cabeza. No se detiene hasta estar delante de él, y en medio de la cara le tira la cabeza toda ensangrentada.

Tereo ve que ha sido traicionado y permanece un momento sorprendido, sin moverse ni decir una palabra por la angustia y la afrenta que siente. Se sintió afrentado como debía, al reconocer la cabeza de su hijo, y esto le hace temblar la sangre y doblar su ira y su dolor, porque se da cuenta de que Progne se lo ha servido para que lo comiese. Siente así una gran ofensa y un gran dolor, y por la ofensa se le muda la color al ver a Filomena. Pero pronto deja de sentir la afrenta, pues quiere vengar la muerte de su hijo. Ahora están las dos hermanas en gran peligro de muerte, pero no les importa.

Tereo salta de la mesa, la vuelca de una patada y todo lo que había sobre ella se esparce. Hace caer todo, desparrama todo; ve una espada que pende de la pared y corre a cogerla. Ellas no osan esperar más, sino que huyen, y él las persigue y amenaza con matarlas.

Llevado por su ira, las persigue y acorrala en una puerta de salida. Allí, como plugo al destino, se produjo una gran maravilla como nunca visteis nada igual, porque Tereo se convirtió en un pájaro desagradable y feo, pequeño y vil. De su puño cayó la espada y se convirtió en abubilla moñuda, así como cuenta la leyenda, por su pecado y por la deshonra que había hecho a la doncella. Progne se convirtió en golondrina y Filomena, en ruiseñor.

Si lo hemos de creer, incluso ahora, todas las gentes desleales serían muertas y destruidas con humillación, y los felones y perjuros, y los que no se preocupan por la alegría, y todos los que obran mal y cometen felonía y traición a una doncella sabia y cortés, porque ha sufrido tanto y ha padecido tanto que, cuando comienza la primavera y todo el invierno ha pasado, por los malvados que odia tanto, ella canta lo más dulce que puede, por todo el bosque: «¡Mata!, ¡mata!».

Aquí dejaré a *Filomena*.

GUILLERMO DE INGLATERRA

Chrétien se propone contar un cuento, entretejido con asonancias y ricas rimas leoninas, al hilo de la historia, sin quitar ni añadir nada; para llevarlo a cabo cuanto antes seguirá la vía recta, sin perderse por otros derroteros. Quien quiera tomarse la molestia de buscar en las *Crónicas de Inglaterra*, en la abadía de San Edmundo, encontrará esta historia verdadera y muy entretenida (así que vayan a buscar allí la prueba quienes pidan garantías de verdad).

Cuenta Chrétien, que ya ha dado pruebas del arte de narrar, que hubo en Inglaterra un rey que reverenciaba la ley divina y honraba a la Santa Iglesia, pues había hecho voto de asistir cada día a los oficios, y mientras le sonrió la fortuna nunca se perdió maitines ni faltó a misa. Aquel rey era un modelo de caridad y humildad, y gobernaba su reino en paz. Le llamaban el rey Guillermo, y tenía una esposa de real linaje, dotada de gran belleza y prudencia (como no dice más la crónica, no quiero añadir mentiras a mi relato). La reina, que era también muy religiosa, se llamaba Graciana; el rey sentía por ella un gran amor y nunca dejó de tenerla y tratarla como a su dama. La reina compartía sus sentimientos, y quizás era aún mayor el amor que ella sentía por él. Ambos tenían grandes cualidades, pues, si el rey era un modelo de virtudes, la reina lo era también –lo leí en la crónica–, y no dejó de ir a la iglesia, ni faltó a maitines, mientras le duró la felicidad.

Llevaban viviendo juntos seis años, sin haber podido tener hijos, cuando al séptimo año quedó encinta la reina. Nada más saberlo el rey, hizo que redoblaran en atenciones para cuidar de ella, y él mismo se desveló para rodearla de todo el cariño y ternura, porque ella era lo que más quería en el mundo. Mientras pudo andar ligera, sin que le pesara demasiado el niño, siguió madrugando con el rey para ir a la iglesia para oír maitines. Pero cuando se acer-

có el tiempo de dar a luz, temiendo que se fatigara en exceso, el rey ya no le permitió que le acompañara; ella se quedaba acostada, mientras él se marchaba para asistir al oficio.

Una noche, cuando se despertó a la hora justa, como de costumbre, le sorprendió no oír tocar las campanas, y como se preguntase el porqué de este retraso, de repente le hizo sobresaltarse un estrépito tan fuerte como el trueno. Alzó la vista, recorrió la cámara con la mirada y quedó deslumbrado por un resplandor. Al mismo tiempo, oyó una voz que decía:

–Rey, márchate al exilio. En nombre de Dios y de su Hijo, te comunico lo que se te ordena. Cumple pronto con mi mandato.

Quedó muy extrañado y turbado el rey y, al día siguiente, después del oficio, se confió a su capellán. Éste le aconsejó con gran lealtad y sensatez, diciéndole lo que pensaba:

–Señor, esta visión que habéis tenido yo no sé, y vos tampoco, si está inspirada por Dios; pero lo que sí me consta es que gozáis de muchos bienes a los que no tenéis derecho. Debéis hacer pregonar cuanto antes que os ofrecéis a desagraviar y satisfacer posibles demandas que se os planteen. Éste es mi consejo y no tengo otro, no retengáis ningún bien ajeno, devolvedlo todo. Mucho me temo que esa visión sea obra de algún espíritu o criatura demoníaca.

Se cuidó mucho el rey de no desatender lo que le sugerían. Pronto mandó acudir a su corte a quienes sabía que había perjudicado, apropiándose de alguna de sus posesiones, y fue devolviendo a cada uno cuanto se le reclamaba.

Por la noche a la misma hora, estando acostado el rey, volvió a quedar deslumbrado por el resplandor y a oír la voz y el estrépito. Se santiguó ante el prodigio y se levantó para correr a orar en la iglesia. Después de escuchar maitines, manda al capellán retirarse con él en un lugar aparte en la capilla, para pedirle nuevamente consejo, y le cuenta cómo Dios le ha vuelto a ordenar que se marche al exilio cuanto antes. El capellán no se atreve a disuadirle, pero le dice:

–Si no os molesta, señor, esperad todavía a esta noche, y si por tercera vez se repite el prodigio podréis tener por cierto que la luz y el trueno son manifestaciones divinas. Os lo vuelvo a decir: esperad una tercera señal, y si volvéis a oír esta orden, ya no me pidáis consejo. Despreciad el mundo por amor a Dios y tened todo lo demás en menosprecio. No tengáis reparo en repartir vuestra fortuna y distribuir el oro y la plata entre los pobres, las iglesias y las hospederías; allí estarán a buen cobijo las limosnas. Regalad las túnicas, las pieles, las capas y los mantos, las copas esmaltadas, los azores y los gerifaltes, los caballos destreros y los palafrenes. Todo lo habéis de regalar, sin que os quede de vuestras posesiones más de lo que vale una castaña. Salvo la ropa que lleváis, no guardéis nada, ni por el valor de un comino, pero tened por cierto que llegado el momento se os premiará y devolverá al céntuplo.

El rey, que tiene en justo aprecio las palabras del capellán, le ruega que mantenga el secreto sobre este asunto, como si de una confesión se tratara; a lo que éste replica:

–Señor, que me condene sin remisión si se hace público por mi culpa algo que debe mantenerse callado.

Ambos salen de la iglesia, se despiden, y el rey no se demora en su propósito, sino que enseguida ordena que le traigan su tesoro. Manda venir a los priores de las abadías más necesitadas, así como a las abadesas, a los enfermos y a los pobres. Se libera de sus riquezas repartiéndolas con prodigalidad. La reina, a su vez, regala sus pieles de armiño y petigrís, sus joyas y adornos, porque ella también oyó las dos noches la voz y el trueno. Todo el día, hasta bien avanzada la noche, los reyes fueron repartiendo sus bienes, sin guardar de todas sus posesiones ni una pobre copa de cristal.

Poco durmieron aquella noche, pues aguardaban con impaciencia el momento en que oyesen la voz y el estrépito y vieran el resplandor. A la hora exacta, vuelven a oír el estruendo y, alabando a Dios, ambos quedan deslumbrados mientras escuchan la voz que dice:

–¡Anda, rey, ponte en camino! Harás bien en no demorar tu salida. Soy el mensajero de Dios, que te manda que te marches al exilio. Mucho le pesa e irrita tu tardanza.

El rey se incorpora desnudo en la cama y se santigua. Ya sólo le importa complacer la voluntad divina. Se levanta, se calza y viste rápidamente. Pero cuando ve cómo la reina se levanta también, mucho le pesa, porque se proponía irse sin llamar su atención.

Ahora piensa que son inseparables y que cualquier propósito que considere respecto al futuro tendrá que compartirlo con ella: nunca querrá dejar de seguirle a donde vaya.

–Señora –le pregunta–, por la fe que me debéis, ¿por qué os levantáis?

–¿Por qué, mi señor?, y ¿por qué os levantáis vos?

–Señora, a maitines he de ir.

–¡A maitines! ¿Estáis bromeando?

–En absoluto, señora.

–Claro que sí, bien lo sabe Dios. Es inútil fingir, señor, no os libraréis tan fácilmente. Yo os diré lo que no queréis decirme.

–Decid, pues, si lo sabéis.

–Os lo contaré de buen grado. Nada de lo que habéis presenciado durante esas tres noches se me ha escapado: oí el estruendo, vi el rayo y, con gran espanto, oí cómo una voz os mandaba partir, sin oponer resistencia, para acabar vuestra vida en el exilio.

–No me atrevo a negarlo, señora. No puedo ni debo eludir responder: Dios hará de mí lo que le plazca y yo me esforzaré en servirle hasta la hora de mi muerte.

–Dios os conceda, señor, el llevar a cabo vuestro propósito cumpliendo su voluntad, pero fue una locura pensar en marcharos sin que yo lo supiera y aceptara. ¡Qué insensatez! Mucho me sorprende, debéis saberlo, que os atrevierais con tal empresa, el marcharos al exilio, sin pedir mi consentimiento. ¡Con qué golpe mortal ibais a herirme, dejándome sola! Entonces, abandonada, me moriría de angustia, sin poder recobrar jamás la alegría de vivir.

–¿Alegría?, pero ¿por qué?, ¿qué os hubiera importado? Nada os habría faltado, excepto yo.

–Excepto vos, querido señor. No lo dudéis, ésa es una penitencia que sobrepasa mis fuerzas. Me habría pesado demasiado esta separación: mi alma habría dejado mi cuerpo antes de que me apartaran de vos.

Dos, tres y cuatro veces, vuelve el rey a suplicarle que le deje marchar al exilio.

–Señora –insiste–, no sigamos con esta discusión. Dadme licencia para irme y no digáis nada a nadie; he de recorrer el mundo, según el divino antojo.

–Señor, os tengo que decir –responde la dama, que era de muy buen consejo– que juntos hemos de emprender este viaje, y me parece lo más razonable: juntos hemos compartido la felicidad, los honores, las riquezas y el bienestar; ahora hemos de padecer juntos duelos y penas, deshonra y miseria. Con la más justa medida, quiero compartir con vos por igual lo bueno y lo malo, los gozos y la desdicha.

–¡Ah! –exclama el rey–, tened piedad y escuchadme. Aquí os tendréis que quedar, porque os pesa y agobia ya demasiado el embarazo. ¡Por cien mil marcos de besantes!, no quisiera que por mi culpa os ocurriera algún percance en los parajes deshabitados del bosque. Ya se aproxima el tiempo en que habéis de dar a luz y traer al mundo a vuestro hijo. ¿Quién podría ayudaros entonces en el parto? ¿Qué comadronas? ¿Qué nodrizas? ¿Quién os iba a atender después? Poco iba a durar vuestra vida con tantas privaciones y sufrimiento. Pronto os llevaría la muerte y dejaríais el mundo en pocas horas. Si no os importa cuidar de vos, ni os asusta arriesgaros a la aventura, compadeceos al menos del niño que va a nacer y dejad que viva, porque si muere por vuestra culpa cargaréis con algo muy grave. Y ¿qué iba a ser de mí? No podría sobrevivir a ambas muertes, porque tanto dolor acabaría conmigo; así que no sólo moriría el niño con vos, sino que por vuestra culpa íbamos a morir los tres. ¿Por qué queréis poner fin

a vuestra vida? Más os vale perfumar con incienso de laurel y mirra vuestros apartamentos y guardar cama para descansar vuestro fatigado cuerpo y cuidar del niño que va a nacer. Está mal el rechazar un buen consejo, y habrá de arrepentirse quien escucha un aviso prudente y no lo toma en consideración. ¿Acaso no creéis que es razonable lo que os aconsejo?

–Ciertamente, tenéis bastante razón, señor, pero yo tengo buena esperanza, porque cuando uno pone su confianza en Dios no ha de quedar desamparado. No os apartéis de mi compañía y Dios no se olvidará de nosotros, sino que nos protegerá, a mí, a vos y a nuestro hijo. Marchémonos juntos para obedecer con confianza al mandamiento divino.

–Señora, cualquiera sea la aventura que me espere, he de hacer vuestra voluntad, y puesto que no queréis quedaros, marchémonos ahora, y ¡que Dios nos proteja!

Ahora salen por una de las ventanas de la habitación. Fuera les espera una oscura noche sin luna. Pronto abandonan Bristol y, caminando muy aprisa, se dirigen hacia el bosque. El rey, que ha ceñido la espada, abre camino a la reina encinta. No se han llevado nada de sus riquezas y lo único que les sirve de aliento es el valor y la generosidad de sus corazones. No siguen ningún sendero, sino que se adentran hacia lo más espeso del bosque para evitar cualquier encuentro con alguien que surja para cerrarles el paso o que vaya siguiéndoles por el camino. Así se alejan de cualquier calzada o camino trazado, y van huyendo toda la noche. Sienten gozo en la misma prueba, porque a quien Dios alumbra e inspira, el dolor le resulta dulzura y le reconforta lo que tendría sabor amargo para los tibios, alejados del amor divino.

A la mañana siguiente, cuando despertaron las gentes del castillo, quedaron estupefactas al ver que no se levantaba el rey, que solía madrugar mucho (de haber sabido la verdad, mayores aún hubieran sido su pesar y preocupación).

Al principio, los cortesanos procuran no alarmarse pensando en una desgracia y esperan a que se levante. Mucho tiempo –hasta pasadas las doce– se prolonga la espera, que se les va haciendo intolerable. Se acercan a la puerta de la cámara real y la encuentran cerrada. Siguen aguardando un buen momento, antes de empezar a llamar y golpear, durante otro largo rato. Al cabo de tantos golpes y empujones, terminan cediendo quicios y cerradura y echan abajo la puerta. Les sobrecoge el estupor al entrar y no hallar ni al rey ni a la reina. Como ha quedado abierta la ventana por donde bajaron, piensan que se han marchado. Pero antes de intercambiar cualquier palabra al respecto, se lanzan a coger todo lo que está a la vista; van vaciando las arcas, los cofres y los baúles de todos los aposentos y salas del castillo, pero no encuentran nada de lo que buscan, porque ya no quedaban cosas valiosas.

Un niño halló en cambio debajo de una cama un cuerno de marfil que, según cuenta la historia, el rey solía llevar consigo siempre cuando iba de caza al bosque; el niño lo enseñó a su madre y se lo llevó de juguete a casa, donde iba a guardarlo muchos años.

Pronto empieza a correr la noticia, que no se puede mantener callada por más tiempo; ¡el rey Guillermo ha desaparecido! Todo el reino se conmueve, pues causa gran pesar su desaparición, así como la de la reina. Emprenden la búsqueda recorriendo tierras y mares de todo el país, salvo precisamente el lugar en donde se han refugiado: el hosco bosque, donde llevan una vida salvaje, comiendo bellotas y bayas de los arbustos; todo les sirve de alimento para sustentarse: peras y manzanas silvestres, moras y bayas del espino, capullos de rosa mosqueta, frutas del aliso, endrinas y arándanos, o cualquier otra cosa que les brinde la naturaleza. A falta de otra bebida, toman el agua que les cae del cielo anubarrado, y soportan con gran paciencia tantas privaciones e impedimentos.

Tantos días han caminado a merced de la aventura que, sin seguir ningún sendero, ya han recorrido un largo trecho. Ahora

salen a los lindes del bosque y van bajando hacia la orilla del mar; allí entre rocas encuentran una cueva que les servirá de cobijo para pasar la noche. Dura cama y fría comida les ofrece esa posada improvisada, pero la reina estaba tan agotada que no es extraño que cayera dormida nada más cerrar los ojos.

En cuanto se despertó, sintió que le empezaban los dolores del parto y le invadió una gran angustia. Ahora ruega y suplica a Dios y a los santos de su devoción que la amparen en ese trance. Lo que más le asusta es no contar con la ayuda de alguna mujer, cuando tanta falta le haría, porque el hombre sabe muy poco de esas cosas; como se encuentran en un paraje tan desierto y alejado, está claro que ninguna mujer llegaría a tiempo y tendrá que arreglarse con el rey. Con gran e infinita ternura, éste se presta muy humildemente a hacer todo lo que le manda la reina, sin manifestar ningún disgusto o repugnancia, hasta traer al mundo un hermoso varón. El rey, que siente por el niño un inmenso amor, se pregunta qué podrá servirle de cuna y dónde acostarlo; saca entonces la espada y corta el faldón derecho de su túnica para envolver al niño y dejarlo en el suelo. Ahora quiere aliviar a la reina de sus dolores y le coloca delicadamente la cabeza encima de sus rodillas, logrando con muy suaves y tiernas caricias que la reina, agotada por los trabajos del parto, vaya quedándose dormida en su regazo. Pero, al cabo de un rato, los dolores vuelven a despertarla e implora nuevamente la ayuda de la Virgen:

–Santa María, que alumbrasteis a la vez a Vuestro Hijo y Padre, dignaos mirar con dulces ojos a vuestra sierva.

Sigue con sus rezos y he aquí que da a luz a un segundo varón. El rey, que toma parte en todo, vuelve a cortar otro faldón de su túnica para envolver al niño y acostarlo; luego retoma sobre sus rodillas, a modo de almohada, la cabeza de la reina, que cae en un profundo sueño hasta el día siguiente.

Al despertarse, le entró un hambre poco común, casi impropia de una mujer.

–Señor –advierte al rey–, se me está nublando la vista y, si no como algo pronto, veréis que me desmayo. Me aprieta un hambre tan feroz y desenfrenada que tengo que saciarla, aunque tenga que comerme a uno de mis hijos, por mucho que me duela.

El rey se queda apesadumbrado. Se levanta sin saber qué hacer. Piensa que lo único que puede darle de comer es su propia carne y se dispone a sacrificar un trozo de muslo. Cuando le ve blandiendo la espada encima de su nalga, la dama mide la generosidad del rey y siente tal compasión que domina el hambre que la aguijonea.

–¡Ay, no puede ser! ¡No puede ser! –grita ella. ¿Qué vais a hacer? Otra comida tenéis que procurarme, porque jamás, por el apóstol san Pedro, comerá mi carne la vuestra.

–Ay, señora, si no pierdo el sentido, mientras me quede carne en los huesos, puedo aseguraros que nunca tocaréis a mi hijo. Yo tengo salud y podrían sanar mis heridas, pero me espanta que hayáis podido pensar en tal suerte para el niño. Dios no os perdonaría nunca un pecado tan grave.

–Callad, señor, y tranquilizaos. Aguantaré lo mejor posible la angustia y el hambre que me atenazan, mientras vais en busca de gente que nos pueda ayudar. Volved pronto.

–Me agradan vuestras palabras, señora –contesta el rey–. Tardaré lo menos posible en ir y volver, os lo prometo.

El rey se marcha inmediatamente, rogando a Dios que le guíe por el camino. Mirando a lo lejos hacia el mar, alcanza a ver cómo en el puerto unos mercaderes iban cargando con afán alegre una nave lista para zarpar. Se va acercando a ellos el rey, que por sus andrajos más parece un mendigo o truhán; les saluda y ruega le concedan su atención para escuchar lo que quiere decirles:

–Señores, que Dios os dé suerte para lograr buenas ganancias. Si tenéis comida, dadme algo. Dios os lo devolverá. Que os proteja de todo peligro y que os lo premie, dándoos a ganar a todos.

–¡Fuera! ¡Fuera, mendigo! –grita uno de los mercaderes, enfurecido–, que vamos a pegarte una paliza o tirarte al mar; esto es el pago que te vas a ganar en la feria, puedes creerme.

–¡Venga! –interviene otro–, calmaos y dejad a este truhán. No os metáis con él. A los vagabundos, nosotros, gente de bien, les debemos ayudar, porque no tienen remedio. Su profesión es mendigar por el ancho mundo. Éste no ha empezado ayer, ni lo dejará mañana, porque no sabe hacer otra cosa.

–¡Ah, gracias, buen hombre! –dice el rey–. Ciertamente, acabo de empezar, pero no he terminado de cumplir con un destino que no puedo eludir. Sin embargo, dejaría de pedir ahora mismo si sólo me apremiara a mí la necesidad. Pero habéis de saber que anoche mi mujer ha dado a luz a dos niños. Ahora temo por su vida, pues es tal el hambre que la atormenta, que por poco se lleva a la tripa al hijo que acaba de traer al mundo.

–¡Ja! ¡Don Truhán, cómo mentís! –exclaman los mercaderes, que no pueden creérselo–. ¡Qué cuento más grande! ¡Ni el diablo encarnado! Una mujer que se come a su hijo, esto ni se ha visto ni se verá. Pero, si no está demasiado lejos, llévanos a ver a esos niños.

Pronto eligen a unos cuantos para acompañar al rey, que les va guiando aprisa por el camino más corto, hasta el lugar donde descansa la reina. Después de mirarla atentamente, uno de los mercaderes, que gozaba de mayor consideración, exclama:

–Esta dama no lleva ningún afeite, ni trenza postiza, ni colorete: es una verdadera señora. ¿Dónde encontraste a esta belleza? ¿A quién se la robaste, truhán?

–Amigo mío, os confieso la pura verdad: yo soy su marido.

–¡Maldita sea, cómo te atreves a mentirme otra vez! Si vuelves a abrir el pico hoy y se te cuela otra mentira, me las pagarás. Se conoce que la dama queda saciada contigo y no le hace falta más. Ha andado demasiado contigo, vagabundeando y mendigando. ¡Menuda escuela para una dama de su condición, el juntarse con un bribón como tú! Basta ya de engañarnos, a ver si ahora dices la verdad: seguro que no hubo sacerdote la primera vez que te acostaste con ella. ¡Reconoce ahora que la has raptado!

–¡Ah, señor –implora el rey–, no se os ocurra decir esas cosas! Dios quiera que estuviera libre de todo pecado, pero hacéis mal en acusarme de un rapto que nunca cometí. ¿Cómo podría justificarme, si no me vais a creer?

–Verdaderamente, sólo el diablo podría creerse que una mujer tan hermosa pueda vivir en tal compañía sin haber sido forzada.

–Es cierto, señores –tercia la dama–, yo soy su mujer, casada ante la Iglesia.

–Os tiene tan acostumbrada a mentir que ya no os da vergüenza. Pero no puede ser verdad que os ha tomado por esposa, porque no tenéis nada en común. En mala hora os ha hecho suya y poseído tanto tiempo, pero pronto podréis escapar de él, porque ahora vamos a llevaros con cuidado hasta nuestra nave, donde estaréis mejor atendida. Por mucho que le pese a este loco que os ha traído aquí, ya no tendréis nada que ver con él. Le dejaremos los dos niños, que le vendrán bien para mendigar. Que cuide de ellos, así le ayudarán a desempeñar sus prendas. Mientras los tenga a su lado, no se morirá de hambre.

Al oír esas palabras, el rey se sintió tan ultrajado, que le subió la sangre a la cabeza y no pudo contener la cólera. Hizo un gesto para coger su espada, que estaba en el suelo, pero en cuanto lo intentó, uno de los mercaderes se le abalanzó y le empujó hacia atrás. Otro le golpeó en la cara y un tercero le arrancó la espada.

Mientras tanto, los otros mercaderes se fueron al bosque a cortar unas varas para hacer unas parihuelas y poder transportar a la dama hasta la nave. Trajeron delgados troncos de árboles jóvenes que acoplaron con cuerdas y fueron juntando y rellenando todo con hojas y helechos, a modo de litera. Luego volvieron hasta la cueva y se llevaron a la dama, tal como se lo habían propuesto, pese a las protestas del rey y de la propia reina.

Ahora el rey siente una terrible angustia. Quiere batirse y luchar, pero no puede enfrentarse solo contra tantos. Está quedando maltrecho, porque no cesan de vapulearle durante todo el ca-

mino, hasta que, movido por la piedad, le dice uno de los mercaderes, que era un hombre honrado:

–Siga mi consejo, amigo. Le daré cinco besantes de oro fino si deja de seguirnos. Tenga, buen hombre, tome esta bolsa con el dinero, se lo ruego, que le va a hacer falta.

–No quiero vuestro dinero, señor, no lo necesito. Guardad vuestros besantes, que no los cogeré.

–¡Palurdo! Demasiado orgulloso o demasiado tonto tienes que ser para rechazar cinco besantes de oro cuando más los necesitas. Pronto se te pasará la cólera y vendrás por ellos; aquí los dejo, ya los cogerás.

El mercader tira hacia la cueva la bolsa con el dinero, que se queda enganchada a una rama. Sin demorarse, todos suben a bordo de la nave, donde han depositado a la dama. Izan las velas y zarpan pronto hacia el mar, mientras el rey se queda en la orilla, desolado, presa de la ira y del dolor.

Durante largo rato, el rey lamenta su suerte. Siente el peso de la soledad. Nada le retiene ya a la vida. Ha huido de él todo deseo. Pero decide volver a la cueva para pensar sobre lo que ha de hacer. Si se queda en Inglaterra, los barones se pondrán en su busca y acabarán por encontrarle. Entonces se acuerda de los barcos que vio cuando bajó al puerto y forma el propósito de embarcarse con los gemelos, para navegar a la aventura, a donde los quiera llevar la voluntad divina. Coge a uno de los niños, dejando al otro en la cueva, y camina hacia el mar, donde pronto encuentra una nave lista para zarpar. Deposita al niño dentro del barco y se apresura a volver en busca del otro. Pero, cuando llega a la cueva, le espera un espectáculo horrible: ve cómo un lobo enorme se está llevando al niño agarrado en las fauces. Enloquecido por el dolor, el rey no sabe qué hacer y se pregunta qué va a pasar con el niño; corre detrás del animal, que ya se ha alejado de la cueva, pero a medida que sigue corriendo se da cuenta de que, pese a sus esfuerzos, no puede acortar distancias y se está quedando sin

fuerzas. Pronto surgen unas peñas rocosas que le impiden proseguir su camino o volver atrás, y se desespera porque ha perdido de vista al lobo. Está tan agotado que ya no se tiene de pie, le tumba el sueño y cae dormido al suelo.

Mientras tanto, el lobo que lleva al niño cogido en las fauces, pero sin causarle heridas ni magulladuras, sigue huyendo por una calzada donde caminan unos mercaderes. En cuanto lo ven, éstos empiezan a tirarle piedras y a correr hacia él con bastones. Acorralado, el lobo suelta su presa en mitad del camino y emprende la huida. Se acercan los mercaderes para ver qué ha dejado caer al suelo el animal. Corren hacia el lugar, se aprestan a recoger un bulto y cuál es su alegre sorpresa al ver a un hermoso niño, sano y salvo. Se ríen y piensan que es un verdadero milagro. Uno de ellos dice que quisiera que el niño fuera suyo y ruega a los demás que no traten de apropiárselo. Los otros mercaderes se ponen de acuerdo para dejárselo y él promete tratarle como a un hijo. Todos se encaminan hacia el barco donde depositó el rey al otro gemelo. Allí, el primer mercader que descubre en la nave al niño ruega a los demás que se lo otorguen y confíen, porque él lo querrá y educará como a un hijo.

–De acuerdo. No vamos a perjudicaros. Que sea vuestro el niño y que aprovechéis ese regalo –contestan los mercaderes.

Así han encontrado los niños a dos buenos padres adoptivos. Ninguno de los mercaderes los toma por hermanos y, sin embargo, no dejan de asombrarse por su parecido. Comentan que muy bien podían haber nacido a la vez, como si fueran gemelos. Como está todo dispuesto para salir, ya se hacen a la mar sin más tardanza.

Ahora dejemos a los mercaderes, de los que ya os he hablado bastante, y volvamos al rey. Éste se despierta, loco de dolor y sin saber qué partido tomar.

–¡Dios mío! –se lamenta–. ¡Cuánto odio a esos infames mercaderes! ¡Cómo me han herido, llevándose a la reina! ¡Y esa abominable bestia de lobo, que me ha arrancado al niño! ¡Dar muer-

te a un inocente, vaya una hazaña! Ahora he de volver al puerto, porque, en medio de tanta desgracia, me queda el consuelo de un hijo, si Dios quiere.

Pensando en volver a encontrarse con su hijo, el rey va bajando aprisa hacia el puerto. Cuando llega a orillas del mar y no halla la nave ni rastro del niño se le rompe el corazón, se queda sin aliento, se le hiela la sangre y siente crecer el dolor hasta lo insoportable. Para no caer en la desesperación, se humilla ante Dios y le agradece tanta adversidad. Luego se acuerda de la bolsa que le tiró el mercader y piensa que acaso sería el momento de ir a recogerla.

Vuelve entonces hacia allí y, justo cuando iba a alcanzar a retirarla del árbol donde había caído, ocurre algo prodigioso: atraído por esa bolsa de color rojo, bajó un águila y se la arrancó, golpeándole a la vez en la cara con tales aletazos que cayó al suelo.

El rey, que se recobra del golpe, reflexiona:

–Ahora comprendo que Dios se ha enojado conmigo. ¡Qué cobarde he sido! Yo, que dejé de señorear un reino, que abandoné las honras para servirle, ahora me ciega y vence la tentación de quedarme con un poco de dinero. ¡Ah, vil codicia, eres la fuente y raíz de todos los males! Desembocas en ellos, como un río que cuanto más caudal tiene, más necesita. Tan atormentado está el avariento, que padece privación hasta en la abundancia. Así Tántalo, que no cesa de sufrir en los infiernos. Cuando una deliciosa manzana dulce y madura le roza la cara y siente el agua aflorar a su boca, se muere de hambre y sed, tiende las manos para coger la fruta inalcanzable, que se aleja de él como en burla. Arde en deseo por tener tan cerca la sabrosa fruta que siempre se aleja: precisamente porque tiene la manzana colgando delante de su misma boca, tocándole los labios, le aprieta el hambre mucho más que si estuviera lejos. Y cuando inclina la cabeza para beber, se escapa el agua y desaparece la fruta. Padece sin cesar un suplicio destinado a durar hasta el fin de los tiempos. Parecido tormento sufren los que almacenan arrobas y celemines, atesorando mucho más de lo necesario. No tiene fortuna quien la encierra, sino quien la gasta y prodiga; aquél sí es digno de poseer amigos y bienes.

Así sermonea y menosprecia el rey a Codicia, pero no por ello se olvida del dolor que siente por la pérdida de los suyos. Está tan desesperado, que no consigue quedarse quieto. Se levanta, vuelve a sentarse. Avanza hacia el bosque, vuelve sobre sus pasos. No sabe a dónde ir. Todo le pesa. No goza de paz ni por la noche, porque ya no existe para él momento ni lugar donde encontrar descanso. Anda sin reparar a dónde le llevan sus pasos, caminando sin rumbo fijo, hasta llegar a un prado, donde se topa con un grupo de mercaderes que estaban cenando encima de baúles y arquetas, cubiertos con blancos manteles, a modo de mesas. Pálido de dolor, se les acerca el rey. Piensa que más le habría valido acaso dirigirse a perros y que sólo le esperan bastonazos, pero no deja de saludarles.

–¡A matar! –saltan éstos gritando–, ¡matad a este demonio de ladrón! No ahorréis leña para darle de palos, rompedle brazos y piernas para que no pueda huir. Me parece que éste es gran maestre de la orden de los asesinos, abad y hermano bodeguero de la secta de homicidas. Éste es la cabeza que guía a todos los demás. Ha venido a espiarnos para saber dónde guardamos el oro y la plata y robarnos en cuanto nos descuidemos. ¡Venga, todos a por él!

Entonces se lanzan todos los mozos para perseguir al pretendido ladrón. Pero el rey, que no quiere quedarse acorralado entre sus manos, huye corriendo sin parar.

Al día siguiente, en cuanto amanece, el rey se arriesga a volver a abordar a los mercaderes, que ahora están preparándose para zarpar. Cuando está todo listo en la nave y van soltando amarras, cae a sus pies rogándoles que, por el amor de Dios, le dejen embarcar con ellos. Acceden a su demanda y lo acogen a bordo. Pronto salen del puerto y se hacen a la mar.

Tras una larga travesía, llegan a las costas de Galvoie. En el puerto donde arriban se les acerca un burgués muy adinerado que rehuía todos los juegos de dados. Se propone contratar al rey,

para tenerle a su servicio. Primero quiere saber cómo se llama; él contesta que no hará que tenga que adivinarlo y, muy hábilmente, sólo le dice el principio de su nombre, acortando el final:

–A decir verdad, señor, en mi país me llaman Gui.

–Bien, ahora dime, Gui, lo que sabes hacer. ¿Sabrás sacar el agua del pozo? ¿Sabrás cepillar mis caballos? ¿Podrás despellejar las anguilas y filetear las aves para albardarlas? Si sabes cuidar y limpiar la casa y llevas mi carreta, entonces merecerás el sueldo que te daré.

–Señor, acepto hacer todo esto y más. No encontraréis en mí pereza para serviros.

El rey hace de criado en casa del burgués. Cumple con todo, sin negarse jamás a obedecer sus órdenes, y todo lo hace sin sentir despecho ni rencor. Si alguien le insulta o maltrata, él es capaz de agacharse para atenderle o descalzarle. Al que se rebaja, se le elevará, eso es verdad, pues la humildad suele llevar a los más altos honores.

Cumpliendo con tanta conciencia con sus tareas, el rey llega a ser intendente. El burgués le confía las llaves de su casa para que gobierne a su manera la despensa y la bodega. Pero no quiero seguir hablando del rey, porque ya es hora de que os cuente lo que pasó con la reina.

Los mercaderes que llevaban a la reina pusieron rumbo a Sorlandia. Allí tomaron puerto e hicieron escala. Cuando la dama volvió a levantarse después de dar a luz, surgió una fuerte discusión entre los mercaderes, que se pelearon por ella, porque gustaba y cautivaba a todos. Cada uno quería gozar de ella, a la fuerza o por dinero, pero ninguno logró imponer sus razones para alcanzar su propósito. La disputa alcanzó tal violencia que llegó a oídos del señor de aquel país. Se llamaba Guiolás. No era rey, ni duque, ni conde, pero había sido muy buen caballero, pues había batallado casi como Roldán. Ahora, como era mayor y decrépito, ya no se hablaba de él, porque el paso de los años arruina la

belleza, la fuerza y el valor del hombre. Cuando se enteró del asunto el viejo caballero, se acercó al puerto para terminar con el litigio. Puso paz entre los mercaderes, pues no dio la razón a nadie y se la quitó a todos, al ordenar que lleven a la dama a su castillo, pero no se olvidó de mandar que compraran a los litigantes lo mejor de su mercancía.

Entonces hizo instalar a la reina en los aposentos de su esposa, que ya era mayor también. La vieja señora sintió cariño por la hermosa dama, a la que fue queriendo como a una hija o prima, con gran aprecio de sus cualidades de bondad y moderación. En cuanto a don Guiolás, tanta belleza le dejó enamoradísimo. Mientras vivió su esposa, no confió a nadie el secreto de su pasión. Pero cuando murió la vieja dama, se quedó feliz don Guiolás pensando que ya podría casarse con una mujer a la que llevaba tiempo queriendo. Pronto mandó buscarla, para tener con ella una conversación aparte y revelarle su amor.

Ahora le pide que sea su mujer y su amiga; él será su amigo y señor cada día de los que le quedan.

–Señora –le dice–, os ofrezco mi feudo y mi persona. Mi tierra será vuestra más que mía, porque cuando yo muera no se os escapará ni un surco, pues no tengo heredero que os la pueda disputar. Cuando os hayan jurado fidelidad mis vasallos, nadie se os enfrentará. No os puedo prometer más, pero si es vuestra voluntad, aquí tenéis a vuestro amigo y señor.

Agradeciéndole sus palabras, la dama se inclina hasta el suelo con una reverencia. Se acuerda de que fue reina: convertirse ahora en la mujer de un barón sería rebajarse. ¿Qué podría responderle para rechazar su propuesta? Antes se dejaría quemar como bruja o tonsurar para el convento –ni a la fuerza, ni haciéndose rogar ni por ningún reino ni riqueza del mundo–, antes que tomar por amigo y esposo a otro hombre que a su señor, aunque no sepa si volverá a encontrarse con él y dude a veces de que llegue ese día. Ahora se queda pensando qué ardid podría imaginar para librarse de este pretendiente:

–Señor –responde ella–, ruego a Dios que premie el buen trato y las muchas atenciones con que me has rodeado en tu casa. ¿Pero acaso piensas que hay derecho a que una mujer de mala vida llegue a señorear un feudo? Tú eres señor y castellano, pero mi padre era un villano. Yo soy una desgraciada y hasta es pecado que esté viva. La historia de mi vida no es divertida, pero si quieres escucharla y mantener el secreto, te diré la verdad. Yo he sido monja, señor, y llegué a pronunciar los votos, pero salí del convento y me eché al mundo. Durante siete años, viví como una ramera que no rechazaba a nadie. Por Dios, os ruego que no me acuséis por lo que os acabo de confesar. Soy una mujer de mala vida y no merezco un esposo de tan alta condición. Si me atreviera, podría añadir aun peores crímenes, pero creo que basta con lo que he contado.

–Callad el resto entonces, amiga mía. Ahora bien, habéis de saber que vuestro encanto y belleza me tienen tan cautivado que os quiero tomar por esposa, cualquiera que sea vuestro pasado. No os asustéis por las faltas que hayáis cometido, yo tampoco me he librado de pecados y locuras, siguiendo mis inclinaciones y deseos. Pero ni vuestro pasado ni vuestros orígenes familiares me impedirán casarme con vos. ¿Acaso no sabéis que la castaña dulce y sabrosa sale de una cáscara áspera, erizada de pinchos? Ignoro quién fue vuestro padre, pero si hubiese sido duque o emperador no habríais salido con más cualidades. Muchas veces ocurre que no se puede conocer al padre por el heredero, porque es frecuente que gente de poco valor salga de una buena familia y a la inversa. Gentil amiga, aquí tienes a tu amigo. Sé mi dulce hermana. Tanto te pertenece mi corazón que no me importa tu pasado. No por eso he de quererte menos: es una conducta muy loable el enmendar sus errores, y sólo hay que avergonzarse de quien no lo intenta. Ahora que te arrepientes, Dios te estima tanto que quiere que seas mi esposa.

La reina derrama lágrimas, sin saber qué decir ni qué hacer. No tiene escapatoria. No quiere por nada ser su mujer y pertenecerle. En cambio, le vendría bien heredar el feudo, ya que él está canoso y muy mayor; pero más le valdría cualquier suplicio, que la quemen viva, que le arranquen los miembros, arrastrándola con unos caballos, cualquier cosa antes de permitir que sus cuerpos se unan. Quiere una cosa, pero rechaza la otra: el feudo sí le apetece, pero él le repugna. Entonces se le ocurre intentar darle seguridad, pero aplazar a la vez el compromiso, y le pide que espere un año –quiere ganar tiempo y lo aplaza todo lo que cree posible– antes de otorgarle por juramento sus derechos sobre el feudo. Para que consienta ese viejo que tanto la quiere, que se cree todo lo que ella diga, añade:

–Querido señor, os pido me concedáis un año de plazo, porque debo cumplir la penitencia que me mandó el mismísimo Papa: durante tres años no he de tener relaciones con ningún hombre. Llevo dos años de abstinencia, por lo que habréis de esperar, y no tocaréis mi cuerpo antes de que pase el tercero; pero os querré aun más, y si no fuera por ese impedimento espiritual, ya me habría casado con vos.

»Pero ahora pienso que estoy loca: ¿cómo puedo creeros y tener por seguro que no os estáis burlando de mí? No finjáis más y decidme si habláis en broma o de veras. Verdaderamente, sería indigno de un barón engañar a una ramera de pocas luces como yo, y aparte de perjudicarme, podría dañar vuestra reputación.

–¡Por Dios, hermosa y dulce amiga, no os tengáis en tal desprecio! ¡Cómo podéis pensar que me tomara a broma algo de lo que os dije! Pronto os percataréis de lo serio y verdadero de mi amor y veréis cómo no os he engañado.

–Señor, debéis concederme lo que os pedí –insiste la dama–, otra cosa resultaría imposible.

–Os lo concedo –contesta el viejo caballero–, pero habéis de saber que no pienso aplazar la boda.

–Así sea, si os place, señor, pero en cuanto a lo demás, ¡no os hagáis ilusiones! –replica hábilmente la dama.

Entonces, el caballero manda anunciar sin demora por todo el feudo que se apresta a contraer matrimonio. Según reza el pregón, exige que todos honren y sirvan a su dama, y citará ante la justicia, aunque sea noble o caballero, a quien deje de asistir a sus bodas.

Cuando ya se encuentra reunida en su corte una multitud de gente muy diversa, como caballeros, criados, juglares, halconeros y venadores, sacerdotes, canónigos y monjes, el futuro esposo les va presentando a Graciana. Ella atrae todas las miradas, y al verla, no hay hombre que no piense:

–Ésta seguro que no es tonta, pero nuestro señor es un inconsciente. ¡Como si uno no conociera a las mujeres: ella se casa con la tierra, no con él! Él, en cambio, sólo se la lleva, a ella solita, que con esos pechos firmes y blancos, esa cara lozana, esa tez tan clara le ha cegado y ha enganchado a mi señor. Ella ha jugado con él, le ha atraído, excitado, y luego, ¡con qué habilidad le ha pescado! Él se ha tragado el anzuelo. Pero ¿quién habrá podido aconsejarle tan mal para que llegue a casarse con ella? Porque ella no tendrá ni veinticinco años. Se volverá luego arrogante; se dará importancia; habrá que hacer todos sus caprichos, mientras que mi señor muy poco tendrá de los suyos. Y esto, al fin, ¿qué importa? Está bien si le gusta. Pero me parece que muy pronto se morirá de gusto.

Así van discurriendo los comentarios de los cortesanos sobre la nueva pareja, mientras el alborozo se apodera del castillo. El viejo caballero ya ha recibido a su mujer de mano de un abad, pero no por ello han cesado las bromas y risas sobre el asunto. La corte se ha convertido en un hervidero y toda la noche, con alegre bullicio, resuena la música de flautas y zampoñas.

Caballeros, damas y doncellas bailan y se solazan en placentero recreo. De la dama y del señor, en cambio, hay que decir que no llegaron siquiera a tocarse, ni se permitieron en toda la noche la mínima caricia, cosa que a ella no le desagradó, pero al caballero sí que le pesó.

Antes de marcharse los invitados, todos cumplieron con la voluntad de su señor y juraron fidelidad a la dama, prometiendo serle leales de por vida y guardar los lazos de vasallaje, mientras tal fuera su deseo. Ella se empeñó en hacerse querer y lo logró con su mesura, dulzura y lealtad. Conquistó los corazones de sus vasallos, que todos se esforzaron en complacerla. Les parecía incluso que tardaban demasiado en cumplir sus órdenes y rivalizaban a cuál mejor para rodearla de atenciones. Pero dejemos este tema, sobre el que no quiero extenderme más.

Acabo de contaros las aventuras de la reina y ya es hora de que os diga lo que ocurrió con los niños. Éstos arribaron a Catanasia, donde desembarcaron con sus padres adoptivos. Allí fueron bautizados, uno con el nombre de Lobato, para recordar al lobo que lo dejó en medio del camino, y el otro con el de Marín, porque lo encontraron en una nave lista para zarpar.

Ambos fueron creciendo y desarrollándose, y cuando cumplieron diez años ya no había en el mundo niños más hermosos, corteses y mejor educados. Los educó su buena naturaleza, que siempre sirve de sustento. Naturaleza nunca miente, y como un condimento que da sabor a los alimentos, ella aromatiza la sustancia del carácter. Pero hay dos clases de salsas: una puede ser clara y dulce, la otra, turbia y amarga. La primera lleva clavo y canela, cardamomo y nuez moscada. Ha sido preparada reposadamente, mezclando las especias con zumo de granada, como para un untuoso bálsamo. La otra está tan mal aderezada que no lleva azúcar ni miel, sino escamonea y hiel. Resulta tóxica como un veneno y no hay medicina que pueda curar al desdichado que por nacimiento tenga que abrevarse en ella. Naturaleza pesa tanto en el hombre que lo hace bueno o malo: de tal sustento, tal hombre, ése es el resultado inalterable. Así ocurrió con los niños y, frente al peligro de que sucumbieran a la villanía, porque villanos eran sus padres adoptivos y de esa sustancia les alimentaban, Naturaleza se impuso con fuerza para cambiarlos. De no haber

sido así, se hubiesen podrido como villanos, por la educación que recibían de sus modelos. Pero no se puede vencer la naturaleza, y ellos eran de tan buen linaje que fueron aprendiendo, embebiéndose en una fuerte doctrina natural que les protegió contra la mediocridad: pese a su educación, se alejaron del modelo villano y volvieron a su naturaleza innata. Ellos se fueron educando a sí mismos, porque habían recibido todas las herramientas para pulir y limarse por sí solos. Nunca se abrevaron en malas fuentes, ni pudo la maldad germinar o echar raíces en sus corazones, porque antes la cortaron y arrancaron de cuajo. Desde la más tierna infancia, tuvieron la suerte de educarse juntos, pero sin saber que eran hermanos, pues no pensaban que sus padres pudieran ser otros que quienes les daban de comer; tampoco sospechaban que pudieran llevar la misma sangre, pero sí les gustaba estar siempre juntos y por eso la gente solía comentar:

—¿No se parecen mucho esos dos niños? Mirad el pelo de éste: el otro lo tiene igual; y ¿qué me dice de los ojos y de la nariz? Son los mismos. ¿La boca y la barbilla?, la misma. Es asombroso cómo tienen los mismísimos rasgos. Hablan de forma parecida, tan idénticas las voces que, si no se les viera a los dos, se podría pensar oyéndolos a ambos que sólo habló uno. También resulta sorprendente la manera que tienen de ayudarse y permanecer siempre juntos, sin buscar la compañía de otros niños. Acaso les venga por naturaleza el andar siempre uno con otro, despreciando cualquier otra compañía. ¡Que me corten la cabeza si es cierto que estos niños salieron alguna vez de la forja de Maese Goncelín y Maese Fouquier! Sin embargo, hay que ver cómo cada uno quiere a su hijo y se enorgullece de él, y con razón, pues son hermosos e inteligentes. Ahora bien, parece que son de otra cuna, más noble y gentil.

Así van haciendo conjeturas sobre los niños para volver siempre a la misma conclusión:

—La verdad es que estos niños no se parecen más a Maese Fouquier o Goncelín que un lebrel a un mastín.

Los mercaderes no hacen caso al qué dirán y piensan que tendrán que enseñar un oficio a sus hijos adoptivos, porque si tienen una profesión podrán negociar mejor. Maese Goncelín quiere colocar a Lobato de aprendiz de peletero. Cuando le anuncia su propósito, éste jura que no irá si no va también su compañero Marín. Otro tanto ocurre cuando Maese Fouquier sermonea a Marín: éste se niega a ir a trabajar a un taller si no le acompaña su amigo Lobato.

En cada casa se repite la misma escena: al ver cómo los niños rechazan su propuesta, los villanos los tiran al suelo, donde los vapulean a puñetazos y patadas, sin que se atrevan a gritar, porque cuando un villano se pone rabioso no hay que fiarse de él más que de un oso u otra fiera: ¡se convierte en el mismísimo diablo!

Tan encolerizado está Fouquier contra Marín cuando éste se le enfrenta, resistiéndose a hacer su voluntad, que no se contiene y le grita:

—¡Vagabundo! Para que lo sepas, te llamaron Marín porque una ramera decrépita te abandonó al mar, envuelto en un trozo de túnica desgastada. En los lindes del bosque de Guernemuda, allí, en una nave te encontraron.

Ahora ha revelado el villano su verdadera naturaleza de escamonea y hiel. ¡Maldita sea la lengua de un villano, su corazón y su boca! Cuando oyó Marín esos insultantes reproches, sintió a la vez angustia y humillación. Ahora el villano sigue golpeando y apaleándole, como un condenado bribón. De pronto, llevado por un arrebato de rabia, corre al arca y saca el pedazo de tela que tenía guardado allí desde que adoptó al niño y se lo entrega sin mediar palabra. Marín lo recoge sin vacilar, lo guarda debajo de su capa y, aprovechando la ocasión para escapar, huye corriendo hacia la puerta principal, secándose las lágrimas que bañan su cara.

Lo que no sabe es que a su buen amigo y compañero Lobato le han apaleado como a un perro. Después de malos tratos e insultos de la peor especie, Maese Goncelín le contó cómo lo arran-

có de las fauces del lobo y lo recogió envuelto en un trozo de túnica raída. Le hizo los peores reproches y calumnias, con un lenguaje propio de quien tiene una naturaleza envilecida. Acertó, en cambio, devolviendo al niño el pedazo de tela que le envolvía cuando lo encontró. En este caso se puede decir que hizo bien y mal a la vez, porque, si su intención era mala, pues él quería herir al niño, en realidad, a éste le vino bien y le conmovió profundamente. Bañado todo el rostro en lágrimas, le dijo:

–Querido señor, Dios os premie por todo el cuidado con que me habéis criado y el cariño que me habéis dispensado hasta hoy. Ahora es preciso que me separe de vos y me marche. Os ruego que me deis licencia para ello sin enfadaros. Yo soy y seguiré siendo vuestro, como debe ser, porque no se puede odiar y despreciar a un maestro si recurre a los bastonazos para enseñar. Cuando nada os obligaba a ello y por pura generosidad, me hicisteis el bien. Ahora sé que gracias a vuestro empeño me habéis devuelto a la vida, porque si no me hubierais arrancado al lobo, ahora estaría muerto. Os debo pues la vida, y nadie ha hecho tanto por mí, salvándome de tal peligro, del que acaso no me hubiera librado un padre natural. Por ello me pesa dejaros. Pero habéis de saber que, dondequiera que esté, seguiré queriéndoos, porque merece más consideración el que no nos debe nada que aquel a quien se le puede reclamar. Cuando me marche, sé que no volveré a encontrar una persona como vos.

Cuando oye el villano con qué palabras de bondad le agradece el niño el bien que le ha hecho, le contesta:

–Tranquilizaos, querido hijo. Os mentí, pero ahora me arrepiento de lo que dije. Habéis de perdonarme esas palabras en que cedí a la cólera. No debéis dejar que os afecten lo más mínimo, porque heridas hechas con la lengua no son llagas de verdad. Tranquilizaos y quedaos conmigo para aprender a mi lado el oficio de mercader, como hice yo. El rico siempre encuentra muchos amigos. Está visto en cambio que quien no posee nada nunca hallará estima y aprecio. Si eres pobre y te pones al servicio de los demás, te tendrán en desprecio por insignificante. Hoy día, en todas las cortes se menosprecia al sabio pobre, mientras que se admira al rico sin seso. Eso es lo que valora nuestro tiempo, por lo que te recomiendo amasar una fortuna, sin que te importe cómo, si quieres parecer sensato y ser estimado por el mundo de hoy. Harás bien en hacerme caso.

Al niño este discurso le tiene descuidado, porque no quiere oír hablar de cosas contra las que se rebela su naturaleza, como el crédito y el préstamo.

–Señor –contesta–, sea mentira o verdad lo que decís, es justo que os perdone y no os tenga ningún rencor. Pero sé muy bien que, si no me dais permiso para irme, me escaparé en cualquier momento.

–No estás preparado todavía como yo quisiera para emprender un largo viaje.

–No sé de qué habláis. Que yo sepa, no me falta de nada.

–Por supuesto que sí. Mira, te regalaré unas botas de cuero y, me cueste lo que me cueste, unas espuelas, una capa para la lluvia, un rocín y un palafrén. Más pierdo perdiéndote.

–Ay, señor, Dios no quiera que no nos volvamos a ver y me conceda el poderos premiar por esos obsequios.

Tal como se lo prometió, su padre adoptivo le regala una capa de sayal, un par de botas y unas espuelas viejas, todo muy del agrado del muchacho. Luego manda ensillar dos rocines grises, robustos y de buen trote, y hasta le ofrece como escudero a un mozo llamado Roldín. Lobato, que queda muy complacido, le encarga llevar el arco y las flechas. Maese Goncelín les ha prestado dinero por valor de un marco de plata. Ahora les aconseja:

–No os quedéis en ningún sitio donde no veáis la oportunidad de ganancia y volved pronto a casa.

Ahora que está bien equipado, el muchacho se despide y se marcha, pero siente gran pesar por no haber visto a Marín, al que espera encontrar en la ciudad. Allí también pensó hallarle su compañero, pues aunque ambos ignoran sus aventuras respectivas, han

elegido el mismo camino. Cabalgando por la cresta de una colina, Lobato alcanza a ver a Marín, que camina por delante, sin reconocerle ni prestarle atención. Espolea su montura con tal fuerza para bajar la cuesta al galope y encontrarse con él cuanto antes, que brota la sangre de los flancos del caballo. Marín lo ve bajar lanzado, seguido de su escudero, y se pregunta sorprendido quiénes son esas gentes que van tan deprisa. Sospecha entonces que vienen a por él con malas intenciones para detenerle y llevarle otra vez a la ciudad. Piensa que debe intentar huir como sea hasta llegar al bosque que otea en el horizonte, donde ya podrá retirarse y permanecer escondido sin que jamás logren encontrarle: él es tan bajito y menudo que, una vez en el bosquecillo, nadie podrá sacarle de ahí.

De haber robado, no habría corrido más aprisa el muchacho al ver a la justicia persiguiéndole para apresarle. Va forzando la marcha, porque le parece que nunca va a llegar hasta aquel refugio de salvación. Pero Lobato tenía buen caballo y pronto le alcanza. Al reconocerle, Marín se sonroja, porque teme que su amigo sepa el motivo de su huida. Aquél, en cambio, se deja llevar por la alegría, se apresura a descabalgar y corre a abrazarle.

–¡Qué disgusto tenía, compañero, cabalgando solo! ¡Cómo iba a poder imaginar que caminabais delante de mí! Pensaba que estaríais en casa de vuestro padre. Ahora decidme, amigo mío, ¿acaso se enfadó con vos el señor Fouquier?

Marín se da cuenta de que su amigo no sabe nada de lo que le pasó y en un primer momento se queda con la mirada baja, sintiendo temor a confesar la verdad. Pero pronto le mira a los ojos y le va contando cómo Fouquier le echó de casa, amenazándole con sacarle los ojos de la cara si no quería hacerse peletero.

–¿Peletero? Por Dios, iba de veras, pues. ¡Vaya peletería iba a tener! Eso mismo, os juro, quería mi padre que fuera: con no sé qué pieles de turones o martas cibelinas, quería hacer de mí un negociante. Como me atreví a enfrentarme con él, me pegó una paliza que todavía me duele. Sin embargo, me dio luego permiso para marcharme y me regaló todo cuanto necesitaba para vestir y equiparme. Yo sólo echaba en falta vuestra compañía.

–Yo también, y no me hubiera importado tanto la cólera de mi padre de haber sabido que me ibais a acompañar. Pero ahora tendremos que ir pensando hacia dónde dirigirnos.

–No se me ocurre, amigo. Será mejor dejarnos llevar por la aventura. Tenemos dinero como para una semana. Cuando hayan pasado ocho días, ya veremos lo que nos depara la suerte. Seguro que encontramos un señor que nos proteja, porque no nos puede abandonar nuestro destino.

Justo en este momento, ven salir de un seto a un gamito joven, y le grita Marín a Lobato que le dispare con el arco.

–Sí, no fallaré –contesta éste, cogiendo de manos de su escudero el arco armado con la flecha.

El gamecillo, que andaba pastando avena, recibe sin poder esquivarlo el disparo de la flecha, que viene a herirle en la vena maestra, derecho al corazón, y suelta un largo bramido. Marín se alegra al verle caer fulminado. Ambos niños corren a recoger su venado y lo cargan a lomos del rocín. Ahora cabalgan muy contentos, y por consideración llevan también a Roldín a la grupa. Mientras andan por el bosque, Lobato no cesa de disparar por puro deporte hasta que llegan a las fuentes de un riachuelo. Todo alrededor era precioso: los árboles, el verdor de la hierba en la orilla, el agua clara que corría cristalina, dejando traslucir unas piedrecillas, más brillantes que la plata pura. Muy cerca había una cabaña recién construida.

Pronto paran los caballos y desmontan. Ahora penetran en la cabaña, donde ven un cuerno colgado de un fuste. Siguen buscando y mirando, pero no encuentran nada más, porque la cabaña está vacía. A los dos niños les gusta esta casita junto al río y tan bien hecha, con espesas ramas que no dejan pasar la lluvia.

–Aquí nos hospedaremos –declara uno de ellos–; mandaremos a Roldín, que conoce bien el país, en busca de una ciudad o lugar donde puedan proveernos con sal, pan y vino.

–Iré encantado –contesta éste–, pues sé que este camino lleva derecho a una abadía, donde me procurarán seguramente esas provisiones.

–Vete y Dios quiera que aciertes.

Sin pararse por el camino, el escudero llega a la puerta del convento y pide a los monjes todo cuanto necesita. El hermano cillerero se muestra generoso y no le niega nada. Roldín no se olvida de pedir brasas para asar el venado y se lleva un jarro lleno de vino, la sal y unas hogazas de pan en el regazo.

Los niños ya habían desollado el gamo y lo habían trinchado. En cuanto alcanzaron a ver a su escudero, que volvía a toda prisa, echaron a correr a su encuentro, le dieron la bienvenida y no tuvieron pereza en ayudarle a cargar con el vino, el pan y las brasas que traía. Los tres se hicieron marmitones y cocineros para aderezar el venado.

Les estaba resultando maravillosa esta estancia en el bosque, y cada vez más a medida que pasaba el tiempo, pero no se iba a prolongar mucho, porque antes de que estuviera lista la cena se acercó a la cabaña un guardabosque, cuya misión era precisamente ésta, guardar el bosque para que nadie, por muy rico, conocido y poderoso que fuera, se atreviera a cazar. Cuando los encuentra en la cabaña que acaba de construir, su cólera no conoce límites. Lobato y Marín se levantan para saludarle, pero ven cómo arde y suda de rabia y se percatan de que está demasiado enfurecido para devolverles el saludo.

–¡Ya os cogí! ¡Os ha llegado la hora! –grita–. A mal puerto habéis arribado, porque ahora os llevaré donde el rey, que os mandará ahorcar. Os hará cortar los puños y arrancar los ojos, por este gamo suyo que habéis robado.

–Dios nos libre, amigo mío; lo que hicimos no merece la horca, creo yo –replica Lobato–. Concédanos una tregua por esta noche, y mañana, en cuanto alboree, le seguiremos a donde quiera. Para conseguir esa tregua, le daremos todo lo que poseemos. Tenemos un marco de plata, y si quiere aceptarlo, por favor, será suyo, aunque sea toda nuestra fortuna. De haber tenido más, se lo habríamos dado sin hacernos rogar.

–Bien, os daré una tregua –contesta el guardabosque–, pero el dinero, en mano. Entonces sí habrá tregua.

Roldín trae entonces la bolsa cerrada, suelta los cordones y va dando las monedas al guarda, a quien se le van los ojos y la codicia deja con la boca abierta.

–Os lo prometo. Hoy no tendréis nada que temer de mí –les dice.

Sintiéndose más seguros, los niños festejan alegremente la noche, bebiendo y comiendo a gusto. Como no había paja ni forraje para hacer unas literas, se echaron a dormir encima de las sillas de montar.

En cuanto despuntó el día, los despertó el guarda. Roldín preparó los caballos y les ayudó a montar. Como el guardabosque conocía bien el camino por haberlo recorrido tantas veces, fueron por el más corto y llegaron al atardecer a la corte del rey de Catanasia.

Ahora los tres se presentan ante el rey, al que saludan a la par. El guarda se apresura en contar la verdad:

–Señor, ayer atravesaron vuestro bosque estos niños que os entrego e hirieron de un flechazo a uno de vuestros venados. Haced justicia, si os place, pero son demasiado jóvenes para castigarlos duramente. Habéis de saber que sólo los cogí para no incumplir la lealtad que os debo.

–Está bien, hiciste lo que tenías que hacer y te portaste lealmente. Estos niños me parecen hermosos e inteligentes. Quiero que se queden en mi corte. Si son sensatos y corteses, les podrá resultar de gran provecho.

–Señor rey –responde Lobato–, no deseamos otra cosa. Os agradecemos y nos alegramos de que nos retengáis en vuestra corte.

–Os doy la bienvenida, a ti y a tu hermano, porque éste es tu hermano, creo yo.

–No quisiera contradeciros, querido señor –replica Lobato–, pero, Dios me sirva de testigo, no somos ni hermanos ni parientes.

–¡Calla, no puede ser! –exclama el rey–. ¡Cuándo se ha visto dos niños que se parezcan tanto en todo! Sois hermanos y no te atreves a decirlo. No importa, seáis hermanos o no, dime cómo te llamas.

–Os diré la verdad, señor. Me llaman Lobato, y mi compañero, al que quiero por encima de todo, lleva el nombre de Marín.

El rey ya no les hace más preguntas y los confía a un buen servidor, al que manda llevarlos por ríos y bosques para enseñarles a cazar con perros y halcones. Ellos no tardaron en aprender todos los secretos de la cetrería y la montería. Viéndolos de tan buen temple y dotes, el rey se encariñó mucho con ellos. Los tenía en su corte colmados de regalos, pues todo lo que pudiesen desear, por muy caro que fuese, como caballos o lujosas prendas de vestir, se lo ofrecía a su antojo. Les encantaba acompañar al rey cuando iba de caza. Disfrutaban conversando con él y nunca se hartaban de tirar al arco a ciervos y demás piezas de montería. Tan a gusto se sentían en el bosque, que ellos se hubieran quedado allí para siempre.

De los niños he de volver al rey, al que abandoné en casa del burgués, porque de aquéllos ya os he contado bastante por el momento.

El burgués puso a prueba la honradez del rey, y lo encontró de tal lealtad que ahora lo tiene en su casa como hombre de confianza, encargado de pagar todos los gastos, y tanto se fía de él que no le pide cuentas de nada.

Un día lo llama para charlar con él aparte y le dice:

–Gui, si quieres, te prestaré trescientas libras para que vayas a negociar y saques ganancias con ese dinero en Flandes e Inglaterra, en Provenza y Gascuña. Si sabes hacer negocio en Bar, en Provins y en Troyes, a la fuerza tendrás que enriquecerte. Para ti serán todos los beneficios. Yo no quiero que me des nada, salvo

que me devuelvas el capital. Heridas de pobreza mucho duelen y tú estás muy malherido. Por eso tienes que ganar dinero, y aunque sacases quinientos marcos de beneficios, yo no me llevaría nada de esas ganancias.

–¡Cuánto os agradezco esa propuesta! Si fuera por mí, este dinero ya estaría listo. Seguiré vuestro consejo, porque me parece muy bueno. Desde hoy en adelante, no me perderé ningún mercado ni feria. Entiendo de cueros de Córdoba, de tintes de alumbre y brasil y de pieles de zorro, con lo que podré sacar bastante beneficio.

El burgués reunió todo el dinero prometido y se lo entregó. Con esos marcos, compra el rey mercancía para llevar a las ferias. Gasta todo en pieles de gato grises y negras y busca en los mercados pieles de conejos y ardillas, telas finas y paños de color violeta. Negocia con tanta habilidad y suerte, que consigue ganar mucho más de lo prestado y sobrepasar en ganancias a todos los demás mercaderes. Cuando volvió a casa del burgués, éste se maravilló de que tanto dinero hubiera amasado en tan poco tiempo. Tuvo en aún mayor estima a su intendente y le sugirió que llevara con él a sus dos hijos. Irían juntos en viajes de negocios, embarcándose esa vez en una nave cargada de mercancías por valor de mil, e incluso tres mil marcos, para venderlas en las ferias de Le Puy y San Gil de Provenza. Pero primero les manda a Inglaterra, pues a la semana siguiente empezará la gran feria de Bristol. El rey ya está impaciente por salir y prepara el viaje con los hijos del burgués. Confían la nave y su valiosa carga a un buen marino, el Maese Terfés, que, aparte de manejar muy bien el timón, sabe mucho de navegar guiándose por las estrellas. Izan las velas y zarpan con la nave. Les acompaña tan buen viento, que se hace corta la singladura y pronto llegan a puerto. El rey manda entonces descargar la mercancía, así como los caballos, unos animales preciosos, de buena ambladura, muy dóciles y perfectamente sanos. Se apresuran todos a sacar la carga del barco, pero aún tienen que emplear una jornada para ello.

Al día siguiente, recorren la ciudad de Bristol. Aquella tierra estaba en manos de un joven sobrino del rey Guillermo, al que habían ofrecido la corona y el reino porque era el heredero más próximo. El joven rey acababa de llegar la víspera a esa ciudad, en compañía de un séquito de ingleses.

Por su parte, el rey Guillermo vende a muy buen precio todo su género, porque sabe alabarlo a quienes andan regateando. Nadie es capaz de engañarle y en cada trato saca siempre el máximo de su valor. Mientras iba despachando pieles y telas, vio venir hacia él a un mozo que llevaba un cuerno. El rey le llama y acude enseguida. Le pregunta entonces qué piensa hacer con ese cuerno.

–Quiero venderlo –contesta el chico.

–¿A mí me lo venderías?

–Con mucho gusto.

–¿Cuánto he de darte?

–Cinco sueldos enteros.

–¿Cinco sueldos?

–Así es.

–Los tendrás. Pero antes has de contarme dónde encontraste este cuerno.

–Sí, señor, ya que me lo preguntáis, os diré cómo llegó a mis manos. Ocurrió hace tiempo algo de que me acuerdo perfectamente: un día desapareció el rey Guillermo mi señor, que era, según oí decir, un caballero de gran mérito. No pudieron encontrarle, ni a él ni a la reina, una dama que tenía también fama de ser muy noble y gentil. De ninguno de los dos se volvió a saber más. La gente del castillo no se privó de coger todo lo que allí encontró y fue vaciando salas y habitaciones. Yo me criaba en el palacio, y era muy pequeño, un niño todavía, cuando pasó aquello. Nadie me detuvo y yo andaba buscando y hurgando por las salas, como los mayores. Así encontré, debajo de una cama, el cuerno de mi señor. No sé si hice bien, pero lo cogí y lo he guardado desde entonces. Quiero ir en peregrinación a San Gil y daré a los pobres de aquella ciudad lo que consiga vendiendo el cuerno. No lo gastaré de otro modo.

–Eso está bien –replica el rey–; acaso te lo premie alguien que no te imaginas en este momento.

Pronto manda el rey a un servidor que pague al chico cinco sueldos bien contados. Éste se los entrega, pero no puede dejar de reprocharle al rey su trato. En cuanto cobró su dinero, el mozo empezó a repartirlo entre los más menesterosos del mercado.

En aquella ciudad de Bristol, había gente que conocía al rey desde siempre, y he aquí que unos paseantes se paran delante de su puesto en la feria y empiezan a formarse grupos de curiosos, que se detienen para mirarle a la cara. Pronto llega a oídos del joven rey que ha venido a la ciudad un mercader que se parece tanto al rey Guillermo que no aciertan a saber si es él o no.

–¿Y cómo se llama? ¿Habéis averiguado quién es y de qué país viene? –inquirió el rey.

–No, señor, no se lo hemos preguntado.

–Entonces iré yo y hablaré con ese mercader. Si se parece a mi tío, le pediré que se quede para siempre a mi lado. Quiero tenerle en mi corte para recordar a mi tío cada vez que le vea. Vayamos pronto para indagar cuál es su negocio y su estado. Estoy impaciente por verle y estar con él.

Entonces se encamina el rey, montado sobre un hermoso destrero de Castilla. Va seguido de una numerosa escolta de nobles que quieren ver a ese mercader, porque guardan el vivo recuerdo de un rey al que tuvieron en muy gran aprecio. Espolea su montura, cabalgando entre la multitud que le rodea, hasta que por fin alcanza a ver a quien acaso sea su tío. Desmonta, camina hacia él con los brazos abiertos y le da un fuerte y largo abrazo.

–¡Por san Nicolás, amigo mío, cuánto deseaba veros! Ahora sentaos a mi lado, porque quiero conversar con vos detenidamente.

–Como os plazca, pero no me sentaré a vuestro lado, sino más abajo, a vuestros pies, porque me parecéis de altísimo linaje.

–No tengáis miedo y tomad asiento a mi lado. Yo soy rey, pero vos aparentáis serlo. Todos os están mirando, porque os parecéis a mi tío, como la rosa al rosal. Me lo recordáis tanto, que siento por vos una gran afección, y por poco os rendiría homenaje como tío, como señor y hasta como rey. Es algo tan prodigioso que no se volverá a ver. Siempre habrá bastantes mercaderes para vender brasil y cera, tintes de alumbre y grana; amigo mío, he venido a rogaros que os quedéis en mi corte. Desde las fuentes del Támesis hasta su desembocadura se extenderá vuestra autoridad. Si Dios quiere y os parece bien, os haré senescal.

–¡Senescal, vaya una suerte! ¡Quitad, quitad! No me apetece para nada. Así subiría tan alto, que pronto me harían volver a bajar los peldaños. Dar tales saltos es para morirse de despecho. A cuántos se ha visto subir, que luego bajaron ominosamente y volvieron a caer en el estado de donde venían. Yo no quiero arriesgarme. Podéis ofrecer el cargo a otro, porque quiero mantener mi oficio. Muy bien podría ocurrir que volviera el rey desaparecido y tendría que caer en deshonra: volvería a ser mercader. Yo no quiero ir a menos. Pero ahora decidme, con toda sinceridad, si volviese aquél, ¿qué haríais?

–Tened por seguro que me alegraría mucho. Por mi alma, no dudaría en devolverle el reino que tengo en mi guarda y del que no soy más que el gobernador, el preboste, el alcalde o regidor. En nombre del rey, os ruego que seamos amigos, los mejores del mundo, y que no os apartéis de mí. Tendréis mesa puesta cada día en mi corte, para vos y para todos los que os acompañan. Podréis proveeros en forraje y avena para los caballos. Se os pagará todo cuanto necesitéis gastar. En todo mi reino, que lo sepan y oigan bien todos!, estaréis exento de los derechos de peaje e impuestos de gabela. Ahora no tengáis reparo en decirme cómo os llamáis y cuál es vuestro país, porque no se os va a perjudicar por ello.

–Señor, me llamo Gui de Galvoya. Tengo almacenado alumbre, rubia y añil, además de grana y brasil, con que teñir mis piezas de paños y telas.

Dándole nuevas pruebas de su sincero aprecio, se despide el sobrino de su tío, no sin volver a ofrecerle una ayuda generosa, que se manifestó aun más allá de sus promesas, mientras permaneció en Bristol. Otras muchas personas también le dieron pruebas de amistad y consideración. Le pusieron tan buena cara que pudo darse cuenta de que, de haber revelado su verdadera identidad, habría recobrado el reino de Inglaterra sin desenvainar la espada. Quedó plenamente convencido de ello. Sin embargo, mientras permaneció en la ciudad no dejó que nadie le reconociera, y abandonó Bristol sin despedirse de su sobrino.

Se marchó una mañana, muy de madrugada. Maese Terfés preparó la nave, que iba cargada hasta arriba de la mejor mercancía que se pudiera encontrar hasta Alepo. En cuanto salieron del puerto y se hicieron mar adentro, se levantó una fuerte tormenta.

–¡A babor, a babor! –gritan intentando maniobrar con un mar embravecido y un viento que sopla en ráfagas, pero olas enormes rompen con tal fuerza contra el barco que crujen las tablas y por poco no se deshace el armazón. El mar, liso hasta hace poco, ahora se alza con verdaderas montañas de agua, que luego se ahondan como valles. Suben con el oleaje en la cresta de la ola hasta las nubes, para volver a caer en el más profundo abismo. La nave no deja de cabecear ni por un momento. El día ha vuelto a la oscuridad, con un cielo ennochecido, lúgubre y como de mal augurio. Se levantan unas olas cada vez más altas. El mar se hincha y parece que va a retirarse. Se horroriza el maestre timonel al ver cómo se desencadenan los elementos y pelean los cuatro vientos contra el aire y el mar, con truenos, rayos y relámpagos. Asiste impotente a la lucha, sin tener más remedio que dejar la nave balancearse de una ola a otra, como en el juego de la pelota. Tan pronto sube hasta el cielo, como vuelve a caer en la profundidad abismal.

–¡Arriad, arriad las velas! –grita Terfés.

Pero los cuatro vientos, que andan desatados, rompen y hacen trizas cuerdas y velas. En mil pedazos vuela la tela, y no sólo

se rompe la vela, sino ahora también el mástil. Toda la tripulación siente pavor e invoca a Dios, gritando en angustiada plegaria:

–¡San Nicolás, ayudadnos! Interceded ante Dios para que se apiade de nosotros y ponga la concordia entre esos vientos, cuya mortal pelea se vuelve contra nosotros sin razón. Ya vemos cómo señorean en el mar, donde han establecido su reino. No les importa quién pague el daño, ellos saldrán inmunes. Por desgracia nuestra, hemos visto cómo se gozan luchando. ¿Será nuestra muerte su diversión? Guerrean los vientos en la mar, como los barones en la tierra, cuando se divierten devastando feudos y quemando castillos. Andan a la par vientos y barones, pues unos perturban los mares como los otros el mundo. ¡Oh, Dios poderoso, poned la paz entre esos vientos que nos aterrorizan, y antes de que perezcamos llevad a buen puerto nuestra nave! Dejad que amaine la tormenta y permitid que se temple la ira de los vientos y dejen de soplar, si tal es vuestra voluntad.

Así imploran todos la misericordia divina, pero siguen azotados por las olas, bamboleándose a merced de la tormenta. Tres días duró esa tempestad tan descomunal que los dejó sin poder orientar el rumbo, ni comer o beber una sola vez. Al cuarto día, en cuanto esclareció con el alba, el mar se serenó y apareció en calma. Dieron tregua los vientos y sólo quedó soplando una pequeña brisa, un airecillo muy suave que fue limpiando y barriendo de nubes el cielo.

Ahora puede orientarse Terfés, el timonel, para determinar hacia qué país les ha llevado la aventura, pues están bordeando una tierra extranjera. El rey llama al piloto y le pregunta con tono amable y gentil:

–¿Dónde estamos, Maese Terfés? ¿Conocéis esta isla?

–Sí, señor, la verdad es que la conozco muy bien. Pero si queréis arribar a puerto os ha de costar caro, porque habrá que pagar tributo, dejando primero al señor, y luego a la dama, que hurguen en la mercancía, para quedarse con lo que más les apetezca. No

habrá joya ni objeto valioso que no se permita llevarse el señor, si se le antoja. Primero elegirá él y después la dama volverá a elegir lo que le plazca. Luego, pese a quien pueda recriminárselo, vendrá a servirse el senescal. Así es que ese peaje es muy gravoso. Ahora bien, luego resulta ventajoso para el mercader, que tiene derecho a vender al precio más alto, y si acaso le robasen, el señor le resarcirá, compensándole por todas las pérdidas.

El rey le contesta que harán escala y que deben desembarcar, pese a la cuota que puedan cobrarles. Pronto se afanan los marineros, bordeando delante del castillo, y mucha maniobra les cuesta dejar la nave a salvo en el puerto.

Avisados de su llegada, los dueños del castillo mandan a un servidor para que se informe de si se trata de un barco mercante. El enviado corre al muelle y les pregunta quiénes son y de qué país vienen.

–Somos mercaderes de Galvoie –contesta el rey en persona.

Sin hacerles más preguntas, vuelve el servidor al castillo gritando:

–¡Venga, daos prisa, que han arribado unos mercaderes!

No pierden tiempo en comentarios y ensillan los caballos para que la dama –pues señor no tenía el feudo– vaya a cobrar sus derechos.

Le sigue el senescal al galope, con la misma intención.

Cuando llega la dama, el rey sale a su encuentro, pero queda muy decepcionado, porque no puede verle la cara, que lleva embozada con un velo. Con toda amabilidad, sin embargo, la ayuda a desmontar y la saluda diciendo:

–Gentil señora, bienvenida seáis a bordo. Sé perfectamente lo que venís a exigirme, porque conozco las leyes de este puerto. Traigo mercancías más valiosas que cualquier otro negociante. Estaré encantado de ofreceros algo que os guste.

–Amigo, tengo que revisar toda la carga, mirando con mucho detalle, y ya cogeré lo más hermoso, lo que a mis ojos tenga más precio.

Subió a bordo entonces la dama, que no cesaba de mirar al rey. Nada más verle, le dio un vuelco el corazón, porque pensó que ya le había visto en otra parte. El rey manda disponer ante ella lo más precioso: telas dignas de una emperatriz, bordados de orifrés, tableros de ajedrez en plata con trebejos de oro. Pero nada retiene su atención. Lleva la mirada clavada en el cuerno que está colgado en el mástil del barco y ningún objeto tiene para ella tanto valor. Mira el cuerno y luego mira al rey, y nada puede detraer su pensamiento ni causarle tanto gozo. Sus ojos van del cuerno al rey y vuelven al cuerno, sin apartar la mirada. Camina despacio hacia el mástil y, sin dar un paso más, coge el cuerno y se lo lleva a los labios; se detiene y demora con ese beso, demostrando que le gusta. Después de quedarse largo rato contemplando el instrumento, lo cuelga otra vez, sin pronunciar una palabra, y se vuelve hacia el rey. Acaba de vivir un momento extraordinario, que la ha llenado de felicidad.

Ahora vuelve a sentarse en la nave al lado del rey, cuando de repente llama su atención un pequeño anillo que éste lleva en el dedo meñique, como recuerdo de su esposa, a quien pertenecía. El día en que salieron para el exilio, se lo llevó por descuido, atado del cinturón con un lazo de seda, y lo conservaba desde entonces. La dama, que ha reconocido enseguida su sortija, le dice:

–Querido señor, no quiero nada de todo cuanto he visto, salvo este pequeño anillo que lleváis. Éste es el único tributo que tendréis que pagar.

–¡Ah, señora, no puede ser! No me libraré de mi deuda por tan poco. Esta nave lleva tanta mercancía, que se podría sacar de beneficio hasta cien marcos de plata. Lleváosla toda si queréis, pero dejadme mi anillo. Entre el oro y la piedra de jacinto que lleva, no pesará más de una onza, y sin embargo me resulta muy valioso, porque, a fe mía, llevando este pequeño anillo llevo toda mi vida al dedo. Quitármelo sería como matarme.

–¡Pero qué estáis diciendo, señor mercader! Os resultará muy fácil encontrar otro anillo parecido o igual. No debéis negarme lo que os pido, que es muy poco. No creo que esto sea despojaros, ya que os podría gravar mucho más. Al contrario, cometo una locura llevándome tan pobre capital. Además, según manda la costumbre y ley, tenéis obligación de entregarme lo que yo elija, siempre que sea un solo objeto.

–Es una elección muy poco razonable, señora, el no llevaros otra cosa. Tendréis el anillo, cogedlo. Bien a mi pesar, lo arranco de mi alma, pues no al dedo, sino en el corazón lo llevaba. Acabo de entregaros mi vida. ¡Dios quiera que eso nos traiga la felicidad, a vos y a mí!

La dama se alegra mucho con esas palabras y le da las gracias. Coge el anillo y se lo pone al dedo, diciendo:

–Amigo, quiero premiaros por este regalo. Esta noche, en mi castillo y no en otro lugar, habréis de hospedaros, vos y todos los que os acompañan. Venid conmigo, os lo ruego.

–Os lo agradecemos, señora –responde el rey.

Viendo cómo se quedaba con un anillito cuando, si hubiera sido más razonable, podría haber cogido cien marcos del botín, los del séquito de la dama la tuvieron por loca. En cuanto al senescal, se cobró todo su peaje, sin renunciar a sus derechos, ni por el valor de una pluma, y se adjudicó lo mejor de la mercancía. Ya está en camino de vuelta la dama, en compañía del rey y de todo su séquito, a los que quiere festejar y rodear con muchas atenciones. Ella va pensando en el gran banquete que quiere ofrecerles. El rey, por su parte, siente muchas ganas de verle el rostro.

Al llegar al castillo, la dama ordena que dispongan las mesas, y los servidores se apresuran a cumplir sus órdenes para tenerlo todo listo muy pronto. Mientras todos se afanan, he aquí que la dama deja caer hasta debajo del mentón el velo que colgaba de su tocado, tapándole la cara por completo, y descubre una tez resplandeciente. El rey se queda mirándola, arrobado ante tanta belleza. Cuando le ofrecen el agua para lavarse las manos antes de comer, le deslumbra la hermosura de sus blancas palmas y de-

dos. Ahora se precipita para ayudarla, sujetándole las mangas, mientras ella se ríe:

–Demasiado rico mercader sois para servir a tan pobre dama. No tengo con qué premiar vuestras atenciones. Lavaos las manos, señor mercader, y no tengáis reparo en pedir todo lo que deseáis, como si estuvierais en el lugar donde más se os espera.

Después de esas abluciones, pasaron a la mesa. La dama colocó a su huésped a su lado y él se sentó muy cerca de ella. Mientras comían juntos los dos, no dejaron de mirarse el uno al otro, hasta que el rey se dio cuenta de que, con toda certeza, esa dama era su mujer; «¡Claro que es ella!», pensó. Sin embargo, ambos prefirieron seguir ocultando su secreto al otro. Así que procuraron mantener el juego, hablando de otra cosa, conversando sobre esto y aquello.

Pero de repente entraron en la sala unos perros, y entonces el rey se acordó de lo mucho que disfrutaba cazando. ¡Cómo le encantaba seguir entre los árboles a la jauría de los perros, corriendo detrás de un ciervo en celo! Nada le gustaba tanto como ir de caza por el bosque y disparar al venado con el arco tenso. Pensando en aquellos momentos, se hundió en el recuerdo y empezó a soñar despierto. (Ahora no me tengáis por mentiroso, porque no tiene nada de extraño: sí que se puede soñar despierto; de verdad, tanto como de ilusión, están hechos sueños y pensamientos.) Así que en verdad, no lo dudéis, soñó el rey despierto, y en su sueño se veía cazando cerca de un río y persiguiendo por el bosque a un ciervo de quince puntas. Quedóse tan absorto en sus pensamientos, que se olvidó de todo lo demás y empezó a azuzar a los perros para que acometieran contra el ciervo, así que de pronto todos en la sala, desde los nobles hasta el último siervo, le oyeron gritar:

–¡Hala, hala, azuzadle, que huye el venado!

Todos se rieron a carcajadas y empezaron a burlarse de él:

–¡Este mercader sí que está loco perdido!

–¡Mirad la cara de pasmado que tiene!

Sin hacerles caso, la dama atrae al rey a su regazo. Él se sobresalta, como si le despertaran de un sueño. Ella le llama muy tiernamente «amigo y señor», para demostrarle el amor que siente por él, y echándole los brazos al cuello le ruega dulcemente que le explique por qué gritó.

–Me acuerdo perfectamente y, ya que me lo preguntáis, os lo contaré ahora. La verdad es que yo pensaba, soñaba, creía, que andaba cazando el ciervo más grande que vi en mi vida. Cuando ya faltaba poco para que lo alcanzara y los perros lo tenían acorralado, corriendo tan cerca que me parecía que iban a acometerlo ya, me desperté. En verdad, haya dormido o soñado, no me podría haber parecido más real.

La dama, que era muy fina e inteligente, no tomó a la ligera el sueño de su marido y se percató perfectamente del deseo de cazar que revelaba. Ahora empieza a acariciarle y abrazarle, ante las miradas reprobadoras de los cortesanos, que no entienden de qué va el asunto y la tienen por loca. No le importa en absoluto el qué dirán; lo único que quiere es colmar todos los deseos del rey, y ahora le dice con infinita ternura:

–Señor, podríais ir de caza al bosque, si os apetece. ¿Os agradaría que yo fuera con vos?

–¿Agradarme? De verdad, con todo corazón, nada me apetecería tanto. Hace por lo menos veinticuatro años que no he podido ir de caza. ¡Tantas pruebas he soportado desde entonces! ¡Sí que me haría muy feliz!

–Señor, os lo juro por san Pablo y por esos brazos míos que os estrechan: antes de esta noche, se cumplirá vuestro sueño.

Pronto manda la dama atraillar los perros, ensillar los caballos y preparar todo lo necesario para la cacería. Con los monteros, que llevan trompas y arcos, cabalgan sin parar hasta unas rozas, donde sorprenden a un ciervo de quince puntas. Toda la jauría se lanza tras el venado, que huye dando saltos, perseguido por los perros, cuyos aullidos resuenan por el bosque. Todo el arbolado resuena con el eco de las trompas.

Mientras tanto, la dama va conversando con el rey y le cuenta su vida azarosa. Asimismo, él le confía sus aventuras. Los dos se enternecen hasta las lágrimas, llorando de alegría y compasión. No hay nadie a quien no se le helara el corazón oyendo sus aventuras, y que no resultara movido por el gozo y la piedad al escuchar su historia. A renglón seguido, la reina empezó a contarle cómo la tomó por esposa Guiolás y el pacto que hicieron, cómo murió el mismo año de las bodas, legándole el señorío de todo el feudo, las tierras y el puerto. Luego añade:

–Señor, habéis de saber que un rey, cuyas marcas confinan con mi feudo, me requirió para desposarse conmigo, y como lo rechacé, me ha desafiado. Desde entonces, mantenemos una dura y peligrosa guerra. Ahora sabréis por qué os menciono esa situación. Este bosque sirve de linde para delimitar nuestras tierras, por lo que os quiero rogar y recomendar que por encima de todo os guardéis de cruzar el río que deslinda el bosque. Si el ciervo huyera hacia aquella parte, atravesando el agua, no debéis pasar el río, sino dar media vuelta, porque allende están nuestros enemigos.

El rey le promete que si no ha capturado el ciervo antes de que llegue al río, siempre que no se le olvide, dará media vuelta y dejará de perseguirlo.

–Querido señor, con la condición de que respetéis este pacto, os doy mi permiso para correr el ciervo. Corredlo; yo no iré, pero os seguiré cabalgando al paso.

Con esas palabras se despiden. El rey sale al galope, el cuerno colgado del cuello. Ha oído los ladridos de la jauría que persigue al ciervo, acosándolo de tan cerca que el animal teme la acometida. Ha corrido tanto en su huida, que está jadeando y, bañado en sudor, se precipita hacia el río. Ahora se detienen los monteros y hacen un alto, pero los perros siguen corriendo hacia el río con gran fogosidad. El rey da riendas sueltas al caballo para que galope detrás de la jauría. En cuanto ve al venado pasar el río con todos los perros nadando detrás, se adentra en el agua sin ningún

temor. ¿Acaso se ha olvidado del pacto y la promesa hecha a la reina, cuando ella le rogó «que por encima de todo os guardéis de cruzar el río»? Rompe el compromiso y se lanza tras el ciervo, sin buscar otro paso o vado. El animal llega a la otra orilla y la jauría le acomete tan de cerca que, mordiéndole nervios y tendones, lo derrumban al suelo. Viendo que está cogido el ciervo, el rey saca el cuerno para dar el toque de acoso. Tres veces toma aliento y toca con tal fuerza que el sonido del cuerno llega hasta dos caballeros, que eran los enemigos de la dama. Éstos espolean su montura y cabalgan hacia la parte del bosque por donde han oído tocar el cuerno.

Vestidos con el arnés para la guerra, cota de malla, rodilleras, lanzas, espadas y escudos, los dos caballeros llegan enfurecidos, movidos por un solo deseo: matar a su enemigo o llevarlo preso a su señor. En cuanto los ve el rey, se acuerda de la prohibición hecha por la reina y se percata de que no ha atendido a sus ruegos.

Uno de los dos guerreros ha desenvainado la espada; el otro lleva el escudo embrazado. Ambos le desafían en tono amenazante:

–¡Cómo pudisteis atreveros a cazar en esta tierra! ¿Quién os dio permiso? ¿Quién os autorizó?

El rey, que recibe desarmado esas amenazas, no quiere responder al desafío a cara descubierta, por lo que desmonta y se refugia con su caballo detrás de un roble, que le servirá de escudo.

–¡Sois hombre muerto, vasallo, si no os entregáis ahora mismo! Es inútil resistir, porque no tenéis más elección que morir o rendiros.

Viendo la muerte tan cerca, el rey se tiene por perdido y responde:

–No quisiera rendirme. Sin embargo, bien a pesar mío, he de hacerlo e implorar vuestra merced. Pero habéis de saber que, si me matarais, pronto os ibais a arrepentir.

–¿Por qué íbamos a temer? ¡Qué amenaza es ésa, disfrazada de ruego! ¡Qué locura es pedir clemencia y desafiar a la vez!

–¡Ataca! –grita uno de los caballeros al otro–. No quiere pedir clemencia, cuando nos amenaza con combatir más allá de la muerte. ¡No tengamos piedad, que se esfuerce en luchar!

Ahora ambos arremeten contra el rey, que, temiendo por su vida, se protege y resguarda detrás del caballo y del roble.

–Señores –grita–. ¡Qué horrible crimen cometeríais matándome! Quitaríais la vida a un rey.

–¿Un rey?

–De verdad.

–¿De qué país?

–De Inglaterra.

–Y ¿qué vinisteis a buscar aquí? ¿Qué aventura os ha traído?

El rey les va contando con todo detalle la historia de sus penalidades y las desventuras de su exilio. Ellos han descabalgado para oír mejor su relato. Escuchan con atención su historia, que lleva de principio a fin, sin omitir nada: cómo se marchó al exilio, cómo perdió a mujer e hijos en tan poco tiempo. Se detiene y alarga la narración, porque él se demora, suspirando y sollozando entre cada palabra. Empieza contando cómo los mercaderes se llevaron a la reina, dejándole con una pena infinita. Se queda aún más conmovido cuando habla de sus hijos, de cómo cortó los faldones de su túnica para envolverlos; luego dejó a uno en la nave y volvió a por el otro, pero llegó justo para ver cómo se lo llevaba un lobo, al que persiguió hasta el límite de sus fuerzas, cuando no tuvo más remedio que tumbarse, vencido por el agotamiento. Al volver a la nave, no encontraría a su otro hijo. No olvidó contarles lo de la bolsa de los besantes que le echó el mercader y cómo le tuvo en jaque un águila, que lo tiró al suelo para quedarse con el botín.

En este preciso momento del relato, ocurrió algo prodigioso: llegó volando por las nubes la bolsa con el dinero, que, como un regalo divino, cayó a sus pies. Ambos caballeros se quedaron estupefactos, mirando la bolsa en el suelo, sin poder dar crédito a sus ojos. El rey se agachó para recogerla y alzando las manos hacia el cielo dio gracias a Dios por haber manifestado con ese testimonio la verdad de su relato.

–¡Querido señor! –exclamó uno de ellos–, ¡Dios sea mi testigo, yo soy vuestro hijo!, y vos este padre al que yo no conocí, pero del que me habló el buen hombre que me recogió cuando, por despecho y provocación, me entregó el trozo de túnica donde iba envuelto cuando me encontró. Lo conservo y lo vais a ver, para saber a ciencia cierta si soy vuestro hijo. Para recordar la aventura del lobo, me llamaron Lobato, y ya nada tengo que añadir, porque la verdad habla por mí.

El otro caballero siente una alegría inmensa al oír esas palabras y confiesa maravillado que nunca experimentó nadie gozo parecido.

–Dios mismo me ha guiado hasta aquí –afirma– para que descubriese lo que ignoraba. Tenía a mi lado a un hermano y no lo sabía. Amigos de entrañable compañía hemos sido siempre, desde hace tiempo, pero ahora sé que además somos hermanos, y que vos, querido señor, sois nuestro padre, pues me encontraron en un barco, y tendréis de ello la prueba cuando os muestre el trozo de tela que tengo guardado.

–¡El cielo ha querido nuestro reencuentro! –exclama el rey–; tengo que ver y tocar los faldones que arranqué de mi túnica si queréis que os crea.

–Acompañadnos a verlos entonces, si os hace falta esa prueba.

–Así haremos –contesta el rey–, pero antes vamos a descuartizar nuestro ciervo.

–Habéis dicho bien.

Entonces van despedazando el venado y, cuando han terminado, se encaminan hacia el sitio donde se hospedan, sin manifestar sus sentimientos, a la espera de ver los pedazos de tela de la garnacha. Cuando los reconoce el rey y afirma que son suyos, sus hijos le abrazan con alborozo. Colmado de felicidad, el rey les devuelve sus besos y les da pruebas de su cariño. Los tres muestran tanto gozo que, en cuanto los ve, les comenta el dueño de

la hospedería que parece que han encontrado la fortuna en una bolsa.

–Nunca mejor dicho, eso es más verdad de lo que pensáis, señor huésped –dice Lobato–. Hemos traído a vuestra casa a un invitado al que debemos honrar y festejar. Si queréis saber la verdad, es rey y señor de Inglaterra. Ahora os ruego que vayáis en busca de vuestro señor, que también es el mío. Que se digne acudir a visitar a nuestro padre, al que mucho se alegrará de conocer.

Cumplió fielmente el huésped y se apresuró a contar al rey de Catanasia el gran acontecimiento. Quedóse éste estupefacto con la noticia, pero pronto manda ensillar su montura. Ahora cabalga sin parar hasta el lugar donde se hospedan los caballeros. Ésos salen a su encuentro, llevando a su padre de la mano. Lobato le va contando toda la historia, sin omitir ningún detalle, y le enseña los dos faldones. El rey afirma, santiguándose, que le parece una verdad probada, y añade:

–¡Qué hermosa aventura acabáis de vivir! Debéis sentir una alegría inmensa. Antes de que yo supiera nada de vuestro linaje, hallé en vosotros señas de proeza y vi en ambos las marcas de una gran nobleza. No me equivoqué al daros la educación de unos caballeros. La habéis merecido y os agradezco el modo en que me habéis servido tantas veces, durante la guerra que emprendí contra la orgullosa dama a la que habéis castigado a menudo. Esta pobre no conocerá la paz mientras viva, si no me toma por esposo o no me entrega su feudo. Si no, ¡que huya y se marche!

–Me atrevo a prometeros –tercia el rey– que mañana os entregará la tierra, sin que hagan falta más pleitos. Mis dos hijos os han ayudado, y ésa era su obligación, como sabéis, para agradeceros cuanto hicisteis por su educación. Pero de haber sabido quién era la dama jamás hubieran luchado, porque es un crimen monstruoso el emprender la guerra contra una madre. ¡Qué lucha más amarga y cruel, la de un hijo contra su madre! El mundo le desprecia y Dios le aborrece. Pero se puede hacer el mal

por ignorancia, y en ese caso habéis causado daño sin saberlo, mientras servíais con lealtad a vuestro señor: vuestra madre, señores, es la dama cuya tierra habéis asolado tantas veces, sembrando fuego y muerte. Así vuestro servicio de vasallaje unía la lealtad con la felonía, pues hacíais a la vez el bien y el mal.

Profundamente conmovidos por lo que acaban de revelarles esas palabras, Marín y Lobato lloran ambos de alegría y emoción. Ahora, secando sus lágrimas, exclaman:

–¡Dios mío, cuándo será de día! ¡Qué largo y duro se nos hará esperar hasta mañana! Mañana iremos los dos a pedirle perdón. Tampoco debemos olvidarnos de los mercaderes que nos criaron e hicieron por nosotros más de lo que debían, ya que no tenían ninguna obligación hacia nosotros. Es de justicia que volvamos a estar con ellos, para que sepan a quiénes recogieron. Se portaron muy bien con nosotros y merecen que se les premie, en cuanto tengamos oportunidad.

Así pasaron la noche departiendo con el rey de Catanasia, al que habían invitado para que se hospedara con ellos. Se entretuvieron conversando y se prolongó la charla hasta una hora muy avanzada de la noche, mientras los servidores se afanaban en guisar y preparar el banquete para el día siguiente.

Creo que ya es hora de volver a hablaros de la reina, que se encontraba tan desesperada que llegó a desear la muerte:

–¡Ay, infortunada! –se lamenta–. ¡Qué poco duró el gozo de volver a encontrarnos! El recuerdo de la felicidad pasada agrava mi duelo. Dios, que me había devuelto la alegría, ahora me ha cargado con un dolor más profundo. Pero debo esforzarme en guerrear contra mis enemigos, que habrán matado o apresado a mi esposo.

Acto seguido, convoca a sus gentes:

–Daos prisa, señores: mañana mismo atacaremos al enemigo con nuestro ejército. Haced pregonar que no ha de quedar en todo el feudo hombre de a pie, o que pueda disparar con el arco,

o caballero que lleve la lanza. ¡Que todos se presenten ante mí mañana en el vado!

Se proclama el pregón por todo el país, para que ningún siervo o noble que tenga aprecio a su propia persona deje de pasar el vado de la marca fronteriza antes de la hora prima.

Al día siguiente, con el alba todos se han juntado allí en presencia de la reina.

Pronto salen al ataque, galopando a rienda suelta. Pero no tardan en encontrarse con lo que menos se esperaban: cabalgaba a su encuentro el rey, acompañado de sus dos hijos. Cuando ambos bandos se han acercado lo suficiente como para reconocerse, la reina alcanza a ver al rey, cuya suerte tanto desasosiego le había causado. Se aplaca su ira y manda a sus gentes que se queden atrás. Pero el rey siente tal alegría que no quiere detenerse ni descabalgar, y, sin parar siquiera su montura, grita:

–¡Bienvenida, señora!

–¡Bienvenido seáis vos! ¿Quién os retuvo en esta tierra y cómo? Decidme, ¿estáis preso o libre? Si se os pide rescate, no tengáis cuidado, porque he acudido a pagarlo, siempre que el ejército enemigo se atreva a enfrentarse con el mío.

El rey, a quien acompaña además de sus dos hijos el rey de Catanasia, que cuidó de la educación de ambos, se ríe y exclama:

–¡Oh, Dios, cómo nos sonríes ahora y con qué gozo nos acoge la fortuna! ¿Sabéis, dulce y querida amiga, lo que encontré por esa tierra? Ciertamente, vuestra felicidad y la mía hallé ayer por esos lugares. ¡En buena hora fuimos a cazar el ciervo! ¡En buena hora nos encontramos con el venado y le hicimos salir del bosque! ¡Feliz el momento en que fue perseguido y alcanzado, acometido y muerto! Ya hemos vencido a quienes guerreaban contra vos. He aquí el rey de Catanasia: viene a entregarse e implorar vuestra merced, y con él todas sus gentes. ¿Y sabéis quiénes son estos dos jóvenes que os he traído?

–¡Claro que los conozco! Estos malnacidos han buscado mi muerte y perdición, arrasando mi tierra hasta el último pedazo y

dejándome sólo con el recinto de las murallas. Ellos fueron los primeros mensajeros que me trajeron el desafío, pensando hacerme desposar con su señor. Estos malditos son culpables de todos los desastres de la guerra. Capturaron a mis hombres y se cobraron el rescate. ¿Qué más os puedo decir de éstos, que tanto han provocado mi ira, que debo odiarlos como a enemigos mortales?

–Sin embargo, ellos son vuestros amigos carnales.

–¡Amigos! ¿Cómo es posible?

–Ellos, señora, ¡son vuestros hijos!

–¡Dios mío! –exclama la dama–. ¿Esto puede ser verdad?

–Sí lo es, sin lugar a dudas.

Al oír la noticia, ambos bandos caminan uno hacia el otro hasta encontrarse. La reina se precipita para acoger entre sus brazos a sus dos hijos. El corazón rebosante de alegría, besa y abraza a ambos. Es tal su felicidad, que se queda sin habla. Presa de una viva emoción, ellos caen a sus pies e imploran su perdón:

–Señora, si lo tenéis a bien, os rogamos nos perdonéis todo el daño que os hemos causado. Ahora sabemos que hicimos mal, pero entonces creíamos que el derecho estaba de nuestra parte. Quien peca por ignorancia no merece fuerte castigo.

–No me pesa perdonaros –responde la reina–, puesto que habéis actuado creyendo honrarme y acrecentar mi feudo con una propuesta ventajosa, que yo no quise aceptar.

Entonces se adelantó el rey de Catanasia:

–Señora, en verdad, no tuve el propósito de faltaros en nada. No es motivo de odio el haber querido hacer de vos una reina. Debo confesar que sentí gran despecho cuando os negasteis, porque me habían dicho, y yo no lo puse en duda, que erais de baja condición. ¡Cómo iba a pensar que erais reina y señora mía! Ahora me arrepiento y os pido perdón.

–Señor, os agradezco profundamente lo que hicisteis por mis hijos. Habéis merecido con ello quedaros con el feudo de Sorlandia, que yo señoreé durante mucho tiempo. Sin embargo, pongo como condición que el rey mi señor consienta en otorgároslo.

–¿Consentirlo? No sólo esto, señora, sino que deseo y quiero que así sea. Alabo vuestra decisión y todavía me parece poco.

–Entonces, señor –dice la reina–, os entregaré ahora mismo mi tierra.

A continuación, se celebra la investidura: la dama le da posesión del feudo y él lo recibe como señor. Acto seguido, todos abandonan el lugar que ha sido testigo de tanto alborozo. Ambos ejércitos forman ahora el séquito de la reina, y nadie de los que la acompañan quiere estorbar su felicidad sino, bien al contrario, complacerla en todo.

Así llega la alegre escolta hasta Sorlandia. Lobato y Marín, que quieren reunirse con los mercaderes, pronto mandan en su busca a unos mensajeros, que acaban encontrándolos y les cuentan toda la historia. Ellos sienten una gran alegría por esas noticias e inmediatamente se ponen en camino. Cabalgan día y noche sin parar, por la ruta más directa. No cesan de galopar hasta llegar al castillo de Sorlandia, donde se había reunido la corte. Por cierto, el sitio no resultaba muy de su agrado: ellos hubieran preferido estar en Londres, o en las ferias de Winchester, York o Lincoln. Sin embargo, terminaron alegrándose mucho por encontrarse en la corte, porque he de deciros, sin extenderme demasiado, que allí la asistencia y los festejos resultaron muy brillantes.

Marín corrió al encuentro de sus padres adoptivos. Su hermano los acogió con la misma cortesía y, colmándolos con todas las atenciones, los llevó hasta los reyes. Una vez allí, no tuvo vergüenza en contar públicamente sus aventuras:

–Señores, a estos hombres de bien que veis aquí debemos la vida mi hermano y yo. Gracias a ellos, estamos sanos y salvos. Aquí está mi salvador, que me arrancó de la boca de un lobo y me recogió en su casa. Su compañero encontró a Marín en un barco y lo educó con todos los cuidados. Nos criaron con mucha ternura, sin negarnos nada de lo suyo, ni guardar cosas bajo llave en nuestra presencia. Ahora ha llegado el momento de premiarlos, y

habéis de saber que quien no los tenga en su amistad, no gozará de la nuestra.

Sin esperar casi a que termine, la reina saluda a los mercaderes y los lleva aparte, lejos de la multitud. Le parece que nunca podrá corresponderles y agradecerles sus desvelos con bastantes favores. Ahora manda que les regalen unas capas de pieles de martas cibelinas y pellizas de petigrís. Se tuvieron por bien pagados con esos presentes: los venderán, dicen, para sacar un bonito beneficio en plata buena.

A la reina eso le hizo mucha gracia y se echó a reír, diciendo:

–No tengáis cuidado, señores, ropa no os va a faltar. Éstas sólo son arras que os entrego a cuenta. De aquí en adelante, podréis satisfacer todos vuestros deseos, sin ningún límite. Ya no necesitaréis recorrer las ferias hasta el fin de vuestros días. Yo quiero dotaros, así como a vuestra familia, de una gran fortuna. Maestre Goncelín, no os han de faltar las sedas, ni la púrpura, ni las telas adamascadas, ni las pieles de marta, petigrís o cibelina. A vos tampoco, señor Fouquier, pues a ambos os tengo en gran afecto y estima.

–Nos toma por tontos, señora. Si tuviéramos todas esas prendas, podríamos cambiar cada una de ellas por catorce pares de corderos gordos y a ésos por buenos paños de lana.

–Callaos, os ruego.

–Señora, ¡por Dios, jamás cogeremos estas ropas si no es para venderlas!

La reina mostró su gran cortesía al no ofenderse por la grosería de esos dos rústicos y optó por reír de su estupidez. ¡Qué animal más lerdo se esconde bajo la piel de cada villano! Antes de entregarles las prendas, se le ocurrió una idea: podría hacer como que se las comprara y luego volver a regalárselas. Así les expone su plan:

–Señores, ahora me vais a vender estas prendas y luego serán vuestras otra vez. Pero con una condición, a saber: os las tendréis que poner y vestiros con ellas.

Ellos aceptan el trato: se las venderán por treinta marcos, sin ninguna rebaja, y luego se las llevarán otra vez.

–No quiero regatear –asiente la reina–. Bien valen estas prendas los treinta marcos de plata; tened la seguridad de que cobraréis esta suma.

–¡Magnífico! –contestan los mercaderes de buena gana–. Os concederemos un plazo de ocho o incluso quince días enteros.

Ahora visten esa ropa cara, pero tienen un aire y un andar tan torpes que parecen dos paletos disfrazados con abrigos de prestado.

Durante ocho días, todo fueron fiestas y alborozo en el castillo de Sorlandia, donde permaneció reunida la corte alrededor de los dos reyes, el de Inglaterra y el de Catanasia, este último ya señor de Sorlandia, la tierra que había sido objeto de litigio.

Al noveno día, como todos habían apurado ya el disfrute de los festejos, no quisieron permanecer más tiempo y mandaron aprestar las naves en el puerto para zarpar con el alba, gracias a un buen viento a favor, que era justo lo que esperaban.

No se olvidó el rey de mandar mensajeros al burgués, su antiguo amo, para que viniera a Inglaterra. Maese Terfés cumplió con esa misión, mientras el rey retenía a su lado a los hijos del burgués, a quienes prometió, dándoles su palabra de soberano, regalar atalayas y castillos.

Maese Terfés y el burgués hicieron la travesía de un solo trecho, sin ninguna peripecia esa vez, pues el mar se mostró tranquilo en todo momento. Cuando desembarcaron, el rey se dirigió a todos los que se habían reunido a su alrededor para escucharle:

–Oh, Dios, que señoreas el mundo, ahora contemplo el lugar donde tanto sufrí antaño. Nunca había vuelto aquí antes de hoy, para no recordar mis penas, pero en este momento resulta que el duelo se me ha tornado gozo.

Ahora dirige el rey sus pasos hacia la cueva, seguido de Lobato y Marín, de Maese Fouquier y Maese Goncelín, así como de

los hijos del burgués, a los que el rey y la reina no dejaron de honrar y colmar de más atenciones que a cualquiera de los de su séquito.

Cuando el rey llegó a la roca, cogió de la mano al rey de Catanasia para recorrer con él aquellos lugares, diciéndole:

–Señor rey, aquí está la cámara; aquí está, me acuerdo perfectamente, lo que sirvió de cama a la reina, cuando sintió los dolores del parto y dio a luz a sus hijos. Por ahí, corrí detrás del lobo y lo perseguí hasta el agotamiento. Marín se había quedado solo en un barco entre las demás naves. ¡Qué infinita dulzura me invade ahora al contar mis duelos, al evocar la cruel adversidad y todas las penas que me azotaron en este lugar! Es tal la emoción que me embarga, que no me iré de aquí ni permaneceré en ninguna villa o castillo hasta que no llegue mi sobrino, que sigue siendo reconocido como rey de Inglaterra.

Todos se asentaron entonces alrededor de la roca. Mientras tanto, corrió por el país la noticia de que había vuelto el rey. Su sobrino acudió sin demora y, con vivas pruebas de afecto, le devolvió acto seguido la corona y el reino. Acompañado de un brillante cortejo, hizo el rey Guillermo su entrada en Londres, donde fue acogido con gran alborozo y profunda satisfacción.

Mientras el rey permanecía en Londres con su corte, llegó el burgués de Galvoie, a quien había mandado buscar. Ordenó entonces a sus gentes que le sirviesen y honrasen con gran estima y aprecio, lo que hicieron, rodeándole con todas las atenciones. No sólo quiso cumplir con su deuda, dándole múltiples pruebas de su consideración, sino que, como testimonio de confianza, le nombró su primer consejero. A los dos hijos del burgués armó caballeros y los casó –eso por lo menos dice la historia– con las hijas de dos ricos condes. Así llegaron a ser castellanos.

Del mozo que en la feria de Bristol anduvo regalando a los pobres el dinero que había cobrado de la venta del cuerno, hizo su chambelán y le dio una rica esposa, con la que le aseguró cien

marcos de renta. En cuanto a los dos mercaderes, padres adoptivos, hizo que les dieran una renta de mil marcos esterlines.

Así terminó el cuento. Yo no sé más y no me queda nada por contar de la historia que me proporcionó un amigo mío, Rogelio el Gracioso, muy estimado entre la gente de bien.

Esta edición de *Obras completas*,
de Chrétien de Troyes,
se terminó de imprimir en Liberdúplex,
el 24 de octubre de 2013